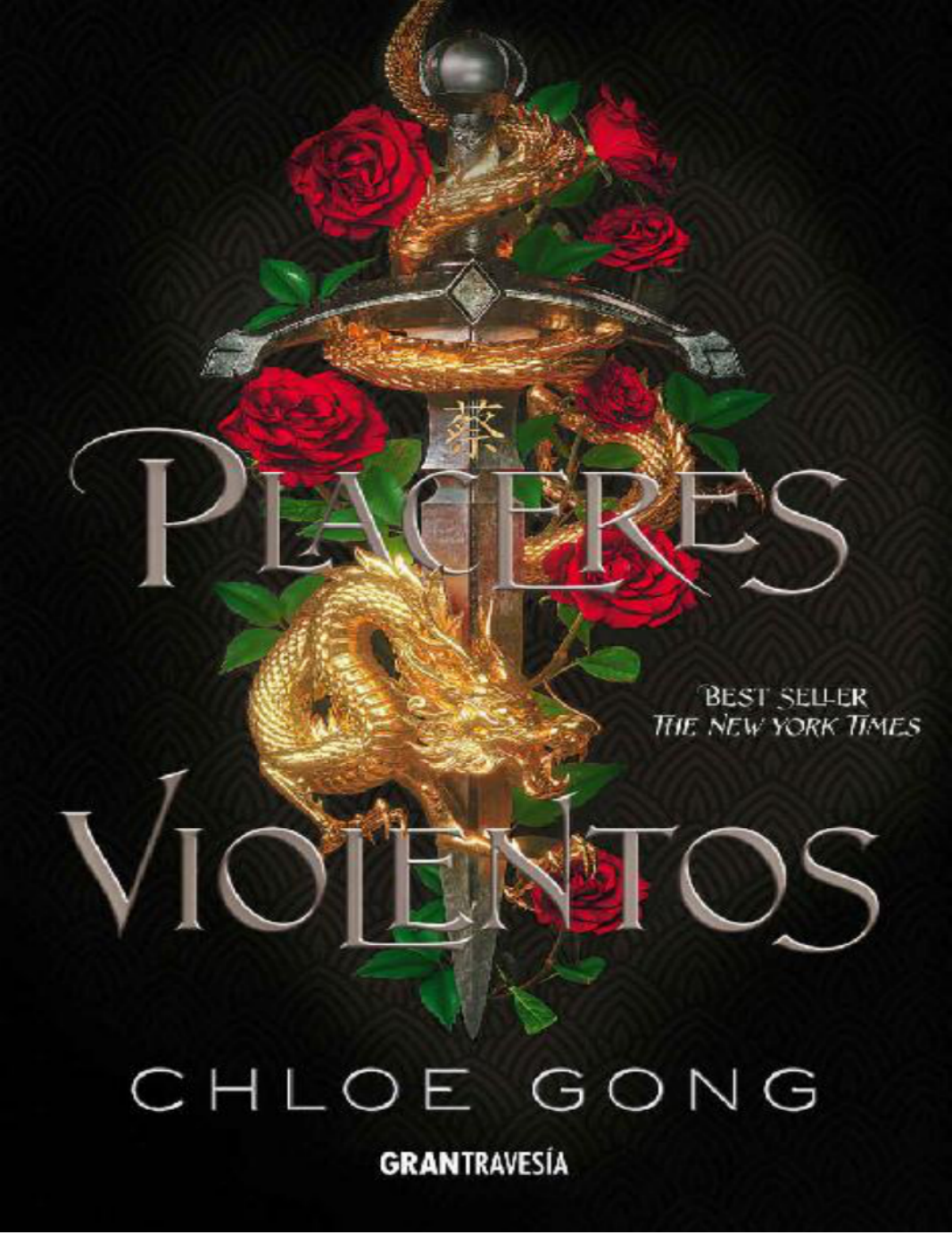

PLACERES
VIOLENTOS
BEST SELLER
THE NEW YORK TIMES
CHLOE GONG
GRANTRAVESÍA

CHLOE GONG

PLACERES VIOLENTOS

Traducción de Juan Fernando Merino

GRANTRAVESÍA

PARA TI, MUY QUERIDO LECTOR

Estos placeres violentos tienen finales violentos
Y en su triunfo mueren, como el fuego y la pólvora,
Que al besarse, se consumen.

Shakespeare, *Romeo y Julieta*

Prólogo

En la esplendente Shanghái despierta un monstruo.

Sus ojos se abren de golpe en el vientre del río Huangpu, las mandíbulas se descuelgan de inmediato para saborear la nauseabunda sangre que penetra en las aguas. Líneas rojas que se deslizan por las modernas calles de esta antigua ciudad: líneas que dibujan telarañas en los adoquines como una red de arterias, y gota a gota alcanzan las aguas, vertiendo la esencia vital de la ciudad dentro de la boca de otra esencia.

A medida que la noche se vuelve más oscura, el monstruo toma impulso para incorporarse, eventualmente emergiendo de las olas con la desidia de un dios olvidado. Cuando alza la cabeza, todo lo que puede verse, muy baja en el firmamento, es una luna enorme.

El monstruo inhala. Se desliza más cerca.

El primer aliento se transforma en una brisa fría que se abalanza sobre las calles y roza los tobillos de aquellos que tienen la mala fortuna de regresar tambaleantes a casa durante la hora del diablo. Este lugar zumba al ritmo de la melodía del libertinaje. Esta ciudad es indecente y está profundamente sumida en la esclavitud del pecado incesante, tan saturada con el beso de la decadencia que el cielo amenaza con venirse abajo y a manera de castigo aplastar a todos aquellos que viven desenfrenadamente bajo su cubierta.

Pero no llega el castigo: no todavía. Es una década laxa y la moral lo es aún más. Mientras Occidente levanta los brazos en celebración de una fiesta interminable, mientras el resto del Reino Medio permanece dividido entre envejecidos señores de la guerra y los vestigios del

dominio imperial, Shanghái se asienta en su propia y pequeña burbuja de poder: *La París del Este, la Nueva York del Oeste*.

A pesar de la ponzoña escurriéndose desde todos los callejones, este lugar está *vivo*. Y el monstruo, también, nace de nuevo.

Ignorantes de lo que ocurre, los habitantes de esta ciudad dividida continúan con sus quehaceres. Dos hombres salen a trompicones por las puertas abiertas de su burdel favorito en medio de sonoras y penetrantes risotadas. El silencio de esta avanzada hora contrasta repentinamente con la estruendosa actividad de la cual acaban de emerger, y sus oídos se esfuerzan por ajustarse, zumbando ruidosamente durante la transición.

Uno de ellos es bajo y rechoncho, y podría pensarse que si se recuesta en el suelo comenzaría a rodar por la acera como si fuera una pelota; el otro es alto y desgarbado, las extremidades dibujadas en ángulos rectos. Con el brazo de uno alrededor del hombro del otro avanzan tambaleantes hacia la orilla del agua, hacia el río que trae desde el mar las mercancías que transportan los comerciantes día tras día.

Los dos hombres están familiarizados con estos puertos; después de todo, cuando no dedican el tiempo a frecuentar clubes de jazz o a consumir los más recientes cargamentos de vino procedentes de algún país extranjero, transmiten mensajes aquí, guardan mercancías allá, llevan y traen cargamentos: todo ello al servicio de la Pandilla Escarlata. Conocen este malecón como la palma de sus manos, incluso ahora cuando no se escuchan los habituales mil idiomas diferentes voceados bajo mil banderas distintas.

A esta hora sólo se escucha la música tenue de los bares cercanos y los enormes estandartes de las tiendas al ondear con las ráfagas de viento.

Y se escucha a cinco integrantes de los Flores Blancas hablando animadamente en ruso.

Es culpa de los dos hombres Escarlata por no haber escuchado más pronto la algarabía, pero sus cerebros están anegados por el alcohol y sus sentidos zumban placenteramente. Para cuando los Flores Blancas aparecen a la vista, para cuando los hombres ven a sus rivales por los lados de uno de los puertos, pasándose de mano en mano una botella, riendo tan estruendosamente que sus hombros se estremecen, ya ninguno de ambos grupos puede retroceder sin caer en el deshonor.

Los Flores Blancas se enderezan, las cabezas inclinadas hacia el viento.

—Es mejor que sigamos nuestro camino —el hombre Escarlata de

baja estatura le susurra a su acompañante—. Ya sabes lo que Lord Cai dijo sobre meternos en otra pelea con los Flores Blancas.

El más desgarbado se limita a morder el interior de sus mejillas, hasta que su rostro enjuto toma el aspecto de un engreído y borrachín espíritu maligno.

—Dijo que no deberíamos iniciar ninguna pelea. Nunca mencionó que *no podíamos* meternos en una.

Los hombres Escarlata hablan en el dialecto de su ciudad, con la lengua plana y los sonidos apretados. Incluso cuando alzan la voz con la confianza de estar en su territorio, se sienten intranquilos, porque en la actualidad es raro que un Flor Blanca desconozca el idioma: incluso algunas veces sus acentos son indistinguibles de los de un nativo de Shanghái.

Hecho que resulta cierto cuando uno de los Flores Blancas, sonriendo, grita:

—Y entonces ¿están buscando pelea?

El más alto de los Escarlatas emite un sonido bajo que proviene de la base de su garganta y lanza un escupitajo en dirección a los Flores Blancas que aterriza junto al zapato del hombre más cercano.

En un abrir y cerrar de ojos: armas apuntan a otras armas, los brazos firmes y en alto, ansiosos por jalar el gatillo. Ésta es una escena que ya no hace pestañear a nadie; ésta es una escena que es más común en la embriagadora Shanghái que el humo del opio emanando desde alguna gruesa pipa.

—¡Ei! ¡Ei!

Un silbato rompe el terso silencio. El policía que acude corriendo al lugar sólo expresa molestia por el paso bloqueado. Ya ha visto esta misma escena tres veces durante la semana. Ha encerrado a los rivales tras las rejas o bien ha tenido que ordenar una limpieza cuando los grupos se enfrentaron entre sí, dejando a sus rivales perforados a tiros. Agotado por el pesado día, lo único que el policía desea es marcharse a casa, meter los pies en agua caliente, y comer la cena fría que su esposa habría dejado sobre la mesa. La mano está ansiosa por sacar su garrote, ansiosa por moler a palos a estos hombres y hacerlos entrar en razón, ansiosa por recordarles que entre ellos no deberían existir resentimientos personales. Lo único que los impulsa es una imprudente e infundada lealtad hacia los Cai y hacia los Montagov, y eso va a ser su ruina.

—¿Terminamos esto de una buena vez y nos vamos a casa? —pregunta el policía—. ¿O quieren venir conmigo y…?

Se detiene abruptamente.

Desde las aguas resuena el eco de un *gruñido*.

La advertencia que irradia semejante sonido no es una sensación que pueda negarse. No es la clase de paranoia que uno siente cuando cree estar siendo acechado en una intersección abandonada; tampoco es la clase de pánico que se experimenta cuando una tabla en el suelo cruje en una casa que se había creído vacía. Esto es algo sólido, tangible: pareciera exudar cierta humedad en el aire, un peso que presiona la piel desnuda. Es una amenaza tan obvia como una pistola contra el rostro y, sin embargo, hay un momento de inacción, un momento de vacilación. El hombre Escarlata bajo y rechoncho titubea en un primer momento, echa un vistazo al borde del malecón. Inclina la cabeza, atisbando en las oscuras profundidades y aguza la mirada para seguir los movimientos agitados y ondulantes de las pequeñas olas.

Está justo a la altura adecuada para que su compañero suelte un grito y lo derribe con un codazo brutal en la sien cuando algo emerge desde el río.

Pequeñas motas negras.

Mientras el hombre bajo cae y se golpea con fuerza contra el suelo, tiene la impresión de que el mundo está lloviendo sobre él en forma de briznas; cosas extrañas que no acaba de discernir del todo mientras su visión da vueltas y su garganta se obstruye por las náuseas. Sólo alcanza a sentir punzadas que aterrizan encima de él, que le pican los brazos, las piernas, el cuello: escucha gritar a su compañero, los Flores Blancas se increpan a bramidos entre sí en un ruso indescifrable y, finalmente, el policía empieza a aullar en inglés:

—¡Quítenlo! ¡Quítenselo de encima!

El hombre tendido en el suelo siente el ruido sordo y atronador de los latidos del corazón. Con la frente junto al malecón, reacio a contemplar lo que causa estos terribles aullidos, su propio pulso lo consume. Se apodera de cada uno de sus sentidos, y sólo cuando algo espeso y húmedo le salpica la pierna, se endereza con horror, sacudiéndose con tan inusitado vigor que uno de sus zapatos sale despedido y él no se molesta en recogerlo.

No mira hacia atrás mientras sale corriendo. Se aparta a manotazos los residuos que le llovieron encima, sufre un ataque de hipo en su desesperación por inhalar aire, inhalar, inhalar.

No mira hacia atrás para averiguar qué era lo que acechaba en las aguas. No mira atrás para ver si su compañero necesita ayuda, y ciertamente no mira atrás para determinar qué cosa había aterrizado en su pierna produciendo una sensación viscosa y pegajosa. El hombre

no hace otra cosa que correr y correr, más allá del alegre neón de las marquesinas en el preciso momento en que se apagan las últimas luces, más allá de los susurros que se deslizan bajo las puertas de acceso a los burdeles, más allá de los dulces sueños de los comerciantes que duermen con pilas de dinero bajo los colchones.

Y hace tiempo que se ha marchado para cuando sólo quedan cadáveres tendidos en el suelo de los puertos de Shanghái, cadáveres degollados con los ojos yertos clavados en el cielo nocturno, vidriosos por el reflejo de la luna.

Uno

SEPTIEMBRE DE 1926

En el corazón del territorio de la Pandilla Escarlata, un club *burlesque* era sin duda el mejor sitio para estar.

El calendario se aproximaba cada vez más al final de la estación, las páginas de cada fecha desprendiéndose y volando por el aire más rápido que las hojas secas de un árbol. El tiempo transcurría a la vez de prisa y de forma pausada, los días se volvían más cortos y sin embargo se prolongaban demasiado. Los trabajadores se apresuraban siempre hacia algún lado, sin importar si realmente tenían un destino al cual llegar. El sonido de un silbato se escuchaba de fondo; siempre estaba el ruido constante de los tranvías arrastrándose por las desgastadas vías talladas en las calles; el permanente hedor de resentimiento apestando en los barrios e introduciéndose profundamente en la ropa colgada de los alambres y agitándose con el viento, como anuncios de tiendas tras las ventanas de los estrechos departamentos.

Hoy era una excepción.

El reloj había tomado una pausa en el Festival del Medio Otoño: el veintidós del mes, según los métodos occidentales de registrar las fechas. En otras épocas se acostumbraba encender farolas y susurrar historias trágicas, para rendir culto a lo que los ancestros veneraban con la luz de luna en las palmas ahuecadas de las manos. Ahora era una nueva época: una que se consideraba superior a la de los

ancestros. Independientemente del territorio en el que se encontraran, desde el amanecer, los habitantes de Shanghái habían estado trajinando inmersos en el espíritu de las celebraciones modernas, y en este momento, con las campanas marcando las nueve de la mañana, las festividades apenas comenzaban.

Juliette Cai inspeccionaba el club, sus ojos atentos al primer indicio de problemas. El lugar estaba tenuemente iluminado y a pesar de la abundancia de candelabros centelleantes que colgaban del techo, la atmósfera era oscura, turbia y húmeda. También había un olor extraño y húmedo que flotaba en oleadas bajo la nariz de Juliette, pero las exiguas renovaciones no parecían afectar en absoluto el ánimo de los presentes, sentados en varias mesas redondas repartidas por todo el club. Con una actividad constante acaparando la atención de los asistentes, difícilmente iban a notar una pequeña gotera en alguna esquina. Se veían parejas que susurraban mientras en sus mesas se barajaban las cartas del tarot, hombres que saludaban con vigorosos apretones de manos, mujeres que inclinaban la cabeza y soltaban resuellos y gritos en reacción a la historia que en aquel momento se contara bajo la parpadeante luz de gas.

—¡Qué aspecto más lamentable tienes!

Juliette no volteó de inmediato para identificar la voz. No tenía que hacerlo. Para empezar, había muy pocas personas que se aproximaran a ella hablando inglés, no importa que fuera un inglés con los tonos aplanados de la lengua materna china y el acento influido por una educación francesa.

—En efecto. Siempre tengo algo que lamentar —sólo en ese momento Juliette giró la cabeza, con los labios levemente fruncidos y los ojos entrecerrados, y se dirigió a su prima—. ¿No se supone que deberías ser la próxima en el escenario?

Rosalind Lang se encogió de hombros y se cruzó de brazos, los brazaletes de jade en sus delgadas muñecas oscuras tintineando rítmicamente.

—No pueden empezar el espectáculo sin mí —se burló Rosalind—. Así que no me preocupa.

Juliette examinó de nuevo al público, esta vez buscando a alguien en particular. Descubrió a Kathleen, la hermana gemela de Rosalind, cerca de una mesa al fondo del club. Su otra prima estaba balanceando pacientemente una bandeja llena de platos, mirando con fijeza a un comerciante británico que intentaba ordenar una bebida valiéndose de exageradas gesticulaciones. Rosalind tenía un contrato para bailar aquí; Kathleen aparecía en el sitio para servir mesas

cuando estaba aburrida y aceptaba un salario insignificante sólo por pasar un rato divertido.

Soltando un suspiro, Juliette sacó un encendedor para mantener las manos ocupadas, liberando la llama y luego apagándola al ritmo de la música que flotaba por el sitio. Agitó el pequeño rectángulo plateado bajo la nariz de su prima.

—¿Quieres?

A manera de respuesta Rosalind sacó un cigarrillo escondido entre los pliegues de su ropa.

—Tú ni siquiera fumas —dijo mientras Juliette dirigía el encendedor hacia abajo—. ¿Por qué cargas esa cosa?

Con expresión seria, Juliette respondió.

—Ya me conoces. Siempre de aquí para allá. Viviendo la vida. Provocando incendios.

Rosalind inhaló su primera bocanada de humo y puso los ojos en blanco.

—Por supuesto.

Un misterio más interesante habría sido descubrir dónde guardaba Juliette el encendedor. La mayoría de las chicas del club *burlesque* —tanto bailarinas como clientas— estaban vestidas como Rosalind: con el elegante qipao que se extendía por Shanghái como un reguero de pólvora. Con una escandalosa abertura lateral que dejaba al descubierto desde el tobillo hasta el muslo y un cuello alto con el cual se sostenía fijo, el diseño era una mezcla de extravagancia occidental y raíces orientales, y en una ciudad de mundos divididos, las mujeres se convertían en metáforas ambulantes. Pero Juliette… Juliette se había transformado por completo, las pequeñas cuentas de su vestido corto a la usanza de las chicas *flapper* estadounidenses agitándose con cada movimiento. Sobresalía en este lugar, de eso no había ninguna duda. Era una estrella ardiente y fulgurante, una insignia simbólica de la vitalidad de la Pandilla Escarlata.

Juliette y Rosalind guardaron silencio y dirigieron de nuevo su atención hacia el escenario, donde una mujer canturreaba una tonada en un idioma con el que ninguna de ellas estaba familiarizada. La voz de la cantante era encantadora, su vestido brillaba contrastando con su piel oscura, pero éste no era el tipo de espectáculo por el que era reconocido esta clase de cabaret, de modo que aparte de las dos chicas en el fondo, nadie más la estaba escuchando.

—No me dijiste que vendrías esta noche —dijo Rosalind después de un momento, con el humo escapando de la boca en veloces bocanadas. En el tono de su voz se percibía la queja por una traición, como si

aquella información omitida fuera algo inesperado para ella. La Juliette que había regresado la semana pasada no era la misma Juliette de la cual sus primas se habían despedido cuatro años atrás, pero los cambios eran visibles en ambos lados. Al regreso de Juliette, incluso antes de que hubiera puesto un pie en casa, ya había escuchado hablar de esa voz melosa de Rosalind y de la clase que exhibía de manera espontánea. Después de cuatro años fuera, los recuerdos que tenía Juliette de las personas que había dejado atrás ya no encajaban con las personas en que se habían convertido. Nada en su memoria había resistido la prueba del tiempo. Esta ciudad se había transformado y todos sus habitantes habían seguido avanzando sin ella, especialmente Rosalind.

—Fue una decisión de último minuto —en la parte trasera del club, el comerciante británico había comenzado sus pantomimas frente a Kathleen. Juliette señaló la escena con la barbilla—. Bàba se está cansando de que un comerciante llamado Walter Dexter esté presionando para conseguir una reunión, así que voy a escuchar lo que quiere.

—Suena de lo más aburrido —entonó Rosalind.

Las palabras de su prima siempre encerraban algo de mordacidad, incluso cuando hablaba con la más neutra de las entonaciones. Una pequeña sonrisa afloró a los labios de Juliette. Como mínimo, incluso si Rosalind se sentía como una extraña —a pesar de ser de la familia— siempre sonaría igual. Juliette podía cerrar los ojos y pretender que eran nuevamente unas niñas, haciéndose reproches mutuos sobre los temas más insultantes.

Resopló con altivez, fingiendo sentirse ofendida.

—No todos podemos ser bailarinas formadas en París.

—Te propongo algo: tú te haces cargo de mi acto y *yo seré* la heredera del imperio subterráneo de esta ciudad.

Juliette, estalló en una risa corta y sonora, divertida por el comentario. Su prima era diferente. Todo en ella era diferente. Pero Juliette aprendía rápido.

Con un tenue suspiro, se apartó de la pared en la que estaba apoyada.

—Me marcho —dijo, con la mirada fija en Kathleen—. El deber me llama. Te veo en casa.

Rosalind la despidió con un gesto fugaz, al tiempo que dejaba caer al suelo el cigarrillo y lo aplastaba con su zapato de tacón. Juliette realmente debería haberla reprendido por hacer eso, pero el piso no podría estar más sucio de lo que estaba ahora, así que, ¿qué objeto

tendría? Desde el momento en que había puesto un pie en el lugar, probablemente cinco tipos diferentes de opio habían manchado las suelas de sus zapatos. Todo lo que podía hacer era atravesar el club con el mayor cuidado posible, confiando en que las empleadas no dañarían el cuero de sus zapatos cuando los limpiaran más tarde esa misma noche.

—Yo me encargo a partir de aquí.

Kathleen alzó la barbilla sorprendida, y el dije de jade en su cuello resplandeció bajo la luz. Rosalind solía decirle a su prima que alguien iba a arrebatarle esa piedra tan preciosa si la usaba de manera tan descarada, pero a Kathleen le gustaba verla allí. Si la gente iba a mirar su garganta, prefería que lo hiciera por el dije y no por la protuberancia de su manzana de Adán, decía siempre.

Su expresión de sorpresa se transformó rápidamente en una sonrisa al darse cuenta de que era Juliette quien estaba deslizándose en el asiento frente al comerciante británico.

—Avíseme si necesita que le consiga alguna cosa —dijo Kathleen con dulzura, en un perfecto inglés con acento francés.

Mientras se alejaba, Walter Dexter se quedó boquiabierto.

—¿Ella pudo entenderme todo este tiempo?

—Irá descubriendo, señor Dexter —comenzó Juliette, apartando la vela del centro de la mesa y aspirando la cera perfumada—, que si asume desde el primer momento que alguien no sabe hablar inglés, la persona se verá tentada a burlarse de usted.

Walter parpadeó y luego ladeó la cabeza. Tomó nota de la manera de vestir de la recién llegada, de su acento americano y del hecho de que conociera su nombre.

—Juliette Cai —concluyó el hombre—. Esperaba a su padre esta noche.

La Pandilla Escarlata se definía como un negocio familiar, pero no se limitaba a eso. Los Cai eran su corazón palpitante, pero la pandilla en sí era una red de gánsteres, contrabandistas, comerciantes e intermediarios de todo tipo, cada uno de los cuales rendían cuentas a Lord Cai. Los extranjeros menos efusivos en sus juicios llamaban a los Escarlatas una sociedad secreta.

—Mi padre no tiene tiempo para comerciantes sin una historia creíble —respondió Juliette—. Si se trata de algo importante, yo le transmitiré su mensaje.

Desafortunadamente, parecía que Walter Dexter estaba mucho más interesado en las conversaciones triviales que en los negocios.

—Lo último que supe de usted es que se había mudado para

convertirse en neoyorquina.

Juliette depositó la vela sobre la mesa de nuevo. La llama parpadeó, arrojando fantasmagóricas sombras sobre aquel comerciante de mediana edad. La luz no hizo más que acentuar las arrugas de su frente perpetuamente fruncida.

—Es una lástima, pero sólo me enviaron a Occidente con el propósito de recibir una educación —dijo Juliette, reclinándose en el sofá—. Ahora tengo la edad suficiente para empezar a contribuir al negocio familiar y todo lo relacionado con él, así que me arrastraron de regreso sin importarles mis gritos y pataletas.

El comerciante no se rio de la broma, como era la intención de Juliette. En lugar de ello, se palpó levemente la sien, desacomodando su cabello de franjas plateadas.

—¿No había regresado también por un breve período de tiempo hace un par de años?

Juliette se quedó rígida, la sonrisa vacilante. Detrás de ella, los clientes de una de las mesas estallaron en estruendosas carcajadas, doblándose de la risa por el comentario de uno de ellos. Ese sonido le produjo a ella cierta comezón en el cuello y le generó un sudor caliente que le recorrió la piel. Esperó a que el ruido se apagara, usando la interrupción para pensar de forma veloz y replicar con contundencia.

—Sólo una vez —respondió Juliette con cautela—. Nueva York no era muy segura durante la Gran Guerra. Mi familia estaba preocupada.

El comerciante seguía empeñado en el tema. Emitió un pequeño ruido mientras ponderaba su respuesta.

—La guerra terminó hace ocho años. Usted estuvo aquí hace cuatro.

La sonrisa de Juliette se desvaneció por completo. Se echó hacia atrás el cabello recogido.

—Señor Dexter, ¿estamos aquí para discutir su amplio conocimiento sobre mi vida personal o esta reunión realmente tenía un propósito?

Walter palideció.

—Le pido disculpas, señorita Cai. Mi hijo tiene su edad, por lo que de manera casual me enteré que…

Interrumpió la frase al reparar en la mirada de Juliette. Se aclaró la garganta.

—Solicité reunirme con su padre en relación a un nuevo *producto*.

De inmediato, a pesar de la vaguedad de la palabra elegida, quedó bastante claro a qué se refería Walter Dexter. La Pandilla Escarlata

era, en primer lugar y sobre todo, una red de gánsteres, y eran raras las ocasiones en las que los gánsteres no estaban intensamente involucrados con el mercado negro. Si los Escarlatas dominaban Shanghái, no había ninguna razón para extrañarse de que también dominaran el mercado negro: ellos decidían quienes podían entrar y quienes debían salir, decidían a cuáles hombres se les permitía prosperar y cuáles tendrían que pasar a mejor vida. En las partes de la ciudad que todavía pertenecían a los chinos, la Pandilla Escarlata no estaba simplemente por encima de la ley; eran la ley. Sin los gánsteres, los comerciantes estaban desprotegidos. Sin los comerciantes, los gánsteres no tendrían mucho propósito ni trabajo. Era una asociación ideal: y una que se veía amenazada continuamente por el creciente poder de los Flores Blancas, la otra pandilla de Shanghái que realmente tenía alguna posibilidad de rivalizar con los Escarlatas en el monopolio del mercado negro. Después de todo, por generaciones habían estado haciendo lo posible por aventajarlos.

—Un producto, ¿Ummm? —repitió Juliette. Entornó los ojos de forma ausente. Habían cambiado las artistas sobre el escenario, y la luz del reflector se atenuó en el momento en que sonaron las primeras notas de un saxofón. Adornada con un traje nuevo y brillante, Rosalind se pavoneó frente a todos—. ¿Recuerda usted lo que ocurrió la última vez que los británicos quisieron introducir un *nuevo producto* en Shanghái?

Walter frunció el ceño.

—¿Se refiere a las Guerras del Opio?

Juliette se examinó las uñas.

—¿Qué cree usted?

—No puede achacarme algo que fue culpa de mi país.

—Ah, ¿y no es así como funciona?

Ahora era el turno de Walter de parecer poco impresionado con las palabras de su interlocutora. Juntó las manos mientras a sus espaldas las faldas se agitaban y las pieles destellaban sobre el escenario.

—De todas maneras, requiero la ayuda de la Pandilla Escarlata. Tengo vastas cantidades de lernicrom que necesito mover, y sin duda ése va a ser el próximo opiáceo más apetecido del mercado —Walter carraspeó—. Me parece que en este momento a ustedes les interesa tomar la delantera.

Juliette se inclinó. En ese movimiento repentino, las cuentas de su vestido tintinearon frenéticamente, interponiéndose a la música de jazz que sonaba al fondo.

—¿Y realmente *usted* cree que puede ayudarnos a tomar la

delantera?

Para nadie eran un secreto las constantes confrontaciones entre la Pandilla Escarlata y los Flores Blancas. Todo lo contrario, de hecho, porque aquella guerra entre clanes no era algo que únicamente asolaba a aquellos que llevaban el apellido Cai o el apellido Montagov. Era una causa que los integrantes comunes de cualquiera de las dos facciones asumían de forma personal, con un fervor que casi podía llegar a ser sobrenatural. Los extranjeros que por primera vez llegaban a Shanghái de negocios recibían una advertencia antes de enterarse de cualquier otra cosa sobre la ciudad: elija un bando y elíjalo rápidamente. Si negociaban una vez con la Pandilla Escarlata, serían Escarlatas para siempre. Pertenecerían a su territorio y serían asesinados si deambulaban por las áreas donde dominaban los Flores Blancas.

—Lo que yo creo —dijo Walter en voz baja— es que la Pandilla Escarlata está perdiendo el control de su ciudad.

Juliette se echó hacia atrás. Debajo de la mesa, apretó los puños con tal fuerza que la piel de los nudillos se quedó sin flujo sanguíneo. Cuatro años atrás al escuchar la palabra Shanghái se le iluminaban los ojos, y al pensar en la Pandilla Escarlata el sentimiento era de esperanza. Aún no había entendido que Shanghái era una ciudad extranjera en su propio país. Ahora lo entendía. Los británicos dominaban una porción. Los franceses dominaban otra. Los rusos que integraban los Flores Blancas se estaban apoderando de las únicas partes que técnicamente permanecían bajo el dominio chino. Esta pérdida de control era algo que se había visto venir desde hacía mucho tiempo, pero Juliette preferiría morderse la lengua antes que admitirlo voluntariamente ante un comerciante que no entendía nada de nada.

—Lo contactaremos en referencia a su producto, señor Dexter —dijo ella después de una larga pausa, exhibiendo una sonrisa fácil. En seguida soltó un suspiro imperceptible, liberando la tensión que le había hecho un nudo en el estómago hasta el punto de causarle dolor —. Ahora, si me disculpa…

Todo el club quedó sumido en un momentáneo silencio, y de repente la voz de Juliette resultaba demasiado audible. Los ojos de Walter se abrieron de par en par y se fijaron en la escena que ocurría por encima del hombro de Juliette.

—Apuesto lo que sea —comentó él— que ése es uno de los bolcheviques.

Al escuchar las palabras del comerciante, Juliette sintió un frío que

la dejó helada. Lenta, muy lentamente, se dio la vuelta para seguir la dirección de la mirada de Walter Dexter, buscando en medio del humo y de las sombras que danzaban en el vestíbulo del club *burlesque*.

Por favor que no sea así —imploró—. *Cualquier otro menos*…

Su visión se hizo borrosa. Por un aterrador segundo, el mundo se inclinaba sobre su eje, y Juliette a duras penas lograba aferrarse a su borde, a punto de trastabillar. Luego el suelo se estabilizó y Juliette pudo respirar nuevamente. Se puso de pie y se aclaró la garganta, concentrando todo su poder en que el tono de su voz sonara lo más apática posible cuando declaró:

—Los Montagov emigraron mucho antes de la revolución bolchevique, señor Dexter.

Antes de que nadie pudiera fijarse en ella, Juliette se escabulló entre las sombras, donde las paredes oscuras atenuaban el brillo de su vestido y las húmedas tablas del suelo amortiguaban el sonido de sus tacones. Sus precauciones eran innecesarias. Las miradas de todos estaban clavadas en Roma Montagov mientras el joven se abría paso a través del club. Por esta vez Rosalind llevaba a cabo una actuación que ni una sola persona estaba mirando.

A primera vista, podría pensarse que la conmoción que emanaba de las mesas redondas del establecimiento se debía a que había entrado al sitio un extranjero. Pero en este club había muchos extranjeros dispersos entre el público, y Roma, con su cabello negro, sus ojos oscuros y su piel pálida podría haberse mezclado entre los chinos con tanta naturalidad como una rosa blanca pintada de rojo en medio de las amapolas. No era por el hecho de que Roma Montagov fuera extranjero. Se debía a que el heredero de los Flores Blancas era totalmente reconocible como un enemigo en el territorio de la Pandilla Escarlata. Por el rabillo del ojo, Juliette pudo entrever el movimiento: armas que abandonaban los bolsillos y hojas de cuchillos que resplandecían fugazmente, cuerpos removiéndose con animosidad.

Juliette emergió de entre las sombras y levantó una mano en dirección a la mesa más cercana. El movimiento tenía un significado preciso: *esperen*.

Los gánsteres se quedaron quietos, cada grupo observando a los que estaban más cerca para seguir el ejemplo. Esperaron, fingiendo que continuaban con sus conversaciones mientras que Roma Montagov pasaba de una mesa a la otra, sus ojos entrecerrados por la concentración.

Juliette comenzó a aproximarse. Presionó una mano sobre su garganta, obligando el nudo a que bajara, se forzó a emparejar la

respiración hasta que dejó de sentirse al borde del pánico, hasta que logró dibujarse una sonrisa radiante. En otra época, Roma habría sido capaz de ver a través de ella. Pero habían pasado cuatro años. Él había cambiado. Ella también.

Juliette extendió la mano y tocó la parte trasera del saco del traje de Roma.

—Hola, forastero.

Roma se giró. Por un momento dio la impresión de que no hubiera registrado la imagen que tenía enfrente. Miraba fijamente, su mirada tan en blanco como un cristal transparente, por completo desconcertado.

Entonces, la visión de la heredera de los Escarlatas lo inundó como un cubo de hielo. Los labios de Roma se separaron con una leve bocanada de aire.

La última vez que la había visto ambos tenían quince años.

—Juliette —exclamó automáticamente, pero ya no había entre ellos la familiaridad suficiente para usar el nombre de pila del otro. No la tenían desde hacía largo tiempo.

Roma carraspeó.

—Señorita Cai, ¿Cuándo regresó a Shanghái?

Nunca me fui, hubiera querido decir Juliette, pero eso no era cierto. Su mente había permanecido aquí —sus pensamientos habían girado constantemente en torno al caos, a la injusticia y a la furia ardiente que hervía en estas calles— pero su cuerpo físico había sido enviado por segunda vez en un barco a través del océano para mantenerla a salvo. Había odiado aquello, había odiado de forma tan intensa estar ausente que llegó a sentir que esa fuerza ardía como fiebre cada noche cuando se marchaba de las fiestas y los bares clandestinos. El peso de Shanghái era una corona de acero clavada en su cabeza. En un mundo diferente, si se le hubiera dado una opción, tal vez habría seguido otro camino, habría rechazado ser la heredera de un imperio de gánsteres y comerciantes. Pero nunca tuvo alternativa. Ésta era su vida, ésta era su ciudad, ésta era su gente, y porque los amaba, hacía mucho tiempo se había jurado hacer lo mejor que estuviera a su alcance para ser ella misma, ya que no podía ser alguien más.

Todo es tu culpa, quería decir. *Tú eres la razón por la que fui obligada a salir de la ciudad. A alejarme de mi gente. De mi propia familia.*

—Regresé hace ya un tiempo —Juliette mintió con toda naturalidad, acomodando su cadera contra la mesa vacía a su costado izquierdo—. Señor Montagov, tendrá que disculparme por preguntar, pero ¿qué está haciendo *aquí* ?

Juliette observó cómo Roma movía una mano muy levemente y supuso que estaba comprobando que estuvieran en su sitio las armas ocultas. Luego observó la forma en que él tomaba plena conciencia de la presencia de ella, su lentitud para formar palabras. Juliette había tenido tiempo para prepararse: siete días y siete noches para entrar en esta ciudad y liberar su mente de todo lo que había sucedido entre ellos dos. Pero sea lo que fuere que Roma había esperado encontrar esta noche al entrar al club, ciertamente no se trataba de *Juliette*.

—Necesito hablar con Lord Cai —dijo Roma finalmente, colocando las manos detrás de la espalda—. Es importante.

Juliette dio un paso adelante. Sus dedos se habían encontrado nuevamente con el encendedor dentro de los pliegues de su vestido, y palpó la pequeña rueda dentada mientras tarareaba mentalmente. Roma pronunció *Cai* como un comerciante extranjero, con la boca muy abierta. Los chinos y los rusos compartían el mismo sonido para Cai: *Tsai*, similar al sonido al raspar un fósforo. El acento chapucero que él había empleado era intencional: era un comentario sobre la situación. Ella hablaba el ruso con fluidez, él hablaba con fluidez el singular dialecto de Shanghái y, sin embargo, aquí se encontraban ambos hablando en inglés con diferentes acentos, como si fueran un par de comerciantes de paso por la ciudad. Cambiar del inglés a la lengua nativa de cualquiera de los dos habría sido como tomar partido, por lo que se conformaron con un terreno neutro.

—Si ha venido hasta aquí, me imagino que tiene que ser algo importante —dijo Juliette encogiéndose de hombros y soltando el encendedor—. Mejor hable conmigo, yo transmitiré el mensaje. De un heredero a otro, señor Montagov. Puede confiar en mí, ¿verdad?

Era una pregunta risible. Sus palabras decían una cosa, pero su mirada fría e inexpresiva comunicaba otra: *un paso en falso mientras estés en mi territorio y te mataré con mis propias manos.* Ella era la última persona en la que él confiaría, y podría decirse que el sentir era mutuo.

Pero sea lo que fuere que Roma necesitaba, debía ser algo grave. No objetó.

—¿Podemos…?

Hizo un gesto señalando a un costado, hacia las sombras y los rincones oscuros, donde no sería tan numerosa la audiencia centrada en ellos como si fueran un segundo espectáculo, una audiencia que aguardaba el momento en que Juliette se alejara para que ellos pudieran abalanzarse sobre el intruso. Apretando los labios, Juliette se giró y le hizo señas a Roma para que éste se dirigiera a la parte trasera

del club. Él la siguió al instante, sus pasos medidos tan cerca de Juliette como para escuchar con claridad las cuentas del vestido de ella que tintineaban airadamente, revelando la perturbación que le causaba su cercanía. Juliette no sabía por qué se tomaba la molestia. Debería haberlo arrojado a los Escarlatas, dejar que ellos se encargaran de él.

No, decidió. *Soy yo quien debe encargarse. Me corresponde a mí destruirlo.*

Juliette se detuvo. Ahora sólo estaban ella y Roma Montagov en medio de las sombras, otros sonidos amortiguados y la vista de otras cosas atenuadas. Se frotó la muñeca, exigiéndole al pulso que se calmara, como si eso estuviera bajo su control.

—Bueno, al grano —recomenzó Juliette.

Roma miró a su alrededor. Inclinó la cabeza antes de hablar y bajó el volumen de la voz hasta que ella tuvo que hacer un esfuerzo para escucharlo. Y, de hecho, hizo un gran esfuerzo, pues se negaba a acercarse a él más de lo necesario.

—Anoche cinco Flores Blancas murieron en los puertos. Fueron degollados.

Juliette lo miró y parpadeó.

—¿Y?

Ella no quería mostrarse insensible, pero los miembros de ambas pandillas se mataban entre sí cada semana. La propia Juliette ya había aportado su cuota a esa cifra de muertos. Si él pretendía achacar toda la culpa a los Escarlatas, entonces estaba perdiendo el tiempo.

—*Y* —dijo Roma con vigor, evidentemente conteniéndose para no exclamar *si me permites terminar* —también uno de los hombres de ustedes. Al igual que un oficial de la policía. Británico.

Ahora Juliette arrugó el ceño tenuemente, tratando de recordar si la noche anterior había escuchado a alguien en la casa comentar algo sobre la muerte de un Escarlata. Era muy inusual que *ambas* pandillas tuvieran bajas en un mismo sitio, dado que las matanzas a mayor escala generalmente ocurrían durante emboscadas, y más inusual aún era que un oficial de policía también hubiera sido abatido, pero ella no iría tan lejos como para calificarlo de algo insólito. Se limitó a mirar a Roma enarcando una ceja, desinteresada.

Entonces, prosiguiendo con sus palabras, él añadió:

—Todas las heridas fueron autoinfligidas. Esto no fue una disputa por territorio.

Juliette sacudió repetidamente la cabeza, inclinándola hacia un lado, asegurándose de no haber escuchado mal. Cuando estuvo segura

de que ésas habían sido las palabras de su interlocutor, exclamó:

—¿Siete cadáveres con heridas *autoinfligidas*?

Roma asintió. Lanzó otra mirada por encima del hombro, como si el mero hecho de no perder de vista a los gánsteres alrededor de las mesas evitaría que lo atacaran. O tal vez a él no le importaba estar mirándolos incesantemente. Quizás estaba tratando de evitar mirar de frente a Juliette.

—Estoy aquí para encontrar una explicación. ¿Su padre sabe algo de esto?

Juliette emitió un ruidito burlón profundo y cargado de rencor. ¿En serio estaba diciendo que cinco miembros de los Flores Blancas, uno de los Escarlatas, y un oficial de policía se habían encontrado en los puertos y luego se habían degollado a sí mismos? Sonaba como la enunciación de un chiste terrible sin un final gracioso.

—No podemos ayudarlo —declaró Juliette.

—Cualquier información podría ser crucial para descubrir lo que sucedió, señorita Cai —insistió Roma. Siempre que se enojaba aparecía entre sus cejas una pequeña muesca similar a una luna creciente. Ahora estaba allí visible. Había algo más sobre estas muertes de lo que él estaba dejando traslucir; esto iba mucho más allá que una emboscada ordinaria—. Uno de los muertos era de los suyos…

—No vamos a cooperar con los Flores Blancas —lo interrumpió Juliette de golpe. De su rostro había desaparecido hacía un buen rato cualquier señal de fingido humor—. Déjeme aclarar eso antes de que prosiga. Independientemente de si mi padre sabe algo o no sobre las muertes de anoche, no lo compartiremos con usted y no propiciaremos ningún contacto que pueda poner en peligro nuestras propias actividades comerciales. Entonces, que tenga *buen día*, señor.

Sin lugar a dudas Roma había sido expulsado y, sin embargo, permaneció donde estaba, mirando a Juliette como si tuviera un sabor amargo en la boca. Juliette ya había girado sobre sus talones, preparándose para salir, cuando escuchó a Roma susurrar con saña:

—¿Qué *le pasó a usted,* señorita Cai?

Juliette podría haber dicho cualquier cosa a manera de respuesta. Podría haber elegido sus palabras con el veneno mortal que había adquirido en sus años de ausencia y escupírselo en la cara. Podría haberle recordado lo que él había hecho hace cuatro años, clavarle la espada de la culpabilidad hasta hacerlo sangrar. Pero antes de que pudiera abrir la boca, un grito se expandió por todo el club, interrumpiendo cualquier otro ruido como si operara en una

frecuencia diferente.

Las bailarinas sobre el escenario quedaron congeladas; la música se detuvo.

—¿Qué está pasando? —murmuró Juliette. Justo en el instante en que se movía para averiguarlo, Roma siseó bruscamente y la sujetó por el codo.

—Juliette, no.

La joven sintió que aquel contacto le abrasaba la piel como una dolorosa quemadura. Apartó el brazo de un tirón más veloz que si efectivamente estuviera en llamas, los ojos encendidos por la furia. Él no tenía derecho. Había perdido el derecho a pretender que alguna vez había querido protegerla.

Juliette se dirigió hacia el otro extremo del club, ignorando a Roma, quien la seguía. Los rugidos de pánico se hicieron cada vez más audibles, aunque ella no podía comprender *qué cosa* estaba provocando tal reacción hasta que con un firme empujón apartó a un lado la multitud que se congregaba.

En ese momento vio a un hombre reducido en el suelo, sus propios dedos clavándose en el grueso cuello.

—¿Qué está haciendo? —Juliette dio un grito y se apresuró hacia delante—. ¡Que alguien lo detenga!

Pero la mayor parte de sus uñas ya estaban enterradas profundamente en el músculo del cuello. El hombre estaba escarbando con una intensidad animal, como si hubiera *algo* allí, algo arrastrándose bajo la piel que nadie más podía ver. Más profundo, más profundo, más profundo, hasta que sus dedos estuvieron completamente enterrados y empezó a sacarse los tendones y las venas y las arterias.

Un segundo después, el club se había quedado en total silencio. No se escuchaba nada salvo la respiración fatigosa de aquel hombre bajo y robusto que se había derrumbado en el suelo, con la garganta desgarrada y las manos chorreando sangre.

Dos

El silencio se convirtió en gritos, los gritos se convirtieron en caos y Juliette se acomodó las brillantes mangas de la blusa, apretó los labios y frunció el ceño.

—Señor Montagov —dijo por encima del alboroto— debe irse ahora mismo.

Juliette avanzó y le indicó con señas a dos hombres Escarlata próximos a ella que se acercaran. Ellos obedecieron, pero no sin una expresión extraña, que Juliette estuvo a punto de considerar una ofensa, hasta que, un instante después, parpadeó y miró por encima del hombro y se encontró a Roma todavía en el mismo sitio, sin la menor intención de marcharse. En lugar de ello, pasó junto a Juliette, actuando como si fuera el dueño del lugar, luego se agachó cerca del moribundo, centrando la vista en, para gran sorpresa de ella, los *zapatos* del hombre.

—¡Por todos los…! —murmuró la joven en voz baja. Señaló a Roma y dijo a los dos hombres Escarlata—: Escóltenlo a la salida.

Era lo que ellos habían estado esperando. Inmediatamente uno de los Escarlatas empujó con brusquedad al heredero de los Flores Blancas, lo que obligó a Roma a ponerse en pie de un salto, mientras soltaba un bufido, evitando así caer al suelo ensangrentado.

—Dije que lo *escoltaran* —espetó Juliette a los Escarlatas—. Es el Festival del Medio Otoño. No se porten como unos *brutos*.

—Pero, señorita Cai…

—¿No se dan cuenta? — interrumpió Roma con frialdad, señalando con el índice al moribundo. Volteó hacia Juliette, con la mandíbula

apretada y los ojos fijos en ella: sólo en ella. Actuaba como si nadie más estuviera presente en su línea de visión excepto ella, como si dos hombres no lo estuvieran fulminando con la mirada, como si todo el club no estuviera sumido en una vorágine de gritos y caos, los asistentes corriendo en círculos alrededor del creciente charco de sangre—. Eso es exactamente lo que pasó anoche. No es un incidente aislado; es la *locura*…

Juliette suspiró, agitando su flácida muñeca. Los dos hombres Escarlata sujetaron los hombros de Roma con fuerza moderada, y éste se tragó sus palabras con un chasquido audible de mandíbula. No haría un escándalo en territorio Escarlata. Podía considerarse afortunado de salir de allí sin un agujero de bala en la espalda. Bien lo sabía. Ésa era la única razón por la que toleraba ser maltratado por hombres a los que bien podría haber dado muerte de haberlos encontrado en las calles.

—Gracias por ser tan comprensivo —dijo la joven con una sonrisa afectada.

Roma no dijo nada mientras era apartado de la vista de Juliette. Ella se quedó mirándolo, con los ojos entrecerrados, y sólo cuando estuvo segura de que lo habían obligado a salir por la puerta lateral del club *burlesque* se concentró en el desastre que tenía enfrente, dando un paso adelante con un suspiro y arrodillándose con cautela junto al hombre agonizante.

No había salvación posible con una herida como aquella. El tipo seguía chorreando sangre, formando charcos rojos sobre el suelo. La sangre ya empezaba a empapar la tela de su propio vestido, pero Juliette apenas lo notaba. El hombre intentaba decir algo. Ella no lograba entender qué era.

—Haría bien en ponerle fin al sufrimiento de este hombre.

Walter Dexter se las había arreglado para aproximarse a la escena de los hechos y miraba ahora por encima del hombro de Juliette con una expresión casi burlona. Permaneció inmóvil incluso cuando las meseras empezaron a hacer retroceder a la gente aglomerada y a acordonar el área, gritando a los espectadores que se dispersaran. Para irritación de Juliette, ninguno de los hombres Escarlata se molestó en alejar del sitio a Walter: tenía una mirada que daba la impresión de que era alguien que necesitaba estar allí. Juliette había conocido en Estados Unidos a muchos hombres como él: hombres que asumían que tenían derecho a ir adonde quisieran porque el mundo había sido construido para favorecer su etiqueta de *civilizados*. Ese tipo de autoconfianza no conocía límites.

—Silencio —espetó Juliette a Walter secamente, acercando la oreja al rostro del moribundo. Si tenía unas últimas palabras qué decir, merecía ser escuchado.

—He visto esto antes; es la locura de un adicto. Quizá sea metanfetamina o…

—*¡Cállese!*

Juliette se concentró hasta que logró escuchar los sonidos provenientes de la boca del agonizante, se concentró hasta que la histeria a su alrededor se convirtió para ella sólo en un ruido de fondo.

—Guài. Guài. Guài.

—*¿Guài?*

Con el estrés a tope, Juliette repasó todas las palabras que se parecían a lo que el hombre estaba profiriendo. La única que tenía sentido era…

—*¿Monstruo?* —le preguntó, agarrando su hombro—. ¿Es eso lo que quieres decir?

El hombre se quedó quieto. Su mirada se hizo sorprendentemente clara por un breve segundo. Luego, en un rápido balbuceo, exclamó:

—Huò bù dān xíng.

Después de esa frase de un solo golpe, una exhalación, una advertencia, sus ojos se pusieron vidriosos.

Juliette, aturdida, extendió la mano y le cerró los párpados. Antes de que pudiera procesar del todo las palabras del muerto, Kathleen ya se había acercado para cubrirlo con un mantel. Sobresalían sólo los pies del hombre, enfundados en esos zapatos viejos que Roma había estado mirando con tanta atención.

No son del mismo par, notó Juliette de repente. Un zapato era estilizado y se veía brillante, aún reluciente con la última lustrada; el otro era mucho más pequeño y de un color completamente diferente, el material unido por un delgado trozo de cuerda enrollado tres veces alrededor de los dedos de los pies.

Extraño.

—¿Qué pasó? ¿Qué dijo el hombre?

Walter seguía muy cerca de ella. No parecía entender que éste era el momento en que debía retirarse. No parecía importarle que Juliette estuviera mirando hacia delante en un estado de estupefacción, preguntándose cómo Roma había programado su visita para que coincidiera con esta muerte.

—Las desgracias nunca vienen solas —tradujo Juliette cuando su conciencia finalmente regresó al frenesí de la situación. Walter Dexter

se quedó mirando en dirección a la joven, con una mirada vacía, tratando de entender por qué un moribundo diría algo tan intrincado. No entendía a los chinos y su amor por los proverbios. Su boca empezaba a abrirse, probablemente para ofrecer otra perorata sobre su extenso conocimiento acerca del mundo de las drogas, otra disertación sobre los peligros de comprar productos a aquellos que él consideraba poco confiables, pero Juliette levantó un dedo para detenerlo. Si de algo estaba segura, era que éstas no habían sido las últimas palabras de un hombre que se había excedido con las drogas. Ésta era la advertencia final de un hombre que había visto algo que no debería haber visto.

—Permítame corregirme —le dijo la joven al intruso—. Ustedes los británicos ya tienen una traducción adecuada: "Siempre llueve sobre mojado".

Por encima de las tuberías con fugas y de la alfombra mohosa de la casa de los Flores Blancas, Alisa Montagova estaba encaramada sobre una viga de madera en el techo, con la barbilla presionada contra las rodillas, escuchando a escondidas la reunión que tenía lugar abajo.

Los Montagov no vivían en una residencia grande y ostentosa, como perfectamente se habrían podido permitir con sus montañas de dinero. Preferían quedarse en el corazón de todo, mezclándose diariamente con los indigentes de rostros mugrientos que recogían basura en las calles. Desde el exterior, sus alojamientos parecían idénticos a la fila de edificios de departamentos a lo largo de esta bulliciosa calle céntrica. En el interior, habían transformado lo que fuera un complejo de viviendas en un enorme rompecabezas de habitaciones, oficinas y escaleras, manteniendo en orden el lugar no con criados o recamareras, sino con jerarquías. No eran sólo los Montagov los que vivían aquí, sino cualquier miembro de los Flores Blancas que desempeñara algún papel notable en la pandilla, y entre la multiplicidad de personas que circulaban por esta casa, tanto los que habitaban en el interior como los que llegaban del exterior, existía un orden. Lord Montagov reinaba en la cima y Roma, al menos de forma nominal, ocupaba el segundo lugar, pero debajo de él las funciones cambiaban constantemente, determinadas más por el brío de ciertos integrantes que por el linaje. Mientras que la Pandilla Escarlata dependía de las relaciones —cuáles familias se remontaban más atrás en la historia antes de que en ese país se derrumbara el trono imperial— los Flores Blancas operaban en el caos, en constante movimiento. Pero el ascenso al poder era un asunto de elección

propia, y aquellos que permanecían abajo en la escala de la pandilla lo hacían por propio deseo. El objetivo de convertirse en un miembro de los Flores Blancas no era obtener poder y riquezas. Era saber que podían marcharse en cualquier momento si no les gustaban las órdenes impartidas por los Montagov. Era una palmada en el pecho, un cruce de miradas, un asentimiento de cabeza en señal de entendimiento: por consiguiente, los refugiados rusos que llegaban a Shanghái harían cualquier cosa para unirse a las filas de los Flores Blancas, cualquier cosa para reconciliarse con el sentimiento de pertenencia que habían tenido que dejar atrás cuando los bolcheviques llegaron a arrasar con todo.

Al menos para los hombres.

Las mujeres rusas que no habían tenido la fortuna de nacer dentro del clan de los Flores Blancas tomaban ocupaciones de bailarinas y concubinas. La semana anterior, sin ir más lejos, Alisa había escuchado a una mujer británica lamentarse por el estado de emergencia en el interior del Asentamiento Internacional de Shanghái: de familias que estaban siendo divididas por culpa de las mujeres de hermosos rostros provenientes de Siberia que no contaban con fortuna alguna, sólo una cara bonita, buena figura y la voluntad de vivir. Los refugiados tenían que hacer lo que fuera necesario. Los referentes morales carecían de sentido ante la posibilidad de morir de hambre.

Alisa se sobresaltó. El hombre al que había estado escuchando a escondidas de repente había comenzado a hablar en susurros. El abrupto cambio de volumen la obligó a prestar nuevamente atención a la reunión que se desarrollaba abajo.

—Las facciones políticas han hecho demasiados comentarios sarcásticos —murmuró una voz ronca—. Es casi seguro que los políticos están manipulando la locura, pero es difícil decir en este momento si los del Partido Nacionalista Chino, el Kuomintang, o los comunistas son los responsables. Sin embargo, muchas fuentes dicen que es Zhang Gutai… bueno, tengo mis dudas sobre esta teoría.

Otra voz agregó con ironía:

—Por favor, Zhang Gutai es tan mal secretario general del Partido Comunista que imprimió la fecha incorrecta en uno de los carteles de sus reuniones.

Alisa podía ver a tres hombres sentados frente a su padre a través de la rejilla delgada que revestía el espacio del techo. No podía distinguir sus rasgos sin arriesgarse a caer de las vigas, pero el ruso con marcado acento los delataba abiertamente. Eran espías chinos.

—¿Qué sabemos de sus métodos? ¿Cómo se propaga esta locura?

El que ahora hablaba era su padre, su pausada voz tan distintiva como uñas que arañaran una pizarra. Lord Montagov hablaba de una manera tan imperativa que sería un pecado no prestarle total atención.

Uno de los chinos se aclaró la garganta. Se retorcía las manos en la camisa de manera tan agresiva que Alisa se inclinó hacia las vigas, aguzando la vista para mirar a través de la rejilla y constatar si estaba malinterpretando el movimiento del hombre.

—Un monstruo.

Alisa estuvo a punto de caer. Sus manos se aferraron a la viga justo a tiempo para enderezarse, dejando escapar una pequeña exhalación de alivio.

—¿Disculpe?

—No podemos confirmar nada con respecto al origen de la locura, excepto por una cosa —dijo el tercer y último hombre—. Está relacionada con avistamientos de un monstruo. Yo mismo lo vi. Vi unos ojos plateados en el río Huangpu, parpadeando de una manera que ningún hombre podría…

—Suficiente, suficiente —interrumpió Lord Montagov. Su tono era áspero, impaciente por el giro que había tomado esta sesión informativa—. No tengo interés en escuchar tonterías sobre un monstruo. Si esto es todo, será un gusto convocarlos de nuevo cuando llegue el momento de nuestra próxima reunión.

Frunciendo el ceño, Alisa se escabulló a lo largo de las vigas, siguiendo a los hombres mientras salían. Ya tenía doce años, pero era pequeña y delgada, saltando siempre de sombra en sombra a la manera de un roedor salvaje. Cuando se cerró la puerta abajo, saltó desde una viga del techo a otra hasta que se extendió sobre la superficie directamente encima de los hombres.

—Él parecía asustado —comentó uno de ellos en voz baja.

El hombre de en medio lo hizo callar, aunque las palabras ya habían sido dichas y habían nacido al mundo, convirtiéndose en flechas afiladas que atravesaron la habitación sin un blanco preciso en mente, sólo la destrucción. Los hombres se ajustaron los abrigos y dejaron atrás el caótico y ardiente desorden de la casa de los Montagov. Alisa, sin embargo, permaneció en su pequeño recoveco en el techo.

Miedo. Esto era algo que según creía ella, su padre ya era incapaz de sentir. El miedo era un concepto para los hombres sin armas. El miedo estaba reservado para personas como Alisa, personas pequeñas y livianas, siempre mirando sobre sus hombros.

Si Lord Montagov estaba asustado, las reglas estaban cambiando. Alisa se bajó del techo de un salto y salió corriendo.

Tres

En el momento en que Juliette entró velozmente en el corredor, acomodándose el último palillo en el cabello, sabía que había llegado demasiado tarde.

En parte era culpa de la criada por no despertarla cuando se suponía que debería haberlo hecho y en parte culpa suya por no levantarse al alba, como había estado intentando hacerlo desde su llegada a Shanghái. Esos fugaces momentos justo cuando el cielo se estaba iluminando, y antes de que el resto de la casa se despertara en medio del estruendo cotidiano, eran los minutos más tranquilos que uno podía encontrar en esta casa. Las mañanas en que comenzaba el día lo suficientemente temprano para atrapar un soplo de aire frío y una bocanada de silencio absoluto en su balcón eran sus favoritas. Podía deambular por la casa sin que nadie la molestara, entrar en la cocina y recibir de los cocineros cualquier cosa que le apeteciera probar, para luego ocupar el asiento que deseara en la mesa vacía. Dependiendo de qué tan rápido masticara, incluso podía pasar un rato en la sala de estar, con las ventanas abiertas de par en par dejando entrar los cánticos de las aves madrugadoras. Por otra parte, los días en que no conseguía salir tan rápido de las cobijas, equivalían a sentarse malhumorada a desayunar con el resto de la familia.

Juliette se detuvo ahora frente a la puerta de la oficina de su padre, maldiciendo en un susurro. Hoy no había sido sólo una cuestión de evitar a sus parientes lejanos. Hubiera querido fisgonear una de aquellas reuniones de Lord Cai.

La puerta se abrió velozmente. Juliette dio un paso atrás, tratando

de parecer natural.

Definitivamente demasiado tarde.

—Juliette —Lord Cai la miró con el ceño fruncido—. Es muy temprano. ¿Por qué estás despierta?

Juliette acomodó las manos debajo de la barbilla, la viva imagen de la inocencia.

—Escuché que teníamos un ilustre visitante. Pensé en venir a presentar mis saludos.

El mencionado visitante arqueó una ceja. Era un nacionalista, pero el que fuera realmente ilustre o no, era algo difícil de determinar, así vestido únicamente con un traje occidental sin las condecoraciones que su uniforme militar del Kuomintang exhibiría en el cuello. La Pandilla Escarlata había mantenido una relación de amistad con los nacionalistas —el Kuomintang— desde su fundación como partido político. Últimamente, las relaciones se habían vuelto aún más cercanas con el propósito de combatir el ascenso de sus "aliados" comunistas. Juliette llevaba en casa sólo una semana, y ya había visto a su padre tener al menos cinco reuniones diferentes con los consternados nacionalistas que buscaban el apoyo de los gánsteres. Todas las veces había llegado demasiado tarde para entrar a la reunión sin avergonzarse por su demora, y entonces había debido conformarse con permanecer a la espera tras la puerta para atrapar retazos de la conversación.

Los nacionalistas tenían miedo, eso ya lo sabía. El incipiente Partido Comunista de China animaba a sus miembros a unirse al Kuomintang como una muestra de cooperación con los nacionalistas, pero en lugar de demostrar cooperación, la creciente influencia de los comunistas dentro del Kuomintang estaba comenzando a amenazar el control de los nacionalistas. Tal escándalo se había convertido en la comidilla del país, especialmente en Shanghái, un lugar sin ley y una ciudad que era lugar de nacimiento y muerte de muchos gobiernos.

—Es muy amable de tu parte, Juliette, pero el señor Qiao debe apurarse para acudir a otra reunión.

Lord Cai hizo un gesto a un sirviente para que condujera al nacionalista hasta la puerta. El señor Qiao se retiró el sombrero con un gesto cortés y Juliette sonrió forzadamente, tragándose un suspiro.

—No sería mala idea que me permitieras asistir a una reunión, Bàba —dijo tan pronto como el señor Qiao se perdió de vista—. Se supone que estás enseñándome.

—Puedo enseñarte gradualmente —respondió Lord Cai, sacudiendo la cabeza—. No deberías involucrarte en política todavía. Es un asunto

muy aburrido.

Pero era un asunto relevante si la Pandilla Escarlata pasaba tanto tiempo recibiendo las visitas de estas facciones. Especialmente si la noche anterior Lord Cai apenas había parpadeado cuando Juliette le comunicó que el heredero de los Flores Blancas había entrado en su muy céntrico club *burlesque*, y se había limitado a responderle que ya estaba enterado del asunto y que hablarían de ello por la mañana.

—Vamos a la mesa del desayuno, ¿de acuerdo? —dijo su padre. Colocó la mano en la nuca de Juliette, guiándola por las escaleras como si existiera el riesgo de que ella saliera corriendo—. También podemos hablar de lo sucedido anoche.

—Va a estar delicioso el desayuno —murmuró Juliette. En realidad, la algarabía durante las comidas matutinas le producía dolor de cabeza. Había algo en particular en las mañanas en esta casa que inquietaba a Juliette. Sin importar de qué hablaran sus parientes, sin importar lo mundano que fuera —como sus especulaciones sobre el aumento de los precios del arroz— sus palabras destilaban intrigas y mordacidad implacable. Todo lo que discutían parecía más apropiado para horas tardías de la noche, cuando las criadas se retiraban a sus habitaciones y la oscuridad se extendía por los pisos de madera pulida.

—Juliette, cariño —gritó una tía en el momento en que ella y su padre se acercaban a la mesa—. ¿Dormiste bien?

—Sí, Ā yí —respondió Juliette destempladamente, tomando asiento —. Dormí muy bien.

—¿Te volviste a cortar el cabello? Seguro que sí. No recuerdo que fuera tan corto.

Como si sus parientes no fueran lo suficientemente molestos, había tantos de ellos entrando y saliendo de la casa Cai como para que Juliette se *interesara* de verdad por alguno de ellos. Rosalind y Kathleen eran sus primas más cercanas y sus únicas amigas, y eso era todo lo que necesitaba. Todos los demás eran simplemente un nombre y un parentesco que tenía que recordar en caso de que necesitara algo de ellos algún día. Esta tía que parloteaba en su oído ahora mismo era demasiado lejana para ser útil en cualquier situación en el futuro, tan lejana que Juliette tuvo que detenerse un segundo para preguntarse por qué estaba presente en la mesa del desayuno.

—Por amor de Dios, dà jiê, deja respirar a la chica.

La cabeza de Juliette se alzó bruscamente, sonriendo ante la voz que había intervenido desde el extremo de la mesa. Pensándolo bien, sólo había una excepción a su apatía: el señor Li, su tío favorito.

Xiè xiè, murmuró.

El señor Li simplemente levantó su taza de té para agradecer, con un brillo en los ojos. Su tía resopló, pero dejó de hablar. Juliette volteó en dirección a su padre.

—Entonces, Bàba, anoche —comenzó—. Si le damos crédito a las habladurías, uno de nuestros hombres se encontró en los puertos con cinco de los Flores Blancas y luego se degolló con sus propias manos. ¿Qué puedes inferir de todo esto?

Lord Cai hizo un ruido premeditado desde la cabecera de la larga mesa rectangular, luego se frotó el puente de la nariz y suspiró profundamente. Juliette se preguntó cuándo habría sido la última vez que su padre había dormido toda la noche sin que lo interrumpieran las preocupaciones y las reuniones. Su agotamiento era invisible para el ojo inexperto, pero ella podía notarlo. Ella siempre lo notaba.

O tal vez simplemente estaba cansado de tener que sentarse a la cabecera de esta mesa y escuchar los chismes de todos a primera hora de la mañana. Antes de que Juliette se marchara de la casa, la mesa del comedor era redonda, como deberían de ser las mesas chinas. Sospechaba que la habían cambiado con el propósito exclusivo de dar gusto a los visitantes occidentales que pasaban por la casa Cai para las reuniones, pero el resultado era caótico: los miembros de la familia no podían hablar con quien prefirieran hacerlo, como podrían haberlo hecho si todos estuvieran sentados en círculo.

—Bàba —insistió Juliette, aunque sabía que él todavía estaba pensando. La cuestión es que su padre era un hombre de pocas palabras y Juliette era una chica que no podía soportar el silencio. Incluso cuando todo estaba agitado a su alrededor, con el personal entrando y saliendo de la cocina, una comida en marcha y la mesa dando lugar a varias conversaciones a volúmenes oscilantes, no podía soportar que su padre dejara su pregunta en el aire, en lugar de responder de inmediato.

El asunto era que, aunque la complaciera ahora, Lord Cai sólo estaba fingiendo estar preocupado por una supuesta locura. Juliette podía darse cuenta: se trataba de un juego de niños que se sumaba a la ya monstruosa lista que requería la atención de su padre. Después de todo, ¿a quién le importarían los rumores de extrañas *criaturas* que surgían de las aguas de esta ciudad cuando los nacionalistas y los comunistas también se estaban rebelando, las armas preparadas, con ejércitos listos para entrar en acción?

—¿Y eso fue todo lo que Roma Montagov reveló? —Lord Cai preguntó finalmente.

Juliette se estremeció. No pudo evitarlo. Había pasado cuatro años rehuyendo ante el mero pensamiento de Roma y por ello escuchar su nombre en voz alta, nada menos que pronunciado por su propio padre, se sentía como algo inapropiado.

—Sí.

Su padre tamborileó lentamente sobre la mesa con los dedos.

—Sospecho que sabe más —continuó Juliette— pero fue prudente.

Lord Cai volvió a sumirse en el silencio, permitiendo que el ruido a su alrededor se acallara, elevándose primero para descender después. Juliette se preguntó si su mente estaba en otra parte en ese mismo momento. Después de todo, se había mostrado terriblemente indiferente ante la noticia de la presencia del heredero de los Flores Blancas en su territorio. Dada la importancia que tenía para la Pandilla Escarlata la guerra entre clanes, esto únicamente demostraba cuánto más trascendental había pasado a ser la política, si Lord Cai apenas prestaba atención a la infracción de Roma Montagov.

Sin embargo, antes de que su padre tuviera la oportunidad de volver a hablar, las puertas batientes de la cocina se abrieron de golpe y el sonido rebotó con tanta fuerza que la tía sentada junto a Juliette dejó caer su taza de té.

—Si sospechamos que los Flores Blancas tienen más información que nosotros, ¿qué estamos haciendo simplemente *hablando del asunto* aquí sentados?

Juliette apretó los dientes y se secó las gotas de té que habían salpicado su vestido. Era Tyler Cai quien había entrado, el más irritante entre sus primos hermanos. A pesar de tener la misma edad, era como si él no hubiera crecido en absoluto durante los cuatro años de ausencia de Juliette. Aún seguía haciendo bromas burdas y esperando que otros se arrodillaran ante él. Si él pudiera, exigiría que el globo girara en la dirección contraria simplemente por pensar que ésa sería una forma más eficiente de hacerlo, por poco realista que eso sonara.

—¿Tienes el hábito de escuchar a escondidas tras las puertas en lugar de entrar? —se burló Juliette, pero su comentario mordaz no fue apreciado. Sus parientes se levantaron de un salto al ver a Tyler, y se apresuraron a buscar una silla, a traer más té, a buscar otro plato, probablemente uno grabado en oro y con incrustaciones de cristal. A pesar de la posición que tenía Juliette como heredera de la Pandilla Escarlata, nunca la mimarían de tal manera. Ella era una chica. Desde el punto de vista de sus familiares, sin importar cuán legítima fuera, nunca sería lo suficientemente buena.

—Me parece simple —continuó diciendo Tyler. Se deslizó en un asiento, reclinándose como si estuviera en un trono—. Ya es hora de que mostremos a los Flores Blancas quién realmente tiene el poder en esta ciudad. Exijamos que entreguen la información que con la que cuentan.

—Tenemos mayor cantidad de integrantes, un armamento superior —intervino un oscuro tío, respaldando a Tyler mientras se acariciaba la barba.

—Los políticos se pondrán de nuestro lado —añadió la tía junto a Juliette—. Tienen que hacerlo. No soportan a los Flores Blancas.

—Una batalla territorial no es prudente…

Por fin una voz sensata en esta mesa, pensó Juliette, volteando hacia el mayor de sus primos segundos, quien acababa de hablar.

—… pero con tu experiencia, Tyler, quién sabe cuánto más podríamos hacer avanzar nuestras líneas territoriales.

Juliette apretó los puños. *Me apresuré a sacar conclusiones,* se dijo, apartando la vista de aquel primo.

—Esto es lo que debemos hacer —comenzó Tyler con entusiasmo. Juliette lanzó una mirada a su padre, pero éste parecía contento con concentrarse en lo que comía. Desde el regreso de Juliette, Tyler había estado buscando todas las oportunidades para eclipsarla, ya fuera en una conversación o mediante comentarios indirectos. Pero en todas las ocasiones Lord Cai había intervenido para silenciarlo, para recordar a estas tías y tíos en la menor cantidad de palabras posible quién era la verdadera heredera, para manifestar que ese favoritismo mostrado hacia Tyler no los llevaría a ninguna parte.

Sólo que esta vez Lord Cai permaneció en silencio. Juliette no sabía si se estaba absteniendo porque consideraba que las tácticas de su sobrino eran ridículas o porque en realidad estaba tomando en serio lo dicho por Tyler. Su estómago se retorció, ardiendo con ácido de sólo pensarlo.

—… y las potencias extranjeras no podrán quejarse —continuó Tyler—. Si estas muertes han sido autoinfligidas, es un asunto que podría afectar a cualquiera. Es un asunto de *nuestra* gente, que necesita *nuestra* ayuda para defenderlos. Si no actuamos ahora y recuperamos la ciudad por su bien, entonces ¿qué papel cumplimos? ¿Sufriremos otro siglo de humillaciones?

Los presentes en la mesa manifestaron su aprobación por distintos medios. Gruñidos de alabanza; pulgares arrugados y llenos de cicatrices que se alzaban; palmaditas en el hombro de Tyler. Sólo el señor Li y su padre permanecieron callados, sus rostros se

mantuvieron neutrales, pero eso no era suficiente. Juliette arrojó sus palillos, rompiendo las finas varitas de porcelana en cuatro pedazos.

—¿Quieres entregarte tú mismo en el territorio de los Flores Blancas? —dijo ella poniéndose de pie y alisándose el vestido—. Adelante. Haré que una criada desenrede tus tripas cuando las envíen de vuelta en una caja.

Con sus parientes demasiado conmocionados para protestar, Juliette abandonó la cocina. Su corazón latía con virulencia a pesar de su comportamiento tranquilo, temerosa de que tal vez en esta ocasión había ido demasiado lejos. Tan pronto como estuvo en el pasillo, se detuvo y miró por encima del hombro, viendo cómo se cerraban las puertas de la cocina. La madera de esas puertas, importada de alguna nación lejana, estaba tallada con caligrafía tradicional china: poemas que Juliette había memorizado mucho tiempo atrás. Esta casa era un espejo de su ciudad. Era una fusión de Oriente y Occidente, incapaz de abandonar lo antiguo pero desesperada por imitar lo nuevo, y al igual que la ciudad, la arquitectura de esta casa no lograba compaginar los distintos elementos.

Las hermosas, pero mal ajustadas puertas de la cocina se abrieron de nuevo. Juliette apenas se estremeció. Había estado aguardando este momento.

—Juliette. Necesito hablar contigo.

Era Tyler, quien la había seguido, con el ceño fruncido. Tenía la misma barbilla puntiaguda de Juliette, el mismo hoyuelo que aparecía en momentos de desconcierto en la esquina inferior izquierda del labio. El que se parecieran tanto era algo que superaba el entendimiento de ella. En todos los retratos de la familia, a Juliette y Tyler siempre los acomodaban juntos, dispuestos como si fueran gemelos en lugar de primos. Pero ellos nunca se habían llevado bien. Ni siquiera en la cama plegable para los niños, cuando jugaban con pistolas de juguete en lugar de armas reales, y Tyler nunca fallaba uno solo de los perdigones de madera que apuntaba a la cabeza de Juliette.

—¿Qué pasa?

Tyler se detuvo. Se cruzó de brazos:

—¿Cuál es tu problema?

Juliette puso los ojos en blanco.

—¿Mi problema?

—Sí, *tu* problema. No es divertido cuando te niegas a escuchar mis ideas…

—No eres estúpido, Tyler, así que deja de actuar como tal —lo

interrumpió Juliette—. Odio a los Montagov tanto como tú. Todos los odiamos, tanto que lo llevamos grabado en la piel. Pero ahora no es el momento de librar una guerra territorial. No con nuestra ciudad desmembrada por los extranjeros.

Transcurrió un instante.

—¿Estúpido?

Tyler no había entendido en absoluto lo que Juliette había tratado de implicar y ahora se sentía ofendido. Aquel primo era como un chico con piel de acero y corazón de cristal. Desde que perdió a sus dos padres siendo demasiado joven, se había convertido en un falso anarquista Escarlata, pretencioso por el simple hecho de serlo, de comportamiento salvaje al interior de la pandilla, y dado que los similares se atraen, sus únicos amigos eran aquellos que trataban de establecer una conexión con los Cai saltando escalones y de la manera más expedita posible. Todos parecían andar en puntitas a su alrededor, satisfechos con lanzarle golpes coreografiados y permitir que se sintiera poderoso cuando rechazaba cada uno de esos fingidos puñetazos, pero si alguien le conectara una patada repentina, de inmediato se derrumbaría.

—No creo que defender nuestro *modus vivendi* sea estúpido —prosiguió diciendo Tyler—. No creo que reclamar nuestro país a esos *rusos*…

El problema era que Tyler pensaba que su manera de ver las cosas era la única correcta. Juliette desearía de todo corazón no encontrarlo culpable siempre. Después de todo, Tyler era como ella; quería lo mejor para la Pandilla Escarlata. Sólo que en su mente, *él* era lo mejor para el futuro de la Pandilla Escarlata.

Juliette no quería seguir escuchando. Giró sobre sus talones y comenzó a alejarse.

Hasta que su primo la sujetó de una muñeca.

—¿Qué clase de heredera *eres*?

Más veloz que un rayo, Tyler la estrelló contra la pared. Mantuvo una mano apretada contra la muñeca izquierda de ella y el resto de su brazo extendido contra la clavícula, empujando con la suficiente fuerza para que se interpretara como una amenaza.

—Déjame ir —bufó Juliette, sacudiéndose de su agarre— ahora mismo.

Tyler no cejó.

—Se supone que la Pandilla Escarlata es tu prioridad. Nuestra gente debe ser tu prioridad.

—Mira quién lo dice.

—¿Sabes lo que creo? —Tyler respiró hondo, sus fosas nasales se dilataron, las profundas arrugas salpicaron su rostro con absoluto disgusto—. He escuchado los rumores. No creo que odies a los Montagov en absoluto. Creo que estás intentando proteger a Roma Montagov.

Juliette se quedó completamente estática. No fue el miedo lo que se apoderó de ella, ni ningún tipo de intimidación que Tyler hubiera intentado provocar en ella. Era indignación, y en segundo lugar una ira ardiente, muy ardiente. Ella haría pedazos a Roma Montagov antes de volver a protegerlo.

La mano derecha de la joven se alzó bruscamente —puño cerrado, muñeca firme, nudillos apretados— e hizo un contacto perfecto y centrado con la mejilla de su primo. En el primer instante él no pudo reaccionar. Un instante en el que Tyler simplemente se quedó parpadeando, con los rasgos de su pálido rostro temblando por la conmoción. Luego tropezó, soltó a Juliette y giró la cabeza para mirarla, con el odio fijo en las órbitas de sus ojos. Una línea roja apareció en la superficie de su pómulo, resultado del reluciente anillo de Juliette que había rasgado su piel.

Pero eso no era todo.

—¿Qué yo estoy protegiendo a Roma Montagov? —repitió ella.

Tyler se quedó helado. No había tenido la posibilidad de moverse, apenas si había logrado dar un mínimo paso atrás, antes de que Juliette sacara de su bolsillo un cuchillo. Lo presionó justo sobre el corte en el pómulo de su primo y susurró:

—Ya no somos niños, Tyler. Y si vas a amenazarme con acusaciones escandalosas, tendrás que responder por ellas.

Una risa suave.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Tyler con voz ronca—. ¿Vas a apuñalarme en pleno pasillo? ¿A diez pasos de la mesa donde todos desayunan?

Juliette presionó el cuchillo más profundamente. Un chorro de sangre empezó a manar por la mejilla de su primo, escurrió hasta las líneas de su propia palma, goteando en seguida a lo largo de su brazo.

Tyler había dejado de reír.

—Soy la heredera de la Pandilla Escarlata —dijo Juliette. Su voz era ya tan afilada como su arma—. Y créeme, tángdì, te mataré antes de permitir que me arrebates mi lugar.

En ese momento empujó a Tyler fuera del alcance de la hoja del cuchillo, que ahora brillaba con destellos escarlatas. No dijo más, no ofreció más respuesta que una mirada difusa.

Juliette dio media vuelta, y al hacerlo sus zapatos de tacón produjeron surcos en la alfombra. En seguida se alejó de allí.

Cuatro

—No hay nada aquí.

Irritado, Roma Montagov continuó su búsqueda, clavando los dedos en las grietas a lo largo del malecón.

—Cállate. Sigue buscando.

Todavía no habían encontrado algo que valiera la pena el esfuerzo, eso sin duda era cierto, pero el sol todavía estaba en lo alto del firmamento. Candentes rayos se reflejaban en las olas que golpeaban silenciosamente el malecón, cegando a cualquiera que las mirara durante demasiado tiempo. Roma seguía dando la espalda a las turbias aguas de color amarillo verdoso. Si bien era sencillo mantener el sol brillante fuera de su campo de visión, era mucho más difícil mantener a raya la incesante y molesta voz que parloteaba detrás de él.

—Roma. Roma-*ah*. Roma…

—Por Dios santo, *mudak*. ¿Qué quieres? ¿Qué pasa?

Las horas que quedaban del día eran abundantes, y a Roma no le gustaba particularmente la idea de regresar a casa sin llevar algo a su padre. Se estremeció al pensarlo, imaginando la atronadora decepción que marcaría cada palabra de Lord Montagov.

—Puedes ocuparte de esto, ¿no? —le había preguntado esa mañana, poniendo una mano sobre el hombro de Roma. Para un observador casual, podría haber parecido que Lord Montagov había aplicado un gesto paternal para animarlo. En realidad, la palmada había sido tan contundente que Roma todavía tenía una marca roja en el hombro.

—Esta vez no me decepciones, *hijo* —susurró Lord Montagov.

Siempre era esa palabra, *hijo*. Como si aún siguiera significando algo. Como si Roma no hubiera sido reemplazado por Dimitri Voronin —no en el nombre sino en el favoritismo—, y relegado a las tareas que Dimitri estaba demasiado ocupado para hacer. A Roma no se le había encomendado esta pesquisa porque su padre confiara mucho en él. Se la asignaba porque la Pandilla Escarlata ya no era el único problema que rondaba sus negocios, porque los extranjeros en Shanghái estaban tratando de sustituir a los Flores Blancas como la nueva facción contra los Escarlatas, porque los comunistas estaban siendo una molestia constante tratando de reclutar dentro de las filas de los Flores Blancas. Mientras Roma registraba el suelo en busca de algunas manchas de sangre, Lord Montagov y Dimitri estaban ocupados lidiando con la política. Estaban manteniendo a raya a los infatigables británicos, estadounidenses y franceses, todos los cuales babeaban por un trozo del pastel que era el Reino Medio, ávidos por sacar algún provecho de Shanghái, la llamada "ciudad sobre el mar".

¿Cuándo fue la última vez que su padre le había ordenado que se acercara a la Pandilla Escarlata como lo había hecho anoche, como un verdadero heredero que debía conocer bien al enemigo? No era porque Lord Montagov quisiera protegerlo de la guerra entre clanes, eso era ya cosa del pasado, sino porque su padre no confiaba en él ni un poco. Dar a Roma esta tarea era un último recurso.

Un largo e irritado bramido devolvió la atención de Roma al presente.

—Sabes muy bien que tú mismo *elegiste* venir hoy —dijo con brusquedad a su acompañante, girando y protegiéndose los ojos de la luz que se reflejaba en el río.

Marshall Seo se limitó a sonreír, finalmente satisfecho ahora que había llamado la atención de Roma. En lugar de replicar con una burla, Marshall metió las manos en los bolsillos de sus pantalones cuidadosamente planchados y de la forma más casual cambió el tema, pasando en el acto del ruso al veloz y estridente coreano. Roma logró pescar algunas palabras aquí y allá: "*sangre*", y *"repulsivo"* y "*policía*", pero el resto se le había escapado, consecuencia de las lecciones a las que no había querido asistir cuando era más joven.

—Mars —interrumpió Roma—. Vas a tener que cambiar de idioma. Hoy no tengo el cerebro afinado para traducir.

En respuesta, Marshall continuó con su diatriba. Sus manos gesticulaban con su habitual vigor y entusiasmo, moviéndose al ritmo que hablaba, una sílaba superponiéndose a la anterior hasta que Roma

no estaba muy seguro de si Marshall seguía usando su lengua materna o simplemente hacía ruidos para expresar su frustración.

—La idea en términos generales es que aquí huele a pescado —suspiró una tercera voz, más calmada y agotada que la anterior a unos pocos pasos de distancia—, pero es mejor que no sepas el tipo de analogías que está utilizando para establecer la comparación.

La traducción vino de parte de Benedikt Montagov, primo de Roma y quien aquel día completaba ese trío de Flores Blancas. Por lo general, su cabellera rubia se podía encontrar inclinada hacia la cabeza morena de Marshall, enfrascados ambos en conspirar alguna acción para ayudar en la próxima tarea de Roma. En ese momento su atención estaba centrada en examinar una pila de cajas tan alta como él. Estaba tan concentrado que no se movía, únicamente sus ojos escudriñaban de izquierda a derecha.

Roma se cruzó de brazos.

—Agradezcamos que huele a pescado y no a cadáver.

Su primo soltó un gruñido, pero salvo eso no reaccionó. Benedikt era así. Siempre parecía a punto de explotar por alguna razón, pero nunca traslucía nada por muy cerca que pareciera del estallido. La gente de la calle lo describía como la versión descafeinada de Roma, algo que Benedikt acogía sin enfado únicamente porque tal asociación con Roma, sin importar cuán despectiva, le confería poder. Quienes lo conocían mejor pensaban que tenía dos cerebros y dos corazones. Siempre estaba sintiendo demasiado, pero pensaba el doble de rápido: una granada modestamente cargada, sujetando su propio detonador cada vez que alguien trataba de activarla.

Marshall no tenía el mismo control. Marshall Seo era un tipo de dos toneladas, explosivo y furioso.

Finalmente se había detenido con sus comparaciones a pescado, al menos, y se había agachado repentinamente junto al agua. Marshall siempre se movía así, como si el mundo estuviera a punto de terminar y él necesitara ejecutar tantos movimientos como fuera posible. Desde que Marshall se había visto envuelto en un escándalo que involucraba a otro chico y un armario oscuro, había aprendido a golpear primero y golpear rápido, contrarrestando las habladurías que lo seguían con una sonrisa de gato de Cheshire en el rostro. Si era más duro que los otros, no podría ser derrotado. Si era más despiadado, entonces nadie podría juzgarlo sin sentir miedo a que un cuchillo terminara presionándole la garganta.

—Roma.

Benedikt hizo un gesto con la mano y Roma se acercó a su primo,

esperando que hubiera encontrado algo. Después de la noche anterior, los cadáveres habían sido removidos y enviados a la morgue local para su almacenamiento, pero la escena del crimen, salpicada de sangre, permanecía inalterada. Roma, Marshall y Benedikt necesitaban entender por qué cinco de sus hombres, un miembro de los Escarlatas y un oficial de policía británico se destrozarían sus propias gargantas, sólo que la escena del crimen estaba tan escasa de pistas que obtener respuestas parecía una causa perdida.

—¿Qué sucede? —Roma preguntó—. ¿Encontraste algo?

Benedikt miró hacia arriba:

—No.

Roma acusó una nueva decepción.

—Esta es la segunda vez que registramos la escena de esquina a esquina —prosiguió Benedikt—. Creo que hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance: no puede haber nada que hayamos pasado por alto.

Pero además de examinar la escena del crimen, ¿qué más podían hacer para entender a qué se debía esta locura? No había nadie a quien preguntar, ni testigos a los que interrogar, ni historias personales que reconstruir. Cuando no había autor de un crimen, cuando las víctimas se hacían algo tan terrible a sí mismas, ¿cómo se suponía que se encontrarían respuestas?

Junto al agua, Marshall suspiró con exasperación, apoyando el codo en la rodilla y la cabeza en el puño.

—¿Escuchaste acerca de un supuesto segundo incidente anoche? —preguntó, cambiando ahora a la lengua china—. Se oyen rumores, pero hasta ahora no he recibido algo concluyente.

Roma fingió encontrar algo de especial interés en las grietas del suelo. No pudo contener una mueca cuando comentó:

—Los rumores son ciertos. Resulta que yo estaba allí.

—¡Oh, excelente! —Marshall se incorporó de un salto y juntó las manos—. Bueno, no tan excelente para la víctima, ¡pero excelente para nosotros! En lugar de seguir aquí, revisemos la nueva escena y esperemos que ofrezca más información que esta maloliente y…

—No podemos —interrumpió Roma—. Ocurrió en territorio Escarlata.

Marshall dejó de agitar los puños, desanimado. Benedikt, por otro lado, miraba con curiosidad a su primo.

—¿Y cómo es que *fuiste a parar* a territorio Escarlata? —preguntó. *Y además no nos llevaste contigo,* era la adición tácita al final de su pregunta.

—Mi padre me envió a obtener respuestas de los Escarlatas —replicó Roma. Eso era una verdad a medias. De hecho, Lord Montagov había enviado a Roma con la orden de determinar qué sabían los Escarlata. Caminar hasta el club *burlesque* había sido por decisión propia.

Benedikt arqueó una ceja.

—¿Y obtuviste respuestas?

—No —Roma desvió la mirada—. Juliette no sabía nada.

Una explosión repentina resonó con fuerza en la relativa calma del malecón. Benedikt accidentalmente había dado un codazo a las cajas, causando que la superior de la pila cayera al suelo y se astillara en docenas de trozos de madera.

—¿Juliette? —Benedikt exclamó.

—¿Juliette regresó? —preguntó Marshall.

Roma permaneció en silencio, sus ojos todavía oteando la orilla del río. Un dolor comenzaba a gestarse en su cabeza, una tensión aguda que palpitaba cada vez que exploraba sus recuerdos. El simple hecho de decir su nombre ya era doloroso.

Juliette.

Aquí era donde la había conocido. Mientras los trabajadores iban y venían con trapos sucios metidos en los bolsillos, que sacaban de vez en cuando para limpiar la mugre que se acumulaba en sus dedos, dos herederos de distintas familias casi todos los días estaban aquí ocultos, aunque a la vista de todos, divirtiéndose con un juego de canicas.

Roma apartó las imágenes. Sus dos amigos desconocían aquello que había sucedido, pero sabían que *algo* había sucedido. Recordaban que en una época su padre había confiado en Roma tanto como es posible confiar en un hijo, y de un momento a otro había pasado a ser visto con el mismo recelo con el que se trata al enemigo. Roma recordaba las miradas, las miradas intercambiadas entre los presentes cuando Lord Montagov lo interrumpía, lo insultaba, lo golpeaba en la cabeza ante la más pequeña infracción. Todos los Flores Blancas percibieron el cambio, pero nadie se atrevía a expresarlo en voz alta. Se convirtió en algo que se aceptaba en silencio, algo que generaba preguntas, pero sobre lo cual no se hablaba. Roma tampoco lo mencionaba nunca. Debía aceptar esta nueva tensión, o arriesgarse a que se agudizara aún más la confrontación. Ya habían pasado cuatro años de estar en una delicada cuerda floja. Mientras no corriera más rápido de lo que se le pedía, no perdería su precaria posición sobre el resto de los Flores Blancas.

—Juliette regresó —confirmó Roma en voz baja. Apretó los puños.

Su garganta se contrajo. Tomó aire, apenas capaz de exhalar palabra en medio del escalofrío que le consumía el pecho.

Todas las historias abominables que había escuchado, todas las historias que cubrían Shanghái como una densa niebla de terror, inyectadas directamente en los corazones de quienes estaban fuera de la protección de la Pandilla Escarlata: había esperado que fueran mentiras, que no fueran más que propaganda que pretendía envenenar la fuerza de voluntad de los hombres que querían hacerle daño a Juliette Cai. Pero había encarado a Juliette la noche anterior por primera vez en cuatro años. La había mirado a los ojos y, en ese instante, sintió la verdad de esas historias como si un poder superior le hubiera abierto la cabeza y acomodado los pensamientos en su mente con toda intención.

Asesina. Violenta. Implacable. Todas esas características y más, eso era lo que ella era ahora.

Y lamentó lo que ella había perdido. Habría querido no hacerlo, pero lo hizo; le dolía saber que la liviandad de su juventud se había ido para siempre, que la Juliette que recordaba llevaba mucho tiempo extinta. Le dolía aún más pensar que, aunque él había dado el golpe final, durante estos cuatro años había seguido soñando con ella, con la Juliette cuya risa había reverberado a lo largo de la orilla del río. Era inquietante. Había enterrado a Juliette como un cadáver bajo las tablas del piso, contento de vivir con los fantasmas que le susurraban en sueños. Verla de nuevo fue como encontrar el cadáver bajo las tablas del piso no sólo para verla resucitar, sino para ver como ella le apuntaba con un arma directo a la cabeza.

—Oye, ¿qué es esto?

Benedikt empujó a un lado un trozo de la caja que había roto, levantó algo del suelo y lo sostuvo en sus manos. Se llevó los dedos a la nariz y echó un vistazo antes de gritar de asco, sacudiendo una sustancia polvorienta de sus palmas. Intrigados por la escena, Roma se arrodilló y Marshall se acercó rápidamente, ambos aguzando la mirada ante lo que Benedikt había encontrado, sumidos en un gran desconcierto. Pasó un minuto antes de que alguien hablara.

—¿Esos son… insectos muertos? —preguntó Marshall. Se rascó la barbilla, incapaz de explicar la presencia de aquellas pequeñas criaturas esparcidas en la caja. No se parecían a ningún insecto que alguno de los tres hubiera visto antes. Cada criatura tenía el cuerpo dividido en tres segmentos y mostraba seis patas, pero eran de una forma muy extraña; tenían el tamaño de la uña de un niño y su tono era de un negro muy oscuro.

—Mars, revisa las otras cajas —ordenó Roma—. Benedikt, dame tu mochila.

Con una mueca, Benedikt le entregó su mochila y observó con repugnancia cómo Roma recogía algunos de los insectos y los acomodaba junto a sus lápices y libretas. No había alternativa: Roma necesitaba llevárselos para una inspección más detallada.

—No hay nada aquí —informó Marshall, en cuanto rompió la tapa de la segunda caja. Lo vieron ocuparse del resto de ellas. Cada caja era sacudida a fondo y golpeada unas cuantas veces, pero no aparecieron más insectos.

Roma levantó la vista hacia el cielo.

—Esa caja en la parte superior —dijo—. Estaba abierta antes de que tú la tocaras, ¿no es así?

Benedikt frunció el ceño.

—Supongo que sí —respondió—. Los insectos podrían haberse arrastrado dentro…

En ese momento un repentino estallido de voces que hablaban chino a la vuelta de la esquina, sobresaltó a Roma lo suficiente como para dejar caer la mochila de Benedikt. Giró sobre sus talones y se encontró con la mirada de su primo, luego miró a la postura combativa que Marshall había adoptado de inmediato.

—¿Escarlatas? —preguntó Marshall.

—No necesitamos quedarnos para averiguarlo —dijo Benedikt en el acto. Antes de que Marshall pudiera reaccionar, le dio al otro joven un fuerte empujón. La sorpresa de Marshall lo había llevado a tropezar con el borde del malecón, tambaleándose una y otra vez antes de caer, ¡aterrizando sobre el agua con un silencioso *plunc*! Roma no alcanzó a pronunciar una sola palabra de protesta antes de que su primo también cargara contra *él*, causando que ambos cayeran al río Huangpu, justo antes de que las animadas voces doblaran la esquina y alcanzaran el malecón.

Una turbia oscuridad y destellos de luz solar rodearon a Roma. Se había dejado caer al agua silenciosamente guiado por Benedikt, pero ahora hacía tanto ruido como los latidos de su corazón, sus brazos se agitaban frenéticamente en su prisa por orientarse entre las olas. ¿Estaba hundiéndose más o subía a la superficie? ¿Estaba boca arriba o boca abajo, a punto de alcanzar tierra firme o a punto de hundirse en el río para no ser visto nunca más?

Una mano le golpeó el rostro. Los ojos de Roma se abrieron de golpe.

Benedikt estaba nadando frente a él, el cabello flotando en

mechones cortos alrededor del rostro. Cruzó un furioso dedo sobre los labios de Roma para pedir silencio y luego lo tomó del brazo, nadando hasta que estuvieron debajo del malecón. Marshall ya estaba flotando allí, después de haber ubicado la cabeza en los pocos centímetros de espacio respirable entre la parte inferior del malecón y el ondulante río. Roma y Benedikt hicieron lo mismo, tomaron aire lo más silenciosamente posible para recuperar el aliento y luego presionaron sus oídos contra los paneles del malecón. Podían escuchar las voces de los Escarlatas arriba de ellos, hablando de un Flor Blanca al que acababan de golpear hasta dejar casi muerto, huyendo sólo en el momento en que un grupo de policías pasó por allí. Los Escarlatas que allí estaban no se detuvieron ni notaron la mochila que Roma había dejado caer. Estaban demasiado concentrados en su euforia, atrapados en las secuelas que producía la sed de sangre de la guerra entre clanes. Sus voces se hicieron terriblemente ruidosas antes de desvanecerse de nuevo, continuando sus caminos sin reparar en los tres Flores Blancas ocultos en el agua debajo de ellos.

Tan pronto como se alejó el grupo de los Escarlatas, Marshall se acercó y golpeó a Benedikt en la cabeza.

—No tenías por qué haberme *empujado* —gruñó con enojo Marshall —. ¿Escuchaste lo que decían? Podríamos haber luchado contra ellos. Ahora estoy empapado en lugares donde ningún hombre debería estarlo.

Mientras Benedikt y Marshall comenzaban a discutir acaloradamente, los ojos de Roma se pasearon por el lugar, escrutando la parte inferior del malecón; con el sol brillando a través de las rendijas de la plataforma, la luz revelaba todo tipo de moho y suciedades que se acumulaban en grumos. Después condujo la mirada de Roma hacia… lo que parecía ser un zapato, flotando en el agua y golpeteando contra el lado interior del malecón.

Roma lo reconoció.

—Dios mío —exclamó. Nadó hacia el zapato y lo sacó fuera del agua, sosteniéndolo como un trofeo—. ¿Saben qué significa esto?

Marshall miró fijamente el zapato, lanzándole a Roma una mirada bastante elocuente sin necesidad de pronunciar palabra.

—¿Que el río Huangpu está cada vez más contaminado?

A estas alturas, Benedikt se estaba hastiando de flotar en la porquería bajo el malecón y dio unas brazadas para salir de allí. Marshall lo siguió velozmente; Roma, recordando de pronto que ahora era seguro salir a la superficie, se apresuró a hacer lo mismo, y cuando nuevamente estuvo de pie golpeó con las manos el lado seco del

malecón flotante y sacudió el agua de sus pantalones.

—Esto —dijo Roma, señalando el zapato—, pertenecía al hombre que murió en territorio Escarlata. Él también estuvo aquí. —Roma agarró la mochila de Benedikt y acomodó dentro el zapato—. Vamos. Yo sé dónde…

—Oye —interrumpió Marshall. Aún empapado, entrecerró los ojos para mirar en dirección al agua—. ¿Tú viste…? ¿Viste eso?

Cuando Roma miró hacia el río, todo lo que logró percibir fue un sol abrasador.

—Ah… —dijo—. ¿Estás tratando de ser gracioso?

Marshall volteó para encararlo. Había algo en su grave expresión que contuvo cualquier otro comentario burlón de parte de Roma, sellando sus labios con un regusto amargo.

—Me pareció haber visto ojos en el agua.

El regusto amargo se extendió. El aire a su alrededor de repente se volvió cobrizo por la sensación de aprensión, y Roma apretó con más fuerza la mochila de su primo hasta que prácticamente la tenía pegada a su cuerpo.

—¿Dónde? —preguntó.

—Fue sólo un destello —dijo Marshall, frotándose el cabello con las manos en un esfuerzo por escurrir el agua—. Honestamente, podría haber sido simplemente la luz del sol sobre el río.

—Parecías seguro acerca de los ojos.

—Pero ¿por qué razón habría *ojos*…?

Benedikt se aclaró la garganta, una vez que terminó de sacudir el agua de sus pantalones. Roma y Marshall voltearon hacia él.

—Has oído lo que dice la gente, ¿no?

Sus respuestas fueron inmediatas.

—Goe-mul —susurró Marshall, al tiempo que Roma entonaba—: *Chudovishche*.

Benedikt profirió un sonido afirmativo. Fue eso lo que finalmente sacudió de golpe a Roma, sacándolo de su estupor. Enseguida hizo señas a sus amigos para que se dieran prisa y se alejaran del agua.

—Ay, por favor, no van a dar crédito a todas esas habladurías sobre monstruos que se extienden por la ciudad —dijo—. Simplemente vengan conmigo.

Roma echó a andar a toda prisa. Recorrió las calles de la ciudad, serpenteando por entre los puestos abiertos del mercado, a duras penas dando un segundo vistazo a los vendedores junto a los que pasaba, incluso cuando ellos se acercaban para tomarlo del brazo, con la esperanza de venderle una extraña fruta nueva que venía de otro

mundo. Benedikt y Marshall resoplaban y gruñían tratando de mantener el paso, intercambiando ceños fruncidos de forma ocasional y preguntándose adónde los estaba llevando Roma tan decididamente con una mochila llena de insectos muertos al hombro.

—Por aquí —declaró finalmente Roma, patinando hasta detenerse fuera de los laboratorios de los Flores Blancas, jadeando pesadamente mientras recuperaba el aliento. Benedikt y Marshall chocaron entre sí, ambos a punto de caer en su prisa por detenerse en el instante en que Roma lo hizo. Para entonces, estaban prácticamente secos tras la inmersión en el río.

—*Auch* —se quejó Marshall.

—Lo siento —dijo Benedikt—. Por poco me resbalo con esto —levantó el pie y rescató un trozo de papel delgado, un cartel que se había caído de un poste. Por lo general, anunciaban servicios de transporte o alquiler de departamentos, pero éste tenía un texto gigante en la parte superior que anunciaba EVITE LA LOCURA. ¡VACÚNESE!

—Dame eso —exigió Roma. Benedikt le entregó la hoja y Roma la dobló, deslizando el pequeño cuadrado en su bolsillo para examinarla más adelante—. Síganme.

Roma irrumpió en el edificio y se abrió paso por el largo pasillo, entrando en los laboratorios sin llamar a la puerta. Se suponía que debía ponerse una bata de laboratorio cada vez que entraba al edificio, pero nadie se había atrevido a reprenderlo, y los científicos jóvenes que los Flores Blancas empleaban en estas estaciones de trabajo apenas levantaban la vista cuando Roma los visitaba una vez al mes. Estaban lo suficientemente familiarizados con su presencia para dejarlo tranquilo, y el científico titular del lugar, Lourens, conocía lo suficiente a Roma para no señalarle su comportamiento indebido. Además, ¿quién se molestaría en protestar por el proceder del heredero de los Flores Blancas? Por lo que sabían estos científicos, Roma era prácticamente el encargado de que les hicieran llegar sus salarios.

—¿Lourens? —llamó Roma, al tiempo que echaba un vistazo a los laboratorios—. Lourens, ¿dónde estás?

—Aquí arriba —retumbó la profunda voz de Lourens en un ruso con marcado acento, agitando la mano desde el segundo descanso. Roma subió las escaleras de dos en dos, con Marshall y Benedikt saltando detrás de él, cual cachorros ansiosos.

Lourens se percató de los recién llegados y frunció sus tupidas cejas blancas. No estaba acostumbrado a recibir invitados. Las visitas de

Roma al laboratorio solían ser expediciones en solitario, realizadas con la cabeza agachada. Roma siempre se introducía en este laboratorio como si el acto físico de encogerse pudiera funcionar como un escudo contra la naturaleza repulsiva de las actividades clandestinas que se llevaban a cabo. Quizá si no caminara con su erguida postura habitual, podría absolverse de culpa cuando viniera a pedir los informes del progreso mensual de los productos que entraban y salían de este laboratorio.

Se suponía que este lugar era una instalación de investigación de los Flores Blancas a la vanguardia de los avances farmacéuticos, perfeccionando medicamentos modernos para los hospitales que operaban en su territorio. Ésa era, al menos, la fachada que mantenían. En realidad, las mesas del fondo estaban manchadas de opio, con denso olor a alquitrán, mientras los científicos agregaban sus propias toxinas únicas a la mezcla, hasta que las drogas eran modificadas pasando a ser el epítome de la adicción.

Luego, los Flores Blancas las enviaban nuevamente al exterior, recolectaban el dinero y la vida continuaba. Ésta no era una empresa humanitaria. Éste era un negocio que empobrecía aún más la vida de los desvalidos y permitía a los acaudalados seguir enriqueciéndose a su antojo.

—No lo esperaba hoy —dijo Lourens, palpándose la desordenada barba. Estaba apoyado contra el pasamanos para mirar hacia el primer piso, pero su espalda encorvada hacía que el gesto pareciera terriblemente peligroso—. Aún no hemos terminado con el lote actual.

Roma hizo un gesto de desagrado. Tarde o temprano se acostumbraría a la manera displicente con que la gente del laboratorio se refería a sus labores. El trabajo era trabajo, después de todo.

—No estoy aquí por las drogas. Necesito tus conocimientos.

Mientras Roma se apresuraba hasta la mesa de trabajo de Lourens y apartaba los papeles para despejar el espacio, Marshall se adelantó y aprovechó la oportunidad para presentarse de manera extravagante. Todo su rostro se iluminó, como siempre lo hacía cuando podía agregar otro nombre a la lista eternamente larga de personas con las que se había codeado.

—Marshall Seo, encantado de conocerlo —extendió la mano, haciendo una breve reverencia.

Lourens, con sus articulaciones lentas y crujientes, estrechó los dedos extendidos de Marshall con cautela. Luego, sus ojos viajaron hacia Benedikt con anticipación, y éste, con un suspiro imperceptible también extendió su mano, la muñeca flácida.

—Benedikt Ivanovich Montagov —dijo. Si su impaciencia no se evidenciaba ya por su manera de hablar, su mirada errante ciertamente demostraba dónde estaba su atención: los insectos que Roma estaba desplegando sobre la mesa de trabajo de Lourens. El rostro de Roma se había quedado congelado en una mueca mientras usaba su manga para cubrirse los dedos y separar a cada pequeña criatura de la otra.

Lourens emitió un sonido dubitativo. Señaló con el dedo a Roma.

—¿No es Ivanovich *tu* patronímico?

Roma se apartó de las criaturas. Miró al científico con los ojos entrecerrados.

—Lourens, el nombre de *mi* padre no es Ivan. Eso lo sabes.

—Me es imposible reordar tu apellido, debe ser que mi memoria está empeorando con la edad —murmuró Lourens—. ¿Nikolaevich? Sergeyevich? Mik…

—¿Podríamos mejor echar un vistazo a esto? —interrumpió Roma.

—Ah —Lourens giró hacia su mesa de trabajo. Sin preocuparse por la cuestión crucial de la higiene, extendió los dedos y tocó los insectos, sus ojos cansados parpadeando en estado de confusión—. ¿Qué es lo que estoy examinando?

—Los encontramos en la escena de un crimen —dijo Roma cruzándose de brazos, metiendo los dedos temblorosos en la tela del saco de su traje— donde siete hombres perdieron la razón y se degollaron con sus propias manos.

Lourens no reaccionó ante la gravedad de tal declaración. Sólo jaló su barba unas cuantas veces más, frunciendo las cejas hasta que se convirtieron en una sola forma larga y peluda sobre su frente.

—¿Crees que estos insectos indujeron a que los hombres se desgarraran sus propias gargantas?

Roma intercambió una mirada con Benedikt y Marshall. Los dos se encogieron de hombros.

—No lo sé —admitió Roma—. Esperaba que pudieras decírmelo. Confieso que no puedo imaginar por qué otra razón encontraríamos *insectos* en la escena del crimen. La única otra teoría que tenemos es que un monstruo podría haber emergido del río Huangpu y haberlos inducido a la locura.

Lourens soltó un suspiro. Si hubiera venido de otra persona, Roma podría haber sentido una punzada de irritación, una indicación de que no lo estaban tomando en serio a pesar de la trascendencia de su solicitud. Pero Lourens suspiraba cuando estaba preparando su té y suspiraba cuando estaba abriendo sus cartas. Roma había sido testigo

por suficiente tiempo del temperamento de Lourens van Dijk para saber que éste era simplemente su estado neutral.

Lourens volvió a tocar un insecto. Esta vez retiró el dedo rápidamente.

—Ah… *oh*. Eso es interesante.

—¿Qué? —Roma exigió—. ¿Qué es interesante?

Lourens se alejó sin responder, arrastrando los pies. Examinó su estante, luego murmuró algo en voz baja en holandés. Sólo cuando tomó un encendedor, una cosa pequeña de color rojo, respondió:

—Le mostraré.

Benedikt contrajo el rostro, agitando silenciosamente un brazo en el aire:

—*¿Por qué este tipo es así?* —murmuró muy quedo.

—*Déjalo divertirse* —murmuró Marshall a su vez.

Lourens regresó cojeando. Extrajo una caja de Petri de un cajón debajo de la mesa de trabajo y con delicadeza recogió tres de los insectos muertos, dejándolos caer sobre el cristal uno tras otro.

—Probablemente debería usar guantes —dijo Benedikt.

—Silencio —atajó Lourens—. No lo notó usted, ¿verdad?

Benedikt contrajo de nuevo el rostro, como si estuviera masticando un limón. Roma reprimió un atisbo de sonrisa que amenazaba con aparecer en sus labios y rápidamente colocó una mano en el codo de su primo a modo de advertencia.

—¿Notar qué? —preguntó, cuando estuvo seguro de que Benedikt permanecería callado.

Lourens se apartó de la mesa de trabajo y caminó hasta quedar al menos a diez pasos de distancia de los visitantes.

—Vengan aquí.

Roma, Benedikt y Marshall lo siguieron. Observaron cómo Lourens prendía el encendedor, observaron cómo dirigía la llama al insecto en el centro de la caja de Petri, sosteniendo la ardiente luz anaranjada hacia el insecto hasta que éste comenzó a resecarse: el exoesqueleto estaba reaccionando a los estímulos incluso después de la muerte.

Pero estaba sucediendo algo de lo más extraño: los *otros* dos insectos a cada lado del que empezaba a arder también se estaban quemando, resecándose y brillando con el calor. A medida que el insecto de enmedio se enroscaba más y más, ardiendo con el fuego, los que estaban a ambos lados hacían exactamente lo mismo.

—Poderoso encendedor el que tiene usted —comentó Marshall.

Lourens apagó la llama. En seguida caminó hacia la mesa de trabajo, con un paso veloz del que Roma no habría creído que fuera

capaz, y colocó la caja de Petri sobre el resto de las docenas de insectos que seguían en la superficie de madera.

—No es el encendedor el qué lo produce, mi amigo.

Dirigió hacia abajo el encendedor. Esta vez, cuando el insecto debajo de la llama se puso rojo ardiente y se enroscó, también lo hicieron todos los insectos colocados sobre la mesa: de una manera brutal, repentina, Roma estuvo a punto de un ataque de pánico al pensar por un instante que estaban cobrando vida.

Benedikt dio un paso atrás. Marshall se llevó la mano a la boca.

—¿Cómo puede ser posible? —inquirió Roma atónito—. ¿Cómo es esto posible?

—La distancia es determinante aquí —dijo Lourens—. Incluso en la muerte, la acción de un insecto está determinada por los otros que están cerca. Es posible que no tengan voluntad propia. Es posible que actúen como un solo individuo, cada uno de estos insectos que permanecen vivos.

—¿Qué significa esto? —presionó Roma —. ¿Son ellos los responsables de la muerte de aquellos hombres?

—Quizá, pero es difícil asegurarlo —Lourens dejó a un lado la caja de Petri y se frotó los ojos. Pareció dudar, lo cual era algo terriblemente inesperado y, por la razón que fuera, provocó que un vacío comenzara a crecer en el estómago de Roma. En los años en que Roma había conocido al anciano científico, Lourens siempre decía lo primero que se le venía a la mente, sin prestar la menor atención al decoro.

—Suéltalo de una buena vez —lo instó Benedikt.

El científico dejó salir un suspiro grande, muy largo.

—Éstas no son criaturas orgánicas —dijo—. Sea lo que sean estas cosas, no fueron creadas por Dios.

Y cuando Lourens se santiguó, Roma finalmente comprendió la naturaleza sobrenatural de aquello con lo que estaban lidiando.

Cinco

La luz del sol del mediodía entraba a raudales por la ventana del dormitorio de Juliette. A pesar del brillo, hoy el día estaba fresco, uno de esos fríos que alentaba a las rosas del jardín a enderezarse un poco más, como si no pudieran permitirse perder un solo segundo del calor que se filtraba a través de las nubes.

—¡No puedo creer lo de Tyler —Juliette fumaba al tiempo que se paseaba por su habitación—. ¿Quién se cree que es? ¿Ha estado intimidando a todo mundo durante los últimos cuatro años?

Rosalind y Kathleen arrugaron el rostro desde la cama de Juliette, donde Rosalind estaba trenzando el cabello de Kathleen. El gesto equivalía a una confirmación.

—Tyler no tiene influencia real en la pandilla —intentó apaciguarla Kathleen—. No te preocupes por él… ¡*ayay*, Rosalind!

—Deja de moverte y tal vez no me vea obligada a hacerlo tan fuerte —respondió Rosalind en un tono plano—. ¿Quieres que te haga dos trenzas idénticas o prefieres dos trenzas desiguales?

Kathleen se cruzó de brazos, resoplando. Lo que fuera que estuviera diciendo a Juliette hacía un momento ahora parecía completamente olvidado.

—Ya verás cuando aprenda a trenzar mi cabello. Entonces dejarás de tener poder sobre mí.

—Llevas cinco años dejándote crecer el cabello, mèimei. Simplemente admite que te parece que mi estilo de trenzado es superior.

En ese momento, se oyó un leve sonido justo afuera de la puerta

del dormitorio. Juliette frunció el ceño y escuchó con atención mientras Kathleen y Rosalind continuaban en lo suyo, sin indicios de que hubieran escuchado el mismo ruido.

—Por supuesto que tu estilo de trenzado es superior. Mientras *tú* estabas aprendiendo a arreglarte con estilo y a comportarte como una dama, yo aprendía a ejecutar un *swing* de golf y a estrechar manos de forma impetuosa.

—*Sé* que los tutores eran unos idiotas llenos de prejuicios en lo concerniente a tu educación. Pero lo único que te pido ahora es que dejes de *retorcerte*…

—Oigan, oigan, silencio —susurró velozmente Juliette y cruzó con firmeza un dedo sobre sus labios. Había escuchado pasos. Pasos que se habían detenido, probablemente con la esperanza de captar fragmentos sueltos de alguna conversación.

Mientras que la mayoría de las mansiones de los jefes de renombre se asentaban a lo largo de la calle Bubbling Well en el centro de la ciudad, la casa Cai se ubicaba discretamente en el propio límite de Shanghái; era un esfuerzo por evitar los ojos vigilantes de los extranjeros que ahora gobernaban la ciudad, y a pesar de su singular ubicación, era el centro de actividades de la Pandilla Escarlata. Cualquiera que tuviera importancia en la red podía llegar a tocar esta puerta cuando dispusiera del tiempo, a pesar de que los Cai poseían innumerables residencias más pequeñas en el corazón de la ciudad.

En medio del silencio, volvieron a sonar unos pasos, que ahora avanzaban. Es verdad que importaba poco si las criadas, las tías y los tíos pasaran a cada minuto intentando escuchar a escondidas: Juliette, Rosalind y Kathleen siempre hablaban en un veloz inglés cuando estaban solas las tres, y muy pocas personas en la casa tenían la capacidad lingüística para actuar como espías. Aun así, era algo irritante.

—Creo que ya se fueron —dijo Kathleen después de un rato—. De todos modos, antes de que Rosalind *me distrajera* —le lanzó a su hermana una fingida mirada de ira para dar énfasis a sus palabras—, mi punto era que Tyler no es otra cosa que un simple fastidio. Déjenlo decir lo que quiera. La Pandilla Escarlata es lo suficientemente fuerte como para dejarlo al margen.

Juliette suspiró profundamente.

—De todos modos me preocupa —se acercó a las puertas de su balcón. Cuando apoyó los dedos sobre el cristal, el calor de su piel empañó la superficie que de inmediato se convirtió en pequeños puntos: cinco puntos idénticos donde había dejado su marca—. No

llevamos un registro formal, pero las bajas a raíz de la guerra entre clanes siguen en aumento. Ahora, con la aparición de esta extraña locura, ¿cuánto tiempo pasará antes de que nos quedemos sin la suficiente cantidad de integrantes para seguir operando?

—Eso no va a pasar —aseguró Rosalind, terminando las trenzas—. Shanghái está bajo nuestro control.

—Shanghái *estaba* bajo nuestro control —la interrumpió su hermana. Kathleen soltó un bufido y señaló un mapa de la ciudad que Juliette había desplegado sobre su escritorio—. Ahora los franceses controlan la Concesión Francesa. Los británicos, los estadounidenses y los japoneses tienen el Asentamiento Internacional. Y nosotros estamos luchando contra los Flores Blancas por un dominio estable en el resto del mapa, lo cual es una hazaña en sí misma considerando las pocas zonas en manos de los chinos que han quedado…

—Ay, *déjalo ya* —Rosalind soltó un gemido, fingiendo que estaba a punto de sufrir un desmayo. Juliette tuvo que reprimir una risita cuando Rosalind se pasó una mano por la frente y se dejó caer de nuevo en la cama—. Has estado escuchando demasiada propaganda comunista.

Kathleen frunció el ceño.

—No es verdad.

—Al menos admite que tienes simpatías comunistas, no lo niegues.

—No están equivocados —replicó Kathleen—. Esta ciudad ya dejó de ser china.

—¿Y a quién *le importa*? —Rosalind de repente lanzó una patada, usando el impulso para incorporarse, sentándose tan rápido que su cabello recién peinado le rozó los ojos—. Toda fuerza armada en esta ciudad tiene una lealtad ya sea hacia la Pandilla Escarlata o hacia los Flores Blancas. Es ahí donde reside el poder. No importa cuánta tierra perdamos ante los extranjeros, los gánsteres son la fuerza más poderosa en esta ciudad, no los blancos llegados del extranjero.

—Hasta que los blancos llegados del extranjero comiencen a desplegar su propia artillería —murmuró Juliette. Se alejó de las puertas del balcón y caminó de regreso hacia su tocador, deteniéndose junto al sillón largo. Casi sin pensarlo, extendió la mano, pasando el dedo por el borde del jarrón de cerámica que estaba junto a sus cosméticos. Allí solía haber un jarrón chino azul y blanco, pero las rosas rojas no combinaban con los espirales de porcelana, por lo que se había hecho el cambio por un diseño occidental.

Habría sido mucho más fácil si los Escarlatas hubieran expulsado a los extranjeros, los hubieran ahuyentado con plomo y amenazas de

muerte en el momento en que sus barcos y sus artículos de lujo atracaron en El Bund. Incluso ahora, los gánsteres todavía podían unir fuerzas con los extenuados trabajadores de las fábricas y apoyar sus boicots. Juntos, si así lo quisiera la Pandilla Escarlata, podrían desplazar a los extranjeros… pero no lo harían. La Pandilla Escarlata se estaba beneficiando enormemente. Necesitaban esta inversión, esta economía, esas carretadas de dinero que llenaban sus arcas y los mantenían a flote.

A Juliette le dolía pensar en ello. En su primer día después de regresar, se detuvo frente al Jardín Público, vio un letrero que decía NO SE ADMITEN CHINOS y comenzó a reír. ¿Quién en su sano juicio prohibiría a los chinos entrar en un espacio dentro de su propio país? Sólo más tarde comprendió que no se trataba de una broma. Los extranjeros realmente se consideraban lo suficientemente poderosos para hacer cumplir sus reglas en los espacios que estaban *reservados para la Comunidad Extranjera*, razonando que los fondos extranjeros que invertían en los parques recién construidos y en los bares clandestinos recién abiertos justificaban su dominio.

A cambio de riquezas temporales, los chinos estaban permitiendo que los extranjeros dejaran marcas permanentes en su tierra, y los extranjeros estaban sintiéndose cada vez más cómodos con su nueva posición. Juliette temía que las cosas dieran un vuelco por completo algún día, y que la Pandilla Escarlata comprendiera de repente que se había quedado al margen de todo.

—¿Pero qué te pasa?

Juliette volvió de pronto al momento presente, usando el espejo de tocador para mirar a Rosalind.

—¿Qué?

—Por tu expresión parecía que estuvieras planeando un asesinato.

Se escuchó un golpe en la puerta del dormitorio de Juliette antes de que ella pudiera responder, lo que la obligó a voltear por completo. Ali, una de las criadas, abrió la puerta y apareció en el umbral, pero se quedó inmóvil, renuente a dar un paso al interior del recinto. Ninguno de los integrantes del personal de la casa sabía cómo tratar con Juliette. Ella era demasiado atrevida, demasiado descarada, demasiado occidental, mientras que ellos eran demasiado nuevos, demasiado inseguros, nunca estaban cómodos. El personal doméstico rotaba todos los meses por motivos prácticos. Esto le evitaba a los Cai conocer sus historias, sus vidas, sus relatos personales. En un abrir y cerrar de ojos, su mes de trabajo había concluido y se les indicaba la puerta de salida por su propia seguridad, cortando así los lazos que

habrían unido a Lord y Lady Cai con un creciente número de personas.

—Xiǎojiě, hay un visitante abajo —dijo Ali en voz baja.

No siempre había sido así. Tiempo atrás, habían tenido un grupo de personas fijas que se encargaba del trabajo doméstico y que se mantuvo durante los primeros quince años de vida de Juliette. Alguna vez, Juliette contó con la compañía de una niñera, a quien llamaba Nana y Nana arropaba a Juliette y le contaba las historias más conmovedoras de tierras desérticas y bosques exuberantes.

Juliette extendió la mano y sacó una rosa roja del jarrón. En el momento en que cerró las manos alrededor del tallo, las espinas le pincharon la palma, pero a duras penas sintió la punzada, incapaz de hacer mella en los callos que protegían su piel, de penetrar en los años que había pasado endureciendo cualquier parte de su ser que podría considerarse "delicada".

Al principio Juliette no lo había entendido. Cuatro años atrás, mientras se encontraba de rodillas en los jardines, recortando sus rosales con unos gruesos guantes que le cubrían las manos, no había comprendido por qué la temperatura a su alrededor había subido tan intensamente, por qué sonaba como si todo el terreno de la mansión Cai se hubiera estremecido con… una *explosión*.

Le rechinaban los oídos: primero con los remanentes de ese horrible y fuerte sonido, luego con los gritos, el pánico y los lamentos que llegaban desde la parte trasera, donde estaba la casa que ocupaban los sirvientes. Cuando se apresuró a acercarse, vio escombros. Vio una pierna. Un charco de sangre. Alguien había estado de pie justo en el umbral de la puerta principal cuando el techo se derrumbó. Alguien con un vestido que se parecía a los que usaba Nana, con la misma tela de la que Juliette siempre jalaba cuando era niña, porque era lo único que lograba alcanzar con sus manos para llamar la atención de Nana.

En el camino hacia la casa de los sirvientes quedó una única flor blanca. Cuando Juliette se quitó los guantes y la recogió, con los oídos zumbando y la mente completamente aturdida, sus dedos encontraron una nota pegada con alfileres, escrita en ruso, en letra cursiva, sangrando con tinta cuando la desdobló.

Mi hijo envía sus saludos.

Ese día fueron transportados tantos cuerpos al hospital. Cadáveres sobre cadáveres. Los Cai habían estado siendo mesurados, pacíficos, habían decidido paliar el odio ancestral cuya causa se había ido olvidando con el paso del tiempo; entonces conocieron a dónde los había conducido su manera de actuar: a la muerte llevada

directamente a la puerta de su casa. A partir de ese acontecimiento, la Pandilla Escarlata y los Flores Blancas comenzaron a intercambiar disparos en cuanto se veían, protegiendo y defendiendo los límites territoriales como si su honor y reputación dependieran de ello.

—¿Xiǎojiě?

Juliette cerró los ojos con fuerza, dejó caer la rosa y se pasó una mano fría por la cara hasta que logró difuminar todos los recuerdos que amenazaban con hacer erupción. Cuando volvió a abrir los ojos, su mirada estaba apagada, desinteresada mientras se inspeccionaba las uñas.

—¿Y? —dijo ella—. No atiendo a los visitantes. Busca a mis padres.

Ali se aclaró la garganta y luego pasó las manos por el áspero dobladillo de su blusa de botones.

—Sus padres están fuera. Entonces puedo ir a buscar a Cai Tailei…

—No —contestó Juliette con rudeza. De inmediato lamentó el tono de voz empleado al ver la expresión mortificada de la criada. De todo el personal de la casa, Ali era la única que trataba a Juliette con el mínimo nivel de precaución. No merecía recibir sus gritos.

Juliette intentó sonreír.

—Deja tranquilo a Tyler. Probablemente sea Walter Dexter quien está abajo. Yo iré.

Ali inclinó la barbilla respetuosamente, luego se apresuró a alejarse antes de que la joven volviera a enfadarse. Juliette supuso que daba una impresión equivocada al personal de la casa. Ella haría cualquier cosa por la Pandilla Escarlata. Se preocupaba por su bienestar y su política, sus coaliciones y alianzas con las empresas comerciales y los inversores.

Pero no tenía tiempo para hombres insignificantes como Walter Dexter, que se consideraban tremendamente importantes sin tener la capacidad de respaldar tal afirmación. No tenía ningún deseo de ocuparse de las diligencias que su padre no quería hacer. Aquello estaba lejos de ser el negocio despiadado en el que esperaba ser involucrada cuando finalmente la convocaron de regreso. Si hubiera sabido que Lord Cai la dejaría fuera de la guerra entre clanes, fuera de la beligerancia que de manera paralela tenía lugar en el escenario político, tal vez no se habría apresurado a hacer sus maletas y derramar todo el contenido de su reserva de alcohol cuando se marchó de Nueva York.

Después del ataque que mató a Nana, Juliette había sido enviada a Nueva York por seguridad y había tenido que dejar hervir a fuego lento su resentimiento durante cuatro largos años. No era ésa su

naturaleza. Habría preferido quedarse y reafirmar su presencia en el territorio por su cuenta, luchar con el mentón erguido. A Juliette Cai se le había enseñado a no huir, pero sus padres, como suelen ser todos los padres, eran unos hipócritas y la habían obligado a escabullirse, la habían obligado a permanecer al margen de la guerra entre clanes, la habían forzado a convertirse en alguien alejada del peligro.

Y ahora estaba de regreso.

Rosalind emitió un ruido gutural mientras Juliette se colocaba un abrigo sobre el vestido.

—Ahí está de nuevo.

—¿Qué cosa?

—Esa expresión asesina —dijo Kathleen sin levantar la mirada de su revista.

Juliette puso los ojos en blanco.

—Creo que simplemente es mi expresión de reposo.

—No, tu expresión de reposo es ésta.

Rosalind imitó la expresión más disparatada que logró inventar, con los ojos desorbitados y la boca muy abierta, balanceándose en círculos sobre la cama. En respuesta, Juliette le arrojó una pantufla, lo que provocó risitas de parte de Kathleen.

—Shuu —la reprendió Rosalind, con un golpe lanzando lejos el calzado y conteniendo la risa—. Ve a atender tus deberes.

Juliette ya iba de salida, haciendo una seña obscena por encima del hombro. Mientras caminaba lenta y pensativamente por el pasillo del segundo piso, mordiéndose las uñas astilladas, se detuvo frente a la oficina de su padre para acomodarse un zapato que no le ajustaba bien desde que se había atascado en la tapa de un desagüe.

Luego se quedó paralizada, con la mano sobre el tobillo. Alcanzó a escuchar voces provenientes de la oficina.

—Ah*, disculpen* —gritó Juliette, abriendo la puerta de una patada con su zapato de tacón alto—. La criada dijo que ambos estaban *fuera.*

Sus padres levantaron la cabeza de inmediato, parpadeando visiblemente. Su madre estaba de pie detrás del hombro de su padre; una mano descansaba sobre el escritorio y la otra sobre un documento frente a ellos.

—El personal dice lo que queremos que ellos digan, qīn'ài de — explicó Lady Cai. Hizo un movimiento rápido con los dedos en dirección a Juliette—. ¿No tienes un visitante que atender abajo?

Resoplando, la joven cerró la puerta de nuevo, mirando con furia a sus padres. Apenas le hicieron caso. Simplemente volvieron a su conversación, asumiendo que Juliette se marcharía.

—Ya hemos perdido a dos hombres, y si los rumores son ciertos, caerán más antes de que podamos determinar con exactitud qué lo está provocando —dijo su madre en voz baja, reanudando la conversación anterior. Lady Cai siempre sonaba diferente en shanghainés que en cualquier otro idioma o dialecto. Era difícil verbalizar exactamente qué era, acaso una cierta sensación de calma, incluso si el tema conllevaba una terrible ráfaga de emoción. Esto era lo que significaba hablar tu lengua materna, supuso Juliette.

Ella no estaba realmente segura de cuál *era* su propia lengua materna.

—Los comunistas están exultantes de alegría. Zhang Gutai ya no necesitará un megáfono para el reclutamiento. —su padre era todo lo contrario. Veloz y agudo. Aunque los tonos del shanghainés provenían completamente de la boca en lugar de la lengua o la garganta, de alguna manera lograba hacer que reverberaran diez veces dentro de sí antes de proyectar el sonido—. Con la gente cayendo como moscas, las inversiones capitalistas dejan de crecer, las fábricas se convierten en caldos de cultivo para la revolución. El desarrollo comercial de Shanghái se frena abruptamente.

Juliette adoptó un gesto de agobio y se alejó de prisa de la puerta de la oficina de su padre. Por mucho que él lo hubiera intentado a través de sus cartas, a Juliette nunca le había importado mucho quién era quién en el gobierno, a menos, claro, que sus actividades tuvieran algún efecto directo en los negocios Escarlatas. Lo único que le importaba era la Pandilla, los peligros y las tribulaciones inmediatas a las que se enfrentaban en el día a día. Lo cual significaba que en sus maquinaciones, a la mente de Juliette le gustaba gravitar hacia los Flores Blancas, no hacia los comunistas. Pero si en verdad eran ellos quienes habían desencadenado la locura en esta ciudad, como su padre parecía sospechar, también los comunistas estaban matando a su gente, y ella no iba a quedarse de brazos cruzados. Después de todo, esta mañana su padre no se había desentendido de las muertes para concentrarse en la política. Quizás en este caso lo uno y lo otro estaban íntimamente relacionados.

Tiene sentido que los comunistas puedan ser los responsables de la locura, pensó Juliette mientras bajaba las escaleras hacia el primer piso.

¿Pero cómo podrían lograr tal proeza? La guerra civil no era una novedad. Este país pasaba más tiempo sumido en el caos político que en períodos de paz. Pero algo que hacía que personas se desgarraran la garganta estaba ciertamente lejos de cualquier guerra biológica que

Juliette hubiera estudiado.

Juliette saltó al último tramo de la escalera.

—¡Hola! —gritó—. ¡Estoy aquí! ¡Pueden hacer la reverencia! — entró en la sala de estar y, con cierto sobresalto, encontró a un extranjero sentado en uno de los sofás. No era el molesto comerciante británico, pero sí era alguien que se parecía mucho, sólo que más joven, más o menos de la edad de ella.

—Me abstendré de hacer la reverencia, si le parece —dijo el extranjero, curvando los labios hacia arriba. Se puso de pie y extendió la mano—. Me llamo Paul. Paul Dexter. Mi padre no podía venir hoy, así que me envió en su lugar.

Juliette ignoró la mano extendida. *Pésimos modales de etiqueta*, notó de inmediato. Según las reglas de la sociedad británica, una dama siempre tenía el privilegio de ofrecer el apretón de manos. No es que le importara la etiqueta británica, ni cómo la alta sociedad definía lo que era una *dama*, pero detalles tan minúsculos apuntaban a una falta de formación adecuada, de manera que Juliette archivó esa información en su cabeza.

Y *realmente* el joven debería haberse inclinado.

—¿Debo asumir que se encuentra aquí por la misma solicitud? — preguntó Juliette, alisándose las mangas del vestido.

—Así es —Paul Dexter retiró la mano sin ningún rencor. Su sonrisa era un cruce entre la de una estrella de Hollywood y la de un payaso sin talento—. Mi padre puede prometerle que tenemos más *lernicrom* que cualquier otro comerciante que navegue hacia esta ciudad. No encontrará mejores precios en otro sitio.

Juliette emitió un suspiro, esperando a que pasaran unos cuantos primos y tíos que circulaban por la sala de estar. Mientras el grupo pasaba, el señor Li colocó una mano sobre el hombro de la joven y dijo afablemente al visitante.

—Buena suerte, chico.

Juliette le mostró la lengua. El señor Li sonrió, arrugando todo su rostro, luego sacó un pequeño caramelo y extendió su palma para que Juliette lo tomara. Ella ya no era una niña de cuatro años ansiosa de comer dulces hasta que le dolieran las muelas, pero de todos modos lo recibió, introduciendo el caramelo en la boca mientras su tío se alejaba.

—Por favor tome asiento, señor Dexter…

—Llámeme Paul —interrumpió, sentándose en el largo sofá—. Somos una nueva generación de gente moderna y el señor Dexter es mi padre.

Juliette, a duras penas logró reprimir una expresión de desdén. En lugar de hacerlo, mordió con fuerza el caramelo y luego se dejó caer en un sillón perpendicular a Paul.

—Desde hace un buen tiempo admiramos a los Escarlatas —continuó diciendo Paul—. Mi padre tiene grandes esperanzas en una provechosa colaboración.

Un visible estremecimiento recorrió el cuerpo de Juliette ante la familiaridad con la que Paul empleaba el término "Escarlatas". Como nombre, la Pandilla Escarlata sonaba mucho mejor en chino. Se llamaban a sí mismos hóng bāng, las dos sílabas giraban juntas en un rápido chasquido de vocales. Tal nombre entraba y salía a través de las lenguas Escarlatas como un látigo, y quienes no sabían cómo tratarlos correctamente terminaban siendo aplastados.

—Le daré la misma respuesta que le dimos a su padre —dijo Juliette. Elevó las piernas levemente apoyándolas en el reposabrazos y las capas de su vestido cayeron hacia un lado dejando a la vista parte de sus muslos. Los ojos de Paul siguieron el movimiento. Ella percibió cómo la ceja del joven se movía con la visión de su largo y pálido muslo—. No estamos aceptando nuevas líneas de negocios. Estamos ya bastante ocupados con nuestros clientes actuales.

Paul fingió decepción. Se inclinó hacia delante, como si pudiera persuadirla con el mero contacto visual. Todo lo que logró fue que Juliette notara que no se había cepillado bien para disolver un grumo de gel de su cabellera rubia.

—No sea así —dijo—. He oído decir que hay una empresa rival que podría mostrarse más entusiasmada con la oferta…

—Entonces tal vez lo mejor sea que haga negocios con ellos —sugirió Juliette, enderezándose de repente. Él estaba tratando de que ella lo escuchara con mayor atención sugiriendo que llevaría su propuesta a los Flores Blancas, pero eso a ella le importaba poco. Walter Dexter era un cliente que *querían* perder—. Me alegra que pudiéramos resolver este asunto tan pronto.

—Espere, no…

—De modo que adiós… —Juliette simuló que estaba pensando—. ¿Peter? ¿Paris?

—Paul —rectificó él con un gesto amargo.

Juliette esbozó una sonrisa, no muy diferente a la expresión disparatada que Rosalind había estado imitando antes.

—Cierto. ¡Adiós!

La joven se puso en pie de un salto y atravesó veloz la sala de estar hacia la entrada principal. En un abrir y cerrar de ojos, sus dedos se

habían posado sobre el pesado aldabón y estaba jalando para abrir la puerta, ansiosa por deshacerse del visitante británico.

Paul, en honor a la verdad, se recuperó rápidamente. Se acercó a la puerta e hizo una reverencia.

Por fin, algo de modales.

—Muy bien.

Salió del sitio y ya sobre el porche se dio la vuelta para mirar a Juliette.

—¿Puedo hacer una solicitud, señorita Cai?

—Ya le dije que…

Paul sonrió.

—¿Puedo verla de nuevo?

Juliette cerró de un portazo.

—De ninguna manera.

Seis

Roma no estaba teniendo un día en absoluto agradable.

En la hora que llevaba despierto, se había tropezado subiendo las escaleras, había roto su taza predilecta con su té de hierbas favorito y se había golpeado en la cadera contra la mesa de la cocina con tanta brusquedad que se le formó una gigantesca mancha púrpura en el torso. Luego se había visto obligado a inspeccionar la escena de un crimen. *Luego* había tenido que enfrentarse a la posibilidad de que se tratara de una escena de crimen de proporciones sobrenaturales.

Mientras Roma regresaba al centro de la ciudad bajo los rayos del sol de la tarde, podía sentir que la paciencia que le restaba era increíblemente limitada. Cada silbido de vapor escuchado al pasar sonaba como el ruido que hacía su padre con la boca cuando se enfadaba, y cada *crujido* del cuchillo usado por un carnicero le hacía pensar en un tiroteo.

Por lo general, Roma adoraba el ajetreo que rodeaba su hogar. Deliberadamente, tomaba las rutas largas para entrar y salir de los puestos de venta, dando así un vistazo a los bultos de vegetales cultivados en granjas que muchas veces se apilaban hasta superar la altura de su vendedor. Solía hacer muecas a los peces mientras inspeccionaba las condiciones de sus pequeños y desaseados tanques. Si no tenía prisa alguna, recibía dulces de todos los vendedores que los ofrecían a la venta, llevándoselos a la boca a medida que avanzaba, de tal manera que solía emerger de los mercados con los dientes adoloridos y los bolsillos vacíos.

El mercado al aire libre era uno de sus más grandes aficiones. Pero

hoy no pasaba de ser una irritación sobre un sarpullido que ya comenzaba a ser viral.

Roma se agachó por debajo de las cuerdas para tender ropa dispuestas en el estrecho callejón que conducía al bloque de viviendas central de los Montagov. Tanto el agua limpia como la sucia goteaban intensamente, formando grandes charcos sobre el pavimento: transparentes si estaban debajo de un vestido empapado, y negros y fangosos si estaban debajo de una tubería a medio instalar.

Ésta era una característica que se hacía más prominente a medida que uno se adentraba en Shanghái. Era como si un artista perezoso se hubiera encargado de construir todo: los tejados y los alféizares de las ventanas se curvaban y se estiraban con los ángulos y arcos más gloriosos, sólo para terminar abruptamente o cortarse en el siguiente edificio. Nunca había suficiente *espacio* en las zonas más pobres de esta ciudad. Los materiales se agotaban justo antes de que los constructores estuvieran listos para empezar. Las tuberías eran siempre demasiado cortas, los desagües sólo tenían cubierta hasta la mitad, las aceras parecían inclinarse sobre sí mismas. Si Roma quisiera hacerlo, podría estirar los brazos desde la ventana de su cuarto en el cuarto piso y alcanzar fácilmente las cortinas de la ventana plegada hacia afuera de una habitación en el edificio contiguo. Si en lugar de ello se impulsaba con las piernas, podría dar un salto sin mucho esfuerzo y asustar al anciano que allí vivía.

Tampoco es que estuvieran cortos de espacio. Había abundancia de tierra fuera de la ciudad para la expansión: terrenos que no habían sido tocados por la influencia del Asentamiento Internacional ni de la Concesión Francesa. Pero los alojamientos de los Flores Blancas estaban ubicados justo al lado de la Concesión Francesa, y allí estaban decididos a quedarse. Los Montagov habían estado ubicados aquí desde que el abuelo de Roma había emigrado. Los extranjeros sólo habían reclamado las tierras cercanas en estos últimos años, a medida que se volvían más impetuosos con su poder legal. De cuando en cuando los Flores Blancas debían encarar graves problemas cada vez que los franceses intentaban controlar las actividades que en ese momento llevaba a cabo la Pandilla, pero los vientos siempre parecían soplar a favor de los rusos. Los franceses los necesitaban a ellos; ellos no necesitaban a los franceses. Los Flores Blancas dejaban que los extranjeros siguieran practicando sus leyes en un espacio que no parecía pertenecer ni a unos ni a otros, y los pomposos comerciantes con sus abrigos florales y sus zapatos lustrados se apartaban cuando los gánsteres cruzaban desbocados las calles.

Era un pacto, pero un pacto que se había estado tensando a medida que pasaba el tiempo. Lugares como éstos ya eran asfixiantes. No había diferencia si se añadía más peso a la almohada presionada contra sus rostros.

Roma acomodó la mochila de Benedikt más arriba del hombro. Benedikt no estaba muy contento de que Roma le estuviera quitando sus implementos de arte, pero luego Roma había pretendido devolverle la mochila, y su primo sólo había necesitado una mirada —a todos los insectos muertos que Lourens no quiso guardar y el zapato del muerto que Roma había metido allí—, antes de devolvérselo rápidamente, pidiéndole que se lo entregara después de haberle dado una buena lavada.

Roma retiró el seguro de la puerta principal y se deslizó dentro. Justo cuando avanzaba pausadamente hacia la sala de estar, una puerta se cerró de golpe a su derecha y Dimitri Voronin también hizo su entrada.

El día ya de por sí desagradable de Roma empeoró aún más.

—¡Roma! —Dimitri gritó—. ¿Dónde estuviste toda la mañana?

A pesar de ser sólo unos años mayor, Dimitri actuaba como si fueran incalculables los años que los separaban. Cuando Roma pasó a su lado, Dimitri sonrió y extendió la mano para despeinarle el cabello.

Roma se apartó bruscamente y entrecerró los ojos. Tenía diecinueve años, era el heredero de uno de los dos imperios clandestinos más poderosos de la ciudad, pero cada vez que Dimitri estaba en el mismo recinto que él, se vería reducido a ser nuevamente un niño.

—Fuera —respondió Roma vagamente. Si se le ocurría decir que esto estaba de alguna manera relacionado con negocios de los Flores Blancas, Dimitri empezaría a preguntar e indagar hasta estar igualmente al corriente. Si bien Dimitri no era lo suficientemente torpe como para insultar abiertamente a Roma, él podía escuchar esa insinuación en cada referencia a su juventud, en cada *chasquido de lengua* supuestamente cordial cada vez que hablaba. Era por culpa de Dimitri que a Roma no se le permitía ser blando. Era por culpa de Dimitri que Roma había perfeccionado un semblante frío y brutal que odiaba vislumbrar cada vez que se miraba en un espejo.

—¿Qué quieres? —le preguntó Roma, sirviéndose un vaso de agua.

—No te preocupes —Dimitri entró en la cocina detrás de él, agarrando un cuchillo de picar que estaba a la mano. Lo clavó sobre un trozo de carne cocida que estaba en un plato sobre la mesa, se llevó el cuchillo a la boca y masticó la carne alrededor de la gruesa hoja de

acero sin importarle quién había dejado el plato allí o cuánto tiempo había estado la comida a la intemperie—. Yo también estaba de salida.

Roma frunció el ceño, pero Dimitri ya se estaba alejando, llevándose consigo el fuerte olor a almizcle y humo. Al quedarse solo, Roma exhaló un largo suspiro y dio la media vuelta para poner su vaso en el lavabo.

Sólo que al girar se dio cuenta de que estaba siendo observado por unos grandes ojos castaños en una cara pequeña, parecida a la de un duende.

Estuvo a punto de soltar un grito.

—Alisa —le dijo entre dientes a su hermana, abriendo las puertas del armario de la cocina. No podía entender cómo ella lo había estado observando desde allí sin que él se diera cuenta o cómo se las había arreglado para hacerse espacio entre las especias y el azúcar, pero a estas alturas había aprendido a no hacer preguntas.

—Con cuidado —se quejó la niña mientras Roma la sacaba del armario. Cuando la dejó en el suelo, ella señaló la manga que Roma había apretado—. Que esto es nuevo.

Distaba mucho de ser nuevo. De hecho, la blusa de lana que rodeaba sus pequeños hombros se parecía al tipo de ropa que usaba el campesinado antes de que terminaran las dinastías reales en China, y estaba rasgada de una manera que sólo podía ser causada por estar entrando y saliendo de los rincones más estrechos. En ocasiones Alisa decía cosas desatinadas con el único propósito de crear confusión, lo que llevaba a la gente a dudar si se trataba de inmadurez extrema o indicios de demencia.

—Silencio —le dijo Roma. Le alisó el cuello de la blusa y en seguida se quedó inmóvil, al palpar la cadena que Alisa llevaba puesta alrededor de la garganta. Era de su madre, una reliquia de familia traída de Moscú. La última vez que la había visto, estaba en su cadáver después de ella fuera asesinada por la Pandilla Escarlata, una resplandeciente cadena de plata que contrastaba con la sangre que manaba de su garganta degollada.

Lady Montagova había enfermado poco después del nacimiento de Alisa. Roma la veía una vez al mes, cuando Lord Montagov lo llevaba a un lugar secreto, una casa segura escondida en los rincones desconocidos de Shanghái. En sus recuerdos era una mujer gris y demacrada, pero siempre alerta, siempre dispuesta a sonreír cuando Roma se acercaba a su cama.

La razón de permanecer en una casa segura era que Lady Montagova no necesitara guardias. Se suponía que estaba *a salvo*. Pero

hace cuatro años, la Pandilla Escarlata la encontró, le había cortado de un tajo la garganta en respuesta a un ataque a principios de esa semana y le había colocado una rosa roja marchita entre las manos. Cuando enterraron su cuerpo, en las palmas de las manos todavía estaban incrustadas las espinas.

Roma tendría que haber odiado a la Pandilla Escarlata mucho antes de que mataran a su madre, y tendría que haberlos odiado aún más —con una pasión ardiente— después del asesinato de Lady Montagova. Pero no ocurrió así. Después de todo, se trataba de la ley del talión: ojo por ojo, así era como funcionaba la guerra entre clanes. Si él no hubiera lanzado ese primer ataque, ellos no habrían tomado represalias contra su madre. No había forma de trasladar la culpa en un enfrentamiento de tal envergadura. Si había alguien a quien culpar, era a sí mismo. Si había alguien a quien odiar por la muerte de su madre, era a sí mismo.

Alisa agitó una mano frente al rostro de Roma.

—Veo unos ojos, pero no veo un cerebro —le dijo a su hermano.

Roma regresó al presente. Con suavidad puso un dedo debajo de la cadena, sacudiéndola.

—¿De dónde sacaste esto? —preguntó en voz baja.

—Estaba en el ático —respondió Alisa. Sus ojos se iluminaron—. Es bonita, ¿no te parece?

Alisa sólo tenía ocho años. Aún ignoraba lo del asesinato, en su momento sólo le dijeron que Lady Montagova finalmente había sucumbido a una enfermedad.

—Muy bonita —dijo Roma, con voz ronca. En ese momento sus ojos se movieron rápidamente hacia arriba al escuchar pasos en el segundo piso. Su padre estaba en la oficina—. Ahora vete. Te llamaré cuando sea la hora de cenar.

Haciendo un gesto burlón de despedida, Alisa salió apresuradamente de la cocina y subió las escaleras, con su delgado cabello rubio flotando tras de ella. Cuando escuchó que se cerraba la puerta de su dormitorio en el cuarto piso, Roma también comenzó a subir las escaleras y se dirigió a la oficina de su padre. Sacudió la cabeza con brusquedad, tratando de aclarar sus pensamientos y tocó la puerta.

—Adelante.

Roma llenó sus pulmones de aire. Abrió la puerta.

—¿Y bien? —Lord Montagov dijo en lugar de un saludo. No levantó la mirada. Su atención estaba fija en la carta que tenía en la mano, la cual revisó rápidamente antes de arrojarla al suelo y tomar la

siguiente de una pila—. Espero que hayas encontrado algo.

Con cautela, Roma entró y dejó la mochila en el suelo. Metió la mano en ella, dudando un momento antes de sacar el zapato y dejarlo sobre el escritorio de su padre. Contuvo la respiración, entrelazando las manos detrás de la espalda.

Lord Montagov miró el zapato como si Roma le hubiera mostrado un perro rabioso. Era una expresión que con frecuencia dedicaba a Roma.

—¿Qué es esto?

—Lo encontré donde murieron los primeros siete hombres —explicó Roma esmeradamente— pero pertenece al que murió en el club Escarlata. Creo que estuvo presente en la escena del primer crimen y, de ser así, podría tratarse de un agente de contagio…

Lord Montagov golpeó el escritorio con las manos. Roma parpadeó intensamente, pero se obligó a no cerrar los ojos, se obligó a mirar hacia delante con decisión.

—¡Contagio! ¡Locura! ¡Monstruos! ¿Qué le pasa a esta ciudad? —preguntó Lord Montagov con un alarido—. ¿Te pido que encuentres respuestas y me traes *esto*?

—Encontré exactamente lo que pediste —respondió Roma, pero en voz baja, apenas audible. Durante los últimos cuatro años, había estado haciendo lo que se le pedía, ya fuera una tarea pequeña o un encargo terrible. Si no lo hacía, tendría que enfrentar las consecuencias, y aunque odiaba ser un miembro de los Flores Blancas, odiaba aún más la idea de *no* serlo. Su título le daba poder. El poder lo mantenía a salvo. Lo dotaba de autoridad, tenía a raya a quienes lo amenazaban y le permitía cuidar de Alisa, le permitía mantener a todos sus amigos dentro de su círculo de protección.

—Quita esto de mi vista —ordenó Lord Montagov, señalando el zapato.

Roma apretó los labios, pero retiró el zapato, que volvió a meter en la mochila.

—El punto sigue siendo el mismo, papá —sacudió la mochila, dejando que la tela se tragara el zapato—. Ocho hombres se enfrentan en los puertos de Shanghái, siete se desgarran su propia garganta y uno escapa. Si el que queda vivo también se desgarra la garganta al día siguiente, ¿no te parece que se trata de una enfermedad contagiosa?

Lord Montagov permaneció un buen rato sin responder. En lugar de ello, giró en su silla hasta que estuvo frente a la pequeña ventana que daba a un callejón muy transitado. Roma observó a su padre,

observó cómo sus manos se aferraban a los brazos del gran sillón, observó la cabeza bien afeitada que exhibía un levísimo vestigio de sudor. La pila de cartas había sido abandonada momentáneamente. Los nombres que firmaban en chino en la base de muchas de ellas resultaban familiares: Chen Duxiu, Li Dazhao, Zhang Gutai. *Comunistas*.

Después de que la revolución bolchevique se propagara velozmente por Moscú, la marea de esa ola política había descendido aquí, a Shanghái. Las nuevas facciones formadas un par de años atrás habían estado tratando persistentemente de reclutar como aliados a los Flores Blancas, sin tener en cuenta el hecho de que lo último que querrían los Flores Blancas era la *redistribución social*. No después de que los Montagov se habían esforzado durante generaciones por escalar a la cima. No cuando la mayoría de los integrantes de menor jerarquía de la pandilla habían *huido* de los bolcheviques.

Incluso si los comunistas veían a los Flores Blancas como aliados potenciales, los Flores Blancas los veían a ellos como enemigos.

Lord Montagov finalmente emitió un ruido de disgusto, alejándose de la ventana.

—No deseo involucrarme en este asunto de la *locura* —decidió—. A partir de ahora ésa será tu encomienda. Averigua qué ocurre.

Roma asintió lentamente. Se preguntó si la rigidez en la voz de su padre era una señal de que él pensaba que este asunto de la locura no era algo digno de su atención, o si se debía a un temor de contagiarse de la locura él mismo. Roma no sentía temor. Sólo temía al poder de los demás. Los monstruos y las cosas que vagaban durante la noche eran *fuertes*, pero no eran *poderosos*. Había una diferencia.

—Averiguaré lo que pueda sobre este hombre —afirmó Roma, refiriéndose a la víctima más reciente, la del zapato perdido.

Lord Montagov hizo retroceder la silla unos centímetros y luego colocó los pies sobre el escritorio.

—No te apresures, Roma. Primero debes confirmar que este zapato realmente pertenecía al hombre que murió anoche.

Roma arrugó el ceño.

—La víctima más reciente está en una morgue de los Escarlatas. Me dispararían al verme.

—Encuentra una forma de entrar —se limitó a responder Lord Montagov—. Cuando te di la orden de obtener información de los Escarlata, pareciste tomar el camino de la *prudencia*.

Roma se puso rígido. Eso era injusto. La única razón por la que su padre lo había enviado a territorio Escarlata era porque una

interacción entre un jefe y otro era vista como algo demasiado severo. Si Lord Cai y su padre se hubieran encontrado y su careo hubiera terminado pacíficamente, ambos habrían sufrido un desprestigio a los ojos de su gente. Por lo que concernía a Roma podía mostrar cierta deferencia ante la Pandilla Escarlata sin que aquello tuviera consecuencias para los Flores Blancas. Era simplemente el heredero, enviado a cumplir una importante misión.

—¿Qué dices? —preguntó Roma—. El hecho de que tuviera motivos para entrar en su club *burlesque* no significa que pueda pasearme a mi antojo por sus instalaciones, mucho menos en la morgue de un hospital.

—Encuentra a alguien que te ayude a entrar. He oído rumores de que la heredera Escarlata ha regresado.

Roma sintió que una soga se anudaba sobre su cuello. No se atrevió a reaccionar.

—Papá, no me hagas reír —dijo.

Lord Montagov se encogió de hombros, con indolencia, pero había algo en sus ojos que no le gustó a Roma.

—No es una idea tan absurda —dijo su padre—. Sin duda puedes pedirle un favor. Después de todo ella fue alguna vez tu chica.

Siete

En el lapso de unos pocos días, las habladurías se habían extendido por toda la ciudad. Al principio, eran poco más que rumores: la sospecha de que no era un enemigo ni una fuerza natural la que provocaba esta locura, sino que era el mismísimo diablo quien llamaba a las puertas en medio de la noche y provocaba la demencia inexorable de la víctima con una sola mirada.

Luego comenzaron los avistamientos.

Las amas de casa que colgaban a secar la ropa cerca de los puertos afirmaban haber visto tentáculos deslizándose cuando al anochecer se aventuraban afuera para recoger sus pertenencias. Un par de trabajadores de la Pandilla Escarlata que llegaban tarde a sus turnos fueron atemorizados con gruñidos y luego con destellos de ojos plateados que los observaban desde el otro extremo del callejón. El relato más espeluznante era el que contaba el dueño de un burdel junto al río, quién hablaba de una criatura acurrucada en medio de las bolsas de basura afuera de su establecimiento cuando estaba cerrando. La había descrito como una criatura jadeante, como si sufriera dolores, como si luchara consigo misma, apenas visible entre las sombras, pero sin duda una cosa extraña y antinatural.

—Tiene una espina dorsal cubierta de *cuchillas* —escuchaba susurrar Juliette frente a ella en ese momento, la historia contada de hijo a madre mientras ambos esperaban que les entregaran la comida en la ventana de un restaurante de servicio rápido. El niño se balanceaba de un lado a otro en medio de su furor, haciendo eco de las palabras escuchadas a un compañero de escuela o a un amigo del

vecindario. Cuantas más muertes ocurrían —y habían sido numerosas desde aquel hombre del club *burlesque*— más especulaba la gente, como si con el mero hecho de hablar de las posibilidades pudieran encontrarse de pronto con la verdad. Pero mientras más hablaba la gente, más se nublaba la verdad.

Juliette habría descartado de tajo las historias como simples rumores, pero el miedo que se filtraba en las calles era real, y dudaba que una reacción semejante llegara tan lejos sin un respaldo sustancial a semejantes afirmaciones. Entonces, ¿qué podía ser? Los *monstruos* no eran reales, no importaba que en el pasado las fábulas chinas hubieran sido tomadas como reales. Ésta era una nueva era de ciencia, de evolución. El supuesto monstruo tenía que ser una criatura creada por alguien, pero ¿por quién?

—Cállate —decía la madre al chico, con los dedos de la mano izquierda entrelazando nerviosamente las cuentas en la muñeca derecha. Eran cuentas de oración budistas, utilizadas para guiar los mantras, pero cualquiera que fuera el mantra que la mujer recitara ahora no podría competir con el desaforado entusiasmo de su hijo.

—¡Dicen que tiene garras del tamaño de los antebrazos de un hombre! —prosiguió el chico—. Merodea por la noche en busca de gánsteres, y cuando percibe el aroma de su sangre, se arroja sobre ellos.

—Los gánsteres no son los únicos que están muriendo, qīn'ài de —dijo su madre en voz baja. Su mano se apoyó con fuerza en la nuca del chico, asegurándose de que su hijo no se apartara de aquella fila que avanzaba lentamente.

El niño se detuvo. Un temblor se filtró en su dulce voz. —Māma, ¿*yo* voy a morir?

—¿Qué dices? —exclamó su madre—. Por supuesto que no. No seas ridículo —alzó la mirada, habiendo alcanzado el inicio de la fila —. Dos.

El tendero le extendió una bolsa de papel a través de la ventana y la pareja de madre e hijo se apresuraron a partir. Juliette los miró fijamente y pensó en el temor repentino en la voz del chico. En ese breve instante, el niño, no mayor de cinco años, había comprendido que él también podía morir al igual que los cadáveres encontrados en Shanghái, porque ¿quién podría estar a salvo de la locura?

—La casa invita, señorita.

Juliette levantó la vista y encontró una bolsa de papel enfrente de su rostro.

—Sólo lo mejor para la princesa de Shanghái —dijo el viejo

tendero, con los codos apoyados en el alféizar de la ventana de servicio.

Juliette desplegó su sonrisa más deslumbrante.

—Gracias —dijo, tomando la bolsa. Esa simple palabra proporcionaría al tendero mucho tema para presumir al día siguiente cuando se reuniera con sus amigos para jugar mahjong…

Juliette se dio la vuelta y dejó la fila, introdujo la mano en la bolsa, sacó un trozo del bollo y empezó a masticar. Su sonrisa desapareció tan pronto como se perdió de vista. Estaba haciéndose tarde y la esperaban pronto en casa, pero de todos modos se entretuvo con las tiendas y el bullicio de Chenghuangmiao, avanzando lentamente entre una multitud caótica. No tenía muchas oportunidades de deambular en lugares como éstos, pero hoy podía hacerlo. Lord Cai la había enviado para que inspeccionara un centro de distribución de opio, que desafortunadamente no había sido un sitio tan emocionante como ella había pensado. Simplemente apestaba, y cuando por fin localizó al dueño para pedirle los papeles que su padre quería, el hombre se los había entregado medio adormilado. Ni siquiera la había saludado cuando llegó ni había verificado el derecho de Juliette a pedir ese tipo de información sobre suministros de carácter tan confidencial. Juliette no entendía cómo a alguien así se le podía confiar la administración de un establecimiento con más de cincuenta trabajadores.

—Disculpen —murmuró, abriéndose paso entre un grupo particularmente apretado reunido frente a una tienda de dibujos trazados a lápiz. A pesar de que la oscuridad que ya se filtraba por los cielos rosados, Chenghuangmiao todavía estaba repleto de visitantes: enamorados que se paseaban lentamente en medio del caótico ajetreo, abuelos que compraban paletas heladas para que los niños se deleitaran con ellas, extranjeros que simplemente disfrutaban de la escena. El nombre Chenghuangmiao se refería al templo, pero para los habitantes de Shanghái había pasado a abarcar todos los concurridos mercados circundantes y los otros claustros activos en el área. El ejército británico había establecido su oficina central aquí hacía casi un siglo, en los Jardines Yuyuan, por donde ahora pasaba Juliette. Desde entonces, incluso después de que los británicos se marcharan, los extranjeros gustaban mucho de visitar el lugar. Por todos los rincones se veían sus rostros, con sus gestos de asombro y diversión.

—¡El fin ha llegado! ¡Obtenga la cura ahora! ¡Sólo existe una cura!

Y algunas veces también estaba repleto de excéntricos nativos.

Juliette hizo una mueca de desagrado, inclinando la barbilla para no hacer contacto visual con el vociferante anciano en el puente

Jiuqu. Sin embargo, a pesar de sus mejores esfuerzos por pasar desapercibida, el hombre se enderezó al verla y corrió a lo largo del puente en zigzag: los golpes sordos de sus pasos producían sonidos que resultaban muy preocupantes de escuchar en una estructura tan antigua. El anciano se deslizó hasta detenerse frente a ella antes de que la joven pudiera poner suficiente distancia entre los dos.

—¡La salvación! —gritó. Sus arrugas se profundizaron hasta que sus ojos fueron completamente engullidos por la flácida piel. Apenas podía erguir la espalda más arriba de su perpetua joroba, no obstante podía moverse tan velozmente como un roedor corriendo en busca de comida—. Debe difundir el mensaje de salvación. ¡El lā-gespu nos lo dará!

Juliette parpadeó rápidamente y arqueó las cejas. Sabía que no debía prestar atención a hombres que sermonean en plena calle, pero había algo en aquel viejo que hacía que se le erizaran los diminutos vellos de su cuello. A pesar de su acento rural, ella había entendido casi todo el áspero shanghainés del hombre: todo excepto aquel pequeño enigma hacia el final.

¿Lā-gespu? ¿Era el sonido de la "s" simplemente un ceceo particular de su generación?

—¿Lā gē bō? —Juliette trató de adivinar la forma correcta—. ¿Un *sapo* nos dará la salvación?

El viejo pareció profundamente ofendido. Sacudió la cabeza de lado a lado, agitando sus finos cabellos blancos y liberando la delgada trenza que usaba. Era una de esas pocas personas que aún vestían como si el país no hubiera dejado atrás la era imperial.

—Cuando era joven mi madre me contó un sabio proverbio —continuó diciendo Juliette, ahora divirtiéndose—. Lā gē bō xiāng qiē tī u ny.

El anciano se limitó a mirarla fijamente. ¿Acaso no entendía su shanghainés? Cuando vivió en el extranjero, Juliette constantemente temía que estuviera perdiendo su acento, temía olvidar cómo pronunciar esos tonos persistentemente planos que no se encuentran en ningún otro dialecto en todo el país.

—¿Le parece malo el chiste? —le preguntó al hombre. Haciendo uso del dialecto más común, repitió, esta vez con más vacilación—. ¿Lài háma xiǎng chī tiān é ròu? ¿Sí? Merezco al menos una pequeña sonrisa. ¿No le parece?

El anciano dio un fuerte pisotón en el suelo, temblando en su esfuerzo para que lo tomaran en serio. Quizá Juliette había elegido el proverbio equivocado para bromear. *El sapo feo quiere un bocado de*

carne de cisne. Quizás el anciano no se había criado con los cuentos infantiles el príncipe rana y su feo hermanastro el sapo. Tal vez no le gustó que su broma implicara que su lā-gespu salvador —lo que sea que eso significara— fuera el equivalente de una criatura proverbialmente intrigante y fea que codiciaba a una cisne, la amada de su hermano, el príncipe rana.

—El lā-gespu es un *hombre* —espetó el hombre directamente a la cara de Juliette, su voz en un agudo siseo—. Un hombre de gran poder. Me dio una cura. ¡Una inyección! Yo tendría que haber muerto cuando mi vecino se derrumbó sobre mí, desgarrándose la garganta con sus propias manos. ¡Ay! ¡Tanta sangre! ¡Sangre en mis ojos y sangre corriendo por mi pecho! Pero no morí. Me salvé. El lā-gespu me salvó.

Juliette dio un largo paso atrás, un paso que debería haber dado cinco minutos atrás, antes de que comenzara esta conversación.

—Eh, esto fue divertido —dijo—, pero en verdad debo irme.

Antes de que el anciano pudiera tratar de sujetarla, ella lo esquivó y se apresuró a marcharse del sitio.

—¡Salvación! —le gritó mientras ella se alejaba—. ¡Sólo el lā-gespu puede traer la salvación ahora!

Juliette dio un giro brusco y se perdió de vista por completo. Ahora que estaba en un área menos concurrida, dejó escapar un largo suspiro y se tomó un buen tiempo serpenteando entre las tiendas, dando vistazos por encima del hombro para asegurarse de que no la seguían. Una vez que estuvo segura de que no había nadie tras de sus pasos, suspiró con tristeza por dejar atrás Chenghuangmiao y salió del conjunto de tiendas estrechamente congregadas, volviendo a las calles de la ciudad para comenzar a dirigirse a casa. Podría haber llamado un *rickshaw* o convocado a cualquiera de los Escarlatas que merodeaban fuera de estos cabarets, y pedirles que le consiguieran un auto. Cualquier otra chica de su edad lo habría hecho, especialmente con un collar tan brillante como el que llevaba alrededor del cuello, sobre todo si sus pasos reverberaban con un eco que se extendía más allá de dos calles. El secuestro era un negocio lucrativo. La trata de personas prosperaba con las cifras más altas de todos los tiempos y la economía se respaldaba en la delincuencia.

Pero Juliette siguió caminando. Dejó atrás hombres en grupos grandes y hombres que se sentaban en cuclillas frente a burdeles, lanzando miradas lascivas como si ése fuera su segundo trabajo. Dejó atrás a gánsteres manipulando cuchillos afuera de los casinos que los habían contratado para ofrecer protección, así como a comerciantes

sospechosos que limpiaban sus armas y masticaban mondadientes. Juliette no menguó el paso. El cielo exhibía un tono más rojo y sus ojos se veían más brillantes. Dondequiera que fuese, sin importar qué tanto se adentraba en los puntos más oscuros y recónditos de la ciudad, siempre y cuando permaneciera dentro de su territorio, *ella* era la reina suprema.

Hizo una pausa, estirando su tobillo para aliviar la estrechez de su zapato. En ese momento, cinco gánsteres Escarlata que se encontraban a la puerta de un restaurante cercano también se paralizaron, aguardando a ser llamados. Esos hombres eran asesinos y extorsionistas y unos temibles instrumentos de violencia, pero según los rumores, Juliette Cai era la chica que había asesinado a su amante estadounidense estrangulándolo con un collar de perlas. Juliette Cai era la heredera que, en su segundo día de regreso en Shanghái, se había involucrado en una pelea entre cuatro Flores Blancas y dos Escarlatas y había dado muerte a los cuatro adversarios con apenas tres balas.

Sólo uno de esos rumores era cierto.

Juliette sonrió y agitó una mano para saludar a los hombres Escarlata. En respuesta, uno le devolvió el saludo y los otros cuatro se rieron entre sí nerviosamente. Temían la ira de Lord Cai si algo le pasaba a ella, pero temían más la ira de la propia joven de atreverse a poner a prueba la veracidad de tales rumores.

Era su reputación lo que la mantenía a salvo. Sin ella, Juliette no era nada.

De tal manera que cuando entró en un callejón y fue detenida por la presión repentina de lo que parecía ser un arma colocada en la parte baja de la espalda, supo que no era un Escarlata quien se había atrevido a detenerla.

Juliette se quedó congelada. En una fracción de segundo repasó todas las posibilidades: un comerciante ofendido que deseaba una compensación, un extranjero codicioso que deseaba una recompensa por liberarla, un adicto callejero confuso que no la había reconocido por las cuentas brillantes de su vestido extranjero…

Luego, una voz familiar dijo, para su sorpresa, en inglés:

—No grites para pedir ayuda. Sigue avanzando, acata mis instrucciones y no dispararé.

El hielo en sus venas se derritió en un instante y en su lugar rugió una furia ardiente. ¿Había esperado a que ella entrara en un área aislada, hasta que no hubiera alguien cerca para ayudar, pensando que ella tendría demasiado miedo para reaccionar? ¿Había pensado que

realmente este plan funcionaría?

—En serio que ya no me conoces —dijo Juliette en voz baja. O tal vez Roma Montagov pensó que la conocía demasiado bien. Tal vez se consideraba un experto en lo que se refería a ella y había ignorado los rumores que Juliette difundía sobre sí misma, que de ninguna manera se había convertido en la asesina que pretendía ser.

La primera vez que ella había dado muerte a una persona tenía catorce años.

En ese entonces conocía a Roma desde hacía sólo un mes, pero se había jurado que no seguiría la guerra entre clanes, que estaría por encima de ello. Hasta una noche que de camino a un restaurante con su familia su auto había sido emboscado por los Flores Blancas. Su madre le había gritado que se quedara abajo, que se escondiera detrás del auto con Tyler, que usara las armas que habían puesto en sus manos para emplear sólo si era absolutamente necesario. El enfrentamiento casi había terminado. Los Escarlatas habían abatido a casi todos los Flores Blancas. Entonces el último Flor Blanca que quedaba se lanzó en dirección a Juliette y de Tyler. Había una furia desesperada ardiendo en sus ojos, y en ese momento, aunque no había duda de que se trataba de un momento de absoluta necesidad, Juliette se había quedado inmóvil. Fue Tyler quien disparó. Su bala se había incrustado en el estómago del Flor Blanca y el hombre había caído, y Juliette, horrorizada, había mirado hacia un costado, donde sus padres observaban lo que sucedía.

No era alivio lo que vio en su mirada. Era confusión. Confusión sobre el por qué Juliette se había quedado congelada. Confusión sobre por qué Tyler sí había sido capaz de hacerlo. Así que Juliette había levantado su arma y también había disparado, poniendo fin al asunto.

Juliette Cai le temía más a la desaprobación que a las manchas turbias en su alma. Ese asesinato era uno de los pocos secretos que le había ocultado a Roma. Ahora sabía que debería habérselo dicho, aunque sólo fuera para demostrar que era tan malvada como Shanghái siempre había dicho que era.

—Camina —exigió Roma.

Juliette permaneció quieta. Tal como ella se había propuesto, él interpretó erróneamente su inacción como miedo, pues dudó y muy levemente, sólo un poco, aflojó la presión de su arma.

Ella se dio la media vuelta rápidamente. Antes de que Roma pudiera siquiera parpadear, la mano derecha de Juliette descendió con fuerza sobre la muñeca derecha del joven, torciendo la mano que empuñaba el arma hacia afuera hasta que sus dedos se doblaron de

manera antinatural. Golpeó el arma con la mano izquierda. El arma cayó al suelo. Su mandíbula se contrajo a modo de preparación para el impacto, Juliette giró su pie detrás del de Roma y jaló de él contra sus tobillos, hasta que logró hacerlo caer hacia atrás, mientras ella seguía el movimiento, con una mano apresando el cuello de su oponente y la otra en el bolsillo de su vestido para extraer una navaja de hoja muy delgada.

—De acuerdo —jadeó Juliette, respirando con dificultad. Lo tenía inmovilizado, la espalda sobre el suelo, las rodillas de ella a sendos lados de la cadera de él y la navaja presionada contra su garganta—. Intentemos esto de nuevo, ahora como gente civilizada.

Sentía los latidos de Roma bajo las yemas de sus dedos, su garganta esforzándose por alejarse del filo. Los ojos del joven estaban dilatados mientras miraba fijamente a Juliette, ajustándose a las sombras que arrojaba la puesta de sol mientras el callejón se fundía en un violeta oscuro. Estaban lo suficientemente cerca como para compartir respiraciones cortas y rápidas a pesar de los mejores esfuerzos de ambos por parecer serenos ante el esfuerzo de la lucha.

—¿Civilizada? —Roma repitió. Su voz sonó áspera—. Me estás amenazando con una navaja.

—*Tú* me estabas apuntando con una pistola.

—Estoy en *tu* territorio, no tenía opción.

Juliette frunció el ceño, luego presionó levemente con la navaja hasta que una gota de sangre apareció en su punta.

—Está bien, para, para —Roma hizo una mueca—. Ya entendí.

Un pequeño desliz de la mano de ella en ese momento y le abriría en dos el cuello a Roma. Estuvo casi tentada a hacerlo. Todo entre ellos dos se sentía demasiado familiar, demasiado íntimo. La joven ansiaba deshacerse de ese sentimiento, extirparlo como si fuera un tumor maligno.

El aroma de Roma seguía siendo el mismo: a bronce y menta y la suavidad de una brisa. A tan corta distancia, ella podía constatar que nada y, sin embargo todo, había cambiado.

—Continúa —apuntó Juliette, arrugando la nariz—. Explícate.

Los ojos de Roma parpadearon con irritación. Trataba de actuar con insolencia, pero Juliette estaba rastreando su pulso errático mientras se agolpaba bajo los dedos de ella. Podía sentir cada salto y cada asomo de temor en él mientras apoyaba levemente la navaja.

—Necesito información —dijo Roma.

—Impresionante.

El joven alzó las cejas.

—Si me sueltas, te lo puedo explicar.

—Preferiría que lo explicaras así.

—Ay, Juliette.

Click.

El eco del seguro de una pistola al ser retirado resonó por todo el callejón. Sorprendida, Juliette miró a su izquierda, donde seguía tendida en el suelo el arma de la cual había despojado a Roma. Llevó la mirada hacia el joven y lo encontró sonriendo, sus hermosos y perversos labios curvados en un gesto de burla.

—¿Qué? —preguntó Roma. Casi parecía que estuviera bromeando —. ¿Pensaste que solamente traía un arma?

La presión del metal tocó la cintura de Juliette. Su frialdad se filtró a través de la tela de su vestido, imprimió su forma en la piel. A regañadientes, lentamente, Juliette retiró su navaja de la garganta de Roma y levantó las manos. Lo liberó de la presión mortífera que ejercía hasta ese instante y empezó a retroceder, cada zancada lo más prolongada posible hasta que se encontró a un par de pasos de la pistola.

Al mismo tiempo, sin otra manera de disuadir el uno al otro, guardaron sus armas.

—El hombre que murió en tu club anoche —comenzó a decir Roma —. ¿Recuerdas que sus zapatos no combinaban?

Juliette se mordió el interior de las mejillas y luego asintió.

—Encontré el par de uno de esos zapatos en el río Huangpu, justo donde el resto de los hombres murieron la noche del Festival del Medio Otoño —continuó Roma—. Creo que escapó de esa primera masacre. Pero la locura fue con él, se la llevó a tu club y un día después sucumbió a ella.

—Imposible —Juliette respondió irritada—. ¿Qué tipo de *ciencia*…?

—No estamos hablando de ciencia, Juliette.

Con una indignación que le abrasaba la garganta, Juliette alzó los hombros hasta la altura de las orejas y apretó los puños. Consideró la idea de acusar a Roma de paranoico, de irracional, pero desafortunadamente sabía lo diligente que era cuando encontraba algo en lo cual concentrarse. Si él pensaba que aquello era una posibilidad, ella la aceptaría como tal.

—¿Qué dices?

Roma se cruzó de brazos.

—Digo que necesito tener certeza de si se trata del mismo hombre. Necesito ver el otro zapato en su cadáver. Y si el calzado coincide,

entonces esta locura… podría ser contagiosa.

Juliette sintió cómo el deseo de rechazar por completo lo que estaba escuchando parecía extenderse a lo largo de sus huesos. La víctima había muerto en su club, esparciendo sangre en un salón lleno de sus Escarlatas, tosiendo saliva en un espacio en que se reunía su gente en grandes números. Si esto era realmente una enfermedad de la mente —una enfermedad *contagiosa* de la mente—, la Pandilla Escarlata estaba metida en un lío enorme.

—Podría haber sido un pacto suicida —sugirió sin mucha convicción—. Quizás el hombre se arrepintió en un primer momento, y decidió hacerlo más tarde.

Pero Juliette había mirado a los ojos del moribundo. En ellos, el terror había sido la única emoción que podía detectarse.

Dios. Ella había mirado a los ojos del moribundo. Si esto era contagioso, ¿cuál era su riesgo de contagiarse?

—Estás percibiendo lo mismo que yo —dijo Roma—. Hay algo aquí tremendamente preocupante. Para cuando esto pase por los canales oficiales para ser investigado, más personas inocentes habrán muerto a causa de esta peculiar locura. Necesito saber si se está extendiendo.

Roma estaba mirando directamente a los ojos de Juliette cuando guardó silencio. Ella también lo miró con fijeza, mientras una profunda frialdad se desplegaba por su estómago.

—Como si te importara… —dijo ella en voz baja, negándose a parpadear en caso de que sus ojos comenzaran a humedecerse— la muerte de personas inocentes.

Cada uno de los músculos de la mandíbula de Roma se tensó.

—De acuerdo —dijo él hoscamente—. *Mi* gente.

Juliette apartó la mirada. Transcurrieron dos largos segundos. Luego giró sobre sus talones y comenzó a caminar.

—Apresúrate —dijo, volteándose para verlo. Sólo por esta vez lo ayudaría, y nunca más. Únicamente porque ella también necesitaba conocer las respuestas que él buscaba—. La morgue cerrará pronto.

Ocho

Caminaban en medio de un silencio tenso, palpable.

No es que fuera incómodo; honestamente eso hubiera sido preferible. Lo que sucedía es que la proximidad entre ambos, Juliette caminando delante suyo y Roma tres pasos detrás para que no los vieran juntos, resultaba tremendamente familiar y, con toda franqueza, lo último que Juliette quería llegar a sentir por Roma Montagov era *nostalgia*.

Juliette se atrevió a mirar hacia atrás mientras atravesaban las largas y sinuosas calles de la Concesión Francesa. Debido a que había tantos extranjeros aquí disputándose una fracción de la ciudad, las vías de la Concesión Francesa reflejaban su codicia, su lucha. Las casas ubicadas en cada sector se volvían hacia dentro de tal forma que, si fuesen observadas desde el cielo, lucirían casi circulares, apiñadas sobre sí mismas para proteger sus entrañas.

Las calles allí eran igual de congestionadas que en las partes chinas de la ciudad, pero de alguna manera todo estaba más ordenado. Los barberos hacían su trabajo en la acera como de costumbre, sólo que cada par de segundos extendían un pie y discretamente empujaban hacia las alcantarillas los mechones de cabello cortados. Los comerciantes vendían sus productos anunciándolos a volúmenes moderados en lugar de los gritos habituales que Juliette escuchaba en los sectores occidentales de Shanghái. No eran sólo la manera en que las personas se adaptaban lo que hacía peculiar a la Concesión francesa: los edificios parecían erguirse un poco más rectos, el agua se veía más limpia, las aves parecían piar un poco más alto.

Quizá sentían la presencia de Roma Montagov y de alguna manera se alertaban.

Y Roma correspondía, inspeccionando las casas con los ojos aguzados que encaraban el crepúsculo.

Daba pena verlo así: abstraído, curioso.

—Cuidado con tropezarte —advirtió Roma.

Juliette lo fulminó con la mirada, aunque él seguía escrutando las casas; luego se obligó a mirar hacia la acera de enfrente. Debería haber sabido que cualquier expresión de desinterés en ella por parte de Roma Montagov era simplemente fingida. Existió una época en que ella lo había conocido mejor de lo que se conocía a sí misma. Solía ser capaz de predecir cada uno de sus movimientos… excepto la única vez que realmente importó.

Roma y Juliette se habían conocido en una noche como ésta hacía cuatro años, justo antes de que la ciudad implosionara con el torbellino de su nueva reputación.

El año era 1922, una fecha en la que nada era imposible. Los aviones subían y bajaban por el firmamento y los últimos restos de la Gran Guerra iban siendo eliminados. La humanidad parecía haber entrado en un impulso ascendente desde el precipicio de los rencores y el odio y la guerra que había llegado hasta su punto más álgido, y ahora las cosas buenas comenzaban a surgir lentamente hacia la superficie. Incluso las guerras entre clanes en Shanghái habían alcanzado una especie de equilibrio tácito, y en lugar de enfrentarse cuando se encontraban en las calles, un Escarlata y un Flor Blanca podían limitarse a reconocer la presencia del otro con un gélido asentimiento de cabeza.

Era una atmósfera de esperanza la que le había dado la bienvenida a Juliette cuando en aquel entonces bajó del barco de vapor que la traía, con las piernas inestables después de un mes de navegar. Era mediados de octubre, el aire todavía se sentía cálido pero comenzaba a refrescar; en el puerto los trabajadores bromeaban entre sí, mientras arrojaban paquetes al interior de los barcos que esperaban.

Con quince años de edad, Juliette había regresado cargada de anhelos. Iba a hacer algo para recordarse, sería alguien digna de ser celebrada, ayudaría a las personas por las que valiera la pena luchar. Era una sensación que no había conocido cuando se marchó de la ciudad a la edad de cinco años, enviada con apenas un par de mudas de ropa, una elaborada pluma estilográfica y una fotografía de sus padres para no que olvidara cómo eran.

Fue el efluvio de aquel sentimiento de exaltación lo que la había

llevado a seguir a Roma Montagov.

Ahora, de nuevo junto a él, el pecho de Juliette se estremeció al exhalar hacia la noche. Le ardían los ojos y rápidamente se secó la única lágrima que había resbalado por su mejilla, apretando los dientes con ahínco.

—¿Ya casi llegamos?

—Relájate —contestó Juliette sin girarse. No se atrevió a hacerlo, por si sus ojos resplandecían un instante bajo las tenues farolas—. No es mi intención extraviarte.

Cuando años atrás ocurrió el primer encuentro, ella no sabía quién era él, pero Roma sí estaba al tanto de quién era ella. Meses después le revelaría que en aquel primer momento, mientras esperaba junto a los puertos, había echado a rodar aquella canica a propósito, para ver cuál era la reacción de ella. La canica se había detenido cerca de uno de sus zapatos: zapatos americanos que desde luego parecían fuera de lugar entre las telas burdas y las suelas pesadas que estampaban el suelo a su alrededor.

—Esa canica es mía.

Recordó el momento en que levantó la vista al recoger la canica, pensando que la voz pertenecía a un rudo comerciante chino. En cambio, se quedó mirando a un rostro pálido y joven con la apariencia de un extranjero, una mezcla heterogénea de rasgos nítidos y ojos grandes y preocupados. El acento con el que el joven hablaba el dialecto local era incluso mejor que el de ella, cuyo tutor se había negado a hablar otra lengua que no fuera el shanghainés por temor a que su pupila lo olvidara.

Juliette giró la canica en la palma de su mano, cerrando los dedos con fuerza alrededor de ella.

—Ahora es *mía*.

A la luz del presente, aquel instante parecía algo divertido, la forma en que Roma se había sorprendido al escuchar el ruso de ella, impecable, aunque un poco forzado por la falta de práctica. Su frente se había arrugado.

—No es justo —dijo, insistiendo en el dialecto de Shanghái.

—El que encuentra algo se lo queda —Juliette se negó a dejar el ruso.

—Bien —había dicho Roma, finalmente regresando a su lengua materna para que hablaran el mismo idioma—. Juega conmigo. Si ganas, puedes quedarte con la canica. Si yo gano, la recupero.

Juliette había perdido, y de mala gana, devolvió la canica. Pero Roma no había comenzado el juego sólo por diversión, y no dejaría

que la chica se escapara tan fácilmente. Cuando ella se giró para marcharse, él le tomó la mano.

—Estoy aquí todas las semanas a esta hora —dijo con sinceridad—. Si vuelves, podemos jugar de nuevo.

Juliette comenzó a reír mientras deslizaba los dedos fuera de la mano de él.

—Espera y verás —respondió—. Te ganaré todas las veces.

Más tarde descubriría que el chico era Roma Montagov, el heredero de su mayor adversario. Pero, de cualquier manera, volvería a buscarlo creyéndose muy astuta, creyéndose muy inteligente. Durante meses coquetearon veladamente y se pasearon por las líneas divisorias entre el enemigo y el amigo, ambos sabiendo quién era el otro, pero sin admitirlo, ambos tratando de ganar algo de esta amistad, pero sin tomar demasiadas precauciones, cayendo demasiado profundo, sin apenas darse cuenta.

Cuando estaban lanzando canicas por el terreno irregular, eran sólo Roma y Juliette, no Roma Montagov y Juliette Cai, herederos de pandillas rivales. Eran chicos risueños que habían encontrado en el otro un confidente, un amigo que entendía la necesidad de ser otra persona, aunque sólo fuera por un instante cada día.

Se enamoraron.

Al menos… Juliette *pensó* que así había sucedido.

—¡Juliette!

La joven jadeó y se detuvo en el acto. En su aturdimiento había estado a punto de estrellarse con un *rickshaw* estacionado en la calle. Roma la jaló e instintivamente, ella lo miró, encontrándose de pronto con su certeza, su cautela y sus ojos claros y fríos.

—Suéltame —profirió Juliette, apartando su brazo—. Ya casi llegamos a la morgue del hospital. Sigue caminando.

Ella se apresuró para adelantarse, su codo escociendo donde él la había tocado. Roma la seguía con rapidez, como siempre lo había hecho, como si siempre hubiera sabido cómo hacerlo, caminando en la misma dirección de una manera que parecía casual para el ojo inexperto, de modo que cualquiera que los mirara pensaría que era una coincidencia que Roma Montagov y Juliette Cai caminaran el uno junto al otro, si es que el ojo indiscreto acaso los reconocía.

El grandioso edificio que se erguía delante apareció a la vista. Número 17, Arsenal Road.

—Llegamos —anunció Juliette con frialdad.

El mismo hospital al que habían llevado todos los cadáveres tras la explosión.

—Baja la cabeza y mantenla así.

Sólo para desafiarla, Roma alzó la cabeza hacia el hospital, aguzando la mirada. Frunció el ceño como si pudiera sentir la familiaridad de un lugar por el simple temblor en la voz de Juliette. Pero, por supuesto, no lo hizo, no podía. Ella lo vio allí detenido, tan seguro de sí, y sintió que las palmas de sus manos ardían a causa de su furia. Supuso que Roma sabía con exactitud cuán profundamente esta ciudad sentía el peso de lo que él había hecho. La guerra entre clanes nunca había sido tan cruenta como en el primer par de meses después del ataque lanzado por él. Cuando Juliette se inclinaba para oler las cartas que Rosalind y Kathleen le enviaban a través del Océano Pacífico, cuando inhalaba la tinta con que garabateaban desordenadamente en un papel grueso y blanco describiendo el creciente número de víctimas, imaginaba que era capaz de oler la sangre y la violencia que teñía las calles de rojo.

Ella había creído que Roma sentía su mismo deseo. Había creído que podían forjar un mundo propio, libre de esa guerra entre facciones.

No habían sido más *que mentiras*. La explosión en la casa de los criados había sido el golpe más contundente que los Flores Blancas podrían haber asestado. Habrían sido descubiertos si hubieran tratado de volar la mansión principal, pero la casa de los criados no era vigilada, no se tomaban precauciones para salvaguardarla, era algo secundario.

Tantas vidas de Escarlatas segadas en un instante. Había sido una declaración de guerra.

Y era algo que no podría haberse logrado sin la ayuda de Roma. La forma en que los hombres habían entrado a hurtadillas, la forma en que la puerta había sido dejado abierta: era información que sólo Roma podía conocer, producto de las semanas de incursiones junto a ella.

Juliette había sido traicionada y era algo de lo que cuatro años después todavía no se recuperaba. Y ahora estaba en aquel sitio, albergando ese nudo palpitante de odio que ardía en su vientre y que sólo se había tornado más y más ardiente durante los años en que su familia le había impedido ser testigo directo de la confrontación. Y pese a todo aún no tenía el valor para clavar su navaja en el pecho de Roma, para vengarse de la única forma en que sabía hacerlo.

Soy débil, pensó. A pesar de todo este odio que la consumía, no resultaba suficiente para eliminar sus instintos de velar por Roma, de impedir que fuera lastimado.

Quizá la fuerza para destruirlo vendría con el tiempo. Juliette simplemente necesitaba aguardar el momento.

—La cabeza abajo —le pidió de nuevo, empujando a través de las puertas dobles para entrar al vestíbulo del nosocomio.

—Señorita Cai —saludó un médico tan pronto como Juliette se acercó a la recepción—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Puede ayudarme de esta forma… —con una mano, Juliette simuló que sus labios se cerraban como una cremallera. Con la otra, se inclinó sobre el escritorio y tomó la llave de la morgue. Los ojos del médico se abrieron de par en par, pero desvió la mirada. Con esa llave que se sentía fría en la palma de su mano, Juliette avanzó por el edificio, tratando de respirar lo menos posible. Ese lugar siempre olía a descomposición.

En pocos minutos ya habían llegado a la parte trasera del hospital y Juliette se detuvo frente a la puerta de la morgue con un bufido. Se dio media vuelta para mirar a Roma, quien había estado caminando con la mirada clavada en sus propios zapatos, tal como ella le había ordenado. Incluso si hacía su mejor esfuerzo, su actuación para mostrarse tímido y apocado no resultaba convincente. Una postura sumisa no le sentaba bien. Había nacido con el orgullo cosido a su columna.

—¿Aquí? —preguntó el joven. Sonaba vacilante, como si Juliette lo estuviera conduciendo a una trampa.

Sin hablar, Juliette deslizó la llave, abrió la puerta y encendió el interruptor de la luz, revelando el único cadáver que había dentro. Estaba sobre una plancha de metal que ocupaba la mitad de la cámara. Debajo de la iluminación blanquiazul, el difunto, en gran parte cubierto por una sábana, parecía estar consumiéndose.

Roma entró tras ella y echó un vistazo al pequeño recinto. Se dirigió hacia el cadáver, arremangándose. Sólo en el instante de levantar la sábana, se detuvo, presa de la duda.

—Éste es un hospital pequeño y probablemente alguien más *morirá* antes de que transcurra una hora —advirtió Juliette—. Date prisa antes de que decidan transferir a este hombre a una funeraria.

Roma le lanzó una mirada a la joven, observando la postura de impaciencia que ésta había adoptado.

—¿Preferirías estar en otro sitio? —le preguntó.

—Sí —dijo Juliette sin dudarlo—. Manos a la obra.

Visiblemente afectado por la actitud de ella, Roma jaló la sábana. Pareció sorprenderse cuando vio que el hombre estaba descalzo.

Juliette se apartó de la pared.

—¡Vaya! ¡Lo que faltaba!

Se acercó y se puso en cuclillas junto a las repisas debajo de la mesa de metal, recuperando una caja grande que contenía diversos artículos y arrojando al suelo su contenido. Después de lanzar a un costado la alianza de bodas ligeramente ensangrentada, el collar muy ensangrentado y el peluquín, Juliette encontró el par de zapatos que no combinaban y que había calzado el hombre aquel día. Abrió la bolsa y sacó el de mejor aspecto de los dos.

—¿Sí?

Los labios de Roma se adelgazaron, su mandíbula se tensó.

—Sí.

—¿Podemos estar de acuerdo en que este hombre en efecto estuvo en la escena del crimen? —preguntó Juliette.

Roma asintió.

Eso era todo. No mediaron palabra mientras Juliette regresaba todo a la caja, moviendo los dedos ágilmente. Roma se veía sombrío, sus ojos fijos en un punto cualquiera en la pared. Ella supuso que estaba ansioso por salir de allí, por aumentar la distancia entre sus cuerpos tanto como le fuera posible y fingir que el otro no existía… al menos hasta que el próximo cadáver producto de la guerra entre clanes fuera arrojado más allá de las líneas que dividían los territorios.

Juliette volvió a guardar la caja y descubrió que sus manos temblaban. Las cerró en puños, apretándolas tan fuerte como le fue posible, antes de ponerse de pie y encontrarse con la mirada de Roma.

—Después de ti —dijo él, señalando la puerta.

Cuatro años. Debería haber sido suficiente. A medida que transcurrían las estaciones y todo este tiempo avanzaba lentamente, él debería haberse convertido en un extraño. Debería haber crecido y ahora sonreír de manera diferente, como lo había hecho Rosalind, o caminar de manera diferente, como le ocurrió a Kathleen. Debería haberse vuelto más insolente, como Tyler, o incluso adoptar un aire más cansino, como la propia madre de Juliette. Solamente que ahora él la miraba y todo lo que había cambiado en aquel joven era que… ahora tenía más años. Él la miró y Juliette todavía veía exactamente los mismos ojos con la misma mirada exacta: ilegible a menos que él le permitiera franquearla, inflexible a menos que él se permitiera relajarse.

Roma Montagov no había cambiado. El Roma que la había amado. El Roma que la había traicionado.

Juliette se obligó a aflojar los puños, los dedos le dolían por la tensión con que los había apretado. Con un leve gesto de asentimiento

en dirección a Roma, permitiéndole que la siguiera para salir de aquel sitio, Juliette alcanzó la puerta y le indicó que pasara, cerrando la morgue a sus espaldas con una firme determinación y abriendo la boca para despedirse de Roma de forma fría y firme.

Sólo que antes de que ella tuviera la oportunidad de hablar, se vio interrumpida por un absoluto pandemonio del fin del mundo dentro del hospital. En el otro extremo del pasillo, los médicos y las enfermeras empujaban camillas, gritándose unos a otros para pedir una actualización sobre un paciente o para preguntar por una habitación disponible. Roma y Juliette corrieron de inmediato hacia el frente, regresando al vestíbulo del edificio. A esas alturas ya esperaban una tragedia, pero de cierta manera lo que encontraron fue incluso peor.

El suelo estaba lleno de sangre. El aire se sentía espeso.

Dondequiera que miraran: integrantes moribundos de la Pandilla Escarlata, chorreando sangre de las gargantas y lanzando alaridos de agonía. Tenía que haber veinte, treinta, cuarenta individuos moribundos o ya muertos, ya inmóviles o todavía intentando clavarse los dedos en sus propias arterias.

—Oh Dios —susurró Roma—. Ya comenzó.

Nueve

—Cuando me asomé a su habitación, él estaba durmiendo tan profundamente que tuve miedo de que hubiera muerto durante la noche —dijo Marshall, empujando con el pie al hombre muerto —. Creo que estaba fingiendo.

Benedikt puso los ojos en blanco y luego apartó el pie de Marshall del cadáver.

—¿Podrías darle algo de crédito a Roma?

—Creo que Roma es un mentiroso patológico —respondió Marshall, encogiéndose de hombros—. Simplemente no quería salir con nosotros a mirar cadáveres.

Hacía apenas una hora que la luz del amanecer había despuntado, pero las calles ya rugían de actividad. El sonido de las olas estrellándose sobre el cercano paseo fluvial era apenas audible desde este callejón, especialmente por el parloteo que llegaba a raudales desde el centro de la ciudad. El resplandor de la madrugada envolvía las heladas calles como un aura. El vapor que salía de los puertos y el humo procedente de las fábricas ascendían constantemente, espesos, cenicientos y pesados.

—Hey, silencio —dijo Benedikt—. Me distraes de inspeccionar cadáveres.

Con el ceño profundamente fruncido, estaba arrodillado junto al cadáver que Marshall había empujado contra la pared. A Benedikt y Marshall se les había asignado nuevamente la tarea de limpieza, la cual no solamente abarcaba la limpieza de los cadáveres ensangrentados, sino también la neutralización y remuneración de los

funcionarios involucrados, sobornando a todas y cada una de las fuerzas legales que intentaran entrometerse con el asunto de estos gánsteres muertos.

—¿Distrayéndote? —Marshall se puso en cuclillas para quedar al nivel de Benedikt—. Si esto es cierto, deberías agradecerme por aliviar la sombría tarea.

—Te agradecería si me ayudaras —murmuró Benedikt—. Necesitamos a estos hombres identificados antes del mediodía. A este ritmo, lo único que habremos identificado es el número de cadáveres —puso los ojos en blanco cuando Marshall dio un vistazo a su alrededor y empezó a contar—. Seis, Mars.

—Seis —repitió Marshall—. Seis cadáveres. Contratos de seis dígitos. Seis lunas dando vueltas al mundo.

Marshall adoraba el sonido de su propia voz. En cualquier circunstancia en la que imperara el silencio, como una deferencia hacia el mundo se había impuesto como tarea llenar los huecos vacíos.

—No empieces…

La protesta de Benedikt fue ignorada.

—*¿He de compararlo con una noche de invierno?* —Marshall declamó —. *Es más imponente y más escabroso: los tempestuosos vientos tiemblan con menos fuerza…*

—De modo que viste a un extraño durante dos segundos en la calle —interrumpió Benedikt con hastío—. Por favor cálmate.

—*Con ojos como belladona, labios como fruta fresca. Una peca en la parte superior de su mejilla izquierda similar a…* —Marshall hizo una pausa, luego de repente se puso en pie— similar a esta mancha de forma extraña en el suelo.

Benedikt se detuvo en seco, con un gesto áspero en el rostro. También se incorporó, examinando el mencionado objeto en el suelo. Era mucho más que sólo una mancha de forma extraña.

—Es otro insecto.

Marshall apoyó una pierna en un ladrillo que sobresalía de la pared.

—Oh, *por favor* no.

Entre las grietas del pavimento, una mancha negra salpicaba el cemento, una mancha de aspecto ordinario si se le daba sólo un rápido vistazo. Pero así como un artista podría detectar un movimiento accidental del pincel en medio de una mezcla heterogénea de trazos intencionales, en el momento en que el ojo de Benedikt aterrizó en la mancha, un escalofrío recorrió su columna y le dio a entender que el lienzo del mundo había cometido un error. Esta criatura no debería de

estar aquí.

—Es de los mismos —dijo, presionando sus dedos con cautela alrededor del insecto—. Es el mismo tipo de insecto de los que encontramos en el puerto y llevamos al laboratorio.

Cuando Benedikt recogió el insecto muerto y se lo mostró a su parlanchín amigo, esperaba que Marshall hiciera algún comentario burdo o improvisara una canción sobre la fragilidad de la vida. En lugar de ello, frunció el ceño.

—¿Te acuerdas de Tsarina? —preguntó de pronto.

Incluso conociendo las habituales salidas por la tangente y las intrincadas historias de Marshall, este abrupto cambio de tema resultaba extraño. Pese a todo, Benedikt decidió seguirle la corriente y respondió:

—Por supuesto.

Su golden retriever había fallecido el año anterior. Había sido un día extraño, de duelo tanto en honor de la fiel compañera como por la peculiaridad de una muerte que por una vez no había sido causada por el impacto de una bala.

—¿Recuerdas cuando Lord Montagov la trajo por primera vez? —Marshall continuó—. ¿La recuerdas dando saltos por las calles y frotándose el hocico con todos los demás animales que encontraba, ya fuera un gato o una rata salvaje?

Marshall estaba tratando de llegar a cierto punto, pero Benedikt aún no podía determinar cuál era. Nunca entendería la forma en que hablaban las personas como Marshall, en círculos tras círculos, hasta que su discurso se convertía en el Uróboros tragándose a sí mismo por la cola.

—Sí, por supuesto —respondió Benedikt, con un gesto de apatía—. Cargaba tantas pulgas encima que éstas se la pasaban saltando por su pelaje…

El Uróboros finalmente había escupido su propia cola.

—El cuchillo —Benedikt le hizo gestos a Marshall para que buscara en sus bolsillos—. Dame tu cuchillo.

Sin titubear un segundo, Marshall sacó una navaja y se la lanzó. El mango se deslizó limpiamente hacia la palma de Benedikt, y Benedikt la dirigió hacia abajo, cortando una tira de piel bajo el cabello del cadáver tan cuidadosamente como pudo. Cuando la cortada melena cayó al suelo, Benedikt y Marshall se inclinaron de inmediato para examinar el cuero cabelludo del muerto.

Fue en ese momento que Benedikt estuvo a punto de vomitar dentro de su propia boca.

—Eso —dijo Marshall inexpresivo— es repugnante.

Sólo había un centímetro de piel a la vista, un centímetro de tono blanco grisáceo entre dos mechones de espeso cabello negro. Pero en este espacio, sobresalían una docena de protuberancias rosadas del tamaño de una uña, bultitos que habían servido de hogar para los insectos muertos, que parecían haberse instalado justo debajo de la primera capa de piel. El cuero cabelludo de Benedikt sintió un picor súbito a la vista de los exoesqueletos enroscados, apenas visibles debajo de la membrana, con sus patas, las antenas y los tórax atrapados y congelados en el tiempo.

Benedikt agarró con más fuerza el cuchillo. Maldiciéndose por su curiosidad, aplanó con lentitud los mechones del cabello del muerto para que no bloqueara su vista de la piel expuesta. Entonces, con los dientes apretados y una mueca de asco pendiendo del borde de su lengua, empujó la punta de la hoja en una de las protuberancias.

No se produjo el sonido o la visión de un fluido liberándose, como había estado anticipando Benedikt que sucediera ante una visión tan repugnante. En un tenso silencio, alternado con el sonido ocasional de un auto que pasaba por la calle cercana, Benedikt usó el cuchillo para cortar la delgada piel de uno de los insectos muertos.

—Adelante —dijo Benedikt cuando un insecto que había estado enterrado quedó semiexpuesto—. Sácalo.

Marshall lo miró como si éste le hubiera sugerido que mataran juntos a un bebé para después comérselo.

—Debes estar bromeando.

—Tengo ambas manos ocupadas, Mars.

—Te odio.

Marshall respiró hondo. Con cautela, metió dos dedos en la abertura. Extrajo el insecto muerto.

Salió a la vista con venas, vasos y capilares adheridos a su vientre. Era como si el insecto fuese una entidad por su propia cuenta y el hombre muerto surgiera de éste, cuando en realidad, las líneas tan finas como papel de tono rosa y blanco que brotaban del insecto estaban siendo arrancadas del *cerebro* del hombre. Benedikt habría podido equivocarse.

Las venas temblaron cuando una ráfaga aislada de viento sopló desde el agua.

—¿Qué te parece? —dijo Benedikt—. Creo que acabamos de descubrir lo qué está provocando la locura.

Diez

Un par de días después, Juliette estaba en pie de guerra en busca de pistas.

—Manténganse en alerta —dijo a Rosalind y Kathleen en voz baja afuera del edificio achaparrado que albergaba un salón para fumar opio. Al otro lado de la calle se veían dos puertas con rosas rojas adheridas a ellas, en teoría una tarjeta de presentación de la Pandilla Escarlata, pero en realidad, una amenaza clara y vigorosa. Corría el rumor de que los Escarlatas habían comenzado a usar rosas rojas para burlarse de los Flores Blancas, que pegaban la primera flor blancuzca que encontraban en las puertas de los edificios que tomaban en sus disputas territoriales. Pero el uso de la rosa roja había comenzado hacía tanto tiempo que Juliette no estaba segura de que hubiera algo de verdad en aquel rumor. Lo único seguro era que tener una rosa roja pegada en la puerta de alguien era una advertencia final: pagar, rendirse, indemnizar o hacer lo que fuera que la Pandilla Escarlata te estaba exigiendo, o de lo contrario afrontar las consecuencias.

La calle entera estaba bajo el control de los Escarlatas, pero todos los territorios tenían sus áreas problemáticas.

—No se aparten de mí —continuó Juliette, haciendo señas a sus primas para que avanzaran. En el momento en que entraron al salón de opio y pisaron los húmedos y disparejos suelos entarimados, las tres chicas instintivamente se llevaron las manos a las caderas o a la cintura, reconfortadas sólo por la presencia de las armas ocultas bajo la fina tela de sus vestidos—. Es posible que aquí haya asesinos al acecho.

—¿Asesinos? —repitió Kathleen, su tono de voz más agudo que de costumbre—. Pensé que habíamos venido aquí para exigir rentas que se adeudan a tu padre.

—A eso vinimos —Juliette separó las cortinas de cuentas, abriéndose paso a través de la división y hacia el salón principal, donde circulaban a su antojo los olores de historias desmesuradas y adicciones forzadas. Los aromas que ahora entraban en sus fosas nasales le recordaban a una rosa en llamas, a un perfume mezclado con gasolina y puesto a arder hasta que la ceniza restante pudiera usarse a modo de espesos y embriagadores cosméticos—. Pero dicen los rumores que éste también es un terreno de socialización para los comunistas.

Hicieron una pausa en medio del salón. Los vestigios de la antigua China eran más fuertes aquí, en medio de la variada parafernalia —pipas y lámparas de aceite— que habían sido traídas antes de comienzos de siglo. La decoración también estaba muy a la zaga en relación a los tiempos actuales, porque si bien los candelabros del techo eran parecidos a los que colgaban dorados y relucientes en todos los clubes *burlesque* de Shanghái, las lámparas estaban cubiertas de una fina capa de mugre de apariencia aceitosa.

—Estén atentas —advirtió Juliette. Observó los cuerpos apoyados contra las paredes del salón—. Dudo que estas personas sean tan dóciles como parecen.

Hace unos siglos, cuando este lugar todavía era la mansión de un miembro de la realeza o de un general, pudo haber sido opulento y exuberante. Ahora era un edificio destartalado al que le faltaban tablas del suelo y con un techo hundido por su propio peso. Ahora los sofás tenían agujeros en los sitios en que los clientes extendían las piernas, y los reposabrazos estaban desgastados ahí donde los clientes se frotaban las manos sucias antes de arrojar unos centavos y salir apresuradamente… esto si antes no se dejaban persuadir de pasar a las habitaciones traseras. Mientras Juliette estiraba el cuello y buscaba en el salón a la mujer a cargo, escuchó un eco de risitas en los pasillos. A los pocos segundos, un grupo de mujeres jóvenes se escabulló, cada una vestida con un hanfu de color pálido diferente, un intento, supuso Juliette, por evocar la nostalgia de épocas previas de China. Si tan sólo las faldas de su hanfu no estuvieran cubiertas de suciedad y sus horquillas no estuvieran en riesgo de caerse si efectuaban un movimiento brusco. Si tan sólo sus risitas no fueran tan incrédulamente fingidas, incluso para un oído inexperto, sus sonrisas rojas curvándose con vivacidad, pero de ojos apagados.

Juliette suspiró. En Shanghái era más fácil contar los establecimientos que *no funcionaban* paralelamente como burdeles que los que sí lo hacían.

—¿Le puedo ayudar en algo?

Juliette se giró buscando la voz que había hablado alegremente a sus espaldas. Madame, como se hacía llamar, estaba inclinada sobre uno de los sofás, una lámpara encendida a su lado y una pipa dispuesta descuidadamente sobre su torso. Cuando Juliette arrugó la nariz, Madame se levantó, inspeccionando a Juliette tan detenidamente como Juliette estaba inspeccionando las manchas negras en las manos de la mujer.

—Qué sorpresa —dijo Madame—. Juliette Cai. No te había visto desde que tenías cuatro años.

Juliette enarcó una ceja.

—No sabía que nos habíamos conocido.

Madame frunció los labios pálidos.

—No lo recordarías, por supuesto. En mi mente, siempre serás una cosita paseándose por los jardines, indiferente a todo lo que estuviera sucediendo.

—Ajá —dijo Juliette. Se encogió de hombros con displicencia—. Mi padre nunca lo mencionó.

Los ojos de Madame se mantuvieron al mismo nivel, pero sus hombros se alzaron, en un levísimo indicio de que se sentía ofendida.

—Por un tiempo fui muy buena amiga de tu madre—dijo con un vestigio de reclamo—, hasta que… bueno, estoy segura de que habrás escuchado que hace una década alguien me acusó de ser demasiado *amigable* con los Flores Blancas. Por supuesto todo era una falsedad. Sabes que los odio tanto como tú.

—Yo no odio a los Flores Blancas —respondió Juliette de inmediato—. Odio a los que hacen daño a las personas que amo. Con frecuencia tienden a ser los Flores Blancas. Pero hay una diferencia.

Madame resopló. Cada intento que hacía para trabar conversación con Juliette estaba siendo rechazado. La joven podría seguir haciéndolo todo el día. Le encantaba encontrarles objeciones a las otras personas.

—No me cabe duda, pero no permitas que te escuchen decirlo —murmuró Madame. En ese momento desvió su atención de Juliette, cambiando de táctica y sujetando la muñeca de Rosalind, mientras canturreaba—: Ah, yo a ti te conozco. Rosalind Lang. Por supuesto también conocí a tu padre. Tenía unos niños tan preciosos. Lamenté que te enviaran a estudiar a Francia. No creerías lo mucho que tu

padre se jactaba de la excelencia de la educación occidental.

Sus ojos se posaron ahora en Kathleen. Se produjo un instante de silencio.

Juliette se aclaró la garganta.

—Bàba nos envió aquí para cobrar una deuda —explicó, con la esperanza de traer de nuevo la atención de Madame hacia ella—. Usted debe…

—Pero ¿quién eres *tú*? —preguntó Madame, interrumpiendo a Juliette para dirigirse a Kathleen.

Kathleen entrecerró los ojos. Con bastante firmeza, respondió:

—Soy Kathleen.

Madame pretendió que estaba hurgando denodadamente en sus recuerdos.

—Ah, Kathleen. Ahora lo recuerdo —dijo efusivamente, chasqueando los dedos—. Solías ser tan grosera, siempre me sacabas la lengua.

—Yo *era* una niña, así que tendrá que perdonar mis malos comportamientos en el pasado —respondió secamente Kathleen.

Madame señaló la frente de Kathleen.

—También tienes la marca de nacimiento de la constelación de Sagitario. Me parece recordar…

—¿A quién? —interrumpió Kathleen. Parecía estar desafiando a la mujer—. ¿Le parece recordar a alguien que la tenía?

—Bueno —dijo Madame, ahora avergonzada—. Ustedes eran tres, los hermanos Lang, ¿verdad? También tenías un hermano.

Juliette apretó los labios. Rosalind siseó entre dientes. Pero Kathleen… Kathleen se limitó a observar fijamente a Madame con la mirada más inexpresiva posible y luego dijo:

—Nuestro hermano murió. Estoy segura de que se enteró de ello.

—Sí, bueno, lo siento mucho —dijo Madame, sin parecer en absoluto arrepentida—. También perdí a un hermano. A veces pienso…

—Ya basta —interrumpió Juliette. Aquello ya se había prolongado demasiado—. ¿Podemos hablar en otro lugar?

Madame se cruzó de brazos enérgicamente y giró sobre sus talones. No pidió a las otras Escarlatas que la siguieran, pero lo hicieron de todos modos, apurando el paso y apoyándose contra las paredes cuando tenían que pasar junto a las chicas maquilladas con tonos pastel que revoloteaban por los estrechos pasillos. Madame las condujo hasta un dormitorio decorado en varios matices de rojo. Allí había otra puerta, una que conducía directamente a las calles. Juliette

se preguntó si era para escapar velozmente o para entrar con facilidad.

—Tengo el dinero —vieron a Madame avanzar por en medio de la ropa tirada en el piso, buscando debajo de un pedazo de colchón al que llamaba cama para sacar el dinero. Murmurando entre dientes, Madame contó las monedas, cada una tintineando en su palma al ritmo de las crujientes vigas del techo.

Madame extendió el brazo y le ofreció a Juliette el dinero que tenía en el puño.

—De hecho… —Juliette cerró la mano alrededor de la de Madame y devolvió el dinero—. Quédeselo. Hay algo más que preferiría de usted.

La expresión amable en el rostro de Madame quedó suspendida. Sus ojos giraron hacia un costado, hacia la otra puerta.

—¿Y eso qué podría ser?

Juliette sonrió.

—Información. Quiero que me cuente todo lo que sabe sobre los comunistas.

La expresión amable en el rostro de Madame desapareció por completo.

—¿Cómo dice?

—Sé que les permite frecuentar este lugar, para sus reuniones —Juliette ladeó la cabeza, una vez en dirección a Kathleen y la otra en dirección a Rosalind. Ambas hermanas se apartaron de su lado y se apresuraron a entrar en el cuarto, cada una plantándose frente a una salida—. Sé que uno de estos cuartos traseros no es utilizado por una chica y sus oficios de placer; lo que allí hay es una mesa y una chimenea que permite a los miembros del Partido Comunista ponerse cómodos y estar abrigados. Entonces, cuénteme: ¿qué ha escuchado decir sobre el papel que juegan ellos en esta locura que azota la ciudad?

Madame soltó una risa repentina. Levantó los labios demasiado y Juliette alcanzó a ver la amplia separación entre sus dos dientes delanteros.

—No tengo ni idea de lo que quiere decir —aseguró Madame—. Me mantengo fuera de sus asuntos.

¿Es el miedo o la lealtad lo que le impide hablar?, se preguntaba Juliette. Madame estaba asociada con los Escarlatas, pero no era una gánster; era leal a la causa pero no estaba dispuesta a morir por ella.

—Por supuesto. Qué poca cortesía de mi parte asumir tal cosa —dijo Juliette. Buscó en su bolsillo, luego sonrió de una forma tan brillante como el delgado collar de diamantes que había sacado, y que

ahora colgaba entre sus dedos—. ¿Acepta un regalo de mi parte para compensar mi insolencia?

Juliette se deslizó detrás de Madame antes de que ella pudiera protestar, y aquella mujer tampoco se movió, porque ¿qué había de malo en aceptar un collar de diamantes?

Pero no era un collar de diamantes.

Madame soltó un chillido cuando Juliette tensó el mortífero alambre de estrangulamiento y extendió las manos para tratar de mermar la presión que se clavaba en su piel. Para ese momento, el alambre ya estaba enrollado alrededor de su cuello, las micro cuchillas empezando a clavarse.

—Aquellos leales a la Pandilla Escarlata están cayendo muertos en manada —se lamentó Juliette—. Los que trabajan duro por nuestra causa son víctimas de la locura, mientras que la gente como usted permanece impasible, incapaz de decidir si sangra color Escarlata o lucha por las bandas rojas de los trabajadores —finas perlas de sangre rezumaban en la superficie de la suave piel de Madame, lo necesario para manchar los distintos matices de su maquillado cuello. Si Juliette tensaba el alambre sólo el equivalente al ancho de un cabello, las cuchillas se clavarían lo suficientemente profundo como para dejar cicatrices— ¿De qué color sangra usted, Madame? ¿Escarlata o Rojo?

—¡Deténgase! ¡Deténgase! —jadeó—. ¡Hablaré! ¡Hablaré!

Juliette aflojó el alambre una fracción minúscula.

—Entonces *hable.* ¿Qué papel juegan los comunistas en esta locura?

—Ellos no se atribuyen la responsabilidad de la locura —se las arregló para decir Madame—. Como grupo, permanecen firmes en que esto no es parte de sus acciones políticas. Sin embargo, especulan en privado.

—¿Con relación a qué? —demandó Juliette.

—Creen que un genio dentro del Partido lo fraguó todo —los dedos de Madame intentaron sujetar el alambre de nuevo, pero éste era demasiado delgado para ser contenido. Lo único que logró fue rascarse el cuello, sus uñas rozando la piel como si imitara burlonamente a las víctimas de la locura—. En voces susurrantes dicen que han visto las notas de un hombre, planeándolo todo.

—*¿Quién?*

Cuando Madame pareció vacilar, con la lengua atragantándose, Juliette apretó más el alambre a manera de amenaza. Junto a la puerta, Rosalind se aclaró la garganta, una recomendación tácita para que Juliette aflojara la presión y tuviera cuidado, pero Juliette no titubeó. Ella sólo dijo, con su voz tan tranquila como la matutina

marea: —Quiero un nombre.

—Zhang Gutai —susurró Madame—. El secretario general de los comunistas.

De inmediato, Juliette aflojó el alambre, lo devolvió a su lado y lo sacudió. Sacó un pañuelo del bolsillo y procedió a limpiar el arma hasta que estuvo de nuevo brillante y plateada. Cuando guardó el alambre, le ofreció a Madame el pañuelo con la misma sonrisa luminosa que reservaba para las fiestas con las chicas *flapper* y para encantar a los hombres mayores.

Madame estaba pálida y temblorosa. No protestó cuando Juliette ató el pañuelo alrededor de su cuello, ajustando cuidadosamente la tela hasta que ésta absorbió la línea de sangre.

—Le pido disculpas por las molestias —dijo Juliette—. Supongo que esto quedará entre nosotras, ¿no es así?

Madame asintió inexpresivamente. No se movió cuando Juliette llamó a Rosalind y Kathleen a su lado; tampoco se alteró cuando Juliette arrojó sobre la mesa todo el dinero que tenía en el bolsillo para pagarle, si bien con retraso, por la información.

Juliette abandonó la habitación, sus tacones resonando ruidosamente mientras salía del fumadero junto a sus primas. Ya estaba olvidando lo firme que había sido su agarre sobre el alambre, lo dispuesta que había estado a lastimar a Madame por obtener aquello que quería escuchar. Lo único en lo que podía pensar era en el nombre que había obtenido, Zhang Gutai, y en cómo debía proceder a continuación.

Kathleen la observó durante todo el viaje de regreso. Juliette podía sentir esa mirada como una resbaladiza mancha de grasa en su frente: algo que la estaba molestando sin causarle daño.

—¿Qué sucede? —preguntó finalmente Juliette cuando el auto se detuvo para dejar salir a Rosalind. Tan pronto como ésta cerró la puerta detrás de ella, acomodándose sobre los hombros el abrigo de piel y avanzando con su contoneo hacia el club *burlesque* para su turno de mediodía, Juliette se deslizó en el asiento trasero hasta que estuvo directamente delante de Kathleen, que estaba sentada con los hombros encogidos en el asiento frente a ella—. ¿Por qué sigues mirándome de esa forma extraña?

Kathleen parpadeó.

—Ah. No sabía que te habías dado cuenta.

Juliette puso los ojos en blanco y levantó las piernas para darles un descanso sobre el suave asiento acojinado junto a Kathleen. El auto se puso nuevamente en marcha, la grava bajo las ruedas crujiendo con

fuerza.

—Biăojiě, subestimas los ojos que tengo —señaló su cara— en todas partes. ¿Cometí algún delito?

—No, por supuesto que no —dijo Kathleen al instante. Lentamente, se incorporó con la espalda recta y luego señaló las manos de Juliette. Juliette bajó la mirada. Había una mancha de sangre que no había logrado limpiar en la pequeña franja blanda entre el pulgar y el índice —. Supongo que estaba esperando que esgrimieras un arma o algo así. No pensé que realmente la amenazarías de muerte.

Kathleen siempre había sido la pacifista. En las cartas que ella y Rosalind le habían enviado mientras Juliette se encontraba en Estados Unidos —invariablemente en el mismo sobre— Juliette podía percibir de inmediato la diferencia entre las hermanas. Lo primero que saltaba a la vista era, por supuesto, la caligrafía. Las letras grandes y sinuosas de Rosalind cuando escribía en inglés o francés y sus caracteres chinos anchos y espaciados, como si cada trazo estuviera intentando escapar de los otros. Kathleen, por su parte, siempre escribía como si el espacio fuera escaso en el papel. Aplastaba sus letras y trazos hasta que se superponían entre sí, a veces haciendo mella en el carácter anterior con el trazo del siguiente. Pero más allá de eso, incluso si hubieran redactado sus cartas en una máquina de escribir, Juliette habría podido identificar a cada una. Rosalind escribía sobre el estado de las cosas en la ciudad como lo haría cualquier otro de sus habitantes. Era brillante e ingeniosa gracias a sus años de educación en literatura clásica. La dulzura de sus palabras se derramaba sobre la página mientras lamentaba la ausencia de Juliette y le decía que ella se habría muerto de la risa si hubiera visto al señor Ping la semana pasada cuando los pantalones de su traje se rasgaron por la mitad. No es que Kathleen fuera menos ilustrada que su hermana; lo que pasaba era que su mirada era introspectiva. Nunca escribiría una mención sobre la última víctima de la guerra entre clanes para luego abundar en una expresión idiomática sobre la naturaleza cíclica de la violencia. En su lugar, describiría un procedimiento paso a paso sobre cómo poner fin a la brutalidad de tal forma que pudieran vivir en paz, y luego se preguntaría por qué nadie en la Pandilla Escarlata parecía capaz de intentarlo.

Juliette siempre había sabido la respuesta. Sólo que nunca tuvo el valor de decírselo a Kathleen.

Simplemente no querían hacerlo.

—A Madame le toca lidiar con gentuza todos los días —dijo Juliette, apoyando la barbilla en la mano—. ¿Crees que la iba a

asustar una simple pistola?

Kathleen suspiró irritada, alisándose el cabello.

—De todos modos, Juliette, no es como si…

—Has estado presente en alguna de las reuniones de negocios de mi padre, ¿no? —Juliette interrumpió—. Escuché a Māma decir que Jiùjiu te llevó a ti y a Rosalind a un par de ellas hace unos años, antes de que te faltara el temple para asistir.

—Rosalind fue la única que perdió el temple —respondió Kathleen de manera adusta—, pero sí, es cierto, nuestro padre nos llevó a algunas negociaciones.

—*Negociaciones* —la imitó Juliette, apoyándose en el respaldo de su silla. Su tono de voz reflejaba desprecio, pero no estaba dirigido a Kathleen. Estaba dirigido a la forma en que la Pandilla Escarlata alteraba el sentido de sus palabras, como si todo el mundo no supiera ya la verdad. Deberían empezar a llamarlo por sus verdaderos nombres: extorsión, chantaje.

Al acercarse a su destino, el auto redujo la velocidad hasta detenerse por completo, con el motor aun rugiendo, enfrente de la mansión. Las puertas que rodeaban la casa eran nuevas, reemplazadas justo después de que Juliette se marchara. Ahora significaban una molestia enorme para los hombres apostados junto a ellas cuando llegaban familiares cada cinco minutos con la esperanza de entrar. En aquel momento los dos hombres de guardia se apresuraron a abrir los pesados espirales de metal antes de que Juliette les gritara por su lentitud.

Pero ése era el precio a pagar por la seguridad confrontados por un peligro omnipresente.

—Te acuerdas, ¿cierto? —le preguntó a su prima—. ¿De las tácticas de mi padre?

Juliette había presenciado más que suficiente de las tácticas de su padre durante esos breves meses de su primer regreso. Incluso antes de eso, cuando Juliette era apenas una niña, algunos de sus primeros recuerdos provenían de aquellos momentos en que levantaba los brazos para que su padre la alzara y cuando lo hacía a menudo la alcanzaba el olor a sangre que emanaba de él.

La Pandilla Escarlata no toleraba la debilidad.

—Sí —dijo Kathleen.

—Entonces, si él puede hacerlo —continuó diciendo Juliette—, ¿por qué no podría hacerlo yo también?

Kathleen no tenía nada que opinar al respecto. Se limitó a soltar un breve suspiro y dejó caer las manos a sus costados en señal de derrota.

El auto se detuvo por completo. Una criada ya estaba esperando para abrirles la puerta, y aunque Juliette aceptó la mano que se le extendía, era simplemente un acto de cortesía; con su vestido, le resultaba fácil salir del auto y descender al suelo a pesar de la considerable altura de éste. Mientras tanto, Kathleen necesitó unos segundos para hacer una salida digna, ya que los bordes de su qipao ralentizaban su avance. Para el momento en que los zapatos de Kathleen crujieron sobre el sendero de entrada, Juliette ya se dirigía hacia la puerta principal, levantando la cabeza hacia la luz del sol y de esta forma dando algo de calor a su helado rostro.

Todo encajaría en su lugar. No hacía falta que se preocupara. Ya tenía un nombre. El día siguiente a primera hora se presentaría en el lugar de trabajo del tal Zhang Gutai y lo confrontaría. De una forma u otra, Juliette detendría esta locura sin sentido antes de que su gente sufriera por ello.

En ese momento un alarido atravesó los jardines.

—*Ali, ¿qué te pasa?*

Juliette se giró, reaccionando de inmediato al pánico que resonaba en los jardines. Su corazón horrorizado latía desbocado.

Era demasiado tarde.

La locura había llegado hasta su propia puerta.

—No, no, no —repitió Juliette, corriendo hacia los círculos de flores. Hacía un instante, Ali caminaba de regreso a la casa con una canasta de lavandería llena de ropa apoyada en su cadera. Y ahora la canasta estaba sobre las rosas, los bultos de ropa doblada aplastándolas sin piedad.

Y Ali estaba arrancándose tajos del cuello con sus propias manos.

—Derríbenla —gritó Juliette al jardinero cercano, el que había llamado la atención de Juliette con su alarido—. ¡Kathleen, busca ayuda!

La joven sujetó uno de los hombros de Ali. El jardinero la asió del otro. Juntos hicieron todo lo posible por obligar a la criada a recostarse en el suelo, pero cuando la cabeza de Ali golpeó contra la tierra blanda de los rosales, sus dedos ya estaban hundidos hasta los nudillos en los músculos y tendones que bajaban por su cuello. Se produjo un espantoso sonido, un desgarramiento, una sensación de humedad cuando la sangre manó a borbotones, y luego Juliette alcanzó a ver el *hueso*, pudo ver claramente cada cresta de blanco marfil en medio del cuello ahora entre rosáceo y rojo de Ali.

Los ojos de la chica se volvieron vidriosos. Sus manos se aflojaron, los trozos de carne desgarrada se deslizaron de sus manos flácidas y

cayeron al suelo.

Juliette sintió deseos de vomitar. La sangre de la garganta de Ali manaba y manaba, regándose por el suelo hasta que la tierra se tiñó de oscuro, hasta que la mancha se hizo lo suficientemente grande para extenderse hasta sólo unos cuantos centímetros del lugar donde se erigía antiguamente la casa de los sirvientes, donde Nana también había encontrado su fin.

Ésta es la razón, pensó Juliette aturdida. *Ésta es la razón por la cual no debiéramos amar más de lo necesario. Al final, la muerte vendrá a buscarlos a todos.*

Un grito aterrorizado surgió de la casa principal.

Kathleen.

Juliette se incorporó de un brinco.

—¡Kathleen! —rugió—. Kathleen, ¿dónde estás?

—¡Juliette, *ven*!

Juliette franqueó la puerta principal y corrió a través de la sala de estar, provocando carraspeos de preocupación de un par de tías que se habían levantado de los sofás abandonando por un momento su chismorreo. Avanzando frenéticamente, la joven se precipitó hacia la cocina y encontró a Kathleen a un lado de la larga barra, su cuerpo congelado por el horror, las manos apretadas contra la boca para amortiguar sus palabras en un esfuerzo por no gritar.

Un cocinero se retorcía en el suelo; la sangre ya le empapaba los antebrazos. A dos metros de distancia, debajo del umbral que conducía al pasillo principal, otra criada estaba a punto de derrumbarse, apoyándose contra el quicio y golpeándose a sí misma para resistir la locura.

—Retrocede…

La criada se desplomó. El primer chorro de sangre de su garganta salió disparado en un amplio arco, manchando las intrincadas esculturas de la entrada y empapando las paredes beige en una especie de pintura abstracta. Juliette se preguntó débilmente si alguna vez podrían borrar esa mancha o si permanecería en esta casa para siempre. Incluso cuando se repintara o se lavara con ferocidad el quicio, la presencia de esa mancha permanecería, apestando la habitación con el fracaso de los Escarlatas en proteger a los suyos.

La criada se quedó estática. Al parecer eso fue lo que finalmente impulsó a Kathleen a actuar, porque se lanzó hacia el frente con un grito ahogado, su largo cabello balanceándose sobre su rostro, en su apuro.

Esta locura podría ser contagiosa.

—¡Alto! —aulló Juliette.

Kathleen se detuvo por completo. El único sonido que podía escucharse en este repentino silencio era la respiración agitada de Juliette.

La joven se dio la media vuelta, quedando frente a las dos tías que se habían deslizado sigilosamente hacia la cocina. Se cubrieron horrorizadas la boca, pero Juliette no les dio tiempo para que permanecieran en el horror.

—Manden a algunos de los hombres que están afuera, para que limpien esto —dijo—. Adviértanles que usen guantes.

Once

Juliette bajó de golpe la cajuela del auto, ajustando la cerradura con tanta fuerza que el vehículo se estremeció de arriba a abajo.

—Listo —dijo al conductor—. Adelante.

Por el espejo retrovisor, el chofer asintió adustamente. El auto empezó a alejarse con un fuerte estruendo por el camino de grava, en dirección a la puerta principal y hacia el hospital más cercano. Cuando entregaran los cadáveres que transportaban en la cajuela éstos dejarían de ser responsabilidad de Juliette. Esperaba que el hospital apreciara la delicadeza con que los Escarlatas habían envuelto los cuerpos en gruesas sábanas.

—Señorita Cai.

Juliette giró y se encontró con un mensajero que se acercaba a ella.

—¿Sí?

El mensajero hizo un gesto hacia la casa.

—Sus padres han bajado. Preguntan qué ocurre.

—Ah, *ahora sí* deciden bajar —masculló Juliette para sí. No lo hicieron cuando se escuchaban gritos en los pasillos. Ni cuando Juliette vociferaba obscenidades para que los gánsteres se apresuraran a traer sábanas y las criadas fueran a buscar agua para que los sirvientes intentaran limpiar las manchas sobre los tablones del piso.

Iban a tener que contratar limpiadores profesionales.

—Iré a hablar con ellos —Juliette suspiró. Pasó junto al mensajero, sus hombros pesados por la expectativa. Es posible que sus padres hubiesen estado en medio de una reunión en el piso superior, pero docenas de parientes habían presenciado las terribles muertes, y las

habladurías en esta casa se extendían con rapidez.

Sin embargo, cuando Juliette regresó a la sala de estar, tuvo que mirar dos veces, al percibir que allí parecía congregada la totalidad de su familia.

—¿Hay una fiesta en la casa y no me invitaron? —se burló Juliette, deteniéndose en el umbral. ¿Sus parientes estaban reunidos aquí en gran número cuando todavía había manchas de sangre en la cocina? ¿Acaso *querían* infectarse y morir?

Lord Cai se puso en pie, interrumpiendo a cualquier integrante de la familia que estuviera hablando en la reunión.

—Juliette —dijo, elevando la barbilla en dirección a la escalera. Había algo en sus manos. Algunas tiras de papel blanco cremoso. Un papel costoso—. Ven conmigo.

Era una clara indicación para que los asistentes y sirvientes se retiraran. No obstante, mientras todo mundo se dispersaba, Tyler permaneció en el sofá, con las manos acomodadas detrás de la cabeza como si tuviera todo el tiempo del mundo. Desvió el rostro al encontrar la mirada fulminante de Juliette, fingiendo estar distraído.

La joven se mordió la lengua. Se apresuró a subir las escaleras detrás de su padre.

—¿Qué vamos a hacer con las manchas de sangre? —preguntó ella mientras entraban a la oficina de Lord Cai. Su madre ya estaba allí, sentada al otro lado del escritorio de su padre y hojeando algunos informes.

—Haremos que alguien venga a limpiarlas —contestó Dama Cai, levantando la mirada y sacudiendo una imaginaria mota de polvo de la manga de su qipao—. Me preocupa mucho más el *por qué* la gente en esta casa estaba desgarrándose la garganta con sus propias manos…

—Es la locura —interrumpió Juliette—. Ya está aquí y podría sobrevenir un contagio viral. Necesitamos pedir a las otras criadas que estuvieron en contacto con las víctimas que permanezcan en sus habitaciones durante un par de días.

Su padre se sentó en su enorme sillón y cruzó las manos sobre el abdomen. Su madre inclinó la cabeza con un gesto indescifrable.

—¿Y cómo sabes que es un contagio? —preguntó Lord Cai. Aunque Juliette se quedó paralizada al escuchar la pregunta, dándose cuenta tardíamente de que había repetido un detalle proporcionado por Roma, su padre no pareció sospecharlo. Simplemente había hecho la pregunta de manera directa, como lo hacía en cualquier conversación cotidiana. Se dijo que debía calmarse. Si su padre albergaba

sospechas, era del tipo de personas que las manifestaba de manera clara y expedita.

—Es lo que se dice en las calles —respondió Juliette—. Es factible que sólo empeore de aquí en adelante.

Lady Cai se pellizcó el arco de la nariz. Sacudió la cabeza, como descartando esa idea.

—Tres muertos en esta casa todavía no se compara con los miles de personas que están siendo arrastradas por la marea política.

Juliette parpadeó.

—Pero, *Māma*…

—¿No quieres saber por qué todos estaban reunidos en la planta baja tan embelesados? —Lord Cai intervino. Empujó el papel que tenía en las manos a lo largo del escritorio, acomodándolo de tal forma que Juliette pudiera darle un buen vistazo. La conversación había avanzado luego hacia otros temas; en sus mentes realmente la locura era sólo una ramificación de la agitación política.

Muy bien, pensó Juliette. Si ella era la única con las prioridades bien ordenadas, entonces iba a tener que resolver todo este maldito asunto por su cuenta.

Juliette tomó el trozo de papel más pequeño y el ver allí escrito su propio nombre de inmediato captó su atención.

Señorita Cai, me encantaría verla allí. -Paul.

—¿Qué es esto? —inquirió Juliette.

—Una invitación —explicó Lady Cai—, una invitación a una mascarada en la Concesión Francesa la semana que viene.

Juliette se inclinó para leer el trozo más grande de papel, chasqueando la lengua para sí. No le gustaba este asunto. Los extranjeros extendiendo sus manos para proponer invitaciones sólo podía significar expectativas, y exigencias.

—¿Quienes nos convocan son los franceses? —preguntó.

—El evento es una iniciativa conjunta entre las diferentes potencias extranjeras —respondió con voz pausada su padre. En tono burlón, agregó—: "Los franceses, los británicos, los estadounidenses y todos los demás, desean unirse entre sí para *celebrar los poderes nativos de Shanghái*", recitando el texto en el mismo instante en que los ojos de Juliette lo escudriñaban.

Nuestra hospitalidad se extiende a todos aquellos bajo la protección de Lord Cai, leyó. Esta fiesta invitaba a todos los miembros de la Pandilla Escarlata.

Lady Cai se burló.

—Si los extranjeros quisieran homenajearnos, podrían comenzar

por recordar que éste es nuestro país, no el de ellos.

Juliette se giró para mirar a su madre con curiosidad. El desagrado afeaba las líneas del rostro de Lady Cai, profundizando los surcos a los que todas las mañanas les dedicaba un buen rato para cubrir con una fina capa de polvo.

—Sin embargo —continuó Lord Cai, como si su esposa no hubiera hecho un comentario mordaz—, son los franceses los que desean reunirse con nosotros. En alguna parte por aquí hay otra tarjeta.

Después de unos segundos de confusa búsqueda, Juliette levantó la hoja de papel más grande y encontró la tercera y última tarjeta, del mismo tamaño que la de Paul. Ésta era para su padre, de parte del cónsul general de Francia en Shanghái. Sólo había dos líneas escritas. Solicitaba una reunión durante la fiesta para "discutir la situación en Shanghái", sea lo que sea que aquello significara.

—Y bien —dijo Juliette—, ¿es esto un problema para nosotros?

—Puede que no se trate de un problema —Lord Cai se encogió de hombros—. Habrá que ver.

Juliette entrecerró los ojos. No le gustaba que sus padres hubieran caído en un silencio embarazoso, uno que indicaba que estaban a la espera de algo… de alguna cosa…

—Desde luego espero que no *me obligues* a ir a esta mascarada —anunció Juliette con desdén.

—No pienso *obligarte* a ir como si yo fuera un tirano —respondió su padre—. Pero ciertamente preferiría que asistieras conmigo.

—Bàba —se quejó Juliette—. Ya asistí a suficientes fiestas en Nueva York para satisfacer nueve vidas. Los franceses pueden decir que quieren discutir la situación en Shanghái una y otra y otra vez, pero *sabemos* que son unos inútiles.

—Juliette —la reprendió su madre.

—¿Qué pasa? —replicó Juliette con un dejo de altanería.

—No, no, tu madre tiene razón —dijo Lord Cai—. Los franceses desean reunirse simplemente para discutir sobre la milicia Escarlata. Quieren saber cuántas personas tengo bajo mi control y desean contar con mi cooperación en caso de una revuelta comunista. Todo eso es cierto.

Su padre se inclinó hacia el frente y la miró con intensidad, y de pronto Juliette se arrepintió de su tono quejumbroso, porque en ese momento se sintió como una niña a la que regañan por protestar cuando es obligada a acostarse más temprano que de costumbre.

—Pero de todos modos necesitamos aliados —continuó diciendo Lord Cai—. Necesitamos poder, necesitamos clientes y necesitamos el

apoyo de ellos. Y yo necesito que tú seas mi pequeña traductora cuando murmuren entre ellos en francés, asumiendo que yo no podría entenderlos.

Juliette trató de suprimir un ruido de desagrado desde el fondo de su garganta.

—Muy bien —dijo. Tomó la tarjeta de invitación y se la guardó en el bolsillo, con la intención de examinarla luego con más calma—. ¡Iré, *mais ce n'est pas de bon gré*!

"Iré, pero no de buena gana", había dicho. Avanzó hacia la puerta, mientras se despedía. Estaba a punto de salir, con una mano ya sobre la manija y su cuerpo a medio paso del umbral, cuando su madre la llamó:

—Espera.

Juliette se detuvo.

—Este señor… Paul —dijo Lady Cai—. ¿Por qué te busca?

Lady Cai había dicho su nombre como si fuera un hechizo mágico usado para invocar algo. Como si el nombre tuviera un gran peso en lugar de ser una sola sílaba fastidiosa y deslustrada.

—Es el hijo de Walter Dexter —respondió Juliette apáticamente—. Aún siguen intentado contratarnos como intermediarios para su tráfico de drogas.

Lady Cai reflexionó sobre lo que su hija acababa de decir durante un largo momento. Luego añadió:

—¿Es guapo?

—*Ugh*, por favor —dijo Juliette avanzando—. Está usándome, māma. Es así de simple. Ahora, discúlpame. Tengo trabajo que… ¿tú *qué* estás haciendo?

Esa última frase iba dirigida a Tyler, quien había estado espiando tan cerca de la puerta que Juliette le había golpeado el hombro al abrirla.

—Cálmate —dijo Tyler—. Iba camino al baño.

Ambos sabían que era una gran mentira, tan ancha como la monstruosa sonrisa de Tyler y tan larga como su lista de fechorías.

Juliette cerró la puerta de la oficina de su padre con un *golpe seco*. Miró fijamente a su primo, a la espera de que dijese algo más, pero él simplemente le devolvió la mirada con la misma fijeza. En su mejilla aún se apreciaba el corte reluciente, que todavía no había cicatrizado del todo.

—¿Hay algo que quisieras decirme, Tyler? —preguntó Juliette.

—Sólo una cosa —respondió Tyler. Su mirada inquieta revoloteó un instante, consciente de que los padres de Juliette podrían escuchar

esta conversación—. Estoy muy emocionado de asistir a esta fiesta. *Le moment où tu n'es plus utile, je serai prêt à prendre ta place*.

Juliette se puso rígida. Satisfecho con la reacción que había provocado, Tyler volvió a sonreír y alegremente giró sobre sus talones, caminando por el pasillo con las manos metidas en los bolsillos y un bajo silbido saliendo de su boca.

"En el momento en que dejes de ser útil, estaré listo para reemplazarte", tradujo para sus adentros la joven, indignada.

—*Va te faire foutre* —"bésame el trasero", lo insultó Juliette en un susurro. Bajó las escaleras de dos en dos, miró a los familiares que todavía seguían charlando en los sofás y luego se dirigió a la cocina. Allí encontró a Kathleen, quien seguía examinando las manchas en las baldosas del suelo. También estaba masticando una manzana, aunque Juliette no se imaginaba cómo su prima podía tener apetito en aquellas circunstancias.

—¿Tuviste suerte? —preguntó Juliette.

—Ah, dejé de intentar limpiarlas hace diez minutos —respondió Kathleen—. Simplemente estoy inspeccionando aquella mancha porque tiene forma de gato.

Juliette parpadeó.

Kathleen dio otro mordisco a su manzana.

—¿Demasiado pronto? —preguntó.

—Demasiado pronto —respondió Juliette—. ¿Estás ocupada en este momento? Necesito tus conexiones comunistas.

—Te lo digo por última vez —Kathleen arrojó el hueso de la manzana a la basura—, el hecho de saber quiénes son nuestros espías en el Partido no me califica como comunista. ¿Qué debo buscar?

Juliette colocó las manos en sus caderas.

—La dirección de la casa de Zhang Gutai.

Kathleen arrugó la frente, tratando de ubicar el nombre.

—¿No encuentras su lugar de trabajo? Él es el editor de ese periódico, ¿no es así?

—También podría ir a husmear su lugar de trabajo —confirmó Juliette—, pero quiero alternativas.

"Alternativas" era una forma divertida de decirlo. Juliette quería la dirección de su casa para poder entrar en ella y hurgar entre sus pertenencias, en caso de que las respuestas que diera en persona resultaran insuficientes.

Pero no tenía que aclarárselo a Kathleen. Su prima lo sabía. Se despidió de Juliette con un gesto burlón, arqueando los labios.

—Estoy en eso.

—*¿Piojos?* — repitió Roma horrorizado.

—*Parecidos a* piojos —enfatizó Lourens, acompañando su corrección por un suspiro. Señaló la tira de piel que había cortado del cadáver, donde las gruesas membranas estaban repletas de pequeñas bolsas de insectos muertos. Benedikt se veía ligeramente verde y Marshall tenía los dedos presionados contra la boca.

—Saltan de un anfitrión a otro a través del cabello, luego se entierran en el cuero cabelludo —continuó diciendo Lourens. Empujó un insecto con el dedo. Cerca de allí, uno de los científicos palideció al contemplar aquello, incapaz de apartar su curiosidad de la autopsia tan poco convencional que tenía lugar en una mesa de trabajo. Pero no importaba: los Flores Blancas habían visto cosas más extrañas.

—Dios mío —murmuró Marshall—. Podríamos habernos infectado.

Benedikt emitió un ruido de repugnancia.

—Ya están *muertos* —respondió, haciendo un gesto de desdén.

—Y sin embargo, me hiciste sacar uno —se quejó Marshall. Se estremeció por completo, en un movimiento que sacudió todo su cuerpo—. Qué asqueroso…

Roma tamborileó con los dedos sobre la mesa de trabajo. El laboratorio no contaba con buena ventilación y él escasamente había dormido la noche anterior. Su cabeza comenzaba a latir con ferocidad.

—Caballeros —los llamó, tratando de redirigir la atención de Benedikt y Marshall hacia Lourens. No funcionó—. El futuro bienestar de los Flores Blancas se los agradece.

—Oh, por favor, ¿qué sabrán ellos de mi heroísmo en el futuro?

Roma intercambió una mirada con Lourens y negó con la cabeza. No tenía sentido tratar de intervenir cuando Benedikt y Marshall actuaban de esta forma. Cuando no estaban tramando algo juntos, estaban discutiendo entre ellos. Casi siempre se trataba de las cosas más absurdas y que realmente no requerían un debate de una hora; sin embargo, pese a todo, ambos se entregaban de lleno, a veces hasta que sus rostros enrojecían. Roma no estaba seguro de si Benedikt y Marshall estaban condenados, eventualmente, a matarse o a besarse el uno al otro.

—De todos modos —dijo Lourens, aclarándose la garganta cuando se produjo una mínima pausa en medio de la discusión—, con los recursos que tenemos aquí, estamos en mejor posición que los hospitales de Shanghái. Me gustaría intentar descubrir la fabricación de una cura, si usted está de acuerdo.

—*Sí* —casi suplicó Roma—. Eso sería genial. Gracias, Lourens…

—No se apresure a agradecerme todavía —refunfuñó Lourens—.

No puedo encontrar una cura para esta extraña plaga sin la ayuda de ustedes, jóvenes.

Marshall enarcó una ceja. Benedikt le clavó el codo en las costillas para evitar que hiciera un comentario sarcástico sobre su *juventud*.

—Lo que sea necesario —prometió Roma.

—Necesitaré llevar a cabo unos experimentos —dijo Lourens. Asintió para sí—. Necesito que me traiga una víctima viva.

—*Viva*…

Esta vez fue Roma quien golpeó con el codo el costado de Marshall.

—Nos ocuparemos de eso —dijo Roma en el acto—. Gracias, Lourens. Con toda sinceridad.

Cuando Lourens aceptó a regañadientes la sinceridad del sentimiento expresado, Roma se apartó de la mesa de trabajo, haciendo un gesto a Benedikt y Marshall para que siguieran su ejemplo, y los tres se marcharon. Roma estaba bastante impresionado por el hecho de que Marshall se las arreglara para permanecer en silencio hasta que franquearon las puertas de salida. Fue ya cuando estuvieron en la acera, bajo las densas nubes de la ciudad, que Marshall finalmente estalló:

—¿Cómo *diablos* pretendes que le traigamos una víctima viva?

Roma suspiró, metiendo las manos hasta el fondo de los bolsillos. Se encaminó de regreso al cuartel general de los Flores Blancas con su primo a la zaga. Entretanto Marshall, en un derroche de energía, se les había adelantado y ahora caminaba de espaldas hacia ellos.

—Vas a tropezar con una piedra —le advirtió Benedikt.

—Me estás provocando dolor de cabeza —agregó Roma.

—No sabemos quién es víctima de la locura hasta que sucumben a ella —prosiguió Marshall, ignorándolos a ambos—. Tan pronto como alguien esté matándose, ¿cómo lo mantendríamos con vida el tiempo suficiente para llevarlo al laboratorio?

Roma cerró los ojos momentáneamente. Cuando los volvió a abrir, sintió que pesaban mil toneladas.

—No *lo sé*.

El dolor punzante en su cabeza no había hecho más que empeorar. No contribuyó mayor cosa a la conversación mientras se dirigían a casa, y cuando apareció la esquina de la calle que llevaba al edificio principal, se apartó de la vista con una muy discreta despedida, dejando atrás a Benedikt y Marshall, que se quedaron mirándolo inquisitivamente antes de dirigirse a sus propias viviendas. Sus amigos lo perdonarían. Roma enmudecía cuando necesitaba pensar, cuando la ciudad se hacía demasiado ruidosa y apenas podía escuchar sus

pensamientos.

Cerró la puerta principal. Todo lo que necesitaba era un momento de silencio y luego podría prodigar lo mejor de sus energías tratando de idear un plan para Lourens…

—Roma.

Roma levantó bruscamente la cabeza, el pie detenido en el primer peldaño de la escalera. En el rellano del segundo piso, su padre lo miraba fijamente.

—¿Sí?

Sin preludio alguno, Lord Montagov se limitó a extender el brazo y blandir un papel entre los dedos. Roma pensó que su padre se encontraría con él a mitad del trayecto entre un piso y otro, pero Lord Montagov permaneció donde estaba, lo que obligó a Roma a subir los peldaños a toda prisa para no hacer esperar a su padre, casi jadeando cuando estuvo lo suficientemente cerca para tomar entre sus dedos el trozo de papel.

Tenía un nombre y una dirección, garabateados con una caligrafía desquiciada.

—Encuéntralo —ordenó Lord Montagov con tono burlón cuando Roma levantó la vista en busca de una explicación—. Mis fuentes dicen que los comunistas pueden ser la causa de esta insulsa locura.

Los dedos de Roma apretaron con fuerza la hoja de papel.

—Pero ¿cómo? —preguntó—. Los comunistas han estado buscando nuestra ayuda durante años…

—Y dado que seguimos rechazándolos —interrumpió su padre—, ahora cambian de táctica. Hacen su revolución aplastando nuestro poder antes de que podamos contrarrestar sus esfuerzos. Detenlos.

¿Podría tratarse de un motivo tan simple como la búsqueda de poder político? Asesinar a los gánsteres para eliminar a la oposición. Infectar a los trabajadores para que se muestren lo suficientemente iracundos y desesperados como para alinearse ante cualquier proclama revolucionaria que escuchen. Algo tan elemental como la brisa de un río.

—¿Cómo voy a detener a toda una facción política? —murmuró Roma, simplemente deliberando en voz alta—. ¿Cómo voy a…?

Sintió un fuerte golpe sobre el cráneo. Roma retrocedió, alejándose de los nudillos de su padre para evitar un segundo manotazo. Debería haber sabido que no era buena idea reflexionar en voz alta al alcance del oído paterno.

—Te di una dirección, ¿no? —tronó Lord Montagov—. Anda. Descubre qué hay de cierto en esta afirmación.

Y diciendo ello, su padre se dio la media vuelta y, dando un portazo, desapareció dentro de su oficina. Roma se quedó donde estaba en las escaleras, sosteniendo el trozo de papel, con las punzadas en la cabeza aún más intensas que antes.

—Muy bien —murmuró con amargura.

Kathleen recorrió el paseo fluvial, sus pasos lentos contra el duro granito. Este sector del extremo este se encontraba casi en silencio, los gritos habituales de El Bund, el Distrito Histórico, reemplazados por los ruidos metálicos de los depósitos de los constructores navales y las empresas madereras esforzándose en su labor cotidiana. *Casi en* silencio, pero de todas maneras lejos de ser pacífico. No había un solo lugar en Shanghái que pudiera calificarse de *pacífico*.

—Mejor apresúrate —murmuró para sí, dando un vistazo al reloj de bolsillo en su manga. El sol pronto se ocultaría y en las noches la temperatura bajaba junto al río Huangpu.

Kathleen caminó con mayor velocidad el resto del sendero hasta la fábrica de textiles, ingresando no por la entrada principal, sino por una ventana trasera, directamente a la sala de descanso de los trabajadores. A estos trabajadores no se les brindaban muchos descansos, pero a medida que se acercaba el final de sus turnos, un mayor número de ellos llegaba hasta este sitio para reposar un rato y cuando Kathleen trepó delicadamente por la ventana, balanceando las piernas para introducirse, se encontró una mujer sentada allí, comiendo arroz de un recipiente.

La mujer estuvo a punto de expulsar por la nariz el arroz que estaba masticando.

—Lo siento, lo siento, ¡no era mi intención asustarla! —dijo Kathleen en el acto—. ¿Podrías buscar a Da Nao? Es un asunto importante de los Escarlatas. A tu jefe no le importará.

—¿Asunto de los Escarlatas? —repitió la mujer, dejando su recipiente en el suelo. Llevaba puesto un brazalete rojo, lo cual denotaba que estaba asociada con los Escarlatas, pero de cualquier forma su voz sonó escéptica. Cuando se puso en pie, se detuvo un instante y se tomó un momento para observar a Kathleen.

Instintivamente, Kathleen extendió la mano para tocar su propio cabello, para asegurarse de que los mechones de su flequillo estuvieran justo encima de las cejas arqueadas que había delineado con gran esmero. Siempre tenía cuidado de no tocarse demasiado la cara durante el día; dedicaba demasiado tiempo todas las mañanas aplicándose cosméticos de modo que su rostro luciera suave, como

para arruinar todo el esfuerzo en el transcurso de la jornada.

Una larga pausa. Finalmente la mujer asintió:

—Un segundo.

En cuanto se quedó sola, Kathleen exhaló con alivio. No había cobrado conciencia de lo tensa que se sentía, de cómo casi había esperado que la mujer la interpelara, que le preguntara qué derecho tenía ella de estar allí, metiendo las narices en los asuntos de los Escarlatas. Pero al final del día, Kathleen era quien vestía el qipao de seda mientras que esta mujer portaba un uniforme de algodón que probablemente no había sido reemplazado en años. No se habría atrevido.

El único que se atrevía a cuestionar su derecho a existir era su propio padre.

—No pienses en ello —farfulló Kathleen para sí—. Deja de pensar en ello.

Pero ya había vuelto a pensar en eso. En la primera discusión que tuvieron cuando su padre llegó a París, convocado porque uno de sus tres retoños había caído enfermo.

Es la influenza, habían dicho los médicos. *Es posible que la niña no se recupere*.

El mal genio de su padre ya estaba a punto de explotar, su francés era demasiado elemental para entender a los médicos. Y cuando Kathleen intentó ayudar, lo condujo hacia el pasillo después de que los médicos se fueran para asegurarse de que su padre entendiera las opciones que existían…

—En este momento ni siquiera puedo escucharte —la había interrumpido con displicencia. La miró de arriba abajo, examinando su vestido, una inspección tras la cual su desagrado era más que evidente—. No hasta que dejes de usar semejante…

—No sigas —lo había interrumpido Kathleen.

Su padre dio un paso atrás. Quizás había sido la interrupción lo que le resultó más ofensivo. Quizás había sido el tono en la voz de su hija, segura y sin vacilar al momento de dar la orden.

—¿Qué te han estado enseñando los tutores? —preguntó con cólera —. *No* me respondas así o…

—¿O qué, Bàba? —dijo ella fríamente—. ¿Qué vas a hacer?

Durante miles de años, el peor crimen en China era la falta de piedad filial. Tener hijos sin xiàoshùn era un destino peor que la muerte. Significaba ser olvidado en la otra vida, un fantasma errante condenado a morir de hambre cuando no llegaran ofrendas de los descendientes irreverentes.

Pero era su padre el que las había enviado aquí, el que había adelgazado la cuerda que China ataba alrededor de sus muñecas. Él las había enviado a Occidente, donde les enseñaron diferentes ideas, les hablaron sobre otra vida después de la muerte y que ello nada tenía que ver con quemar dinero de papel. Occidente las había corrompido, ¿y de quién era la culpa?

Su padre no tenía nada más que decir.

—Vete —gruñó—. Vuelve a la habitación y reúnete con tus hermanas. Yo hablaré con los médicos.

Kathleen no protestó. En ese momento se había preguntado, mirando por encima del hombro mientras su padre permanecía inmóvil, si alguna vez él maldecía al universo por haberse llevado a su esposa durante un parto, si lamentaba haberla perdido a cambio de tres extrañas. A cambio de Kathleen, Rosalind y Celia.

Una chica que había sido enfermiza toda su vida.

Una chica que se preparaba para ser el deslumbrante lucero de Shanghái.

Y una chica que sólo quería que la dejaran sola para vivir tal como era.

Kathleen cerró el puño con fuerza y apretó los dientes, obligándose a traer de vuelta los recuerdos. Su padre la habría obligado a ocultarse si hubiera podido salirse con la suya. Hubiera preferido repudiarla antes que dejar que volviera a Shanghái vistiendo un qipao. Y por su parte Kathleen habría preferido hacer las maletas y recorrer Europa por su cuenta que seguir siendo la hija pródiga de su padre.

Supuso que era una suerte que Kathleen Lang, la verdadera Kathleen, muriera de influenza dos semanas después de caer enferma, el final de sus catorce años de vida, durante los cuales no había tenido verdaderos amigos, e incluso toda su vida había sido distante de sus dos hermanas. ¿Cómo se suponía que ibas a llorar a alguien a quien nunca conociste? No eran más que expresiones vacías bajo velos negros y miradas frías al jarrón crematorio. Incluso la sangre más espesa de las entrañas puede agotarse si se le da un espacio vacío para sangrar.

—No te llamaré Celia —dijo su padre en el puerto, mientras alzaba sus maletas—. Ése no es el nombre que te di al nacer —le dirigió una mirada de soslayo antes de continuar—. Pero te llamaré Kathleen. Y con excepción de Rosalind, no puedes decírselo a nadie más. Es por tu seguridad. Debes entender eso.

Ella lo entendía. Había luchado tanto toda su vida para ser llamada Celia, y ahora su padre quería darle un nombre diferente y… ella

podía aceptarlo. Las trillizas Lang habían estado fuera de Shanghái durante tanto tiempo que cuando finalmente regresaron nadie había cuestionado el cambio de rostro de Kathleen. Excepto Juliette: ella lo comprendió de inmediato, pero su prima se acomodó al nuevo nombre con rapidez, haciendo el cambio de Celia a Kathleen tan velozmente como antes se había acostumbrado al de Celia.

Ahora Kathleen respondía a este nombre como si fuera el suyo, como si fuera el único nombre que hubiera conocido, y esto era un consuelo, por extraño que pareciera.

—Hola.

Kathleen dio un brinco ante la repentina aparición de Da Nao en la sala de descanso, llevándose la mano al corazón a toda prisa.

—¿Estás bien? —preguntó Da Nao.

—Perfectamente —suspiró Kathleen. Enderezó los hombros, recuperando su postura de mujer de negocios—. Necesito un favor. Busco la dirección personal de Zhang Gutai.

Aunque su prima no lo sabía, de hecho Juliette estaba familiarizada con Da Nao, cuyo nombre se traducía literalmente como "Gran Cerebro". El hombre pasaba algunas horas al día trabajando en esta fábrica de textiles y otras como pescador en el Distrito Histórico, proporcionando pescado fresco para la Pandilla Escarlata. Había sido visitante frecuente durante la infancia de ella y había pasado por la residencia Escarlata al menos tres veces desde el regreso de Juliette. A la Pandilla Escarlata le gustaba que su pescado estuviera fresco. Pero no necesitaban saber que su principal proveedor era también sus ojos y oídos dentro del Partido.

—Zhang Gutai —repitió Da Nao—. Quieres… la dirección personal del secretario general.

—Así es.

Da Nao estaba haciendo una mueca que significaba *¿Para qué diablos necesitas eso?* pero no lo preguntó y Kathleen no lo mencionó, de modo que el pescador se palpó la barbilla sumido en sus pensamientos:

—Puedo conseguírsela. Pero nuestra próxima reunión no será hasta el sábado. Es posible que tenga que esperar hasta entonces.

Kathleen asintió.

—Me parece bien. Lo agradezco.

Da Nao salió de la sala de descanso de manera discreta. Con la misión cumplida, Kathleen empezó a trepar por la ventana de nuevo, sólo que esta vez, mientras se deslizaba sobre la cornisa, su mano se topó con un volante que yacía allí, boca abajo, mugriento y lleno de

grasa.

Le dio la vuelta.

EL IMPERIO DE LOS GÁNSTERES TERMINÓ. LLEGÓ EL MOMENTO DE SINDICALIZARSE.

Sus cejas parecieron dispararse hacia lo alto. Se preguntó si esto era obra de Da Nao, pero no podía imaginarlo. No obstante, en la parte inferior del volante, escrito a máquina en una línea ahora borrosa, se leía *Distribuido en nombre del Partido Comunista de China*.

Se diría que Da Nao no era el único empleado aquí con vínculos comunistas.

Un repentino chapoteo junto al muelle sacó a Kathleen de su ensimismamiento, instándola a saltar desde la cornisa y aterrizar en la acera que rodeaba la fábrica de textiles. Cuando miró hacia el agua, creyó percibir un destello de algo muy brillante que se deslizaba a través de las olas.

—Qué extraño —murmuró.

Se apresuró a casa.

Doce

Dicen que Shanghái destaca tanto como la hija fea de un emperador, con sus calles extendiéndose en todas direcciones, de tal manera que sólo las piernas largas de una princesa desgarbada podrían recorrerla sin dificultad. Shanghái no nació así. Solía ser hermosa. Solían dedicarle canciones, tarareando en voz baja, alabando su silueta, para luego asentir y concluir que era un lugar de lo más apropiado para criar descendencia. Tiempo después, esta ciudad se mutiló a sí misma con una amplia sonrisa. Arrastró un cuchillo por su mejilla y llevó el acero afilado hasta el pecho y ahora se preocupa, no por encontrar pretendientes, sino por simplemente vivir en el desenfreno, ebria de la invulnerabilidad que otorga el poder heredado, apta sólo para el lucro y el festejo, para el baile y la prostitución.

Tal vez ahora sea fea, pero es también gloriosa.

La noche siempre cae sobre esta ciudad como un discreto *pisotón*. Cuando las luces parpadean con el zumbido de la nueva y codiciada electricidad que corre a través de los cables que surcan las calles como venas negras, es fácil olvidar que el estado natural de la noche es el de la oscuridad. En lugar de ello, la noche en Shanghái es vibrante y llena de neón y lámparas de gas parpadeando contra las banderas triangulares que ondean en la brisa.

En medio de este clamor, una bailarina emerge del club *burlesque* más concurrido de este extremo de la ciudad, sacudiendo su cabello para liberarlo de sus listones. Sólo conserva uno: una espiral roja, para marcar su lealtad a la Pandilla, que le permite no ser molestada mientras se abre paso a través del territorio Escarlata cuando regresa a

casa y que deja en claro a los gánsteres que acechan en los callejones de El Bund, limpiándose los dientes con sus afiladas navajas, que no deben molestarla, que pertenece a su mismo bando.

La bailarina camina tiritando, arroja su alargado cigarrillo al suelo y lo apaga con el zapato. Ahora que tiene las manos libres, las envuelve alrededor de sus brazos erizados como piel de gallina. Se siente intranquila. Nadie la sigue a sus espaldas; tampoco hay nadie enfrente. Sin embargo, de alguna manera tiene la certeza de que alguien la observa.

No es un concepto del todo absurdo. Esta ciudad no se conoce a sí misma; no sentirá los parásitos que crecen sobre su piel hasta que sea demasiado tarde. Esta ciudad es una miscelánea de partes que chocan entre sí y que funcionan como una zancada colectiva, pero si le colocas un arma contra la sien, sólo se reirá en tu cara, sin comprender la violencia implícita en tal gesto.

Siempre se ha dicho que Shanghái es una hija fea, pero a medida que pasan los años, ya no es suficiente caracterizar a esta ciudad como una sola entidad. Este lugar avanza retumbante a lomos del idealismo occidental y el trabajo oriental, detestando su división e incapaz de funcionar sin ella, con múltiples facciones lidiando una batalla constante. Mitad Escarlata, mitad Flor Blanca; mitad asquerosamente rica, mitad escandalosamente pobre; mitad tierra firme, mitad agua que fluye desde el Mar de China Oriental. Al este de Shanghái sólo hay agua. Quizá por eso han venido aquí los rusos, esa multitud de exiliados que huyeron de la Revolución bolchevique o incluso desde antes, cuando su hogar ya no podía ser un hogar. Si decides correr, es mejor que sigas corriendo hasta que llegues al extremo del mundo.

Así es esta ciudad: una fiesta en el fin del mundo.

La bailarina estrella se ha detenido ahora, dejando que el silencio vibre en sus oídos mientras se esfuerza por identificar qué es lo que le altera los nervios. Cuanto más escucha, más se amplía su rango de audición, captando el goteo constante de una tubería cercana y el parloteo de los trabajadores nocturnos.

El asunto es éste: no es que *alguien* esté mirándola. Es *algo*.

Y aflora a la superficie. Algo con una hilera de cuernos que crece desde su lomo curvado, brillando en el agua como diez dagas siniestras. Algo que levanta la cabeza y parpadea con opacos ojos plateados en dirección a ella.

La bailarina huye. Entra en pánico, moviéndose con tanta prisa para alejarse de esta horrible visión que tropieza justamente enfrente de un barco que ondea los colores equivocados.

Y el Flor Blanca que trabaja para descargar el barco alcanza a verla.

—¡Oiga! —grita—. ¿Está perdida?

El hombre ha confundido la inmovilidad de la bailarina con un estado de confusión. Se lanza desde la proa del barco y comienza a caminar hacia ella, pero se detiene abruptamente al ver su cinta roja.

El semblante del Flor Blanca pasa en un segundo de una expresión amistosa a una de cólera. La bailarina tuerce su boca en una mueca tensa y en actitud de derrota y levanta las manos, tratando de desescalar la situación:

—Lo siento. Lo siento —grita—. ¡No puse atención a las líneas territoriales! —pero él ya está sacando su pistola, apuntando con uno de los ojos cerrados.

—Malditos Escarlatas —murmura—. Creen que pueden andar tan campantes donde se les antoja, ¿o no es así?

La bailarina, con poca convicción, busca su propia arma: una pequeña pistola ceñida al muslo.

—Espere —grita vigorosamente—. No soy su enemiga… hay algo ahí atrás. Se está acercando…

Suena un chapoteo. Una gota de agua aterriza en la carne blanda sobre la parte posterior de su rodilla, dejando un rastro en su pierna. Cuando la bailarina mira hacia abajo, ve que la línea de agua es completamente negra.

La joven corre a su costado derecho, sumergiéndose en un callejón y se apoya contra una curva de la pared. Los disparos suenan en la noche cuando el Flor Blanca interpreta los pasos precipitados de ella como un acto de guerra, pero para ese instante ya la bailarina está fuera de su vista, a salvo del paseo fluvial, con todo el cuerpo temblando.

En ese momento *algo* surge del río Huangpu.

Y resuenan gritos en la noche.

Es difícil decir con exactitud qué ocurre en los puertos de Shanghái. Mientras la boca de la bailarina gesticula con oraciones silenciosas, las manos aferradas a su pecho, las rodillas dobladas hasta que la presión genera surcos en su frente, el integrante de los Flores Blancas y todos los demás hombres que todavía permanecen en el barco en ese momento se encuentran al alcance del caos. Se rascan y gritan y resisten, pero la infestación cae sobre ellos y no hay forma de detenerla.

Cuando los gritos cesan, la bailarina sale sigilosamente del callejón, vacilante por si acaso se encontrara una calamidad.

En lugar de ello, lo que encuentra son insectos.

Miles de ellos: cosas diminutas y repugnantes que se arrastran por el suelo. Chocan entre sí y se mueven de un lado a otro de manera aleatoria, pero en masa, moviéndose todos en una misma dirección: hacia el agua.

Por primera vez, esta ciudad finalmente temerá al cañón del arma presionado contra su sien como una caricia envenenada.

Porque junto al río Huangpu se está desatando la segunda oleada de la locura, comenzando con los siete cadáveres que yacen inmóviles en la cubierta superior de un barco ruso.

Trece

Juliette alisó la tela de su qipao, presionando los pliegues que se acumulaban debajo de su abrigo. Se tragó su incomodidad de un solo sorbo, como si no fuera más que una amarga píldora medicinal. De cierto modo sentía que estaba haciendo algo fraudulento: vestir con un estilo de ropa que no había usado en años. Se sentía como si se mintiera a ella misma, a la imagen que había estado construyendo antes de poner de nuevo un pie en esta ciudad.

Pero si quería pasar inadvertida en el lugar de trabajo diurno de Zhang Gutai, tenía que verse como cualquier chica normal de dieciocho años y de clase alta que va de paseo por estas calles con accesorios de perlas que cuelgan en medio de un cabello suelto y sin gel.

Juliette respiró hondo, se alisó las mangas del abrigo, y entró en el edificio.

Zhang Gutai, como figura importante en un partido político relativamente nuevo y frágil, era un hombre reservado. Pero también era el editor en jefe de un periódico llamado *Labor Daily*, y su dirección era de conocimiento público. Aunque Juliette no esperaba encontrar mucho más que una oficina modesta en un complejo de oficinas una vez que se adentrara en las zonas industriales de la parte china de la ciudad, se topó con el bullicio y la agitación de las actividades propias del *Labor Daily*: gente corriendo de un lado a otro con rollos de papel y máquinas de escribir en sus brazos mientras gritaban pidiendo la última actualización de las páginas del periódico que acababan de entrar a impresión.

Arrugando la nariz, Juliette pasó junto a la recepción con la barbilla en alto. Estas personas eran comunistas, ¿no era así? Después de todo creían en la igualdad. Estaba segura de que también creerían en permitir que Juliette echara un vistazo hasta que se topara con la oficina de Zhang Gutai. No necesitaba que nadie le mostrara el lugar.

Juliette sonrió para sí.

El grueso de la actividad parecía concentrarse alrededor de un pequeño tramo de escaleras que descendían al sótano, un sitio por donde entraban y salían personas constantemente, de modo que Juliette bajó las escaleras y de una mesa tomó un portapapeles en un intento por dar la impresión que estaba ocupada en sus labores. No había luz natural en aquel sótano. Pasó junto a lo que podría ser una puerta trasera, luego giró a la izquierda, entró en el espacio principal y miró con atención la escena que tenía frente a ella. El piso y las paredes estaban construidos con cemento. La única iluminación provenía de unas pocas lámparas adosadas a las paredes, algo que parecía terriblemente inconveniente para todas estas personas aquí abajo, que sentadas enfrente de sus escritorios tenían que hacer un esfuerzo para ver correctamente en medio de la penumbra.

Esto le hizo recordar el aspecto que seguramente debían tener los bloques de celdas durante la Gran Guerra. Juliette supuso que no le sorprendería en absoluto descubrir que este edificio había sido transformado a partir de su uso original para albergar prisioneros.

Continuó avanzando a grandes zancadas, adentrándose aún más en el espacio de oficinas con aspecto de prisión, atisbando en cada rincón. Sus tacones resonaban con fuerza mientras caminaba, pero aquí abajo había bastante caos como para que, por el momento, nadie prestara mucha importancia a su presencia. Agobiados periodistas —tanto mayores como jóvenes— estaban ocupados garabateando notas, trabajando a gran velocidad en sus máquinas de escribir o atendiendo llamadas telefónicas. Los cables que traían las señales a este nivel subterráneo se entremezclaban en una enorme masa en la parte posterior del amplio espacio. Mientras Juliette examinaba los escritorios junto a los que pasaba en búsqueda de algo que valiera la pena, su atención se centró en un escritorio que parecía desocupado.

Una observación de este tipo era lo suficientemente peculiar en esta pequeña burbuja de actividad. Su intriga aumentó aún más cuando estiró el cuello para leer lo que estaba escrito sobre las carpetas al lado del teléfono y vio, en caracteres chinos: MEMORANDO PARA ZHANG GUTAI.

Se metió a toda velocidad debajo del escritorio, con el portapapeles

debajo del brazo para poder buscar en los archivos. No había nada digno de mención en los informes políticos, pero cuando se agachó y miró hacia la base del escritorio, encontró unos *dibujos*.

Si todos los demás están tan ocupados, ¿por qué este escritorio está vacío? pensó Juliette. ¿Y de quién era? Seguramente no de Zhang Gutai, quien sin duda alguna tenía su propio espacio. Sacudiendo la cabeza, metió la mano en la pila de dibujos y extrajo algunos, llegando a la conclusión de que a caballo regalado no se le mira el colmillo.

Pero cuando observó el primer dibujo, empezó a sudar frío: un sudor desde el cuello de cierre alto de la blusa hasta los bordes del qipao que le rozaba los tobillos.

Uno de los dibujos era el de unos ojos anchos, similares a los de un reptil. Otro era el de cinco garras aferrándose a una tabla de madera y escamas que de alguna manera relucían a pesar de las manchas de tinta dispersas en la página. Los dedos de Juliette se quedaron congelados, atónitos al ver las imágenes, docenas de ellas, todas representando variaciones de la misma cosa.

—Guài wù —se dijo Juliette. *Monstruo*.

Antes de que pudiera dar demasiadas vueltas al asunto, tomó uno de los dibujos de la pila —el que mostraba una imagen borrosa de una criatura totalmente erguida—, y lo dobló, metiendo el pequeño cuadrado de papel en el bolsillo de su abrigo. Allí se mezcló con la invitación a la mascarada que ayer había guardado y se había olvidado de sacar. Dando un rápido vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie la observaba, Juliette se puso en pie y se secó el sudor de las palmas. Con los puños apretados, avanzó por los pequeños escalones que salían del nivel del sótano.

Juliette hizo una pausa repentina, su pie sobre el primer escalón. A su izquierda estaba nuevamente la puerta trasera.

Y la puerta estaba *vibrando*.

De repente, lo único en lo que podía pensar era en el dibujo que llevaba en el bolsillo. Imaginó un monstruo justo al otro lado de la puerta, respirando pesadamente, aguardando el mejor momento para irrumpir y causar estragos entre un grupo de personas inocentes.

Juliette avanzó con vacilación hacia la puerta. Su mano descendió hasta posarse sobre la redonda perilla.

—¿Hola? —llamó, su voz ronca—. Hay alguien…

—¿Qué está haciendo aquí?

Juliette dio un salto y apartó la mano de la perilla de la puerta. El marco había dejado de vibrar. Se dio la vuelta.

—¿Quién? ¿Yo?

El hombre que estaba frente a ella llevaba una gorra de fieltro, su traje parecía más occidental que los que llevaban todos los demás aquí abajo. Tenía que ser alguien importante, en la línea de mando de Zhang Gutai, no un simple asistente que contestaba el teléfono.

—Estoy aquí para ver a su editor en jefe para un asunto importante —continuó Juliette—. Me perdí un poco.

—La salida es por ahí —dijo el hombre, señalando.

La sonrisa de Juliette se congeló.

—Asuntos oficiales Escarlatas —corrigió—. Mi padre, Lord Cai, me envía.

Hubo un momento de pausa mientras el hombre asimilaba las palabras de la joven, y en lugar de la desconfianza se instalaba la cautela. Juliette había perfeccionado el arte de las astucias deshonestas; ocultaba su identidad cuando era necesario, luego la blandía como un arma cuando el momento lo requería. Sólo que el hombre de pronto parecía que se estaba divirtiendo un poco, para disgusto de Juliette. Sin embargo, asintió y le dedicó un gesto para que lo siguiera.

Había otro piso encima del primero, y el hombre subió a toda prisa, sin ninguna paciencia para esperar a Juliette. Trepó la humilde y parda escalera de tres en tres escalones mientras Juliette ascendía lentamente, con sus tacones repicando, mientras observaba todo a su alrededor. Esta escalera, con sus pasamanos gruesos y sus cristales grandes y pulidos, tenía el potencial para ser amplia y llamativa, si tan sólo los comunistas no tuvieran esa fijación de aparentar que tenían mucho en común con la gente del pueblo. Todo dentro de este edificio podría haber sido glorioso. Pero la gloria ya no era el objetivo, ¿correcto?

Exhalando con fuerza, Juliette se inclinó sobre el pasamanos del segundo piso, mirando el frenesí de papeles y máquinas de escribir que tenía lugar abajo. Cuando el hombre, muchos escalones adelante, le hizo un gesto de impaciencia, la joven respondió con una mueca de molestia y siguió subiendo.

El hombre dobló una esquina y le indicó una espaciosa sala de espera. Ahí había hileras de sillas, ambas apoyadas contra paredes opuestas, enfrente unas de las otras, y al fondo, la puerta de una oficina cerrada. Juliette finalmente comprendió el motivo por el cual el hombre tenía una expresión divertida. Ya había alguien sentado en una de aquellas sillas amarillas, con las piernas estiradas al frente.

Roma se incorporó bruscamente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —se preguntaron uno al otro al unísono.

El hombre de la gorra de fieltro se retiró silenciosamente. Tan pronto como se perdió de vista, Roma dio un brinco desde su asiento y sujetó el brazo de Juliette. Ella se sintió tan ofendida de que él se hubiera atrevido a tocarla, que no pudo reaccionar durante un largo instante, hasta que Roma la había guiado a una esquina de la sala de espera, la fría pared contra la espalda de Juliette.

—Suéltame —dijo entre dientes Juliette, sacudiendo el brazo para liberarse del agarre de Roma. Él debía haber obtenido la misma información que ella tenía. Quería saber si Zhang Gutai estaba involucrado en la locura.

Juliette reprimió una maldición. Si los Flores Blancas obtenían respuestas antes que ella, se aprovecharían de sus averiguaciones de la misma manera que se aprovechaban del mercado negro. Harían todo lo posible para asegurarse el monopolio de la información, sobornarían y darían muerte a las fuentes de información hasta que no hubiera forma de que los Escarlatas igualaran lo que ellos sabían. De este modo, únicamente los Flores Blancas estarían a salvo, suponiendo que había una manera de detener esta locura. De este modo, en la ciudad se amontonarían sólo los cuerpos de sus enemigos. Entonces las personas comenzarían a cambiar de bando y de lealtades.

Entonces los Flores Blancas saldrían victoriosos. Y los Escarlatas sufrirían.

—Mira —dijo bruscamente Roma—. Tienes que irte.

Juliette parpadeó intermitentemente y echó la cabeza atrás.

—¿Yo tengo que irme?

—Sí.

Roma extendió la mano con una expresión de burla en el rostro y dio un golpecito a uno de los aretes que colgaban de la oreja de Juliette. La perla se balanceó sobre la piel de la joven, rozando su mandíbula. Ella a duras penas logró sofocar la bocanada de aire que amenazaba con escapar, a duras penas logró sofocar la llamarada que quería expulsar de su garganta.

—Vete a otro lugar a jugar a los disfraces —continuó Roma—. Yo llegué primero.

—Éste es territorio *Escarlata*.

—Estas personas son comunistas. Ustedes no tienen influencia sobre ellos.

Juliette apretó con fuerza los dientes. En efecto, la Pandilla Escarlata no tenía control aquí. Su único consuelo era que el mismo

Roma no parecía muy contento, lo que significaba que los Flores Blancas tampoco tenían influencia sobre los comunistas. Por el momento, esta neutralidad era algo bueno. El hombre del sombrero de fieltro había cerrado la boca de inmediato al enterarse de la identidad de Juliette, precisamente para evitar cualquier agravio innecesario contra la Pandilla Escarlata. Pero esto de andar de puntitas sobre una capa de hielo fino no iba a durar para siempre. El modelo mismo de progreso que tenían los comunistas era el de derrocar el *statu quo* de Shanghái en aquel momento… así como el modelo de los gánsteres era prosperar, por medios pecaminosos, lucrativos. Planteada la posibilidad de elegir entre matar a todos los capitalistas y eliminar a todos los gánsteres, los comunistas elegirían ambos caminos.

—Nuestra relación con los comunistas, igual que siempre ha ocurrido, no es asunto de ustedes —dijo Juliette—. Ahora, si eres tan amable, lárgate de aquí.

Roma entornó los ojos. Tomó su orden como una amenaza. Quizás ella tenía la intención de que tal fuera el caso.

—No pienso ir a ninguna parte.

Dios, que descaro tenía.

Juliette se enderezó por completo. La diferencia de altura entre ella y Roma no era tanta; él apenas la superaba por un centímetro cuando ella usaba tacones.

—No lo diré de nuevo —profirió—. Lárgate de aquí. *Ahora*.

Los labios del joven se tensaron. Lentamente, con el resentimiento a flor de piel, Roma asimiló la amenaza. Dio un paso largo hacia atrás, mirándola con fijeza mientras se frotaba los ojos con una mano. Si Juliette no lo conociera, habría pensado que su gesto era un acto de inseguridad. Pero no, era agotamiento físico; las sombras debajo de sus ojos eran casi cenicientas, como si sus pestañas inferiores estuvieran rodeadas de hollín.

—¿No has estado durmiendo bien? —se descubrió Juliette preguntándole de pronto. Había una correlación directa entre su voluntad de ser cortés y la distancia física entre ambos. Teniéndolo a varios pasos de distancia, el impulso por cometer homicidio disminuía un poco.

La mano de Roma volvió a su costado. —Para tu información —respondió—, estoy *bien*, muchas gracias.

—No estaba preguntando por tu bienestar.

—Ay, Juliette. Un poco de serenidad.

Juliette se cruzó de brazos, pensativa. La noche anterior había escuchado la noticia sobre el repentino aumento en el número de

muertes entre los Flores Blancas, todos víctimas de la locura. Hasta la fecha representaba el mayor número de bajas masivas. Lo cual significaba que Roma no iba a marcharse simplemente porque ella le había dedicado un par de comentarios mordaces; precisamente él ahora se encontraba aquí porque esta extraña locura se había arrastrado tan cerca de su hogar.

Juliette apuntó con la barbilla hacia la puerta cerrada.

—¿Ésa es su oficina?

Roma no necesitó que ella aclarara a quién se refería. Asintió.

—Zhang Gutai no recibirá visitantes hasta dentro de una hora. No intentes armar un alboroto.

¿Intentar qué cosa?, pensó Juliette con encono. No era como si ella pudiera hacer salir de allí a Roma sin montar una escena y ofender a los comunistas, y desde luego ella rehusaba marcharse antes de hablar con Zhang Gutai. Si quería encontrar respuestas, iba a ser ahora o nunca.

La joven se acercó a una silla y se sentó. Echó la cabeza hacia atrás y miró al techo, decidida a no mirar a ningún otro lado. Dirigiendo también sus pensamientos a otro lugar, buscó en el bolsillo de su abrigo y palpó el dibujo que había escondido. No estaba claro si estos aterradores bocetos confirmaban que específicamente se avecinaban problemas con los comunistas, pero sí confirmaban *algo*. Tendría que inspeccionarlo con más atención, porque pensó que le había parecido reconocer que el fondo del dibujo representaba El Bund. No eran más que un par de trazos rústicos, pero para un lugar tan distintivo como aquel renombrado Distrito Histórico, unos cuantos trazos rústicos eran suficientes.

Mientras tanto, Roma se había vuelto a acomodar en su sitio junto a la otra hilera de sillas, sus dedos tamborileando al ritmo del tictac del reloj en la pared. Para gran molestia de Juliette, él no le quitaba la mirada de encima. Podía sentir su inspección como si fuera algo físico, como si estuviera a centímetros de distancia en lugar de estar al otro extremo de aquella sala. Con cada barrido de sus ojos, a ella le parecía como si él la estuviera diseccionando mecánicamente, pieza por pieza, hasta que sus entrañas quedaran desnudas. Ella podía sentir un rubor que le ascendía desde el pecho, coloreando su cuello incómodamente, extendiéndose luego hasta que también sus mejillas ardían de calor.

Iba a despellejarse ella misma con su propio maldito cuchillo. Sus células la estaban traicionando a nivel molecular. Por amor de Dios, él únicamente la estaba *mirando*. No podía calificarse como un ataque. Juliette no iba a morder el anzuelo. Se sentaría aquí hasta que Zhang

Gutai estuviera listo para el encuentro, y después…

—*¿Qué?* —gritó Juliette, incapaz de soportarlo más tiempo. Bajó la mirada, finalmente cargando su propia munición contra la mirada armada de Roma.

Él emitió un ruido inquisitivo. Frunció los labios lentamente y luego inclinó la barbilla.

—¿Qué te tiene tan alterada?

Juliette siguió la dirección de su gesto. De un tirón extrajo la mano del bolsillo.

—Te lo digo de nuevo, nada que sea de tu incumbencia.

—Si tiene que ver con la locu…

—¿Por qué asumirías eso?

La expresión en el rostro de Roma ya era de cólera.

—¿Me permites *terminar* la frase?

La puerta de la oficina se abrió, interrumpiéndolo. Una agobiada asistente salió y le indicó a Roma que entrara antes de ella alejarse a toda prisa. Roma, antes de entrar a la oficina, y al tiempo que soltaba un bufido, le lanzó a Juliette una mirada que quería decir *esto no ha terminado*.

Juliette parecía estar echando chispas mientras esperaba; la punta de los dedos de sus pies golpeaban erráticamente contra los paneles del duro piso y los dedos de las manos se retorcían uno alrededor del otro. Durante diez minutos le dio vueltas al asunto con creciente impaciencia, imaginando cómo Roma hacía todo lo posible para convencer a Zhang Gutai de que le diera a él todas las respuestas y a Juliette ninguna. Él era un mentiroso de pies a cabeza: sus tácticas de persuasión no conocían límites.

Cuando Roma salió, sin embargo, resultó evidente de inmediato, por su cabeza gacha, que no había obtenido lo que buscaba.

—Quita esa cara de petulancia —le musitó a Juliette mientras pasaba a su lado.

—Es mi cara de siempre —dijo ella entre dientes.

Con el mentón en alto, Juliette entró en la oficina de Zhang Gutai.

—Bueno, hoy debe ser mi día de suerte —declaró el señor Zhang en cuanto ella entró, dejando a un lado su pluma estilográfica. A pesar de su tono laudatorio, fruncía el ceño mientras hablaba—. Primero viene el heredero de los Flores Blancas, ahora llega la princesa heredera de los Escarlatas. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita Cai?

Juliette se dejó caer en una de las dos grandes sillas colocadas frente al pesado escritorio de caoba del señor Zhang. En cuestión de segundos observó todo lo que tenía delante: las enmarcadas

fotografías en blanco y negro, de sus ancianos padres, la bandera con la hoz y el martillo que colgaba del costado del archivador, el calendario rojo festivo en la pared, marcado con las reuniones diarias. Cuando su mirada regresó al comunista que tenía ante ella, Juliette se relajó y le hizo ver lo que ella quería que él viera, dejando escapar una leve y descuidada risa, lo más vacua posible.

—Usted sabe bien cómo operan los rumores en esta ciudad, señor Zhang —dijo. Extendió las uñas frente a ella, mirando de soslayo una pequeña astilla que afeaba su meñique—. Llegan a mí, y yo los estudio. ¿Sabe qué rumor curioso sorprendió mis oídos el otro día?

Zhang Gutai parecía ligeramente entretenido.

—Dígame.

—Dicen —Juliette se inclinó— que *usted* sabe la razón por la cual hay una locura que está azotando toda Shanghái.

Durante un prolongado instante, el señor Zhang guardó silencio. Luego parpadeó rápidamente y respondió:

—Señorita Cai, no tengo ni idea de por qué pensaría usted eso.

—¿No? —preguntó Juliette de forma casual—. ¿Usted no tramó una locura para que se extendiera por la ciudad? ¿No existen planes que pretendan provocar suficientes muertes hasta que los gánsteres se debiliten y los trabajadores se atemoricen, hasta que en las fábricas maduren las condiciones ideales para que los comunistas pasen a la acción e inciten a la revolución?

Juliette asimiló la reacción de sorpresa de parte del hombre, su asombro al ser confrontado. Con seguridad Roma no le habría preguntado de buenas a primeras sobre la locura: debió haber abordado el tema de una manera más indirecta, tanteando las aguas para sacar sus conclusiones en lugar de empezar la entrevista diciéndolo sin ambages. Eso era de esperarse. Juliette era más dada a abordar los asuntos de frente.

—Señorita Cai —dijo con severidad Zhang Gutai—. Eso es *absurdo*.

Juliette no estaba progresando mucho al actuar de esa manera. Se enderezó en su silla y dejó de sonreír, mientras sus manos asían los reposabrazos. Ahora dejaba de ser la joven relajada, la chica *flapper*. En su lugar estaba sentada la heredera de la pandilla más brutal de Shanghái.

—Encontraré la verdad de una u otra forma —dijo ahora—. Así que hable ahora si desea que más adelante se le ofrezca clemencia. De lo contrario, le arrancaré la respuesta miembro por miembro…

—Señorita Cai, realmente no tengo ni idea de lo que está hablando —interrumpió el señor Zhang—. Por favor, márchese ahora. Éste es un

lugar de trabajo y no voy a permitir que sus ridículas acusaciones ocupen mi tiempo.

Juliette consideró sus opciones. Las palabras de Zhang Gutai eran convincentes, pero lucía inquieto. A menos que fuera un muy buen actor, no era un mentiroso, pero seguía mirando hacia la puerta, seguía dando golpecitos con la mano contra la superficie plana de su escritorio. ¿*Por qué*? ¿Qué sabía él que ella no supiera? Incluso si este hombre no hubiera maquinado la locura, ¿cuál sería su grado de participación?

Juliette se reclinó en su asiento y volvió a relajar la espalda con una falsa tranquilidad.

—¿Y si tengo preguntas sobre el Partido Comunista? —preguntó—. Usted es el secretario general, ¿no es así?

—La invitamos a asistir a nuestras reuniones si desea saber sobre el Partido —respondió el señor Zhang con rigidez—. De lo contrario, Señorita Cai, le pido que por favor se retire.

Juliette se puso en pie, tomándose un buen tiempo para estirarse y aliviar la rigidez de su cuello. Luego, haciendo una reverencia profunda y exagerada, sonrió de forma afectada y dijo:

—Gracias por su amable tiempo —y salió de la oficina.

¿Y ahora qué?, pensó, cerrando la puerta detrás de ella con un suave clic. Empezó a caminar. *Si él no…*

—¡Auch!

Juliette se tambaleó, con la cabeza dándole vueltas cuando al doblar el pasillo se estrelló fuertemente contra alguien. En el momento en que miró hacia arriba para ver quién demonios se interponía en su camino, sólo pudo ver el color rojo.

Roma la tomó de la muñeca antes de que la mano de ella pudiera asirlo. La detuvo en medio del movimiento, y sus brazos quedaron entrecruzados, como si intercambiaran estocadas.

—Con cuidado —dijo Roma en voz baja. Su voz era demasiado suave para la violencia que bullía bajo la piel de Juliette. Era algo engañoso. El joven estaba tratando de desviar la atención de ella hacia sus labios y su respiración y su supuesta calma en lugar de lo que estaba ocurriendo ahí, con su fuerte agarre marcando surcos en la muñeca de ella, y estaba *funcionando*. Sólo por esa acción Juliette quería matarlo.

Roma sonrió de forma burlona, como si supiera lo que ella estaba pensando.

—No querrás hacer una escena en un bastión comunista, ¿verdad?

Juliette trató de liberar su brazo, pero Roma se mantuvo firme. Si

él no la soltaba en tres segundos, ella iba a desenfundar su arma.

Uno, dos…

Roma la soltó.

La joven se frotó la muñeca, acariciando con la palma su pulso rabioso y refunfuñando algo inaudible. Al constatar que el chico simplemente permanecía inmóvil, le preguntó:

—¿Por qué *sigues* aquí?

Con aparente inocencia, Roma señaló hacia donde estaban las sillas.

—Olvidé mi sombrero.

—Ni siquiera llevabas sombrero.

Pero, de hecho, en la silla donde originalmente se sentó, había un sombrero a un costado. Roma, encogiéndose de hombros, fue a recogerlo. Juliette giró sobre sus talones y salió tan rápidamente como pudo, alejándose apresuradamente del edificio.

No fue hasta que estuvo a mitad de la siguiente calle, abrochándose el abrigo, que se detuvo en seco, maldiciendo.

—Espero que no se haya llevado…

Metió la mano en su bolsillo y la volvió a sacar con apenas un trozo de papel. Pero cuando lo desdobló, vio que allí seguía el monstruo mirándola, los trazos borrosos de tanto doblar y desdoblar ese papel.

Juliette resopló. En lugar del dibujo, Roma había tomado la invitación a la mascarada.

—Qué tonto —musitó.

Cuando Juliette regresó a casa encontró a Kathleen recostada en uno de los sofás de la sala. Fue a sentarse junto a su prima, quejándose en voz muy baja.

—¿Qué sucede? —preguntó Kathleen de forma ausente, pasando las páginas de su revista.

—Muchas cosas —rezongó Juliette—. ¿Encontraste la dirección?

Kathleen hizo un movimiento de cabeza que se parecía vagamente a una afirmación.

—Más o menos. La tendré en un par de días.

—Muy bien —murmuró Juliette—. Ya tengo bastante de qué preocuparme hasta entonces con la mascarada.

Un dolor de cabeza comenzaba a instalarse en el espacio detrás de sus orejas. Estaba intentando planear su próximo movimiento, pero era difícil decidir dónde buscar. Tenía que haber una razón por la cual Madame había escuchado lo que escuchó. Tenía que haber una razón

por la cual los comunistas habían dicho lo que dijeron. Y si no era más que un rumor, entonces Juliette podría dejar a un lado sus sospechas una vez que agotara todos los frentes en relación a Zhang Gutai.

Juliette se reanimó un poco. Volvió a meter la mano en el bolsillo y palpó el dibujo. Aún tenía que *agotar* todas las opciones.

Se escuchó un silbido proveniente de la puerta principal, interrumpiendo sus silenciosas cavilaciones. Miró en esa dirección y se encontró a un mensajero Escarlata que merodeaba por el vestíbulo, y quien con una mano le hacía señas y con la otra se acomodaba el zapato.

—Pásame el paquete a tu lado.

Juliette miró a un costado. En efecto había un paquete sobre la mesa circular junto al sofá en el que había elegido colapsar, pero ¿qué se creía este mensajero pidiéndole *a ella* que le acercara algo que simplemente podría venir a recoger él mismo?

Entonces comprendió todo. *El qipao*. Los gánsteres Escarlatas se habían acostumbrado a asociarla únicamente con vestidos de pedrería brillantes y cera sobre su cabello rizado. Tan pronto como ella se ponía alguna vestimenta china, ellos dejaban de verla por completo.

Juliette respiró y descubrió que sus pulmones estaban terriblemente tensos. ¿Acaso nunca podría ser ambas cosas? ¿Estaba condenada a elegir un país u otro? ¿Ser una chica norteamericana o no ser nada?

El mensajero volvió a silbar.

—Oye…

Juliette extrajo el cuchillo ceñido a su muslo, justo encima de donde la hendidura de su qipao terminaba, y lo lanzó. El acero encajó a la perfección en la puerta principal con un golpe sordo y sonoro. Extrajo una sola gota de sangre de la oreja del mensajero, que apenas había rozado.

—Tú a mí no me silbas —dijo Juliette gélidamente—. Yo te silbo a ti. ¿Entendido?

El mensajero la miró: ahora realmente la miró. Extendió la mano y se tocó la oreja. Ya había dejado de sangrar. Pero sus ojos estaban muy abiertos mientras asentía.

Juliette tomó el paquete en sus manos y se levantó. Caminó en dirección al mensajero y se lo pasó despreocupadamente, como si le estuviera pasando la lonchera a una amiga.

—Ya que estás en ello —dijo—, necesito que hagas algo por mí. Ve a El Bund y habla con los banqueros que trabajan a lo largo de la calle principal. Pregúntales si han visto algo raro acechando por allí.

La boca del mensajero se abrió y se cerró.

—¿A todos ellos?

—A. Todos. Ellos.

—Pero…

—Juliette, espera —la llamó Kathleen, levantándose también del sofá—. Permíteme.

Juliette enarcó una ceja. Kathleen le hizo un gesto con la mano al mensajero que daba a entender *largo de aquí*, y éste aprovechó la oportunidad para huir, cerrando la puerta principal con el cuchillo todavía incrustado en ella.

—¿Quieres perder tu tiempo en *esto*? —preguntó Juliette.

—No es una pérdida de tiempo si es información útil lo que necesitas —dijo Kathleen estirando la mano hacia el perchero junto a la puerta—. ¿Por qué la estás buscando?

—Puedo enviar a cualquiera de los otros mensajeros —continuó Juliette, frunciendo el ceño. Dar órdenes a su propia prima no le sentaba bien. Una tarea específica con objetivo específico era una cosa, especialmente si Kathleen tenía contactos que beneficiaran a la misión. Enviarla a una especie de pesca milagrosa por si acaso resultaba algo era otro asunto completamente diferente.

—Juliette…

—Básicamente me proponía asustar al mensajero. Realmente es todo lo que…

Kathleen tomó la muñeca de su prima y la apretó, no tan fuerte como para lastimarla, pero sí lo suficiente para que Juliette supiera que aquello era serio.

—No estoy haciendo esto simplemente por bondad o porque me nazca del corazón —dijo con firmeza—. En unos pocos años, esta pandilla estará bajo tu mando o bajo el mando de otra persona. Y conociendo a los otros contendientes al mando…

Kathleen hizo una pausa. Ambas pensaron de inmediato en las mismas personas: Tyler, en primer lugar, luego tal vez en los otros primos que podrían tener una remota oportunidad de liderar la pandilla sólo si Tyler desaparecía misteriosamente. Todos eran terribles, despiadados y detestables, pero Juliette también lo era. La minúscula diferencia radicaba en que Juliette era, además, cuidadosa, y controlaba con intensidad qué tanto de su odio afloraba.

—En tus manos también podría recaer el mando de la Pandilla— dijo Juliette a la ligera—. No sabemos qué pueda pasar en unos años.

Kathleen puso los ojos en blanco.

—No soy una Cai, Juliette. Eso ni siquiera está en el universo de las

posibilidades.

Realmente había poco que discutir frente a ese argumento. Kathleen procedía del lado de la familia de Lady Cai. Ya que Lord Cai era el rostro visible de la Pandilla Escarlata, no era sorprendente que solamente aquellos que compartían su apellido fueran considerados legítimos. Bastaba mirar la facilidad con la cual los primos de Juliette se fusionaron en el círculo interno, mientras que el señor Lang, el hermano de Lady Cai, todavía no se había ganado ninguna ventaja en las dos décadas que llevaba en la familia.

—Tienes que ser tú —dijo Kathleen. Su tono no permitía disentir—. Todos aquellos que pudieran venir a reclamar tu corona son peligrosos. Y tú también lo eres, pero… —se tomó un momento para pensar cómo estructurar la frase—, pero al menos nunca traerías voluntariamente el peligro hacia el interior de la Pandilla con el fin exclusivo de apaciguar tu orgullo. Eres la única persona en quien confiaría para mantener unida a esta pandilla como una estable estructura de acero, en lugar de una jerarquía basada en caprichos. Si fracasas en ser una buena heredera —*si caes*—, entonces esta forma de vida fracasa. Déjame hacer esto por ti.

La boca de Juliette se abrió y luego se cerró. Cuando todo lo que salió de ella fue un tímido "De acuerdo", su prima resopló aliviada.

El momento de reflexiones graves había pasado. Kathleen se encogió de hombros y se puso el abrigo.

—Entonces, cuéntame: ¿por qué necesitas saber sobre los banqueros de El Bund?

Juliette aún seguía dando vueltas a las palabras de su prima. Siempre se había considerado la heredera de la Pandilla Escarlata, pero eso no era del todo cierto. Ella era la heredera de la versión que tenía su padre de la Pandilla Escarlata.

¿Y era eso algo tan genial? Esta Pandilla se estaba fragmentando desde sus propias costuras. Quizás un heredero diferente podría haber ganado generaciones atrás la guerra entre clanes con los Flores Blancas. Quizás un heredero diferente a estas alturas ya habría detenido la locura.

—Rumores sobre un monstruo —respondió Juliette en voz alta, abandonando de golpe sus pensamientos. Había demasiadas piezas sueltas dando vueltas por ahí: un monstruo, una locura, los comunistas; ella tenía que concentrarse en alinear todo aquello, no en dudar de sí misma—. Tengo razones para creer que podrían haber presenciado algo. Mis esperanzas no son muchas, pero al menos existen.

Kathleen asintió.

—Te tendré informada de lo que encuentre.

Y diciendo aquello, su prima agitó la mano a manera de despedida y cerró la puerta tras de sí, con un sonido que chasqueó a través de la sala de estar. El cuchillo clavado se veía bastante cómico moviéndose de un lado a otro junto con la puerta. Juliette respiró profundo, lo extrajo y lo envainó de nuevo entre su vestido mientras subía las escaleras. Sus padres se iban a horrorizar al encontrar semejante fisura en la puerta. Sonrió al pensarlo y conservó una expresión divertida en el rostro, hasta que entró a su habitación y distinguió una figura solitaria sentada en su cama.

Juliette estuvo a punto de dar un salto de medio metro en el aire.

—Santo cielo, casi me matas del susto —jadeó un momento después. Sus dos primas casi nunca estaban en su habitación por separado, por lo que no había identificado de inmediato a Rosalind, especialmente ahora que ésta tenía el rostro inclinado hacia el rayo de sol que a esa hora de la tarde se colaba por la ventana—. ¿Se pusieron de acuerdo hoy tu hermana y tú para sorprenderme?

Rosalind parecía un poco molesta cuando se volvió hacia Juliette.

—¿Estabas con Kathleen? Te he estado esperando aquí durante horas.

Juliette parpadeó. No estaba segura de qué decir.

—Lo siento —fue lo primero que se le ocurrió decir, pero su disculpa sonó confusa y poco sincera—. No lo sabía.

Rosalind sacudió la cabeza y murmuró:

—Da igual.

Éste era uno de los detalles que Juliette recordaba de su infancia compartida, antes de que ninguna de ellas se marchara al mundo occidental. Rosalind guardaba rencores como si de un concurso se tratara. Era apasionada y testaruda y tenía nervios de acero, pero cuando lograbas trascender más allá de sus bonitas y bien elegidas palabras superficiales, también podía hervir a fuego lento con sentimientos de rencor mucho tiempo después de que éstos dejaran de tener relevancia.

—No vengas a ponerme mala cara —le reprochó Juliette. Tenía que abordarlo ahora o vivir con el temor de que su enojo estallara en un futuro lejano. Conocía a su prima, había sido testigo del odio creciente de Rosalind hacia las personas que la irritaban: hacia sus tías maternas que intentaban ocupar el lugar de su fallecida madre; hacia su padre, que valoraba el fortalecimiento de su guānxì dentro de la Pandilla más de lo que valoraba preocuparse por sus hijas; incluso

hacia sus colegas bailarinas en el club *burlesque*, quienes estaban tan celosas con el creciente estatus de estrella de Rosalind que por ello intentaban excluirla de sus círculos.

En ocasiones Juliette se preguntaba cómo Rosalind se las arreglaba para hacer frente a tanta ausencia en su vida. Y al pensar en ello, se sintió un poco mal por no estar pendiente de su prima más a menudo, si bien no había estado de regreso en esta ciudad durante tanto tiempo. En la familia Cai todo el mundo siempre tenía cosas más importantes que hacer. Kathleen, al menos, trataba de no molestarse demasiado por la falta de atención de sus parientes cercanos. Rosalind sí lo hacía. Pero el estar pendiente de sus primas constantemente no era una prioridad de primer orden cuando allá afuera en las calles las personas estaban desgarrando sus propias gargantas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Juliette de cualquier manera. Al menos podría dedicarle un minuto a Rosalind dado que había estado esperando ahí durante horas.

Rosalind no respondió. Por un momento, Juliette llegó a temer que todavía no la hubiera absuelto por su reciente demora. Pero de repente, Rosalind dejó caer el rostro entre sus manos.

Había algo inquietante en ese movimiento que impactó a Juliette hasta la médula, algo infantil y extraviado.

—Insectos —susurró Rosalind, sus palabras amortiguadas en la palma de la mano. Un frío helado se había instalado ahora en la habitación. Juliette sintió que se le erizaban todos los vellos de la nuca, a tal punto que su piel dolería si fuera tocada.

—Había tantos de ellos —continuó diciendo Rosalind. Cada quiebre en la voz de su prima enviaba un nuevo escalofrío que recorría la columna vertebral de Juliette—. Había tantos de ellos, todos saliendo del mar, todos regresando al mar.

Lentamente, Juliette logró ponerse de rodillas sobre la alfombra. Acercó su rostro y se encontró con la mirada perdida y aterrorizada de su prima.

—¿Qué quieres decir? —Juliette preguntó con suavidad—. ¿Cuáles insectos?

Rosalind sacudió la cabeza.

—Creo que lo vi. Lo vi en el agua.

Todavía no había respondido a la pregunta.

—¿Qué viste? —preguntó Juliette intentando obtener una respuesta más clara. Como Rosalind seguía sin hablar, Juliette extendió la mano, la tomó por los brazos y le preguntó—: Rosalind, ¿qué viste?

Rosalind respiró hondo. En ese único movimiento, era como si succionara todo el oxígeno de la habitación, como si extrajera toda posibilidad de que lo que fuera que había presenciado pudiera ser explicado con simpleza. Un segundo latido bombeaba sangre a lo largo y ancho del cráneo de Juliette, una presión que se acumulaba desde dentro y le decía *escucha, mentalízate, prepárate*. Por alguna razón, sabía que lo que estaba a punto de escuchar iba a cambiarlo todo.

—Rosalind —instó Juliette una última vez.

—Ojos plateados —dijo Rosalind finalmente, atragantándose con un escalofrío. Pero ahora que había empezado a hablar, sus palabras brotaban en un torbellino. Su respiración se hacía cada vez más superficial y Juliette la asió más estrechamente, con sus dedos todavía rodeando los brazos de Rosalind. Su prima apenas pareció notarlo—. Tenía ojos plateados. Y la espalda encogida. Y crestas afiladas. Y escamas y garras y… yo… no lo sé, Juliette. No supe *qué* era. Guài wù, tal vez. Un monstruo.

Un rugido comenzó a resonar en el cerebro de Juliette. Con extremado cuidado, apartó sus manos de su prima, luego introdujo una de ellas en su abrigo y recuperó el dibujo que había robado. Desdobló la arrugada hoja y alisó las líneas de tinta sobre ella.

—Rosalind —dijo Juliette pausadamente—. Mira este dibujo.

Rosalind tomó el delgado trozo de papel. Lo apretó entre los dedos. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Es esto lo que viste? —susurró Juliette.

Rosalind, muy lentamente, asintió.

Catorce

Si alguien preguntaba a Benedikt Montagov cuál era su mayor aspiración, él ofrecía una respuesta muy simple: pintar la esfera perfecta.

Si preguntaban a cualquier otro miembro de los Flores Blancas se obtendría una variedad de respuestas. Fortuna, amor, venganza… Esto y más también lo deseaba Benedikt. Pero todas esas cosas se desvanecían de su mente cuando estaba pintando, sin pensar en nada más que en el movimiento de su muñeca y en el arco de su pincel, una tarea tan cuidadosa, tan tediosa, tan sublime.

Era casi obsesivo en su deseo de poder conjurar la esfera perfecta. Una de esas ilusiones que había tenido desde niño, una ilusión que parecía haber madurado por completo en su mente sin tener un origen aparente, aunque si realmente éste existía, tal vez había sido en un momento tan temprano en su vida que simplemente ya no podía recordarlo. De cualquier forma, era algo irracional, la creencia de que si lograba una cosa imposible, entonces, quizá, todos los demás elementos imposibles de su vida también se resolverían, independientemente de si en realidad estaban relacionados.

Cuando Benedikt tenía cinco años pensó que si era capaz de recitar toda la Biblia, desde el principio hasta el final, entonces su padre sobreviviría a la enfermedad que lo aquejaba. Él murió de cualquier manera, y luego su madre también falleció, seis meses después, abatida por una bala perdida que le perforó el pecho.

Cuando Benedikt tenía ocho años se convenció de que *tenía que* correr desde su habitación hasta la puerta principal todas las mañanas

en un lapso de diez segundos, o de lo contrario aquel sería un mal día. Esto pasaba cuando todavía vivía dentro de la sede central, en el dormitorio contiguo al de Roma en el cuarto piso. Aquellos días siempre fueron terribles, pero él no sabía cuánto de todo aquello lo había desencadenado el no lograr correr lo suficientemente rápido.

Ahora tenía diecinueve años y los hábitos no habían cejado; simplemente se habían reducido y condensado en el conjunto más estrecho, dejando apenas un solo deseo, uno que descansaba en lo alto de una pirámide de anhelos imposibles.

—Maldita sea —murmuró—. Maldita sea, *maldita sea*.

Arrancó del lienzo la hoja de papel e hizo con ella una bola, arrojándola con fuerza contra la pared de su estudio. La futilidad se apoderó de él, embotando sus sienes e invadiendo sus ojos secos y cansados. En algún lugar profundo de los recovecos de su razón, sabía que lo que buscaba era imposible. ¿Qué era una esfera? Un círculo tridimensional y los círculos no existían. Un círculo tenía puntos que eran todos equidistantes del centro, y para que fueran iguales, tendrían que ser exactamente idénticos. ¿Hasta dónde llegaría Benedikt para encontrar la perfección? ¿Las pinceladas? ¿Las partículas? ¿Los átomos? Si no existía un verdadero círculo en el universo, ¿cómo se suponía que iba a pintar uno?

Benedikt depositó el pincel sobre la mesa y se frotó el cabello mientras abandonaba el estudio.

Sólo se detuvo en el pasillo cuando una voz llegó flotando desde la habitación adyacente, aburrida, irónica y grave.

—¿A quién diablos estás maldiciendo?

Ahora él y Marshall compartían el edificio ruinoso que se encontraba a una cuadra de la vivienda principal de los Montagov, aunque el nombre de Benedikt era el único que aparecía en los papeles de propiedad. Para decirlo formalmente: Marshall vivía allí como un inquilino ilegal, pero a Benedikt eso no le importaba. Sin ninguna duda Marshall era una bala perdida, pero también era un excelente cocinero y el mejor de todos para reparar una tubería rota. Quizá como resultado de la práctica adquirida reacomodando sus propios huesos rotos. Quizá como resultado de esos primeros años de su vida que pasó vagando por las calles y defendiéndose por su cuenta antes de que los Flores Blancas lo acogieran entre los suyos. Hasta el día de hoy, ninguno de los Montagov sabía con exactitud qué había sucedido a la familia de Marshall. Sólo había una cosa que Benedikt conocía a plenitud: todos estaban muertos.

Marshall salió despreocupadamente de su habitación, los

pantalones de pijama carcomidos por las polillas colgando de sus caderas. Cuando levantó los brazos para cruzarlos sobre el pecho, su camisa andrajosa se alzó dejando a la vista en la parte inferior del torso un entramado de heridas de cuchillo que le habían formado costras.

Benedikt estaba mirándolo intensamente. Su pulso dio un brinco ante la terrible visión, y dio un nuevo brinco ante la idea de ser sorprendido.

—Tienes más cicatrices —le dijo Benedikt. Se había recuperado velozmente de sus emociones, a duras penas tartamudeando, aunque su cuello parecía arder. Esta sensación probablemente regresaría a él mientras estuviera tratando de dormir, y luego sentiría tal vergüenza que se daría vuelta sobre sí, convirtiéndose en un completo ovillo de la cabeza a los pies. Se aclaró la garganta y continuó—. ¿De dónde siguen saliendo?

—Esta ciudad es un lugar peligroso —respondió Marshall sin responder en absoluto, su sonrisa un poco más marcada.

Parecía estar bromeando, alardeando de su propia bravuconería, pero Benedikt comenzó a arrugar el rostro. Siempre había cinco mil pensamientos diferentes borboteando en la mente de Benedikt en busca de su atención, y cuando uno de ellos avanzaba con un ímpetu *particular*, él le prestaba atención. Mientras Marshall se paseaba por el pasillo, desapareciendo en la cocina para hurgar en sus alacenas, Benedikt permaneció junto a la puerta de su estudio, meditando.

—De cualquier modo, ¿no te parece interesante?

—¿Sigues hablando conmigo?

Benedikt puso los ojos en blanco un instante y se apresuró a reunirse en la cocina con Marshall, quien en ese momento se dedicaba a sacar las ollas y sartenes, con una rama de apio en la boca. Benedikt ni siquiera quiso preguntar el porqué. Supuso que Marshall era del tipo de personas que mastica apio crudo sin ninguna razón aparente.

—¿A quién más le estaría hablando? —Benedikt respondió, sentándose sobre la barra—. La ciudad. Se *está* volviendo más peligrosa, ¿no es así?

Marshall se sacó el apio de la boca y lo agitó en dirección a Benedikt. Cuando éste se limitó a mirarlo, mostrando pocos deseos de abrir la boca y darle un mordisco, Marshall se encogió de hombros y arrojó el apio a la basura.

—Ben, Ben, queridito, sólo estaba bromeando.

Marshall encendió un fósforo para encender la estufa. Éste cobró vida entre sus dedos: una estrella en miniatura ardiente y en plena

combustión.

—Esta ciudad siempre ha sido peligrosa. Es el epicentro de los defectos humanas, es el pulso de…

—Pero últimamente —interrumpió Benedikt, inclinándose sobre la barra, ambas manos apoyadas contra el duro granito—, ¿no te has dado cuenta de las multitudes que acuden a los cabarets? ¿La frecuencia con la que los hombres se suben al escenario para importunar a las jóvenes bailarinas? ¿Los gritos en las calles cuando no hay suficientes *rickshaws* para que cada cliente tenga disponible el suyo? Uno pensaría que con la locura los espectáculos en los clubes cambiarían, se reducirían cada vez más. Pero es posible que los establecimientos de vida nocturna sean los únicos lugares que no han dejado de pagar el alquiler a mi tío.

Por una vez, Marshall necesitó un momento para responder, no tenía nada preparado para decir cuando llegó su turno. En sus labios afloró una sonrisa somera, pero era una adolorida, como si ocultara una pena.

—Ben —dijo de nuevo. Hizo una pausa. Podría ser porque estaba esforzándose por encontrar las palabras correctas en ruso, comenzando y deteniéndose un par de veces sin decir nada coherente, en vista de lo cual recurrió a su lengua materna—. No es que la ciudad se haya vuelto más peligrosa. Es que la ciudad ha cambiado.

—¿Cambiado? —repitió Benedikt, hablando ahora también en coreano. Todas esas clases de lengua coreana no habían sido en vano. Tenía un acento muy marcado, pero al menos lo hablaba con fluidez.

—La locura se extiende por todas partes —Marshall sacó una ramita de cilantro de la bolsa que se encontraba a sus pies. Comenzó también a morderlo—. Avanza como una plaga: primero todos los informes de avistamiento ocurrieron junto al río, luego se extendieron hacia el interior de la ciudad, a las concesiones, y ahora cada vez más mansiones en las afueras envían víctimas a la morgue. Piénsalo. Aquéllos que deseen protegerse se quedarán adentro, cerrarán sus puertas, sellarán sus ventanas. Aquéllos a quienes no les importa, aquéllos que son violentos, aquéllos que se deleitan en lo terrible — Marshall se encogió de hombros, agitando las manos mientras escogía las palabras correctas— *prosperan*. Salen a la calle. La ciudad no es ahora más violenta. El asunto es que la gente está cambiando.

Como si fuera una señal, el sonido de un vidrio que se rompía recorrió el departamento, sorprendiendo a Marshall lo suficiente como para retroceder con sobresalto mientras que Benedikt simplemente se giró, frunciendo el ceño. Ambos escucharon, aguardaron para

confirmar si se trataba de una amenaza. Cuando escucharon gritos en relación a un alquiler atrasado procedentes del callejón junto al edificio, quedó claro que no tenían de qué preocuparse.

Benedikt se bajó de la barra de un salto. Se remangó cuando entró de nuevo en el pasillo y se desvió hacia el dormitorio de Marshall para tomar la prenda de vestir que encontrara más cercana.

—Listo, vámonos —ordenó cuando regresó a la cocina.

—¿De qué hablas? —exclamó Marshall—. ¡Estoy preparando de comer!

—Te compraré comida en un puesto callejero —le arrojó el saco a su amigo—. Hoy tenemos que encontrar una víctima viva.

Durante horas Marshall y Benedikt deambularon sin suerte por el territorio de los Flores Blancas. Sabían que los callejones eran usualmente caldo de cultivo para la locura, así que optaron por elegir solamente los callejones y callejuelas de esta ciudad: entrando y saliendo de un laberinto con el que estaban muy familiarizados. Sin embargo, al poco tiempo comprendieron que no importaba lo minuciosos que fueran, deteniéndose en las entradas de los callejones cuando escuchaban el más leve susurro proveniente del interior acompañado de un innegable olor metálico. Dos veces se habían precipitado en el interior de sendos callejones con un plan de ataque, sólo para descubrir que el susurro lo ocasionaban grupos de roedores que olfateaban algún cadáver ensangrentado que ya llevaba algún tiempo en descomposición.

Si no había un cadáver, entonces era el silencio el que reinaba. Callejones que ofrecían imágenes estáticas y serenas, todos ellos apestando a bolsas de basura cuyo contenido se desbordaba y a cajas de cartón rotas porque la gente estaba demasiado asustada para aventurarse lejos y deshacerse de sus residuos de la forma apropiada. Benedikt se sintió casi aliviado cuando finalmente regresaron a una calle principal, volviendo a entrar en un mundo donde los fragmentos de conversaciones entre vendedores y compradores circulaban a su lado. *Ésta* era la parte real de la ciudad. Aquellos callejones se habían convertido en versiones embrujadas de Shanghái: un vientre transformada en cáscara mortecina.

—Eso sí que fue una pérdida de tiempo —comentó Marshall. Dio un vistazo a su reloj de bolsillo—. ¿Te gustaría contarle a Roma acerca de nuestro colosal fracaso, o lo hago yo?

Benedikt asumió una mueca de disgusto y sopló aire caliente en sus manos entumecidas por el frío. La temperatura no había bajado tanto

para requerir guantes, pero el frío de la tarde de hoy soplaba lo bastante fuerte como para sentir su punzada.

—Por cierto, ¿dónde está Roma? —preguntó—. Se suponía que ésta también era su misión.

—Es el heredero de los Flores Blancas. —dijo Marshall guardando el reloj—. Puede hacer lo que le venga en gana.

—Sabes que eso no es cierto.

Marshall enarcó las cejas tan exageradamente que parecieron desaparecer en la mata de cabello oscuro que le caía sobre la frente. Ambos se quedaron en silencio por un momento, mirándose el uno al otro en un raro episodio de mutua confusión.

—Lo que quiero decir —se apresuró a corregir Benedikt—, es que sea lo que sea está obligado a responderle a su padre.

—Ah —dijo Marshall. Tenía una expresión incómoda y desconocida que, a su vez, hizo que Benedikt se sintiera incómodo. Sintió un repentino aguijonazo en el vientre, un impulso por arrebatarle al aire las palabras que acababa de pronunciar y devolverlas al interior de su boca, de modo que Marshall pudiera volver a su habitual y relajada disposición.

—¿Ah, qué? —le preguntó Benedikt a su amigo.

Marshall sacudió la cabeza, riéndose. El sonido relajó de inmediato el estómago de Benedikt.

—Por un segundo pensé que querías decir que él no era el heredero.

Benedikt miró hacia las nubes grises.

—No —dijo—, no es eso lo que quise decir.

Pero en privado ambos lo sabían. Benedikt Montagov y Marshall Seo estaban entre los muy pocos Flores Blancas que habían declarado públicamente su lealtad a Roma. El resto permanecía en silencio, a la espera de saber si Roma saldría victorioso gracias a los derechos que le otorgaban su nacimiento, o si eventualmente sería desbancado por alguien más a quien Lord Montagov decidiera favorecer.

—¿Quieres que regresemos a casa?

Benedikt respiró hondo y asintió.

—Pues sí; no hay mucho más qué hacer.

En la siguiente calle, mientras Benedikt y Marshall se dirigían a toda prisa hacia el sur, Kathleen avanzaba hacia el norte, entrando y saliendo de las orillas de El Bund.

*El Bund, pe*nsó distraídamente. Que forma tan extraña de traducirlo. En chino se decía wáitān, que debería haberse prestado

para que a otros idiomas se tradujera como *la playa exterior*. Y eso era: una franja de tierra que rodeaba la parte más alejada aguas abajo del río Huangpu. Al llamarlo en lugar de ello *"bund"*, simplemente significaba terraplén. De hecho había pasado a ser lugar para ir y venir, de barcos agolpándose con los ocupantes a la espera de experimentar la vida más allá de la playa exterior, un lugar rebosante de energía y de poder en que abundaban las compañías mercantiles y los consulados extranjeros.

Era allí donde la riqueza se acumuló más densamente, en medio de la decadencia, inspirados por las *"Beaux Arts"* y financiados por Occidente, edificios que producían más riqueza en un ciclo autosustentable. Muchas de las estructuras aún no estaban terminadas, lo que permitía que la brisa del mar soplara a través de las vigas abiertas de los andamios. El ruido metálico de los constructores trabajando intensamente sonaba frenético incluso a esa hora tardía. No se permitía construir edificaciones elevadas a lo largo de El Bund, pues existían restricciones de altura, así que no había otra opción que construir bien.

Incluso en obra negra, todo ahí era hermoso. Como si cada proyecto fuera una competencia para superar al anterior. El favorito de Kathleen era el edificio de HSBC, una enorme construcción neoclásica de seis pisos que albergaba la Corporación Bancaria de Hong Kong y Shanghái, que era tan esplendoroso en el exterior como en el interior. Era difícil de creer que un conjunto tan colosal de mármol y monel lograra ofrecer esta apariencia magnífica, formada por columnas y celosías y una única y soberbia cúpula. Esto hacía que la estructura entera pareciera alinearse entre los antiguos templos griegos en lugar de ser el epicentro de la edad de oro de las finanzas en Shanghái.

Era una lástima que las *personas* que trabajaban en edificios tan acogedores fueran tan bien recibidas como podía serlo un arroz mohoso.

Kathleen salió del edificio de HSBC a regañadientes, emitiendo un largo gemido para sus adentros. Agotada hasta la médula, se apoyó en uno de los arcos exteriores y se tomó un minuto para considerar cuáles serían sus próximos pasos.

No tengo ni idea de lo que quiere decir era la frase más frecuente que le habían dirigido aquel día, y Kathleen odiaba fallar en sus tareas. En cuanto estos banqueros comprendían que Kathleen no había ido a preguntar sobre su línea de crédito, sino a preguntar si habían visto algún monstruo en su camino al trabajo, de inmediato ponían los ojos

en blanco y le pedían que siguiera su camino. Supuso que la gente que pasaba día tras día dentro de esos muros de granito y esas gruesas bóvedas se creía a salvo de la locura, a salvo de los rumores sobre el monstruo que le daba origen.

Kathleen podía entenderlo. Se notaba en los gestos que hacían al siguiente cliente de que tuviera un poco de paciencia, en la manera sosegada de ignorar las preguntas de Kathleen como si se tratara de algo que no valía la pena siquiera considerar. Los ricos y los extranjeros no creían realmente en estos rumores. Para ellos, esta *locura* que arrasaba la ciudad no era más que un sinsentido chino, que solamente afectaba a los pobres e ignorantes, e influía en los creyentes atrapados en la tradición. Los ricos y los extranjeros pensaban que su mármol reluciente podía mantener a distancia el contagio porque el contagio no era más que una histeria de gente salvaje.

Cuando la locura atraviese estas columnas, pensó Kathleen, *la gente en su interior no tendrá ni idea de lo que les espera.*

Y luego, cruelmente, casi llegó a pensar: *¡Qué bueno!*

—¡Xiǎo gūniáng!

Kathleen se dio la vuelta al oír la voz, su corazón solazándose en la esperanza de que un banquero hubiera salido a decirle que recordaba algo. Pero apenas se giró, sus ojos se posaron en una anciana con una espesa mata de cabello blanco, que se aproximaba con ambas manos aferradas a un enorme bolso.

—¿Sí? —preguntó Kathleen.

La anciana se detuvo frente a ella, sus ojos recorriendo el colgante de jade que se apretaba sobre la garganta de la joven. A Kathleen se le puso la piel de gallina. Resistió el impulso de tocar aquel cabello.

—La escuché preguntar… —empezó a decir la mujer inclinándose, mientras su voz adquiría un tono de complicidad— ¿por un monstruo?

Kathleen adoptó un gesto de asombro, sacudiéndose la sensación de piel de gallina con una pequeña exhalación.

—Lo siento —respondió ella—. Yo tampoco tengo ninguna información…

—Ah, pero yo sí —interrumpió la mujer—. No llegará a ningún lado con estos banqueros. Apenas si levantan la vista de sus libros y escritorios. Pero yo estuve aquí hace tres días. Yo lo vi.

—Usted… —Kathleen miró por encima del hombro, luego se inclinó y bajó la voz—. ¿Lo vio aquí? ¿Con sus propios ojos?

La mujer le indicó a Kathleen que la siguiera, y ella lo hizo, mirando a ambos lados antes de cruzar la calle. Caminaron hasta el agua, cerca de los muelles que desembocaban en el río. Cuando la

anciana se detuvo, dejó su bolso a un lado y empleó ambos brazos para hacerse entender.

—Fue aquí mismo —dijo—. Yo salía del banco con mi hijo. Un hombre encantador, la verdad, pero un completo bèndàn cuando se trata de sus finanzas. De cualquier manera, mientras él se fue a conseguir un *rickshaw*, yo me quedé cerca de la orilla, esperando, y desde la calle —ella movió los brazos para señalar una de las calzadas que se adentraban en la ciudad— esa *cosa*… llegó a toda velocidad.

—Una cosa —repitió Kathleen—. ¿Se refiere al monstruo?

—Sí… —la mujer había ido perdiendo el tren de pensamientos. Comenzó esta historia con vigor, con el tipo de energía que emerge cuando se tiene a la audiencia absorta. Ahora la energía se estaba agotando, tras el repentino impacto al comprender *lo que* realmente había visto—. El monstruo. Algo horrible, un ente inmortal.

—¿Pero está usted segura? —insistió Kathleen. Una parte de ella quería correr de inmediato a casa con esta información, decírsela a Juliette para que su prima pudiera reunir a las fuerzas Escarlatas y sus armas. Otra parte, la parte sensata, sabía que esto no era suficiente. Necesitaban más—. ¿Está segura de que era el monstruo, que no era una sombra o…

—Estoy segura de lo que vi —dijo la mujer con firmeza—. Estoy segura porque un pescador que atracaba su bote en aquel momento intentó dispararle mientras avanzaba bamboleante por este mismo muelle —señaló hacia delante, en dirección al muelle que se extendía hacia el ancho río, en aquel momento agitado con la actividad de los barcos allí atracados—. Estoy segura porque las balas simplemente rebotaban en su lomo, y caían tintineando contra el suelo como si no fuera un *ser* como los de carne y hueso sino un *dios*. Era un monstruo. Estoy segura de eso.

—¿Qué pasó? —Kathleen susurró. Un escalofrío recorrió su cuello y sus brazos. No creía que se debiera a la brisa del mar. Era algo mucho más espantoso—. ¿Qué pasó después?

La mujer parpadeó. Pareció salir de un ligero aturdimiento, como si le fuera ajeno lo mucho que se había extraviado en sus recuerdos.

—Bueno, ése es el asunto —respondió ella, frunciendo el rostro—. Mi vista. Sabe usted, no es la mejor. Vi cuando la criatura saltaba al agua y luego…

Kathleen se inclinó hacia delante.

—¿Y luego…?

La anciana negó con la cabeza.

—No lo sé. Todo se puso un poco confuso. Me pareció escuchar

algo que se deslizaba. Parecía que la oscuridad allá afuera —extendió el brazo—, se movía. Como si pequeñas cosas en la oscuridad salieran disparadas —la mujer sacudió de nuevo la cabeza, esta vez con mayor vehemencia. Pero no parecía estar surtiendo mucho efecto, porque su voz había perdido todo rastro del vigor inicial—. Mi hijo había regresado para entonces con el *rickshaw*. Le dije que fuera a dar un vistazo. Le dije que creía haber visto un monstruo en el agua. Salió corriendo por el muelle para atraparlo.

Kathleen jadeó.

—Y… ¿pudo atraparlo?

—No —la mujer frunció el ceño y miró hacia el río Huangpu—. Me dijo que yo estaba diciendo disparates. Dijo que simplemente había visto a un hombre que se alejaba nadando. Estaba convencido de que un pescador se había caído de su bote.

Un hombre, pensó Kathleen. ¿Cómo podía haber estado un hombre en el agua mientras el monstruo seguía allí? ¿Cómo podría haber sobrevivido?

A no ser que…

Con la respiración entrecortada, la mujer recogió su bolso, luego pareció pensarlo dos veces, extendiendo la mano para sujetar la de Kathleen.

—La reconozco: usted pertenece a las filas de la Pandilla Escarlata —dijo en voz baja—. Hay algo que está cobrando vida en las aguas que rodean esta ciudad. Hay algo que está cobrando vida en tantos lugares que no podemos ver.

Los dedos de la anciana se tensaron hasta tal punto que Kathleen ya no pudo sentir la circulación de la sangre dentro de su palma.

—Por favor —susurró la mujer—. Protéjannos.

Quince

Un par de días después, Juliette apenas podía pensar en algo que no fuera el asunto de la locura. Difícilmente reaccionaba cuando la gente la llamaba por su nombre. Sólo tenía oídos para el sonido de los alaridos, y cada vez que éstos retumbaban por las calles, se estremecía, deseando —*anhelando* vehementemente— poder hacer algo al respecto.

Un monstruo, pensaba Juliette, con sus pensamientos persistiendo en un bucle cíclico al tiempo que se apoyaba en la escalera a la espera de su padre. *Hay un monstruo esparciendo la locura por las calles de Shanghái.*

—¿Estás lista? —la llamó Lord Cai, deteniéndose en la parte superior de la escalera para enderezar el cuello de su abrigo.

Juliette se obligó a regresar al presente. Suspirando, hizo girar entre sus dedos el pequeño bolso de mano.

—Más lista que nunca.

Lord Cai descendió el resto de las escaleras, luego se detuvo frente a su hija, frunciendo el ceño en cuanto la vio. Juliette se miró tratando de determinar qué había provocado la desaprobación de su padre. Nuevamente se había puesto un vestido americano, éste un poco más elegante como correspondía a la ocasión, con ramilletes de tul en los hombros que descendían en forma de mangas. ¿El escote era demasiado revelador? ¿Era, por una vez en la vida, una preocupación paternal común y corriente que no se relacionaba con el hecho de que ella fuera capaz de matar sin inmutarse?

—¿Dónde está tu máscara?

Cerca de mí, ahora la saco, pensó la joven.

—¿Por qué molestarse? —Juliette suspiró—. Tú no llevas una.

Lord Cai se frotó los ojos. Juliette no pudo discernir si aquello obedecía al cansancio general por todos los preparativos realizados para lidiar con los franceses, o si estaba exasperado por el comportamiento infantil de su hija.

—No llevo una porque soy un hombre de cincuenta años —respondió su padre—. Me vería ridículo.

Juliette se encogió de hombros y luego se dirigió a la puerta principal.

—Tú lo dijiste, no yo.

La noche era fresca cuando salieron al sendero de entrada y Juliette tiritó brevemente, frotándose las manos contra los brazos desnudos. No importaba. Ya era demasiado tarde para regresar a buscar un abrigo. Subió al automóvil con la ayuda del conductor y se deslizó en el asiento para dejar espacio suficiente a su padre. La mayoría de los otros integrantes de la familia que también asistirían a la mascarada ya habían salido. Juliette de todas maneras no había querido ir, así que prefirió esperar mientras su padre se tomaba su tiempo para terminar sus asuntos. Él sólo anunció que ya era hora de ponerse en marcha cuando el cielo adquirió un color rosa y el ardiente sol anaranjado comenzó a rozar el horizonte.

Al subir al auto, Lord Cai se acomodó en su asiento, apoyó las manos en su regazo y miró a Juliette. Su expresión rápidamente pasó a ser otro ceño fruncido. Esta vez se quedó mirando el collar muy ceñido alrededor de la garganta de la joven.

—Eso no es un collar, ¿verdad?

—No lo es, Bàba.

—Eso es alambre de estrangulamiento, ¿cierto?

—En efecto, lo es, Bàba.

—¿Cuántas otras armas llevas ocultas?

—Cinco, Bàba.

Lord Cai se pellizcó el puente de la nariz y murmuró:

—Wǒde māyā, ten piedad de mi alma.

Juliette sonrió como si acabara de recibir un cumplido.

El auto se puso en marcha con estruendo y empezó a rodar suavemente, siguiendo los tranquilos caminos rurales rumbo a la ciudad, haciendo sonar la bocina cada tres segundos para que los obreros y los hombres que tiraban de los *rickshaws* se apartaran de la vía. Por lo general Juliette nunca miraba por la ventana, renuente a hacer contacto visual y que se acercara un mendigo al vehículo. Pero

por alguna razón inexplicable, esta noche echó un vistazo afuera.

Justo a tiempo para ver a una mujer que lloraba desconsolada en la acera, acunando un cadáver en su regazo.

El cadáver era un guiñapo sanguinolento, las manos manchadas de rojo y la garganta tan destrozada que la cabeza a duras penas se sostenía pendiente del hueso del cuello. La mujer, llorando, acunó la cabeza del cadáver y apoyó su mejilla sobre ese rostro lívido.

El auto empezó a moverse de nuevo. Juliette llevó la mirada al frente, hacia el borrón que pasaba por el parabrisas, y tragó saliva con dificultad.

¿Por qué está pasando esto?, pensó desesperadamente. *¿Acaso esta ciudad ha cometido pecados tan terribles que hemos llegado a merecer esto?*

La respuesta era: sí. Pero no era del todo culpa de ellos. Los chinos habían construido la zanja, apilado la leña y encendido el fósforo, pero habían sido los extranjeros los que habían entrado a rociar gasolina por todas las superficies, dejando que Shanghái ardiera en un indomable incendio de libertinaje.

—Llegamos —dijo el conductor frenando el auto.

Juliette, con la mandíbula apretada, salió del vehículo. En la Concesión Francesa, todo tenía un cierto brillo, incluso la hierba bajo sus pies. Usualmente, estos jardines permanecían cerrados, pero esta noche los habían abierto específicamente para el festejo. Cuando Juliette franqueó las puertas, fue como si hubiera entrado en otro mundo, uno lejos de las calles sucias y los callejones estrechos por los que acababan de pasar. Aquí había vegetación fresca, enredaderas, pequeños miradores asentados pacientemente en rincones pintorescos y una oscuridad que atraía las sombras de las altas puertas de hierro forjado que rodeaban este jardín, una oscuridad creciente con cada segundo de aquel atardecer violeta.

A pesar del aire fresco, Juliette ya estaba sudando un poco en el momento en que paseaba la vista por la multitud de personas dispersas a lo largo y ancho de estos jardines tan esmeradamente cuidados. Su primera tarea era identificar dónde se habían situado todos sus parientes. Ubicó a la mayoría con facilidad, dispersos por distintos sitios y socializando. Quizá se había excedido al cargar con tantas armas. A causa del cuchillo ceñido a la parte baja de su espalda, sentía el vestido demasiado ajustado en la cintura y la tela blanca en las rodillas se arrugaba con cada paso. Pero Juliette no podía evitarlo. Al traer armas se engañaba así misma, pensando que podría actuar en caso de que se produjera un desastre.

Intentó no reconocer que había algunos desastres contra los que no podía enfrentarse sólo con cuchillos. A los extranjeros aquí presentes ciertamente les tenía sin cuidado ese tipo de dificultades. Mientras Juliette caminaba por el lugar, escuchó más de una risita a propósito de los rumores sobre la locura, británicos y francesas tintineando sus vasos y brindando por la inteligente decisión de mantenerse al margen de la histeria local. Se comportaban como si se tratara simplemente de una *opción*.

—Vamos, Juliette —la llamó Lord Cai, que avanzaba un poco más adelante, al tiempo que se alisaba las mangas.

Juliette lo siguió obedientemente, pero sus ojos exploraban por otros sitios. Bajo un delicado pabellón de mármol, un cuarteto tocaba música suave que se iba deslizando hacia un claro donde bailaban algunos comerciantes extranjeros y sus esposas. Había en el evento una proporción equilibrada de gánsteres Escarlatas y extranjeros —comerciantes y funcionarios por igual— y unos cuantos de ellos incluso conversaban entre sí a la luz del crepúsculo que ya se asomaba. Divisó a Tyler en uno de esos grupos, charlando con una chica francesa. Cuando él se dio cuenta de que ella lo miraba, la saludó amablemente. La boca de Juliette se apretó con disimulada amargura.

Cerca de allí, hileras de luces que cruzaban los toldos de la glorieta cobraron vida con un súbito *zumbido*. Los jardines se iluminaron con un tono dorado, expulsando la oscuridad que de otro modo se habría impuesto en el momento en que el sol se hundiera por completo en el mar.

—Juliette —insistió Lord Cai. La joven, sin darse cuenta, caminaba cada vez más lentamente, hasta el punto que ahora parecía avanzar a paso de caracol. A regañadientes, aceleró la marcha. Había notado que la mayoría de los asistentes permanecían en grupos con aquéllos que eran semejantes a ellos mismos. Así, las damas británicas que se habían mudado a la ciudad con sus maridos diplomáticos sonreían entre ellas, haciendo girar levemente sus sombrillas color pastel con manos enguantadas. Los oficiales franceses se daban palmaditas en la espalda, riendo a carcajadas por cualquier broma sin gracia que contara alguno de sus superiores. Sin embargo, aquí y allá en diferentes secciones del jardín, tres hombres solitarios permanecían por su cuenta a pesar de que hacían grandes esfuerzos por parecer como si estuvieran ocupados en algún asunto importante.

Juliette se detuvo de nuevo. Ladeó la cabeza hacia uno de ellos, el que estaba examinando intensamente el plato que tenía en sus manos.

—Bàba, ¿no te parece que ese chico tiene aspecto de coreano?

Lord Cai ni siquiera siguió la mirada de la joven. Le rodeó los hombros con las manos y la empujó en la dirección en la que avanzaban.

—Presta atención, Juliette.

Era una orden inútil. Juliette no necesitó prestar atención cuando se acercaron al cónsul general de Francia, pues en el momento en que los hombres comenzaban a hablar, ella simplemente se desvanecía en un segundo plano. Era apenas un mero adorno que agregaba a la decoración del lugar. Su mente entraba y salía de la conversación principal, sin siquiera percibir el nombre del cónsul general. Su atención estaba fija en los dos hombres que prestaban guardia detrás del alto funcionario.

—¿Te apetece que luego comamos un sándwich? —susurró en francés el primer hombre al segundo—. Detesto este servicio de banquetes. Se esfuerzan demasiado por complacer los gustos de ese país insípido del otro lado del estrecho.

—Dijiste lo que yo estaba pensando —respondió el segundo en voz baja—. Míralos nada más. Son un montón de campesinos sin ningún refinamiento.

Juliette se había puesto tensa en un primer momento, pero con el comentario sobre el estrecho quedaba claro que se referían a los británicos, no a la Pandilla Escarlata.

—Beben y beben té todo el día y afirman que ellos lo inventaron —continuó el segundo hombre—. Piénsenlo mejor, partida de tontos. Los chinos ya preparaban té incluso antes de que ustedes tuvieran un rey.

Juliette resopló súbitamente —la total irrelevancia de la conversación la había tomado completamente por sorpresa—, luego tosió para enmascarar el sonido. Lord Cai no tenía por qué inquietarse; traerla aquí había sido una precaución innecesaria. Dirigió su atención a la conversación de su padre.

—Están preocupados, mi señor —estaba diciendo el cónsul general. Juliette supuso que hablaba de sus comerciantes franceses—. Por ahora *la garde municipale* mantiene segura la Concesión Francesa, pero si está bullendo algún problema, necesito confirmar que cuento con el apoyo de la Pandilla.

Si se desataba una revuelta del vulgo chino, de los trabajadores no remunerados que decidían que el comunismo era la mejor solución, los franceses necesitaban una forma de mantener su control sobre Shanghái. Pensaban que podrían obtenerlo con el armamento y los

recursos de la Pandilla Escarlata. No se daban cuenta de que si en verdad ocurría una revolución, no quedaría nadie en Shanghái con quien hacer negocios.

Pero Lord Cai no expresó nada de eso. Aceptó fácilmente, con la condición de que la Pandilla siguiera teniendo jurisdicción para hacer sus negocios en la Concesión Francesa. El cónsul general de Francia exclamó, en un intento de moldear su inglés con americanismos:

—¡Vaya, viejo amigo, por supuesto! Eso ni siquiera se pone en duda —y cuando los dos hombres se estrecharon la mano, parecía que todo estuviera arreglado.

Juliette pensó que todo el asunto era teatral y ridículo. Pensó que era absurdo que su padre tuviera que pedir permiso para hacer negocios en tierras en las que sus antepasados habían vivido y muerto a hombres que simplemente habían atracado sus barcos aquí y habían decidido que les gustaría asumir el control.

El cónsul general de Francia, como si pudiera detectar la hostilidad de los pensamientos de Juliette, finalmente le dedicó una mirada.

—¿Y cómo está usted, señorita Juliette?

Juliette sonrió ampliamente.

—Ustedes no deberían tener voz ni voto aquí —ya estaba diciendo ella antes que su padre pudiera detenerla, aunque las palabras salían de su boca tan dulcemente que parecían expresadas en tono admirativo—. Por muchos defectos que tengamos, por mucho que peleemos entre nosotros, este país no está hecho para que personas como ustedes impongan sus deseos.

La expresión resplandeciente del cónsul general vaciló, pero sólo levemente, incapaz de determinar si Juliette estaba diciendo algo insultante o haciendo un inocente comentario. Las palabras de la joven eran agudas pero sus ojos eran amistosos, sus manos entrelazadas como si estuviera hablando de cosas triviales.

—Que tengan un buen día —interrumpió Lord Cai antes de que cualquiera de los franceses pudiera formular una respuesta. Se llevó a Juliette, guiándola con firmeza por los hombros.

—Juliette —susurró Lord Cai cuando se apartaron lo suficiente para que nadie pudiera oírlos—. No pensé que tuviera que instruirte acerca de esto, pero no puedes simplemente abrir la boca así ante personas poderosas. Será tu sentencia de muerte.

Juliette sacudió los hombros para liberarse del agarre de su padre.

—Por supuesto que no —argumentó—. Es poderoso, pero no tiene el poder para matarme.

—De acuerdo —dijo Lord Cai con firmeza—. Tal vez no puede

matarte…

—Entonces, ¿por qué no puedo hablar libremente?

Su padre soltó un suspiro. Tomó aire profundamente, luego lo exhaló, mientras buscaba su respuesta.

—Porque —dijo finalmente—, estás hiriendo sus sentimientos, Juliette.

Juliette se cruzó de brazos.

—¿Nos quedamos callados sobre la injusticia de todo esto simplemente porque *hiere sus sentimientos*?

Lord Cai sacudió la cabeza. Tomó a su hija por el codo para apartarla aún más del resto, lanzando una larga mirada por encima del hombro. Cuando estuvieron cerca de uno de los miradores, la soltó y juntando ambas manos, las llevó enfrente.

—En estos tiempos que corren, Juliette —dijo en voz baja y con cautela—, las personas más peligrosas son los hombres blancos que ostentan poder y piensan que han sido menospreciados.

Juliette lo sabía. Ella sabía bastante más de este asunto que personas como su padre y su madre, que sólo habían visto de lo que eran capaces los extranjeros *después* de que arribaban con sus barcos en aguas chinas. Pero Juliette había sido enviada por sus padres a los Estados Unidos para que se educara. Se había acostumbrado antes de entrar a cualquier establecimiento a revisar el exterior en busca de los letreros de segregación, por si exigían que personas de su nacionalidad se quedaran fuera. Había aprendido a apartarse de la vía cada vez que se acercaba por la acera una dama blanca en tacones y adornada con sus perlas. Y había aprendido a fingir mansedumbre y a bajar la mirada en caso de que el marido de la dama blanca notara la manera levemente despectiva en que ella entornaba los ojos y le gritara exigiendo saber por qué estaba en *su* país y cuál era su problema.

No era necesario que ella hiciera una sola cosa ofensiva. Era la pretensión de que lo merecían todo lo que impulsaba a estos hombres a actuar. Un supuesto derecho animaba a sus esposas a cubrirse delicadamente la nariz con un pañuelo, creyendo de todo corazón que el reclamo era necesario. Se creían los gobernantes del mundo: en tierras que habían sido robadas en América, en tierras que habían sido robadas en Shanghái.

Dondequiera que fueran, *creían merecerlo todo.*

Y Juliette estaba tan *cansada* de aquello.

—A todo el mundo le hieren sus sentimientos —dijo amargamente —. Mientras está aquí, él puede experimentarlo por una vez en su vida. No merece tener poder. No es su derecho.

—Lo sé —dijo simplemente Lord Cai—. Toda China lo sabe. Pero así es como funciona el mundo ahora. Mientras él tenga poder, lo necesitamos. Mientras él tenga la mayor cantidad de armas, ostentará el poder.

—No es como si *nosotros* no tuviéramos armas —refunfuñó Juliette de cualquier forma—. No es como si no hubiéramos tenido un férreo control sobre Shanghái durante el último siglo con *nuestras* armas.

—Alguna vez bastó con eso —respondió Lord Cai—.Ya no.

Los franceses los necesitaban *a ellos*, pero la Pandilla Escarlata no necesitaba a los franceses de la misma manera. Lo que su padre quería decir en realidad era que requerían de la influencia francesa: necesitaban mantenerse en relación cordial con ellos. Si la Pandilla declaraba la guerra y recuperaba la Concesión Francesa como territorio chino, serían destruidos al cabo de horas. La lealtad y la jerarquía entre las pandillas no eran nada en contra de los buques de guerra y sus torpedos. Las Guerras del Opio lo habían demostrado.

Juliette emitió un chasquido de disgusto. Al ver la expresión severa de su padre, suspiró y desvió el tema de nuevo a lo importante:

—Como sea: sus hombres no dijeron nada de interés.

Lord Cai asintió.

—Eso son buenas noticias. Significa menos problemas para nosotros. Ahora ve a divertirte.

—Claro que sí —dijo Juliette. Con aquello quería decir, *iré a buscar algo de comer y luego me marcho*. Había alcanzado a ver a Paul Dexter cuando entraba. Ahora buscaba a alguien entre la multitud—. Me voy a esconder en… —Juliette tosió—. Discúlpame, estaré por aquel árbol.

Desafortunadamente, a pesar de la velocidad con que se alejó, no fue lo suficientemente veloz.

—Señorita Cai, qué agradable sorpresa.

Al llegar a la mesa de la comida, Juliette bajó el bolso y tomó con recato una tartaleta de huevo. Le dio un mordisco, luego se giró y se encontró enfrente al equivalente humano del pan rancio.

—¿Cómo ha estado? —preguntó Paul. Juntó las manos por detrás de la espalda, estirando la tela azul de su traje de diseñador. Tampoco él llevaba máscara. Sus ojos verdes parpadeaban sin cesar, reflejando las luces doradas que se cernían sobre ellos.

Juliette se encogió de hombros.

—Bien.

—Excelente, excelente —dijo Paul animadamente. Ella no sabía por qué él estaba reaccionando con tanto entusiasmo a su poco entusiasta respuesta—. Déjeme decirle que es más…

—¿Qué quiere, Paul? —Juliette lo interrumpió—. Ya le dije que no queremos sus negocios.

Sin arredrarse por aquello, Paul redobló su entusiasmo y tomó a Juliette del codo para apartarla de la zona de comida. En el fondo de su mente, la joven consideró la posibilidad de dispararle, pero como se trataba de una fiesta con cientos de acaudalados extranjeros que iban de un lado a otro, decidió que probablemente no sería la acción más apropiada de su parte. Tensó el brazo, pero permitió que Paul la condujera.

—Sólo quiero que hablemos —dijo—. Hemos llevado nuestro negocio directamente a los otros comerciantes. No se preocupe. No tengo más intenciones de molestar a la Pandilla Escarlata con ello.

Juliette sonrió dulcemente. Apretaba con fuerza la mandíbula.

—Y si ése es el caso, ¿por qué se toma tantas molestias conmigo?

Paul le devolvió la dulce sonrisa, aunque en su caso la expresión parecía genuina.

—Tal vez busco su afecto, hermosa dama.

Qué asco.

Apostaría los ahorros de toda su vida a que él la consideraba bonita sólo porque resultaba digerible según los estándares occidentales. Su belleza femenina era un concepto tan fugaz como el poder. Si ella luciera más bronceada, engordaba o comenzaban a verse los efectos de los años en su rostro, los artistas callejeros no volverían a exhibir el rostro de ella para vender sus cosméticos. Tanto los estándares chinos como los occidentales eran cosas arbitrarias, lamentables. Pero Juliette debía prestarles atención, obligarse a seguir esos estándares si quería que la gente la mirara con admiración. Si no tuviera la apariencia que tenía, esta ciudad se volvería contra ella. Afirmaría que no merecía ser tan competente como era. Por el contrario, los hombres podían mostrarse tan bronceados, gordos y envejecidos como quisieran. Aquello no influiría en absoluto en lo que la gente pensaba de ellos.

Juliette liberó su brazo de la mano de Paul, girando sobre sus talones para regresar a la zona de comida.

—No, gracias. Mi afecto no se inclina ante una energía tan aburrida.

Difícilmente habría podido deshacerse de él de forma más clara. Juliette pensó que por fin la había dejado en paz cuando levantaba una bebida de la mesa. Pero Paul era persistente. Escuchó de nuevo su voz por encima del hombro.

—¿Cómo está su padre?

—Estupendamente —respondió Juliette, apenas reprimiendo la irritación que quería apoderarse de sus palabras. Por cortesía social, replicó en voz baja—: ¿Y cómo está el suyo?

Juliette era la reina de las habilidades sociales. Tenía en el tema toda la práctica que hacía falta. Si hubiera querido, podría haber convertido su leve e indiferente mueca de cortesía en una deslumbrante sonrisa de muchos megavatios. Pero no creía que pudiera obtener información valiosa de Paul, y asociarse con él parecía bastante fútil.

Quizá Paul podía comprender aquello. Quizá su inteligencia merecía más crédito del que le daba Juliette. Quizá sí que había detectado la inquietud que denotaban sus dedos al tamborilear y su cuello que se movía de un lado a otro incesantemente.

El hecho es que decidió convertirse en alguien de utilidad para la joven.

—Mi padre y yo empezamos a trabajar para Albarraz —dijo Paul —. ¿Ha oído hablar de él?

Albarraz. Los dedos de Juliette se detuvieron en medio de un movimiento. Lā-gespu. *Larkspur* en inglés: *Albarraz*. Eso era lo que el anciano de Chenghuangmiao había estado tratando de decir. El escuchar a un lunático lanzar gritos acerca de una figura misteriosa, afirmando que él había recibido una cura para deshacerse de la locura, no merecía su atención. Escuchar que esa misma figura misteriosa era mencionada dos veces en el lapso de pocos días ya resultaba algo extraño. Sus ojos se enfocaron ahora sí en aquel locuaz y halagador joven británico que tenía ante ella, y por una vez lo miró con atención.

—He escuchado algunas cosas, aquí y allá —respondió Juliette vagamente. Ladeó la cabeza—. ¿Y usted qué hace para él?

—Primordialmente algunos encargos.

Ahora Paul estaba siendo deliberadamente impreciso en sus comentarios, y lo sabía bien. Juliette observó las líneas de su tenue sonrisa, la curva de sus cejas que se acercaban la una a la otra, y fue capaz de descifrarlo con toda precisión. Él quería recibir atención por el hecho de estar involucrado con Albarraz, pero no se le permitía compartir respuestas. Haría insinuaciones acerca de todo lo que sabía, pero no revelaría nada más de importancia a cambio de continuar una conversación trivial.

—¿Encargos? —repitió Juliette—. Supongo que no habrá mucho qué hacer.

—Ah, ahí es donde usted se equivoca —dijo Paul, sacando el pecho

—. Albarraz ha creado una vacuna para la locura. Los comerciantes están llegando en hordas para conseguirla, y la organización de un asunto de tal envergadura requiere todo un ejército de empleados.

—Usted debe recibir un salario fantástico —dijo Juliette viendo la cadena de un reloj de oro que colgaba de uno de sus ojales.

—Albarraz está sentado sobre una pila de dinero —confirmó Paul.

¿Será entonces que este Albarraz se está beneficiando del pánico de la locura?, se preguntó Juliette. *¿O realmente tiene una vacuna que bien vale el dinero de estos comerciantes?*

Juliette podría haber expresado sus pensamientos en voz alta, pero Paul se veía demasiado complacido con sí mismo para darle una respuesta verdadera. Así que simplemente preguntó sin rodeos:

—¿Y este Albarraz tiene nombre?

Paul se encogió de hombros.

—Si lo tiene, no lo sé. Si usted lo desea, puedo organizar un encuentro con él.

Al oír aquello, Juliette se enderezó, mirándolo desde debajo de sus pestañas ennegrecidas, esperando saber cuál era la carta escondida de Paul.

—Aunque debo decir —continuó el británico, con aspecto de disculpa—, que todavía no ocupo un lugar muy arriba en la jerarquía. Tendríamos que pasar más tiempo juntos mientras yo voy ascendiendo en el escalafón…

Juliette estuvo a punto de cerrar los ojos, indignada. Paul seguía parloteando, pero ella había dejado de escuchar. Él sólo estaba embarcado en una cuestión de ego. Después de todo, no iba a resultarle útil.

—*Excusez-moi, mademoiselle*.

Paul se calló abruptamente cuando habló una voz detrás de Juliette, brindándole a ella unos felices segundos sin tener que soportar el parloteo del británico. Dio las gracias en silencio al intruso francés, luego retiró sus agradecimientos en el momento en que se dio la media vuelta y se encontró con un hombre rubio cubierto por una máscara.

Demonios, exclamó ella para sus adentros.

—*¿Voulez-vous danser?*

Pese a que Juliette sentía una vena en su frente que palpitaba peligrosamente, pulsando con el ritmo de su ira, aprovechó la oportunidad para escapar.

—*Bien sûr* —dijo con firmeza, y despidiéndose del británico, añadió —: *Á plus tard, Paul*.

Juliette tomó la manga de Roma y lo arrastró lejos, sus dedos apretados con tanta fuerza al brazo que su mano derecha se entumeció. ¿Acaso él creía que ella no lo reconocería sólo porque llevaba una peluca rubia y una máscara?

—¿Estás buscando la muerte? —masculló Juliette, cambiando al inglés en cuanto estuvieron lo suficientemente alejados de Paul. Luego, notando a todos los ministros y comerciantes británicos alrededor, cambió al ruso—. Debería matarte ahora mismo. ¡Por insensato!

—No te atreverías a hacerlo —respondió Roma, con su inflexión rusa, rápida y mordaz—. ¿Te arriesgarías a permitir que la Pandilla Escarlata sea vista como un montón de brutos violentos a los ojos de estos extranjeros sólo para deshacerte de mí? El precio es demasiado alto.

—Yo… —Juliette cerró los labios con fuerza, tragando lo que fuera que estuviera en su lengua. Se habían detenido en medio del fragor del baile, en medio de un número de parejas que crecía constantemente con el cambio de música. Las melodías que estaba interpretando el cuarteto eran ahora más veloces: el ritmo más animado, irresistible. Roma tenía razón. Juliette no se atrevería, pero la razón no era en absoluto los extranjeros. Juliette no se atrevería porque sin importar lo mucho que hablara y lo amenazadora que se mostrara, todavía era incapaz de separar el odio que ardía en su estómago con la repentina sacudida de adrenalina que cobraba vida con la proximidad de Roma. Si su cuerpo se negaba a olvidar quién había sido alguna vez para ella, ¿cómo iba a hacer para destruirlo si las mismas extremidades de su cuerpo se rebelaban?

—Daría un centavo por conocer tus pensamientos.

Con el cambio de Roma a esa frase inglesa, la mirada de la joven regresó al rostro de él. Los ojos de ambos se cruzaron y permanecieron fijos en el otro por un instante. Un temblor recorrió el dorso de sus manos. En medio de tantas faldas que se agitaban ondeantes, la inmovilidad de ellos dos comenzaba a parecer sospechosa. Juliette se preguntaba cómo hacía realmente Roma para evitar despertar sospechas dondequiera que iba. Sus movimientos eran demasiado gráciles. Si alguien le hubiera dicho cuatro años atrás que él era un dios que había adoptado forma humana, ella lo habría creído.

—Dudo que tengas un centavo en los bolsillos —atajó finalmente Juliette.

A regañadientes, dio un paso adelante y levantó la mano; Roma hizo lo mismo. No necesitaban hablar para hacer el gesto

complementario. Siempre habían sabido predecir lo que el otro estaba a punto de hacer.

—De hecho, sí tengo algo de dinero, pero en billetes de altas denominaciones. ¿Me dirías lo que estás pensando a cambio de uno de ellos?

La música subió de volumen, animando a las parejas que los rodeaban a moverse con renovado vigor. Roma y Juliette se vieron obligados a girar el uno en torno al otro, con las manos extendidas, pero sin tocarse, obligados a moverse para no desentonar con los otros bailarines pero reacios a hacer contacto, negados incluso a fingir que en ese breve instante su relación era ligeramente más cercana.

—¿Qué estás haciendo aquí, Roma? —preguntó Juliette con severidad. Ella no tenía la energía para seguirle el juego a su conversación trivial. A una distancia tan íntima, difícilmente era capaz de respirar acompasadamente, a duras penas podía ocultar el temblor que amenazaba con sacudir visiblemente su mano extendida—. Supongo que no arriesgas tu vida sólo por un baile.

—No —respondió él con seguridad—. Mi padre me envió —una pausa. Sólo entonces se hizo patente que Roma estaba esforzándose por pronunciar sus siguientes palabras—. Quiere proponer que la Pandilla Escarlata y los Flores Blancas trabajen juntos.

Juliette estuvo a punto de reírse en su cara. Se había horrorizado ante el número creciente de personas que habían perecido víctimas de la locura, por supuesto, y temía un nuevo brote dentro de su propia casa… esta vez cebándose en las personas de su propia sangre, aquellos a quienes conocía bien y tenía en sus afectos íntimos. Pero este nuevo brote aún no había ocurrido, y no iba a ocurrir si Juliette podía trabajar lo suficientemente rápido… por su *cuenta*. Por más que fuera mucho más eficiente para las dos pandillas trabajar juntas, unir en un solo propósito una ciudad dividida, ella no tenía ningún incentivo para aceptar la propuesta de Roma, y él parecía pensar lo mismo.

Las palabras que salían de la boca del joven eran una cosa, pero su expresión otra muy distinta. Tampoco estaba del todo convencido. Incluso si al trabajar juntos pudieran fusionar su territorio, incluso si esto trajera una paz momentánea a la guerra de clanes para así descubrir por qué sus gánsteres estaban siendo eliminados uno por uno, no era suficiente. No bastaba con dejar a un lado el odio y la sangre, con diluir la furia que Juliette había estado alimentando en su corazón durante cuatro años.

Además, ¿por qué, entre todas las personas, iba a ser precisamente

Lord Montagov quien proponía una alianza? Era de todos el que más odio albergaba en su corazón. Juliette sólo pudo llegar a una conclusión, la más probable: era un ardid. Si él enviaba a Roma aquí y la Pandilla Escarlata aceptaba la propuesta, entonces Lord Montagov conocería el extremo de la desesperación en sus rivales. No era que los Flores Blancas realmente quisieran que las dos pandillas se aliaran en esto. Sólo querían enterarse de qué tan fuerte había sido golpeada la Pandilla Escarlata, de manera que pudieran usar esa información para golpearla aún más fuerte.

—Nunca —dijo entre dientes Juliette—. Corre a casa y dile a tu padre que puede irse al demonio.

Juliette giró sobre sus talones para poner fin a su absurda danza, pero en ese momento la música cambió al ritmo de un vals, y Roma la tomó del brazo, dirigiéndola hacia atrás hasta que la otra mano de Juliette aterrizó en el hombro de él, y la otra suya quedó ceñida a la cintura de la joven. Antes de que ella pudiera hacer algo al respecto, Roma la había dispuesto en la postura de baile adecuada, pecho contra pecho, y bailaban.

Extrañamente, era como si estuviera siendo coaccionada. Por un momento se permitió creer que volvían a tener quince años, danzando en la azotea en la que les gustaba esconderse, moviéndose con los ritmos del club de jazz en el piso inferior. Después de todo, los recuerdos eran pequeñas bestias imprevisibles… afloraban con la más leve incitación.

Juliette estaba odiando la forma instintiva en que se inclinaba hacia él. Odiaba que su cuerpo se dejara guiar por él sin resistencia. En el pasado solían ser imparables. Cuando estaban juntos, nunca tenían ni una pizca de miedo, ni cuando se escondían a jugar a las cartas en la parte trasera de un ruidoso club, ni cuando avanzaban en la consigna de colarse en todos los parques privados de Shanghái, con una botella, de lo que fuera que Juliette hubiera hurtado del armario de licores de su casa, debajo del brazo de Roma, riendo ambos como un par de idiotas.

Todo resultaba demasiado familiar. La sensación de las manos de Roma en su cintura, su mano entre la de ella: esas manos tan agradables, pero ella sabía mejor que nadie que estaban manchadas de sangre hasta la más tenue de las líneas de sus palmas. Líneas que en apariencia semejaban las de la sagrada escritura pero en verdad no escondían otra cosa que el pecado.

—Esto no está bien —entonó.

—No me diste otra opción —respondió Roma. Su voz sonaba tensa

—. Necesito conseguir cooperación.

La música adquirió tonos agudos y luego aumentó la cadencia, y cuando Roma hizo girar a Juliette hacia el exterior, con su falda danzando a la par que la melodía, la resistencia de ella se avivó. Cuando regresó a la postura anterior ya no quería que Roma la guiara en el baile. A pesar de su postura, los movimientos, los pasos, el ángulo de sus manos, a pesar de que todo en el vals determinaba que era ella quien seguía la voluntad de su pareja, Juliette comenzó a dictar dónde caerían ahora sus pies.

—¿Entonces por qué no bailas con mi padre? —le preguntó a Roma, tomando una profunda bocanada de aire antes del siguiente giro—. Él es quien habla en nombre de esta pandilla.

Roma se resistía al control que trataba de ejercer Juliette. Le sujetó la mano con mayor ahínco, mientras sus dedos presionaban la cintura de la joven como si estuviera tratando de imprimir sus huellas dactilares en el vestido. Si Juliette se limitaba a escuchar la voz de Roma, no habría sabido la presión bajo la cual se encontraba. Y es que su voz era tranquila, casual.

—Temo que tu padre me dispararía en la cara.

—Ah, ¿y no temes que yo haga lo mismo? Parece que mi reputación ha decaído.

—Juliette —dijo Roma—. Tú tienes *poder*.

La música se detuvo abruptamente.

Y ellos también quedaron congelados, tal como estaban: cara a cara, corazón a corazón. Cuando las personas a su alrededor se separaron en medio de risitas, intercambiando parejas antes de que la música recomenzara, Roma y Juliette simplemente se quedaron allí, tratando de recuperar el aliento, los pechos subiendo y bajando, como si acabaran de batirse en un combate cuerpo a cuerpo en lugar de bailar un vals.

Aléjate, se dijo Juliette.

El dolor de aquello fue casi físico. Los años habían pasado, los había envejecido hasta convertirlos en monstruos con rostros humanos, irreconocibles al compararlos con fotos antiguas. No obstante, por mucho que quisiera olvidar, era como si todo aquello hubiera sucedido ayer. Juliette lo miraba y aún podía recordar el espantoso vacío en el estómago cuando ocurrió la explosión, aún podía sentir la opresión en la garganta que precede a la avalancha de lágrimas, sensaciones en aumento con cada instante que pasaba hasta que fue a colapsar contra la pared exterior de su casa, conteniendo su alarido tan sólo con la palma de su mano cubierta en ese momento

por un guante de seda.

—Debes considerarlo —Roma habló en voz baja, como si cualquier ruido desmedido pudiera alterar la burbuja que se había formado a su alrededor y dar al traste con la sensación de extrañeza entre los dos, que bullía y bullía buscando la superficie—. Doy mi palabra de que esto no es una emboscada. Es un intento de evitar que el caos domine las calles.

Una vez, hacía mucho tiempo, en el cuarto trasero de una biblioteca, mientras una tormenta rugía en el exterior, Juliette le había preguntado a Roma:

—¿Alguna vez imaginas lo que sería de tu vida si tuvieras un apellido diferente?

—Todo el tiempo. ¿Tú no?

Juliette se había detenido a pensarlo.

—Sólo un par de veces. Luego considero todo lo que me perdería si no tuviera ese apellido. ¿Qué sería de mi si no fuera una Cai?

Roma había apoyado sus codos sobre la mesa.

—Podrías ser una Montagov.

—No seas ridículo.

—Muy bien —Roma se había inclinado en su dirección, lo suficientemente cerca para que ella pudiera ver el resplandor en sus ojos, lo suficientemente cerca para ver su propio rostro sonrojado en el reflejo de la mirada de él—. O podríamos borrar ambos nombres y dejar atrás toda esa insensatez de los Cai y los Montagov.

Ahora, en aquel momento, quería desechar los recuerdos, lanzarlos como un amasijo de saliva directamente a la cara de Roma.

Das tu palabra. Pero siempre has sido un mentiroso.

Abrió la boca, con las palabras para rechazar a Roma balanceándose justo en la punta de su lengua. En ese instante su mirada se dirigió a un manchón de movimiento que se precipitaba hacia él, y entonces Juliette palideció y su boca se cerró de pronto.

Roma se quedó inmóvil cuando sintió el arma con la que Tyler le apuntaba a la cabeza.

—Juliette —dijo Tyler. Mientras que las mangas de la holgada camisa del joven ondeaban ante la brisa, sus manos estaban completamente quietas, sin una sola vacilación en el firme agarre de su arma—. Apártate.

Juliette evaluó la situación. Sus ojos hicieron un rápido inventario de los extranjeros que los rodeaban, captando sus resoplidos escandalizados y sus ojos confusos y abiertos de par en par.

Necesitaba desactivar esta situación *ahora mismo*.

—¿Qué te sucede? —lo reprendió Juliette, fingiendo indignación mientras se alejaba.

Tyler frunció el ceño.

—Pero qué…

—Guarda tu arma y discúlpate con este amable caballero francés —continuó ella. Se llevó las manos a las caderas, como si fuera la tía gruñona de Tyler en lugar de una chica cuyos desbocados latidos de su corazón amenazaban con hacer estallar su caja torácica.

La expresión de Tyler cambió de furiosa a perpleja y de nuevo a furiosa. Juliette lo estaba convenciendo.

—Tyler —llamó Lord Cai desde la distancia—. Baja el arma. Ahora.

—Éste es Roma Montagov —espetó Tyler. Se oyeron los jadeos ahogados de la pareja británica que estaba detrás de él—. Yo lo sé. Lo supe por su voz.

—No nos avergüences actuando así —advirtió Juliette en voz baja.

Tyler respondió presionando el cañón de la pistola más incisivamente en el cuello de Roma.

—No toleraré que un Montagov se pasee por nuestro territorio. *Esta falta de respeto merece*…

En aquel momento dos figuras salieron de las sombras, con sus armas apuntándole a Tyler, silenciando las palabras de su boca. Benedikt Montagov y Marshall Seo ni siquiera se habían molestado en disfrazarse. Era culpa de la Pandilla Escarlata por no reconocerlos. Después de todo, Juliette sabía que podrían venir. Sabía que Roma le había arrebatado la invitación, que los Flores Blancas se habrían enterado de esta celebración incluso sin ser invitados. Y tal vez también era culpa suya. Quizás alguna parte traicionera de su ser había querido que Roma apareciera allí sólo para poder verlo. Aunque esa parte de ella —la que había soñado con un mundo mejor, la que había amado sin precauciones—, ya había sido dada por *muerta*.

Al igual que los monstruos se tenían por meras fábulas. Al igual que se suponía que esta ciudad, con todo su esplendor, tecnología e innovación, estaba a salvo de la locura.

—Detente —dijo Juliette, inaudible incluso para ella. Esto iba a terminar en un baño de sangre—. Detente…

Un grito resonó en la noche.

Los comentarios confusos comenzaron de inmediato, pero luego la confusión se convirtió en pánico y el pánico devino en caos. Tyler no pudo más que bajar su arma cuando la mujer británica que estaba a sólo medio metro de él se derrumbó en el suelo. No pudo más que caminar velozmente hacia atrás y hacerse a un lado cuando las manos

de la mujer se abalanzaron sobre su delicada garganta, blanca como un lirio, y la rasgaron en pedazos.

Todos a su alrededor.

Uno por uno, uno tras otro.

Fueron cayendo: Escarlatas, comerciantes y extranjeros por igual. Aquéllos que no habían sido infectados intentaban huir. Algunos lograban salir por las puertas. Otros sucumbían en cuanto ponían pie sobre el pavimento afuera de los jardines, con la locura apoderándose de ellos un poco después.

Los pulmones de Juliette volvieron a congestionarse. ¿Por qué se estaba extendiendo tan condenadamente rápido?

—No —gritó Juliette, corriendo hacia una figura familiar que yacía en el suelo.

Llegó donde estaba el señor Li justo antes de que éste pudiera llevarse las manos a la garganta, apoyando con fuerza la rodilla contra la muñeca de él con la esperanza de evitar el arrebato suicida.

La locura era demasiado vehemente. El señor Li apartó de un tirón su brazo de la rodilla de ella y Juliette cayó al suelo, restregando un codo contra la hierba.

—¡No, no lo haga! —gritó, lanzándose hacia el frente e intentando detenerlo nuevamente.

Esta vez las manos de é señor Li hicieron contacto con su propia garganta antes de que Juliette pudiera impedirlo. Esta vez, antes de que pudiera lanzarse sobre su tío favorito y obligarlo a detenerse, alguien la estaba apartando, conduciendo con mano fuerte a la joven de vuelta al suelo.

Juliette se esforzó por alcanzar el cuchillo oculto en su espalda, siguiendo su primer instinto de prepararse para la defensa.

Luego escuchó:

—Juliette, detente. No pretendo hacerte daño.

Su mano se congeló, un grito quedó atrapado en su garganta. Un arco de sangre salió disparado en medio de la noche, con algunas de esas gotas cayendo sobre su propio tobillo, sobre sus muñecas, salpicando su piel como morbosas joyas carmesí. El señor Li se quedó inmóvil. Su rostro estaba congelado en su expresión final, una de terror, tan diferente a aquella de amabilidad a la que Juliette estaba acostumbrada.

—Yo podría haberlo salvado —susurró.

—No habrías podido —replicó Roma de inmediato—. Te habrías infectado al seguir intentándolo.

Juliette dejó escapar un pequeño suspiro de sorpresa. Apretó los

puños para ocultar su temblor.

—¿Qué quieres decir?

—Insectos, Juliette —dijo Roma. Tragó saliva cuando una cercana andanada de gritos aumentó de volumen—. Es así como se extiende la locura… como piojos en el cabello.

Por un brevísimo segundo de descontrol, los ojos de Juliette se abrieron enormes, la trama de hechos en su cabeza finalmente conectándose entre sí, una delgada línea trazando la trayectoria de un punto a otro. Luego se echó a reír amargamente y se llevó una mano a la cabeza. Se dio un golpe en el cráneo, y un sonido duro y crujiente surgió de su cabello, un sonido que daba la impresión de que en lugar del cráneo estaba golpeando un cartón. Extraño. Su cabello naturalmente liso necesitaba al menos litro y medio de producto para elaborar las ondas que ella estilaba y así lograr que quedaran firmes en su lugar.

—¿En mi cabello? Me gustaría ver que lo intentaran.

Roma no respondió a esto. Apretó los labios y miró en dirección de los jardines. Los que quedaban vivos habían optado por acurrucarse bajo una glorieta, apagados y desconcertados. Su padre estaba separado del resto, con las manos a la espalda, simplemente mirando.

No había nada que pudiera hacer nadie de los allí presentes excepto quedarse donde estaban y ver morir a la última de las víctimas.

—Una reunión.

Roma volteó su mirada hacia ella, sobresaltado.

—¿Perdón?

—Una reunión —repitió Juliette, como si la audición de él hubiera sido la causa de su sobresalto. Se limpió la sangre de la cara—. Eso es todo lo que puedo prometerte.

Dieciséis

Juliette se tomó su tiempo para armarse. Había algo reconfortante en ese acto, algo satisfactorio en la sensación suave y fría del arma contra la piel desnuda: había una que sobresalía del zapato, otra a la altura del muslo, otra más junto a la cintura.

Estaba segura de que otras personas estarían en desacuerdo con lo que sentía en aquel momento, pero si Juliette empezaba a seguir la corriente, dejaría de ser ella misma.

Después del incidente en los jardines de la Concesión Francesa, se había producido un gran alboroto en la mansión de los Cai.

—Sólo tenemos que escucharlos —había dicho a sus padres, mientras sentía cómo le ardían los ojos debido a lo avanzado de la noche—. No se pierde nada con escuchar.

En el acto se había desatado una oleada de murmullos de contrariedad entre los parientes que escuchaban desde los sofás, parientes que pertenecían al círculo más íntimo de los Escarlatas, y parientes que no tenían la más remota idea sobre lo que sucedía al interior de la Pandilla. En lugar de irse a acostar, todos se habían reunido a escuchar la propuesta que Juliette hacía a sus padres, y todos estallaron con indignación, furiosos de que Juliette pudiera llegar a contemplar siquiera la posibilidad de reunirse pacíficamente en la misma sala con los Flores Blancas…

—¡Silencio! —gritó Juliette—. ¡Silencio, cállense, *todos*!

Con excepción de sus padres, todos se quedaron paralizados, con los ojos muy abiertos, sorprendidos como mapaches encandilados con una linterna. Juliette respiraba trabajosamente, la cara todavía

salpicada por la sangre del señor Li. Tenía una aspecto terrible.

Bien, pensó. *Dejemos que me consideren una desalmada. Eso es mejor a que me cataloguen de débil*.

—Imaginen —dijo Juliette cuando pudo regular su respiración después del arrebato que había impuesto el silencio en el salón—. Imaginen lo que deben de pensar de nosotros los extranjeros. Imaginen lo que estarán conversando entre ellos ahora, mientras recogen a sus muertos. Sólo estamos confirmando que somos unos salvajes, que este país es un lugar en el cual la locura se propaga como una enfermedad, masacrando a la gente como si fuera ganado.

—Tal vez eso sea bueno —dijo Tyler desde el pie de la escalera. Estaba sentado con actitud indolente, los codos apoyados en el primer escalón, mientras que el resto del cuerpo reposaba en el piso de madera—. ¿Por qué no esperamos a que esta locura siga su curso hasta el final? ¿Y que mate a tantos extranjeros que éstos finalmente decidan hacer sus maletas y embarcarse fuera de aquí?

—Porque así no es cómo funcionan las cosas —replicó Juliette con un bufido—. ¿Sabes lo que ocurriría, en realidad? Ellos creen al pie de la letra en todas las tonterías con que sus misioneros les endulzan el oído. Y están convencidos de que tienen que ser nuestros salvadores. Sacarían sus tanques para que recorrieran nuestras calles y luego instalarían su gobierno en Shanghái, y antes de que nos diéramos cuenta… —Juliette hizo una pausa y dejó de hablar en el dialecto de Shanghái para adoptar su mejor imitación del acento británico—: *Gracias al cielo colonizamos a los chinos cuando lo hicimos. Porque quién sabe cómo se habrían destruido a sí mismos de no ser por nosotros*.

Se produjo un silencio. Muchos de sus parientes dejaron de entenderle cuando pasó a hablar en inglés. Pero eso no importaba. Las personas a las que tenía que convencer, sus padres, la habían entendido perfectamente bien.

—Tal como yo lo veo —continuó Juliette, ahora con su acostumbrado acento americano—, si nuestros gánsteres no dejan de caer muertos, vamos a perder el control. Los trabajadores de las fábricas de algodón y en los centros de opio empezarán a quejarse, toda la ciudad comenzará a agitarse debido al caos, y entonces los extranjeros tomarán el control, si es que no son los comunistas quienes lo hacen antes. Al menos con los Flores Blancas la partida está nivelada. Al menos tenemos un equilibrio, al menos *tenemos* control de media ciudad, en lugar de *nada*.

—Exprésate claramente —le pidió Lady Cai, hablando también en un inglés con marcado acento—. Estás diciendo que dejar de lado la

guerra con los Flores Blancas es más aceptable que correr el riesgo de que los extranjeros terminen gobernándonos.

—¿Por qué no pueden hablar en běndì huà? —se quejó amargamente una tía, pues ya no podía seguir la conversación.

—Sólo pido *una* reunión —dijo Juliette rápidamente, haciendo caso omiso de las quejas—. Sólo por el tiempo suficiente para unir nuestros recursos y detener esta locura de una vez por todas. Sólo para que esos blanquitos *no metan sus manos en este país*.

Y a pesar de lo convencida que estaba de la fuerza de su argumento, mientras lo estaba explicando, de todos modos Juliette se llevó la sorpresa de su vida cuando sus padres dijeron que *estaban de acuerdo*. En ese momento se observó en el espejo envuelta en un aura de vanidad, mientras se alisaba la ropa y se arreglaba un mechón de pelo rebelde, que se echó hacia atrás presionando con fuerza, con la esperanza de pegarlo al resto de sus rizos llenos de cera para peinar.

Las manos le temblaban.

Y le siguieron temblando mientras bajaba las escaleras, y sus tacones golpeteaban el piso de la entrada, antes de subir a la parte trasera del auto y deslizarse hasta el fondo para que Rosalind y Kathleen pudieran acomodarse apretadamente junto a ella. Las manos de Juliette siguieron temblando y temblando, mientras apoyaba la cabeza contra la ventana y se quedaba mirando las calles de la ciudad a medida que el auto avanzaba. Ahora Juliette observaba a la gente bajo una nueva luz, a los vendedores que ofrecían sus productos en la calle y los barberos que hacían su trabajo en las aceras, llenando de gruesos manojos de pelo negro el suelo de concreto.

La energía habitual de Shanghái había desaparecido. Era como si del cielo hubiese bajado una gran mano que le hubiera arrebatado la vitalidad a todos los trabajadores que se veían en las calles, disminuyendo el volumen de los pregones de los vendedores, el vigor de los conductores de *rickshaws*, y la animada charla de los hombres que merodeaban por las tiendas sin otra razón más que conversar con los transeúntes.

Al menos, hasta que veían aquel lujoso auto que se desplazaba por la calle. Entonces entrecerraban sus ojos asustados, y aunque no se atrevían a expresar abiertamente su rabia, sí se quedaban mirando fijamente, con unos ojos que comunicaban mucho.

Los gánsteres eran quienes controlaban la ciudad. Si la ciudad caía en desgracia, ellos serían los culpados. Y luego todos los gánsteres perderían las vidas, asesinados en rebeliones políticas, hubiera o no locura, con la participación o no de los extranjeros.

Juliette recostó la cabeza nuevamente contra el respaldo del asiento, mordiéndose la parte interna de las mejillas con tal fuerza que podía sentir un sabor metálico en la lengua. A menos que pudiera detener aquello, todo esto iba a tener un final amargo, muy amargo.

—Terrible, ¿no? —susurró Rosalind, mientras se inclinaba hacia delante para mirar por la ventana.

—No por mucho tiempo —dijo Juliette a manera de respuesta, como una promesa—. No, si puedo evitarlo.

En ese momento, sus manos dejaron de temblar.

Alisa Montagova se había aprendido de memoria casi todas las calles de Shanghái. Le gustaba imaginar que en lugar de dendritas y nervios sinápticos, tenía en su cabeza un mapa de la ciudad, que cubría por completo sus lóbulos temporales y la amígdala cerebral, hasta que toda su materia se componía de los lugares en los que había estado.

Cuando Alisa desaparecía de los lugares en los que *se suponía* que estaba, por lo general se encontraba prestando atención a conversaciones de otras personas. Ya fuera dentro de su propia casa o en el resto de la ciudad, Alisa no era quisquillosa con eso. A veces captaba los detalles más interesantes de las vidas que la rodeaban, trozos que terminaban ensamblándose de las formas más inesperadas, si lograba oír suficientes conversaciones de distintos individuos.

Hoy había sido una decepción.

Mientras soltaba un suspiro, Alisa se bajó del conducto de ventilación en el que se había metido, renunciando a seguir escuchando la discusión entre el señor Lang y su anciana madre. Habían circulado algunos rumores acerca de una supuesta inestabilidad al interior de la Pandilla Escarlata, rumores según los cuales Lord Cai había sido depuesto por su cuñado, pero todo eso resultó una patraña. La única amenaza que representaba el señor Lang era la de aburrir de muerte a su propia madre, a quien visitaba en su pequeño departamento de la ciudad, y con quien siempre se quejaba sobre la forma en que ella preparaba los dumplings.

Uy, pensó Alisa rascándose la cabeza, mientras miraba hacia abajo desde el techo del tercer piso al que había trepado. Hacía una hora había logrado llegar hasta ahí después de montarse sobre el puesto de un vendedor callejero. Sólo le había costado un centavo (por comprar un bollo relleno de verduras) y luego el anciano la había dejado subirse a la estructura hasta poner una pierna sobre el alféizar de la ventana del segundo piso del edificio de departamentos.

Pero ya el vendedor había recogido sus pertenencias y se había

marchado de allí, llevándose aquel carro de considerable altura que tan útil le había resultado a Alisa.

Haciendo una mueca, Alisa buscó un alféizar que pudiera acortar la distancia entre el segundo piso y el suelo, pero en este lado del edificio no podía ver nada que pudiera servirle. Tendría que encontrar otra forma de bajar y tendría que hacerlo pronto. El sol estaba cada vez más bajo y Roma la había amenazado con esconderle todos los zapatos si ella no asistía a la reunión de esta noche, una amenaza que la hacía estremecerse.

—Van a escrutar hasta el último detalle en nosotros —había dicho Roma—. Van a observar cada movimiento de Papá. Van a fijarse en la prominencia de Dimitri. *No* podemos dejar que también se den cuenta de que tú no estás.

Así que Alisa se cubrió la nariz y se escurrió por el desagüe que bajaba hasta el callejón detrás del edificio. Había tanta basura acumulada allí que incluso le costó trabajo respirar por la boca. Era como si su lengua también pudiera absorber el mal olor.

Refunfuñando, Alisa se metió entre la basura, mientras trataba de calcular cuán retrasada estaba. El sol ya había bajado casi por completo y apenas se veía, oculto tras la altura los edificios lejanos. La chica estaba tan absorta en sus preocupaciones que casi pasaba por alto los jadeos que se escuchaban cerca de donde estaba.

Se quedó paralizada.

—¿Hola? —dijo, en el primer dialecto chino que afloró a sus labios —. ¿Hay alguien ahí?

Y, en ruso, una vocecita débil contestó:

—*Aquí.*

Alisa retrocedió rápidamente, regresando por entre las bolsas de basura para buscar a la persona que había hablado. Su mirada aterrizó sobre una mancha roja. Cuando se acercó un poco más, entre la basura que se acumulaba contra la pared apareció la forma de un hombre.

Yacía en medio de un pozo formado por su propia sangre, con la garganta destrozada.

—Ay, no.

Alisa no necesitó recurrir a su habitual ingenio para deducir que este hombre era otra víctima de la locura que estaba arrasando Shanghái. Había oído a su hermano hablando sobre eso en voz baja, pero él no había querido decirle nada concreto y tampoco acostumbraba hablar de estas cosas en lugares en los que ella pudiera escucharlo. Tal vez lo hacía a propósito.

La chica no reconoció a la víctima que tenía enfrente, pero era un Flor Blanca y, a juzgar por su ropa, probablemente estaría trabajando en los puertos cercanos. Se detuvo un momento, sin saber qué hacer. Su hermano le había advertido que se mantuviera lejos, muy lejos de cualquier individuo que pareciera desequilibrado, aunque sólo fuera un poquito.

Pero ella nunca atendía nada de lo que le decían. Así que se arrodilló junto al hombre.

—¡Ayuda! —gritó Alisa—. ¡Ayuda!

Al final del callejón comenzó entonces una gran actividad de murmullos confusos e indignados, que provenían de otros Flores Blancas que se acercaban para ver a qué se debía todo aquel estruendo. Alisa acercó la oreja a la boca del moribundo, pues necesitaba escuchar si todavía estaba respirando, si todavía estaba vivo.

Y fue así como alcanzó a oír su último suspiro.

Muerto.

La chica retrocedió, atónita.

Los otros Flores Blancas se reunieron a su alrededor, mientras su molestia se transformaba en aflicción en cuanto entendieron la razón por la que Alisa había gritado. Muchos se quitaron el sombrero y se lo llevaron al pecho. No parecían sorprendidos por la imagen que estaban contemplando. Parecían resignados, otra muerte que se sumaba a los cientos que ya habían visto ocurrir frente a sus ojos.

—¡Atrás, pequeña! —le dijo amablemente a Alisa el Flor Blanca más cercano a ella.

Alisa se incorporó con lentitud, dejando que los hombres se encargaran de la víctima más reciente de su pandilla. Aturdida, logró regresar a la calle, sin saber muy bien cómo y levantó la vista hacia el cielo color naranja.

¡La reunión!

Entonces empezó a correr, mientras maldecía entre dientes y echaba mano de su mapa mental para encontrar la ruta más veloz. Ya estaba junto al río Huangpu, pero la dirección que había memorizado se hallaba mucho más al sur, en el sector industrial de Nanshi, donde rugían las fábricas de algodón y los edificios comerciales daban paso a los industriales.

Las dos pandillas rivales iban a encontrarse allí, lejos de las fronteras definidas de sus territorios, lejos de lo que claramente se consideraba zona de influencia de los Escarlatas o de los Flores Blancas. En Nanshi sólo había fábricas. Pero, entre ellas, había

propietarios que recibían fondos de los Escarlatas o que estaban asociados con los Flores Blancas, y trabajadores de rostros mugrientos que, aunque vivían bajo el dominio de los gánsteres, se mantenían ambivalentes en cuanto a qué lado se inclinara la balanza del predominio.

Algunos de esos trabajadores solían prometer lealtad a una pandilla o la otra, al igual que los que trabajaban en la parte central de la ciudad. Pero luego empezaron a bajar los salarios rurales y los propietarios de fábricas empezaron a enriquecerse aún más. Después llegaron los comunistas y comenzaron a hablar a los trabajadores al oído acerca de la revolución del proletariado y, después de todo, sólo se podía hacer la revolución si se les cortaba la cabeza a los que mandaban.

Alisa le hizo señas a un *rickshaw* y se subió de un salto. El hombre que tiraba del carrito la miró con extrañeza, probablemente preguntándose si tendría edad suficiente para andar dando vueltas sola por ahí. O tal vez pensó que se trataba de una fugitiva, una de esas bailarinas rusas de los clubes, que estaba huyendo de las deudas que la acosaban. Esas chicas eran la pieza de utilería más barata de todo Shanghái: su apariencia era demasiado occidental para ser chinas, y su conducta demasiado oriental para pasar por extranjeras exóticas.

—Sigue hasta donde los edificios parecen derrumbarse —dijo al conductor del *rickshaw* y el hombre empezó a avanzar.

Cuando la chica llegó, el sol se había ocultado casi por completo detrás del horizonte y sólo se veía una pequeña cuña flotando por encima de las olas amarillas del río. Se quedó merodeando delante del edificio que Roma había descrito, confundida y temblando ante las primeras corrientes del frío nocturno. Su mirada oscilaba entre la puerta cerrada de la bodega abandonada y un lugar a diez pasos a la izquierda de allí, donde había una chica china que observaba el río. A esa altura tan al sur, el Huangpu parecía mostrar otro color. Algo brumoso. Tal vez como resultado del humo que flotaba en el aire a su alrededor, parte del cual procedía del molino de harina que estaba cerca, y otra parte de la fábrica de aceite aledaña. Otro local cercano era el de los Recursos Hídráulicos Franceses. No cabía duda de que ese establecimiento también contribuía a enrarecer el ambiente. Vacilante, Alisa dio un paso al frente, con la esperanza de preguntar a la chica qué sitio era aquél, mientras notaba la forma en que se agitaba con la brisa la chamarra de piel de la muchacha, teñida en su totalidad por la luz naranja del crepúsculo.

—Todavía no ha comenzado. No te preocupes.

Alisa parpadeó al oír que le hablaban en ruso, momentáneamente sorprendida. Pero todo cobró más sentido cuando la chica se dio media vuelta y Alisa reconoció su cara.

—Juliette —dijo Alisa sin pensar, y luego tragó saliva, mientras se preguntaba si se habría hecho acreedora a una represalia por usar el nombre de la heredera rival de forma tan casual.

Pero la joven tenía su atención concentrada en el encendedor de su mano. Estaba jugando con él distraídamente, girando la rueda de la chispa y luego apagando la llama tan pronto ésta encendía.

—Alisa, ¿cierto?

Eso sí que fue una sorpresa. Todo el mundo en Shanghái sabía de Roma. Conocían su sangre fría y su reputación de heredero calculador y cuidadoso de los Flores Blancas. Pero Alisa, que no tenía mucho que ver con nada, era un fantasma.

—¿Cómo supiste?

Juliette por fin levantó la vista y arqueó una ceja, como si dijera: *¿Por qué no habría de saberlo?*

—Tú y Roma tienen la misma cara—dijo—. Así que me arriesgué a adivinar.

Alisa no supo qué responder a eso y tampoco supo qué más decir. La salvó del apuro un joven Flor Blanca que abrió la puerta de la bodega en ese momento y asomó la cabeza. Primero vio a Alisa y luego se quedó mirando con odio a Juliette. La animadversión era predecible, a pesar de que se suponía que hoy todos debían ser corteses. El sólo hecho de organizar esta reunión había mandado a cinco Flores Blancas al hospital, después de que uno de los mensajes que circuló por el territorio Escarlata había sido comunicado de manera un poco violenta.

—Será mejor que entre, señorita Montagova —dijo el joven—. Su hermano pregunta por usted.

Alisa asintió, pero su mirada curiosa divagó hacia Juliette.

—¿Y tú no vas a entrar?

Juliette sonrió. Parecía tener una razón secreta para sentirse divertida, pero probablemente nadie se enteraría jamás.

—En un momento. Ve tú.

Alisa se apresuró a entrar.

La atmósfera que se respiraba en la bodega sólo podría describirse como glacial. Lord Cai y Lord Montagov se limitaban a observarse fijamente desde los extremos de la estancia, cada uno sentado detrás de una mesa en su mitad asignada de la bodega.

No había mucha gente y, aunque el espacio era reducido, el número de asistentes era lo suficientemente moderado para que el espacio pareciera amplio. Alisa contó menos de veinte personas en cada bando, lo cual era bueno. Los gánsteres se habían dispersado en pequeños grupos que fingían conversar, pero en realidad cada facción observaba de cerca a la otra, en espera de la más mínima señal que sugiriera una emboscada. Al menos era muy poco probable que cualquiera de estos gánsteres se decidiera a actuar sin recibir instrucciones de parte de Lord Cai o de Lord Montagov. Se había prohibido el ingreso a esta reunión a los miembros de alto nivel tanto de la Pandilla Escarlata como de los Flores Blancas, a menos que pertenecieran al círculo más íntimo. Se pensaba que quienes tenían poder serían más difíciles de controlar, mientras que los mensajeros y ordenanzas que estaban allí harían lo que les dijera y actuarían convenientemente como escudos humanos en caso de que las cosas se complicaran.

Alisa divisó a Roma en una esquina, plantado allí con actitud estoica, lejos de Benedikt y Marshall. Cuando Roma vio a la chica, le hizo señas para que se acercara.

—Ya era hora de que aparecieras.

Roma le entregó el abrigo que tenía en la mano. Lo había llevado porque sabía que Alisa siempre olvidaba ponérselo e inevitablemente terminaba temblando de frío.

—Lo siento —dijo ella, mientras se ponía la prenda—. ¿Ha pasado algo interesante?

La chica recorrió con la mirada la mesa que estaba de su lado. Su padre estaba sentado allí, con actitud gélida. Junto a él, Dimitri estaba estirado en su silla, con uno de sus pies sobre la rodilla de la otra pierna.

Roma negó con la cabeza.

—¿Por qué llegas tan tarde?

Alisa tragó saliva dificultosamente.

—Me encontré afuera con alguien interesante.

Como si la sola implicación de su presencia fuera una forma de convocarla, Juliette franqueó la puerta en ese momento. Todas las cabezas voltearon a mirarla, pero ella simplemente clavó la mirada al frente, controlando que sus ojos no mostraran emoción alguna.

Roma estiró la boca hasta formar una línea recta y tensa.

—No debería tener que decirte esto —dijo en voz baja—, pero mantente lejos de ella. Juliette Cai es peligrosa.

Alisa puso los ojos en blanco.

—No creerás todas esas historias sobre la forma en que mataba a sus amantes americanos con sus propias manos, ¿o sí?

Roma la silenció con una torva mirada de desaprobación. Sin embargo, su mueca duró poco, pues de inmediato la atención del joven pareció concentrarse en algo que lo puso muy tenso.

La chica siguió la dirección de la mirada de su hermano. La expresión de Juliette había perdido el aire de divertido escepticismo y ahora le dedicaba un gesto de asentimiento a Roma. Al ver también la seriedad de Roma, Alisa comprendió que definitivamente allí había algo que se le escapaba.

—Alisa.

Volteó para mirar a su hermano, quien ya había desviado la mirada.

—¿Qué?

Roma frunció el ceño y luego estiró el brazo para tomar las manos de Alisa y retirárselas de la cabeza. Ella ni siquiera se había dado cuenta de que estaba rascándose con tanta intensidad, que estaba arrancándose de raíz mechones de su pelo rubio casi blanco, que ahora estaban enrollados en sus dedos como lazos de joyería.

—Lo siento —dijo Alisa, al tiempo que entrecruzaba sus manos detrás de la espalda. Una comezón ardiente recorría su piel. Es posible que se estuviera acalorando mucho con el abrigo, pero la piel de gallina que se le veía alrededor del cuello indicaba otra cosa—. ¡Tengo tanto calor!

—¿Qué? ¿Quieres que te abanique? —susurró Roma, al tiempo que acercaba una silla para la chica y él ocupaba la suya propia—. Siéntate quieta. Y esperemos que esto no se vaya al demonio.

Alisa asintió y se sentó, tratando de no rascarse.

Cuando Juliette entró al recinto, trató de concentrarse en el peso del arma que llevaba presionada contra el muslo para contrarrestar el peso de las miradas de todos. Dedicó a sus padres una seña con la cabeza a manera de saludo y luego recorrió con la mirada el resto del lugar. En sólo unos segundos reconoció cada cara, la compaginó con un nombre y luego fue catalogando a todo el mundo en orden de peligrosidad.

Ahí estaba Dimitri Voronin, de quien había oído decir que era agresivo e imposible de controlar, pero hoy Lord Montagov valoraba la diplomacia —o, al menos, eso era lo que había prometido—, así que Dimitri mantendría la calma. Allá estaba Marshall Seo, jugueteando con lo que parecía una hoja de hierba que hacía girar entre los dedos

como si fuera una cuchilla. Junto a él, Benedikt Montagov permanecía con una expresión neutral, con el aspecto de una pensativa estatua de piedra.

Y un poco más allá estaba, desde luego, Roma.

Juliette se sentó junto a Rosalind y Kathleen, después de acercar una silla que colocó junto a las de ellas. Con gran renuencia concluyó que ninguno de los Flores Blancas parecía más volátil que Tyler, que estaba prácticamente temblando en su silla debido al esfuerzo de mantenerse en silencio.

—Esto es para ti —dijo Kathleen, al notar la llegada de Juliette.

En ese momento le pasó un pequeño trozo de papel. Juliette levantó una esquina y leyó una serie de números y nombres de calles. Kathleen lo había logrado. Se había reunido otra vez con su contacto y había conseguido la dirección personal de Zhang Gutai.

—¿Y encontraste algo en El Bund?—preguntó Juliette, mientras guardaba la dirección.

—Los banqueros no tienen ni idea —respondió Kathleen—. Sólo había una anciana que dijo tener información y que cree haber visto un monstruo en el río.

Juliette se quedó pensativa.

—Interesante —dijo.

Rosalind se aclaró la garganta y se inclinó hacia delante.

—¿Sobre qué están susurrando?

—Ah —dijo Juliette, al tiempo que hacía un gesto displicente con la mano—. Nada importante.

Rosalind entrecerró los ojos. Parecía como si deseara hablar más y reprocharle a Juliette su aire desdeñoso. Y tal vez habría sido muy merecido, pues Juliette realmente estaba tratando de evitar cualquier difusión innecesaria del tema y de mantener el asunto en secreto mientras estaban en aquella bodega llena de Flores Blancas. Rosalind pareció entender y cambió de tema.

—Mira a Tyler. Parece estar a dos segundos de hacer un berrinche.

Juliette volteó y arrugó la cara con desagrado. El temblor de Tyler parecía más intenso.

—Tal vez deberíamos pedirle que se marchara.

—No —Kathleen negó con la cabeza y se puso en pie—. Voy a hablar con él. Pedirle que se retire sería armar un problema mayor.

Antes de que Juliette o Rosalind pudieran protestar, Kathleen echó su silla atrás y comenzó a caminar hacia Tyler para sentarse junto a él. Juliette y Rosalind no podían oír lo que Kathleen decía, pero podían ver que Tyler no la escuchaba, ni siquiera cuando Kathleen lo tomó

por el codo y le dio una fuerte sacudida.

—Kathleen tiene un corazón demasiado bondadoso —comentó Rosalind.

—Déjala —dijo Juliette—. Se están perdiendo demasiados corazones bondadosos día con día.

De repente se oyó un rumor que empezó a recorrer la bodega. La reunión estaba comenzando. Con el rabillo del ojo, Juliette reparó de nuevo en la mirada de Roma. Habría querido que él dejara de mirarla. Todo este asunto se sentía extraño tanto por razones obvias como por razones que no lograba descifrar con precisión. El hecho de reunir a la Pandilla Escarlata y a los Flores Blancas se sentía como una cooperación, y también una derrota.

Pero no tenían opción.

—Bueno, espero que todo el mundo se encuentre bien.

Después de que resonaron estas palabras de Lord Montagov, todos los presentes guardaron silencio. Había hablado en el dialecto de Pekín, la lengua china más común, que era la primera que aprendían los comerciantes y empresarios extranjeros, pero lo hizo con un marcado acento. Las generaciones anteriores no hablaban con tanta fluidez como sus hijos.

—Iré directo al grano —dijo—. En la ciudad se ha desatado una oleada de locura que está matando a Escarlatas y Flores Blancas por igual.

Lord Montagov no parecía ahora una persona muy desagradable. Si Juliette no supiera cómo era en realidad, habría podido pensar que se trataba de un hombre paciente y sereno.

—Estoy seguro de que todos estarán de acuerdo conmigo en que esto debe llegar a su fin —siguió diciendo—. Ya se trate de una enfermedad causada por el hombre o de un suceso natural, necesitamos respuestas. Tenemos que saber por qué esto afecta a nuestra gente de manera tan letal y luego debemos ponerle fin.

A esto sólo le siguió el silencio.

—¿En serio? —se oyó decir sardónicamente a una voz. La interpelación no estaba dirigida a Lord Montagov sino a la Pandilla Escarlata, que guardaba estricto silencio. Marshall Seo se puso en pie —. Mientras la ciudad entera muere, ¿ustedes todavía se niegan a hablar?

—Sencillamente creo —dijo con frialdad Lord Cai— que cuando uno anuncia un plan para poner fin a la locura, es importante ofrecer primero algunas de sus propias ideas.

—¿Acaso no fue su hija quien sugirió esta reunión?

El que habló ahora fue Dimitri Voronin, cuya voz resonó con un tono de displicencia.

—Nuestra hija —intervino Lady Cai, con voz retumbante— buscó comenzar un diálogo. Eso no es una promesa, ni representa la garantía de que suceda aquí un intercambio.

—Típico —comentó Dimitri con desdén.

Ese comentario cayó muy mal en la Pandilla Escarlata. Los ordenanzas que rodeaban a Lord Cai se removieron en sus sillas, mientras su manos se acercaban cada vez más a las armas que llevaban ocultas a la altura de la cadera. Lord Cai hizo un gesto de impaciencia, para indicarle a todo el mundo que se calmara.

—Tal es la situación en este momento —dijo Lord Cai y puso las manos sobre la mesa, con las palmas contra la superficie fría—. Bajo las actuales circunstancias, tenemos pistas y fuentes con las cuales podemos trabajar, si quisiéramos investigar esta locura.

Lord Montagov abrió la boca para hablar, pero el padre de Juliette todavía no había terminado.

—Eso significa —siguió diciendo Lord Cai— que nosotros no *necesitamos* la ayuda de ustedes. ¿Entendido? Estamos aquí con la *esperanza* de ampliar nuestro conocimiento y agilizar la investigación. Ésa es la posición de la Pandilla Escarlata. Ahora bien, ¿los Flores Blancas están dispuestos a compartir su conocimiento y sus ideas y, de hecho, a empezar una cooperación, o asistieron a esta reunión sólo para ver qué sacan de provecho de los demás, al estilo de las sanguijuelas, tal como llevan haciéndolo durante décadas?

Mientras tenía lugar este intercambio, los ojos iban de izquierda a derecha del salón y todos se miraban unos a otros. Todo el mundo estaba teniendo una conversación tácita; una persona expresaba la pregunta que todos tenían en mente y otra respondía con el menos perceptible movimiento de cabeza.

En ese momento cruzó por la mente de Juliette la idea de que, tal vez, los Flores Blancas no ofrecían una vía de investigación porque no tenían ninguna. Pero admitirlo sería para los Flores Blancas tan negativo como revelar todos sus secretos comerciales. Una u otra cosa sería percibida como delegación de poder. Por eso preferían dejar que la Pandilla Escarlata pensara que estaban siendo hostiles.

Y algunos miembros de entre los Escarlatas así lo creían.

Mientras Marshall Seo protestaba ante el insulto, murmurando una respuesta inaudible entre dientes, Tyler se levantó de un salto, incapaz de controlarse por más tiempo, y con dos o tres zancadas atravesó la división marcada en la bodega.

En ese instante Benedikt levantó su arma y Tyler se quedó paralizado.

Todos los asistentes contuvieron la respiración al mismo tiempo, sin saber qué hacer después, si ahora era un buen momento para reaccionar violentamente, si el solo hecho de levantar un arma daba pie a la cordura. Juliette también palpó su arma, pero se encontraba más ocupada tratando de analizar lo que estaba ocurriendo y de conectar cada suceso de manera lógica.

Marshall, el de las manos callosas, era el que había sido amenazado, pero Benedikt, el de los dedos manchados de pintura, era quien había reaccionado.

Juliette quitó las manos de la cartuchera que llevaba amarrada al muslo. Ahora entendía. Benedikt había levantado su arma para impedir que Marshall lo hiciera primero. Marshall estaba dispuesto a disparar, pero Benedikt no.

—Se suponía que esta reunión sería pacífica —dijo Benedikt en voz baja, en un intento por reducir la tensión. No sabía con quién estaba tratando. Tyler no era bueno para razonar; primero atacaba y luego pensaba en cómo lidiar con las consecuencias.

—Ah, lo que faltaba —dijo Tyler con una risita—. Primero desenfundas y luego comienzan las conversaciones de paz. *Paz*.

En un segundo, Tyler tenía en la mano su propio revólver de doble acción y estaba apuntando a Benedikt. Juliette se levantó enseguida y se movió tan rápido que su silla cayó, pero Tyler fue más rápido y ya estaba jalando del gatillo.

—Odio esa palabra tanto como odio a todos los Montagov.

Tyler jaló el gatillo y el estallido del disparo resonó en la bodega, provocando exclamaciones por todas partes.

Pero Benedikt sólo parpadeó, ileso.

Juliette se detuvo, con la respiración agitada y los ojos muy abiertos, mientras se daba media vuelta para buscar a Kathleen.

Kathleen le hizo un guiño cuando sus ojos se encontraron, y luego abrió la palma de la mano para mostrarle a Juliette las seis balas que reposaban allí.

No había pasado nada grave, pero el daño estaba hecho. Las sillas caían de espaldas mientras todos los gánsteres se ponían en pie, y empezaban a desenfundar sus pistolas y retirar los seguros. Y con los cañones apuntando a un punto determinado, empezó la gritería.

—Si así es como serán las cosas —anunció Lord Montagov por encima de la algarabía y las acusaciones y los insultos—, entonces la Pandilla Escarlata y los Flores Blancas *nunca* podrán cooperar…

No alcanzó a terminar su declaración.

En una esquina de la bodega comenzó a escucharse el ruido de alguien sofocándose, un jadeo leve pero repetitivo. En medio de la confusión, los gánsteres buscaron la fuente del ruido, atentos a no caer en ninguna trampa.

No esperaban descubrir que el ruido viniera de Alisa Montagova, que jadeó por última vez antes de caer de rodillas, mientras estiraba los dedos rígidos hacia su propia garganta.

Diecisiete

Roma corrió a auxiliar a su hermanita, a retirarle las manos de la garganta en una fracción de segundo. Antes de que ella pudiera quitárselo de encima con el frenesí que desataba la locura, Roma ya la había sujetado contra el suelo, torciéndole las manos detrás de la espalda y presionándole la cabeza contra el piso de concreto.

—Alisa, soy yo. *Soy yo* —le decía Roma con la respiración entrecortada, mientras la chica trataba de forcejear. Roma echó la cabeza hacia atrás y volvió a bufar—: ¡No más!

Sin embargo, era inútil desperdiciar esfuerzos en tratar de convencerla de que dejara de hacerse daño. La locura estaba lejos de ser sólo el capricho de una chiquilla rebelde y esa niña ya no era su hermana: algo la había consumido desde dentro.

—¡Ayuda! —gritó Roma por encima del hombro—. ¡Traigan ayuda!

Los Flores Blancas que lo rodeaban —todos y cada uno de ellos— vacilaban sin saber qué hacer. Al otro extremo de la bodega, los miembros de la Pandilla Escarlata salían apresuradamente, desapareciendo de la vista tan rápido como les era posible. Después de todo, éste no era su problema. Al ver que Juliette parecía demorarse más de la cuenta en salir, su madre de inmediato la tomó del codo y le dijo algo al vuelo, como si fuese preciso huir del contagio lo más rápido posible.

Al menos tenían derecho a huir. ¿Qué diablos hacían los Flores Blancas inmóviles ahí?

—¡No se queden ahí sin hacer nada!

Benedikt finalmente salió de su aturdimiento y empezó a correr, al

tiempo que se enrollaba las mangas de la camisa. Al llegar junto a Alisa, se arrodilló y le agarró una pierna, sujetándosela contra el suelo. Con el rostro pálido, Marshall, por cuestión de principios, también se sintió obligado a ayudar y contuvo la otra pierna, al tiempo que chasqueaba los dedos para que acudieran los mensajeros que estaban cerca.

—Roma —dijo Benedikt—, tenemos que llevársela a Lourens.

—*¡De ninguna manera!* —fue tal el fervor de la exclamación de Roma, que casi suelta a Alisa, que seguía revolcándose en el suelo—. No vamos a llevar a Alisa para que se convierta en el experimento de Lourens —dijo, al tiempo que volvía a agarrar las muñecas de la niña.

—¿Cómo puedes estar seguro de que no podría ayudarla? —protestó Benedikt de forma abrupta, como resultado del esfuerzo físico que realizaba—. Esas cosas probablemente le están devorando el cerebro justo en este momento. Si nunca hemos tratado de sacarlas, ¿cómo podemos saber que no puede hacerse?

—Ben —intervino Marshall. Por primera vez, en medio de esa situación tan caótica, su voz aguda pareció la más tranquila de los tres —. Tratamos de sacar una cosa *muerta* de un hombre *muerto* y terminamos con una tonelada de sesos en nuestras manos. ¿Cómo podríamos arriesgarnos a ello?

—¿Y qué otra *opción* tenemos? —preguntó Benedikt.

Marshall soltó la pierna de Alisa, dejándoles a Roma y Benedikt la tarea de sujetarla, y corrió a arrodillarse junto a la cabeza de la niña.

—Siempre hay una opción.

Marshall puso sus manos alrededor de la garganta de Alisa y apretó con fuerza. Roma necesitó la ayuda de todas las células de su mente racional para no atacar a su amigo y no empujarlo mientras Marshall contaba en voz baja. Roma sabía con exactitud qué era lo que Marshall estaba intentando, sabía que era algo por hacer, a pesar de que la necesidad de proteger a su hermana ardía en su interior como una llama.

Alisa dejó de forcejear. Marshall la soltó rápidamente y retiró las manos como si acabara de quemarse, antes de volver a tocarla para revisar su pulso.

—Está bien. Sólo que ahora está inconsciente —dijo con un movimiento de cabeza.

Con el corazón a punto de salírsele del pecho, Roma pasó uno de sus brazos por detrás de la nuca de Alisa y levantó a su hermanita como si no pesara nada: una muñeca de papel. Cuando Roma dio media vuelta, vio que la bodega ya estaba casi vacía. ¿Dónde diablos

estaba su *padre*?

—Vamos —dijo Roma, mientras apartaba de su mente ese pensamiento por ahora—. Tenemos que encontrar el hospital más cercano antes de que despierte.

—¡Déjenme entrar!

Roma golpeaba la puerta con los puños con tanta fuerza que hasta el suelo se sacudía de terror. Pero no servía de nada; las bisagras se mantuvieron firmes mientras que, del otro lado, el médico negaba con la cabeza a través del cristal y le rogaba a Roma que diera media vuelta y regresara a la sala de espera en la que estaban el resto de los Flores Blancas, tal como les habían pedido que hicieran.

—Permítanos encargarnos de ella a partir de este momento —había dicho el médico cuando llegaron con Alisa. Este hospital era más pequeño que algunas de las mansiones de Bubbling Well Road y tenía apenas el tamaño de la casa que podría haberle comprado un comerciante británico a su amante. Era un sitio deplorable, pero era su mejor opción. No había manera de saber cuánto tiempo podría aguantar Alisa, así que no podían arriesgarse a salir de Nanshi para llevarla a un sitio en el centro de la ciudad. Aunque este hospital hubiera sido construido para tratar los frecuentes accidentes de los trabajadores de las fábricas de algodón aledañas. Aunque Roma estuviera convencido de que aquellos médicos a los que se les veía el agotamiento en los ojos no parecían más competentes que cualquier vendedor callejero.

—Manténganla anestesiada —había pedido Roma al entregarles a Alisa—. Necesita oxígeno y un tubo de alimentación…

—Pero tenemos que despertarla para saber qué le pasa —insistió el médico—. Nosotros sabemos lo que hacemos…

—Es que ésta no es una enfermedad común —estalló Roma—. Esto es producto de la *locura*.

Entonces el médico les había hecho señas a las enfermeras para que sacaran a Roma de allí.

—No se atrevan —había advertido Roma, pero ya en ese momento lo habían obligado a retroceder un par de pasos—. No… esperen. No se atrevan a sacarme de aquí…

Pero lo habían expulsado.

Después de golpear la puerta por última vez, Roma dio media vuelta, mientras furioso maldecía entre dientes. Entonces empezó a jalarse el pelo, luego las mangas, cualquier cosa que tuviera cerca sólo para mantener las manos en movimiento, el sudor a raya y su rabia

concentrada en un radio controlado. Ese era el problema con lugares como ése: establecimientos alejados del centro de la ciudad y dirigidos por personas que ganaban un salario miserable. No temían a los gánsteres lo suficiente.

—¡Roma!

El chico cerró los ojos con fuerza y dejó escapar un resoplido largo e intenso, antes de darse la media vuelta para encarar a su padre.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Lord Montagov. Acababa de llegar, seguido por cinco hombres, y ahora todos llenaban aquella pequeña sala del hospital, mientras las paredes que alguna vez fueron blancas parecían humedecerse por el sudor de los presentes.

—¿Cómo sucedió esto?

Roma miró hacia el techo y se puso a contar desde diez hasta uno. Mientras tanto sus ojos iban registrando todas las grietas de la pintura y la forma en que la decadencia del lugar parecía visible en cada rincón. Este hospital parecía una fábrica desde afuera, muy distinto del establecimiento médico financiado por la Pandilla Escarlata, y ubicado en la Concesión Francesa, al que lo había llevado Juliette, pero la verdad es que las dos se venían abajo en ruinas, cada uno a su manera.

—¿Qué haces ahí inmóvil? —siguió diciendo Lord Montagov y estiró el brazo para golpear a Roma en la cabeza.

Ésa fue la gota que derramó el vaso y Roma perdió el control.

—¿Por qué diablos *te* demoraste tanto en llegar?

Lord Montagov entrecerró los ojos.

—Cuidado…

—¿Alisa está *muriendo* y tú te quedaste ahí plantado a ver cómo reaccionaban los Escarlatas? ¿Qué diablos te pasa?

Uno de los hombres de Lord Montagov empujó a Roma hacia atrás cuando éste se acercó demasiado a su padre. Tal vez fue algo que vio en los ojos del muchacho, o la forma en que la furia parecía prender fuego a sus palabras. Fuera lo que fuera, tiene que haber sido algo muy amenazante, pues tras una señal de Lord Montagov, el Flor Blanca sacó un cuchillo y amenazó a Roma para que retrocediera.

Pero Roma se quedó donde estaba.

—Adelante —dijo.

—Estás haciendo el ridículo —prorrumpió su padre. Lord Montagov disfrutaba del amor que los demás sentían por él. Se pavoneaba cuando la gente lo rodeaba y se enfurecía cuando lo miraban fijamente. Y la actitud dramática de Roma parecía avergonzarlo, lo cual le producía al hijo un cierto perverso placer.

—Si te parezco un tonto, entonces deshazte de mí —dijo Roma, abriendo los brazos—. Y manda a Dimitri a investigar esta locura. O, mejor aún, ¿por qué no te ocupas tú mismo del asunto?

Lord Montagov no hizo ningún ademán de responderle. Si estuvieran solos, su padre estaría gritando y golpeando con las manos cualquier superficie plana que tuviera cerca para producir un estruendo, cualquier estruendo que pudiera causarle un sobresalto a Roma, algo que el padre disfrutaba.

Lo que Lord Montagov buscaba no era obediencia; lo que buscaba era reafirmar su poder.

Y en este momento Roma cometía la imprudencia de negarle precisamente eso a su padre.

—Pero supongo que tú estás muy ocupado. Y que Dimitri tiene tareas más valiosas y mucha gente importante a la cual endulzarle el oído. O, tal vez… —Roma bajó la voz y empezó a hablar como si estuviera recitando un poema— lo que pasa es que ni tú ni Dimitri son lo suficientemente valientes para acercarse a la locura. Y a ti te asusta más lo que pueda pasarte que lo que pueda pasarle a nuestra gente.

—Cómo te atreves a…

Un gritó aterrador sonó detrás de las puertas cerradas y Roma dio la vuelta de inmediato, sin preocuparse por la posibilidad de que la brusquedad de sus movimientos pudiera acarrearle una puñalada por la espalda. Él ya estaba sacando su arma del bolsillo y disparó una, dos, tres veces, hasta que el panel de vidrio de la puerta se volvió añicos, permitiéndole meter el brazo del otro lado de la puerta y retirar el seguro.

—¡Alisa! —gritó, mientras abría las puertas de par en par—. *¡Alisa!*

Entró corriendo a la sala de urgencias, tapándose los ojos con una mano para protegerse de las potentes luces del techo. Nadie protestó por su presencia. Estaban demasiado ocupados tratando de contener el cuerpo agitado de Alisa y mantenerla quieta el tiempo suficiente para clavarle una jeringa en el cuello. La chica se desmayó unos segundos después, mientras mechones ensangrentados de su largo pelo rubio caían sobre sus ojos.

—¿Qué le hicieron? —preguntó Roma, al tiempo que corría al lado de su hermana. Le retiró el cabello de los ojos y tragó saliva con fuerza. Los párpados de la chica, tan pálidos y translúcidos bajo aquella luz que podían verse las venas azuladas, se agitaron por un instante, pero permanecieron cerrados.

El médico, el mismo que lo había expulsado de la sala y le había asegurado que su hermana estaría bien, se aclaró la garganta. Roma lo

miró, haciendo un gran esfuerzo para contener su ira.

—Le pusimos una inyección para mantenerla en estado de coma —el médico estiró la boca y se restregó la frente con fuerza, como si estuviera tratando de disipar la neblina de su mente—. Yo… nosotros… —volvió a carraspear y luego lo intentó de nuevo—. No sabemos qué le pasa. Deberá permanecer dormida hasta que encontremos una cura.

Dieciocho

Roma bajó las escaleras. Aunque su cuerpo físico lo había llevado hasta allí y había hecho los movimientos de agradecer al cantinero y levantar la cortina del fondo del bar, su cabeza permanecía a kilómetros de distancia, merodeando todavía alrededor del cuarto de hospital y observando a Alisa en su coma inducido, con los brazos y las piernas de la chica atados a la cama por su propia seguridad.

—¡Soy imbatible!

Con el estruendo de aquel rugido que subió por la escalera en espiral, la mente de Roma volvió a su cuerpo y su ira regresó con toda su potencia. Con la sangre hirviendo, se saltó los últimos cinco escalones y aterrizó sobre las tablas del piso con un golpe seco y pesado.

Roma se aventuró a adentrarse más en aquel estrecho sótano y empezó a recorrer el salón que había debajo del bar. La construcción de este lugar había consumido casi todos los ahorros de su padre un par de años atrás, y ahora el entablado del piso estaba lleno de irregularidades por el exceso de uso y las luces del techo parpadeaban aleatoriamente. Olía a sudor y orines y se oían tantas voces gritando unas sobre otras, que podría haberse tratado de una reunión de delincuentes. Eso sí, no quedaba duda del exorbitante diseño de este lugar. Con una sola mirada —al cuadrilátero de pelea que había en el centro, a los destellos plateados de las cuerdas que rodeaban la lona— se podía saber que este escenario subterráneo era una de las inversiones más valiosas de Lord Montagov. No causaba sorpresa saber que en pocas semanas había recuperado toda la inversión, si se

tenían en cuenta las tarifas de las apuestas que se cobraban en el lugar.

—¿Y ustedes dos no tienen nada mejor que hacer que estar aquí, en medio de todo esto?

Roma se dejó caer en una silla frente a una mesa, mientras examinaba los vasos de cerámica que Benedikt y Marshall tenían frente a ellos.

—Eso es lo que llevo diciendo desde hace un rato —contestó Benedikt.

—Es la última vez, lo prometo —dijo Marshall—. Después… *no, ¡agárralo por las piernas!*

La atención de Marshall se había dirigido por un momento a la pelea que estaba desarrollándose. El público que rodeaba la barrera aplaudía, mientras el perdedor se desplomaba sobre el cuadrilátero y el triunfador levantaba los puños en el aire.

—¡Está en muy mala forma! —dijo Marshall entre dientes, mientras volvía a mirar a sus amigos.

Disgustado, Roma levantó el vaso que Benedikt tenía enfrente y lo olió con precaución. Su primo se lo quitó de las manos.

—No bebas eso —le advirtió Benedikt.

—¿Vodka? —preguntó Roma a manera de respuesta, al identificar por fin el olor que venía percibiendo desde hacía un rato—. ¿En una taza de té? ¿En serio?

—No fue idea mía.

Marshall se inclinó hacia delante con una sonrisa traviesa.

—Sí, no culpes a tu querido primo. Fue mi idea.

La mesa se sacudió de repente con el impacto de otro hombre que caía a la lona, mientras el público estallaba en aplausos. Una mujer iba anotando la puntuación con un trozo de gis, y los espectadores corrían en grupo antes de cada pelea, con el dinero en la mano, para hacer sus apuestas sobre quién ganaría.

Roma no se sorprendió del todo al ver que Dimitri Voronin era el próximo en subir al cuadrilátero. Dimitri tenía cara de pasar todo su tiempo libre allí, mezclándose con la mugre que cubría el suelo y sintiéndose como en casa. Entre tanto, para Roma evitar este lugar era un objetivo personal. Sólo bajaba si tenía un asunto inaplazable, como era el caso entonces.

—Acabo de hablar con mi padre en casa —dijo Roma y volteó un poco la cabeza para no tener que ver a Dimitri agitando sus puños y mostrándole los dientes al público—. Ya no le preocupa la locura. Piensa que es algo cuyo fin se puede esperar con paciencia. Él cree

que Alisa sencillamente va a despertar y a salir de esa condición cuando se canse de tratar de desgarrarse la garganta.

Ésa era una verdad a medias. Lord Montagov ya no quería investigar la locura, pero el motivo no era la apatía. Era porque Roma había tocado una fibra y lo había golpeado donde más le dolía. Su falta de acción era un castigo. Por acusar de cobarde a su propio padre, Lord Montagov iba a demostrarle lo cobarde que en efecto podía ser, e iba a dejar que Alisa se marchitara de ser necesario.

—Pues es un idiota —dijo Marshall y guardó silencio—. No te ofendas —agregó después de unos segundos.

—Tranquilo —susurró Roma. Era como si su padre no se diera cuenta de que no era posible dirigir una pandilla si no había gánsteres. Lord Montagov tenía demasiada confianza en sí mismo, gran parte de ella inmerecida. Si vivían el peor escenario posible, probablemente pensaba que podría enfrentarse con la muerte y exigir que le devolviera sus posesiones.

—Tengo que hacer algo —Roma se agarró la cabeza con las manos —. Pero además de canalizar todos nuestros ahorros al laboratorio y que Lourens tenga más recursos para trabajar en una cura…

—Espera —dijo Marshall—. ¿Por qué esperar a que Lourens encuentre una cura desde cero, cuando en la calle circulan rumores acerca de que alguien ya fabricó una vacuna? Podemos robar la vacuna, hacer nuestra propia investigación…

—No hay manera de saber si la vacuna es real —intervino Benedikt —. Si estás hablando sobre el tal Albarraz, a mí me suena como un completo charlatán.

Roma asintió, de acuerdo con su interlocutor. Él también había oído los rumores, pero no tenían sentido, sólo parecía una forma de aprovecharse del pánico que arrasaba la ciudad. Si los médicos entrenados apenas podían entender los mecanismos de esta locura, ¿cómo es que un extranjero podía haber soñado con la cura?

—Todavía tenemos que encontrar esa víctima viva que necesita Lourens —decidió Roma—. Pero…

Desde el cuadrilátero llegó el sonido de huesos siendo aplastados y enseguida la mujer gritó, solicitando otro candidato para enfrentar al “divino Dimitri Voronin”. Roma se encogió, deseando poder acallar todo ese ruido.

Un hombre se levantó de la mesa contigua y salió corriendo con entusiasmo.

—Pero… —Roma trató de continuar por encima de la algarabía, mientras observaba al hombre que se alejaba haciendo una mueca—.

No podemos quedarnos de brazos cruzados esperando una cura que Lourens tal vez no encuentre. Y, en verdad, no sé qué más…

En ese momento el público rugió, pero esta vez la emoción no era de entusiasmo sino de indignación y decepción. Roma giró la cabeza rápidamente y soltó una maldición al ver la razón por la cual se había interrumpido la pelea.

Dimitri había sacado un arma y le estaba apuntando al siguiente contrincante.

Benedikt y Marshall se incorporaron, pero Roma levantó rápidamente una mano para pedirles que volvieran a sentarse. Después de observarlo mejor, vio que el contrincante de Dimitri no era ruso. Roma había pasado eso por alto cuando lo había mirado con desinterés la primera vez, pero la cera en el pelo indicaba que se trataba de un americano.

—Vamos a calmarnos, viejo —había dicho el estadounidense, mientras se reía nerviosamente. Su acento confirmó la hipótesis de Roma—. Pensé que esto era una pelea, no un espectáculo del Lejano Oeste.

Dimitri puso cara de desconcierto, pues no entendía lo que el tipo estaba diciendo.

—Los comerciantes Escarlata que entran aquí tienen que atenerse a las consecuencias.

El contrincante abrió mucho los ojos.

—Yo… yo no soy de la Pandilla Escarlata.

—Tú haces negocios con la Pandilla Escarlata. He visto tu cara en sus calles.

—Pero no estoy afiliado a la Pandilla Escarlata —protestó el hombre.

—En esta ciudad, tú eres parte de un bando o del otro.

Roma se levantó de su silla. Les lanzó a sus amigos una tajante mirada, para advertirles que no lo siguieran, y luego dio media vuelta con gesto adusto. El americano seguía tartamudeando en el cuadrilátero. Dimitri se acercaba cada vez más al estadounidense. Cuando Roma logró abrirse camino hasta la lona y pasó por encima de las cuerdas, Dimitri ya estaba frente al tipo y las aletas de su nariz temblaban de cólera.

¿Por qué está tan agitado?, se preguntó Roma. Era relativamente fácil pasar por alto actitudes desdeñosas como aquella. No parecía que el hombre fuera un Escarlata. Si era tan estúpido para venir a un club de pelea de los Flores Blancas, lo más probable es que su barco hubiera atracado en Shanghái hacía apenas unos pocos días.

Roma saltó al cuadrilátero y se deslizó entre el estadounidense y el cañón del arma de Dimitri.

—Suficiente.

—Largo, Roma —gritó Dimitri y empujó todavía más el arma con gesto amenazante, hasta que el metal se apretó contra la frente del heredero—. Vete de aquí, esto no es tu problema.

—O ¿si no qué? —le dijo Roma serenamente—. ¿Vas a dispararme?

Ahí arriba, bajo aquellas luces, rodeado por una multitud de Flores Blancas, Roma estaba más seguro que en cualquier otro lugar. Tenía un arma contra la cabeza, pero no tenía miedo. Dimitri sólo tenía una opción en ese momento, y mientras escuchaba los gritos de indignación de los espectadores, pareció comprender que Roma lo había atrapado. Para Dimitri, tal vez este chico era el niño molesto que vivía en la misma casa y en quien Lord Montagov no confiaba. Pero para todas las personas que los rodeaban, Roma era el heredero de los Flores Blancas, un asesino de Escarlatas, que estaba untado hasta el cuello en la sangre de todos los que había matado en venganza. Le gustara o no, Roma seguía siendo un Montagov y los Montagov eran poderosos. Si Roma decía que ese yanqui no era un Escarlata, entonces no lo era.

Roma le hizo señas al individuo para que se marchara.

Pero tan pronto como el americano se bajó del cuadrilátero y se dirigió a la salida, Dimitri le apuntó y le disparó de todas formas.

—¡No! —rugió Roma.

Las voces de los espectadores se fundieron en una cacofonía en la que se mezclaban las ovaciones con los gritos de horror y desaprobación, dividido entre los que estaban esperando que Dimitri derramara la sangre que tanto anhelaban presenciar, y aquellos que miraban la situación con precaución, preguntándose qué papel jugaba Roma entonces, si no podía conseguir que Dimitri le obedeciera.

Roma había estado alimentando su rabia todo el día. No había conseguido que los médicos cedieran a sus exigencias. No había podido convencer a su propio padre de que entrara en razón. Era el heredero de los Flores Blancas, el heredero de un imperio subterráneo conformado por asesinos y mafiosos y rudos comerciantes que habían huido de un país asolado por la guerra. Si no podía mantener el respeto de esos hombres, si no podía dominarlos y alimentarse del miedo que le tenían, entonces ¿qué *diablos* le quedaba?

Dimitri le dirigió un gesto amenazante y, de repente, Roma se vio rodeado de los gritos de la gente que se suponía que dirigía, pero que ahora lo observaban como si fuera un chiquillo y no su próximo líder.

Si Dimitri hubiera sido quien fuera al hospital, tal vez los doctores lo hubieran escuchado. Si Dimitri le hubiera dicho a Lord Montagov que la locura estaba amenazando la ciudad con más furia de la que habían previsto, Lord Montagov lo habría escuchado.

Roma sintió como si el control se le estuviera deslizando por entre los dedos igual que granos de arena. Cuando cerró el puño, ya casi no le quedaba ningún grano de arena. Tenía las manos casi vacías.

Si perdía el respeto de estos Flores Blancas que lo rodeaban ahora, perdería su posición. Y si dejaba de ser Roma Montagov, el heredero de los Flores Blancas, entonces ya no podría proteger a quienes realmente deseaba mantener a salvo.

Ya le había fallado a Alisa.

Y no quería seguir fallando.

—¡No vamos a tolerar a la Pandilla Escarlata! —Dimitri estaba lanzando puños arriba y abajo, subiendo y bajando el arma sin cuidado alguno, incitando a los espectadores—. ¡Los vamos a matar a *todos*!

Hacía mucho tiempo, Roma le había dicho a Juliette que la rabia de ella era como un diamante frío. Era algo que la otra persona podía tragarse lentamente, algo que podía depositar en los demás, deslizándolo por su piel de manera deslumbrante y glamorosa, antes de que se dieran cuenta ya demasiado tarde de que el diamante los había rebanado en pedazos. Roma admiraba a Juliette por eso. Sobre todo porque su propia rabia era exactamente lo contrario: una oleada incontrolable de fuego que no conocía la sutileza.

Y esta oleada había llegado.

En dos movimientos rápidos, Roma se lanzó sobre Dimitri y lo desarmó, arrojando el arma a la multitud.

—No le diste al vaquero la oportunidad de una pelea justa —dijo Roma y le hizo señas a Dimitri para que se acercara—. Así que voy a dejar que nos compenses por eso.

El público gritó para mostrar su aprobación. Dimitri permaneció quieto durante unos segundos, tratando de entender la motivación de Roma. Y luego miró de reojo a la multitud que gritaba, movió el cuello para aflojar los músculos y arremetió.

Roma se negó a permitir que esto se convirtiera en una de esas luchas monstruosas y brutales por las que eran conocidos estos lugares. Tan pronto como levantó el brazo para bloquear el primer golpe, siguió moviéndose con rapidez, ligero de pies, lanzando cada golpe con absoluta precisión. El cuadrilátero se mecía con el entusiasmo de los espectadores y todo el club gritaba con tanta fuerza

que incluso se oía un leve eco.

Para los observadores, todo pasó en una borrosa y veloz sucesión de movimientos.

Para Roma, fue una reacción instintiva. Había pasado años sosteniendo peleas de entrenamiento con Benedikt y aquella práctica finalmente estaba dando frutos. Pasó de la ofensiva a la defensiva en fracción de segundos; su brazo derecho se levantó para bloquear un puño al tiempo que su brazo izquierdo ya lanzaba un golpe que aterrizó con tanta solidez sobre la quijada de Dimitri que el joven retrocedió unos pasos, tambaleándose.

No importaba lo furioso que estuviera Dimitri, Roma no disminuía el ritmo. Se sentía como algo casi sobrenatural, esta energía que se precipitaba por sus extremidades, esa necesidad latente y absoluta de *derrotar* al favorito, de hacer que la gente recordara quién era el verdadero Montagov y quién era el impostor, quién merecía la dignidad de ser el heredero.

En ese instante Dimitri logró conectar un golpe contra la mejilla de Roma y éste sintió un *ardor* mucho mayor del esperado.

Roma soltó un gruñido y retrocedió tres pasos para evaluar su posición. Dimitri agitó los brazos, girándolos desde los hombros y, bajo las luces, se vio un rayo que emanaba de algo que brillaba entre sus dedos índice y medio.

Tiene una cuchilla entre los dedos, pensó vagamente Roma. Y luego, como si fuera algo nuevo, pensó: *tramposo*.

—¿Estás listo para rendirte? —gritó Dimitri y se golpeó el pecho. Roma no podía quitar la mirada de los destellos que reflectaba la cuchilla. No podía detener la pelea ahora sin perder credibilidad ante los espectadores. Pero si continuaba, lo único que se necesitaría era que Dimitri lograra acercarse a su cuello para darle muerte.

Roma se llenó de pánico y empezó a trastabillar. Dimitri lanzó una patada que alcanzó a su contrincante. Luego lanzó un puñetazo que Roma trató de evitar, pero el heredero se movió tan rápido que perdió el equilibrio y cayó. Dimitri aprovechó para golpear. Otro destello de la cuchilla: una herida sangrante abierta en la quijada de Roma.

La multitud gritaba. Podían sentir que la energía de Roma se reducía a cada momento. Podían percibir que éste parecía haberse rendido incluso antes de que la pelea terminara.

¿Eres un Montagov o eres un cobarde?

Roma volvió a concentrarse y trató de ignorar el dolor en la quijada. ¿Por qué estaba peleando de una manera tan honesta? ¿En qué clase de mundo de fantasía vivía él que creía que los Flores

Blancas querían a alguien que los dirigiera con honor, en lugar de regirse por el sudor y la sangre y la violencia?

Roma estiró el brazo y sujetó a Dimitri por detrás, apretando entre su puño un buen mechón de pelo negro y largo del ruso. Dimitri no se esperaba aquello y tampoco esperaba que Roma le clavara una rodilla en la nariz, y que luego lo prensara del brazo para girarlo hasta asegurar conectarle una patada detrás de las rodillas.

Dimitri cayó sobre la lona y la multitud corrió hacia las cuerdas y empezó a sacudir el cuadrilátero una y otra vez.

Roma lo tenía dominado. Con las manos en la posición en la que las tenía, podía retorcerle el cuello de haberlo deseado. Podía hacer cualquier cosa y decir luego que había sido un accidente, un acto involuntario.

—¡Roma Montagov es el ganador! —proclamó la mujer del tablero.

Entonces Roma se inclinó sobre Dimitri y se acercó lo suficiente para que el ruso pudiera escuchar sus palabras por encima del alboroto de la multitud.

—Para que no olvides quién soy yo.

Y luego de decir esas palabras se enderezó y se limpió bruscamente con el antebrazo la boca sangrante. Pasó por entre las cuerdas y fue a dar en medio de la multitud. El lugar era un hervidero de actividad y emociones volátiles. Roma pensó que debía salir de allí cuanto antes.

—Tú —gritó y un hombre que tenía un pañuelo blanco entre el bolsillo levantó la cabeza en señal de alerta—. Trae a alguien para que se lleven el cadáver del americano.

El hombre corrió a cumplir con su misión. Roma se abrió camino hasta donde estaban sus amigos y se dejó caer en la silla bajo un peso que parecía descomunal.

—¡Todo un héroe! —canturreó Marshall.

—Cállate —dijo Roma y respiró profundamente. Y otra vez. Y otra vez. En su cabeza recreó la imagen del yanqui desplomándose en el suelo. La del cuerpo inmóvil de Alisa. La total ausencia de emociones en el rostro de su padre.

—¿En verdad estás bien? —le preguntó Benedikt con expresión consternada.

—Sí, estoy bien —Roma levantó la vista con irritación—. ¿Podemos volver a la conversación en la que estábamos? Con Alisa en el estado en que se encuentra… —el recuerdo de la cara de su hermanita languideciendo ardió con fuerza en su mente—. Necesito respuestas. Si esta locura surgió de las malas intenciones de alguien, tengo que encontrar a ese malnacido.

—¿Acaso tu padre no te envió a buscar a los comunistas?

Roma asintió.

—Ése es un callejón sin salida —dijo—. Sólo hemos encontrado callejones sin salida cuando lo hemos intentado por la vía señalada.

—Podríamos hablar con la Pandilla Escarlata para pedirles que nos *proporcionen* la información con la que cuentan —sugirió Marshall—. Esta vez llevaremos más armas…

Benedikt puso su mano sobre la boca de Marshall, para callarlo antes de que siguiera explayándose en un plan absurdo.

—Roma, de veras no logro imaginar qué más podemos hacer —admitió Benedikt—. Creo que en la reunión quedó claro que los Flores Blancas no saben nada. No se ven alternativas, a menos de que estemos dispuestos a derrochar nuestros recursos para poner un vigilante en cada esquina de Shanghái.

—¿Cuántos espías tenemos todavía en la Pandilla Escarlata? —preguntó Roma—. Tal vez ellos puedan entender de qué se trata todo esto. La Pandilla Escarlata prácticamente admitió que tenían información, pero que no la compartirían con nosotros.

—Dudo mucho que preguntarles a los espías sirva de algo —interrumpió Benedikt, que todavía tenía la mano sobre la boca de Marshall. Por su parte, Marshall parecía estar lamiendo la palma de Benedikt, tratando de liberarse, pero Benedikt actuaba como si no lo notara—. Si los Escarlatas en verdad tienen alguna pista, seguramente sólo los más cercanos a la cima estarán enterados. Dejar que los rumores empiecen a circular entre los gánsteres comunes y corrientes es la manera más infalible de causar pánico.

Marshall logró liberarse por fin del agarre de Benedikt.

—¡Por Dios, ustedes sí que son tontos! —dijo—. ¿Qué persona de la Pandilla Escarlata aparece siempre en todas partes a donde vamos, y quién parece tener también un interés personal en hallar las respuestas necesarias? —Marshall miró directamente a Roma—. Tienes que pedirle ayuda a Juliette.

De repente, Roma levantó un dedo para pedir a Benedikt y Marshall un poco de paciencia mientras reflexionaba.

Cuando por fin parecía haber llegado a una conclusión, después de un rato, dijo:

—Tráiganme aquí ese balde.

Benedikt parpadeó.

—¿Qué?

—El balde.

Marshall se incorporó y tomó el balde. Tan pronto como lo puso

bajo la nariz de Roma, el imbatible heredero de los Flores Blancas metió la cabeza dentro y vomitó, afectado por toda la violencia en que había estado inmerso.

Un minuto más tarde, después de vaciar el contenido de su estómago, Roma volvió a la vida.

—Está bien —dijo amargamente—. Yo mismo le pediré ayuda a Juliette.

Diecinueve

—Estoy preocupada. ¿Podrías culparme por ello?

Lady Cai deslizó el cepillo por el cabello de Juliette, frunciendo el ceño cada vez que sentía un nudo. Sin duda, la muchacha ya tenía la edad suficiente para peinarse sola, pero su madre insistía en hacerlo. Cuando Juliette era una niñita con el pelo hasta la cintura, su madre solía entrar todas las noches a su habitación y cepillarla hasta deshacer todos los enredos, o hasta que se sentía por lo menos satisfecha con el estado de la cabeza de su hija, lo cual también incluía, ocasionalmente, los pensamientos que ésta albergaba. Ahora que Juliette había regresado para quedarse, su madre había reanudado esa práctica. Los padres de Juliette eran gente que vivía muy ocupada. Ésta era la forma en que su madre podía sentir que todavía tenía un espacio en la vida de su hija.

—Independientemente de lo que esté pasando en esta ciudad, hay demasiada gente comprometida —siguió diciendo Lady Cai—. Demasiada gente con intereses personales. Demasiada gente empoderada —el ceño se le iba apretando más a medida que hablaba, tanto a causa de las palabras que salían de su boca como por la sensación de frustración que le producía la tarea que llevaba a cabo. Ahora Juliette tenía el pelo corto, y no quedaba mucho qué cepillar, pero todavía era una lucha retirar todo el exceso del producto que Juliette se aplicaba cada día para mantener sus rizos.

—Māma, vas a tener más cosas por las cuales preocuparte si… —Juliette hizo una mueca de dolor al sentir cómo el cepillo atravesaba un grumo de cera para peinar que no se había diluido bajo el agua—

la locura se sigue expandiendo por cada esquina de la ciudad. La manera como caen los nuestros debería preocuparnos más que los callos que yo pueda sufrir al plantar los pies sobre terreno comunista.

El número de integrantes de la Pandilla Escarlata se reducía, así como el número de integrantes de los Flores Blancas. Su guerra de clanes no era nada comparado con la forma en que ambas pandillas estaban perdiendo gente a causa de esta locura, y sin embargo Juliette parecía ser la única persona que creía que este mal era lo suficientemente capaz de poner a todo el mundo de rodillas. Sus padres eran demasiado orgullosos. Se habían acostumbrado a lidiar con situaciones que podían controlar y adversarios derrotables. Ellos no veían la situación tal como la percibía su hija. Cada vez que cerraban los ojos no miraban a Alisa Montagova tratando de desgarrarse su propia garganta.

Alisa era tan joven. ¿Cómo es que había quedado atrapada en medio de esto?

—Bueno —suspiró Lady Cai—.Algunos callos son inevitables. Es sólo que preferiría enviar algunos hombres contigo.

Juliette sintió que su piel se erizaba. Al menos sus padres ya estaban tomándose en serio la locura. Todavía no creían que el asunto requiriera su intervención personal —o, mejor, no veían cómo ellos podían ser de ayuda en una situación que involucraba una enfermedad que hacía que la gente quisiera abrirse la propia garganta—, pero les importaba lo suficiente como para poner oficialmente a Juliette a cargo de la encomienda y relevarla de sus otros deberes. Ya no tendría que continuar las cobranzas. Juliette tenía la misión de buscar la verdad por cuenta propia.

—Por favor no me asignen una escolta —dijo Juliette y se estremeció—. Hasta dormida podría derrotarlos a todos.

Lady Cai lanzó a su hija una mirada de desaprobación a través del espejo.

—¿Qué? —preguntó Juliette.

—No se trata del enfrentamiento en sí —contestó su madre con firmeza— Sino de la imagen. El tener a tu gente respaldándote.

Ay, Dios. Juliette pudo imaginarse de inmediato el sermón que se avecinaba. Era una de sus habilidades innatas, como la gente que por el dolor en sus huesos ya vaticina una tormenta.

—No lo olvides, tu padre ha sido retado una o dos veces durante su mandato.

Juliette cerró los ojos y suspiró internamente, antes de obligarse a volver a abrirlos. Habían pasado cuatro años y a su madre todavía le

encantaba contar esa historia, como si les hubiera dejado la lección más grande de la vida.

—Cuando ese despreciable Montagov vengó la muerte de su padre matando a tu abuelo —dijo Lady Cai—, tu padre debería haber sido el siguiente líder.

Lady Cai deslizó el cepillo a través de otro nudo de cabello. Juliette hizo una mueca de dolor.

—Pero él era entonces todavía más joven de lo que tú eres ahora, así que los empresarios decidieron que el jefe sería uno de ellos. Lo desdeñaron como si no fuera más que un niño y dijeron que si quería liderar basado solamente en su linaje, entonces tendría que unirse a la monarquía y no a una pandilla. Pero luego, en…

—… 1892 —la interrumpió Juliette, continuando la historia con aire dramático—, mientras la gente deambulaba sin dirección y desconcertada por las calles de Shanghái, y tanto la Pandilla Escarlata como los Flores Blancas habían sido reemplazados por traidores, y los jóvenes y legítimos herederos habían sido enviados a la sombra, por fin se rebelaron…

Juliette cerró la boca al ver en el espejo la mirada furibunda de su madre. Murmuró una disculpa y cruzó los brazos. Admiraba la habilidad que había mostrado su padre para volver a trepar hasta la cima, de la misma manera en que podía reconocer sin apasionamientos que Lord Montagov —que también había quedado desarraigado cuando *su propio* padre murió— había sido lo suficientemente inteligente para hacer lo mismo. Sólo que en aquella época anterior, mientras las dos pandillas eran lideradas por hombres a los que no les importaban los vínculos ni la lealtad, sólo la eficiencia y el dinero, el pleito familiar había tenido su momento de *mayor calma*.

—Tu padre —dijo rápidamente Lady Cai, mientras trataba de desenredar un mechón de pelo— reclamó su título legítimo cuando se hizo un poco mayor porque tenía gente que creía en él. Apeló a la mayoría, a la gente común, los mismos a los que hoy ves protegiéndolo, ésos que ves que están dispuestos a ofrecer su vida por él. Es un asunto de orgullo, Juliette —Lady Cai bajó la cabeza y puso su cara contra la de su hija hasta que las dos quedaron mirándose al espejo—. Él quería que la Pandilla Escarlata fuera una fuerza de la naturaleza. Quería que pertenecer a la pandilla fuera un distintivo que hablaba de poder. La gente común que formaba parte de la pandilla no podía pensar en algo más deseable y, apoyándolo a él, derrocaron a los empresarios que no tuvieron otra opción que aceptar su

subordinación.

Juliette alzó una ceja.

—En resumen —dijo—, es un juego de números.

—Se podría decir eso —aceptó su madre y chasqueó la lengua—. Así que no empieces creyendo que la habilidad es lo único que se necesita para mantenerse en la cima. La lealtad también juega un papel importante, y ya sabemos que eso es una cosa veleidosa.

Luego de esas palabras, Lady Cai puso el cepillo sobre la mesa, le dio un apretón en el hombro a Juliette y se despidió. Enérgica, rápida y brusca, ésa era su madre. Lady Cai salió de la habitación de Juliette y cerró la puerta tras ella, dejando a su hija a solas para que reflexionara sobre las últimas palabras que le había dicho.

El resto del mundo no lo veía, pero mientras Lord Cai era la cara visible de la Pandilla Escarlata, Lady Cai trabajaba igual de arduamente, pero entre bambalinas, revisando cada pedazo de papel que pasaba por la casa. Fue Lady Cai quien convenció a su marido de que una hija sería mucho más capaz de liderar la Pandilla Escarlata en el futuro, en lugar de un pariente varón. Así que Juliette había recibido la corona y Lord Cai esperaba que la pandilla se arrodillara ante ella cuando se convirtiera algún día en la cabeza de la banda: a causa de las expectativas que tendrían, a causa de la lealtad.

Juliette se inclinó hacia el espejo y pasó los dedos por las arrugas de su cara.

¿La lealtad era lo que creaba el poder? ¿O tal vez la lealtad sólo era un síntoma, que se presentaba cuando las circunstancias eran favorables y desaparecía cuando la marea cambiaba? El hecho de que Lord Cai y Lord Montagov fueran hombres ayudaba. Juliette no era ingenua. Cada uno de sus mensajeros, cada ordenanza, cada gánster de poca monta pero ferozmente leal era un hombre. La mayoría de la Pandilla Escarlata sentía temor y respeto por Juliette ahora, pero ella todavía no estaba en control. ¿Cómo reaccionarían cuando Juliette tratara de ejercer verdadero poder sobre ellos? ¿Acaso tendría que dejar de lado todo lo que ella era, abandonar sus vestidos brillantes y usar traje sastre para ser escuchada?

Después de un rato, Juliette finalmente abandonó el tocador, mientras se restregaba los ojos con cansancio. El día había sido demasiado largo y, sin embargo, su cuerpo todavía estaba inquieto. Cuando se desplomó sobre las mantas de su cama, sentía que el camisón se le adhería a la piel. Podía oír los latidos de su corazón y cada minuto que pasaba allí, tendida en la oscuridad, los latidos se hacían más intensos hasta que empezó a sentirlos en los tímpanos.

Un momento…

Juliette se incorporó de súbito. Alguien estaba *golpeando* rítmicamente en las puertas de cristal de su balcón, situado en un segundo piso.

—No —dijo Juliette en voz alta.

Los golpes volvieron a sonar, lentos, decididos.

—No —repitió ella.

Más golpes.

—¡Ah!

Juliette se incorporó, se dirigió al lugar del que provenía el sonido y abrió las cortinas con más fuerza de la necesaria. Cuando la tela finalmente dejó de moverse, encontró a una figura conocida sentada despreocupadamente en el barandal del balcón, con las piernas colgando y el cuerpo iluminado desde atrás por la luz de la luna creciente. Juliette tragó saliva.

—¿En serio? —preguntó Juliette a través de las puertas de cristal —. ¿Subiste hasta aquí? ¿No podías haberte limitado a arrojar unas piedras?

Roma miró hacia los jardines que se extendían debajo.

—No hay piedras en el jardín.

Juliette volvió a restregarse los ojos, esta vez con más vigor. Tal vez si seguía restregándoselos podría despertar de este sueño y descansar tranquilamente, sola, en su habitación.

Pero cuando retiró las manos de los ojos, Roma seguía ahí.

Realmente tenían que reforzar la seguridad de la casa.

—Roma Montagov, esto es inaceptable —dijo Juliette con tono contundente. Aquello traía demasiados recuerdos, era demasiado nostálgico, era simplemente… *demasiado*—. Vete antes de que te disparen.

Aun envuelto entre las sombras, Roma puso una cara de desconcierto que alteró todavía más a Juliette.

—¿Quién va a dispararme? —preguntó, mirando a su alrededor y hacia los jardines desiertos.

—Yo lo haré —replicó Juliette.

—No, no lo harás. Abre la puerta, *dorogaya*.

Juliette retrocedió con brusquedad, horrorizada no por la orden que acababa de recibir, sino por el apelativo cariñoso que él había pronunciado —"corazón"— en ruso. Con un poco de retraso, Roma también pareció comprender lo que acababa de escapársele y abrió mucho los ojos durante un instante, pero no dudó ni retiró lo dicho. Sólo se quedó mirando a Juliette expectante, como si no acabara de

sacar a colación un recuerdo lejano del pasado, uno que ellos mismos se habían encargado en volver añicos.

—Las puertas se quedarán cerradas —dijo Juliette con frialdad—. ¿Qué quieres?

Roma se bajó del barandal y sus zapatos aterrizaron en las baldosas del balcón con un golpe suave. Cuando se acercó al cristal, Juliette vio una cortada profunda en la quijada del muchacho y se preguntó si habría venido a este sitio justo después de una pelea. Eso era casi suficiente para que ella fuera a buscar su arma y realmente lo sacara de allí a punta de pistola, pero en ese momento Roma dijo en voz baja:

—Quiero salvar a mi hermana.

Algo dentro de Juliette menguó y su mirada se suavizó de manera casi imperceptible.

—¿Cómo está Alisa? —preguntó.

—La tienen amarrada a la cama del hospital como si fuera una loca de manicomio —contestó Roma. Tenía los ojos fijos en sus propias manos, que no dejaba de mover, arriba, abajo, arriba, abajo, como buscando algo que no estaba allí—. Trató de hacerse daño nuevamente cuando recobró el sentido, así que le inyectaron algo para mantenerla dormida. Y la mantendrán así hasta que sepan cómo lidiar con esta locura.

Roma levantó la mirada. Había una cierta desesperación en sus ojos.

—Necesito tu ayuda, Juliette. Todas las pistas que teníamos han llegado a un punto muerto. No hay nada más que pueda buscar, ningún lugar adónde ir, nadie a quien pueda llamar. Sin embargo, tú… yo sé que tú sabes *algo*.

Juliette no respondió de inmediato. Se quedó allí, inmóvil, luchando con el vacío que sentía en el estómago y comprendiendo que no estaba segura de que aquella sensación fuera producto del odio… o del *miedo*. Temor de que, si la locura continuaba expandiéndose, ella también terminaría en la posición de Roma, viendo morir a alguien que amaba. Pavor de que, movida por la consideración con Roma y su empatía por lo que le estaba pasando, ella hubiera cruzado la raya.

El problema con el odio era que, cuando la emoción inicial se debilitaba, las respuestas a éste permanecían allí por un tiempo. Los puños apretados y las venas tensas, la visión borrosa y el pulso acelerado. Y en medio de esos rescoldos, Juliette no tenía el control de lo que podría surgir entre ellos.

Por ejemplo, la nostalgia.

—Acudes a mí buscando ayuda —dijo Juliette en voz baja— y, sin embargo, ¿cuánta de mi sangre empapa tus manos, Roma? Durante el tiempo que estuve lejos, ¿cuántos de mis hermanos de clan pidieron tu clemencia, antes de ser eliminados?

Los ojos de Roma parecían totalmente negros bajo la luz de la luna.

—No tengo nada que contestar a eso —respondió—. La Guerra entre clanes es una cosa. Esto es algo completamente distinto. Si no nos ayudamos mutuamente, es posible que los dos terminemos muertos.

—Yo soy la que tiene la información —advirtió Juliette, mientras sentía un ardor incómodo en la piel—. Trata de no hacer generalizaciones absurdas.

—Tú tienes información, pero yo tengo la otra mitad de la ciudad —replicó Roma—. Si actúas sola, no podrás trabajar con la mitad de Shanghái. Si yo actúo sólo, no podré entrar a ningún territorio Escarlata. Piensa, Juliette, si la locura nos afecta a todos, no es posible saber en qué territorio se encontrarán las respuestas.

En ese momento se sintió una ráfaga de viento helado, amargo e inapelable, atravesó la habitación. Juliette trató de ignorar sus impulsos y se obligó a soltar una carcajada.

—Como lo demuestras ahora, no creo que el hecho de no contar con un permiso vaya a detenerte de venir a mancillar mi territorio.

—Juliette —Roma apoyó las manos contra el cristal y su mirada de súplica pareció totalmente espontánea—. *Por favor*, se trata de mi *hermana*.

Dios…

Juliette tuvo que girarse. No podía soportar aquella mirada. Sentía un peso en el pecho que no merecía. Cualquier vulnerabilidad que ahora mostrara Roma Montagov sería un montaje, un espectáculo cuidadosamente diseñado para comprar un poco de tiempo hasta hallar la forma de atacar. Ella lo *sabía* bien.

Pero tal vez Juliette nunca iba a aprender. Tal vez sus recuerdos de Roma iban a llevarla a la ruina, a menos de que pudiera meter las manos entre su pecho y extirpar todas las fibras de ternura que todavía vibraban por él.

—Por Alisa —dijo Juliette con brusquedad, al tiempo que volvía a mirar a Roma— y por todas las chiquillas de esta ciudad que están siendo víctimas de un juego en el que nunca pidieron participar, voy a ayudarte. Pero harás tu parte, Roma. Yo te ayudaré y tú me ayudarás a encontrar la solución a esta locura tan pronto como nos sea posible.

Roma respiró con alivio y gratitud contra el cristal, y Juliette pudo

observar con cuidado cómo desaparecía la tensión de sus hombros y el miedo en sus ojos se convertía en esperanza. Entonces se preguntó cuánto de esto sería real y cuánto sería un espectáculo montado, para que ella pensara que estaba tomando la decisión correcta.

—Trato hecho.

Esto podía acarrearle muchos problemas a Juliette. Podía arruinarlo todo. Pero lo que importaba ahora no era ella, ni sus sentimientos, sino encontrar una solución. Si la posibilidad de salvar a su gente implicaba arriesgar su reputación, entonces era un sacrificio que debía de hacer.

¿Quién más lo haría? ¿Qué otra persona, además de Juliette?

—De acuerdo —secundó Juliette en voz baja, entendiendo que ya no había vuelta atrás—. Tengo la dirección de la casa de Zhang Gutai. Mi siguiente movimiento era entrar a hurtadillas allí e inspeccionar el lugar, pero… —dijo y encogió los hombros con tanta naturalidad que casi creyó en la sinceridad de su gesto—, tal vez podríamos ir allí juntos para comenzar, si quieres.

—Sí —dijo Roma, asintiendo con la cabeza con tanta vehemencia que se diría ésta podría habérsele zafado del cuello—. *Sí*.

—Entonces, que sea mañana —decidió Juliette. De repente todos los recuerdos de su pasado juntos, ésos que durante cuatros años había estado tratando de *olvidar*, inundaron su mente con una fuerza arrolladora. No tenía otra opción más que invocarlos, haciendo caso omiso de la presión en sus pulmones—. Veámonos en la estatua.

La estatua —una pequeña escultura de piedra que representaba a una mujer llorando— era un monumento olvidado en un parque sin nombre, en el Asentamiento Internacional. Hacía cuatro años, Roma y Juliette la habían encontrado por casualidad y habían pasado toda la tarde tratando de entender su significado y su origen. Juliette había insistido en que era Níobe, la mujer que, según la mitología griega, había llorado tanto por sus hijos asesinados que los dioses la habían convertido en piedra. Roma mantenía que se trataba de la Llorona, aquella figura mitológica del folklore latinoamericano que plañía por el niño que ella misma había asesinado. Nunca se habían puesto de acuerdo en cuál era la hipótesis correcta.

Si Roma se sorprendió o sintió algo al oír que ella se refería a la estatua, supo ocultarlo bien. Lo único que preguntó fue:

—¿A qué hora?

—Al amanecer.

Sólo en ese momento Roma se mostró preocupado.

—¿Al amanecer? Eso es muy ambicioso.

—Cuanto antes, mejor —insistió Juliette e hizo un gesto de ansiedad—. Eso reduce las posibilidades de que nos vean juntos. Y probablemente no hace falta que lo diga, pero nadie puede saber que estamos colaborando. Nosotros…

—… podríamos terminar muertos si se supiera —completó Roma —. Lo sé. Hasta el amanecer, entonces.

Juliette vio cómo pasaba las piernas por encima del barandal del balcón y quedaba colgado del elaborado diseño de hierro, como si fuera otra escultura. Bajo la luz de la luna, Roma parecía una representación en blanco y negro del infortunio.

—Buenas noches, Juliette —susurró tras una pausa.

Entonces se marchó, y su sombra atravesó corriendo los jardines hasta la pared exterior. Cruzó la puerta de un salto y salió del territorio de la Pandilla Escarlata, de vuelta a su propio mundo.

Juliette cerró las cortinas y dispuso la tela hasta que no quedara ni una rendija por la cual entrara la luz plateada. Sólo en ese momento se permitió soltar una larga exhalación, tras contener fuera de su habitación la luz de la luna y expulsar de su corazón aquella caprichosa influencia.

Veinte

Al amanecer los puertos todavía estaban tranquilos y las olas se estrellaban contra el muelle de madera flotante. Como todavía era temprano, el viento olía dulce, libre de la contaminación de las fábricas y los aromas que despedían las frituras y las sopas tradicionales que se cocinaban en los puestos que atestaban las calles.

Desafortunadamente, no era lo bastante temprano para evitar una manifestación de nacionalistas.

Juliette frenó en seco, y se quedó inmóvil sobre el pavimento, debajo de un ondeante árbol.

—Tā mā de —maldijo entre dientes—. ¿Qué diablos…

—Kuomintang —respondió Roma, antes de que Juliette pudiera terminar la pregunta.

Juliette le dedicó una mirada desaprobatoria cuando Roma se detuvo junto a ella. ¿Acaso la creía incapaz de distinguir los pequeños soles que llevaban en las gorras? No era exactamente un logo muy discreto. El partido Kuomintang y sus nacionalistas estaban volviéndose increíblemente populares.

—*Ya lo sé* —dijo Juliette y puso los ojos en blanco—. Iba a preguntar qué diablos estaban haciendo. Ésta es mi ciudad. No necesito que me eduques.

Roma la miró de soslayo.

—¿De verdad?

Lo dijo sin intención de ofender, pero esas pocas palabras fueron como una daga que se clavó justo en el corazón de Juliette. *¿De verdad?* ¿Cuántas veces se había hecho esa misma pregunta en

Manhattan? ¿Cuántas veces había subido hasta el último piso del edificio que la alojaba y había observado la silueta de Nueva York, negándose a amar esa ciudad, porque amar a una significaba olvidar a la otra y olvidar a Shanghái significaría perderlo todo?

—¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó Juliette con tono seco.

Roma parecía casi divertido ante la pregunta. Entonces hizo un gesto vago con la mano para señalarla de pies a cabeza, su vestido, sus zapatos.

—Vamos, Juliette. He estado aquí por mucho más tiempo que tú. A estas alturas, en el corazón eres una chica americana.

Y la implicación tácita de esas palabras era clara: *haznos un favor a todos y regresa allá*.

—Ah, sí —farfulló ella. La punzada que sentía en el pecho sólo se volvió más profunda—. Yo y mi democracia americana, ¿cómo puedo arreglármelas en este entorno?

Antes de que Roma pudiera replicar algo más, Juliette empezó a caminar de nuevo, desviándose de la ruta que habían acordado seguir. En lugar de pasar frente a la manifestación que avanzaba por la amplia avenida, se encaminó hacia un callejón cercano, esperando apenas a que Roma la siguiera. Él entendió rápidamente el cambio y en pocos segundos los dos avanzaban entre bolsas de basura y volcados carritos de alimentos, apretándose la nariz cada vez que se cruzaban con animales callejeros y estremeciéndose ante los frecuentes charcos de sangre. Mientras caminaban por las calles secundarias de la ciudad, se sentían a gusto con el silencio que se había instalado entre los dos, cómodos con fingir que el otro no estaba ahí.

De pronto, Roma dio media vuelta con tanta rapidez que Juliette asumió de inmediato que estaban bajo ataque.

—*¿Qué?* —dijo, al tiempo que también giraba sobre sus talones. Juliette echó mano de su pistola y apuntó con furia, en espera de que algo saltara desde la oscuridad—. ¿Qué sucede?

Pero Roma no tenía un arma en la mano. Se limitaba a inspeccionar la calle detrás de ellos con el ceño fruncido.

—Me pareció oír algo —dijo. Esperaron un momento en silencio. Un ave se lanzó en picada sobre un bote de basura. Una tubería exterior arrojó agua sucia sobre la calle.

—Yo no veo nada —dijo Juliette en voz queda y enfundó su arma.

Roma de nuevo arrugó el rostro. Esperó otro segundo, pero todo parecía despejado.

—Lo siento, creo que me equivoqué —dijo, mientras se arreglaba los puños de las mangas—. Sigamos.

Con vacilación, Juliette dio media vuelta y siguió caminando. No estaban lejos de la dirección que le había dado Kathleen y ésta era una parte de la ciudad que le era familiar.

No obstante, todavía tenía la piel de gallina.

No es más que la paranoia de Roma, se dijo Juliette para tranquilizarse. El miedo a que los vieran juntos ya los obligaba a ir con mucho cuidado. Juliette se había subido el cuello del abrigo para ocultar el rostro. Roma llevaba el ala de la gorra inclinada, cubriéndole parte del rostro, lo cual era una buena decisión ahora que su apariencia podía asustar a cualquier transeúnte con quien se cruzaran. En la brillante luz del día, las heridas de su cara sobresalían sobre su piel pálida. A juzgar por las sombras que tenía debajo de los ojos, a Juliette no le sorprendería saber que Roma no había pegado los párpados la noche anterior, probablemente porque no podía dejar de preocuparse por Alisa.

Juliette sacudió la cabeza. Tenía que despejar de su mente todas aquellas suposiciones. Sin estar segura de nada, también era posible que Roma se hubiera pasado toda la noche matando a miembros de la Pandilla Escarlata.

—Es uno de estos edificios —dijo Juliette cuando llegaron a la calle que estaban buscando. Las casas del sector se veían destartaladas y sobrepobladas, y el espacio entre las construcciones apenas era suficiente para que un niño se colara no sin dificultades. Esta zona no se encontraba lejos de la Concesión Francesa, aunque podía trazarse una clara línea que marcara el límite entre los dos distritos, y era evidente a cuál mitad pertenecía esta calle. A los pies de Juliette se levantaba una estructura rectangular y larga, medio derrumbada. Tal vez allí había habido alguna vez una estupenda puerta de acceso a una villa, grabada con letras doradas para dar la bienvenida a los visitantes, pero ahora ya nada de eso quedaba, probablemente demolida para dar paso a las construcciones, y la depravación, urbanas.

—¿Estás segura de que éste es el lugar? —preguntó Roma—. Seguramente que un trabajo en el periódico paga más que suficiente para vivir en otro sitio.

—Más que cualquier otra persona, tú, Roma Montagov —dijo Juliette— deberías entender la importancia de la imagen —*Ser igual que el pueblo, entre el pueblo*. Los comunistas nunca dejaron de pregonar esos ideales. Si el trabajador común y corriente tenía que

sufrir, entonces Zhang Gutai también tenía que hacerlo, de lo contrario, ¿en qué se basaría el respeto que le tenían?

Juliette empezó a caminar hacia el edificio que indicaba la dirección, pero se detuvo abruptamente a dos pasos de la entrada principal y señaló algo.

—¡Mira!

Roma contuvo la respiración. *Insectos*. Un montón de caparazones muertos yacía justo a la entrada de este bloque de departamentos. Si esto no era un indicio palpable, Juliette no sabía qué otra cosa podría serlo.

Con el pulso acelerado, Juliette empujó la puerta de entrada al edificio. La cerradura oxidada cedió fácilmente y la puerta se abrió.

Juliette le hizo señas a Roma para que se moviera más rápido. Subieron las escaleras, asombrados por las condiciones ruinosas del edificio. Las escaleras estaban adosadas a una pared y luego desembocaban en un corredor paralelo sobre el que había cuatro puertas, no muy distantes unas de otras. Norte, luego sur, norte, luego sur, subieron las escaleras, pasando frente a las puertas de cada piso y siguiendo hacia el siguiente tramo de escaleras, en un movimiento monótono. Roma estaba más acostumbrado a esto que Juliette. Ella no había vivido dentro de los límites de la ciudad durante sus muchos años de ausencia, ni había sentido con tanta frecuencia el crujido de las tablas bajo los pies mientras toda la estructura parecía sacudirse.

—¿Qué departamento es? —preguntó Roma, mientras olfateaba el aire al pasar junto al balcón del tercer piso, lleno de macetones que sólo necesitarían un pequeño empujón para destrozarse contra el pavimento.

Juliette se limitó a levantar el índice derecho y apuntar hacia el cielo. Siguieron subiendo, arriba, arriba, hasta el último piso, en el cual había una sola puerta, a la derecha del final de las escaleras.

Se detuvieron un momento e intercambiaron una mirada.

—No está en casa —le aseguró Juliette a Roma, antes de que él pudiera preguntar. Hincó una rodilla en el suelo y sacó de los pliegues de su vestido una daga tan delgada como una aguja—. Revisé su agenda en la oficina. Hoy tiene reuniones durante todo el día con gente importante.

Sólo cuando insertó la daga en la cerradura, sacando la lengua en señal de extrema concentración, Juliette escuchó el eco claro e innegable de pisadas que se movían dentro del departamento y se dirigían a la puerta principal.

—¡Juliette! —dijo entre dientes Roma y se acercó rápidamente.

La chica se levantó de un salto y ocultó la daga dentro de su manga. Luego levantó un brazo para indicar a Roma que permaneciera inmóvil y se preparó, antes de que abrieran la puerta y apareciera un viejo que los miró parpadeando y entrecerrando los ojos. Debía de tener un poco más de sesenta años, y parecía extenuado, como si desde que nació nunca hubiera podido dormir lo suficiente.

—¡Hola! —saludó el hombre, confundido.

Juliette pensó con rapidez. Todavía podían salvar la situación.

—Buenos días. Somos de la universidad —dijo ella y empezó a hablar en otro dialecto, el de Wenzho, con tanta agilidad que Roma retrocedió un poco, sin poder ocultar su asombro ante la rapidez del ajuste—. ¿Se encuentra usted bien en esta hermosa mañana?

El hombre estiró la cabeza para oír mejor, haciendo una mueca, y respondió en el dialecto de Shanghái:

—Hable běndì huà, jovencita, por favor. No le entiendo.

Wenzhou era una ciudad que estaba sólo a unos días de camino al sur de Shanghái, pero su dialecto local era tan incomprensible para los extranjeros que Juliette jamás lo habría aprendido si Nana no se lo hubiese enseñado. Nana solía decir que el sonido más parecido al wenzhou no era un dialecto vecino, como el shanghainés, sino el canto de los pájaros. En una ciudad en la que abundaban no sólo los extranjeros sino los chinos venidos de cada rincón del país, la mayoría de los civiles compartían una lengua, pero no así la misma forma de hablarla. Dos comerciantes chinos podían mantener una conversación entera en la que cada uno hablara su propio dialecto. No necesitaban encontrarse en un punto medio. Sólo necesitaban entenderse.

Juliette, sin embargo, no esperaba que el viejo no comprendiera ni una sílaba; ella tenía un único objetivo. Antes de que él pudiera entrecerrar los ojos lo suficientemente cerca de su cara y reconocerla como la heredera de la Pandilla Escarlata, ella tenía que lograr que él pensara que se trataba de una chica inmigrante procedente de cualquier otro lugar.

—Mis disculpas —dijo Juliette, cambiando enseguida al dialecto solicitado, mientras pensaba: *misión cumplida*—. Como le decía, somos de la Universidad de Shanghái y estamos muy contentos de poder verlo a usted hoy. Tenemos la esperanza de fundar la primera organización de juventudes estudiantiles y necesitamos algunos consejos. ¿Se encuentra en casa el señor Zhang?, ¿podríamos hablar con él un momento?

El viejo se enderezó y se limpió las manos con su suéter de lana.

Juliette esperaba que los despachara enseguida y les dijera que regresaran en cualquier otro momento, de forma que ellos pudieran perderse de vista enseguida y considerar el asunto como un fracaso temporal. Siempre y cuando no despertaran ninguna sospecha, podían volver. Siempre y cuando este hombre no prestara mucha atención a sus caras y creyera que eran sólo unos estudiantes universitarios, que no valía la pena recordar.

Ella no esperaba que el hombre se aclarara la garganta de manera imperiosa y dijera:

—Yo soy el señor Zhang.

Roma y Juliette intercambiaron una mirada de perplejidad.

—*Ahh*… no, usted no es el señor Zhang.

La postura del hombre perdió su imponencia, suspiró y abandonó sus pretensiones.

—Está bien. Yo soy Qi Ren, el asistente personal del señor Zhang. Pueden pasar.

Juliette parpadeó, primero porque se sentía confundida por lo peculiar que era este hombre, y luego por la sorpresa que le causó ver que los invitaba a pasar, en lugar de pedirles que se marcharan. Mientras permanecía ahí, Juliette sintió que Roma la empujaba, preguntándole por qué no se movía aún cuando el señor Qi había dado media vuelta y empezó a caminar arrastrando sus pesadas sandalias.

Aquél no era el plan original, pero Juliette tenía una gran capacidad de adaptación.

—Vamos —le dijo a Roma entre dientes y siguieron al señor Qi.

—¿Cuáles son sus nombres? —preguntó el señor Qi por encima del hombro.

Juliette contestó enseguida.

—Zhu Liye. Y éste es el señor Montague. ¡Qué sofás más cómodos tiene usted! —dijo y se sentó antes de que el hombre la invitara a hacerlo.

Frunciendo el ceño, el señor Qi apartó una cantidad de carpetas que reposaban sobre la mesa más cercana, poniéndolas bocabajo de forma que los dos caracteres del nombre y el lema de *Labor Daily* quedaron boca abajo.

—¿Esto tomará mucho tiempo?

—Si no es un inconveniente para usted —contestó Juliette alegremente.

El señor Qi suspiró.

—Entonces prepararé un poco de té.

Tan pronto como el señor Qi se alejó lo suficiente dentro de la cocina aledaña para ocuparse de poner a hervir el agua, Roma giró hacia Juliette y susurró:

—*¿Montague? ¿En serio?*

—Cállate —le respondió ella—. No se me ocurrió nada más y no quería demorarme en contestar para no parecer sospechosa.

—¿Hablas ruso con fluidez y *eso* es lo mejor que se te ocurre? —preguntó Roma, atónito—. ¿Qué es *Montague*? Suena a italiano.

—¡También hay comunistas italianos!

—¡Pero no en Shanghái!

Juliette no pudo responder pues el señor Qi asomó la cabeza y preguntó qué variedad de té les apetecía. Después de que volvió a adentrarse en la cocina, satisfecho con la respuesta cortés de que cualquiera estaría bien, Juliette bajó la cabeza y dijo:

—Bueno, todavía podemos hacer lo que vinimos a hacer aquí. Tienes que distraerlo.

—¿Cómo? —preguntó Roma—. ¿Vas a dejarme aquí para que *yo* lo entretenga?

—¿Es un problema?

—Sí, es un *problema* —Roma se reclinó un poco más en el sofá, con las manos sobre el regazo—. ¿Cómo tengo la certeza de que vas a compartir la información que encuentres, si no te conviene hacerlo?

Roma tenía todo el derecho a sospechar de ella, pero eso no significaba que a Juliette le gustara la insinuación de que ella podría sabotear deliberadamente la operación.

—Deja de discutir conmigo —le contestó ella—. La descripción habitual de nuestras funciones es intimidar y disparar. Si llegamos a tener éxito con esto, podemos darnos por bien servidos.

—Francamente, eso es…

—Quieres salvar a Alisa, ¿o no?

Roma guardó silencio. Apretó los puños, pero Juliette no pudo saber si era una reacción al recuerdo de Alisa, o si era una forma de contener las ganas de estrangularla. El señor Qi regresó un instante después, con una tetera y tres tazas redondas, equilibrando todo en sus frágiles brazos. Sin desperdiciar ni un minuto, Juliette se incorporó y pidió permiso para usar el sanitario. El señor Qi señaló distraídamente el corredor mientras ponía las tazas sobre la mesa, y Juliette desapareció enseguida, dejando solo a Roma, quien le dedicó una mirada furibunda, mientras empezaba a inventar allí mismo una historia sobre la fundación de la liga juvenil comunista de la Universidad de Shanghái, una entidad que ni Juliette ni él sabían si

realmente existía. El asunto ahora estaba en manos de Roma, pues Juliette tenía algo más importante que hacer.

Con los oídos bien abiertos para asegurarse de que Roma siguiera hablando sobre la solidaridad socialista, Juliette se detuvo al final del desgastado corredor. Había cuatro puertas: una, que estaba totalmente abierta, era el baño, otras dos, que estaban entreabiertas y llevaban a las habitaciones, y la cuarta que estaba cerrada y que no se abrió cuando Juliette trató de girar el picaporte. Si Zhang Gutai tenía algo que esconder, sería detrás de esa puerta.

Juliette imprimió un golpe tan fuerte al picaporte con la palma de la mano que la cerradura cedió enseguida. Se quedó inmóvil por una fracción de segundo, para ver si el señor Qi acudía corriendo. Pero cuando oyó que no se producía ninguna interrupción en la arenga de Roma, giró el picaporte y se deslizó hacia el interior de la habitación.

Miró alrededor.

Una bandera roja con el signo amarillo del martillo y la hoz se extendía sobre una de las paredes. Debajo del lienzo, un escritorio grande estaba lleno de carpetas con documentos y libros de texto, pero Juliette no desperdició tiempo revisándolos cuando se acercó. Enseguida se puso de rodillas y abrió el último cajón lateral del escritorio. Lo primero que vio fue su propia cara, y aunque el papel era frágil y muy delgado, la tinta estaba cuarteada y la representación de sus rasgos era muy deficiente, indudablemente se trataba de su cara, debajo de un encabezado que decía: RESISTENCIA A LA PANDILLA ESCARLATA.

—Interesante —murmuró Juliette—, pero no es lo que estoy buscando.

Apartó los carteles y siguió hurgando, pero lo único que encontró fueron pilas y pilas de propaganda que no tenían relevancia para ella, y cuyo sólo objetivo era incitar el terror entre la población.

En el segundo cajón, sin embargo, descubrió unos sobres, todos adornados con diseños en tinta, que indicaban poder y riqueza. Juliette los revisó rápidamente, apartando las invitaciones de políticos del Kuomintang y amenazas apenas veladas provenientes de banqueros y hombres de negocios, y haciendo a un lado todo aquello que diera la impresión de ser una pérdida de tiempo para ella. Su atención sólo registró una señal de alerta cuando llegó a un pequeño cuadrado blanco, un sobre mucho más pequeño que los otros. A diferencia del resto, éste no tenía una dirección de remitente.

En lugar de ello, exhibía una florecilla de color púrpura en una esquina, estampada con un personalizado sello de caucho.

—Una flor de albarraz —susurró Juliette, al reconocer la imagen. Entonces se apresuró a extraer la hoja que había dentro del sobre. Se trataba de un pequeño trozo de papel, escrito a máquina y recortado para que encajara.

Fue un placer conocerlo y hablar de negocios.
Avíseme si cambia de opinión.
—Albarraz

Durante un largo instante, Juliette no pudo más que mirar fijamente la nota, mientras sentía cómo se le aceleraba el pulso. ¿Qué significado tenía? ¿Qué eran todas esas *fichas*? ¿Parte de un rompecabezas más grande, flotando cada una por su lado pero claramente destinadas a encajar?

Juliette volvió a guardar el sobre y cerró el cajón. Se alisó el vestido y, antes de que pasara más tiempo y su ausencia despertara sospechas, salió de la oficina, cerrando la puerta tras ella con un suave clic.

Luego inhaló profundamente dos veces, hasta que su corazón recuperó el ritmo normal.

—… y en realidad nuestra meta es extender mucho más allá la revolución —estaba diciendo Roma, cuando ella regresó al salón—. Hay mucho que planear, oponentes que eliminar.

—Todo lo cual requiere recursos mucho mayores que los nuestros, desde luego —intervino Juliette, mientras se acomodaba otra vez en el sofá. Luego sonrió tan ampliamente que sus caninos se asomaron por encima del labio inferior—. Y bien, ¿dónde estábamos?

—Zhu Liye.

Juliette levantó la vista con sobresalto y entrecerró los ojos al mirar a Roma. Tenía que hacerlo debido al rayo de sol que brillaba por detrás de la cabeza del muchacho, proyectando rayos que lo iluminaban con gran claridad mientras caminaban por la acera.

—¿Sigues con lo de los nombres?

—No, yo… —Roma hizo un sonido que podría haber sido una risita, de no haber sido por la hostilidad—. Acabo de entender. Adaptaste Juliette a los sonidos chinos. Ju-li-ette. Zhu Liye.

Era evidente que Roma había estado dándole vueltas a ese acertijo específico desde que salieron del departamento de Zhang Gutai. Después de contarle rápidamente lo que había encontrado en la

oficina, Juliette había preferido caminar en silencio mientras se orientaban. Roma había parecido conforme con el ejemplo de Juliette, hasta ahora.

—Buen trabajo detectivesco —dijo Juliette con un sonsonete, mientras se bajaba de la acera para evitar un charco y sus tacones resonaban sobre la calle. Roma la seguía de cerca.

—En realidad yo… —Roma ladeó un poco la cabeza, de cierta manera como un ave, con rapidez y curiosidad y sin ningún motivo ulterior—. No conozco tu nombre chino.

Juliette aguzó la mirada de nuevo.

—¿Y eso tiene alguna importancia?

—Únicamente estoy siendo amable.

—No hace falta.

Otro momento de pausa. Sólo que esta vez Roma no se apresuró a llenarlo. Esta vez se limitó a esperar. Él sabía que Juliette detestaba el silencio. Lo detestaba tanto que cuando el mutismo la seguía con el aire de un espíritu maligno, cuando se entrometía entre ella y quien quiera que fuera la persona con la que estaba caminando, ya fuera enemiga o amiga, Juliette era capaz de cualquier cosa con tal de encontrar un arma con la cual contrarrestarlo.

Roma permaneció en silencio. Y Juliette cedió.

—Cai Junli —dijo con voz monótona—. Si se cambia un poco la pronunciación, Junli se convierte en *Juliette*.

Su nombre no era ningún secreto; sencillamente había sido olvidado. Ella era simplemente Juliette, la heredera que regresó de Occidente, con apariencia y nombre de chica americana. Si la gente de Shanghái hacía un poco de memoria, encontrarían el nombre chino de Juliette flotando en algún lugar entre la época de su abuelo y la dirección de la residencia de una de las tías favoritas. Pero nunca se les venía a la memoria por mero instinto. De lo que se hablaba entonces era de la manera como Juliette había distorsionado su nombre convirtiéndolo en Zhūlìyè.

—Nunca me lo dijiste —dijo Roma, que miraba hacia el frente—. Entonces.

—Son muchas las cosas que no te dije —contestó Juliette y, con la misma voz monótona, agregó—: en aquel entonces.

Cuatro años atrás la ciudad había sido diferente. Muchos hombres todavía llevaban el pelo largo, en lo que se denominaba cola de caballo, una trenza que bajaba por la espalda, con la parte delantera del cuero cabelludo afeitada. Las mujeres usaban ropa suelta y pantalones rectos.

De modo que a donde Juliette fuera en aquel entonces, usaba sus vestidos brillantes. Se reía mucho de los horribles vestidos que usaban otras jovencitas, y cuando su madre se atrevió a tratar de convencerla de que se ajustara a la moda tradicional, sacó todas esas horribles prendas de su armario y las hizo jirones, dejando que las tiras de tela se perdieran por las cañerías recién instaladas. Destrozó cada uno de los qipaos y desechó cada una de las bufandas de seda que Lady Cai trató de regalarle. Para evitar que la reconocieran cuando se veía con Roma, temerariamente sólo se echaba un abrigo encima de sus estridentes vestidos. Juliette casi prefería la idea de que la consideraran una traidora a tener que usar la misma ropa que todos los demás. Habría preferido ser una paria que admitir que la sangre que corría por sus venas era producto de Oriente.

A Juliette le gustaba pensar que ya no era tan arrogante como antes. La segunda vez que regresó a Nueva York, había visto el lado sombrío que se escondía tras el glamur de Occidente. Ya no era tan genial ser una joven de gustos occidentales.

—Yo misma lo elegí.

Roma pareció sorprenderse con sus palabras. No esperaba que ella dijera nada más.

—¿Tu nombre? —aclaró él.

Juliette asintió, pero no lo miró y ni siquiera parpadeó. Le dijo:

—Los chicos en Nueva York se burlaban de mí. Me preguntaban mi nombre y luego reían cuando yo se los decía, repitiendo esas sílabas en otro idioma una y otra vez, como si canturrearlas las volviera graciosas.

En aquella época ella tenía cinco años. Ya habían sanado las heridas que le dejaron las burlas, cubiertas por una piel dura y los ásperos callos, pero todavía le ardían en los días malos, como lo hacen todas las viejas heridas.

—Mi nombre era demasiado chino para Occidente —siguió diciendo Juliette con una sonrisa irónica. No sabía por qué su rostro expresaba cierta jovialidad. Ella no se sentía en absoluto jovial—. Tú sabes cómo es eso, o tal vez no. Una cosa de un tiempo y lugar específicos, una que está tan hundida en ti que no se puede sacar.

Tan pronto como *esas* palabras salieron de su boca, sintió un indicio de náuseas, una reacción visceral inmediata al darse cuenta de que había hablado demasiado. La versión relajada y frívola de Juliette, cuya misión era ayudarla a sobrevivir en Occidente, había clavado sus garras con tanta profundidad que la Juliette auténtica ya no sabía dónde terminaba la fachada y dónde empezaba su verdadero yo, si es

que todavía quedaba algo de su yo genuino. Todos sus primos —Rosalind, Kathleen y Tyler— tenían nombres en inglés para adaptarse mejor al flujo occidental que invadía Shanghái, pero sus apelativos chinos seguían existiendo y siendo parte de su identidad; sus parientes todavía se dirigían ocasionalmente a ellos con esos nombres. Juliette, sin embargo, era en todo momento Juliette.

El aire se sentía pegajoso. Llevaban caminando tanto tiempo que ya habían entrado a la Concesión Francesa, y ahora recorrían una calle de viviendas idénticas, con paredes pintadas de colores brillantes y generosos jardines floreados. Juliette se arregló el cuello del abrigo e hizo una mueca cuando vio que Roma abría y cerraba los labios.

—Juliette…

¿La raya que separaba a los enemigos de los amigos sería horizontal o vertical? ¿Sería una gran planicie por la que debía avanzar pesadamente o un muro enorme que tenías que escalar o bien derribar?

—Y aquí terminamos, ¿no? —preguntó Juliette—. Haz lo que quieras con esta información. Estoy segura de que el vínculo entre Zhang Gutai y el tal Albarraz te dará mucho con qué trabajar.

Juliette se desvió hacia la izquierda, tomando un atajo a través de un patio que la llevaría a la calle siguiente. Allí la hierba le llegaba hasta los tobillos y cuando apoyó su zapato, el suelo pareció tragársela, abriéndose y ablandándose sólo por efecto de sus pasos. Parecía como una bienvenida, un *apresúrate*, un *ven, sigue*.

Hasta que Roma le puso una mano en el hombro, para detenerla con vigor.

—*Tienes* que dejar de hacer eso —dijo Juliette, dándose media vuelta y quitándose de encima la mano de Roma.

—No hemos terminado —dijo Roma.

—Sí, ya terminamos.

La sombra que proyectaba la casa cercana se sentía pesada. Roma y Juliette estaban justo en el lugar en el que terminaban las sombras, justo en la división entre la luz y la tiniebla.

Roma la miró de arriba abajo.

—Todavía crees que se trata de una estrategia de los comunistas, ¿no? —preguntó de repente y bajó la voz una octava, como si recién comprendiera que debían bajar el volumen de su discusión mientras se hallaban a cielo abierto. Con la tenue luz del comienzo de la mañana era difícil recordar la acechanza del peligro. Pero un solo movimiento en falso, la sola inconveniencia de un vistazo indebido, y los dos estarían en serios problemas.

—Roma —dijo Juliette con voz helada—, hasta aquí llega nuestra colaboración…

—No, no es cierto —insistió Roma—. Porque esto no es algo que puedas investigar por tu cuenta. Alcanzo a ver lo que ya planeas sólo con mirarte. Crees que podrás infiltrarte en los círculos comunistas gracias a tus recursos Escarlata…

Juliette se acercó un poco. No sabía si era el resplandor del sol que se reflejaba en una ventana, o si estaba lo suficientemente furiosa para ver todo envuelto en llamas.

—Tú —dijo con rabia— no sabes *nada*.

—Sé lo suficiente para ver que aquí hay un *patrón*, y que éste implica a Albarraz —Roma chasqueó los dedos frente a la cara de Juliette—. ¡Despierta ya, Juliette! Tú sólo haces caso omiso de esta pista porque quieres terminar nuestra colaboración y empezar a investigar a otros comunistas. ¡Pero eso no servirá de nada! Vas por el camino equivocado y *lo sabes*.

Sus palabras iban acompañadas de una cierta fuerza física, múltiples punzadas ardientes que se clavaron en la piel de ella. Juliette apenas podía respirar, ni hablar de encontrar la energía para responder, para continuar con los susurros que configuraban este nuevo enfrentamiento. Odiaba *tanto* a Roma. Odiaba que él tuviera razón. Odiaba ver la forma en que él incitaba semejante reacción en ella. Y, sobre todo, odiaba tener que odiarlo porque, si no lo hacía, el desprecio se volvería de inmediato contra ella y luego no habría nada más que detestar excepto su propia falta de voluntad.

—No puedes hacerlo —dijo Juliette y ahora sonaba más triste que enojada. Y odiaba *eso*—. No tienes derecho a hacerlo.

Si se inclinaba un poco, podría contar las partículas de polen que habían aterrizado sobre el puente de la nariz de Roma. La atmósfera de ese lugar era embriagadora y extraña y bucólica. Cuanto más tiempo permanecían ahí —alineados contra las paredes de color blanco perla, en medio de la hierba que se mecía con el viento—, más ganas tenía Juliette de arrancarse toda una capa de piel. ¿Por qué nunca podía reinventarse, por qué estaba condenada a siempre terminar igual?

Roma parpadeó. Él también redujo su enfado un ápice y sus susurros bajaron de tono.

—¿Hacer qué?

Mirarme.

Juliette dio media vuelta y cruzó los brazos.

—¿Qué estás sugiriendo? —preguntó, en lugar de responder—.

¿Por qué te aferras tan decididamente *al tal Albarraz*?

—Piénsalo —dijo Roma, en el mismo tono bajo y neutro de ella—. Según los rumores, Zhang Gutai es el creador de esta locura. Y se dice que el tal Albarraz es quien puede curar la locura. ¿Cómo podría *no* haber un vínculo ahí? ¿Cómo podría *no* haber algo que pasó entre ellos en esa reunión?

Juliette negó con la cabeza.

—Vínculo o no, si queremos arreglar esto de raíz, tenemos que ir tras el *causante* del mal, no tras quien lo *cura*…

—No estoy diciendo que Albarraz tenga todas las respuestas —se apresuró a corregir Roma—. Estoy diciendo que Albarraz puede conducirnos a más información sobre Zhang Gutai. Digo que es otro camino hacia la verdad, si el secretario general no quiere hablar.

Tiene sentido lo que dice, pensó Juliette. *No está…* equivocado.

Sin embargo, Juliette se negaba a complacerlo. Su madre la había dicho una vez que ella casi había nacido al revés, primero los pies, porque a Juliette siempre se negaba a seguir el camino sencillo.

—¿Por qué insistes en convencerme? —le preguntó—. ¿Por qué no vas sólo a confrontar al tal Albarraz y me dejas actuar por mi lado?

Roma bajó la mirada. Sus dedos se retorcían; tal vez se resistía a tocarla, pero Juliette expulsó esa idea de sus pensamientos tan pronto como ésta se le ocurrió. La ternura y la nostalgia eran sentimientos del pasado. Si acaso Roma volvía a pasar tiernamente su dedo por la columna de Juliette, sería para contar junto a qué vértebra clavar su cuchillo.

—Escucha, Juliette —dijo Roma con un suspiro—. Tenemos influencia sobre dos mitades de una misma ciudad. Si yo actúo por mi cuenta, tendré vedado todo el territorio Escarlata. No quiero arriesgarme a perder la oportunidad de conseguir una cura para mi hermana lo más pronto posible sólo a causa de nuestra guerra de clanes. Este conflicto ya se ha llevado suficientes vidas. No voy a permitir que tome la de Alisa.

Roma volvió a mirar a Juliette y en sus ojos había una mezcla de tristeza y rabia, dos sentimientos que luchaban por ocupar el espacio que los separaba. Juliette también se encontraba en el centro de ese conflicto, horrorizada de tener que contrarrestar esta locura al lado del chico que la había destrozado y, sin embargo, dolorida por esta *su* ciudad y lo que le había caído sobre ella.

Roma extendió una mano, vacilante.

—Hasta que termine esta locura, es lo único que pido. Entre nosotros depondremos todos los cuchillos y las armas, todas las

amenazas, durante el tiempo necesario para evitar la ruina de nuestra ciudad. ¿Estás dispuesta?

Juliette no debería haber estado dispuesta, pero él lo había planteado correctamente. Para Roma, salvar a Alisa era todo. No importaba si el asunto involucraba monstruos o curas mágicas preparadas por charlatanes, lo único que él quería era que Alisa despertara. Para Juliette, lo que estaba en primer lugar era su ciudad. Ella necesitaba que su gente dejara de morir. Era una suerte que estos dos objetivos se compaginaran.

Juliette extendió su mano y estrechó la de Roma para cerrar el trato. En ese momento una carga eléctrica pareció cruzarlos, un rayo terrible y ardiente que relampagueó cuando los dos parecieron darse cuenta de que, por primera vez en cuatro años, éste era un contacto piel con piel que no implicaba malicia alguna. Juliette sintió como si acabara de tragarse un carbón ardiendo.

—Hasta que se detenga la locura —susurró la joven.

Se apretaron la mano un par de veces y luego Roma giró las manos de ambos, de forma que ahora la suya estaba debajo y la de Juliette encima. Si no podían tener nada más, entonces al menos tendrían esto: un segundo, un capricho, una fantasía, antes de que Juliette recuperara el control y retirara la mano, para volverla a dejar caer junto a su cuerpo, con el puño apretado.

—Hasta mañana, entonces —anunció Roma, con voz ronca—. Iremos tras Albarraz.

Veintiuno

Con expresión necesariamente neutral, Kathleen entró disimuladamente a la reunión matutina de los comunistas, poniendo un pie frente al otro y dirigiéndose al interior sin detenerse junto a las personas que vigilaban la puerta.

Esto era algo para lo que ella era muy buena: ver sin ser vista. Kathleen era capaz de encontrar el equilibrio perfecto entre la confianza y la timidez, como si fuera un reflejo natural. Había aprendido a captar los rasgos sobre los que se construía la gente, tomando sus atributos y moldeándolos en una amalgama propia. Había adoptado la forma en que Juliette ladeaba la quijada cuando hablaba, en un gesto que exigía respeto incluso en los peores momentos. Había aprendido a imitar la forma en que Rosalind encogía los hombros cuando su padre empezaba una de sus interminables peroratas, para volverse deliberadamente pequeña de forma que él recordara que ella era tímida y se detuviera, incluso con una sonrisita casi imperceptible en los labios.

Había ocasiones en las que a la misma Kathleen le costaba recordar que ella era una persona independiente y no sólo la suma de los reflejos de un espejo en el que se miraban miles de personalidades distintas.

—Discúlpeme —dijo Kathleen con actitud distraída, mientras extendía la mano para pasar delante de dos comunistas que charlaban animadamente. Los otros dos la dejaron avanzar a través de la multitud sin prestarle mucha atención. Ella no sabía hacia dónde. Sólo sabía que tenía que seguir moviéndose hasta que empezara la reunión

o, de lo contrario, podría dar la impresión de estar fuera de lugar.

La reunión tenía lugar en un gran salón, cuyo techo era alto y abovedado, hasta terminar en un vértice bastante elevado. En otro país, aquel lugar podría haber sido quizás una iglesia, con vitrales y gruesas vigas de madera. Pero ahí sólo se utilizaba para bodas de extranjeros y eventos organizados por gente acaudalada.

Era irónico que fueran los comunistas quienes lo alquilaban ahora.

—Entrar y salir —se dijo Kathleen para sus adentros, repitiendo las palabras que le había dicho Juliette temprano aquella misma la mañana. Cuando Juliette acudió a ella y a Rosalind por ayuda, Kathleen había saltado de la emoción, con una reacción tan frenética que a los pocos segundos ya se estaba poniendo el abrigo.

—Tiene que haber una razón, ¿no? —había preguntado Juliette—. Los comunistas no estarían hablando sobre un genio del Partido que lo había soñado todo sin algún tipo de prueba. Si Zhang Gutai es inocente, entonces dicha prueba debería decir eso mismo e indicarnos una nueva dirección. Así que necesitamos esa prueba.

Rosalind ya tenía otra misión, en el club, para una importante reunión que Lord Cai mantendría con extranjeros a los que había que impresionar, pues debían ver Shanghái bajo la luz más gloriosa y extravagante. A juzgar por el gesto de desagrado de Rosalind, probablemente tampoco le había gustado que la mandaran con los comunistas. A Kathleen, por otro lado, no le importaba en lo absoluto. A pesar de lo mucho que trataba de despreciar todo el asunto, también era posible disfrutar cuando uno se metía de lleno en el caos y la actividad y las tensiones eran cada vez más altas. Eso la hacía sentir parte de algo, aunque fuera la pequeña pulga aferrada al felino que corre persiguiendo a su presa. Si entendía bien la política, entonces entendería la sociedad. Y si comprendía la sociedad, entonces estaría bien preparada para sobrevivir, para manipular el campo de juegos a su alrededor, hasta que pudiera tener la oportunidad de vivir en paz.

A pesar de lo mucho que amaba a su hermana, Kathleen no quería sobrevivir de la forma en que lo hacía Rosalind, en medio de los reflectores y la música de jazz. Ella no quería ponerse un disfraz y maquillarse la cara hasta que se volviera tan pálida como una hoja de papel, tal como hacía Rosalind cada día, con una risita en los labios. Juliette no sabía la suerte que había tenido al nacer con esa apariencia, con esas mejillas blancas y esas muñecas tan suaves como la porcelana. Se necesitaba tener mucha suerte en la lotería genética; si el código era distinto, toda la vida implicaría un esfuerzo de adaptación.

Lo único que Kathleen podía hacer para sobrevivir era forjarse su propio camino. No tenía alternativa.

—Soy estudiante universitaria de primer año —dijo Kathleen entre dientes, ensayando la respuesta que daría en caso de que alguien le preguntara quién era— y estoy trabajando como reportera del periódico del campus. Espero aprender más sobre las increíbles oportunidades que les esperan a los trabajadores en Shanghái. Crecí en la pobreza. Mi madre falleció y mi padre está muerto para mí… *¡uf!*

Kathleen se quedó paralizada. La persona con la que acababa de estrellarse le hizo una pequeña reverencia a manera de disculpa.

—Perdóneme, por favor. No estaba viendo adónde iba —la sonrisa de Marshall Seo parecía resplandeciente y enérgica, aunque Kathleen no dejaba de mirarlo. ¿Acaso no la había reconocido? ¿Por qué estaba él ahí?

Probablemente por la misma razón que tú.

—No hay nada que perdonar —respondió Kathleen enseguida e inclinó la cabeza. Cuando viró para marcharse, Marshall la rodeó antes de que ella pudiera parpadear y se interpuso en su camino. Kathleen apenas tuvo tiempo de frenar para no clavar su nariz contra el pecho de aquel hombretón.

—¿Por qué tan preocupada? —preguntó Marshall—. La reunión todavía se demora unos minutos en empezar.

Definitivamente la había reconocido.

—Quiero encontrar un buen asiento —contestó Kathleen, mientras sentía cómo el corazón empezaba a palpitarle con fuerza en el pecho —. La acústica del salón no es la mejor. Por eso pretendo estar tan cerca del escenario como sea posible.

No importaba que ninguno de los dos estuviera usando los colores de sus pandillas, y ambos estuvieran asistiendo a una reunión convocada por un grupo que las rechazaba a las dos. Estaban en orillas opuestas y un enfrentamiento era un enfrentamiento.

—Ah, pero espera un momento, querida —insistió Marshall—. Mira, allá… —Marshall puso la mano sobre el codo de Kathleen y ella mandó la mano enseguida a su cintura, dejando que sus dedos se envolvieran alrededor del arma que llevaba debajo del abrigo.

Todo se paralizó durante un segundo.

—No hagas eso —susurró Marshall, casi con tristeza—. Tú sabes que sería una imprudencia.

Un enfrentamiento era un enfrentamiento, entonces, ¿por qué él había decidido no sacarla a patadas de allí? Estaban en territorio de los Flores Blancas. Sería una imprudencia de ella dispararle, pero *él sí*

podía hacerlo, podía matarla y los Escarlatas no podrían evitarlo.

Lentamente, Kathleen relajó sus dedos y los alejó del arma.

—Ni siquiera sabes lo que estaba a punto de hacer.

Marshall sonrió. La expresión llegó espontáneamente, un momento estaba serio, y al siguiente parecía muy feliz.

—Ah, ¿no?

Ella no supo cómo responder a eso. No sabía cómo reaccionar a toda esta conversación, cómo responder a una especie de coqueteo que parecía más un rasgo de personalidad que una actuación calculada en busca de algo concreto.

No sabía cómo responder al simple hecho de que él no le apuntara con su arma.

Un truco.

Los Flores Blancas sabían cómo jugar una partida larga.

Marshall se limitó a quedarse allí, mirándola, moviendo sus ojos de la frente a la nariz y al pendiente que colgaba de su garganta, y aunque Kathleen instintivamente quería huir de ese escrutinio, decidió en realidad imitar la posición relajada de los hombros de Marshall, casi como retándolo a continuar.

Pero no lo hizo. Sólo sonrió, como si estuviera divirtiéndose mucho con esta competencia de miradas.

—Bueno, ha sido un gusto conversar contigo —Kathleen dio un paso hacia atrás—. Pero ahora sí quiero encontrar un asiento libre. Hasta luego.

Kathleen se apresuró a marcharse mientras resoplaba y se ubicó en el primer asiento libre que encontró, cerca del escenario. Ni siquiera quería sentarse. En realidad estaba tratando de conversar con los comunistas. ¿Por qué le costaba tanto trabajo realizar una tarea de principio a fin?

Kathleen miró a su alrededor. A su izquierda, una anciana roncaba en medio del quinto sueño. A su derecha, dos jóvenes universitarios —estos sí reales, a diferencia de ella, a juzgar por sus libretas— estaban concentrados discutiendo sus planes para lo que harían después de la reunión.

Kathleen torció el cuello, y luego un poco más, mientras repiqueteaba frenéticamente los dedos contra el respaldo de la silla. Una especie de tic tac resonaba en su mente cada vez que parpadeaba, como si su tiempo allí fuera una cosa medible que estaba a punto de expirar.

La mirada de Kathleen se posó en un grupo de tres hombres calvos que estaban dos filas detrás. Cuando aguzó el oído y enfocó más la

mirada, notó que los hombres hablaban en el dialecto de Shanghái, farfullando sobre el estado de la Expedición del Norte, con los dedos apoyados sobre las rodillas y las lenguas moviéndose tan rápido que expulsaban gotitas de saliva en todas direcciones. La forma en que gesticulaban le hizo pensar que no se trataba de asistentes casuales. Sino de miembros del Partido.

Perfecto.

Kathleen trató de acercárseles y arrastró la silla hasta que quedó justo junto a ellos.

—¿Tienen un segundo? —los interrumpió, de forma que los hombres dejaron de charlar—. Soy de la universidad —Kathleen sacó una grabadora de su bolsillo y la puso frente a ella. El aparato no servía, pues lo había desenterrado —lo cual ya era insólito— de una montaña de balas sin usar, en la armería de la mansión Cai.

—Siempre tenemos tiempo para nuestros estudiantes —contestó uno de los hombres, que infló el pecho para prepararse.

Se supone que grabo tu voz, no que te saco una fotografía, pensó Kathleen.

—Me gustaría escribir un artículo sobre el secretario general del Partido —dijo ella en voz alta—. ¿Zhang Gutai? —añadió, al tiempo que miraba rápidamente al escenario. Ya había gente sobre la plataforma, pero hablaban entre sí, circulándose unas notas. Todavía tenía unos pocos minutos antes de que el lugar quedara en silencio. No podía avanzar lentamente con sus preguntas a estos hombres. Necesitaba extraer la información que quería tan rápido como fuera posible, llevarlos directamente al grano.

—¿Qué tal es él? —Kathleen se aclaró la garganta—. La revolución necesita un líder. ¿Creen que su capacidad puede ser un punto a favor?

Silencio. Durante un momento, Kathleen temió haber empezado con una pregunta demasiado controversial y haber metido su pie descalzo en un nudo de víboras, asustándolas para que volvieran a sus agujeros.

Luego los hombres empezaron a reír a carcajadas.

—¿Su capacidad? —repitió uno de ellos con un suspiro—. No me hagas reír.

Kathleen parpadeó. Tenía la esperanza de que sus primeras preguntas los llevaran a pensar que ella sabía más de lo que realmente conocía. Y suponer que Zhang Gutai era un hombre muy capaz parecía una buena idea, ¿no? Había muy pocos rasgos de personalidad que correspondieran a la mente maestra que había maquinado una

epidemia. Pero en lugar de eso, parecía que su suposición había producido el efecto contrario.

—¿Ustedes no creen que el señor Zhang sea muy capaz? —preguntó ella, con una perplejidad que invadía su voz.

—¿Por qué pensaría usted que sí lo es? —replicó uno de los tres hombres, quien también se mostraba perplejo.

Arriba en el escenario, un orador dio un golpecito al micrófono, que resonó por todo el salón, rebotando contra los pequeños nichos del techo.

—Es una suposición muy natural.

—¿Lo es?

Kathleen sintió un temblor en la quijada. No podía seguir jugando ese juego. No tenía entrenamiento en el arte de hablar con mentiras.

—Dicen los rumores que él fue el artífice de la locura que asola Shanghái.

Los tres hombres se quedaron rígidos. Entre tanto, el primer orador del escenario empezó a dar la bienvenida a los asistentes, agradeciéndoles su presencia e invitando a los que estaban al fondo para que se acercaran un poco más al escenario.

—¿Y qué clase de artículo estás escribiendo? —el susurro llegó hasta Kathleen desde la boca del hombre que estaba sentado más lejos de ella. Hablaba moviendo sólo la mitad de la boca y las palabras salían por los espacios entre sus dientes y por la pequeña rendija de sus labios.

Kathleen sentía el peso de la grabadora en su mano. Cuidadosamente la apretó entre el puño y luego la guardó, pues creía que ya había cumplido su propósito.

—Un ensayo sobre el poder —contestó—, y sobre la locura que conlleva. Un estudio sobre los poderosos y aquellos que les temen —para evitar cualquier confusión sobre el significado de sus palabras, Kathleen añadió en un susurro—: dejar al descubierto la locura.

En el salón tronó una ronda de aplausos. A lo lejos, Kathleen pensó que había oído unas sirenas que se mezclaban con el ruido, pero cuando el estruendo cesó, lo único que pudo oír fue al siguiente orador —un bolchevique de cepa, venido directamente desde Moscú —, que empezó a resaltar los beneficios de organizar sindicatos.

—No te equivoques —el hombre que estaba sentado junto a ella intercambió una mirada fugaz, antes de volver a posar sus ojos en el escenario. Si él no hubiera hecho ese comentario, Kathleen nunca hubiese pensado que se trataba de un comunista. ¿Qué hacía que este hombre pareciera distinto de los otros en la calle? ¿En qué punto el

mero interés político se convertía en fanatismo y hacía que un hombre estuviera dispuesto a morir por una causa?—. Si quieres descubrir el papel de Zhang Gutai en esta locura, no es el poder lo que lo sostiene.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Kathleen.

Ninguno de los hombres se apresuró a contestar. Tal vez el discurso del bolchevique estaba muy interesante. Tal vez sólo estaban asustados.

—Ustedes afirman ser heraldos de la igualdad —Kathleen puso el pie sobre un folleto que yacía en el piso. El texto grande y en negritas estaba empapado en el agua de un té que alguien había derramado—. Entonces cumplan lo que prometen. Permítanme exponer a Zhang Gutai como el gusano falso que es. Nadie tiene por qué enterarse de que la información salió de ustedes. Ni siquiera me han dicho sus nombres. Serán ustedes soldados anónimos de la justicia.

Pasó un momento y parecía como si estos hombres estuvieran impacientes por compartirle un secreto. Kathleen podía verlo en la forma como les brillaban los ojos y el frenesí que pareció revelar uno de ellos cuando pensó que estaban haciéndole un bien al mundo. El bolchevique del escenario estaba haciendo una reverencia, y el salón enteró estalló en aplausos.

Kathleen seguía esperando.

—¿Quieres hacer un artículo sobre su poder? —el hombre que estaba más cerca de ella se inclinó hacia delante—. Entiende esto: Zhang Gutai no es poderoso. *Tiene un monstruo que cumple su voluntad y realiza sus fechorías.*

En ese momento entró una ráfaga de frío que recorrió el salón. Con los últimos aplausos, la audiencia volvió a quedar en silencio.

—¿Qué?

—Nosotros lo vimos —dijo con certidumbre el segundo hombre—. Lo vimos saliendo de su departamento. Él lo manda a la calles como si fuera un demonio, a matar a aquellos que lo irritan.

—Todo el Partido lo sabe —agregó el tercer hombre—, pero nadie habla de la deshonra, mientras que la marea corra en la dirección señalada. ¿Quién se atrevería?

Bajo las sombras iridiscentes de los vitrales de colores, toda la audiencia pareció inclinarse hacia delante, esperando al siguiente orador mientras el escenario seguía vacío. Es posible que Kathleen hubiera sido la única persona que estaba mirando en otra dirección.

Estos hombres creen que ver *al monstruo es lo que causa la locura*, se dijo. Creen que la bestia es un asesino que actúa bajo instrucciones de Zhang Gutai, para abatir a todos los que se topan con él. Pero,

entonces, ¿qué papel juegan los insectos en esta ecuación? ¿Por qué Juliette ha murmurado sin parar sobre criaturas parecidas a piojos que esparcen la enfermedad?

—A mí eso me parece poder —comentó Kathleen.

—El poder es algo que logran muy pocos —dijo uno de los hombres y encogió los hombros—. Cualquiera puede ser el amo de un monstruo si su corazón es lo suficientemente corrupto.

Entonces el salón estalló en una especie de caos, mientras la gente empujaba las sillas y daba alaridos que resonaban en aquella gran bóveda. De repente Kathleen recordó haber escuchado unas sirenas a lo lejos, pero haberlas ignorado en su momento. Sin embargo, *sí* habían sido sirenas que traían con ellas a unos oficiales del orden que no hacían cumplir la ley sino que sólo aseguraban que las cosas siguieran como estaban. Esto era territorio de los Flores Blancas. Ellos pagaban a la guardia municipal una gran cantidad de dinero para mantener a los gánsteres en el poder, lo cual incluía irrumpir en las reuniones de los comunistas e interrumpir cualquier intento de este partido por avanzar hacia la revolución y la erradicación del dominio de la mafia.

—Suspendan todo de inmediato, y arriba las manos —gritó uno de los oficiales.

La actividad sólo se hizo más frenética, mientras la gente salía por las puertas y se ocultaba debajo de las mesas. Kathleen consideró vagamente hacer lo mismo, pero un oficial ya marchaba directamente hacia ella con expresión amenazante.

—*Venez avec moi* —exigió el oficial en francés—. *Ne bougez pas*.

Le había pedido que lo siguiera, que no intentará nada para evadirlo. Kathleen reflexionó un instante, y dijo:

—*No, monsieur, j'ai un rendez vous avec quelqu'un*.

El oficial se sobresaltó, sorprendido. No esperaba encontrarse con ese acento parisino, el cual le indicaba que aquella chica sólo había acudido al encuentro con un amigo. Él mismo no tenía los rasgos de los franceses blancos que solían verse en la Concesión. Al igual que tantos otros oficiales en la guardia municipal, sólo era un producto del dominio francés, que había sido enviado desde Annam o cualquiera de los otros países al sur de China que no habían logrado mantener a los extranjeros lejos de sus gobiernos.

—*Maintenant, s'il vous plaît* —la apresuró el oficial a obedecer, visiblemente ofendido por la altanería de Kathleen. A su alrededor, los comunistas eran obligados a tenderse en el suelo. Los que no habían logrado correr lo suficientemente rápido serían procesados y fichados

como personas que había que vigilar en caso de que el Partido creciera más y se necesitara algún sacrificio.

—Ah, déjala en paz.

Kathleen giró la cabeza rápidamente con el ceño fruncido. Marshall le hacía señas al oficial para que se marchara, con una mano adornada con un anillo que claramente debía pertenecer a la colección de reliquias de los Montagov. El anillo resplandeció ante la luz y la expresión iracunda del oficial se suavizó. Entonces se aclaró la garganta y se marchó a amenazar al pobre diablo más cercano.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Kathleen—. ¿Por qué ofreces tu ayuda cuando no ha sido solicitada?

Marshall se encogió de hombros. De la nada pareció sacar una manzana y dijo:

—Ellos se aprovechan bastante de nosotros. Me gusta ayudar.

—Y luego le dio un mordisco a su manzana.

Kathleen se arregló el abrigo. Si tiraba con más fuerza, la tela quedaría arrugada para siempre.

—¿Y eso qué se supone que significa? —preguntó con indiferencia —. La guardia municipal está de tu lado. Ellos nunca se aprovecharán de *ustedes*.

—Claro que sí —Marshall sonrió, pero esta vez la sonrisa no llegó hasta sus ojos—. Todos lo hacen. Les encanta lustrar sus zapatos antes de pisar más fuerte. La gente como nosotros muere todos los días.

Kathleen no se movió.

Marshall hizo caso omiso de su incomodidad y siguió masticando la manzana.

—Del mismo modo en que esos comunistas con los que hablabas están dispuestos a encontrar la primera oportunidad de derrocar a su secretario general.

Kathleen bufó con indignación.

—¿Acaso estabas escuchando mi conversación?

—¿Y qué si lo hice?

Los arrestos parecían estar disminuyendo. Había un camino despejado desde ahí hasta la puerta y Kathleen sería libre y podría escapar con la información que recién había adquirido, bien guardada en su pecho.

Lástima que los Flores Blancas habían recopilado ahora exactamente la misma información.

—No te metas en lo que no te incumbe —sentenció bruscamente Kathleen.

Y antes de que Marshall Seo pudiera robarle algo más, se marchó.

Veintidós

La mañana dio paso al mediodía mientras perezosos rayos de luz gris entraban por las ventanas sucias del club *burlesque*. Juliette hizo un gesto con la mano para disipar el humo de cigarrillo que flotaba bajo su nariz, al tiempo que hacía una mueca de disgusto y trataba de contener un acceso de tos.

—¿Acaso se dañó la calefacción? —gritó Juliette con tono autoritario—. ¡Suban la temperatura! ¡Y tráiganme más ginebra!

A pesar de que vestía un largo abrigo forrado en una piel más gruesa que los libros de contabilidad de su padre, cada vez que se abrían las puertas entraba una brisa helada que acababa por congelar la atmósfera.

—¿Ya te acabaste toda la botella? —le preguntó una de las meseras. Con un trapo en la mano, con el que estaba restregando una mesa cercana, la mujer arrugó la nariz mientras observaba el vaso que Juliette tenía frente a ella.

Juliette tomó la botella vacía, examinó la letra pequeña de la etiqueta y luego volvió a ponerla sobre la mesa, encima de un volante. Había encontrado aquel trozo de papel en la calle, justo antes de llegar al club, y ya lo tenía todo arrugado debido a lo mucho que lo había manoseado.

VACÚNESE, decía el volante en letras mayúsculas y, en la parte inferior, había una dirección ubicada en el Asentamiento Internacional.

—Bájale a tu tono y deja de juzgarme, o te despido —respondió Juliette, sin que pareciera muy convencida de la amenaza que acababa

de proferir. Entonces chasqueó los dedos para llamar la atención de un ayudante de cocina que pasaba por su lado—. ¡Rápido, tráeme otra botella! —y el chico se apresuró a cumplir la orden.

Durante el día, el público del club era más bien escaso, y los gánsteres que llegaban durante esas horas no tenían mucho más que hacer que perder el tiempo por ahí mientras miraban la desangelada rutina diurna de Rosalind. Por la noche, caían todas las barreras y Rosalind brincaba y bailaba chachachá con total extravagancia. Todas las lámparas brillaban a su máxima capacidad y la energía del lugar hacía relumbrar la luz dorada de los candelabros contra el cielo raso pintado de rojo. Pero mientras afuera brillaba el sol y eran pocos los cuerpos que se encontraban ante las mesas redondas, parecía como si todo el lugar estuviera hibernando. Rosalind solía trabajar dos horas durante el día y era evidente que eso no le gustaba, a juzgar por la poca atención que le prestaba a lo que hacía. Desde el escenario, arqueó una ceja mientras miraba a Juliette, preguntándole sin palabras por qué estaba tan alterada, por culpa de lo cual desatendió los primeros acordes de su siguiente canción.

—¿Bebiendo desde la una de la tarde? —le comentó a Juliette cuando se le acercó una hora después, luego de haber terminado, por fin, su ensayo. Como ya se había quitado el traje de fantasía que usaba en el escenario, se mimetizó con el verde oscuro de la tapicería de las sillas, al dejarse caer en el asiento que había frente a Juliette, vestida con su qipao. Sólo sobresalían sus ojos negros, en medio de aquella luz mortecina. Todo lo demás parecía extraño y gris.

—Pues, al menos estoy *tratando*.

Juliette sirvió con destreza otro trago en la copa y se la ofreció a Rosalind.

Cuando su prima le dio un sorbo hizo una mueca tan severa que su quijada afilada pareció dividirse en tres.

—Esto es *asqueroso* —dijo, mientras tosía y se secaba los labios. Luego miró a su alrededor, hacia las mesas vacías—. ¿Te vas a encontrar aquí con alguien otra vez?

Rosalind se refería a algún comerciante, o quizás a un diplomático extranjero, un empresario, una de esas personas poderosas con las que se suponía que se relacionaba Juliette. Pero desde el encuentro con Walter Dexter, que se había convertido en una verdadera molestia, el padre de Juliette no había vuelto a pedirle que se reuniera con nadie más. Ahora ella tenía una sola tarea: averiguar por qué la gente de Shanghái moría.

—Cada vez que golpeo en la puerta de la oficina de mi padre para

preguntarle si hay alguna persona importante con la que le gustaría que me reuniera para convencerlo de algo, me despacha así… —dijo Juliette, y a continuación hizo una imitación un poco exagerada de la expresión de irritación de su padre, agitando la muñeca en el aire como si fuera un pez recién salido del agua.

Rosalind contuvo una carcajada.

—¿Entonces no tienes ningún otro lugar adonde ir?

—Sólo estoy invirtiendo tiempo en tu talento —le respondió Juliette—. Estoy tan *cansada* de esta gente tan vulgar que no conoce la diferencia entre una *drop kick* y una *flat kick*…

Rosalind hizo una cara de desconcierto.

—Ni *yo* sé cuál es la diferencia. Y estoy casi segura de que acabas de inventar esos términos.

Juliette encogió los hombros y terminó de beberse el trago que tenía en la copa. La respuesta que le había dado a su prima era verdad. Sólo necesitaba que la vieran en el club *burlesque* durante suficiente tiempo para no despertar ninguna sospecha cuando se escapara al atardecer para encontrarse con Roma.

Juliette se estremeció.

Escaparse para encontrarse con Roma.

Cuántos recuerdos le traía aquello: una herida que se suponía que había cicatrizado hacía tiempo, pero que seguía abierta y supurante.

—¿Estás bien?

Rosalind se sobresaltó.

—¿Por qué no habría de estarlo?

El maquillaje estaba bien, pero Juliette también pasaba un largo rato aplicándose ungüentos y sustancias todas las mañanas. Sin tener que mirar con mucho detenimiento, podía ver en qué lugares se había excedido Rosalind con cremas y polvos, y podía ver la línea exacta en la que terminaba la piel y empezaba la capa falsa que cubría las medias lunas negras bajo los ojos.

—Me preocupa que no estés durmiendo lo suficiente —dijo Juliette.

En ese momento se escuchó un estruendo a su izquierda, cuando la mesera que estaba limpiando las mesas derribó un candelabro.

Rosalind sacudió la cabeza a uno y otro lado, un gesto con el que al mismo tiempo que demostraba su desaprobación por el descuido de la mesera, buscaba responder a las palabras de Juliette.

—Sí he estado durmiendo, aunque no muy bien. Me la paso soñando con esos insectos —Rosalind se estremeció y luego se inclinó hacia delante—. Juliette, me siento impotente al quedarme aquí sin

hacer nada, mientras la ciudad se desmorona. Debe haber algo que yo pueda hacer…

—Relájate —dijo Juliette en voz baja—. No es tu trabajo encargarte de eso.

Rosalind puso las palmas de las dos manos sobre la mesa y tensó la quijada.

—Me gustaría ayudar.

—Ayúdame durmiendo mejor —Juliette intentó sonreír—. Ayúdanos bailando con todo tu esplendor, para que podamos olvidar… aunque sea por unos minutos… que la gente está saqueando las tiendas y encendiendo fogatas en la calle.

Sólo para poder olvidar que la locura estaba atacando cada rincón de la ciudad, y que ésta no era una fuerza que pudieran combatir la policía, ni los gánsteres, ni los poderes coloniales.

Rosalind guardó silencio por un largo rato y luego, para sorpresa de Juliette, preguntó:

—¿Eso es lo único para lo que sirvo?

Juliette se sobresaltó.

—¿Perdón? —le dijo.

—Uno pensaría que ya ni siquiera tengo que ser una Escarlata —añadió Rosalind con amargura. Su voz sonaba casi irreconocible, como herida por una astilla de vidrio—. Sólo soy una bailarina.

—*Rosalind* —Juliette también se inclinó hacia delante y luego entrecerró los ojos. ¿De dónde salí esto ahora?— Eres una bailarina, sí, pero una bailarina del círculo más íntimo de la Pandilla Escarlata, una bailarina que está al tanto de reuniones y correspondencia en las que ni siquiera tu padre puede meter la nariz. ¿Cómo puedes dudar de si eres o no una Escarlata?

Pero los ojos de Rosalind mostraban su aflicción. La amargura había dado paso a una sensación de angustia y la angustia devoró todo su candor hasta que parecía sólo estar mirando hacia el vacío, completamente derrotada. Haber visto al monstruo la había afectado más de lo que ella aparentaba. La había llenado de angustiosas pesadillas nocturnas y ahora estaba dudando de todos los cimientos de su vida, lo cual era muy peligroso para alguien como Rosalind, cuya mente ya era de por sí un sitio sepulcral.

—Es sólo que a veces me parece injusto —dijo Rosalind en voz baja —, que a ti sí se te permita estar en esta familia y que vayas a tener tu lugar en la Pandilla, pero que yo, en cambio, sea una bailarina, o igual que nada.

Juliette parpadeó. No había nada que pudiera contestar ante eso.

Nada excepto…

—Lo… siento —estiró el brazo y posó una mano sobre la de su prima—. ¿Quieres que hable con mi padre?

Rosalind negó rápidamente con la cabeza. Luego rio con amargura.

—Por favor, no me hagas caso —dijo Rosalind—. Yo sólo… no sé. No sé qué me pasa. Necesito dormir más —y con esas palabras se puso en pie, apretó una vez la mano de Juliette y se soltó—. Ahora tengo que ir a casa a descansar, si quiero estar lista para mi turno de esta noche. ¿Vienes?

Juliette no tenía intenciones de aceptar la invitación, pero tampoco quería dejar ir a Rosalind mientras parecía como si aún hubiera un conflicto entre ellas, uno que había quedado sin resolver. Eso era desesperante. Juliette sentía los vellos de la nuca erizados, como si ella y su prima acabaran de tener una pelea, pero la verdad es que no podía encontrar el punto exacto de fricción. Tal vez era su imaginación. Los ojos de Rosalind parecían transparentes ahora, como si estuvieran inyectándole más espíritu a su cuerpo. Tal vez sólo había sido un instante de debilidad interna.

—Ve tú —contestó finalmente Juliette—. Yo debo todavía pasar un rato más aquí.

Rosalind volvió a sonreír, mientras asentía. Cuando atravesó la puerta, entró otra ráfaga de aire helado que estremeció de tal forma a Juliette que tuvo que ocultar el cuello bajo el abrigo, convirtiéndose en una chica devorada por un abrigo de piel. Y ahora ni siquiera había un espectáculo para entretenerse. No tenía más opción que observar a los miembros de su banda.

—¿Cuánto tiempo llevas restregando esa mesa? —gritó Juliette.

La mesera levantó la vista y suspiró.

—Xiǎojiě, es que las manchas no quieren salir.

Juliette se incorporó y se afianzó sobre los tacones. Luego extendió la mano y tomó el trapo de limpiar.

La mesera parpadeó.

—Pero, señorita Cai, no es apropiado que usted se ensucie las manos…

—*Dámelo*.

La mesera le entregó el paño y Juliette lo arrugó bajó su puño. Con tres movimientos rápidos y violentos, después de apoyar la mano contra la mesa con tal fuerza que se oyó un golpe, la superficie quedó lisa, limpia y brillante.

Juliette le devolvió la tela a la mesera.

—Usa los codos. No es tan difícil.

—Estuve pensando una cosa.

Benedikt levantó la vista de su libreta de dibujo y entrecerró los ojos para tratar de enfocar la cara de su amigo. El día estaba nublado, sin embargo había una cierta luminosidad cegadora que atravesaba las nubes y llenaba el salón en que se encontraban. El resultado era un cielo terriblemente depresivo, que no tenía siquiera el alivio de desgajarse en un buen aguacero.

—Soy todo oídos —exclamó Benedikt.

Entonces Marshall se sentó en el largo sofá, apartando las piernas de Benedikt sin ningún cuidado. Y mientras hacía caso omiso de sus protestas, se negó a moverse a pesar de que casi aplasta uno de los pies descalzos de su colega.

—¿No te parece que es un poco raro que últimamente Lord Montagov nos haya estado enviando a tantas misiones relacionadas con los Escarlata? ¿Cómo obtiene esa información?

—No es raro —la atención de Benedikt regresó al movimiento del lápiz contra la superficie áspera del papel—. Tenemos espías en la Pandilla Escarlata. Siempre los hemos tenido. Y ellos ciertamente también tienen espías en nuestras filas.

—Sí, claro, tenemos espías, pero no al punto de resultar *útiles* —comentó Marshall, que siempre adoptaba una actitud muy adusta cuando estaba tratando de concentrarse. A Benedikt eso le parecía gracioso, a decir verdad. Sentía que esa actitud no le sentaba bien a Marshall, era como ver a un bufón vestido de traje.

—¿De qué hablas? ¿Crees que hemos logrado infiltrar su círculo más íntimo? —dijo Benedikt, al tiempo que negaba con la cabeza—. Ya nos habríamos enterado, si así fuera. ¿Puedes dejar de retorcerte de esa manera?

Marshall no dejó de moverse. Parecía como si estuviera tratando de acomodarse en el asiento, pero los cojines del sofá iban a salir volando si seguía así. Finalmente logró su cometido y apoyó el mentón sobre un puño.

—Es que últimamente la información ha sido tan precisa… —dijo Marshall y su voz reveló un tono de asombro—. Tu tío supo la hora de la mascarada antes de que se enterara Roma. Esta mañana me mandó seguir a Kathleen Lang, y tenía su localización exacta. ¿Cómo lo hace?

Benedikt levantó de nuevo la vista de su dibujo y luego volvió a bajarla, mientras su lápiz trazaba un arco. La línea de una quijada se fusionó con la curva de una garganta. Una mancha en el sombreado se convirtió en un hoyuelo.

—¿Lord Montagov te envió a seguir a Kathleen Lang? —preguntó.

Marshall apoyó la espalda en la pared.

—Bueno, no iba a enviarte a ti, ni a Roma, a una reunión del Partido Comunista. Ustedes hablan la lengua, pero su apariencia no se camufla tanto como la mía.

Benedikt entornó los ojos.

—Sí, eso lo entiendo. Pero, ¿por qué ahora estamos siguiendo los pasos de Kathleen Lang?

Marshall encogió los hombros.

—No lo sé. Supongo que queremos la información que ella consiga —dijo, al tiempo que miraba por la ventana y entrecerraba los ojos. Se produjo un momento de silencio, durante el cual lo único que se oyó fue el sonido del lápiz de Benedikt trazando un sombreado.

—¿No deberíamos retomar hoy nuestra búsqueda de una víctima viva? —preguntó Marshall.

Benedikt supuso que aquello era cierto. Se les agotaba el tiempo. Alisa contaba con ellos y, si tenían más caminos que explorar con miras a encontrar una cura, ¿no deberían al menos intentarlo?

Benedikt dejó su libreta de dibujo sobre la mesa, mientras dejaba escapar un suspiro.

—Supongo que sí, que tenemos que hacerlo.

—Podrás seguir dibujando después de que suspendamos nuestra búsqueda y regresemos esta noche —prometió Marshall, mientras estiraba el cuello para echar una ojeada a la libreta—. La verdad es que no soy tan buen sabueso.

Al atardecer, Juliette salió discretamente del club *burlesque*, con la cabeza gacha y el mentón metido entre el cuello del abrigo, en un esfuerzo por pasar desapercibida, al tiempo que se guarecía contra la brisa helada de aquel ventarrón que lastimaba su piel en cada punto de contacto. Mientras avanzaba, se preguntaba por qué esos inicios de invierno parecían atacar con tal virulencia.

—¡Bollos, bollos calientes a dos centavos! Cómprelos ahora, están calientes…

—Señorita, señorita, estamos vendiendo pescado barato…

—¡Conozca su destino! ¡Leemos el futuro en la palma de su mano! Xiǎojiě, usted tiene cara de…

Juliette caminaba zigzagueando entre los puestos de mercado, con la mirada fija en sus zapatos. Se levantó la capucha del abrigo hasta cubrir la mayor parte del cabello y casi toda su cara quedó oculta tras la piel del forro. No es que fuera peligroso que la reconocieran, ya tenía preparadas diez mil explicaciones sobre adónde se dirigía, pero

no tenía ganas de entrar en una vorágine de mentiras. Esta ciudad era una vieja amiga y Juliette no necesitaba levantar la vista para saber adónde iba. Girando por aquí y por allá, en pocos minutos avanzaba por la avenida Eduardo VII y finalmente levantó la cabeza y preparó sus mejillas para el golpe de frío mientras buscaba a Roma.

Toda la actividad de la calle apuntaba en una dirección, hacia el centro de entretenimiento el Gran Mundo. Realmente no era acertado decir que aquel lugar era una *arcade*, como Juliette era aficionada a llamarlo. Era más un complejo cerrado de establecimientos dedicados al entretenimiento, donde se podía encontrar todo lo imaginable. Espejos de feria, equilibristas y heladerías confluían allí en una cacofonía de actividades que buscaban ayudar a entretenerte durante el día, al tiempo que te desocupaban la billetera. La principal atracción era la ópera china, pero a Juliette nunca le había gustado mucho ese género. Su favorito era el número de los magos, aunque hacía años que no entraba a la *arcade* y, probablemente, a estas alturas ya todos los magos que conocía desde hacía tiempo se habían marchado o habían sido reemplazados.

Mientras suspiraba, Juliette inspeccionó los cinco luminosos caracteres chinos dispuestos en lo alto del umbral del Gran Mundo y que brillaban contra el resplandor del sol moribundo, iluminados desde atrás por un tenue rayo anaranjado.

Blancos… dorado… dragón… cigarrillos, tradujo y la tarea le resultó más confusa de lo necesario. Por un instante se había olvidado de leer de derecha a izquierda, en lugar de izquierda a derecha, como se había acostumbrado a hacerlo en el último par de años.

—Concéntrate —se dijo.

Entonces la atención de Juliette empezó a fijarse en el torrente de rostros que entraban y salían por las puertas del Gran Mundo. Escrutaba cuidadosamente cada uno, examinando a la gente en medio de la penumbra, mientras montones de personas se dejaban llevar, atraídas por luminosos avisos que las invitaban a disfrutar de numerosos vicios fácilmente disponibles, hasta que su mirada recayó sobre la vitrina de una tienda de vestidos. Apoyado contra un poste, Roma esperaba, con las manos entre los bolsillos y notorias ojeras.

Juliette se acercó, tratando de que sus zapatos no resonaran contra el suelo, al menos por una vez. Se preparó para reprenderlo por ubicarse tan lejos del edificio y de tal manera ser tan difícil de encontrar, pero cuando estuvo un poco más cerca, algo en la expresión de Roma la hizo desistir incluso antes de empezar a hablar.

—¿Qué pasa?

—No mires atrás —dijo Roma—, pero te estaban siguiendo.

—No es cierto.

Juliette se apresuró a negar contundentemente que la estuvieran siguiendo, pero más como un acto de rebelión que por verdadero convencimiento. Mientras hablaba, su primer instinto fue dar media vuelta y demostrar a Roma que estaba equivocado, pero la lógica la hizo contenerse. Permaneció inmóvil mientras todos los tendones de su cuello se tensaban. La verdad es que había estado totalmente absorta en sus pensamientos mientras caminaba hacia allí, concentrada en mantener su cara oculta de los que pasaban cerca, en lugar de observar a los posibles espías que se ocultaban en la periferia. ¿Era posible que alguien la estuviera siguiendo?

—Un hombre blanco se detuvo justo cuando tú lo hiciste —dijo Roma—. Luego sacó un periódico del bolsillo y empezó a leerlo en medio de la calle. No sé qué pienses tú, pero a mí eso me parece muy sospechoso.

Juliette empezó a buscar algo entre su bolsillo, mientras maldecía para sus adentros.

—Es posible que no sea una amenaza —dijo ella—. Tal vez es alguien de tu gente, que está vigilando tus actividades.

—No es ruso —replicó Roma de inmediato—. Su ropa y el peinado indican que es británico, y nosotros no tenemos ningún británico en nuestras filas.

Juliette finalmente encontró lo que estaba buscando y sacó la cajita de sus polvos faciales. La abrió y giró el espejo que estaba al reverso de la tapa superior, inspeccionando las calles oscuras que se extendían hacia atrás, sin darse media vuelta.

—Lo encontré —dijo Juliette—. ¿Tiene un pañuelo amarillo en el bolsillo delantero?

—Ese mismo —contestó Roma.

No sabía por qué Roma decía que el espía era británico. Podría ser cualquiera de los extranjeros que transitaban por la calle.

Juliette miró el espejo con más atención y empezó a mover el ángulo lentamente…

—Roma —dijo, levantando un poco la voz—. Ese hombre está armado.

—Todos los extranjeros de esta ciudad están armados…

—Pero éste nos está apuntando —lo interrumpió Juliette—. Acaba de sacar el arma de detrás del periódico.

Un tenso silencio se instaló entre los dos jóvenes, mientras analizaban desesperadamente sus opciones. A su alrededor, Shanghái

seguía su rutina, una ciudad viva, vibrante e indolente. Pero Roma y Juliette no podían volver a mezclarse con la multitud sin ser perseguidos de inmediato. No tenían cómo esconderse y desaparecer, ningún lugar donde ocultarse para sacar sus propias armas antes de que el británico pudiera disparar primero.

—Abre tu abrigo y abrázame —dijo Roma.

Juliette casi se ahoga con el ataque de risa que le produjeron estas palabras. Y aunque se quedó esperando una reacción de parte de Roma, vio que éste hablaba en serio.

—Estás bromeando —dijo ella.

—No, estoy hablando en serio —afirmó Roma con voz neutra—. Hazlo, de forma que yo pueda dispararle.

El británico que los seguía estaba a más de cien pasos y había docenas de personas caminando por el espacio que los separaba. ¿Cómo esperaba Roma disparar en esas condiciones, mientras *abrazaba* a Juliette?

La joven le dio un tirón al cinturón que rodeaba su cadera, abriendo el abrigo y levantando el brazo en el mismo movimiento. Con la otra mano cerró el espejo, de forma que perdió totalmente de vista al perseguidor.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —susurró con voz tensa, mientras su pulso batía como un tambor de guerra.

Luego envolvió sus brazos alrededor del cuello de Roma.

Escuchó cómo el chico tomaba aire rápidamente, un gesto que no habría podido percibir de no haber estado tan cerca. Tal vez el muchacho no había considerado el hecho de que pedir a Juliette que lo cubriera significaba acercarse a ella. Y ciertamente no esperaba que el mentón de ella encajara automáticamente en la hendidura entre su cuello y su hombro, tal como había ocurrido continuamente en el pasado.

Los dos eran más altos ahora y los dos tenían habían desarrollado mecanismos defensivos. Sin embargo, Juliette parecía haber vuelto al pasado con mucha facilidad… demasiada, empezaba a reprocharse.

—Acércate más —le pidió Roma y Juliette sintió cómo se movía el brazo de él para tomar su propia pistola por debajo de la pantalla que formaba el abrigo de ella, mientras se expandía con la brisa.

Juliette recordó cuando Roma le juró que nunca volvería a empuñar un arma. A diferencia de ella, él nunca se había sentido cómodo con las pistolas automáticas. En los pocos meses que Juliette había pasado en Shanghái cuando tenía quince años, Roma no llevaba la misma vida que ella. Mientras que él operaba en su cómoda

posición de heredero de los Flores Blancas, Juliette luchaba por sobresalir, pendiente de cada palabra de su padre, temiendo siempre que el hecho de pasar por alto una sola instrucción la dejara sumida en la oscuridad.

No podemos darnos el lujo de ser indulgentes, Juliette. Mira esta ciudad. Mira el hambre que serpentea bajo una capa de glamur.

La principal estrategia pedagógica de su padre había sido llevarla al ático de la casa para poder asomarse juntos a la ventana más alta y observar desde allí el centro de la ciudad en el horizonte.

Un imperio puede venirse abajo en sólo unas horas. Y éste no es distinto. Aquí, en Shanghái, el que dispara primero es el que tiene más probabilidades de sobrevivir.

Juliette había aprendido la lección y parecía que Roma había desarrollado la misma convicción durante los años en que ella había estado ausente.

—No falles —susurró Juliette.

—Nunca.

En ese momento estalló un *bang* en el espacio que los separaba. Juliette se dio la media vuelta de inmediato, para alcanzar a ver cómo el perseguidor británico se desplomaba justo donde estaba, mientras una mancha roja afloraba en su pecho. El disparo dejó también un agujero humeante en el abrigo de Juliette, pero ella apenas lo notó. Su mente estaba ocupada oyendo los gritos que resonaban a su alrededor, mientras buscaban la fuente de aquel barullo, en medio de la agitación que se había desatado sobre la acera.

En Shanghái era común escuchar detonaciones, pero difícilmente en un lugar tan concurrido, nunca en un lugar sobre el cual les gustaba alardear a los extranjeros cuando regresaban a su hogar. Los disparos pertenecían a los sitios habitados por los gánsteres, vecindarios en los que se libraban batallas territoriales, y se producían en las horas en que el diablo deambulaba por las calles y la luna iluminaba tenuemente desde el firmamento. El de ahora era un momento reservado para la luz cálida del ocaso. Un momento en el que se suponía que Shanghái no estaba salvajemente partida por la mitad.

Sin embargo, en medio del caos había otros tres lugares en los que reinaba una quietud absoluta.

A Juliette no la había estado siguiendo un solo hombre. ¡La habían seguido cuatro!

Así que *ahora* esos otros tres necesitaban huir.

—¡A la *arcade!* —ordenó Juliette, quien viró hacia Roma para

reprenderlo por su lentitud—. *¡Vamos!* Ésta es la primera vez que tengo que huir por un crimen que realmente haya cometido.

Roma parpadeó. Tenía los ojos muy abiertos debido a la incredulidad. No parecía realmente presente cuando se adentraron en la multitud, abriéndose paso entre la cantidad de manos y codos que se movían en todas direcciones, en un esfuerzo denodado por ponerse a salvo.

—¿Un crimen que *tú* cometiste? —preguntó Roma en voz baja y Juliette tuvo que hacer un esfuerzo para oírlo—. Pero si fui *yo* quien disparó.

Juliette sonrió con desdén y se dio la media vuelta.

—¿De verdad necesitas tener el crédito por…? —empezó, pero no terminó la frase. Pensó que Roma la estaba corrigiendo y que estaba reclamando el crédito por aquel crimen, pero luego observó la expresión del muchacho. Había sido una acusación.

Él no había querido disparar.

Juliette se dio la media vuelta rápidamente y sacudió la cabeza, como si hubiera visto algo no destinado para sus ojos. Ahí estaba ella, pensando que Roma finalmente se había adaptado a las armas, y al momento siguiente él la sorprendía con esta simulación. ¿Cuánto del exterior de Roma sería sólo una imagen? Juliette nunca antes había pensado que mientras que Roma oía todo el tiempo los rumores sobre la crueldad *de ella*, y pensaba que ella se había transformado en otra persona, tal vez Juliette misma había caído en una trampa similar y se había creído los cuentos acerca de la frialdad y la insensibilidad de Roma, habladurías que habían surgido del seno de los mismos Flores Blancas.

Juliette frunció el ceño y se inclinó para pasar por el espacio entre dos parasoles abiertos. Cuando salió al otro lado, volteó para estudiar a Roma: la quijada tensa y la mirada calculadora del joven.

Nunca parecía estar segura de qué era real, y qué no, cuando se trataba de Roma Montagov. Juliette pensaba que lo conocía y luego estaba segura que no. Pensaba que ella se había adaptado después de que él la traicionó y lo había identificado como un tipo sanguinario y perverso, pero parecía que él no era así.

Tal vez no había una verdad. Tal vez nada era tan fácil como llegar a una única verdad.

—¡Rápido! —dijo Juliette a Roma, al tiempo que sacudía la cabeza para despejar su mente.

Lograron entrar al Gran Mundo, después de detenerse brevemente en la entrada para buscar a sus perseguidores. Juliette miró por

encima del hombro y localizó a dos de los tres hombres que había visto antes. Ambos se abrían paso entre la gente, con los ojos fijos en ella. Se movían de manera estratégica, siempre ocultos tras un civil, siempre agachados. Roma la estaba tirando del hombro para que siguiera en marcha, pero ella se empecinaba en buscar al tercer hombre, mientras se llevaba la mano al tobillo.

—¿Dónde está? —preguntó.

Roma inspeccionó la multitud y, después de una fracción de segundo, señaló a un lado. El hombre corría, tal vez tratando de encontrar otra entrada al Gran Mundo, con la intención de atraparlos dentro.

Juliette sacó la pistola que llevaba bajo la media. En pocos segundos, el hombre desaparecería de su vista.

Incluso si Roma no fuera el brutal heredero que la ciudad pensaba que era, eso no significaba que la reputación de Juliette fuese menos verdadera.

El hombre que corría se desplomó cuando la bala de Juliette perforó su cuello. Y antes de que la pistola dejara de liberar su humo, Juliette ya había dado media vuelta y se adentraba en el centro de entretenimiento.

Dentro del Gran Mundo, la mayoría de los asistentes parecía no haber escuchado los disparos, o simplemente pensaban que eran parte de la atmósfera sonora de la *arcade*. Juliette se metió entre la multitud, mientras miraba con el rabillo del ojo el reflejo distorsionado de su cuerpo en los espejos de feria.

—¿Cómo vamos a hacer para escabullirnos de los otros dos? —gritó Roma.

—Sígueme —le respondió Juliette.

Los dos jóvenes se internaron en el núcleo más denso de la multitud y de pronto salieron al aire libre, al espacio central y vacío del Gran Mundo. En ese momento estaban presentando un espectáculo de ópera, pero Juliette estaba ocupada buscando otra entrada para regresar al interior del edificio, mientras revisaba frenéticamente las escaleras externas que zigzagueaban de un piso a otro. Juliette volvió a lanzarse hacia delante y pasó por entre una familia de cinco miembros, para ir a estrellarse luego con una mujer que cargaba una jaula en la mano. Juliette le dirigió un gesto de disculpa cuando la jaula cayó al suelo y el ave que la ocupaba graznó como si estuviera agonizando.

—Juliette —le dijo Roma desde atrás—. ¡Cuidado!

—¡Apresúrate! —le respondió Juliette.

Roma avanzaba con tanto cuidado que iba demasiado despacio para las circunstancias. Juliette alcanzó a ver a uno de los hombres que los perseguían atravesando el corredor de los espejos de feria. El otro se estrelló con un escribidor de cartas de amor que caminaba a toda prisa hacia la salida.

—¿A dónde vamos? —dijo Roma con la respiración entrecortada.

Juliette señaló las amplias escaleras blancas que se veían a lo lejos.

—Arriba —dijo ella—. Rápido, rápido… No, Roma, *¡agáchate!*

Tan pronto pusieron un pie en las escaleras y se elevaron por encima de la multitud, quienes los perseguían pudieron apuntarles con libertad. Las balas rebotaron en el espacio abierto, mientras Juliette subía las escaleras de tres en tres.

—Juliette, ¡esto no me parece divertido en lo absoluto! —gritó Roma. Sus pisadas eran más pesadas que las de ella, mientras subía cuatro escalones cada vez para mantener el ritmo.

—A mí tampoco me parece divertido —gritó Juliette en respuesta, mientras alcanzaba el descanso del segundo piso y regresaba de un brinco a la parte central del edificio circular—. ¡No te atrases!

En este piso se veía mucha gente, pero no había atracciones: proxenetas, actores y barberos ofrecían sus servicios a los que pasaban.

—Por aquí —dijo Juliette, jadeando, mientras pasaba frente a una fila de asustados extractores de cera de oídos y franqueaba dos puertas giratorias. Roma la siguió.

—Aquí, aquí.

Juliette sujetó a Roma de la manga y lo empujó hacia unos percheros llenos de vestidos bordados.

—¿Acaso… nos estamos escondiendo? —susurró Roma.

—Sólo temporalmente —contestó Juliette—. Agáchate.

Los jóvenes se acurrucaron entre la ropa y contuvieron la respiración. Un segundo después se abrieron las puertas y entraron los dos espías, respirando pesadamente en medio del silencio del vestidor.

—Revisa ese lado —le dijo el uno al otro con acento británico—. Yo revisaré éste. No pueden haber ido muy lejos.

Juliette vio cómo los hombres se separaban y siguió sus movimientos observando los dos pares de zapatos y esperando a que estuvieran a una buena distancia.

—Te toca ése —susurró Juliette y señaló el par de zapatos que se acercaban cada vez más—. Mátalo.

Roma la sujetó por la muñeca con la rapidez de un relámpago.

—No —siseó él—. Somos dos contra dos. Podemos evadirlos sin

correr peligro.

En ese instante se oyó un ruido metálico que interrumpió el silencio del vestidor. Uno de los hombres se había tropezado con un perchero.

Juliette se zafó con brusquedad y asintió para no desperdiciar su tiempo en discusiones; después se alejó un poco. Mientras que el hombre que le había asignado a Roma se detenía cerca de él, como si estuviera inspeccionando lo que lo rodeaba, el otro siguió avanzando, y con el fin de mantenerse cerca, Juliette no tuvo otra opción que incorporarse y moverse más rápido, hasta empezar a correr por entre los percheros con la espalda encorvada.

No supo qué fue lo que la delató. Tal vez su zapato chirrió, o tal vez su mano rozó un gancho que hizo ruido contra el metal del perchero, pero el hombre se detuvo en el acto y se dio la media vuelta con el arma apuntando hacia los percheros. La bala zumbó justo junto a la oreja de Juliette.

Enseguida se oyó otro disparo cerca. Juliette no sabía si provenía del otro hombre o de Roma. Ignoraba qué estaba ocurriendo. De lo único que estaba segura era que en ese momento estaba corriendo desde su escondite entre los percheros hacia el hombre, concentrada en apuntar su disparo en la fracción de un segundo que le tomaría a él volver a dispararle.

Instantes después, el cañón del arma de Juliette humeaba. El hombre tenía una bala incrustada en el hombro derecho y había dejado caer el arma al suelo.

—Roma —gritó Juliette, con los ojos y la mira todavía sobre el británico—. ¿Le diste?

—Cayó redondito —contestó Roma, mientras se acercaba. Se detuvo justo detrás de Juliette, mientras ésta seguía apuntándole al otro hombre.

—¿Quién los mandó? —preguntó Juliette al último perseguidor.

—No lo sé —contestó rápidamente el británico, que no dejaba de mirar hacia la puerta y de nuevo hacia el cañón de la pistola de Juliette. Él estaba a unos veinte pasos de la salida.

—¿Qué quieres decir con que no sabes? —preguntó Roma.

—Unos comerciantes difundieron que Albarraz estaba dispuesto a pagar una gran suma a quien matara a Juliette Cai o a Roma Montagov —dijo el hombre tartamudeando—. Y quisimos intentarlo. Por favor… déjenme ir. Parecía una oferta demasiado buena para dejarla pasar, ya saben. Pensamos que ya sería bastante difícil encontrarlos por separado, pero luego aparecieron juntos. Y

evidentemente no lo habríamos logrado de todos modos…

El hombre dejó la frase sin terminar. A juzgar por la manera como abrió los ojos, parecía como si al fin comprendiera lo que tenía frente a él. Ahora sabía que Roma Montagov y Juliette Cai trabajaban juntos. Los había visto abrazarse. Eso le daba una información que podía llevarle a Albarraz, eso le daba poder.

El hombre se abalanzó hacia la puerta. Roma gritó a manera de advertencia —aunque no estaba claro si su grito estaba dirigido al británico o a Juliette— y se lanzó furiosamente sobre el hombre, con una mano abierta y extendida para sujetarlo del cuello y traerlo de nuevo a la habitación como si fuera un perro extraviado.

Pero para ese momento Juliette ya había apretado el gatillo y el hombre cayó al suelo, soltándose pesadamente de la mano de Roma.

El chico se quedó mirando al muerto. Por un instante Juliette vio cómo los ojos de Roma brillaban con extrañeza, antes de parpadear y nublar su expresión.

—No tenías que matarlo.

Juliette dio un paso al frente. Roma tenía en la mejilla una mancha de sangre en forma de arco, y eso hacía que su pómulo sobresaliera más a la luz mortecina de la lámpara.

—Nos habría matado.

—Pero… —dijo Roma, mientras hacía un esfuerzo para despegar la vista del cadáver— él se vio arrastrado a hacer esto. No fue su decisión, a diferencia nuestra.

En una época Roma y Juliette habían creado una lista de reglas que, si se cumplían a cabalidad, habrían hecho de la ciudad un lugar más tolerable. No habrían convertido a Shanghái en una ciudad amable, sólo en un lugar decente, porque eso era lo máximo que se podía conseguir. Los gánsteres únicamente matarían a otros gánsteres. Los únicos blancos justificados serían aquellos que habían elegido la vida que llevaban, lo cual, comprendió Juliette más tarde, incluía a los trabajadores comunes: las criadas, los conductores, *Nana.*

Juega sucio, pero juega dentro del tablero. No te enfrentes a aquellos que no pueden entender lo que significa combatir.

Nana sabía exactamente qué significaba trabajar para la Pandilla Escarlata. En cambio *este* hombre había visto un reflejo dorado en el suelo y esperaba encontrar una pepita de oro, pero en lugar de eso terminó alborotando un avispero. Lo dejarían allí, tendido en un charco de su propia sangre, hasta que alguien lo encontrara. El pobre empleado que hiciera el descubrimiento llamaría a la policía y las autoridades llegarían con expresión cansina, y mirarían al muerto con

la misma emoción con que se observa un campo de trigo quemado: molestos por la pérdida general para el mundo, pero en términos generales carente de cualquier vínculo personal.

Según todas las reglas de antes, estos hombres que los perseguían deberían haber escapado con vida. Pero Juliette había olvidado esas viejas reglas tan pronto como perdió al antiguo Roma. Cuando estallaba un conflicto, pensaba sólo en ella, en su propia seguridad, y no en la del hombre que le apuntaba a quemarropa con un arma.

Pero un pacto seguía siendo un pacto.

—De acuerdo —aceptó Juliette de pronto.

—¿De acuerdo? —repitió Roma.

Casi sin mirarlo, Juliette sacó un pañuelo de seda de su abrigo y se lo entregó.

—De acuerdo —dijo de nuevo, como si él no la hubiera escuchado la primera vez—. Tú dijiste que les perdonáramos la vida y aunque yo lo acepté, de todos modos los borré de este mundo. Mal hecho de mi parte. De ahora en adelante, mientras sigamos trabajando juntos, vamos a escucharnos el uno al otro.

Roma se llevó lentamente el pañuelo a la cara, pero se limpió un par de centímetros más allá de donde tenía la mancha, secando sólo el sudor de su bien delineado mentón. Por su parte, Juliette pensó que si Roma hubiera quedado contento con el pobre remedo de disculpa que ella acababa de ofrecerle, al menos habría asentido. En lugar de ello su mirada sólo pareció volverse más distante.

—Solíamos ser bastante buenos para eso —dijo él un momento después.

Juliette sintió una punzada en el estómago.

—¿Para qué?

—Para trabajar juntos. Para escucharnos —Roma había dejado de limpiarse la cara y su mano sólo se mantenía alzada, sin cumplir ninguna tarea específica—. Solíamos ser un equipo, Juliette.

Ella dio un par de pasos y le arrancó el pañuelo de la mano. Se sentía casi insultada por la torpeza del chico para limpiarse una simple mota de sangre. Con un movimiento brusco y rápido, la seda blanca del pañuelo quedó manchada de rojo profundo y la cara de Roma volvió a verse hermosa.

—Nada de eso —masculló Juliette— era *real*.

Había algo terrible en la manera en que se estaba cargando de tensión la distancia entre ellos, como un resorte que se estira hasta alcanzar la máxima tensión. Cualquier movimiento inesperado bien podría terminar en un desastre.

—Claro —dijo Roma, con tono neutro, aunque sus ojos refulgían, como si él también apenas ahora estuviera recordando—. Perdóname por pasar por alto ese detalle.

La tensión se convirtió en quietud, mientras el resorte regresaba lentamente a su posición acostumbrada. Juliette fue la primera en desviar la mirada, mientras movía los pies para no tocar el charco de sangre que se estaba formando sobre las tablas podridas del suelo. Ésta era una ciudad empapada en sangre. Era una tontería tratar de cambiar ese hecho.

—Parece que al tratar de acercarnos a Albarraz, es él mismo quien logra acecharnos —comentó ella, al tiempo que señalaba hacia el hombre muerto.

—Eso significa que estamos sobre una pista segura —dijo Roma con certeza—. Ahora estamos más cerca de salvar a Alisa.

Juliette asintió. De alguna manera parecía que Albarraz ya los esperaba. Pero si pensaba que unos cuantos comerciantes extranjeros bastaban para asustarlos, iba a llevarse una gran decepción.

—Tenemos que llegar a su guarida antes de que la noche avance más.

La joven sacó el volante que anunciaba la campaña de vacunación y lo dobló de forma que la dirección que estaba impresa en la parte inferior quedara a la vista. De manera distraída utilizó la otra mano para secar una cierta humedad que sentía en la nuca, mientras se preguntaba si, de hecho, ella también se había salpicado de sangre sin darse cuenta.

Roma asintió.

—Vamos.

Veintitrés

Aquí debió reinar el silencio en alguna época. Tal vez se oía de vez en cuando un caballo que galopaba de una pradera a otra, hasta que sus cascos crearon un camino de tierra. En pocos años, esos caminos que se formaron a través de los siglos fueron pavimentados, y esos senderos de piedra que se creían inmortales desaparecieron triturados, mientras que árboles más ancianos que muchos países fueron derribados y destruidos.

Y en su lugar creció la codicia. Fue alargándose en forma de líneas férreas que conectaban los pueblos, hasta que desaparecieron los límites. Fue ocupándolo todo en forma de cables y tuberías y complejos de departamentos que se apilaban uno sobre el otro, con apenas planeación.

Juliette pensó que el Asentamiento Internacional tal vez había sido el área más perjudicada. Los invasores no podían desalojar a la gente que ya vivía en la zona a la que habían decidido llamar propiedad suya, pero sí podían deshacerse de todo lo demás.

¿Qué pasó con los faroles que alumbraban la calle?, se preguntaba Juliette, mientras caminaba por la acera y alzaba la cabeza. *¿Qué es Shanghái sin esos faroles?*

—Llegamos —dijo Roma, interrumpiendo las elucubraciones de Juliette—. Ésta es la dirección que aparece en los volantes.

Roma señaló el edificio que estaba detrás del que Juliette observaba fijamente. Por un segundo, mientras levantaba la vista, la joven pensó que estaba viendo un espejismo. Era una noche oscura, pero las ventanas del edificio proyectaban sobre la calle suficiente luz

para ver la interminable fila de gente que se agolpaba afuera: una hilera que empezaba en la entrada y se prolongaba hasta dar tres vueltas al edificio.

Eso la decidió a avanzar con mayor resolución.

—¡Juliette! —la llamó Roma—. Juliette, espera…

No importa, Roma, quería decir Juliette. Ella sabía lo que él estaba pensando, o al menos alguna variación de la misma idea: debían tener cuidado. Tenían que evitar ser vistos juntos. Los asesinos de Albarraz estarían pisándoles los talones, así que tomar precauciones y saber con quién se estaban metiendo sería clave. *No importa*, quería gritar Juliette. Si su gente no dejaba de morir, si no podían salvar lo que estaban tratando de proteger, ya no importaba nada más en este mundo.

Juliette se abrió paso hasta el comienzo de la fila. Cuando un anciano que estaba cerca de la puerta trató de empujarla, ella le lanzó el insulto más nauseabundo que conocía en shanghainés, y el hombre se encogió como si le hubieran sacado la sangre de las venas.

La joven sintió la presencia de Roma detrás de ella cuando llegó frente al hombre inmenso que vigilaba la puerta. Roma le puso delicadamente una mano en el codo en señal de advertencia. Aquel hombre era dos veces más ancho que ella. Después de echarle una mirada de arriba abajo a la luz de la lámpara de aceite, Juliette pensó que posiblemente se trataba de un vigilante que provenía de un país al sur de China, de lugares en los que la pobreza era el motor y el hambre su combustible.

Juliette sintió más presión en el codo y se liberó, al tiempo que le disparaba a Roma una mirada de advertencia para que la dejara en paz.

Roma nunca se había sentido tan preocupado por la seguridad de los dos.

Había estado en múltiples tiroteos con la Pandilla Escarlata durante los años en que Juliette estuvo ausente. A pesar de lo mucho que odiaba el club de combatientes de los Flores Blancas, había participado en más peleas de las que le gustaría admitir y se había ganado una buena cantidad de cicatrices debido a que su primera reacción ante un cuchillo siempre era bloquearlo en lugar de apartarse. Era algo inevitable; aunque odiara la violencia, ésta lo perseguía y lo encontraba, y él sólo tenía la opción de cooperar o la de salir muy mal librado.

Pero siempre había contado con respaldo: varios pares de ojos que vigilaban cualquier ángulo.

Pero en aquel momento eran sólo él y Juliette contra una oscura amenaza que no pertenecía ni a los Escarlatas ni a los Flores Blancas. Sólo los dos contra una fuerza que quería verlos muertos, y que buscaba que los poderes que dominaban Shanghái en la actualidad terminaran aplastados hasta ser reemplazados por la anarquía.

—Déjanos entrar —exigió Juliette.

—Sólo empleados de Albarraz —dijo el guardia, con un acento profundo y ronco—. De lo contrario, tienen que esperar su turno.

Roma miró por encima del hombro y su respiración se aceleró, al igual que sus movimientos. Estaban prácticamente rodeados por las filas que se entrecruzaban, pero unos cuantos hombres y mujeres se comportaban de una manera diferente. No estaban propiamente *en* la fila, sino que acechaban justo en las afueras, con el fin de mantener la paz, pero sin revelarse como parte del personal de seguridad.

—Juliette —advirtió Roma y cambió enseguida al ruso para evitar que los escuchara alguno de los fisgones—, hay por lo menos otras cinco personas entre esta gente que han sido contratadas con el dinero sucio de Albarraz. Tienen armas y van a reaccionar si pareces ser una amenaza.

—¿Están armados? —repitió Juliette. Su ruso siempre tenía un dejo peculiar, aunque no era propiamente un acento pues su tutor había sido demasiado bueno. Era una idiosincrasia, una manera de pronunciar las vocales, que la volvía exclusiva de Juliette—. Pues yo también.

Juliette tomó impulso con su brazo y lanzó un gancho. Trazando un arco que comenzó en su estómago y salió disparado hacia fuera, golpeó al guardia con tal fuerza que el hombre se desplomó como una piedra, despejando el camino para que ella abriera la puerta de una patada y sujetara a Roma antes de que él se percatara de lo que ocurría.

Juliette utilizó su arma, pensó luego Roma. No es que la chica hubiera desarrollado súbitamente la fuerza de un luchador; sencillamente tenía la pistola bien sujeta entre el puño y había utilizado la culata para golpear la sien del guardia. El hombre ni siquiera había notado cuando ella sacó la pistola. Su velocidad con las manos había pasado completamente desapercibida para el hombre, concentrado en el rostro de la chica, en el conjunto que formaban la línea de su quijada y esa sonrisa gélida.

Juliette aceptaba el peligro con los brazos abiertos. Pero parecía como si Roma no pudiera hacer lo mismo, a pesar de que su mundo entero estaba en riesgo, a pesar de que Alisa estaba amarrada a una

cama de manos y pies. Roma casi sentía temor de saber qué lo llevaría hasta su límite para desafiar cualquier peligro y esperaba que ese día no llegara, porque él mismo no querría atestiguar lo que podría ocurrir de alcanzar ese momento.

—Asegura la puerta —ordenó Juliette.

Roma regresó a la realidad. Miró la delgada plancha de acero, la cerró con fuerza y de inmediato echó el cerrojo. Entonces miró cautelosamente a Juliette y luego las cuatro paredes dentro de las cuales se encontraban. Estaban al pie de una escalera tan empinada que Roma ni siquiera podía identificar lo que les esperaba arriba.

—Tenemos cinco minutos como máximo, antes de que derriben esa frágil puerta —calculó Roma, al tiempo que empezaban a oírse golpes contra la lámina procedentes del exterior.

—Cinco minutos deberían ser suficientes —dijo Juliette y señaló con el pulgar hacia la puerta—. Lo que me preocupa es que todo ese ruido va a reducir aún más ese tiempo.

La joven empezó a subir las escaleras de dos en dos peldaños, mientras guardaba la pistola que llevaba en la mano. A pesar de mantener los ojos todo el tiempo sobre ella, Roma no vio bien dónde la guardó. El abrigo sólo tenía un bolsillo pequeño, y el vestido que usaba debajo no era más que un trozo largo de tela, bordado con multitud de cuentas. *¿Cómo hace para esconder todas esas armas?*

Al llegar al penúltimo peldaño, Roma percibió un olor a incienso. Por eso no se sorprendió del todo cuando alcanzó el descanso y vio la escena que los esperaba. Ésta le recordó los libros de cuentos que Lady Montagova le leía cuando era pequeño, sobre las noches árabes y los *djinn* en los desiertos. Coloridas cortinas de seda flotaban suavemente con la brisa, revelando los marcos destartalados que había debajo, pero la llegada de Roma y Juliette agitó el aire, acercando peligrosamente las cortinas a las velas que ardían en el suelo. Gruesas alfombras tejidas cubrían tanto el suelo como las paredes, y susurraban con tibieza, despidiendo un olor peculiar y antiguo. No había un solo asiento a la vista, únicamente un montón de cojines y almohadones, y todos los puestos estaban ocupados por los numerosos subalternos de Albarraz.

En el centro de todo había una mesa baja, ubicada entre una mujer con una aguja en la mano y un hombre con el brazo extendido. También ellos dos estaban sentados sobre cojines.

—*Mon Dieu!* —gritó el hombre que estaba ante la mesa, al ver que Juliette había vuelto a sacar su pistola y le apuntaba a la mujer con la aguja.

—¿Es usted a quien llaman Albarraz? —preguntó ella en inglés.

Roma estudió a los otros veintitantos ocupantes del salón. Era imposible distinguir con certeza quiénes eran empleados de Albarraz y quiénes estaban ahí para recibir la vacuna. La mitad de los presentes se había sentado más erguida, lo cual indicaba que estaban involucrados en la situación, pero no parecía que estuvieran preparándose para interferir. Sus codos temblaban y mantenían la cabeza hundida entre los hombros. Todas estas personas eran gente como Paul Dexter, que también habían recurrido a los Flores Blancas una o dos veces. Se creían poderosos y valorados, pero a la hora de la verdad eran gente sin brío. Difícilmente se atreverían a contar que habían visto a Roma y a Juliette colaborando, en caso de que no pudieran ofrecer una prueba.

La mujer no respondió de inmediato. Retiró la aguja y limpió la punta, antes de abrir un pequeño estuche que tenía al lado. En una parte de la cajita había una fila de cinco pequeños frascos rojos que relumbraron ante la luz de las velas. En la otra parte había cuatro recipientes azules que todavía no se habían usado.

Cuanto más tiempo demoraba la mujer en responder, más probable parecía que ella fuera Albarraz en persona y, en esa medida, los pronombres personales masculinos que todo el mundo estaba usando resultarían una simple suposición.

Hasta que la mujer levantó la vista de pronto y sus ojos delineados, y sus espesas pestañas, brillaron mientras observaba fijamente el cañón de la pistola de Juliette.

—No, no lo soy —dijo al fin.

La mujer tenía un acento poco común, que se acercaba al francés pero no del todo. Por su parte, el hombre de nacionalidad francesa que estaba sentado frente a ella se quedó totalmente inmóvil. Tal vez pensó que, si no se movía, los ojos de Juliette no lo registrarían.

—¿Qué hay en esas jeringas? —preguntó Juliette.

La otra mano de Juliette, la que no sostenía la pistola, se movía alrededor mientras hablaba. Al comienzo Roma no entendió lo que Juliette pedía con ese gesto, pero después de un momento entendió que estaba señalando los frascos del estuche. Ella quería que Roma tomara uno.

—El problema es que si se lo dijera —respondió la mujer—, ya no habría más negocio.

Mientras Roma se acercaba lentamente a los pequeños frascos, parecía como si Juliette no quisiera otra cosa que apretar el gatillo. Hacía mucho tiempo, uno de los tutores de Juliette había dicho que el

peor defecto de la muchacha era lo impulsiva que podía llegar a ser. Juliette ya no podía recordar cuál de sus tutores lo había dicho: ¿el de literatura china? ¿El de francés? ¿El de civismo y urbanidad? Fuera cual fuera la materia, ya no importaba, el hecho es que ella había protestado con indignación por el comentario, lo cual sólo había confirmado el punto del tutor.

Ahora tenía que respirar profundamente. Y sonreír, se dijo para sus adentros. Antes de conocer a cualquier persona en Nueva York, Juliette solía poner en práctica la misma rutina: sonreír, echar los hombros hacia atrás y bajar los ojos. Así parecía alegre y despreocupada, el epítome de una *flapper girl* que debía esforzarse diez veces más para mantener la apariencia deseada, simplemente por la sangre que corría por sus venas.

—Entonces respóndeme esto —dijo Juliette, obligándose a sonreír, como si toda la situación le pareciera increíblemente divertida y la pistola que empuñaba no apuntara directamente entre los ojos de la mujer—. ¿Qué sabe Albarraz sobre la locura? ¿Por qué tendría él y nadie más la cura?

Roma se había puesto en cuclillas, mientras que Juliette conducía la conversación. Le dio una palmada al francés en el cuello, con la intención de intimidarlo, girándole instrucciones en su lengua para que se levantara y desapareciera de su vista. Mientras hablaba, Roma se iba acercando cada vez más, simulando unos ficticios deseos de patear a aquel hombre. Su intención era en realidad acercarse lo más posible a la mesa, con la idea de que su brazo alcanzara el estuche en el que estaban los frascos, y con un movimiento ágil y sutil de su dedo logró esconder uno de los pequeños contenedores azules de cristal dentro de su manga.

Mientras tanto, ignorando completamente lo que ocurría en sus narices, la mujer se encogió de hombros, con una calma desesperante. Su actitud distante y despreocupada era como gasolina sobre la tensión que ya se sentía en el salón. Una sola chispa y se desencadenaría una explosión.

—Tendrás que preguntárselo a Albarraz tú misma —contestó la mujer—, pero me temo que nadie sabe dónde está, ni quién es.

Juliette casi jala el gatillo en ese momento. No *quería* matar a la mujer, y tampoco le gustaba enterrar gente por diversión, pero si alguien se interponía en su camino, había que quitar a esa persona de en medio. Lo que Juliette buscaba no era un asesinato, quería *progreso*. Su gente estaba muriendo como si fueran moscas por una locura que ella no podía controlar; su ciudad temblaba de miedo ante la idea de

estar sometida a un cierto monstruo que nadie podía enfrentar, y Juliette estaba harta de no hacer *nada*.

Cualquier cosa sería mejor que quedarse ahí quieta. Cuando Juliette estaba a punto de estallar por la frustración, la única solución posible se abría paso en otro lugar.

Roma se incorporó de su posición en cuclillas y le rozó el codo.

—Lo tengo —le susurró en voz baja en ruso y Juliette, con los dientes tan apretados que le dolía la quijada, bajó el arma.

La joven se aclaró la garganta.

—Muy bien. Quédense con sus secretos. ¿Hay alguna ventana desde la cual podamos saltar?

—¿Ya es hora de ir a casa?

Benedikt alzó los ojos al cielo. Estaban recorriendo calles, con los oídos atentos al caos, pero a excepción de ello, no en un estado de alerta. En realidad no era algo inesperado. Sus búsquedas habían sido infructuosas todas las veces. Quienes habían caído en la locura estaban o bien resistiendo hasta el último segundo, o bien bajo tierra.

—Esto fue una pérdida de tiempo —se quejó Marshall—. ¡Un desperdicio, Ben! Un…

Benedikt puso la mano sobre la cara de Marshall. Era un gesto tan familiar que ni siquiera tuvo que mirar; simplemente estiró el apéndice mientras caminaban uno junto al otro y agarró con los dedos la porción de piel que estuviese más cercana.

Marshall sólo aguantó durante tres breves segundos. Después de eso empezó a palmear a Benedikt de forma frenética, muerto de la risa, mientras Benedikt le gritaba que parara, pronunciando palabras ininteligibles mientras trataba de dejar de reír para que no le dolieran las costillas.

Y habría seguido riéndose y llenando la noche con una demostración de buen ánimo, aunque la noche no le diera nada a cambio, pero en ese momento lo oyó.

Un sonido muy extraño.

—Mars —dijo Benedikt entre jadeos—. Espera, estoy hablando en serio.

—Ah, estás hablando en serio, tú…

—Sí, esto es en serio. *¡Escucha!*

Marshall se detuvo en seco, al darse cuenta de que Benedikt no estaba bromeando, y soltó lentamente la muñeca de su amigo. Luego giró la cabeza para seguir la dirección del viento y prestó atención.

Alguien asfixiándose; ése era el ruido.

—¡Excelente! —dijo Marshall, mientras se remangaba—. Por fin. *Por fin* —agregó y se lanzó hacia delante, con los hombros levantados como si estuviera entrando a una batalla con un escudo en una mano y una lanza en la otra. Así era Marshall. Aunque no llevara nada entre brazos, se complacía en hacer la mímica de que iba armado.

Benedikt corrió tras su amigo, pisándole los talones y tratando de ver por encima de su hombro, en un intento por localizar a la víctima. Fue Benedikt el primero en ver la silueta, una figura primigenia doblada en dos, que parecía más animal que persona.

Se encontraban en el centro mismo del territorio de los Flores Blancas, en la sección más al este de la mitad oriental de la ciudad. Benedikt había asumido que encontraría a uno de los suyos a punto de morir, pero la figura en cuestión no era un miembro de los Flores Blancas que tosía moribundo en el callejón. Cuando la figura levantó la cabeza con aprensión al oír las voces de los recién llegados, Benedikt vio moverse una larga melena negra que parecía plateada a la luz de la luna, y alcanzó a ver también unos hombros cubiertos con el uniforme del ejército nacionalista.

—Sujétala —ordenó Benedikt.

La mujer dio un paso atrás. Parecía como si hubiera entendido el ruso o captado algo en el tono de desesperación de Benedikt.

Pero no llegó muy lejos. Sólo alcanzó a retroceder un paso y quedó atrapada contra la pared de ladrillo, sin escapatoria. De haber tenido más control de sí misma, habría podido girar sobre sus talones y huir hacia el otro extremo del callejón. Ahora la mujer estaba perdida, delirante debido a los insectos que atacaban sus nervios y le ordenaban desgarrar su propia garganta.

—¿Bromeas? —murmuró Marshall—. Es una nacionalista. Si la capturamos, ellos vendrán por nosotros…

Benedikt se abalanzó, mientras buscaba su arma con la mano.

—Ellos no lo sabrán.

Por lo general, Marshall era quien tomaba decisiones erráticas. Sólo actuaba de manera razonable cuando trataba de evitar que Benedikt se metiera en líos.

—¡Ben!

Pero era demasiado tarde. Benedikt ya estaba golpeando con la culata de su revólver, con todas sus fuerzas, la cabeza de esa nacionalista, mientras arqueaba los hombros hacia delante para mantener su propio cráneo lo más lejos posible. Después de que la mujer cayera al suelo, y su cuello rebotara contra el concreto, los muchachos pudieron ver cómo tenía las puntas de los dedos cubiertas

de sangre. Entonces Benedikt la alzó, emitiendo un gruñido y se la llevó sosteniéndola de la cintura, como si fuera una muñeca de trapo.

La sangre escurría de la frente de la mujer y también tenía varios círculos de sangre alrededor del cuello, pero al menos no parecía tener ninguna hemorragia que estuviera afectando una vena importante. Lo más probable es que se mantuviera con vida hasta que llegaran al laboratorio.

Se trata de una persona, siseaba una vocecita en lo más profundo de la mente de Benedikt. *No puedes simplemente secuestrar a una persona que está en la calle para hacer un experimento.*

Pero de cualquier forma esta mujer moriría.

¿Y desde cuándo tienes tú el poder de decidir cuándo habrá de fallecer?

Desde que su muerte podrá evitar muchas más.

Has matado a demasiadas personas como para decir ahora que en verdad te preocupa la vida humana.

—Ayúdame —dijo Benedikt a Marshall, mientras forcejeaba con el peso muerto de la mujer.

Marshall hizo una mueca.

—Sí, sí —balbuceó y se inclinó un poco. En ese momento se vio el destello de un cuchillo en su mano y, segundos después, la larga trenza de la mujer caía al suelo con un golpe seco.

—Eso ayudará a prevenir que nos contaminemos —explicó Marshall, mientras agarraba las piernas de la mujer para compartir el peso—. Y ahora, vámonos. Lourens debe estar a punto de irse a descansar.

Veinticuatro

Juliette tenía el puño cerrado.

Abierto, cerrado, abierto, cerrado. Sus manos estaban *desesperadas* por hacer algo.

Principalmente estaban anhelantes de obtener el pequeño frasco que Roma había escondido en su manga. Juliette no le había pedido que se lo entregara; estaba decidida a no sobrepasar los límites hasta ese punto, para que el joven pensara que ella no confiaba en él. Pero era una verdadera prueba de resistencia mantener las manos quietas y no tratar de arrebatárselo.

—Es doblando la esquina —aseguró Roma, que parecía o bien no darse cuenta de la agitación interna que experimentaba Juliette, o bien estar interpretándola de manera errónea—. Ya casi llegamos.

Roma le hablaba como si ella fuera un conejillo asustado, a punto de saltar. Juliette estaba nerviosa, sí, pero el hecho de encontrarse en territorio de los Flores Blancas no significaba que fuera a permitir que la atacaran, y cuanto más gentil se mostraba Roma, más molesta parecía ella.

—Estás más nervioso que yo en este momento —comentó Juliette.

—No, no lo estoy —contestó enseguida Roma—. Sólo soy una persona cautelosa.

—No recuerdo que estuvieras mirando siempre por encima del hombro cuando entraste al cabaret de los Escarlata.

De hecho, recordaba que Roma había parecido bastante seguro de sí, lo que la había enfurecido más.

Roma la miró de reojo y entrecerró sus ojos cansados. Necesitaba

un momento para pensar cómo responder y, cuando lo hizo, simplemente balbuceó:

—Los tiempos han cambiado.

Y, en efecto, así era. Para empezar estaba el hecho de que Roma y Juliette caminaran uno junto a la otra, y que ésta moviera libremente sus brazos, sin estar todo el tiempo pendiente de tener a la mano sus armas.

Cuando doblaron la esquina, Juliette vio de inmediato el centro de investigaciones que Roma le había descrito. Entre la fila de edificios, era el único cuyo tono parecía más plateado que pardo, debido a las placas metálicas que brillaban con la luz de la luna, mientras que las demás construcciones, hechas de yeso o madera, casi no brillaban. Juliette se tomó un momento para admirar su aspecto, pero Roma corrió rápidamente a la puerta, acostumbrado, como estaba, a la apariencia del edificio.

—¿Esto es una iniciativa propia? —preguntó Juliette, mientras observaba la sofisticada cerradura que Roma manipulaba.

Él tenía la vista fija en los números que cambiaban velozmente en el panel, mientras giraba un botón que de un momento a otro pasó de las centenas hasta números como 51, 50, 49… Aunque el interior de la construcción estaba en penumbra absoluta, tras las puertas de vidrio se alcanzaba a vislumbrar un largo corredor con una única puerta iluminada.

—No, *mía no* —contestó Roma.

Juliette dejó escapar un pesado suspiro.

—¿Quiero decir que si los Flores Blancas fundaron este lugar?

La cerradura hizo clic y Roma abrió la puerta y le hizo señas a Juliette para que lo siguiera.

—En efecto —contestó.

Juliette asintió, con un gesto que revelaba algo de sorpresa, algo de reconocimiento y una pequeña dosis de aprobación. La Pandilla Escarlata nunca financiaría algo como aquello. Juliette suponía que los Flores Blancas probablemente ensayaban allí sus productos, para asegurarse de que las drogas que vendían eran verdaderamente lo que los comerciantes decían que eran, pero con una tecnología como aquella se abrían también posibilidades infinitas de investigación e innovación.

Los chinos seguían siendo en gran medida gente apegada al pasado. Hacían énfasis en los textos históricos y la poesía clásica por encima de la ciencia, y esto se notaba con claridad en los sótanos oscuros y atiborrados de cosas en los que operaban los probadores de

drogas de los Escarlata, y en los miles de poemas que Juliette había tenido que memorizar antes de aprender los principios básicos de la selección natural.

La joven levantó la vista para observar las luces eléctricas espaciadas a intervalos, y aunque todo estaba en penumbra, pudo distinguir las líneas nítidas de las lámparas en el techo, y los focos que sin duda limpiaban puntualmente todos los fines de semana.

—Lourens, déjame entrar.

El corredor se iluminó de repente, pero la luz no provenía de las lámparas, sino de la única puerta que permanecía iluminada y que se abrió de par en par.

—*Zdravstvuyte, zdravstvuyte* —gritó Lourens, saludando en ruso, mientras asomaba la cabeza, pero se sobresaltó al ver a Juliette—. Ei —nǐ hǎo?

Verlo tan confundido era casi conmovedor.

—No tiene que cambiar de idioma, señor —dijo ella en ruso, avanzando hacia el laboratorio, mientras analizaba mentalmente el posible origen del acento del hombre—. Pero, si quiere, podemos hablar en holandés.

—Ah, eso no es necesario —dijo Lourens, mientras las arrugas que circundaban sus ojos se hacían más profundas a causa del divertimiento que las palabras de Juliette le ocasionaban. Nunca se había visto tan encantado—. El pobre Roma se sentiría terriblemente excluido.

Roma hizo cara de disgusto.

—Discúlpenme, yo… —empezó a decir, pero se detuvo en el acto y se giró hacia la puerta, con gestos de estar aguzando el oído—. ¿Está llegando alguien?

En efecto, en ese preciso momento dos figuras atravesaron el umbral: dos figuras que llevaban a una persona que se balanceaba de un lado a otro: una mujer inconsciente, vestida con el uniforme de los nacionalistas. Benedikt Montagov parpadeó con asombro, sorprendido al ver a Juliette a sólo un par de metros de su primo. Marshall Seo se limitó a bufar e hizo un ademán para que el grupo se hiciera a un lado y ellos pudieran entrar al laboratorio. Ya la jornada de trabajo había concluido, de modo que las mesas de trabajo estaban despejadas y limpias y ofrecían una superficie lisa y espaciosa sobre la cual colocar a la nacionalista. Tan pronto como depositaron a la mujer sobre una mesa, su cuerpo quedó inmóvil, pero su pelo seguía moviéndose, pues algunas secciones del cuero cabelludo parecían *retorcerse*.

Juliette se llevó una mano a la boca, mientras recorría con los ojos

las motas de sangre que sobresalían en el cuello de aquella mujer, pequeñas cuñas en forma de luna creciente que parecían haber sido causadas por sus propias uñas afiladas. Esta mujer estaba infectada con la locura. Pero todavía no estaba muerta.

—Sentimos llegar así sin avisar —dijo Marshall Seo y parecía demasiado orgulloso de su hazaña como para que sus disculpas sonaran genuinas—. ¿Interrumpimos algo?

Roma puso el pequeño frasco sobre otra mesa de trabajo y el color azul del contenido brilló bajo la luz blanca de las lámparas.

—Sólo la respuesta a la pregunta sobre si Albarraz realmente logró crear una vacuna que funcione, pero eso puede esperar —dijo—. Lourens, tú querías hacer pruebas en una víctima de la locura que estuviera viva, ¿no?

—Sin duda, pero… —Lourens hizo un gesto para señalar a Juliette —. Hay una dama en la sala.

—La dama está interesada en verlo hacer esas pruebas, por favor —dijo Juliette. A excepción de su primera y breve reacción de sorpresa al ver a la nacionalista, habría sido imposible señalar cualquier signo de impresión o asombro en el semblante de Juliette. La joven había hablado como si lo que ahora atestiguaba le fuera del todo común.

Lourens resopló con fuerza y se enjugó la frente, mientras se movía lentamente, a pesar de que el mundo que lo rodeaba parecía haber apretado el ritmo con la aparición de la nacionalista moribunda.

—En ese caso, de acuerdo… Veamos si podemos encontrar una cura.

Y el hombre puso manos a la obra.

Juliette observaba con fascinación mientras el científico traía una caja y sacaba su contenido, llenando todas las superficies disponibles del laboratorio con un equipo y unos aparatos más adecuados para un hospital que para unas instalaciones en las que se formulaban drogas. Lourens tomó muestras de sangre y de tejido y, con los labios apretados, incluso tomó una muestra de los folículos capilares de la mujer que yacía sobre la mesa, para ponerlos luego bajo el microscopio y escribir algunas apresuradas notas. Juliette cruzó los brazos sobre el pecho y comenzó a golpear el suelo con uno de sus pies, mientras hacía caso omiso de los susurros que intercambiaban los tres Flores Blancas en el otro extremo de la sala. Probablemente sus orejas empezarían a arder si les prestaba cuidado. No sabía qué otro tema aparte de ella podría absorberlos de tal manera y hacer que Roma gesticulara con tanto ímpetu, mientras hablaba en voz baja con

su par de amigos.

—Esto es muy desafortunado.

El comentario de Lourens rápidamente atrajo la atención de los tres que estaban en el rincón.

—¿Qué encontraste? —preguntó Roma, al tiempo que se alejaba de sus amigos.

—Ése es el verdadero problema —contestó Lourens—. Nada. Ni siquiera con el equipo más avanzado he logrado ver algo que los médicos de Shanghái no hayan visto ya. Los signos vitales de esta mujer no muestran nada que sugiera la existencia de una infección de ningún tipo.

Juliette frunció el ceño y luego se apoyó en la mesa que tenía detrás, sin decir palabra.

—¿Entonces no hay manera de curar la locura? —preguntó Marshall.

—Tiene que haberla —atajó Roma de inmediato. En aras de mantener su propia salud mental, debía creer en la existencia de una cura. No podía ni siquiera permitirse la idea de que la investigación fracasara y Alisa nunca volviera a despertar.

—Tal vez no es que no haya cura —agregó Benedikt, con un tono más neutro y enunciando las palabras con la mayor claridad, como si las hubiese practicado muchas veces en su cabeza antes de hablar—. Después de todo, tú dijiste que esta locura era la creación de alguien. Si hay una cura, no es a nosotros a los que nos corresponde desvelarla. De existir, sólo quien desencadenó esta locura la conoce.

Lourens se retiró los guantes. Los aparatos que lo rodeaban producían distintos zumbidos que llenaban el laboratorio de un rumor casi melódico.

—Demasiados factores —dijo Lourens—. Demasiados secretos, demasiada información que no tenemos. Sería absurdo tratar de intentarlo…

—Todavía no lo has intentado todo —dijo Juliette.

Todos los ojos voltearon a mirarla, al menos los de las personas que estaban conscientes. Juliette levantó el mentón.

—Tomaste una muestra de su sangre, miraste su piel, todas cosas muy humanas, muy corpóreas —Juliette caminó hacia la nacionalista que yacía inconsciente, concentrándose en aquella entidad de carne, un recipiente vital que había sufrido una alteración—. Pero esta locura no es natural. ¿Por qué tratar de buscar una cura a través de los métodos naturales? Hay que abrir la cabeza. Y sacar los insectos.

—Juliette —intervino Roma—. Eso es…

Pero Lourens ya empezaba a buscar un escalpelo, mientras encogía los hombros con indiferencia.

—Esperen —dijo Benedikt—. La última vez…

La punta del cuchillo se hundió en el cuero cabelludo de la nacionalista y Lourens retiró con suavidad sólo una pequeña sección, con el fin de abrir un surco para extraer un insecto…

La nacionalista cayó en unos espasmos violentos. Toda la mesa tembló y Juliette no supo si se había sacudido con tanta fuerza como para producir el chasquido de algo que se rompe, o si lo que resonó en la sala fue el gemido atormentado de la mujer. En un momento la paciente que yacía sobre la mesa parecía muerta y al siguiente empezó a retorcerse y agarrarse el pecho, mientras sus piernas permanecían rígidas. Los ojos seguían cerrados. La única manera en que pudieron darse cuenta de que había muerto fue cuando su mano se deslizó fuera del pecho y quedó colgando de la mesa, balanceándose hacia delante y hacia atrás como un pesado péndulo.

En ese momento su pelo volvió a moverse. Pero esta vez no eran sólo los insectos agitándose dentro, sino que algunos empezaron a salir, en largas hileras negras que bajaban por el cuello y se apresuraban a descender por el cuerpo en una evacuación masiva tan ordenada que semejaba un fluido oscuro.

Otros insectos salieron volando, dispersándose por el aire sin previo aviso para ir a posarse en cualquier cosa que encontraran cerca.

En el caso de dos insectos, el anfitrión más cercano era la barba de Lourens.

El aterrizaje tuvo lugar como en cámara lenta frente a los ojos de Juliette, pero Roma ya estaba en movimiento. Cuando ella apenas registraba el horror de lo que significaba ver dos pequeñas manchas negras desapareciendo por entre aquellos mechones blancos de barba, Roma ya tenía un cuchillo en la mano. Y cuando Juliette tuvo el impulso de gritar para dar la voz de alerta, Roma tomó el cuchillo y cortó la barba de Lourens tan cerca de la piel como se atrevió a hacerlo, arrojando los mechones al suelo.

Entonces esperaron.

Los aparatos se habían quedado en silencio y ahora lo único que perturbaba el silencio del laboratorio era la pesada respiración de los presentes.

Siguieron esperando.

Dos insectos salieron del montón de pelo que yacía en el suelo. Roma se paró sobre ellos con fuerza, aplastándolos sin misericordia. Un centenar de insectos salieron hacia la noche a través de la rendija

que había entre la puerta del laboratorio y el suelo antes de que alguien pudiera cerrarles el paso, pero al menos haber dado muerte a dos era preferible a no matar ninguno.

Lourens se tocó el mentón recién afeitado y sus ojos cercados de arrugas parecían extraordinariamente abiertos.

—Bueno —dijo—. Gracias, Roma. Pasemos ahora a examinar la vacuna que me trajiste, ¿les parece?

Veinticinco

—Entonces… —dijo Roma—. ¿Puedo advertirte que lo mejor será que no incluyas en tus informes nada sobre estas instalaciones?

Estaban esperando en el primer piso, sentados en los asientos metálicos que rodeaban la pared del fondo. En algún momento tendrían que deshacerse del cadáver que yacía frente a ellos, pero por ahora éste permanecía ahí, con la cara arrugada y tensa, congelada en medio de la muerte, mientras Lourens vertía la vacuna en pequeños tubos de ensayo, y agregaba distintos químicos en unos, y colocaba otros en los aparatos que tenía en el segundo piso, mientras canturreaba suavemente.

—Como si esa débil advertencia tuya fuera a servir de algo —dijo Juliette—. A estas alturas ya deberías saberlo.

Roma se escurrió en la silla y apoyó la cabeza contra el respaldo.

—¿Debería haberte puesto una venda?

Juliette soltó una risita burlona y enseguida hizo sonar sus zapatos, girando el talón a izquierda y derecha, como si fueran parabrisas, mientras que sus ojos hacían lo mismo y se movían de un lado a otro.

—Aunque quisiera hacer de espía —dijo—, esta información no serviría de nada —Juliette se quedó observando un objeto plateado y particularmente afilado que colgaba desde arriba, como un carámbano. Provenía de una máquina y estaba en el lugar donde el techo del primer piso conectaba con el barandal del segundo.

—¿No serviría de nada? —repitió Roma con incredulidad. El tono agudo de sus palabras llamó la atención de sus dos amigos, que habían estado mirando al vacío, sentados en los asientos que rodeaban la

pared contigua.

—Sería considerada irrelevante —se corrigió Juliette. No estaba totalmente segura de la razón por la cual estaba teniendo esta conversación. No es que le debiera una explicación a Roma y, sin embargo, tampoco parecía mala idea explicarle—. La Pandilla Escarlata sigue en la era de las hierbas tradicionales. Tenemos tal vez uno o dos aparatos de metal, pero no estamos ni remotamente cerca —agregó y movió las manos a su alrededor— de algo como esto.

A sus padres no les interesarían en lo absoluto estos hallazgos si ella corría a contárselos. Si lograra captar su atención, aunque fuera por un segundo, seguramente le preguntarían en realidad que por qué había estado dentro de unas instalaciones de los Flores Blancas y no había pensado en prenderles fuego.

Roma cruzó los brazos.

—Interesante.

Juliette entrecerró los ojos.

—¿Y ahora tú vas a incluir esta información que te acabo de dar en tu reporte?

—¿Por qué habría de hacerlo? —Roma estaba esbozando una especie de sonrisa que no se atrevía a desplegar por completo—. Eso es algo que ya sabíamos.

Juliette zapateó con fingida furia, pero Roma se le adelantó y alejó sus pies, de forma que lo único que la chica pudo pisotear fue el suelo.

Mientras Juliette sentía las palpitaciones de su tobillo, se le escapó una sonrisa genuina. Era el reconocimiento de que la había superado en ese pequeño asunto y había vuelto a caer en sus pequeñas mañas, de antes. Había olvidado que Roma era un experto en ellas.

—No puedes hacer eso… —dijo Roma.

—… o tendrás que pisarme tú a mí en venganza —terminó de decir Juliette.

De repente la sonrisa se borró del rostro de ambos. Parecía como si estuvieran recordando al mismo tiempo las ocasiones en que Juliette se había reído de las supersticiones de Roma, las ocasiones en que él la abrazaba después de que ella lo había pisado, y suavemente, siempre muy suavemente, él también se paraba sobre los dedos de los pies de ella.

—Estaremos condenados a tener una discusión si no te devuelvo el gesto —le había dicho Roma a Juliette la primera vez que eso pasó—. Oye… ¡deja de reírte!

Él también se había reído en aquel entonces. Se había reído porque la idea de que una discusión pudiera alejarlos parecía totalmente

absurda, cuando en realidad luchaban contra la oposición de sus familias para poder verse.

Y miren ahora dónde estaban. Separados por un mar de sangre.

Juliette desvió la mirada y volvieron a quedarse en silencio, dejando que el zumbido de los aparatos eléctricos llenara el aire y fluyera libremente. Ocasionalmente la joven escuchaba un extraño silbido que provenía de afuera, y volteaba la cabeza hacia el lado en el que había escuchado el ruido, tratando de discernir si era un búho, o un perro, o el monstruo que andaba suelto por las calles de Shanghái.

Finalmente Juliette ya no pudo soportar más, se levantó y empezó a pasearse por el laboratorio, tomando cualquier objeto al azar para inspeccionarlo: los vasos alineados sobre el suelo, las pequeñas cucharas metálicas amontonadas en las esquinas, los archivos perfectamente organizados ubicados al fondo de las mesas de trabajo…

De pronto una mano retiró los archivos para alejarlos de las narices de Juliette.

—Estos papeles no te incumben, cariño —dijo Marshall.

Juliette frunció el ceño.

—No estaba tratando de verlos —se defendió ella—. Y si lo estuviera, no habrías podido notar la diferencia.

—Ah ¿sí? —Marshall volvió a poner las carpetas con los archivos sobre la mesa y las alejó lo más posible de Juliette. Pero a ella le molestó el ademán. Juliette estaba poniendo en riesgo su propio cuello para trabajar con Roma. ¿Para qué se arriesgaría a cometer una doble-traición?

—Marshall, vuelve a sentarte —le dijo Roma desde el otro extremo de la sala. Benedikt Montagov ni siquiera se molestaba en levantar la vista de la libreta de dibujo que había sacado de su mochila. Lourens, por su lado, les lanzó una mirada de preocupación desde el segundo piso. Si la dirección de la mirada podía indicar algo, no parecía muy asustado con la idea de que empezara una trifulca, en realidad le preocupaba que cualquier movimiento brusco dañara los recipientes de vidrio que había en el laboratorio.

—¿Por qué no les muestro algunas de mis invenciones? —dijo Lourens, a manera de distracción, alzando la voz—. Pueden ser los materiales más innovadores que Shanghái haya visto jamás.

Pero ni Juliette ni Marshall le prestaron atención. Juliette dio un paso al frente. Marshall hizo exactamente lo mismo.

—¿Estás insinuando algo? —preguntó Juliette.

—No sólo insinuando —dijo y sujetó la muñeca de la joven. Luego

la jaló hacia él y estiró la mano para agarrarle el doblez de la manga, de donde sacó el cuchillo que ella había escondido—. Te estoy acusando. ¿Por qué vino armada, señorita Cai?

Juliette bufó con incredulidad. Entonces agarró la otra muñeca de Marshall con la mano que tenía libre y se la retorció.

—Sería más raro que *no* lo estuviera… *¡ay!*

Marshall acababa de golpearla.

Para ser justos, fue más un asunto de reflejo instintivo, un movimiento involuntario del codo en reacción a la presión que ella estaba ejerciendo sobre el brazo de él. Pero Juliette perdió el equilibrio y trastabilló un poco, mientras sentía cómo le ardía el mentón por el golpe de un hueso contra otro.

Desde su asiento, Roma se incorporó de un salto y gritó: "¡Mars!", pero Juliette ya estaba empujando a Marshall para hacerlo retroceder, mientras el dolor en el mentón desataba su ira, una furia que intensificaba las palpitaciones que subían hasta sus labios. Así era esta guerra de clanes: una pequeña infracción y, luego, una respuesta desmedida: golpes furiosos y rápidos que se sucedían antes de que la mente pudiera registrar su conveniencia… nada de razonamientos, sólo impulsos.

Marshall volvió a sujetar el brazo de Juliette y esta vez se lo retorció con fuerza hasta doblarlo totalmente contra la espalda. La pelea podría haber terminado ahí, pero Marshall todavía tenía en la mano el cuchillo de Juliette y el primer instinto de la joven fue el sentir temor. Hubiera o no una tregua temporal, ella no tenía ninguna razón para confiar en Marshall. Y sí tenía miles de razones para lanzar un puntapié sobre la mesa de trabajo más cercana y subirse en ella, para después utilizar la forma en que Marshall la tenía sujeta del brazo para dar una voltereta por encima del hombro de él, girando sobre él hasta aterrizar con un *golpe seco* sobre ambos pies. La maniobra puso tanta presión sobre el brazo de Marshall que éste perdió el equilibrio tras el último tirón y cayó al suelo soltando un gruñido y estrellando su cráneo contra el linóleo.

Rápidamente Juliette se abalanzó para recuperar el cuchillo que Marshall había soltado. En ese momento, ni siquiera sabía si intentaría matarlo. Su única certeza era que ella no pensaba cuando estaba en medio de un combate; sólo distinguía a los enemigos de los amigos. Sólo sabía que debía mantenerse en movimiento, levantar el cuchillo con el mismo movimiento con el que lo había atrapado, alzarlo hasta que reflejara la luz, segundos antes de trazar un arco que terminaría con el filo hundido en el pecho de su oponente.

Hasta que Marshall Seo comenzó a *carcajearse*. Ese solo sonido la sacó de su aturdimiento y frenó a Juliette en seco, de forma que aflojó el puño en que tenía el cuchillo y relajó la tensión de sus brazos.

Cuando Roma y Benedikt lograron acercarse lo suficiente para intervenir en la pelea, Juliette ya le extendía una mano a Marshall, para ayudarlo a levantarse del suelo.

—¡Uf! ¿Cuánto tiempo te tomó practicar ese movimiento? —preguntó Marshall, mientras se sacudía los hombros. En seguida apoyó un zapato en el borde de la mesa, tal como Juliette había hecho, y puso a prueba su peso—. Realmente desafiaste la gravedad por un segundo.

—Eres demasiado alto para hacer algo así. Mejor no lo intentes —dijo Juliette.

Roma y Benedikt parpadearon. Se habían quedado sin palabras y sus rostros lo decían todo.

Marshall levantó la cabeza y se dirigió a Lourens.

—¿Todavía podemos ver tus invenciones?

Lourens abrió y cerró la boca. La animosidad que había imperado en el recinto daba paso ahora a la curiosidad y parecía como si el científico no supiera cómo proceder. Sin decir palabra, lo único que pudo hacer fue dejar sus aparatos zumbando y bajar las escaleras. Luego les hizo señas para que lo siguieran hasta las estanterías ubicadas cerca del fondo del primer piso, mientras observaba de reojo a Juliette y a Marshall, quienes lo seguían con interés, en tanto que Roma y Benedikt caminaban detrás con actitud más vacilante, observando a los otros dos como si tuvieran miedo de que esta paz sólo fuera una efímera tregua.

—Estas cosas no fueron creadas con fondos de los Flores Blancas y tampoco están relacionadas con esas tonterías de los gánsteres, así que no vayas a contarle sobre esto a tu padre, Roma —empezó diciendo Lourens. Luego tomó un frasco de sales azules y lo abrió—. Huelan.

Juliette se inclinó hacia delante.

—Huele bien.

Lourens sonrió con satisfacción y, con el hueco sin barba que ahora tenía en medio del mentón, el gesto adquirió una apariencia todavía más graciosa.

—Esto produce convulsiones a las aves. Por lo general lo disperso en la hierba que está detrás del edificio.

Luego avanzó hacia un polvo de color gris y lo acercó para que Marshall lo mirara. Marshall lo pasó a Benedikt, quien a su vez lo pasó a Roma, quien lo devolvió a su dueño. Ninguno de los dos últimos le

prestó más de medio segundo de atención.

—Esto produce una explosión rápida y repentina en el aire cuando se mezcla con agua —explicó Lourens, cuando el frasco volvió a sus manos—. Por lo general lo arrojo al río Huangpu cuando estoy dando un paseo y las aves están tratando de caminar conmigo. Eso las espanta de manera bastante efectiva.

—Estoy empezando a percibir un patrón —dijo Juliette.

Lourens hizo una mueca y sus rasgos envejecidos se acentuaron.

—Las aves —balbuceó—. Esos demonios en miniatura.

Juliette trató de no echarse a reír, mientras estudiaba las etiquetas de otros de los recipientes que había sobre la estantería. Su conocimiento del holandés no era muy vasto, de modo que le resultaba difícil comprender lo que indicaba cada frasco. Cuando sus ojos se toparon con un pequeño recipiente que estaba al fondo, no supo muy bien por qué le llamó la atención: tal vez fue el hecho de que la palabra DOODSKUS estuviera impresa a un costado, o que se tratara del líquido más níveo y opaco que hubiera visto. Un líquido que le recordó el color blanco de sus propios ojos, impenetrable, sólido.

—¿Qué es eso? —dijo, mientras señalaba el frasco con el dedo.

—Ah, ése es nuevo —Lourens prácticamente se puso de puntitas, entusiasmado, estirándose para alcanzarlo. Con el frasco acunado en la palma de la mano, el científico lo manipuló con especial cuidado, levantando la tapa lentamente. Juliette percibió un olor como el de un jardín de rosas. Era una fragancia dulce y muy aromática, que le recordó viejas épocas en las que corría por el jardín con las manos sucias de tierra.

—Éste es capaz de detener el corazón de un organismo —explicó Lourens reverentemente—. Todavía no lo he perfeccionado, pero la ingestión de esta sustancia debería producir un estado que se parece a la muerte durante tres horas. Cuando pasa el efecto… —dijo y chasqueó los dedos, pero el sonido no tuvo mucha resonancia debido a la rigidez de sus articulaciones envejecidas—. El organismo despierta, como si nunca hubiese estado muerto.

En ese momento se escuchó un *¡ding!* que resonó por todo el laboratorio y Lourens dijo que la máquina debía haber terminado. Entonces devolvió el frasco a su lugar y se apresuró a subir las escaleras para regresar a su mesa de trabajo. Roma y Benedikt lo siguieron de cerca, mientras intercambiaban hipótesis sobre lo que iban a encontrar. Entretanto, Juliette estiró la mano hacia la estantería. Antes de que Lourens pudiera mirar por encima del

hombro, su mano se apoderó del frasco que contenía aquella impenetrable sustancia blanca, y enseguida lo escondió en el interior de su manga. Se había movido lo suficientemente rápido para evadir la mirada de Lourens, pero no lo suficiente como para evitar la de Marshall. Juliette lo miró directamente a los ojos y lo desafió a denunciarla.

Pero Marshall sólo torció los labios y dio media vuelta, apresurándose a seguir a los demás. Parecía normal que le molestara que ella estuviera metiendo las narices entre los informes del laboratorio, pero esto sólo le pareció divertido.

—Veamos —estaba diciendo Lourens, cuando Juliette finalmente se unió al grupo. El científico levantó la tapa de una máquina y extrajo un trozo delgado de papel con unas líneas negras que corrían de un extremo al otro. Mientras hacía un sonido que Juliette no logró interpretar, Lourens pasó junto a ella en dirección a otra máquina, con el fin de revisar la pantalla y volver a mirar el papel. Cuando terminó esa revisión, su última parada fueron los libros que tenía sobre el escritorio.

—Pues bien… —dijo finalmente el científico, después de revisar sus libros y mantener a todo el mundo en suspenso y en medio de un silencio absoluto durante cinco minutos. Luego detuvo su dedo al final de una página amarillenta, y dio dos significativos golpecitos sobre una lista de fórmulas que había copiado a mano—. Pues bien… debido a nuestro limitado punto de partida, no puedo concluir si ésta es una vacuna verdadera, tal como dicen. No tengo nada con qué compararla —Lourens volvió a mirar el papel con los ojos entrecerrados—. Pero sin duda es una mezcla útil. La sustancia principal es un opiáceo, un opiáceo que creo empezó a venderse aquí en las calles como algo llamado *lernicrom*.

Juliette se quedó fría y sintió un estremecimiento que bajó por su columna: una revelación acababa de caerle directamente del cielo y sobre sus hombros.

—*Tā mā de* —maldijo en voz baja—. Yo conozco esa droga.

—Sí, tanto ustedes como nosotros hemos empezado a comercializarla, aunque lentamente —dijo Roma, que también había reconocido el nombre.

—No, no me refiero a eso —dijo Juliette con fatiga—. Lernicrom. Es la droga que Walter Dexter estaba tratando de vender a la Pandilla Escarlata al por mayor —Juliette cerró los ojos y luego volvió a abrirlos—. Él es el proveedor de Albarraz.

Veintiséis

La noche siguiente, Juliette estaba profundamente sumergida en sus pensamientos.

Todas esas ocasiones en las que había ignorado a Walter Dexter, en su lugar podría haberlas aprovechado recopilando información. Ahora parecería sospechoso si intentaba volver a ganarse su confianza. Quizás era por esta razón que se advertía a la gente que no quemara los puentes incluso si eran puentes que conducían a un comerciante desaconsejable.

Juliette clavó sus palillos con rabia sobre la comida que tenía enfrente. Resultara sospechoso o no, necesitaba volver a ponerse en contacto con Walter Dexter sin despertar desconfianza. Y mientras se devanaba los sesos pensando cómo hacerlo, sin importar qué sendero tomara, todos los caminos parecían conducir de regreso a Paul Dexter, el hijo.

Tenía ganas de estrangularse de sólo pensarlo.

Quizá no tenga que ir a buscarlo, pensó Juliette débilmente. *Quizá sólo estoy persiguiendo fantasmas. ¿Quién sabrá si él está enterado de algo?*

Pero tenía que intentarlo. Todo lo que giraba alrededor de este extraño asunto era circunstancial. El hecho de que Walter Dexter abasteciera a Albarraz no significaba que supiera más de lo que ellos sabían sobre su identidad y su ubicación. El hecho de que Albarraz estuviera fabricando una vacuna no significaba que pudiera conocer un remedio para esta espantosa locura.

En el mismo orden de ideas, esto significaba que si Albarraz sabía

algo también Walter Dexter.

Maldita sea.

—¿Dónde te encuentras esta noche?

Ante los acuciosos llamados de Rosalind, Juliette levantó la vista de su comida y se detuvo un momento antes de que sus palillos se cerraran inconscientemente en el aire.

—Justo aquí —dijo, frunciendo el ceño cuando Rosalind gesticulaba una mueca que daba a entender que no le creía.

—¿En serio? —Rosalind señaló al otro lado de la mesa con la barbilla—. ¿Y entonces por qué ignoraste al señor Ping cuando te pidió tu opinión sobre las huelgas de los trabajadores?

La atención de Juliette se dirigió de inmediato al señor Ping, un miembro del círculo íntimo de su padre al que usualmente le gustaba preguntar, cada vez que la veía, sobre sus estudios. Si recordaba correctamente, uno de sus temas favoritos era la astrología; él siempre tenía algo que sugerir acerca de la alineación de los zodíacos occidentales, y Juliette, incluso a los quince años, siempre le respondía con una ocurrencia sobre cómo el destino operaba más a través de la ciencia y la estadística. Ahora mismo él exhibía un gesto de desagrado al otro lado de la mesa circular, y parecía particularmente ofendido. Juliette hizo un ademán de cansancio.

—Ha sido un largo día.

—Ciertamente —murmuró Kathleen en concordancia con Juliette, desde el otro costado de donde estaba Rosalind, mientras se masajeaba el puente de la nariz.

El ruido que emanaba del salón privado en que se encontraban era lo bastante estruendoso para competir con el resto del restaurante. Lord Cai estaba en el asiento a su lado, pero estas cenas no eran la mejor oportunidad para los intercambios entre padre e hija. Él siempre estaba demasiado ocupado con otras conversaciones como para decirle a ella una sola palabra, y su madre se estaba haciendo cargo de la segunda mesa del salón, conduciendo la conversación allí. Éste no era el escenario para charlas personales. Éste era el momento ideal para que los miembros del círculo íntimo de la Pandilla Escarlata compitieran entre sí, se jactaran y bebieran hasta el borde de la inconsciencia en su propósito de ganar favores.

Tyler solía ser una de las personas más ruidosas en estas mesas. Hoy, sin embargo, estaba fuera recolectando las rentas, como lo había estado haciendo durante los últimos días. Mientras Juliette había sido puesta a cargo de la investigación sobre la locura, Tyler, en su lugar, estaba cumpliendo los roles habituales de la heredera, y se deleitaba

con ello. Juliette se ponía rígida cada vez que lo oía gritar por toda la casa, reuniendo a su séquito de acompañantes, alistándose para partir: y esto era algo que sucedía a menudo. Parecía que cada minuto traía un nuevo evasor de alguna deuda, una nueva cuenta que caía al territorio de los números rojos. Tyler esgrimiría entonces su arma y amenazaría a los dueños de las tiendas y a los inquilinos de las casas hasta que desembolsaran los billetes necesarios, hasta que los Escarlatas hubieran recolectado lo que se les debía. Era hipócrita de parte de Juliette mirar por encima del hombro a Tyler sólo porque estaba haciendo lo que técnicamente era el trabajo de ella, lo sabía, pero realizar un trabajo así en medio de las actuales circunstancias no le parecía digno. Ahora las personas se resistían a pagar no porque quisieran rehusarse; simplemente no estaban obteniendo ingresos suficientes dado que sus clientes estaban muriendo.

Juliette suspiró, jugando con sus palillos. La comida daba vueltas frente a ellos en la mesa giratoria de cristal, exhibiendo sin pausa patos asados, tallarines fritos y pasteles de arroz. Al mismo tiempo, Juliette tomaba mecánicamente porciones del centro y las colocaba sobre su plato, llevándose la comida a la boca sin realmente degustarla. Vaya desperdicio. Una mirada al exquisito brillo de las verduras, al resplandor de las escamas de los pescados, a los relucientes aceites que goteaban de la carne era razón más que suficiente para que se le hiciera agua a la boca a cualquier persona.

Con la diferencia de que Juliette se había distraído nuevamente. Al darse cuenta de que se estaba llevando un cenicero a la boca en lugar de la taza de cerámica, volvió a la realidad y captó el último sonido que abandonaba la boca de Rosalind; aquella simple sílaba no fue suficiente para descifrar del todo lo que había dicho su prima, pero sí lo fue para comprender que había sido una pregunta que ameritaba una respuesta apropiada, en lugar de una sonrisa y un ruido genérico e inquisitivo.

—Disculpa ¿Qué dijiste? —preguntó Juliette—. Estabas hablando, ¿no es así? Lo siento, fue muy descortés de mi parte…

Y estaba a punto de ser aún más descortés con su prima porque nunca sabría lo que le había preguntado. En ese momento, su padre se aclaraba la garganta y las dos mesas del salón privado de inmediato guardaron silencio. Lord Cai se puso en pie, con las manos entrelazadas detrás de su rígida espalda.

—Espero que todos se encuentren bien —dijo—. Hay un asunto que debo abordar esta noche.

Juliette sintió que algo se tensaba en su estómago. Se preparó.

—Me han llegado hoy pruebas irrefutables sobre la existencia de un espía al interior de la Pandilla Escarlata.

Un silencio absoluto se apoderó del salón… no era una ausencia de sonido, sino una presencia en sí misma, como si una manta invisible y pesada hubiera sido echada sobre los hombros de todos. Incluso los meseros se detuvieron en sus labores: un chico que había estado sirviendo el té se quedó paralizado en pleno movimiento.

Juliette apenas parpadeó. Intercambió una mirada con Rosalind. Era casi un asunto de conocimiento general que había espías en la Pandilla Escarlata. ¿Cómo podría no haberlos? Por su parte ciertamente los Escarlatas contaban con personas infiltradas entre los rangos inferiores de los Flores Blancas. No era demasiado exagerado considerar que los Flores Blancas habían reclutado algunos mensajeros, especialmente si se tenía en cuenta la frecuencia con la que se le adelantaban en algunas iniciativas a la Pandilla Escarlata.

Lord Cai prosiguió.

—Hay un espía en la Pandilla Escarlata que ha sido invitado a este salón.

Por un breve y horrible segundo, Juliette sintió una punzada de pánico de sólo pensar que su padre estuviera refiriéndose a *ella*. ¿Podría haberse enterado de su asociación con los Flores Blancas, con Roma Montagov, y haberlo interpretado de manera errónea?

Imposible, pensó, apretando los puños debajo de la mesa. Ella no había revelado ninguna información. Seguramente sucedió algo que afectó los negocios Escarlatas, algo lo suficientemente grave para provocar una declaración como ésta de parte de su padre.

Tenía razón.

—Hoy, tres importantes clientes potenciales se retiraron de su planeada asociación con nosotros.

El padre de Juliette se comportaba en aquel momento con aire de agotamiento, como si estuviera exhausto de enfrentarse con una clientela nerviosa, pero Juliette fue capaz de ver a través de su apariencia. La mirada de la joven pasó por alto a su padre y detallaron las tensas líneas del rostro y los rígidos hombros de su madre al otro lado del salón. Ambos estaban furiosos. Habían sido traicionados.

—Ya conocían nuestros precios incluso antes de que fueran propuestos —continuó Lord Cai—. En lugar de acudir a nosotros fueron con los Flores Blancas.

Indudablemente, después de que los Flores Blancas se les hubieran acercado con precios más bajos. ¿Y cómo podría un espía conocer tal información protegida a menos que estuviera en el círculo íntimo?

Éste no era el trabajo de un mensajero que apenas tenía ideas vagas sobre los lugares de entrega. Esto se encontraba justo en el corazón del negocio de los Escarlatas, y había surgido de una filtración.

—Conozco los antecedentes de todos ustedes —prosiguió Lord Cai —. Sé que todos nacieron y se criaron en Shanghái. La sangre de todos los aquí presentes se remonta miles de años atrás, hasta llegar a los antepasados que nos hermanan. Si hay un traidor aquí, no ha sido motivado por una lealtad real al enemigo ni nada por el estilo, sino por la promesa de dinero, o de gloria, o por un falso amor, o simplemente por la emoción de la rebeldía. Pero les aseguro… —se recostó en el respaldo de su asiento y alcanzó la tetera. Volvió a llenar su taza de cerámica, su mano completamente firme mientras las hojas de té rebosaban justo en el borde de la taza, derramándose luego sobre el mantel rojo y empapándolo hasta que la mancha oscura tomó una forma similar a una flor de sangre. Si seguía sirviendo, Juliette temía que el té caliente se extendiera sobre el mantel y le quemara las piernas—. Cuando descubra quién es el espía, las consecuencias que sufrirá bajo mi mano serán mucho más graves que las que puedan aplicar los Flores Blancas al recibir la notificación de que ya no será más un traidor.

Para alivio de Juliette, Lord Cai finalmente devolvió a su sitio la tetera justo antes de que el líquido derramado llegara hasta el borde de la mesa. Su padre sonreía, pero sus ojos, a pesar de las arrugas de la edad y las visibles patas de gallo, permanecían tan vacíos como los de un verdugo. En ese momento Lord Cai no eligió palabras para transmitir su mensaje. Permitió que la expresión de su semblante hablara por él.

No cabía duda de cuál de sus padres Juliette había heredado esa monstruosa sonrisa.

—Por favor —dijo Lord Cai cuando nadie se movió después del final de su amenaza—. Que prosiga la cena.

Lentamente los poderosos hombres presentes en el salón y las esposas que les susurraban al oído tomaron nuevamente sus palillos. Juliette ya no pudo volver a quedarse inmóvil en su silla. Se inclinó hacia su padre y le susurró que tenía que ir al baño. Cuando Lord Cai asintió, Juliette se levantó y caminó hacia la puerta.

Fuera del salón privado de la Pandilla Escarlata, Juliette se apoyó contra la fría pared y se tomó un segundo para recuperar el aliento. A su izquierda pudo ver a los otros clientes del restaurante, allí donde el volumen de voces era tan alto como un rugido: un esfuerzo colectivo de diferentes mesas pequeñas, cada comensal luchando por ser

escuchado sobre los demás de su grupo. A su derecha, había puertas separadas que conducían a la cocina y a los baños. Con un suspiro, Juliette entró en el sanitario.

—Calma —se dijo apoyando la cabeza contra el enorme lavabo de metal. Inclinó su cuello, respirando profundamente.

¿Qué diría su padre si supiera que ella estaba trabajando junto a Roma Montagov? ¿Lo vería de la misma forma en que ella lo hacía? Para Juliette, el hecho de renunciar a una pizca de orgullo permitiría ayudar a toda su gente si lograban detener la locura. ¿O acaso él se quedaría atrapado en el núcleo de la traición de su hija?: saber que, habiendo tenido oportunidades ilimitadas, ella no había disparado contra Roma en venganza por toda la sangre que sus manos habían derramado.

Juliette levantó la barbilla y miró hacia el distorsionado espejo de bronce que tenía delante. Lo único que pudo ver fue a una extraña.

Quizás estaba metida en algo que excedía sus capacidades y posibilidades. Quizás el curso de acción correcto era romper cualquier alianza con Roma Montagov y buscar a su propia gente, era encontrar una manera de arrinconar a Walter Dexter y a través de la fuerza bruta hacerlo hablar…

Un grito hirió su oído. Juliette se sobresaltó. Parecía proveniente del salón principal del restaurante.

Salió a toda prisa del baño. En segundos, había corrido en dirección al origen del grito, jadeando, temiendo encontrar a su regreso varias víctimas. Descubrió que sólo había un hombre derrumbado en el suelo. Los ojos de la joven se posaron en él en el mismo segundo en que éste comenzaba a tocarse el cuello.

Pero nadie dio un paso adelante para ayudarlo. Incluso mientras se desgarraba la garganta, arrancando trozos de piel y lanzándolos dentro de un pequeño radio a su alrededor hasta yacer inmóvil, los comensales del restaurante siguieron en sus asuntos. Sólo una anciana en la parte trasera del recinto llamó a un camarero para hacerlo limpiar la escena. Otros apenas se habían alterado, actuando como si no se hubieran dado cuenta, como si no reconocer la presencia de la muerte fuera capaz de ofenderla lo suficiente para hacerla marcharse a otro lado.

La población civil moría desgarrándose la garganta y la gente se había vuelto tan insensible que se contentaban con continuar su cena como si fuera un martes más. Juliette supuso que así eran las cosas. Si eso continuaba, la muerte sería la norma hasta que toda la ciudad colapsara. Era sólo cuestión de tiempo hasta que todos los pequeños

establecimientos de Shanghái se quedaran vacíos, ya fuera porque sus clientes habían sucumbido a la locura o porque otros no deseaban asistir a lugares donde era probable que se contagiaran. Era cuestión de tiempo para que las empresas respaldadas por los Escarlatas consumieran sus ahorros y ya no pudieran pagar el alquiler, ni siquiera teniendo que confrontar las amenazas de Tyler. Incluso los restaurantes más grandes, como éste, también se derrumbarían. Había rosas rojas que afloraban en cada segunda puerta a lo largo del territorio Escarlata. Advertencias sobre advertencias, pero ¿de qué servían éstas frente al rostro de la locura?

—Oye —espetó Juliette cuando el camarero se agachó cerca del muerto—. No lo toques —su tono asustó al camarero lo suficiente para hacerlo retroceder—. Pon un mantel sobre el cuerpo y llama a un médico.

No había garantías de nada. Necesitaba la ayuda de Roma para arreglar esta ciudad. Pero también necesitaba dejar de perder el tiempo y esgrimir excusas.

Necesitaba buscar la forma de acercarse a Paul Dexter.

A esta hora era difícil encontrar la línea en el horizonte donde terminaban las aguas y comenzaba la tierra, donde el río Huangpu se desangraba en la orilla del otro lado. Cuando Benedikt estaba sentado a la orilla del agua, mirando hacia la noche, era fácil olvidar la vertiginosa amalgama de rojo y dorado y humo y risas que existían en la ciudad a sus espaldas. Era fácil creer que esto era todo lo que había: una tierra sin forma, moteada con borrosos puntos brillantes provenientes de la otra orilla.

—Pensé que te encontraría aquí.

Benedikt giró al oír la voz y dejó que su pierna se balanceara sobre el paseo fluvial. La luz que enmarcaba a Marshall se reflejó en los ojos de Benedikt, que en el momento de mirarlo no acababan de adaptarse a aquel fulgor.

—No es que frecuente muchos otros sitios.

Marshall se metió las manos en los bolsillos. Esta noche estaba vestido de forma muy elegante con un traje occidental, lo cual era poco frecuente, pero no extraño. Lo más probable era que Lord Montagov acabara de enviarlo a algún lugar a hacer alguna diligencia.

—¿Sabes qué longitud tiene el río Huangpu? Eres un quisquilloso, Ben. No creo que te haya encontrado dos veces en el mismo lugar.

Debajo de ellos, el río pareció mecerse ligeramente a modo de respuesta. Sabía que hablaban a propósito de él.

—¿Ocurrió algo? —preguntó Benedikt.

—¿Esperabas que sucediera algo? —Marshall respondió, acercándose para sentarse a su lado.

—*Siempre* está pasando algo.

Marshall apretó los labios. Se quedó pensativo un segundo.

—No, no pasó nada —dijo finalmente—. Cuando lo dejé, Roma estaba redactando una respuesta a un mensaje de Juliette. Ha estado en eso durante tres horas. Yo creo que se va a causar un esguince de tanto esfuerzo.

Roma no hacía nada a medias. Siempre que visitaba la habitación de Alisa, se quedaba allí casi la mitad del día: que se fueran al diablo sus otras obligaciones. La única razón por la que Lord Montagov le permitía tal inactividad era porque sabía que eventualmente Roma llevaría a cabo sus demás tareas con todo esmero tan pronto como saliera del hospital.

—Mejor sufrir un esguince que destrozarse la garganta con las propias manos —murmuró Benedikt. Se detuvo—. No confío en ella.

—¿Juliette?

Benedikt asintió.

—Por supuesto que no —dijo Marshall—. No deberías hacerlo. Pero no significa que ella no sea útil. No significa que debas aborrecerla —hizo un gesto hacia el callejón—. ¿Ya podemos irnos a casa?

Benedikt suspiró, pero ya se estaba levantando, sacudiéndose el polvo de las manos.

—Podrías haberte ido a casa por tu cuenta, Mars.

—¿Qué hay de divertido en eso?

Benedikt nunca entendería la frecuencia con la que Marshall necesitaba estar rodeado de gente. El tipo era alérgico a la soledad; una vez genuinamente había desarrollado un sarpullido porque se sentó en su habitación y se prohibió salir hasta que pusiera en orden un libro de cuentas. Benedikt era todo lo contrario. Las personas lo hacían sentir incómodo. Las personas lo hacían pensar en sus palabras con el doble de intensidad y a sudar cuando, según su propio criterio, no las escogía adecuadamente.

—¿Supongo que no estás de humor para que hagamos primero una parada en el casino? —preguntó Marshall en el momento en que empezaron a caminar, acompañando sus palabras con una sonrisa—. He oído decir que…

De repente, a media frase, Marshall enmudeció, extendiendo un brazo para contener el avance de Benedikt, quien necesitó un par de

segundos para enterarse por qué se habían detenido. Necesitó otros cuantos segundos para c*omprender* verdaderamente lo que estaba viendo.

Una sombra se extendía sobre el pavimento frente a ellos. Todavía estaban a mitad de recorrido dentro de este callejón, demasiado adentro para poder dar un vistazo más allá de los altos edificios a ambos lados y determinar qué era lo que estaba produciendo la sombra que había surgido. Pero la farola no estaba lejos y el contorno que brillaba en el suelo era bien definido, sin dejar lugar a dudas que se trataba de la proyección de unos cuernos, de unos miembros que pertenecían a un cuerpo que avanzaba tambaleante, con un tamaño que resultaba incomprensible a la naturaleza.

Chudovishche. Monstruo. El mismo que se había estado viendo en toda Shanghái, acechando en los rincones de la ciudad.

—Dios mío —murmuró Benedikt.

La sombra se movía hacia ellos, hacia el mismo callejón

¡Escóndete!

—¿Esconderme? —Marshall susurró en respuesta—. ¿Quieres que me encoja mágicamente?

En efecto, el callejón era demasiado estrecho para ofrecer un escondite viable. Pero había una amplia lona azul encima de las cajas de madera desechadas. Sin tiempo para darle instrucciones, Benedikt tomó la lona y empujó a Marshall hacia abajo con brusquedad, haciéndolo callar cuando Marshall quiso mascullar algo. Luego él también se agachó, hasta que ambos quedaron acurrucados junto a las cajas y ocultos debajo de la delgada tela.

Algo pesado atravesó el callejón. Parecía hacerlo con esfuerzo, como si los pies no lograran aposentarse correctamente, como si las fosas nasales fueran demasiado finas para respirar bien, por lo que a duras penas emergía un resuello.

De improviso un fuerte chapoteo resonó en medio de la noche. Las gotas caían sobre la superficie del río como si hubiera comenzado a llover solamente en una sección del cielo.

—¿Qué fue ese ruido? —Marshall siseó—. ¿La cosa ésa saltó al agua?

Benedikt agarró una esquina de la lona y sacó lentamente la cabeza. Marshall se apoyó en su hombro y trató de hacer lo mismo, hasta que ambos atisbaron desde su escondite, aguzando la vista en la oscuridad, tratando de ver el río que galopaba al otro lado del callejón.

Una forma flotaba sobre el agua. Bajo la luz de la luna era difícil

captar mucho, excepto el destello de lo que podría ser una espina dorsal, hileras de protuberancias que se distorsionaban y cambiaban y…

Benedikt soltó una maldición y empujó a Marshall hacia abajo.

—¡Escóndete, escóndete, *escóndete*!

Un estallido de movimiento surgió del agua: *venía del* monstruo. Puntos en miniatura que salían disparados hacia el aire, apenas distinguibles hasta que aterrizaban en el malecón, apenas visibles hasta que se deslizaban hacia delante bajo la luz de la luna, adquiriendo el aspecto de una alfombra en movimiento que se extendía por el callejón.

Marshall jaló hacia arriba la lona y Benedikt dio un fuerte pisotón al borde de ésta, presionando con fuerza la lona contra el suelo por temor a que los insectos se introdujeran por ella. Se escuchó el sonido de algo que se deslizaba. El sonido de un millar de diminutas patas que frotaban la áspera grava, dispersándose por la ciudad.

Silencio. Pasó un largo minuto. Luego, más silencio.

—Creo que se han ido —susurró Benedikt—. ¿Mars?

Marshall hizo un ruido como si estuviera sofocándose.

—¡Marshall!

Benedikt se movió lo suficientemente rápido como para agitar todo el aire a su alrededor. Puso sus manos a ambos lados de la cara de Marshall, apretando con fuerza para exigir la atención y la cordura de su amigo, apretando con fuerza en caso de que tuviera que evitar que se diera muerte clavándose las uñas.

Pero en lugar de haber sucumbido a la locura, Marshall resopló. Un segundo después dejó escapar una risa regocijada.

—Ben, sólo estoy bromeando.

Benedikt se quedó mirando fijamente a Marshall.

—*Mudak* —murmuró enojado. Cuando retiró las manos, tuvo que resistir el impulso de golpearlo—. ¿Qué sucede contigo? ¿Cómo se te ocurre bromear sobre un asunto así?

Marshall ahora parecía confundido, como si no entendiera la furia lanzada en su dirección.

—No se treparon encima de nosotros —dijo lentamente—. ¿Por qué me tomarías en serio?

—¿Por qué no habría de hacerlo? —Benedikt replicó impaciente—. No se bromea sobre este tema, Marshall. ¡No estoy dispuesto a perderte!

Marshall parpadeó. Inclinó la cabeza con curiosidad, de la misma manera que solía hacer cuando intentaba predecir el próximo

movimiento de Benedikt durante un combate de entrenamiento. En un combate verdadero, Benedikt siempre había sido mejor para predecir las perezosas fintas de Marshall, para detectar las conjeturas de éste y actuar de forma opuesta.

Pero ahí, sentados lado a lado, nunca habría esperado que Marshall extendiera la mano y tocara su mejilla: el roce de un dedo suave como una pluma, como para comprobar que Benedikt estaba realmente allí.

Benedikt se apartó bruscamente. Retiró la lona que los cubría y se incorporó con una celeridad asombrosa.

—Necesito decirle a Roma lo que acabamos de ver —dijo de golpe —. Te veré en casa.

Se apresuró a marcharse antes de que Marshall pudiera seguirlo.

Finalmente, cinco horas después de que comenzara a escribirla, Roma envió su carta de respuesta. Una vez que la corrigió por décima vez, ya no estaba completamente seguro de si había plasmado correctamente su propio nombre.

—¿Debería haber incluido mi patronímico? —murmuró para sí ahora, pasando a la siguiente página de su libro sin asimilar ninguna de las palabras que leía—. ¿Se verá raro?

Todo era demasiado extraño. Cuatro años atrás había enviado a Juliette tantas cartas de amor que cuando se sentó a redactar *esta* misiva —para expresar su acuerdo en que deberían recopilar la mayor cantidad de información posible sobre Walter Dexter de sus respectivas fuentes, antes de reunirse al día siguiente en el Gran Mundo— su reacción inmediata al escribir “Querida Juliette” fue hacer una comparación entre su cabello y la tonalidad de un cuervo.

Roma suspiró, luego colocó el libro sobre su pecho y cerró los ojos. Ya estaba acostado en su cama. Pensó que bien podría tomar una siesta hasta que llegara el momento de ir a husmear en las fábricas de los Flores Blancas. Alguien en esos sitios debía tener información sobre las últimas actividades de Walter Dexter.

Pero en el momento en que comenzaba a adormilarse, se escuchó un golpe contundente en la puerta de su dormitorio.

Roma se quejó.

—¿Qué pasa?

Su puerta se abrió. Benedikt entró precipitadamente.

—¿Tienes un momento?

—Interrumpes mi estupendo encuentro con las palabras de Eugene Onegin, pero está bien —Roma se quitó el libro del pecho y lo dejó sobre la manta—. De todos modos, es un escritor innecesariamente

pretencioso.

—El monstruo. Los insectos. Son lo mismo, una sola cosa.

Roma se incorporó de un brinco y exigió:

—Repítelo.

Benedikt tomó asiento junto al escritorio de su primo, su ansiedad liberándose por medio del rápido golpeteo de sus dedos. Roma, por otro lado, se había levantado y había comenzado a pasear por toda su habitación. Había demasiada tensión acumulándose en sus huesos.

—Los insectos provienen *del* monstruo —dijo Benedikt apresuradamente—. Lo vimos. Vimos que el monstruo saltaba al agua y luego… —simuló con las manos una onda explosiva—. Ahora todos los disparates, todo el sinsentido pasa a tener *sentido*. Aquellos que dicen que los avistamientos del monstruo crean la locura están en lo correcto, pero no de la manera en que lo piensan. El monstruo crea los insectos. Los insectos crean la locura.

De repente, Roma se quedó muy corto de aliento. No a causa del pánico sino porque estaba entendiendo. Como si le hubieran entregado una caja de regalo con información dentro, desmontada en pequeñas piezas, y si no juntaba todo con la suficiente rapidez, le quitarían el regalo.

—Esto es formidable —dijo Roma, obligándose a avanzar despacio —. Si damos crédito a lo que dice Lourens cuando afirma que estos insectos operan todos y cada uno de manera idéntica, si asumimos que están controlados por una misma entidad, y que ésa es de hecho el monstruo… —Roma dejó de caminar. Estuvo a punto de caer de rodillas. El monstruo era real. *Real*. Y no es que no hubiera creído en los avistamientos antes de este momento, pero los había aceptado de la misma forma en que aceptaba la presencia de los extranjeros en las concesiones: como un inconveniente, pero no como su mayor amenaza. Los avistamientos estaban fuera del ámbito central de sus preocupaciones, en un plano secundario al que ocupaba la locura. Pero ahora…

—Si damos muerte al monstruo, eliminaríamos a todos y cada uno de estos peculiares insectos en Shanghái. Si matamos al monstruo, detendremos la locura.

Entonces los insectos incrustados en Alisa morirían. Entonces su pequeña hermana ya no estaría bajo las garras de este mal. Entonces podría despertar. Eso sería equivalente a encontrar una cura.

Benedikt apretó los labios.

—Dices eso como si fuera algo fácil. Tú no lo viste.

Roma hizo una pausa en su recorrido.

—Bueno, ¿qué viste?

Un silencio cargado de resonancias se instaló en la habitación. Benedikt pareció considerar su respuesta. Golpeó varias veces el escritorio con los nudillos, luego lo hizo de nuevo. Finalmente, imprimió a su cabeza una minúscula sacudida.

—Tú has escuchado las historias —respondió Benedikt con tono severo—. No están tan lejos de la verdad. Yo no me preocuparía por su apariencia. Antes de que consideremos siquiera la opción de darle muerte, ¿cómo podemos volverlo a encontrar?

Roma reanudó su recorrido.

—Marshall dijo que los comunistas vieron cuando venía del departamento de Zhang Gutai.

Si Roma hubiera estado prestando la suficiente atención, habría visto como la expresión en el rostro de su primo de repente se distorsionaba, no en una mueca o una expresión de burla, sino algo similar a un espasmo de dolor. Era una suerte que todos los Montagov supieran cómo pasar a un gesto facial absolutamente ecuánime en un abrir y cerrar de ojos. Cuando Roma volvió la vista en dirección a Benedikt, éste había recuperado una expresión neutral, a la espera de que su primo prosiguiera.

—Necesito que Marshall y tú vigilen el departamento de Zhang Gutai —decidió Roma. El plan se estaba fraguando a la par que hablaba, con cada pieza encajando en cuestión de segundos una vez que la pieza anterior hacía clic en su sitio—. Estén atentos a cualquier aparición del *chudovishche*. Confirmen que Zhang Gutai es culpable. Si ustedes dos ven con sus propios ojos aparecer al monstruo, entonces sabremos que lo controla para dispersar la locura por todo Shanghái. Entonces sabremos cómo encontrar al monstruo para darle muerte: hallando primero a Zhang Gutai.

Esta vez Benedikt hizo una mueca evidente de desagrado.

—¿Quieres que solamente vigile? Eso suena como algo… aburrido.

—Me preocuparía por tu seguridad si fuera un trabajo emocionante. Cuanto más aburrido sea, mejor para ti.

Benedikt negó con la cabeza.

—Nos aburriste lo suficiente buscando una víctima de la locura que aún viviera, y mira adónde nos llevó eso —protestó—. ¿Por qué no pueden hacerlo tú y Juliette? Ya están concentrados en la investigación. Yo también tengo una vida propia de la cual ocuparme, ¿sabes?

Roma entrecerró los ojos. Benedikt se cruzó de brazos. *¿Hay algo en esta tarea que sea pedir demasiado?* se preguntó Roma. *¿Cuál es su*

resistencia a ella? Es simplemente otra oportunidad para andar por ahí holgazaneando con Marshall, lo cual hace diariamente de todos modos.

—No desperdiciaré nuestra colaboración con Juliette pidiéndole que acechemos a Zhang Gutai —respondió Roma, dejando traslucir que le ofendía la sola idea.

—Pensé que este monstruo era nuestro objetivo, no Albarraz.

—Eso *lo sé* —respondió Roma. Estaba obviamente susceptible, incapaz de contener lo áspero de su tono. La vida de Alisa estaba en juego y él no tenía la energía para debatir asuntos tan nimios—. Pero no podemos estar del todo seguros de que Zhang Gutai esté realmente vinculado al monstruo hasta que *realmente veamos algo*. Hasta ese momento, necesitamos un plan alternativo para obtener respuestas sobre el monstruo y sobre la locura que produce. Hasta entonces, tenemos que llegar al fondo del personaje de Albarraz de modo que podamos averiguar por qué él sabe lo que sabe y usar esa información para que nos conduzca hasta el monstruo.

Pero Benedikt no quería dar el brazo a torcer.

—¿No puedes acechar a Zhang Gutai *después* de encontrar a Albarraz? Obviamente están vinculados de alguna manera si encontraste correspondencias entre ambos.

—Benedikt —dijo Roma con firmeza—. Fue apenas una sola misiva que provenía de Albarraz. —Sacudió la cabeza. Su primo lo estaba distrayendo—. Mira, tú y Marshall tienen que hacerlo porque no sabemos cuánto tiempo podría tardar el monstruo en hacer una aparición.

—¿No puedes simplemente decirle a un gánster de menor rango que lo tenga vigilado?

—Benedikt.

—Y realmente sólo necesitas una persona en esta tarea…

—¿Eres —interrumpió Roma, su tono repentinamente gélido—, un integrante de los Flores Blancas o no?

Tal pregunta lo hizo callar. Benedikt apretó los labios y luego añadió:

—Por supuesto.

—Entonces deja de argumentar en contra de la *orden* que te di —Roma puso las manos detrás de la espalda—. ¿Eso es todo?

Benedikt se levantó. Hizo una reverencia burlona y torció la boca con amargura.

—Sí, primo —dijo—. Ahora te dejo con tus deberes de heredero. Asegúrate de no esforzarte demasiado.

Una ráfaga de viento siguió a su rápida huida. El golpe al cerrar

furiosamente la puerta resonó lo suficiente para sacudir la casa entera.

Deberes de heredero. Vaya broma. Benedikt sabía perfectamente que Roma podía ser al tiempo el heredero o un fantasma. Su primo podría ser una de las pocas personas que realmente entendía que Roma no luchaba con tal fortaleza para seguir siendo heredero porque simplemente ambicionara el poder, sino porque era el único lugar donde podía controlar su seguridad personal. Si los cielos se abrieran y le ofrecieran a Roma una pequeña villa en las afueras del país, donde él y sus seres queridos pudieran trasladarse a vivir una vida fuera de todos los reflectores, se mudaría de inmediato.

El comentario lacerante de Benedikt le quitó un peso de encima a Roma. Su primo podía quejarse todo lo que quisiera y descargar su enfado con él, pero era demasiado inteligente para descartar del todo la tarea que se le pedía. Cumpliría la encomienda. Además, Benedikt no era de aquéllos que se quedan refunfuñando durante largo tiempo. Lo que fuera que le había anudado los intestinos hasta llevarlo a tal estado estaba destinado a aflojarse pronto, y luego olvidaría por qué había tenido tal rabieta.

Roma suspiró y se dejó caer de nuevo en su cama.

Siempre había sabido que instalarse en la cima venía acompañado de aguijones y espinas.

Pero en esta ciudad, desprovista de cualquier camino alternativo, al menos eso era mejor que no ser heredero en absoluto.

Más tarde esa noche, alguien llamó a la puerta de Kathleen, quien interrumpió con sobresalto su lectura. Ya estaba acurrucada entre sus mantas, considerando la posibilidad de fingir que estaba dormida para no tener que levantarse, ponerse el pendiente y abrir, cuando la puerta simplemente se abrió por sí sola.

—Gracias por esperar mi respuesta —susurró, mirando a Rosalind mientras entraba.

—No ibas a abrir —respondió su hermana, que la conocía perfectamente.

Kathleen hizo una mueca y cerró la revista que estaba leyendo. Supuso que los últimos diseños de calzado de esta temporada podían esperar.

—Podría haber estado dormida.

Rosalind miró hacia arriba. Señaló la pequeña lámpara de candelabro, luego las tres lámparas doradas en distintos puntos de la habitación.

—¿Tú duermes con las luces encendidas?

—Puf. Tal vez.

Rosalind puso los ojos en blanco y se sentó a los pies de la cama. Durante un buen rato pareció mirar fijamente a la nada, antes de llevar las piernas hasta el pecho y apoyar la cara con delicadeza en la superficie plana de las rodillas.

Kathleen frunció el ceño.

—*¿Ça va?*

—*Ça va* —¿qué cómo estoy?, Rosalind suspiró—. Esta noche me asustó Lord Cai.

—A mí también —era un reclamo bastante grave insistir en que un espía se había abierto camino en el círculo interno de los Escarlatas. El círculo era muy limitado—. Ya tenemos suficientes problemas con toda la gente que está *muriendo*. Esto va a causar aún más división.

Rosalind hizo un ruido: pudo haber sido un asentimiento, o la simple necesidad de aclararse la garganta. Pasaron unos pocos segundos. Entonces preguntó:

—No estás pensando que sea Juliette, ¿verdad?

Los ojos de Kathleen se abrieron de par en par.

—¡No! —exclamó—. ¿Por qué se te ocurre siquiera pensar eso?

Rosalind apretó los labios.

—Sólo estoy pensando en voz alta. Tú has escuchado los mismos rumores que yo.

—Juliette nunca lo haría.

El ambiente se estaba volviendo un poco denso. Kathleen no había esperado esto, no esperaba que sus palabras fueran seguidas por un cauteloso silencio cuando lo que quería era que su hermana se mostrara de acuerdo con ella en el acto.

—No puedes ser tan confiada todo el tiempo.

—No soy *tan* confiada —respondió Kathleen malhumorada, ahora algo molesta por lo que seguiría.

—¿Ah, sí? —Rosalind disparó. El volumen de sus voces iba creciendo—. Entonces, ¿a qué se debe esta súbita necesidad de defensa? Yo sólo estaba echando a rodar esa posibilidad y tú actúas como si quisiera arrancarte la cabeza…

—Las palabras son peligrosas —interrumpió Kathleen—. Tú lo sabes bien. Conoces lo que unas pocas insulsas palabras pueden provocar…

—¡A quién *le importa* lo que unas palabras puedan provocar! ¡Estamos hablando de Juliette!

Kathleen se sacudió contra su cómodo nido de mantas, sorprendida. Sus oídos zumbaban, como si el arrebato de su hermana

hubiera sido una explosión en lugar de una exclamación. Aunque ambas eran cercanas a Juliette, la relación de Rosalind con su prima era diferente a la de ella. Rosalind y Juliette eran demasiado similares. Ambas codiciaban el papel protagónico, el derecho a tomar la decisión final. Cuando discutían, sólo una de ellas podía tener la razón.

Pero… esto no era un enfrentamiento. Esto era simplemente…

—Dios, lo siento —dijo Rosalind, su voz suavizándose de repente —. Yo… lo siento. Quiero mucho a Juliette. Sabes que es así. Sólo que… tengo miedo, ¿de acuerdo? Nosotras no tenemos la misma seguridad que ella. Lord Cai no se detendrá ante nada para descubrir quién está actuando como un traidor, y sabes que sospechará primero de los más lejanos a su propio círculo.

Kathleen se puso rígida.

—Pero no estamos en absoluto lejos de su círculo.

—Nosotras no somos Cai.

Por mucho que Kathleen odiara admitirlo, su hermana tenía razón. Poco importaba que estuvieran más relacionados con la familia cercana de los Cai que los otros primos en segundo, tercero y cuarto grado. Mientras su apellido fuera diferente, siempre existiría esa duda en la familia sobre si Rosalind y Kathleen realmente pertenecían. Ellas estaban emparentadas del lado de Lady Cai, el lado que había sido *acogido* en esta casa, no del que había sido *criado* en ella durante generaciones.

—Entonces supongo que debemos tener cuidado —musitó Kathleen —. Asegurarnos de no darles razones para la desconfianza.

Las personas como Tyler no tenían de que preocuparse. Incluso si tenía el mismo parentesco de primo hermano que ellas, él llevaba el apellido Cai. Todo lo que hiciera, todo lo que alcanzara era algo maravilloso que se reflejaba en la familia, en las generaciones de antepasados que habían levantado este emporio desde cero. En cambio, cualquier cosa de la que Kathleen y Rosalind fueran parte caería del lado de los Lang, y Kathleen no sabía absolutamente nada sobre ese aspecto de su historia familiar, salvo la abuela que visitaba apenas una vez al año.

—Sí —susurró Rosalind. Soltó un suspiro, frotándose la frente—. Está bien, debería irme. Lamento haber gritado —saltó de la cama—. Duerme un poco. *Bonne nuit.*

—Buenas noches —respondió Kathleen. La puerta ya se había cerrado. Cuando se recostó y volvió a tomar la revista, ya no pudo volver a concentrarse en la belleza de los zapatos.

Tú has escuchado los mismos rumores que yo.

—Un momento —susurró Kathleen en voz alta—. ¿*Cuáles* rumores?

Veintisiete

Juliette estaba a un pelo de explotar de impaciencia.

El aire estaba fresco esa tarde, producto de los cielos despejados y la brisa del mar. Mientras caminaba por la acera bajo la delicada sombra de los ondulantes y verdes árboles, la rodeaban los sonidos del agua circulando en una fuente y del canto de las aves: los sonidos del Asentamiento Internacional mientras aún seguía un tanto aturdido por la velada desaforada de la noche anterior, recién despertando con los rayos dorados que acariciaban sus márgenes.

Debería haber sido un momento pacífico, tranquilo. Era una lástima que ella estuviera paseando con Paul Dexter, quien todavía no le había dado ninguna información sustancial con la cual avanzar, a pesar de las horas que ya habían pasado juntos.

—Tengo una sorpresa para usted —decía ahora, embriagado con su entusiasmo—. Me encantó recibir su carta, señorita Cai. Estoy disfrutando mucho del tiempo que estamos compartiendo.

Al menos lo disfruta uno de los dos.

Era casi como si él supiera a qué juego estaba jugando ella. Cada vez que Juliette mencionaba la ocupación de su padre, el joven desviaba el tema para hablar sobre lo trabajador que era Walter Dexter. Cada vez que ella mencionaba la relación de Walter con Albarraz, Paul se adentraba en comentarios sobre el clima de Shanghái y lo terriblemente difícil que era encontrar un trabajo prestigioso. Por un breve instante, Juliette se preguntó si Paul tal vez se había enterado de cuando Juliette entró a toda prisa en una de las unidades vacunadoras y ahora sospechaba que ella intentaba abatir a

Albarraz, pero parecía improbable que esa información llegara hasta alguien tan irrelevante como Paul Dexter. También se preguntó si él habría recibido las mismas instrucciones de Albarraz que habían recibido aquellos otros comerciantes —dar muerte a Juliette por un precio acordado—, pero no podía imaginar cómo planeaba jugar su mano si ese fuera el caso. Era más probable que estuviera ocultando todo lo que sabía, simplemente para poder mantenerla a su lado por más tiempo.

—¿Una sorpresa? —Juliette repitió distraídamente—. No debería haberse molestado.

Él tenía que haberse dado por enterado que ella estaba buscando *algo*. Ése solo hecho le daba una ventaja sobre Juliette: el derecho de presionarla a su antojo. Pero no había ninguna posibilidad de que él supiera específicamente lo que ella estaba buscando, y Juliette había mantenido la mayor reserva al respecto. No era posible que él se diera cuenta de que ella conocía el papel de su padre como proveedor de Albarraz y que ella estaba detrás de cada pequeño hilo de información que los Dexter tuvieran sobre la identidad de tal sujeto.

Alguien que estaba suministrando a Albarraz la droga exacta que necesitaba para sus vacunas tenía que tener una dirección para operar. Era absurdo pensar de otra forma. ¿De qué otra manera haría las entregas Walter Dexter? ¿Dejando las drogas en determinado agujero dentro de una pared de ladrillos?

—Ah, pero lo hice —Paul se giró de repente. En lugar de caminar al lado de ella, ahora estaba dos pasos por delante, y empezaba a voltear con la mano extendida para poder mirarla. Juliette se obligó a aceptar su mano—. Le va a encantar. Está en mi casa.

Juliette se animó. Era bastante inapropiado que Paul Dexter le mostrara algo en su casa, pero era una oportunidad brillante para maximizar sus indagaciones. Que se atreva a ensayar algo desagradable. Terminaría bastante incapacitado.

—Qué emocionante —dijo Juliette.

Paul debió haber sentido que ella se animaba, porque le sonrió. De hecho, no dejó de sonreír mientras seguían caminando; ni dejó de parlotear, hablando y hablando sobre las cosas que pensaba de la ciudad, la vida nocturna, los casinos…

—¿Ha escuchado acerca de las huelgas?

El tacón de Juliette se hundió con fuerza en una grieta en la acera. Paul extendió la mano rápidamente, sujetándola del codo para evitar que se cayera, pero Juliette no pensó en agradecerle mientras observaba su expresión de amabilidad. Simplemente parpadeó,

dejando escapar una pequeña sonrisa de incredulidad.

—¿Qué sabe *usted* sobre las huelgas? —preguntó.

—Mucho, señorita Cai —respondió Paul con confianza—. Ahora existen dos tipos de comunistas: los que mueren porque son demasiado pobres para merecer la cura de Albarraz y los que están lo suficientemente enojados por este hecho y desean rebelarse.

Son demasiado pobres para merecerlo… *Qué clase de tontería…*

—Esas huelgas ocurren en las fábricas financiadas por los Escarlatas —dijo Juliette. Su voz salió demasiado tensa y ella tosió, tratando de aligerar su tono para que Paul no pensara que estaba procediendo de manera agresiva—. Todo estará bien. Lo tenemos bajo control.

—Ciertamente —concordó Paul, pero sonaba como si simplemente la estuviera complaciendo, lo cual era un insulto en sí mismo—. Ah, ya llegamos.

Mientras Paul se detuvo frente a una puerta alta y presionó un botón alertando a alguien dentro de la casa para que retirara la cerradura de la puerta exterior, Juliette afinó la mirada para ver a través de los barrotes. La casa estaba lo suficientemente escondida para que no se viera nada alrededor, salvo colinas y colinas de verde césped.

—¿Su padre no está en casa? —preguntó Juliette.

—No. Está en una reunión —respondió Paul—. Después de todo el alquiler no se va a pagar por su propia cuenta.

La puerta se abrió, resonando con un firme clic. Paul le ofreció el brazo.

—En efecto —murmuró Juliette. Era obvio que el alquiler no se *estaba* pagando por su propia cuenta. Entonces, ¿cuánto dinero podría estar ganando un comerciante para tener con qué pagar esto, y cómo pudo haber amasado tanto dinero en tan poco tiempo? Otras casas a lo largo de este camino estaban ocupadas por banqueros, lugartenientes adinerados y diplomáticos acomodados. Walter Dexter había entrado en Shanghái lo suficientemente desesperado como para suplicar una audiencia a la Pandilla Escarlata. Se había infiltrado en el club *burlesque* con un traje que exhibía una pequeña desgarradura en la manga. Era claro que no había comenzado en esta casa. Ciertamente no había entrado en esta ciudad ya forrado en dinero.

Y, sin embargo, la evidencia que tenía ante ella decía lo contrario.

Pasaron junto a las estatuas instaladas en el césped, representaciones de diosas y duendes apiladas unas sobre otras, rostros melancólicos y reluciente piel de mármol. La puerta de entrada

principal, que Paul abrió para ella, estaba grabada en chapa de oro, y sobresalía en comparación con las otras entradas y con las escaleras exteriores que enmarcaban la casa.

—Es hermoso —dijo la joven en voz baja.

Hablaba en serio.

Juliette atravesó el vestíbulo y entró en una sala de estar circular; sus zapatos resonaban ruidosamente sobre el duro suelo y llamaron la atención de la servidumbre que doblaba la ropa de cama. Al ver a Paul, recogieron sus cosas y se apresuraron a salir, intercambiando miradas de complicidad. Ninguno de los sirvientes se molestó en cerrar las pintorescas puertas al costado de la sala: planchas de madera enmarcadas por macetas de flores que daban paso a un amplio patio trasero. Se abrieron de par en par, permitiendo que entrara con toda libertad una fuerte brisa, ondeando sobre las cortinas blancas de gasa de una manera que a Juliette le hacía pensar en el vuelo de las bailarinas.

Paul se apresuró hacia las puertas y las cerró. Las cortinas dejaron de moverse, revoloteando hasta detenerse tristemente. Permaneció allí un segundo más de lo necesario, mirando hacia su jardín, sus ojos brillaban con la luz del exterior. Juliette se acercó a él, respirando profundamente. Estando en este lugar, si se esforzaba lo suficiente, casi podía olvidar cómo eran las calles de Shanghái. Podría estar en cualquier otro sitio. La Inglaterra rural o tal vez el sur de Estados Unidos. El aire tenía un aroma muy dulce. La vista era bastante agradable.

—Magnífico, ¿no? —Paul preguntó suavemente—. *El sol de septiembre, menos cálido, si no menos brillante…*

—Estamos lejos de la cordillera de Colorado, señor Dexter —respondió Juliette, identificando la novela a la que hacía referencia esa cita.

Paul dio un salto, incapaz de ocultar su sorpresa. Luego sonrió y dijo:

—Brillante. Absolutamente brillante. Para ser una mujer china, su inglés es extraordinario. No encuentro rastro de acento.

Juliette puso una mano sobre una de las puertas. Cuando presionó, sintió que el frío del delicado vidrio se filtraba en sus huesos.

—Tengo acento norteamericano —respondió ella con un tono frío de voz.

Paul ignoró su comentario.

—Sabe a lo que me refiero.

¿Lo sé?, habría querido responderle. *¿Valdría menos si tuviera el*

acento de mi madre, el de mi padre y el de todos aquellos en esta ciudad que se vieron obligados a aprender más de un idioma, a diferencia de usted?

Pero guardó silencio. Paul aprovechó la oportunidad para tomarla del codo y llevarla a conocer el resto de la casa, hablando emocionado de la sorpresa que se acababa de llevar. Recorrieron los largos pasillos, pasando junto a pinturas surrealistas que colgaban de las paredes blanco perla. Juliette estiraba el cuello en distintas direcciones, tratando de inspeccionar el interior de las habitaciones que apenas alcanzaba a vislumbrar, pero caminaban demasiado rápido para que ella pudiera dedicarles un buen vistazo.

Resultó ser que Juliette no tenía por qué preocuparse en buscar el espacio de trabajo de Walter Dexter. Paul la condujo directamente hacia él. Entraron en un gran espacio de oficina —probablemente el cuarto más grande de toda la casa—, con pulido piso de madera y estanterías altas en las paredes. Aquí el aire se sentía diferente: más turbio, más húmedo, como resultado de las ventanas selladas y las gruesas cortinas. La mirada de la joven se dirigió primero al escritorio gigantesco, donde se veían una gran cantidad de archivos, así como pilas sobre pilas de papeles.

—Hobson —llamó Paul—. ¡Hobson!

Un mayordomo apareció detrás de ellos: era chino, vestido con un atuendo occidental. De ninguna manera su verdadero apellido podía ser Hobson. A Juliette no le habría sorprendido que Paul simplemente le hubiera asignado este nombre porque no deseaba pronunciar su nombre chino.

—¿Señor?

Paul hizo un gesto al interior de la habitación, al área espaciosa frente al escritorio donde había una alfombra gris de forma ovalada y, encima de ésta cuatro caballetes con cuatro lienzos grandes, cubiertos por un burdo paño de lana.

—¿Harías los honores?

Hobson hizo una reverencia. Entró en la habitación, con la espalda recta y las manos enguantadas dispuestas al frente. Cuando retiró el paño, el tejido de los lienzos hacía juego con sus guantes.

Juliette miró los cuatro lienzos.

—Oh… *santo*…

—¿Le gustan?

Cada lienzo era una pintura de ella: dos cuadros eran un estudio de sus rasgos faciales y los otros dos incluían también algún paisaje, situándola en un jardín o en lo que podría haber sido la hora del té

más solitaria del mundo. Juliette no sabía qué era más espantoso: el hecho de que Paul pensara que se trataba de un regalo que a ella le encantaría recibir, o que en realidad había gastado en esto el sucio dinero suministrado por Albarraz. Ni siquiera sabía qué decir, excepto:

—Mi nariz no es tan aguileña.

Paul se echó hacia atrás, muy levemente.

—¿Cómo dice?

—Mi nariz —Juliette liberó el codo de la mano de él y se giró hacia las ventanas de paneles, para que pudiera ver su perfil lateral— es bastante plana. Soy hermosa de frente, lo sé, pero mi perfil lateral deja mucho que desear. Me ha dado usted demasiado crédito.

Hobson empezó a doblar la tela. El sonido se percibía demasiado insolente en medio del silencio abrupto que se había instalado en la habitación. Los labios de Paul quedaron entreabiertos, vacilantes: finalmente, por primera vez en todo el día, percatándose de la actitud de Juliette. Esto no era lo ideal. Se suponía que ella debería estar ganándose la confianza del joven, no haciéndola pedazos, sin importar lo repulsivo que pudiera parecerle él. Rápidamente se dirigió nuevamente hacia Paul, radiante.

—Pero me siento increíblemente halagada. Que amable de su parte. ¿Cómo podría agradecerle un regalo semejante?

Paul aceptó su oferta de tratarse amablemente. Inclinó la cabeza, complacido de nuevo, y dijo:

—Oh, es un placer para mí. Hobson, empaca los cuadros y envía a alguien para que los lleve a la casa de la señorita Cai, ¿serías tan amable?

Juliette anticipaba el momento en que arrojaría los lienzos en el ático para no volver a verlos nunca más. O tal vez debería prender fuego a esas cosas horrorosas. Si Rosalind los veía, nunca iba a permitir que Juliette los olvidara.

—¿Continuamos nuestro paseo, entonces?

Juliette se sobresaltó. Si salían en este momento de la oficina de Walter, ¿podría encontrar el momento de volver sin ser vista? La casa estaba llena de servidumbre y no dudaba que alguien pudiera delatarla de encontrarla merodeando.

Hobson se aclaró la garganta, dando a entender que pasaría junto a Juliette con uno de los lienzos en los brazos. Distraídamente, todavía contemplando sus opciones con los retratos, Juliette dio un paso atrás y le abrió camino, su espalda presionando la fría columna de madera detrás de ella. Hacía mucho calor en esta parte de la casa de los Dexter. Era una calidez antinatural.

Al tiempo que Hobson salía, Juliette tuvo un momento de inspiración.

—Todas estas emociones —dijo Juliette de repente, colocando una mano en su frente—. Yo… —fingió un desvanecimiento. Paul se apresuró a atraparla. Fue lo bastante rápido para evitar que se golpeara contra el suelo, pero ya en ese momento ella había adoptado una postura como si estuviera desmadejada, con las rodillas dobladas.

—Señorita Cai, ¿se encuentra…?

—Es simplemente el calor. Se me sube a la cabeza —aseguró Juliette sin aliento, calmándolo—. ¿Tiene bálsamo de tigre? Por supuesto que no, los británicos no tienen ni idea de nuestras medicinas. Estoy segura de que uno de los sirvientes de su casa debe saber de lo que estoy hablando. ¿Podría conseguirme un poco?

—Por supuesto, por supuesto —balbuceó Paul rápidamente. Agobiado por las circunstancias, la dejó con suavidad en una postura cómoda y salió a toda prisa de la habitación.

Juliette se incorporó de inmediato.

—En verdad se me está haciendo un hábito el husmear en los escritorios de otras personas —murmuró para sí. Con el tictac de la cuenta regresiva en marcha, revolvió los archivos, sus ojos buscando cualquier mención a Albarraz. Encontró decenas de tarjetas telefónicas, docenas de cartas que contenían información de contactos, pero no había factura alguna con el nombre buscado, ni nada que tuviera que ver con el lernicrom. Desde luego todavía estaba tratando de vender la droga, pero entonces, ¿dónde estaba la evidencia?

No había tiempo para seguir cavilando. Los pasos se aproximaban por el pasillo.

Maldiciendo en voz baja, Juliette ordenó las pilas de archivos, luego regresó al lugar donde se había derrumbado, apoyándose en los codos. No miró hacia arriba cuando Paul apareció ante ella, fingiendo estar demasiado mareada para levantar la cabeza más de unos centímetros por encima del suelo.

—Pido disculpas por la tardanza —resopló Paul—. Abordé a Hobson y le exigí este elusivo bálsamo de tigre, pero no fue receptivo a mi urgencia. Dijo que ya había acomodado algunos recipientes dentro de mi maletín la semana pasada cuando me quejé de dolor de cabeza. Tuve que ir a buscarlo.

Dos clics resonaron en la habitación. Juliette echó un vistazo a través de sus pestañas oscuras y entrecerradas y vio a Paul escarbar en medio del desorden dentro de su maletín. Mientras metía la mano en uno de los bolsillos superiores, murmurando cuando sus dedos se

atascaron en ese reducido espacio, Juliette pudo vislumbrar los registros comerciales que yacían en el fondo, facturas de entrega marcadas con una letra tan pequeña que fue un milagro que sus ojos captaran la leyenda: ATENCIÓN: ALBARRAZ.

Juliette apenas pudo contener un grito ahogado. Probablemente Paul interpretó el sonido que emitió como una señal de gratitud, porque en el acto abrió el frasco y palpó con cuidado el bálsamo, untándose una cantidad suficiente en su dedo para llevarlo a la sien de ella.

Al menos él conocía lo suficiente sobre este bálsamo como para saber dónde se suponía que debía aplicarse. Sus dedos estaban terriblemente fríos.

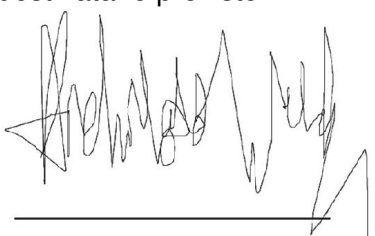
—Gracias —dijo Juliette. Obligó a sus ojos a errar de un lado a otro, de modo que Paul no percibiera cuál era realmente el centro de su atención—. Me siento mucho mejor. ¿Me regalaría un vaso con agua? Me sentiré mucho mejor cuando pueda hidratarme.

Paul asintió profusamente y salió corriendo nuevamente, esta vez dejando a sus espaldas el maletín abierto.

Juliette arrebató los registros comerciales.

Factura #10092A
23 de septiembre de 1926
atención: albarraz
10 cajas — lernicrom

La firma a continuación certifica la responsabilidad en nombre del firmante de que él asegurará el traslado del producto restante al destinatario previsto.



Distribuidor: Archibald Welch

—Archibald Welch —musitó Juliette. Nunca antes había escuchado el nombre. Pero la factura en sus manos le permitía ver con la claridad del día que este hombre tenía contacto personal con Albarraz, ejerciendo como intermediario entre Walter Dexter y él. Dio un rápido vistazo a cada hoja en la pila, descubriendo que todas se atribuían

fechas diferentes, con diversas cantidades de cajas, pero con la misma firma al calce. No era lo mismo que encontrar directamente el domicilio de Albarraz, pero al menos ya estaba un paso más cerca.

Juliette acomodó cuidadosamente los registros. Paul volvió con un vaso de agua en la mano.

—¿Cómo se siente? —preguntó. Le dio el vaso y la vio tomar un sorbo—. ¿Ya se siente más despejada?

Sonriendo, Juliette dejó el vaso sobre la mesa.

—Oh —dijo con recato—. Ahora todo se está aclarando.

—Vuelves tarde a casa.

Juliette arrojó el abrigo sobre la cama y luego ella misma también se dejó caer haciendo vibrar la base con su peso. Kathleen estuvo a punto de ser empujada al suelo desde la cómoda posición en la que se había colocado a los pies de la cama. Le lanzó a su prima una mirada malévola mientras la base dejaba de cimbrar, pero era sabido que las miradas de Kathleen nunca parecían sinceras.

—*Vuelvo* a salir en media hora —Juliette se quejó y se tapó los ojos con el brazo. Apenas un segundo después, lo retiró con rapidez, frotando los restos de maquillaje al hacerlo con una mueca, pues sabía que se había manchado las pestañas con el maquillaje—. ¿Dónde está Rosalind?

Kathleen apoyó la barbilla en la mano.

—La necesitaban de nuevo en el club.

Juliette frunció el ceño.

—¿Más extranjeros?

—Los franceses se están inquietando con esta locura —respondió Kathleen—, y si no pueden hacer nada al respecto, fingirán que están siendo útiles pidiendo continuamente reunirse para discutir cuál será su siguiente paso.

—No *hay* un siguiente paso —dijo con sequedad Juliette—. Al menos no de parte de ellos. A no ser que deseen movilizar sus ejércitos contra un monstruo que acecha en las sombras de Shanghái.

Kathleen suspiró a modo de respuesta. Pasó a la página siguiente de su revista de moda.

—Por cierto, tu padre vino hace un rato a buscarte.

—¿Ah? —dijo Juliette—. ¿Bàba quería algo?

—Dijo que simplemente estaba viendo cuántas personas había en casa —Kathleen hizo un gesto brusco—. Está nervioso por el espía de los Flores Blancas. Parece que está contemplando desalojar a algunos parientes lejanos.

—Bien —murmuró Juliette.

Kathleen puso los ojos en blanco y luego extendió la mano. Juliette pasó los dedos por los de su prima, sintiéndose al instante menos agobiada, la tensión en su cuerpo suavizándose.

—¿Todavía estás siguiendo a los comunistas? —preguntó Kathleen.

—No, nosotros… —Juliette hizo una pausa, su pulso latiendo desbocado. Rápidamente, corrigió—: *Estoy* esperando más confirmación antes de levantar alguna acusación.

Kathleen asintió.

—Me parece lo correcto—. Con la otra mano pasó una página de su revista. Cuando había pasado tres y Juliette no había dicho nada más, optando por mirar al techo, Kathleen arrugó la nariz.

—¿Qué sucede contigo?

—Estoy tratando de organizar mentalmente mi tiempo —respondió con ironía Juliette. Retiró la mano y se giró, entrecerrando los ojos al ver el tictac del pequeño reloj de su tocador—. Necesito un favor.

Kathleen cerró su revista.

—Cuéntame.

—Necesito toda la información posible sobre un hombre llamado Archibald Welch. Necesito saber cómo encontrarlo.

—¿Y hay alguna razón en particular? —preguntó Kathleen; mientras preguntaba ya se estaba levantando de la cama para tomar el abrigo cercano.

—Él puede conocer la verdadera identidad de Albarraz.

Kathleen se ciñó el cuello de su abrigo y luego acomodó el cabello que se había enredado en el interior de éste.

—Enviaré un mensajero con cualquier cosa que encuentre. ¿Lo necesitas antes de tu reunión?

—Sería lo ideal.

Kathleen fingió una reverencia. Volteó rápidamente, su objetivo ya en la mira, pero justo cuando alcanzaba la puerta, Juliette le gritó:

—Espera.

Kathleen hizo una pausa.

Pasó un segundo. Juliette se sentó más erguida y se llevó las rodillas al pecho.

—Gracias —dijo, su voz súbitamente temblorosa—. Por permanecer a mi lado. Incluso cuando desapruebas. *Incluso cuando mis manos están manchadas de sangre.*

Kathleen casi parecía estar divirtiéndose. Lentamente, regresó a la habitación y se acurrucó delicadamente junto a su prima.

—Tengo la sensación de que piensas que siempre estoy juzgando

duramente todo lo que haces.

Juliette se encogió de hombros. Con vehemencia, preguntó:

—¿Y no es así?

—Juliette, por favor —Kathleen se levantó de su posición en cuclillas y optó por sentarse junto a su prima—. ¿Recuerdas a la amiga de Rosalind? ¿La tipa desagradable?

Juliette no estaba segura de hacia dónde se dirigía la conversación, pero de todos modos buscó en su memoria, examinando los pocos amigos que recordaba que Rosalind había tenido.

No encontró resultados.

—¿Esto fue antes de que viajáramos todos a Occidente o fue la primera vez que regresé?

—La primera vez que regresaste. Rosalind ya trabajaba en el club.

Por la expresión congestionada de Juliette, Kathleen supuso que no recordaba a esa persona.

—Su nombre era el de una piedra preciosa —Kathleen seguía intentándolo—. No puedo recordar exactamente cuál era … ¿Rubí? ¿Zafiro? ¿Esmeralda?

Súbitamente la respuesta acudió. Juliette dejó escapar una risa reprimida, y luego Kathleen —a pesar de que trataba de mantener apretados los labios— también se rio, aunque el recuerdo no era en absoluto algo para tomar a broma.

—Amatista —dijo Juliette—. Era Amatista.

Amatista era al menos cinco años mayor que todas ellas, y Rosalind adoraba el suelo que ella pisaba. Toda una estrella de piernas largas en el escenario, quien entrenaba a Rosalind para convertirla en el próximo diamante.

Amatista también sacaba a Kathleen de sus casillas. Siempre estaba diciéndole que comprara esas cremas blanqueadoras, que vistiera un nuevo qipao, acercándose cada vez más al terreno de las insinuaciones más ofensivas…

Hasta el día en que Kathleen finalmente explotó.

—¡Juliette! —recordó a su prima gritando desde la parte trasera del club *burlesque*—. ¡Juliette!

—¿*Qué* está pasando? —había murmurado Juliette, abandonando su mesa y moviéndose en dirección al llamado de Kathleen. Finalmente se había deslizado en el camerino de Rosalind, y aunque ella no estaba por ningún lado, sí que estaba Kathleen, recorriendo el camerino arriba y abajo, vigilando una figura desplomada que estaba tendida en el suelo.

—Creo que está muerta —gritó Kathleen—. Trató de sujetarme, así

que la empujé y se golpeó la cabeza y…

Juliette hizo un gesto con la mano para que su prima dejara de hablar. Se arrodilló en el suelo y puso una mano en el cuello de Amatista. Había un poco de sangre saliendo de la sien de la joven, pero su pulso palpitaba saludablemente.

—¿Y cómo terminó aquí? —preguntó Juliette—. ¿Te siguió?

Kathleen asintió.

—Me enojé mucho. ¡Solo me estaba defendiendo! No quise…

—Tranquila, silencio, todo está bien —dijo Juliette, poniéndose en pie—. Me preocupa más el grito tan escandaloso que diste para que viniera…

La puerta del camerino de Rosalind se abrió de par en par. Otras dos bailarinas irrumpieron, con Rosalind detrás. Inmediatamente las chicas, gritando de preocupación, se precipitaron junto a Amatista, tendida en el suelo.

—¿Qué pasó? —Rosalind preguntó, horrorizada. Las dos bailarinas miraron inmediatamente a Kathleen. Kathleen miró a Juliette. Y en ese momento, mientras Juliette y Kathleen intercambiaban una mirada, se abrió paso con claridad una comprensión: sólo una de ellas estaría siempre segura. La otra no.

—Amatista debería aprender a ocuparse de sus propios asuntos —dijo Juliette—. La próxima vez la golpearé más fuerte.

Una de las bailarinas parpadeó.

—¿Perdón?

—¿Tengo que volverlo a decir? —dijo Juliette—. Quítenla de mi vista. Mejor aún, sáquenla de este club. No quiero volver a ver su cara.

Rosalind se quedó boquiabierta.

—Juliette…

No importó qué tanto se esforzó Rosalind en defender a Amatista. Con un gesto de la mano de Juliette, en cuestión de segundos, la chica fue escoltada fuera del club, aún inconsciente.

—Hasta el día de hoy —dijo ahora Juliette—, Rosalind todavía piensa que ataqué a Amatista sin ninguna razón. Nunca tuvimos el valor para decirle que su amiga era espantosa, incluso después de que envió un mensaje de que no regresaría a bailar al club.

—No creo que nadie sea lo suficientemente valiente para volver a su lugar de trabajo después de que la heredera de los Escarlatas lo haya expulsado.

—Ah, *pff*. He amenazado a mucha gente en esta ciudad. No ves a todos salir corriendo a casa empapados en lágrimas.

Kathleen puso los ojos en blanco, pero se sintió bondadosa.

Extendió una mano y la colocó sobre el brazo de Juliette.

—Escúchame, biǎomèi—dijo Kathleen en voz baja—. Tú y Rosalind son mi única familia. La única familia que importa. Así que, *por favor*, deja de agradecerme a cada segundo como si yo fuera una maldita occidental. Yo nunca te juzgaré. No podría hacerlo. Siempre estaré de tu lado, pase lo que pase —volvió a comprobar la hora y luego se levantó, sonriendo—. ¿Te queda claro?

Juliette sólo pudo asentir.

—Te haré llegar una nota lo antes posible.

Y al decir eso, Kathleen se levantó y salió, apresurándose hacia su destino antes de que el sol se ocultara por completo. La habitación quedó en silencio, escuchándose solamente el sonido de las manecillas del reloj y la suave y agradecida exhalación de Juliette.

—Gracias —Juliette susurró de cualquier manera en la habitación vacía.

Veintiocho

Roma había elegido un asiento en la parte trasera de la sala de espectáculos, en una mesa larga desde la cual veía ir y venir cada par de segundos a los visitantes del Gran Mundo. Ellos bebían a grandes sorbos su trago, lo depositaban de golpe sobre alguna mesa y luego volvían a ser arrastrados entre la audiencia del espectáculo que se desarrollaba al frente. Eran rápidos y feroces, y definitivamente su sistema estaba atiborrado de una docena de drogas diferentes.

En contraste, Roma debía tener un aspecto de total control mientras bebía de su vaso y aguardaba. Su sombrero estaba inclinado sobre el rostro, evitando que las personas alrededor pudieran observarlo demasiado detenidamente. Si llegaran a reconocerlo, empezarían las murmuraciones acerca de haber visto a Roma Montagov contemplando a las chicas que golpeaban el escenario con sus altos tacones, con vestidos cuya abertura llegaba hasta las axilas: Dios sabe cómo reaccionaría su padre ante eso. Le había advertido a Roma sobre el Gran Mundo desde que era apenas un niño, le había advertido sobre lugares como éstos —lugares que palpitaban de vida, espectáculos para el entretenimiento combinados con la astucia china —, que corromperían la mente más rápidamente que el opio. Aquí, los visitantes malgastaban su salario y cambiaban comida por olvido. Por mucho que se despreciara el Gran Mundo, seguía siendo un indicativo del éxito. Los que trabajaban en las fábricas de Nanshi no ganaban lo suficiente con el salario de un día para comprar siquiera un boleto de admisión.

Roma suspiró y dejó su bebida sobre la mesa. Con el rostro oculto,

la única persona que podría encontrarlo entre las masas ebrias y los estridentes visitantes sabía exactamente cómo buscar.

—Hola, forastero.

Juliette se deslizó en el asiento diagonal, acomodándose un mechón de cabello suelto, mezclándolo con sus rizos. No le importaba que la identificaran aquí, en el Gran Mundo. Sólo necesitaba cuidarse de que no la vieran con el heredero de los Flores Blancas.

Roma mantuvo la mirada fija en el escenario. Ahora estaban acomodando la cuerda floja. Se preguntó cuántos huesos se habrían roto en este lugar.

—Toma un trago —dijo, empujando en dirección de ella su copa casi llena.

—¿Está envenenado?

Al escuchar eso, Roma la miró con brusquedad, horrorizado.

—*No.*

—Perdiste la oportunidad, Montagov —Juliette se llevó la copa a los labios pintados de carmín. Tomó un sorbo—. Deja de mirarme.

Roma apartó la mirada.

—¿Encontraste algo? —preguntó.

—Aún está por saberse, pero —respondió, examinando su reloj de bolsillo; Roma no estaba seguro de dónde lo había sacado ella, ya que su vestido no parecía tener bolsillos—: Puede que tenga algo en un par de minutos. Empieza tú primero.

Roma estaba demasiado exhausto para discutir. Si los gánsteres de esta ciudad estuvieran constantemente tan cansados como él, la lucha de clanes se detendría por completo en el lapso de la próxima hora.

—Son uno solo y la misma cosa —dijo Roma—. El monstruo. La locura. Si encontramos al monstruo, detendremos la locura.

Le contó todo lo que habían visto y le habían contado. Y lo que de ello había deducido.

—Eso equivale a una confirmación —exclamó Juliette. Al notar el volumen que había tomado su voz, miró a su alrededor y luego dijo en un susurro—: Debemos actuar…

—Sólo se le ha visto saliendo de su departamento —dijo Roma—. Nadie ha visto al propio Zhang Gutai dándole órdenes.

—Si el monstruo fue visto donde vive Zhang Gutai, él *debe* estar controlándolo —Juliette no iba a permitir argumentos en contra de esto. Clavó un dedo sobre la mesa—. Roma, piénsalo. Piensa en todo lo demás. Esta locura sigue creciendo en oleadas, y en cada marea siempre es un grupo grande el que muere *primero* antes de que los insectos se dispersen por la ciudad. Los gánsteres que están en los

puertos. Los Flores Blancas en un barco. Los franceses en medio de una cena. Los hombres de negocios fuera de El Bund.

Roma no podía negarlo.

—Parece que siempre son los gánsteres o los comerciantes los blancos iniciales.

—¿Y quién más querría que estos grupos específicos murieran? —Juliette prosiguió—. ¿Quién más eliminaría a los capitalistas de esta forma? Si Zhang Gutai es el responsable, si tiene las respuestas para *detener* todo esto, entonces ¿por qué perderíamos el tiempo en otras ramificaciones de investigación…

—Pero es inútil si él no habla…

—¡Lo haremos hablar! —enfatizó Juliette—. Le ponemos un maldito cuchillo en la garganta. Lo torturamos para que escupa respuestas. Todavía no hemos agotado todas las opciones con él…

—Él es un *comunista* —se estaba volviendo cada vez más difícil no girarse hacia Juliette mientras discutían. Había algo instintivo en ponerse frente a ella, de la misma forma en que todos los seres vivos cambian el punto de atención cuando se produce un sonido estridente —. Lo han entrenado para guardar secretos y llevarlos a la tumba. ¿Crees que le teme a la muerte?

¿De qué servía una amenaza si no pretendías llevarla a cabo? Si ellos dos querían que él les entregara al monstruo, que les diera una forma de detener el caos que estaba causando con la contagiosa locura, entonces dar muerte a Zhang Gutai no haría más que destruir cualquier posibilidad de salvación de la ciudad. ¿Cómo podrían amenazar de manera convincente con eliminarlo si realmente no deseaban hacerlo?

—Si él es el único que puede llevarnos al monstruo —continuó diciendo Roma—, no me arriesgaré a poner en peligro esa pista. Puede que prefiera suicidarse antes que hablar. No arriesgaré la vida de Alisa en una apuesta de esa naturaleza.

Juliette apretó los labios. No estaba contenta: él podía notarlo. Y también habría continuado protestando si un Escarlata no se le hubiera acercado en ese momento, susurrándole algo al oído.

Roma se puso rígido, apartó la mirada y se bajó el sombrero. Era imposible escuchar lo que decía el Escarlata por encima del ruido en el amplio salón, por encima del griterío de la audiencia, por encima del tintineo de vasos y del estallido de minifuegos artificiales que explotaban en el escenario. Por el rabillo del ojo, observó cómo el Escarlata le pasaba una gran carpeta de color beige y una nota más pequeña. Con un gesto de aprobación de parte de Juliette, el Escarlata

salió del lugar, dejándola a sus anchas para que le echara un vistazo a la nota. Satisfecha, la joven buscó en el archivo y sacó los papeles que contenía. Si Roma estaba leyendo correctamente el texto a lo largo del costado, decía: POLICÍA DE SHANGHÁI, ARCHIVO DE ARRESTOS, ARCHIBALD WELCH.

—Todavía tenemos opciones —dijo Roma, cuando parecía seguro continuar su conversación—. Albarraz podría decirnos exactamente lo que deseamos saber, podría darnos la cura que buscamos. Si no lo hace, sólo entonces deberíamos recurrir a torturar a Zhang Gutai para que nos diga cómo detener a su monstruo. ¿De acuerdo?

Juliette suspiró.

—Muy bien. Entonces, es mi turno de divulgar mis hallazgos.

Deslizó el archivo sobre la mesa. Se movió veloz, avanzando suavemente por la superficie plana hacia Roma hasta que éste lo frenó con un manotazo.

—Archibald Welch —leyó Roma en voz alta, confirmando lo que creía haber vislumbrado. Una foto de una ficha policial lo miraba fijamente: un recorte en blanco y negro de un hombre que miraba al frente de forma neutra y con una cicatriz feroz que marcaba una línea desde la frente hasta la comisura del labio—. ¿Quién es?

Juliette se levantó de su asiento y le hizo un gesto a Roma para que salieran.

—El único repartidor que tiene la dirección de Albarraz. Y si su historial de arrestos es un indicio, él frecuenta todos los jueves el lugar más peligroso de Shanghái.

Roma arqueó una ceja.

—Hoy es jueves.

—Precisamente.

A pesar de sus esfuerzos por librarse de ello, Benedikt terminó sentado en una azotea frente al departamento de Zhang Gutai, empezando ahora su tercera hora de vigilancia.

El frío iba en aumento. Accidentalmente también había metido el pie en un charco mientras subía, así que estaba haciendo su trabajo acurrucado en una extraña posición, medio agachado, con deseos de tomar un descanso, pero sin querer esparcir más la mancha de humedad en sus pantalones…

Marshall se había reído de lo ridículo que se veía Benedikt. Parecía que no podría detenerse. Pero al menos la risa era preferible al silencio. Al menos, la alegría de Marshall por el contratiempo de Benedikt era una señal de que debían olvidar la extrañeza que había florecido entre ellos cuando estaban en el callejón.

—Oye —advirtió Marshall de repente, sacando a Benedikt de su modorra—. Alguien entra.

Benedikt se enderezó de su ridícula posición y se apresuró a acercarse al borde del techo. Se sumó a Marshall, aguzando la mirada.

—Es otro extranjero —confirmó Benedikt, echándose hacia atrás con un suspiro. Desde la ubicación que habían elegido, tenían una vista perfecta de las puertas corredizas que separaban la sala de estar de Zhang Gutai de su minibalcón. Éste era apenas lo suficientemente grande para que cupieran dos macetas de flores, pero las puertas de vidrio eran lo suficientemente anchas para permitir que Benedikt y Marshall tuvieran una vista completa de los extranjeros que iban y venían a cada hora. Era un misterio. Zhang Gutai ni siquiera estaba en casa. Sin embargo, los extranjeros continuaban acudiendo a la puerta principal, desde donde eran conducidos a la sala por un hombre que rondaba entre la mediana y la tercera edad: Qi Ren, asistente de Zhang Gutai —si el informe proporcionado por Roma era correcto—, para tomar té durante unos minutos y marcharse poco después. Los edificios de este distrito estaban construidos lo suficientemente cerca como para que cuando el viento no aullaba muy fuerte, Benedikt pudiera aguzar el oído y captar fragmentos de la conversación que se desarrollaba dentro de la sala.

El inglés de Qi Ren no era muy bueno. Cada dos palabras, pasaba al chino y luego comenzaba a murmurar sobre lo mucho que le dolía la espalda. Los extranjeros, algunos estadounidenses, otros británicos, intentaban hablar de política o de la situación de Shanghái, pero como ninguno de ellos lograba llegar a ninguna parte, no era de extrañar que se fueran tan pronto.

¿Por qué Zhang Gutai designaría a su asistente para que se ocupara de estas reuniones? Pareciera como si todos los visitantes quisieran algo del Partido Comunista. Qi Ren se mostraba indiferente de lo que estaban hablando. No tomaba notas para comunicarle a Zhang Gutai ni nada por el estilo.

En aquel momento, el extranjero que había entrado ya estaba en pie, alistándose para marcharse cuando Qi Ren comenzó a adormecerse, a mitad de la frase. El extranjero blanco, entrecerrando los ojos, salió por la puerta y desapareció en el interior del edificio para bajar por las escaleras de caracol.

—¿Te diste cuenta de aquello? —preguntó Marshall.

Benedikt giró hacia él. No habló por un instante. Luego preguntó:

—¿Darme cuenta de qué?

—Honestamente, Ben, estás aquí bastante meditabundo mientras

yo presto toda la atención —dijo Marshall, fingiendo que le endilgaba un regaño. Apuntando la barbilla en dirección al edificio, continuó—: Se presentó como un funcionario designado por la Concesión Francesa. Perteneciente a la Pandilla Escarlata. Esto es territorio de los Flores Blancas. ¿Le damos una paliza?

No era una pregunta seria; ahora no tenían tiempo para buscarse problemas en las calles. Pero aquello le dio a Benedikt una idea para discernir exactamente lo que habían estado presenciando toda la tarde.

—¡Quédate aquí! —le dijo a Marshall.

—Espera. ¿En verdad vas a darle una golpiza? —Marshall le preguntó con los ojos muy abiertos—. ¡Ben!

—¡Quédate aquí! —repitió el otro por encima del hombro.

Benedikt avanzó con rapidez, temiendo perder al francés angloparlante. Afortunadamente, cuando dobló la esquina para llegar al frente del complejo de departamentos de Zhang Gutai, aquel hombree acababa de salir, y se ocupaba en acomodarse los botones del chaleco.

Benedikt sujetó al hombre y lo arrastró a un callejón cercano.

—¡Oiga!

—Quédese callado —espetó Benedikt—. ¿Qué viene a hacer en el territorio de los Flores Blancas?

—No le voy a… —empezó a decir entre dientes el hombre—. Quíteme las manos de encima.

Por un breve instante, Benedikt se preguntó si la gente que entraba y salía del departamento tenía algo que ver con el asunto de los monstruos. ¿Podría ser que todos fueran guardianes de la criatura, que le pasaban informes en código a Qi Ren? Pero echó un vistazo a este francés y descartó la idea. Hombres como éste no podrían armar una conspiración tan intrincada.

Benedikt extrajo un cuchillo del cinturón de sus pantalones y lo apuntó al francés.

—Le hice una pregunta.

—Los negocios que yo tenga con Zhang Gutai no son de su incumbencia —respondió el hombre con aspereza. No estaba tan asustado como debería estarlo. Algo cambiaba en esta ciudad.

—Está en territorio de los Flores Blancas. Zhang Gutai no puede salvarlo aquí.

El francés se rio burdamente. Era como si ni siquiera notara que la punta del acero apuntaba a su pecho. Para él, su traje perfectamente planchado era tan efectivo como una armadura.

—Podríamos invadir toda esta ciudad si quisiéramos —dijo ásperamente—. Podríamos hacer que este país firmara otro tratado, que entregara toda esta tierra. Sólo nos abstenemos porque…

—¡Oigan! —un policía hizo sonar su silbato desde el otro extremo del callejón—. ¿Qué está pasando allá?

Benedikt retiró el cuchillo. Señaló con la barbilla al francés.

—Largo.

El francés carraspeó y se marchó. Satisfecho de que no hubiera ningún altercado que requiriera su intervención, el policía también se alejó. Benedikt permaneció en el callejón ardiendo en silenciosa cólera. Esto nunca hubiera sucedido hace unos meses. Los funcionarios del Asentamiento, los comerciantes, los extranjeros, todos ellos habían cobrado confianza sólo porque las pandillas se estaban debilitando. Porque la locura se estaba llevando a su gente en grandes números, colapsando los enlaces y perforando agujeros en su estructura.

Todos eran buitres: los británicos y los franceses y todos los otros recién llegados. Planeando por encima de la ciudad y esperando la carnicería para poder atiborrarse hasta quedar repletos. Los rusos habían llegado a este país y se habían fusionado internamente, deseosos de aprender la manera en que funcionaban las cosas y hacerlo mejor. Estos extranjeros habían llegado y se habían burlado del modo en que operaba el crimen. Observaron las piezas que se fracturaban lentamente ante sus propios ojos y sabían que sólo tenían que esperar a que la locura se llevara a sus víctimas, esperar a que las facciones políticas dividieran esta ciudad justo lo suficiente para que llegara el momento de tomar el mando. Ni siquiera tenían que realizar sus propias matanzas… Solo debían esperar.

Benedikt sacudió la cabeza con pesadumbre y salió velozmente del callejón.

—¿Descubriste algo interesante? —Marshall preguntó cuando su colega regresó.

Benedikt negó con la cabeza. Se alisó con las palmas de las manos los pantalones húmedos y se agachó.

—¿Viste algo interesante?

—Bueno —comentó Marshall—, no hay avistamientos de monstruos. Pero en medio de un espantoso aburrimiento por tu ausencia, me di cuenta… —señaló adelante, dejando que Benedikt lo viera por sí mismo.

—¿Qué se supone que debo estar mirando?

Marshall chasqueó los labios, luego extendió la mano para girar

físicamente la cabeza de Benedikt, cambiando la dirección de su mirada.

—Allí, en la esquina inferior izquierda del balcón.

Benedikt silbó para sus adentros.

—¿Lo ves?

—Sí.

Allí estaban, en la esquina inferior izquierda del balcón: una serie de rabiosas marcas de garras sobre la estrecha cornisa.

Veintinueve

—De todos los diferentes sitios posibles —exclamó Roma, estirando el cuello y aguzando la mirada para observar el letrero de neón roto que estaba recostado contra el techo—, ¿tenía que ser *éste* el lugar que a nuestro hombre le gusta frecuentar?

El sol se había puesto hacía media hora, transformando el cielo previamente teñido de rojo en una apagada tinta negra. También descendía una ligera niebla, aunque Juliette no estaba segura de cuándo había comenzado. Simplemente se dio cuenta al mirar fijamente el incompleto letrero azul brumoso de M NTUA que había pequeñas partículas de agua provenientes del cielo, y cuando se tocó el rostro, sus dedos quedaron húmedos y resbaladizos.

—¿La verdad? —dijo Juliette—. Esperaba mayor depravación.

—Yo esperaba más disparos —dijo a su vez Roma.

Mantua encajaba a la perfección en el espacio entre el territorio de la Pandilla Escarlata y el de los Flores Blancas, un burdel y un bar que rebosaba de la excitación de su propio tabú. Éste era uno de los lugares más peligrosos de Shanghái, pero en un extraño y retorcido giro, también el más inocuo donde Roma y Juliette pudieran ser vistos juntos. En cualquier momento, hombres sin ley podían levantarse y disparar unos contra otros, las mujeres podían sacar de repente sus pistolas y matar, los cantineros podían romper sus vasos y decidir iniciar una guerra. Era esta descarga de adrenalina, la anticipación, la espera a que ocurriera algo lo que buscaba la gente que iba a Mantua. ¿Quién hubiera dado fe a murmuraciones provenientes de un lugar como é*ste*?

—Por lo que me he enterado, ha habido al menos cinco disputas aquí durante la semana pasada —reportó Roma en un tono por completo imparcial. Todavía estaban afuera. Ninguno había hecho el movimiento para disponerse a entrar al local—. La policía hace redadas casi cada dos semanas. ¿Por qué un británico iba a venir aquí tan a menudo?

—¿Por qué vendría aquí *cualquier otra persona*? —preguntó Juliette a modo de respuesta—. Al hombre le gusta la emoción.

En un esfuerzo similar al que le habría costado vadear una superficie cubierta de alquitrán, Juliette jaló la vieja puerta chirriante y entró en Mantua, dejando que sus ojos se adaptaran al interior oscuro y lúgubre. Aunque era difícil poder verlo, ciertas áreas estaban iluminadas con resplandores de neón, rodeadas por cables lo suficientemente brillantes para derretir las retinas. Al mirar a su alrededor, Juliette casi podría haberse convencido de que había entrado en un bar clandestino en Nueva York, de no ser porque tenía un resplandor más turbio.

Roma cerró con fuerza la puerta tras él, luego agitó una mano frente a su nariz, tratando de dispersar la espesa nube de humo que flotaba en su dirección.

—¿Lo ves?

Juliette escudriñó a través de las oscuras sombras y los puntos brillantes de neón, mirando con esfuerzo más allá de los tres americanos en la pista de baile que intentaban enseñar a una prostituta cómo bailar el charleston. El bar estaba atiborrado de clientes, una multitud constantemente cambiante de bebedores ya muy alcoholizados que dejaban caer descuidadamente al suelo empapado de alcohol monedas de todas las procedencias. Tan pronto como alguno se retiraba del bar y empezaba a subir una pequeña escalera cercana, sus brazos entrelazados con los de una nueva *conquista* y sin duda en su camino a entregarse al pecado, otro hombre tomaba su lugar.

Archibald Welch estaba sentado en el extremo izquierdo de la barra, con una clara burbuja de espacio que lo separaba de todos los demás. Mientras que otros simplemente rondaban por sus mullidas sillas de terciopelo rojo, Archibald estaba sentado de manera contundente: una masa descomunal de hombre, de cabello rojizo y un cuello más grueso que el rostro. El tejido cicatrizado que le recorría el semblante brillaba bajo la luz azul de la barra. La foto de su ficha policial no le hacía justicia a su tamaño.

—*Um* —exclamó Roma al ver a su objetivo—. No creo que

podamos intimidarlo.

Juliette se encogió de hombros.

—Pues vamos a intentarlo.

Avanzaron abriéndose paso entre la multitud en Mantua hasta detenerse a ambos lados de Archibald. Se acomodaron en los taburetes de terciopelo contiguos. El hombre inmenso apenas se movió. No hizo el menor gesto de haber notado su presencia, aunque estaba bastante claro que Roma y Juliette se plantaron ahí para hablar con él.

La chica se volvió hacia el hombre y sonrió.

—Archibald Welch, ¿cierto? —dijo dulcemente—. ¿Te dicen Archie?

El sujeto dejó caer con fuerza su trago sobre la mesa.

—No.

—¿En serio? —Juliette siguió intentándolo—. Archiboo, ¿quizás?

Roma puso los ojos en blanco.

—Bueno, ya basta —interrumpió Roma—. Sabemos acerca de su negocio con Albarraz, señor Welch, y estoy seguro de que sabe quiénes somos nosotros. Entonces, a menos que desee que tanto la Pandilla Escarlata como los Flores Blancas le den caza a su trasero, le sugiero que empiece a hablar. *Ahora*.

Roma había decidido actuar rudo en contraste con el jugueteo de Juliette, pero parecía que ninguna de las tácticas estaba funcionando. Archibald no daba ninguna indicación de que hubiera procesado o siquiera escuchado la amenaza de Roma. Siguió bebiendo tranquilamente.

—Vamos, ni siquiera es información sobre usted lo que necesitamos —dijo Juliette, permitiendo que un leve quejido se deslizara en su voz—. Sólo queremos saber cómo encontrar a Albarraz.

Archibald permaneció callado. La música de jazz sonaba de fondo y las prostitutas se paseaban por el recinto en busca de sus próximos clientes. Una de ellas se acercó, un abanico apretado en su delicado puño, pero de inmediato giró sobre sus talones, percibiendo la tensión en aquella pequeña sección de la barra.

Los dedos de Juliette palpaban una y otra vez una cuenta de su vestido. Estaba preparada para de nuevo motivar al hombre a hablar, cuando, para su enorme sorpresa, él dejó a un lado su vaso y dijo:

—Se los diré.

Su voz era como grava contra la goma. Era el naufragio de un barco contra las rocas costeras.

Roma parpadeó.

—¿En serio?

Juliette tuvo la sospecha de que Roma no hubiera deseado tal reacción. Ante la pregunta del chico, el rostro de Archibald forjó una sonrisa. Sus ojos fueron tragados por sus pesados párpados, consumidos por oscuras espirales.

Era la visión más aterradora que Juliette había visto jamás.

—Ciertamente —dijo el sujeto. Hizo una señal al cantinero, quien abandonó el pedido entre manos para atender a Archibald de inmediato. Tenía tres dedos levantados—. Pero pongámosle un poco de diversión a todo este asunto. Responderé una pregunta por cada trago que ustedes beban.

Roma y Juliette intercambiaron una mirada de perplejidad. ¿Esto en qué forma beneficiaría a Archibald Welch? ¿Estaba tan desesperado por tener compañeros de copas?

—Suena bien —refunfuñó Roma. Observó el líquido que se había depositado ante él con más disgusto que su habitual expresión neutral.

Archibald levantó el vaso con el trago al tiempo que sonreía:

—Gānbēi.

—Salud —murmuró Juliette, chocando su copa con la de él y la de Roma.

El líquido descendió rápidamente, con un ardor que azotaba la parte posterior de su garganta. Sintió más repulsión por el sabor que por el ardor, por la calidad terriblemente baja del licor contra la cual su lengua se rebeló de inmediato.

—Dios mío, ¿qué es este fuego infernal? —Juliette tosió e hizo tintinear el vaso vacío. Roma hizo lo mismo, con cuidado de mantener una expresión serena.

—Tequila —dijo Archibald. Hizo un gesto hacia el cantinero—. ¿Siguiente pregunta?

—*Oiga* —protestó Juliette—. Ésa no contaba.

—*Dije* un trago por cada pregunta, señorita Cai. Sin excepciones.

Tres nuevos tragos aterrizaron frente a ellos. Estos sabían aún peor. Juliette bien podría estarse bebiendo la gasolina con la que llenaban los autos de los Escarlatas.

—Empezaremos de una manera muy sencilla —dijo Roma una vez que los vasos tintinearon de nuevo sobre la mesa, interviniendo antes de que Juliette pudiera desperdiciar otra respuesta—: ¿Quién es Albarraz?

Archibald se encogió de hombros, fingiendo disculparse.

—No sé su nombre; ni le he visto la cara.

Sonó como una mentira. Al mismo tiempo, Juliette no podía

imaginar que este hombre tuviera alguna razón para proteger a Albarraz. No tenía que involucrarse en esta conversación si desde un principio no deseaba hablar.

Juliette resistió el impulso de aplastar el vaso de su trago entre los dedos.

—¿Pero ha interactuado con él? ¿Es una persona real con un cuartel de operaciones real?

Archibald emitió un sonido como si estuviera reflexionando.

—Me parece que ésas son dos preguntas diferentes.

Esta vez llegaron seis vasos. Juliette bebió sus dos tragos sin problemas, habiéndose encargado ella misma de disponer esta ronda. Roma tuvo que reprimir una tos.

—Por supuesto que es real —respondió Archibald—. ¿Quién los envió conmigo? ¿Walter Dexter?

Sólo por el gusto de ser puntillosa, Juliette debería haberlo hecho beber un trago por la respuesta a su pregunta, pero probablemente no habría significado ningún cambio sustancial. Parecía que el alcohol apenas si afectaba a Archibald.

—Algo así.

Archibald asintió, al parecer suficientemente satisfecho con la respuesta.

—Hago entregas directas a Albarraz. ¿Eso cuenta como interacción según sus términos? —colocó su vaso boca abajo, sacudiendo las últimas gotas—. Las recojo del depósito de Dexter y llevo todo al piso superior de la casa de té Long Fa en Chenghuangmiao. Ahí es donde Albarraz fabrica su vacuna.

Juliette dejó escapar el aliento en una exhalación rápida. Ése era el punto, entonces. Tenían su dirección. Podían hablar directamente con Albarraz.

Y si eso no funcionaba, entonces ya no sabía qué diablos podrían hacer para salvar su ciudad.

—¿Eso es todo por esta noche? —preguntó Archibald. Algo en su voz reflejaba un tono de provocación. No esperaba que aquello fuera suficiente para los dos jóvenes. Miraba a Juliette como si pudiera leer su mente, como si pudiera ver los engranajes girando rápidamente dentro de su cráneo.

—Eso es todo —dijo Roma, arremangándose la camisa, alistándose para marcharse.

Pero Juliette negó con la cabeza.

—No —esta vez fue *ella* la que llamó al cantinero con la mano. Los ojos de Roma se abrieron de par en par. Comenzó a murmurarle algo a

Juliette con expresión de horror, pero ella lo ignoró—. Tengo más preguntas.

—*Juliette* —susurró Roma entre dientes.

Aparecieron los tragos. Archibald soltó una risita —un voluminoso y pesado ulular que salió directamente de su estómago con un olor a tufo—, mientras con rostro de diversión golpeaba la mesa con una mano:

—Termine el trago, señor Montagov.

Roma miró el vaso con rencor y bebió.

—La vacuna de Albarraz —comenzó a decir Juliette, cuando el calor en su garganta cedió un poco—, ¿es real? Siendo usted quien hace las entregas debe saberlo. Debe haber visto más que un comerciante promedio.

Esto pareció dar a Archibald motivo de reflexión. Hizo gárgaras con su bebida en la boca, pensando durante un largo momento. Quizás estaba deliberando si debía mantener silencio sobre esta pregunta. Pero una promesa era una promesa; Juliette y Roma ya habían pagado para obtener la respuesta.

—La vacuna es al tiempo legítima y no —respondió Archibald con cautela—. Albarraz produce una variedad en su laboratorio, usando el opiáceo que yo le proporciono. La otra variedad es simplemente solución salina con colorante.

Roma parpadeó.

—¿Qué dice?

Si no se detenía la locura, en algún momento se extendería a todos los rincones de Shanghái. Con dos variedades de la vacuna, una verdadera y la otra no, Albarraz controlaba quién sería inmune y quién no.

El peso de esta revelación pareció golpear a Juliette en el centro de su pecho.

—Básicamente Albarraz elige quién vive y quién muere —resumió la joven, lanzando indignada aquella acusación.

Archibald se encogió de hombros, sin confirmar ni negar lo que ella acababa de decir.

—Pero ¿cómo lo hace? —preguntó—. Para empezar, ¿cómo es que desarrolló una verdadera vacuna?

Archibald le hizo un gesto al cantinero. Juliette se bebió de un sorbo su siguiente trago antes de que él la instara a hacerlo, golpeando el vaso con furia contra la barra al terminar. Esta vez, Roma fue el más lento, haciendo una mueca tras otra mientras se limpiaba la boca.

—Está sobrepasando el alcance de mis conocimientos, jovencita —

respondió Archibald—. Pero puedo decirle esto: en la primera entrega que hice, vi a Albarraz trabajar consultando una pequeña libreta de cuero. La miraba continuamente, como si no estuviera familiarizado con los suministros que yo le proporcionaba —el destello de insolencia en la mirada de Archibald pareció desvanecerse—. ¿Quiere saber acerca de la verdadera vacuna? Albarraz estaba trabajando a partir de una pequeña libreta empastada en cuero duro de la Gran Bretaña. ¿Entienden?

Roma y Juliette intercambiaron una mirada.

—¿Es británico? —preguntó Juliette.

—¿Prefiere que sus libretas se empasten de forma tradicional? —añadió Roma.

Archibald los miró como si a ambos les faltaran neuronas.

—Díganme, si un comerciante de Gran Bretaña zarpó hacia Shanghái cuando estalló la noticia de la locura, ¿estaría aquí ahora?

Juliette frunció el ceño.

—Depende de lo rápido que navegue el barco…

—Incluso el buque más rápido no explicaría el corto tiempo entre el estallido de la locura y los rumores de la vacuna de Albarraz —interrumpió Archibald—. Y, sin embargo, su libreta provenía de Gran Bretaña. Lo que significa que tenía la fórmula para una vacuna antes de que la locura estallara aquí.

Sin previo aviso, Archibald se tambaleó repentinamente en su silla. Por un aterrador momento, en su frenético tren de pensamientos, Juliette asumió que le habían disparado, pero el movimiento había sido realizado sólo con el fin de inclinarse hacia adelante y hacer una nueva seña al cantinero.

—Creo que esta respuesta amerita unos cuantos tragos. Fue una buena respuesta, ¿verdad?

A Juliette le daba vueltas la cabeza. No estaba segura si se debía a la información o al alcohol.

—La libreta —le dijo a Roma—. Voy a conseguir esa libreta…

—Oh, no se moleste —interrumpió Archibald—. Nunca volví a verla. Sin embargo, vi marcas de algo carbonizado en las tablas del suelo. Creo que la quemó. Una vez que memorizó la fórmula, ¿en verdad creen que se arriesgaría a que personas como ustedes la robaran?

Ésa era una buena pregunta. Juliette apretó los labios, pero Archibald se limitó a sonreír ante esa expresión y acercó un poco más los dos tragos que tenía frente a ella. Juliette tomó uno sin mucha vacilación. Después de todo, sería el último trago. Habían obtenido lo

que vinieron a buscar.

—Juliette Cai —dijo Archibald, extendiendo su segundo vaso—, ha sido una fantástica compañera de copas. El señor Montagov necesita un poco más de adiestramiento.

—Muy amable de su parte —murmuró Roma molesto.

Con cuidado, asegurándose de que no le temblara la mano, Juliette también tomó su segundo vaso y lo levantó. Roma hizo lo mismo, y al instante el último trago de veneno descendió por sus gargantas, causando estragos. Sin perder tiempo, Archibald se levantó en cuanto terminó el suyo, poniendo una pesada mano sobre el hombro izquierdo de Juliette y otra sobre el hombro derecho de Roma en un gesto de camaradería.

—Ha sido un placer, chicos. Pero el reloj ya pasa de las once y mis fuentes indican que es hora de marcharse.

Se alejó a toda prisa, fundiéndose con la palpitante multitud y desvaneciéndose con el neón. Un agente absoluto del caos. Juliette apenas si conocía al hombre y ya de entrada le merecía su respeto.

Juliette apretó los párpados con fuerza, sacudió la cabeza y se obligó a aclarar su foco de atención. Se sentía bien. Podría hacerse cargo de la situación.

—¿Roma? —preguntó.

Roma se inclinó hacia un lado y fue a dar al suelo.

—¡Roma!

Juliette se bajó de la silla y se arrodilló a su lado, lo bastante mareada para ver todo doble, pero no lo suficiente como para perder el equilibrio. Le dio una suave bofetada al rostro de Roma.

—Sólo déjame aquí —dijo él con un gemido.

—¿Cómo te has puesto tan mal? —preguntó Juliette con incredulidad—. Pensé que eras ruso.

—Soy ruso, no alcohólico —masculló Roma. Cerró los ojos con vigor, luego los abrió de par en par, parpadeando hacia el techo con una expresión de asombro—. ¿Por qué estoy en el suelo?

—Nos vamos —ordenó Juliette. Lo sujetó del hombro, tratando de levantarlo. Con un gruñido, Roma obedeció. O eso pareció: en su primer intento sólo logró sentarse. Juliette lo sostuvo otra vez y entonces él logró incorporarse, aunque balanceándose notoriamente.

—¿Nos vamos? —repitió Roma.

De repente, las sirenas llenaron el recinto, un aullido penetrante que se interponía con el fragor de la música de jazz. Se escucharon gritos y luego inició una estampida de gente corriendo en todas direcciones y en tal estado de confusión que Juliette ya no supo dónde

estaba la salida. Afuera, alguien que hablaba por un altavoz exigía que todos los clientes de Mantua salieran con las manos en alto. Adentro, los presentes retiraban los seguros de sus armas.

—Ya no nos vamos —corrigió Juliette—. A menos que queramos que nos dispare la policía. Arriba, ésa es la ruta. Andando.

Juliette sujetó a Roma por una manga y lo arrastró hacia la pequeña escalera que había visto antes en un rincón del establecimiento. Mientras que los clientes de Mantua corrían a toda prisa, se empujaban y se pisoteaban entre sí tratando de alcanzar la salida, las chicas vestidas de colores brillantes huían por las escaleras, subiendo raudamente y desapareciendo de la vista.

—Con cuidado, ten cuidado —advirtió Juliette cuando Roma tropezó con el primer escalón.

Ambos respiraban con dificultad cuando llegaron a lo alto de las escaleras, tratando de quedarse en su sitio mientras el mundo daba vueltas a su alrededor. En el segundo piso, el pasillo era tan estrecho que Juliette no podía extender del todo ambos brazos. La alfombra era increíblemente afelpada, y medio tacón se había enterrado profundamente en el material. El resplandor de neón que impregnaba las paredes de la planta baja estaba ausente aquí. Este nivel sólo estaba iluminado por una ocasional y tenue lamparilla a lo largo del techo, iluminando apenas lo suficiente para ver hacia dónde se dirigían y proyectando sombras largas y danzantes sobre el papel tapiz.

Juliette abrió la primera puerta que encontró. Dos gritos de sorpresa muy diferentes estallaron cuando la luz se filtró en la diminuta habitación. Juliette afinó la mirada y vio a un hombre con los pantalones abajo.

—Afuera —ordenó la joven.

—Ésta es *mi* habitación —protestó la mujer en la cama.

En la planta baja se escuchó un ruido sordo de algo que caía, luego disparos.

—Ay, qué pena, permítanme volver a decirlo —dijo Juliette. Le estaba resultando muy difícil mantener la seriedad. Por la razón más absurda, la risa parecía acudir a su garganta—. ¡A-fueeera!

El hombre fue el primero en reconocerla. Probablemente era un Escarlata, a juzgar por la velocidad con la subió sus pantalones y salió de allí, haciendo una señal de asentimiento al pasar junto a Juliette. La mujer actuó con mayor lentitud, bajando a regañadientes de una cama que ocupaba la mitad de la habitación. Había una ventana en ésta, pero era demasiado pequeña para empujar por allí a un gato,

mucho menos a una persona.

—*Muévete* —vociferó Juliette. Podía oír pasos que ascendían atronadoramente por las escaleras.

La mujer pasó rozando a su lado y salió, mirándola airadamente. Juliette empujó a Roma dentro de la habitación ahora vacía y cerró la puerta.

—Me parece que no le caíste muy bien —dijo Roma.

—No me interesa caerle bien a nadie —respondió Juliette—. Métete debajo de las mantas.

Roma se encogió visiblemente. Los gritos reverberaron por el segundo piso.

—¿Tengo que hacerlo? ¿Sabes lo que hace la gente debajo de esas…?

—¡Hazlo! —ordenó entre dientes Juliette. Metió la mano en su vestido y hurgó en su saquito del dinero, extrayendo una cantidad aceptable de billetes. Fue una operación bastante complicada dado que ya no era capaz de leer las cifras sobre los papeles.

—Bueno, bueno —dijo Roma. Justo en el instante en que trastabilló, cayó sobre la cama y se cubrió con la manta, un golpe insistente sonó en la puerta.

Juliette estaba lista.

Abrió la puerta apenas un resquicio, no lo suficiente para que el oficial de policía entrara, pero lo suficiente para que pudiera ver con claridad su rostro, su traje norteamericano. Por lo general, eso era todo lo que se necesitaba para unir los puntos y deducir. La joven esperó ese milisegundo a que el hombre cayera en cuenta.

Lo hizo.

—Esta habitación está vacía —le informó al oficial, como si estuviera poniéndolo bajo hipnosis. El hombre era chino, no británico, lo cual era una suerte para Juliette, porque significaba una mayor probabilidad de que le temiera a la Pandilla Escarlata. Juliette le pasó el dinero en efectivo que tenía en las manos y el oficial inclinó la cabeza dejando al descubierto el escudo de armas del Asentamiento Internacional en su gorra de visera azul oscuro.

—Entendido —dijo. Tomó el dinero y continuó su camino, marcando la habitación como examinada y permitiendo que Juliette cerrara la puerta y se apoyara en ella con el corazón latiendo vigorosamente.

—¿Ya estamos a salvo? —preguntó Roma desde el interior de las mantas, sus palabras amortiguadas.

Soltando un suspiro, Juliette se acercó y le retiró las mantas. Roma

parpadeó sorprendido, los ojos más abiertos que un par de cacerolas, su cabello desordenado que apuntaba a todas las direcciones.

Juliette comenzó a reír.

La risa brotó desde la calidez en su estómago, extendiéndose por todo su pecho mientras se dejaba caer sobre la cama con los brazos alrededor del vientre. Ignoraba qué le parecía tan divertido. Ni Roma lo sabía tampoco cuando se sentó.

—Esto es… tu… culpa —consiguió decir Juliette en medio de un ataque de hipo.

—¿Mi culpa? —preguntó Roma en un tono de incredulidad.

—Sí —dijo Juliette con un esfuerzo—. Si fueras capaz de lidiar mejor con los efectos del alcohol, nos hubiéramos marchado en el mismo instante que lo hizo Archibald Welch.

—Por favor —dijo Roma—. Si yo no me hubiera caído, tú lo habrías hecho.

—Mentiras.

—¿Ah, sí? —Roma la desafió. Le dio un fuerte empujón en el hombro. El inestable cuerpo de Juliette se tambaleó hacia atrás, cayendo sobre la cama, su cabeza le daba vueltas sin control.

—Oye…

La joven se acercó a él con las dos manos en alto, aunque no sabía muy bien cuál era su intención. Tal vez iba a estrangularlo, o a arrancarle los ojos, o a buscar la pistola que él guardaba en el bolsillo, pero Roma era más rápido incluso en su estado de ebriedad. La tomó por las muñecas y la empujó, hasta que ella nuevamente yacía de espaldas sobre el colchón y Roma se encontraba en posición dominante, con expresión petulante.

—¿Qué decías? —preguntó Roma. No se apartó aunque ya había dejado en claro lo que quiso decir. Se quedó donde estaba: sus manos sosteniendo las muñecas de Juliette por encima de su cabeza, su propio cuerpo sobre el de ella, sus ojos con un brillo extraño y oscuro y tórrido.

Algo había cambiado en la expresión de Roma. Juliette inhaló bruscamente, una pequeña y rápida respiración. Podría haber pasado desapercibida, si Roma no hubiera estado tan cerca. Pero lo notó.

Siempre lo notaba.

—¿Por qué te estremeces? —preguntó Roma. Su voz se redujo a un susurro conspirador y despiadado—. ¿Me tienes miedo?

Una furia ardiente se apoderó de las venas entumecidas de Juliette. Una pregunta tan insolente despertó todos sus sentidos embotados, barriendo el letargo del alcohol.

—*Nunca* te he tenido miedo.

Juliette, merced a un hábil empujón, invirtió la posición de sus cuerpos. Adolorida, resentida y agraviada, enganchó las piernas alrededor de las de él y torció las caderas hasta que Roma quedó tendido de espaldas y ahora era ella quien se erguía sobre él, arrodillada sobre las sábanas. Aunque quiso sujetarle los hombros como él lo había hecho, fue un intento a medias, que la dejó un poco más mareada. El joven simplemente observó la ira en el comportamiento de la joven y respondió de igual manera.

Roma se sentó raudamente y logró liberar sus manos. Pero no hizo otro movimiento. Permanecieron como estaban: demasiado cerca, demasiado entrelazados. Ella estaba sentada a horcajadas sobre el regazo de él; él se elevaba levemente sobre ella, a sólo unos centímetros de distancia.

Una de las manos de Roma aterrizó en el tobillo de ella. La mano de Juliette descendió hasta el cuello de él.

—Es posible —dijo Roma, sus palabras apenas audibles—, que no me temas. Pero… —su mano se movía más y más alto, rozando la pantorrilla de la joven, su rodilla, su muslo. La palma de Juliette se hundió más, hasta que se apoderó del espacio debajo del suave cuello de la camisa blanca de Roma—: Siempre has tenido miedo de la debilidad.

Juliette levantó la mirada de golpe. Sus ojos se encontraron, turbios y ebrios, alertas y desafiantes a un tiempo, lo más relajados que habían estado jamás y, de alguna manera, lo más intensos…

—¿Y esto es debilidad? —preguntó ella.

La joven no sabía quién respiraba más fatigosamente: si ella o Roma. Allí se encontraban entrelazados, a un mero jadeo de distancia, retándose a hacer el primer movimiento, desafiando al otro a ceder a lo que ninguno de los dos quería admitir que deseaba, lo que ninguno quería admitir que estaba sucediendo, lo que ambos no querían admitir la que era, simplemente, una repetición de su historia.

Ambos cedieron a la vez.

Los labios de Roma sabían tal como ella recordaba. El beso la llenó de tanta adrenalina y exuberancia que se sintió estallar. La hacía sentir demasiado etérea para su propio cuerpo, como si fuera capaz de arrancarse la piel.

El alcohol había tenido un gusto horrible cuando lo tomó del vaso, pero sus residuos tenían un sabor completamente dulce en la lengua de Roma. Los dientes del joven le rozaron el labio inferior y Juliette se arqueó contra él, con las manos recorriendo sus hombros, bajando por

los músculos tensos a lo largo de sus costados, subiendo por su camisa y contra el calor ardiente de su piel desnuda.

La sangre le bombeaba en los oídos. Sintió los labios de él avanzar de su boca a su mandíbula, a su clavícula, ardiendo en todos los lugares que tocaban. Juliette no podía pensar, no podía hablar; su cabeza daba vueltas y su mundo giraba y no anhelaba nada más en este momento que seguir girando, girando, girando. Quería desviarse del rumbo. Deseaba estar fuera de control para siempre.

Cuatro años atrás ellos habían sido buenos y jóvenes e inocentes. Su amor había sido dulce, algo digno de proteger, más simple que la vida misma. Ahora eran monstruosos; ahora se restregaban uno contra la otra y desprendían el mismo perfume embriagador del burdel en el que se escondían, embriagados por algo más que sólo tequila barato. El hambre y el deseo alimentaban todos sus movimientos. Juliette arrancó los botones de la camisa de Roma mientras palpaba las cicatrices y las antiguas heridas que recorrían su espalda desnuda.

—Una tregua —murmuró Juliette contra los labios de Roma. Necesitaban detenerse, aunque ella no sabía cómo—. Me torturas.

—No estamos en guerra —respondió Roma en voz baja—. ¿Por qué pedir una tregua?

Juliette sacudió la cabeza. Cerró los ojos y dejó que la recorriera la sensación de los labios de él rozando su mandíbula.

—¿No lo estamos?

Lo estamos.

Esa súbita comprensión cayó sobre Juliette como un cubo de hielo, hundiéndose en sus huesos con una especie de frío glaciar que se siente bajo la superficie del agua. Hundió el rostro en la curvatura del cuello de Roma, obligándose a no desmoronarse, a no llorar. Roma sintió el cambio antes de que Juliette misma se diera cuenta, sus brazos la rodearon, abrazándola.

—¿Qué estás haciendo, Roma Montagov? —Juliette susurró, su voz apenas un susurro ronco—. ¿Qué me estás haciendo?

¿No había sido suficiente que ya una vez hubiera jugado con su corazón? ¿Acaso no la había dejado aquella vez escindida en dos, abandonándola luego a merced de los lobos?

Roma guardó silencio. Juliette no pudo leer nada en su expresión, ni siquiera cuando levantó la cabeza y se quedó mirándolo con ojos muy abiertos y vacilantes.

Juliette se apartó tambaleándose, haciendo un esfuerzo por mantenerse en pie. Sólo entonces Roma reaccionó. Sólo entonces extendió la mano y la tomó por la muñeca, susurrando:

—Juliette.

—¿Qué? —respondió ella entre dientes—. ¿Qué, Roma? ¿Quieres explicar qué es esto entre nosotros, cuando ya dejaste dolorosamente claro, hace cuatro años, a qué ritmo palpita tu corazón? ¿Quieres que te apunte con mi pistola hasta que no tengas más remedio que admitir que estás *jugando* conmigo una vez más?

—No lo estoy.

Juliette introdujo la mano en su vestido y sacó la pistola que había escondido entre sus pliegues. Con la mano libre, retiró el seguro y presionó el cañón contra la parte inferior de la mandíbula de Roma, contra la parte blanda donde había posado su boca apenas unos minutos antes, Todo lo que Roma hizo fue levantar la barbilla para que la pistola se hundiera más en su carne, hasta que la boca del cañón parecía simplemente la presión de otro beso sobre su piel.

—No logro desentrañarlo —dijo ella respirando con sofoco—. Me destruyes y luego me besas. Me das una razón para odiarte y luego me das otra para amarte. ¿Es esto mentira o verdad? ¿Es esto una estratagema o es tu corazón el que ahora me busca?

El pulso del joven latía con tanta vehemencia que Juliette podía sentirlo palpitar a través de la escuadra metálica, podía sentir cómo galopaba en el momento mismo en que ella se erguía junto a él con la mano muy cerca de su cuello. Un arco de luz de luna había penetrado a través de la pequeña ventana, y ahora avanzaba a lo largo del cuerpo de Roma: sus hombros desnudos y sus brazos desnudos, brazos que colgaban a sus costados, pero sin hacer ningún movimiento para impedir que Juliette amenazara con segar su vida.

Ella podría apretar el gatillo. Podría ahorrarse para siempre la agonía de la esperanza.

—Nunca nada es tan simple como una verdad única —respondió Roma con voz ronca—. Jamás.

—Ésa no es una respuesta.

—Es todo lo que puedo darte —Roma extendió la mano y lentamente cerró sus dedos alrededor del cañón de la pistola—. Y esto es todo lo que soportarías escuchar. Me hablas como si todavía fuera la misma persona que dejaste atrás, la que te traicionó hace cuatro años, pero no lo soy. Y *tú* tampoco eres la misma Juliette que yo amé.

Juliette era quien sostenía el arma, pero de repente sintió como si fuera a *ella* a quien le habían disparado. Mantua ahora estaba en silencio, la redada había terminado y las fuerzas del orden se habían marchado. Abajo, lo único que se movía era el resplandor reflejado del letrero de neón del edificio, ondeando en los poco profundos charcos

de lluvia.

—¿Por qué? —dijo ella con voz ronca. La pregunta que debería haber hecho cuatro años atrás. La pregunta que había cargado sobre sus hombros todos estos años, un peso encadenado a su corazón—. ¿Por qué lanzaste ese ataque contra mi gente?

Los ojos de Roma se cerraron con un parpadeo. Era como si estuviera esperando el impacto de una bala.

—Porque —susurró—, no tuve opción.

Juliette retiró su arma. Y antes de que Roma pudiera decir algo más, ella salió corriendo.

Treinta

Juliette enterró las manos profundamente en la tierra fértil. Presionó y mezcló, cerrando los dedos alrededor de los trozos de abono que se alineaban en sus jardines.

Había estado trabajando desde el amanecer en la parte delantera de su casa, aliviando su palpitante dolor de cabeza con los bálsamos de la luz del sol y los sonidos de la naturaleza. Sin embargo, si el ceño fruncido en su rostro era una indicación de su estado anímico, entonces aquella terapia no estaba funcionando.

Cuando de jovencita dedicaba tiempo a la jardinería, limpiando los lechos de tierra con puñados de pétalos muertos apretados en los puños, significaba que estaba de mal humor y que intentaba liberar su agresividad sin disparar un arma. Era prácticamente una leyenda urbana entre los Escarlatas: habla con Juliette cuando tenga una planta en la mano y arriésgate a las consecuencias.

Nadie había cuidado de estos jardines desde que Ali había muerto desangrada en aquel sitio.

Juliette exhaló profundamente. Desenvolvió un pequeño jacinto púrpura y lo colocó cuidadosamente en el agujero que había cavado. Antes de que la flor bulbosa pudiera desalinearse y caer, Juliette empujó la tierra dentro del agujero.

Hubiera deseado poder llenarse de la misma forma. Hubiera deseado poder presionar montículos de tierra fértil en las grietas de su corazón, ocupando el espacio vacío hasta que unas flores pudieran echar raíces y hacer crecer rosas. Quizás entonces no estaría escuchando la voz de Roma en su cabeza una y otra vez, ocupando

cada centímetro de sus pensamientos.

Las rodillas de Juliette estaban cubiertas de pequeños arañazos. Se había caído después de recorrer unos trescientos metros desde el Mantua y se había quedado allí con las palmas de las manos rozando la grava, su vestido chorreando fango y agua de lluvia. Le había dolido mucho durante el resto de su caminata a casa, pero ese dolor ahora la reconfortaba. El frescor de la tierra debajo de su cuerpo, el sol de la mañana marcando una línea dorada sobre su rostro, el crujiente filo de las piedrecillas y de las pequeñas ramas que se clavaban en su piel: todo aquello le recordaba que no estaba desprendiéndose del espacio mismo, flotando en dirección a las nubes.

Es todo lo que puedo darte.

Nada en esa frase tenía sentido. Si Roma Montagov no la había odiado durante todos estos años, ¿por qué fingir que era el caso? Si él la *había* odiado todos estos años, entonces ¿por qué decir tales cosas ahora? ¿Por qué pretender, con tanta agonía en sus palabras, que su traición lo había herido tanto a él como a ella?

No tuve opción.

Juliette lanzó un grito repentino, golpeando el suelo con el puño. Dos criadas que estaban laborando cerca dieron un brinco y se alejaron corriendo, pero Juliette no les prestó atención. Santo cielo, ya había *hecho* esto cuatro años atrás. Hacía mucho tiempo que había trazado dos columnas en su mente: las acciones de Roma y las palabras de Roma, absolutamente incapaz de conciliarlas, totalmente incapaz de comparar las unas con las otras, incapaz de comprender *por qué* —¿por qué?— la traicionaría cuando había dicho que la amaba. Ahora no podía tratar de descifrarlo nuevamente, no podía acoplar la forma en que él buscaba su cercanía con el odio que decía sentir por ella, no podía entender la tristeza en los ojos del joven cuando hablaba de que ella era una nueva y fría Juliette con la cual no soportaba estar cerca.

Nunca nada es tan simple como una verdad única. Jamás.

Juliette tomó la pala que estaba a su lado, con la ira en sus venas aumentando en un crescendo. Plantar flores era un juego de niños. Se incorporó con dificultad y alzó la pala, golpeando con fuerza la superficie metálica sobre los lechos de flores a los que acababa de dedicar horas para que lucieran hermosos. Una y otra vez su pala se hundió en los lechos de flores hasta que éstas quedaron hechas trizas, los retazos de pétalos cubriendo el oscuro suelo. Desde lejos alguien la llamó por su nombre y esa mera invocación la enfureció aún más, hasta el punto en que se dio la media vuelta y convirtió en nuevo

objetivo de su furia lo primero sobre lo que aterrizaron sus ojos: un delgado árbol que era dos veces más alto que ella.

Juliette se abalanzó con violencia contra el tronco. Levantó la pala y le asestó un golpe tras otro…

—¡Juliette!

La pala se detuvo a mitad de un nuevo lance. Cuando Juliette se giró, encontró la delicada mano de Rosalind y sus uñas bien cuidadas sujetando la pala con fuerza, evitando así que su prima hermana abriera otro boquete en el árbol.

—¿Qué te pasa? —dijo entre dientes Rosalind—. ¿Por qué estás actuando como una *desquiciada*?

—Déjame en paz —respondió Juliette con brusquedad. Arrancó la pala de las manos de su prima y se apresuró a entrar en la casa, dejando un rastro de tierra y abono de jardinería en el vestíbulo, sin importarle en absoluto el desastre que dejaba a su paso, mientras subía a su habitación. Allí encontró su abrigo más grande y burdo y se lo arrojó encima, ocultando su vestido y ocultando su rostro, cubriendo cualquier resquicio de su cuerpo que delatara su estatura. Casi por costumbre, también se ciñó la capucha para cubrirse el cabello, pero eso era innecesario; no se había peinado con sus distintivas ondas. En lugar de ello, mechones sueltos de cabello negro le rozaban el cuello. Juliette tocó uno encima de su oreja y le dio un tirón, como para comprobar que era real.

Salió de su casa, caminando con la mirada en la distancia, inspeccionando sólo una vez sus alrededores. ¿Todavía la seguían? A duras penas se preocupó. No cuando su corazón retumbaba con un grito de guerra en sus oídos. No cuando no podía dejar de apretar los puños, en un esfuerzo desesperado por ocupar sus temblorosos dedos.

Juliette siempre se había enorgullecido de su elección de prioridades. Sabía cómo distinguir lo importante, como los exploradores que saben avistar con precisión la estrella polar. Su ciudad, su pandilla, su familia. Su familia, su pandilla, su ciudad.

Pero, ¿podría un explorador encontrar la estrella polar si el mundo entero se tornaba patas arriba?

Juliette seguía su camino, moviendo una de sus botas viejas tras la otra. En un momento dado, ya atravesaba El Bund, abriéndose paso entre los vehículos de motor que arriesgadamente entraban y salían de sus espacios de estacionamiento y se mezclaban en las calles cuidadosamente aplanadas.

Vagamente se preguntó cómo sería dejar de caminar hacia delante y, en cambio, zigzaguear de un lado a otro hasta llegar a los muelles

camino del río. Podía seguir sin detenerse hasta caer en el agua, convirtiéndose en poco más que otro barril de mercancía perdida, otro artículo descontinuado en los catálogos, otra estadística de ingresos perdidos.

Cruzó El Bund, atravesó el Asentamiento Internacional y finalmente llegó al territorio de los Flores Blancas.

Se ciñó la capucha. La acción no era justificada: era mucho más fácil para ella mezclarse en estas calles donde reinaban los Montagov que para Roma entrar sigilosamente en el territorio de ella. Sin los colores Escarlatas alrededor de su muñeca o adheridos a su cabello, sin ninguno de sus identificadores habituales, por lo que concernía a cualquiera de los Flores Blancas que patrullaban la zona, ella era sólo otra jovencita china de los alrededores.

—*¡Hey!*

Juliette hizo una mueca de disgusto, inclinando la cabeza hacia abajo antes de que la persona con la que accidentalmente había chocado pudiera darle un buen vistazo a su rostro.

—¡Perdón! —respondió. Justo antes de que se apresurara a doblar la esquina, le pareció ver un destello de cabello rubio sobre un par de ojos que la miraban con curiosidad.

—Ocurrió la cosa más extraña —anunció Benedikt.

Se dejó caer en el asiento libre, desenrolló la bufanda de su cuello y la dejó sobre la pequeña mesa de la esquina. Marshall asintió, un gesto para que Benedikt continuara, pero Roma actuó como si ni siquiera hubiera escuchado a su primo. Tenía la mirada perdida al otro lado del restaurante y —para gran preocupación de Benedikt— tenía aspecto de no haber dormido durante días. Desde que Alisa se había infectado con la locura, el agotamiento que se dibujaba en el rostro de Roma se había vuelto cada vez más evidente, pero algo en su expresión en ese momento era… distinto. Parecía que no sólo su cuerpo había alcanzado su punto de quiebre, sino también su mente, que oscilando había ido a caer más allá del punto de recuperación y ahora simplemente se había quedado inactiva, a la espera de que algo lo devolviera a la cognición.

Benedikt se preguntó si Roma siquiera había regresado a casa la noche anterior, dado que vestía la misma camisa blanca arrugada de la víspera. Se cuestionó si debería preguntar qué le pasaba o si era mejor fingir que todo estaba igual para no tratarlo de una manera diferente de la habitual.

Temeroso de la respuesta a la primera pregunta, eligió la segunda.

—Creo que acabo de ver a Juliette Cai.

La rodilla de Roma se levantó en el acto, chocando con la parte inferior de la mesa con tanta fuerza que el plato frente a Marshall estuvo a punto de deslizarse e ir a dar al suelo.

—Oye, ten cuidado —lo increpó Marshall. Puso sus manos protectoramente alrededor de su rebanada de pastel de miel—. El hecho de que tu comida aún no haya llegado no significa que debas arruinar la de otra persona.

Roma ignoró a Marshall.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó a Benedikt—. ¿Estás seguro de que era ella?

—Calma —respondió Benedikt—. Ella estaba en sus propios asuntos…

Roma ya se estaba levantando de su silla de un brinco. Para cuando Benedikt se dio cuenta de lo que estaba sucediendo en aquella repentina ráfaga de movimientos, Roma ya se había ido y las puertas del restaurante se balanceaban de un lado al otro.

—Qué… ¿qué fue eso? —preguntó Benedikt, aturdido.

Marshall se encogió de hombros. Se metió una gran cucharada de pastel en la boca.

—¿Quieres pastel?

Mientras tanto, Juliette se había adentrado en lo profundo del territorio de los Flores Blancas utilizando sólo la información en su memoria, avanzando y retrocediendo por una misma calle y siguiendo rutas que creía recordar. Pasado un rato, las calles empezaron a tener cierto parecido con las imágenes que tenía en la cabeza. Finalmente encontró un callejón muy familiar y se agachó, inclinando la cabeza para pasar a través de la serie de tendederos de ropa que colgaban a muy baja altura, arrugando la nariz al sentir en el aire el olor de la humedad.

—Asqueroso —murmuró Juliette, limpiándose unas gotas provenientes de la ropa sucia que había ido a aterrizar en su nuca. Justo en el momento en que se detuvo, con la intención de sacudirse el agua, vio una figura alta e imponente que entraba por el otro extremo del callejón.

Todos los músculos a lo largo de sus hombros se congelaron. Rápidamente, la joven se obligó a mover los brazos para distender sus hombros y así continuar avanzando a una velocidad que no levantara sospechas. Retroceder ahora y salir corriendo del callejón la marcaría de inmediato como culpable, como una intrusa en terreno enemigo.

Afortunadamente, Dimitri Voronin no pareció reconocerla cuando ella pasó a su lado. Estaba ocupado murmurando para sí, acomodando la tela de las mangas de su camisa.

Dimitri desapareció del callejón. Juliette también emergió por el otro lado, dando un suspiro de alivio. Examinó con atención los complejos de departamentos que se desplegaban ante ella, tratando de que su memoria los identificara a pesar de su aspecto cambiado. Había estado en este sitio antes, pero tanto tiempo había transcurrido que los colores de las paredes eran diferentes y los azulejos se estaban decolorando…

—¿Pero te has vuelto loca?

Juliette jadeó, apenas percibiendo la voz de Roma antes de que él le pasara un brazo por la cintura para arrastrarla a un lado y llevarla al callejón junto al edificio de departamentos. Cuando Juliette recuperó el equilibrio, tuvo que contenerse para no propinarle un buen pisotón a Roma.

—Soy capaz de *caminar*, gracias —dijo ella entre dientes.

—¡Parecía que te estabas tomando tu tiempo para que te vieran desde todas las ventanas de mi casa! —Roma respondió también entre dientes—. Te matarán, Juliette. ¿Te parece que somos inofensivos?

—¿Tú qué opinas? —Juliette respondió—. ¡Todos mis parientes muertos dirían lo contrario!

Ambos guardaron silencio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Roma en voz baja. Su mirada se centró en un punto justo por encima de los hombros de la joven, negándose a hacer contacto visual directo. Pero Juliette lo estaba mirando a los ojos. No podía dejar de hacerlo. Lo miraba y sentía el deseo de volcarle todo lo que tenía por decir, todo aquello de lo que quería deshacerse. Cada músculo, cada órgano, cada hueso de su cuerpo estaba tenso: sus pulmones, su piel, sus dientes. Era demasiado grande para contenerlo, de no soltarlo haría estallar su piel en pedazos hasta convertirla en un segmento del mundo natural que descansaría entre las grietas del cemento.

—Estoy aquí —dijo Juliette—, porque estoy harta de huir y permanecer en el desconocimiento. Quiero la verdad.

—Te dije que…

—No puedes *hacer* esto —había comenzado a gritar Juliette. No había tenido la intención de gritar, pero lo estaba haciendo… cuatro años de obligado silencio reventándose todo en un solo momento—. ¿No merezco saberlo? ¿No merezco conocer al menos una pizca de lo que estaba pasando por tu cerebro cuando decidiste decirle a tu padre

exactamente cómo tenderle una emboscada a mis…?

Juliette se detuvo a mitad de la oración, sus cejas se levantaron tan alto que desaparecieron bajo su flequillo. La punta de un cuchillo apuntaba a su corazón. *Roma* estaba apuntando con un acero afilado a su corazón, con el brazo recto y estirado.

Transcurrió un segundo. Juliette esperó a ver lo que él haría.

Pero Roma se limitó a negar con la cabeza. De repente se *sentía* de nuevo tan parecido a su antiguo yo. Como el bello joven que la había besado por primera vez en la azotea de un club de jazz. Como el chico que no creía en la violencia, que juró que algún día gobernaría su mitad de la ciudad con equidad y justicia.

—Ni siquiera tienes miedo —afirmó Roma en un susurro, la voz entrecortada—, ¿y sabes por qué? Porque *sabes* que no puedo hundir este cuchillo… siempre lo has sabido, e incluso si al regresar dudaste de mi misericordia, muy pronto descubriste cuál era la verdad ¿no es así?

Juliette sentía helada la punta del acero incluso a través de su vestido, una sensación casi relajante en contraste con el calor que emanaba de su cuerpo.

—Si sabes que no tendré miedo —preguntó Juliette—, entonces, ¿por qué esgrimes tu cuchillo?

—Por *esto*… —Roma cerró los ojos. Lágrimas. Las lágrimas caían de su rostro—. Por eso mi traición fue tan terrible. Porque me creías incapaz de hacerte daño y, sin embargo, lo hice.

Entonces se apartó, retirando la punta del acero del corazón de la joven y dejando que el aire frío se precipitara para llenar el espacio. Sin previo aviso, Roma se volteó y lanzó lejos su cuchillo; éste se hundió hasta la empuñadura en la pared de enfrente. Juliette miraba todo en estado de aturdimiento, como si fuera un espectro suspendido en lo alto. Supuso que había esperado que ocurriera esto. Roma tenía razón. No podía tener miedo incluso si su vida estaba en manos de él. Después de todo, ella había sido la que arriesgó su vida al adentrarse en territorio de los Flores Blancas, al colocar su existencia a disposición de las manos ansiosas de sus enemigos.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Juliette. Sus palabras salieron como un murmullo áspero—. ¿Por qué lo hiciste?

—Era un compromiso —Roma se frotó la cara con acritud. Sus ojos se deslizaron hacia la boca del callejón, comprobando que no hubiera amenazas, asegurando que no fueran interrumpidos ni vigilados—. Mi padre quería que te asesinara sin demora y yo me negué.

Juliette recordó la flor blanca tirada en el camino de su casa, la

nota escrita por Lord Montagov. Rezumaba desprecio y burla.

—¿Por qué?

Una risa estentórea

Roma negó con la cabeza.

—¿Es que lo ignoras? Yo te amaba.

Juliette se mordió la lengua. Ahí estaba de nuevo esa palabra. Amor. *Amada*. Roma hablaba como si todo lo que sucedió entre ellos hubiera sido real hasta el momento en que se enfrentaron a la cruda realidad, y Juliette no podía comprender aquello, no podía aceptarlo cuando había pasado tanto tiempo convenciéndose de que todo lo vivido entre ellos dos era una mentira, nada más que una simulación espectacular por parte de Roma para llevar a cabo su acción definitiva.

Tenía que convencerse. ¿Cómo podía soportar Juliette el pensamiento que él la *había* amado y sin embargo la había destruido de cualquier manera? ¿Cómo podía soportar enfrentarse a la verdad de que ella también lo había amado, en un grado tan hondo que aún quedaban vestigios en su corazón herido?, y si no se había tratado de un plan maestro de Roma para hundir sus garras en la mente de ella… entonces el tirón que sentía ahora en la yema de sus dedos sólo podría atribuirse a la debilidad de su propio corazón.

El sabor del metal inundó su boca. Con un gesto de dolor, Juliette aflojó su mandíbula, pero permaneció inmóvil, con la piel desgarrada debajo de su lengua palpitando con locura.

—Puedes creer lo que quieras —continuó Roma, notando la expresión en el rostro de ella—. Pero querías la verdad, así que te la diré: Mi padre se enteró, Juliette. Algún espía le informó que estábamos juntos, y para deshacer el agravio sobre la familia Montagov me entregó un cuchillo —Roma señaló el cuchillo en la pared—: para enterrarlo en tu corazón.

Juliette recordó el terror que Roma le tenía a su propio padre, el pavor que le generaban las acciones de las que eran capaces los Flores Blancas. Recordó cómo Roma solía reflexionar día tras día sobre las formas en que cambiaría las cosas cuando los Flores Blancas estuvieran bajo su mando. Y recordó la ternura que ella sentía por tal ambición, esa chispa de esperanza que ardía en su pecho cada vez que Roma decía que el futuro era de ellos dos, que la ciudad, algún día, les pertenecería, unida como una sola, siempre y cuando se tuvieran el uno al otro.

Juliette miró fijamente el cuchillo en la pared. Masculló:

—Pero no lo hiciste.

—No —aceptó Roma—. Le dije que preferiría quitarme la vida ahí mismo y me amenazó exactamente con hacer eso. Mi padre había estado esperando desde que nací a que metiera la pata, y finalmente sucedió. Dijo que él podría lanzar un ataque contra ti.

—No habría podido —interrumpió Juliette—. Él no tiene el poder…

—¡Eso tú no lo sabes! —la voz de Roma se quebró y se difuminó en fragmentos. De nuevo giró el rostro a otro lado; habló mientras miraba hacia la entrada del callejón—. ¿Qué sabía yo entonces? Mi padre… puede que no lo parezca porque no actúa con frecuencia, pero tiene ojos en todas partes. Siempre ha tenido ojos en todas partes. Si se hubiera decidido a matarte como prometió, si hubiera querido preparar la escena para que pareciera que ambos nos habíamos dado muerte en mitad de Shanghái y llevar la guerra de clanes a nuevas alturas, podría haberlo hacerlo. Yo no lo dudaba en absoluto.

—Podríamos haber luchado contra él —Juliette no sabía por qué se molestaba en ofrecer soluciones para una situación zanjada hacía tanto tiempo. En este punto era instinto físico, una forma de protegerse de la posibilidad de que Roma, quizás, hubiera tomado la decisión correcta—. Lord Montagov sigue siendo humano. Podría haber recibido un tiro en la cabeza.

Roma ahogó otra risa, absoluta, completamente desprovista de gracia.

—Yo tenía *quince años*, Juliette. Ni siquiera podía defenderme de las agresivas palmadas en el hombro de Dimitri. ¿Crees que podría haberle atravesado la cabeza a mi padre con una bala?

Yo podría haberlo hecho, quiso decir Juliette. Pero no sabía si aquello no era más que un pensamiento ilusorio, si realmente habría sido capaz de hacerlo antes de que la ira transformara su piel de fuego a una roca endurecida. En ese entonces, ella había creído al igual que Roma, que esta ciudad dividida podría ser nuevamente integrada. Ella lo creyó cuando se sentaban bajo la noche aterciopelada y miraban la bruma de unas luces en la distancia, cuando Roma decía que desafiaría todo, incluso las estrellas, para cambiar el destino de ambos bandos en esta ciudad.

—*Astra inclinant* —solía susurrar al viento Roma, tan conmovedoramente sincero incluso cuando pronunciaba citas en latín —, *sed non obligant*.

"Las estrellas nos inclinan, no nos atan."

Juliette respiró hondo. Sintió que algo dentro de ella se estaba desmoronando.

—¿Qué pasó? —se las arregló en preguntar—. ¿Qué pasó para que cambiara de opinión?

Roma comenzó a arremangarse. Buscaba algo que hacer con las manos, algo en lo que ocupar su impaciente energía porque no podía quedarse allí inmóvil como estaba Juliette: un soldado convertido en piedra.

—Mi padre te quería muerta porque se sintió insultado. A mí me quería muerto porque me atreví a rebelarme —una pausa larga—. Así que fui a verlo y le ofrecí un mejor plan. Uno que causaría más pérdidas a los Escarlatas. Uno que me pondría nuevamente su lado —y Roma vio a Juliette al rostro, finalmente la miró a los ojos—. Sería algo que te dolería más que la muerte, pero al menos seguirías con vida.

—Tú… —Juliette levantó la mano, pero no sabía lo que estaba tratando de hacer. Terminó señalando a Roma con el dedo, como si esto no fuera más que una pequeña reprimenda—. Tú…

No tenías derecho de elegir esa opción.

Pero ni siquiera podía articularlo correctamente.

Roma extendió la mano, su palma plana sobre la mano de ella cerrada en un puño. Las manos de él estaban firmes. Las de Juliette estaban temblando.

—Si estás buscando una disculpa, no puedo dártela —susurró Roma—. Aunque supongo que sí lamento no lamentarlo más. Pero dadas las opciones: elegir entre tu vida y la de tu pandilla… —Roma soltó la mano de Juliette—. Te elegí. ¿Estás satisfecha?

Juliette cerró los ojos con fuerza. Ya no le importaba que eso fuera peligroso, que se estuviera desmoronando en medio del territorio enemigo. Apretó el puño contra su propia frente, sintiendo como el filo de sus anillos se clavaba en la piel, y suspiró:

—De hecho, nunca estaré satisfecha.

Me eligió. Ella lo había creído insensible, había pensado que él cometió la mayor traición posible cuando ella le había ofrecido amor.

En lugar de ello, la verdad era que él había actuado en contra de todo lo que decía creer. Se había manchado las manos con la sangre de decenas de inocentes, se había clavado navajas en el propio corazón sólo para mantenerla con vida y a salvo, lejos de las amenazas de su padre. No había usado la información que obtuvo durante su tiempo junto a ella como una herramienta de ira, una muestra de poder. La había empleado como último recurso antes de perderla.

Juliette por poco comenzó a reír a carcajadas: sumida en el delirio, en estado de total incredulidad. Esto era lo que esta ciudad hacía con

el amor. Arrojaba la culpabilidad por aquí y por allá como una capa resbaladiza de sangre, mezclándose y fusionándose con todo lo demás hasta dejar su cicatriz. Por eso era que Roma no había querido decírselo. Sabía que ella llegaría a esta conclusión: a darse cuenta de que, de forma indirecta, la sangre de Nana también manchaba las de Juliette. Si Roma no la hubiera amado en verdad, *su* vida habría sido la que hubiera tomado la guerra de clanes: un intercambio simple.

Juliette abrió los ojos y alzó la vista. Cielo gris y lúgubre del primer día de octubre. Aquí abajo, en medio de las sombras del frío callejón, podría seguir acechando en la oscuridad, podría extender la mano y limpiar la lágrima que rodaba por la mandíbula de Roma y saber que nadie sería testigo. Se resistió. En algún lugar arriba, más allá de esas nubes bajas y los vientos fuertes, la estrella polar parecía danzar encima del mundo completamente libre de preocupaciones.

Su ciudad, su pandilla, su familia. Su familia, su pandilla, su ciudad.

—Muy bien.

Roma parpadeó.

—¿Cómo dices?

Juliette se llevó las manos a los costados y se alisó el vestido. Intentó sonreír, pero estaba segura de que simplemente daría la impresión de estar sufriendo.

—Muy bien —repitió—. No tenemos tiempo para perder en nuestros dramas personales, ¿verdad? Misterio resuelto.

Se acercó hasta el cuchillo y lo desclavó de la pared del callejón. Era un arma hermosa. El mango estaba grabado con un lirio, la hoja era brillante, afilada, áurea.

Esta ciudad descansaba sobre sus hombros. No podían derrumbarse ahora, por mucho que Juliette quisiera recostarse sobre la hierba y permanecer inerte durante el próximo milenio. Y sin importar cuánto le doliera, alzó los ojos por encima del hombro y miró a Roma, justo en el momento en que se colocaba la máscara una vez más, mientras transitaba nuevamente de la tristeza a la frialdad.

Me elegiste hace cuatro años. ¿Volverías a hacerlo? ¿Elegirías esta versión de mí: estos bordes dentados y estas manos mucho más empapadas de sangre que las tuyas?

Su ciudad, su pandilla, su familia. Lo mejor que podía hacer ahora sería apartarse, alejarse de cualquier cosa que pudiera distraerla de lo verdaderamente importante. Pero no pudo. Ella… albergaba esperanza. Vaya peligrosa palabra. La esperanza era el más cruel de todos los males, aquello que había logrado sobrevivir en la caja de

Pandora entre toda esa miseria, enfermedad y tristeza: ¿y cómo podía durar al lado de cosas tan perversas si no tuviera sus propias y horripilantes garras?

—Todavía tenemos un monstruo que atrapar —dijo Juliette con firmeza, por más que en ese instante no fuera lo que ocupaba su mente—. Chenghuangmiao es territorio de los Flores Blancas. Vamos.

Temía que Roma se negara. Que él se alejaría incluso si ella no era capaz de hacerlo. Había tanta gente yendo de un lado a otro de Chenghuangmiao a diario —chinos o de otras nacionalidades—, que sería imposible mantener del todo fuera a la Pandilla Escarlata. A estas alturas no necesitaba la ayuda de Roma para encontrar a Albarraz. No tenían que seguir cooperando. Él lo sabía.

Los ojos de Roma estaban en blanco. Su postura era relajada, la espalda recta.

—Vamos —dijo.

Treinta y uno

Tyler Cai fue el primero en recibir noticias de los rumores que corrían dentro de la ciudad. Se enorgullecía de estar atento a lo que contaban los pajaritos, con el rostro vuelto hacia el exterior, atento a los susurros que fluían a favor del viento desde cualquier origen importante, los ojos clavados en aquellos que lo necesitaban. En términos generales, los civiles eran pequeñas criaturas volubles. No se podía confiar en que siguieran adelante con sus vidas de forma sensata. Necesitaban supervisión, una mano gentil y amable que los empujara en esta o aquella dirección y moviera las cuerdas que sostenían su destino como lo dictaba la necesidad, de lo contrario las cuerdas se enredarían y la gente moriría sofocada por su propia incompetencia y torpeza.

—Lord Cai —la noticia provenía de un mensajero llamado Andong, a quien Tyler había tomado de forma especial bajo su protección y entrenado con la orden expresa de acudir a él primero, antes que a ninguna otra persona—. La situación es realmente terrible.

Tyler se sentó erguido a su escritorio y reposó su pluma de caligrafía.

—¿Qué ocurrió?

—Una huelga en una fábrica en Nanshi —dijo Andong, sin aliento. Había entrado corriendo, evitando a duras penas una colisión con el quicio de la puerta en medio de su apuro—. Víctimas. Esta vez hay víctimas.

—¿Víctimas? —repitió Tyler, frunciendo el ceño—. Son simplemente trabajadores armando un escándalo, ¿cómo es posible

que hubiera víctimas? ¿La locura golpeó al mismo tiempo?

—No, son los comunistas —fue la respuesta apresurada—. Había gente del sindicato instalados dentro de la fábrica, instruyendo a los trabajadores y contrabandeando armas. El capataz está muerto. Lo encontraron con un cuchillo de carnicero clavado en la cabeza.

Tyler arrugó la frente en un gesto de intensa preocupación. Repasó en su memoria los mítines en las calles, los partidos políticos a los que la Pandilla Escarlata había estado tratando de mantener a raya. Quizá se habían alineado erróneamente con los nacionalistas. Quizás eran los comunistas a quienes deberían haber estado observando con más atención.

—¿Cuáles pueden ser sus quejas? —se burló Tyler—. ¡Cómo se atreven a rebelarse contra quienes les brindan seguridad!

—No lo ven de esa forma —respondió Andong—. Los trabajadores que no mueren producto de la locura, están muriendo de hambre. Están haciendo cola en multitudes para obtener esa estúpida vacuna, y en lugar de culpar a aquel maldito Albarraz por cobrarles de más, lo adoran por la seguridad que les brindan sus ampolletas mágicas. Así, ellos culpan a las fábricas de los Escarlatas por no pagar lo suficiente para permitirles tener al mismo tiempo la vacuna y el sustento.

Tyler sacudió la cabeza.

—Ridículo —siseó.

—Y, sin embargo, los comunistas están prosperando en este ambiente.

Lo estaban haciendo. Aprovechaban al máximo el caos para volver a la gente de Shanghái en contra de sus gobernantes, para derribar el reinado que los gánsteres habían construido. Pero no era para darle tanta importancia. La Pandilla Escarlata todavía conservaba la corona. Si finalmente no lograban mantener a raya a los comunistas, simplemente los destruirían.

—No es un incidente aislado —advirtió Andong cuando Tyler guardó silencio—. Puede ser un levantamiento. Los comunistas planean algo para hoy. Las fábricas de todo Nanshi comienzan a refunfuñar su descontento. Habrá más asesinatos antes de que acabe el día.

Que rueden cabezas y abajo los ricos. Los trabajadores estaban lo suficientemente hambrientos para intentar derribar a los gánsteres, para usar el sonido de los gritos para aliviar los espacios entre sus costillas.

—Envíen advertencias a nuestros militantes Escarlatas —instruyó Tyler—. Inmediatamente.

El mensajero asintió. Parecía que iba a volver en la dirección en la que había venido, pero se detuvo antes de dar un paso.

—Hay… otro asunto.

—¿Otro? —preguntó Tyler. Se echó las manos detrás de la cabeza y se reclinó en la silla.

—*Esto* no lo vi con mis propios ojos, pero —Andong se adentró más en la habitación y bajó la cabeza. Instintivamente, su voz redujo el volumen, como si los asuntos relacionados con la muerte y la revolución pudieran discutirse en un tono de voz normal, pero las pequeñas murmuraciones exigieran reverencia—. Cansun dijo que fue testigo del paso de la señorita Juliette por el territorio de los Flores Blancas. Dijo que la vio… —la voz de Andong se fue apagando.

—Escúpelo —exigió Tyler.

—La vio con Roma Montagov.

Tyler bajó las manos lentamente.

—¿Ah?

—Fue un simple vistazo —continuó Andong—. Pero le pareció sospechoso. Pensó que usted querría saberlo.

—De hecho, sí que quiero saberlo —Tyler se levantó—. Gracias, Andong. Si me disculpas, ahora debo encontrar a mi querido primo.

Roma y Juliette habían alcanzado una especie de paz peculiar. Daba la impresión de que ambos hubieran dejado de ser enemigos y, sin embargo, se mostraban más fríos entre ellos que antes de Mantua, mucho más rígidos, más reservados. Juliette dirigió una mirada furtiva a Roma mientras se abrían paso a través de Chenghuangmiao, observando la forma en que sus manos estaban dobladas, la manera en que mantenía los codos cerca del abdomen.

No se había dado cuenta de que habían empezado a sentirse cómodos el uno con el otro hasta que se sintieron nuevamente contrariados.

—Si recuerdo correctamente —dijo ella en voz alta, deseando romper la tensión—. ¿La casa de té Long Fa es la que mencionó Archibald Welch?

Juliette se detuvo para inspeccionar las tiendas junto a las que pasaban y, en esos pocos segundos, tres compradores chocaron con ella, uno tras otro. Arrugó la nariz, a punto de soltar una exclamación airada antes de detenerse. Supuso que ser invisible era mejor que ser reconocida. No significaba que lo disfrutara, incluso si podía mezclarse sin preocupaciones con la bulliciosa multitud gracias a su deslavado abrigo y su aún más deslucido peinado.

—No puedo imaginarme por qué me pedirías que te confirmara esta información —respondió Roma—. Yo estaba en el suelo.

—No hay nada de malo en limpiar el suelo de vez en cuando. Demuestra tu humildad.

Roma no se rio. Ella no esperaba que lo hiciera. En silencio hizo un gesto para que ambos avanzaran antes de que los compradores pudieran atropellarlos y reconocer sus rostros.

—Muévete, lavapisos.

Juliette se puso en marcha con paso decidido. Pasaron junto a los vendedores de ungüento y los espectáculos de marionetas, luego caminaron junto a toda la fila de tiendas xiǎolóngbāo sin detenerse ni una vez a inhalar el aroma de deliciosas carnes. Se abrieron camino alrededor de los vociferantes artistas y pasaron bajo el arco que conducía en medio del ajetreo y el bullicio del centro de Chenghuangmiao, y allí, Roma se detuvo de repente, aguzando la mirada.

—Juliette —dijo Roma—. Es aquél.

La joven asintió, haciendo un gesto para que ambos se apresuraran en esa dirección. La casa de té Long Fa se encontraba cerca de los estanques y a la izquierda del puente en zigzag de Jiuqu, una construcción de cinco pisos con un estrafalario techo curvado en sus bordes dorados. El edificio probablemente había estado en pie desde que China fue gobernada por primera vez por emperadores en la Ciudad Prohibida.

Roma y Juliette cruzaron las puertas abiertas de la casa de té, levantando los pies sobre la sección elevada que enmarcaba la entrada. Hicieron una pausa.

—¿Arriba? —preguntó Roma, examinando lo que se veía al nivel del suelo, vacío salvo por un taburete metido en la esquina.

—El último piso —le recordó Juliette.

Subieron por las escaleras. Piso tras piso, pasaban junto a clientes y meseros, una actividad desbordante en medio de la cual se gritaban pedidos y se lanzaban recibos. Pero cuando Juliette completó el último tramo, llegando al piso superior con Roma pegado a sus talones, encontraron sólo una alta puerta de madera que los bloqueaba de cualquier cosa que hubiera al otro lado.

—¿Es aquí?

—Debe serlo —respondió Roma. Vacilante, extendió el dorso de la mano y tocó la puerta.

—Adelante.

Un acento británico. Bajo, retumbante, como si alguien tuviera un

resfriado o una infección nasal.

Roma y Juliette intercambiaron una mirada. Roma se encogió de hombros y movió los labios sin emitir sonido: *Pues pasemos*.

Juliette abrió la puerta. De inmediato su frente se arrugó con lo que encontró: un espacio diminuto, de no más de diez pasos de ancho. En el centro del recinto había un escritorio, aunque la mitad estaba cubierto por una enorme cortina blanca que se elevaba hasta el techo. Gracias a la luz que se filtraba por la ventana, Juliette pudo distinguir una silueta detrás de la cortina, con los pies puestos sobre el escritorio y los brazos acomodados detrás de la cabeza.

—Bienvenidos a mi oficina, señorita Cai y señor Montagov —dijo Albarraz. Hablaba como si tuviera grava alojada en la garganta. Juliette se preguntó si era su voz verdadera o era fingida. Y si fuera fingida… ¿Por qué lo hacía?—. No puedo decir que los estuviera esperando, y normalmente sólo recibo visitas con cita previa, pero sigan, adelante.

Juliette caminó lentamente hacia el escritorio. En un examen más detenido, mientras miraba el muro detrás de Albarraz, se dio cuenta de que no era una pared, era simplemente un separador de ambientes temporal. Este "cuarto" era tan grande como todos los de los pisos de abajo. Detrás del separador, el resto sin duda sería el laboratorio que había mencionado Archibald Welch.

Albarraz se cree muy astuto, pensó Juliette, mirando la línea donde el separador se juntaba con el techo. *Debería aprender a pintar mejor.*

—Vengan, siéntense —gritó Albarraz. A través de la cortina, el contorno de su brazo lo mostraba señalando a los asientos frente a él. Sin embargo, la silueta de su brazo se partía en el momento en que lo acercaba a la cortina.

Juliette agudizó la mirada. Buscó una segunda fuente de luz refractaria detrás de la cortina que pudiera crear tal efecto y encontró su respuesta en la pared, donde un espejo inclinado miraba hacia el techo. Ofrecía la ilusión de ser simple decoración, pero todo lo que se necesitaba era una mirada hacia donde apuntaba el espejo y el descubrimiento de otro espejo para revelar la verdad del asunto.

Ellos no podían ver a Albarraz, pero él ciertamente podía verlos.

—No le quitaremos mucho tiempo —aseguró Roma, sentándose primero. Juliette siguió su ejemplo, aunque sólo se sentó en el borde de su asiento, presta a una fuga rápida.

—Es acerca de su vacuna —dijo Juliette con firmeza. No tenía tiempo para rodeos—. ¿Cómo la fabrica?

Albarraz se rio entre dientes.

—Señorita Cai, seguro comprende lo perjudicial que sería para mi negocio compartir dicha información. Sería tanto como si yo le pidiera a usted que me entregara la lista de sus clientes.

Juliette golpeó el escritorio con la mano.

—Estamos hablando de *la vida* de las personas.

—¿Es así? —replicó Albarraz—. ¿Qué harán con la fórmula de mi vacuna? ¿Elaborar una cura preventiva? Estoy tratando de administrar un negocio basado en la demanda, no un centro de investigación.

Roma tomó del codo a Juliette. Quería darle a entender que se relajara, que no hiciera enojar a Albarraz antes de obtener lo que habían venido a buscar. Pero cuando él la tocó ella se sobresaltó, y cuando saltó de su silla en estado de conmoción, su nerviosismo pasó de tenso a catastrófico.

—¿Qué negocios tiene con Zhang Gutai? —preguntó Roma—. Seguramente habrá escuchado los rumores sobre el papel de ese hombre como el artífice de la locura. Se dará usted cuenta de lo sospechoso que resulta que usted tuviera tan a la mano una cura disponible.

Albarraz se limitó a reírse.

—Por favor —dijo Roma con los dientes apretados—. No lo estamos acusando de nada. Simplemente reunimos nombres, buscando una manera de *arreglar* este embrollo.

—¿Han llegado tan lejos en su pequeña investigación y todavía no pueden unir las piezas?

Juliette estaba a pocos segundos de lanzarse sobre la cortina y comenzar a golpear a Albarraz hasta lograr que sus crípticas respuestas tuvieran algo de maldita claridad.

—¿Qué quiere decir?

—¿Usted qué cree, señorita Cai?

Juliette abandonó su asiento tan velozmente que la silla voló hacia atrás y se volcó.

—Muy bien. Ya es suficiente.

Se acercó y, con un movimiento rápido y hábil, jaló la cortina, con tal fuerza que logró zafar la tela de los anillos que la sujetaban al techo.

Albarraz se levantó de un brinco, pero Juliette no pudo ver ningún rostro. No era posible. Llevaba puesta una máscara, una de esas máscaras baratas de la ópera china que todos los vendedores en los mercados vendían a niños curiosos, decorada con ojos grandes y saltones y con espirales rojos y blancos para enfatizar la nariz y la boca. Ocultaba todos sus rasgos, pero la joven estaba bastante segura

de que Albarraz debía tener una expresión complaciente consigo mismo en ese momento.

También le estaba apuntando a Juliette con un arma.

—Usted no es la primera persona en intentarlo, señorita Cai —dijo Albarraz, casi comprensivamente—, aunque sí la única que aún vive.

El arma de Juliette estaba metida dentro de su vestido. Para cuando la alcanzara, Albarraz habría tenido tiempo de sobra para disparar.

Aun así, siguió adelante con su bravata.

—¿Quién cree usted que puede disparar más rápido? —preguntó Juliette con inflexión de mofa.

—Creo que para cuando alcance su pistola, señorita, ya tendrá un agujero en la cabeza.

Juliette miró a Roma. La mandíbula del joven estaba tan tensa que ella temió que pronto comenzaran a agrietársele los molares.

—Es simplemente una pregunta —dijo Roma en voz baja. Preguntó de nuevo—: ¿Qué negocios tiene con Zhang Gutai?

Albarraz los examinó. Ladeó la cabeza e hizo un ruido, luego un gesto con la mano libre para que Roma y Juliette se acercaran. Ellos no accedieron. En lugar de ello, Albarraz se acercó a la mesa y se inclinó, como si se dispusiera a revelar un gran secreto.

—¿Desean saber sobre mi negocio con Zhang Gutai? —susurró guturalmente—. Zhang Gutai está transformándose *él mismo* en un monstruo. Yo formulo la vacuna usando la información que *él* me proporciona.

—¿Por qué? —preguntó Juliette mientras bajaban apresuradamente por las escaleras—. ¿Por qué nos diría eso? ¿Por qué Zhang Gutai le daría la fórmula para una vacuna?

El mundo se estaba moviendo demasiado rápido. El pulso de Juliette latía a una velocidad vertiginosa. Incluso cuando llegaron al nivel del suelo y se detuvieron para orientarse, su respiración estaba todavía alterada. Se detuvieron para ordenar sus pensamientos, comprendiendo que ahora tenían cada una de las piezas que necesitaban del rompecabezas para poner fin a la maldita locura que estaba destrozando a Shanghái.

¿Cierto?

—No tiene ningún sentido —afirmó Juliette—. Él debe saber que nuestro objetivo es matar al monstruo. Debe saber que ahora buscaremos a Zhang Gutai. ¿Por qué nos iba a revelar esto? Sin el monstruo, no hay locura. Sin locura, se le acaba el negocio.

—No lo sé, Juliette —respondió Roma—. Tampoco se me ocurre ninguna respuesta contundente. Pero…

—*¡Abajo los gánsteres!*

El grito atrajo de inmediato la atención de Roma y produjo espanto en Juliette, provocando en ambos tal sobresalto que se tomaron de las manos. Provenía del puente Jiuqu, un anciano furibundo que siguió gritando hasta que un activo Escarlata que se encontraba cerca lo amenazó con darle una golpiza. Aquella visión, sin embargo, no fue recibida con indiferencia, como de costumbre. En lugar de ello, ante la intrusión del amenazante Escarlata, los civiles en las cercanía empezaron a rezongar, lanzando rumores y especulaciones al viento. Juliette captó fragmentos de las palabras susurradas: sobre trabajadores en huelga y revueltas en las fábricas.

Se soltó con rapidez de la mano de Roma, dando un paso hacia un lado. Roma no se movió.

—¿Por qué diría tal cosa? —murmuró Juliette, con los ojos todavía fijos en la escena. ¿Por qué ese anciano se sintió lo suficientemente envalentonado para gritar su deseo de erradicar a las pandillas?

—Si los informes que leí esta mañana pueden servir de indicación, se avecinan problemas de parte de los comunistas —respondió Roma —. Revueltas armadas en Nanshi.

—Nanshi —repitió Juliette, sabiendo que el área le era familiar por una razón particular—. Ése es el sitio…

Roma asintió.

—Donde se encuentra Alisa, encerrada en un hospital cercano a las fábricas —finalizando la frase que había iniciado Juliette—. Puede ser que se nos esté acabando el tiempo. Los trabajadores asaltarán el edificio en caso de que ocurra una revuelta.

Si los trabajadores se rebelaban de sus tareas, instruidos para causar el caos, buscarían causar daños a toda la mafia, a todos los capitalistas, a todos los capataces de alto rango y propietarios de fábricas que encontraran a su paso, incluyendo a los niños, estuvieran conscientes o sedados, la pequeña Alisa Montagova entre ellos.

—Lo mataremos —decidió Juliette—. Hoy mismo.

Matar al monstruo, detener la locura. Despertar a Alisa y salvarla del caos que crecía a su alrededor.

—Debe seguir en su oficina —dijo Roma—. ¿Cómo nos proponemos hacerlo?

Juliette miró su reloj de bolsillo. Se mordió el labio, pensando con intensidad. No había tiempo de consultar a sus padres. Dudaba que lo aprobaran de todos modos. Querrían evaluar las cosas detenidamente,

trazar planes. No podía solicitar respaldo oficial de los Escarlatas. Tendría que llevar esto a cabo en sus propios términos.

—Reúne tus armas y tus refuerzos más allegados. Nos reuniremos en una hora frente a las oficinas de *Labor Daily*.

Roma asintió. Su mirada examinó el rostro de la joven, pasando de su frente a sus ojos y a su boca, como si esperara que ella dijera algo más. Cuando Juliette no lo hizo, desconcertada por lo que él estaba esperando, Roma no se explicó. Simplemente asintió de nuevo y dijo:

—Hasta entonces.

Tyler se apartó de donde había estado al acecho, presionando contra la pared exterior de la casa de té Long Fa. Quedó fuera del punto de visión justo a tiempo para evitar ser descubierto por Roma Montagov, quien se apresuraba hacia las multitudes de Chenghuangmiao y un instante después desapareció.

Dando una última calada a su cigarrillo, Tyler pellizcó el extremo encendido para apagarlo, luego lo dejó caer al suelo, sin importarle las nuevas quemaduras en los dedos.

Tyler los había visto. No había podido escuchar su conversación, pero los *había visto*, trabajando juntos, apoyándose el uno al otro.

—Tā mā de, Juliette —musitó—. *Traidora*.

Treinta y dos

—Mensaje para usted, señorita Lang.

Kathleen se dio la vuelta y se movió de un extremo a otro de la cama de Juliette, cuidadosamente dispuesta por las criadas. Kathleen era la peor pesadilla de la servidumbre. Había muchas sillas en las que podría sentarse en esta casa, pero cada vez que Juliette salía de su habitación, entraba para tomar posesión de su lecho.

Para ser justos, era una cama indescriptiblemente cómoda.

—¿Para mí? —preguntó Kathleen, haciendo señas al mensajero para hacerlo pasar. Aquello fue inusual. No eran muchos los mensajes que recibía.

—En el sobre aparecen ambos nombres, Lang Selin y Lang Shalin, pero no puedo encontrar a la señorita Rosalind —respondió el mensajero, quien había pronunciado las sílabas de sus nombres con dificultad. Cuando le mostró el sobre que encerraba la nota, notó que su nombre chino, Lang Selin, estaba transliterado al alfabeto latino en lugar de escrito en caracteres chinos.

Tenía que ser de Juliette. Nadie más sería tan críptico.

Kathleen arqueó una ceja y extendió la mano para tomar el mensaje.

—Gracias —dijo.

El mensajero salió. Kathleen desdobló el papel.

Necesito tu ayuda. El secretario general del Partido Comunista es el monstruo. Encuéntrame en los alrededores del edificio donde

trabaja. Trae armas. Trae silenciadores. No se lo digas a nadie.

—Ay, *merde*.

Juliette tenía la intención de matar al secretario general del Partido Comunista.

Kathleen arrojó la nota al suelo y saltó de la cama, apresurándose hacia la habitación en el cuarto contiguo. Guardaban sus armas en este pequeño recinto, junto a los relojes de pared y los sofás envejecidos, en una fila de armarios que de otro modo habrían tenido un aspecto intrascendente para un observador casual. Se movió con rapidez, abrió los cajones y cargó dos pistolas, asegurando los silenciadores firmemente. Comprobó las municiones, comprobó cada componente y luego se guardó ambas escuadras en los bolsillos.

Se detuvo. Sus oídos se alertaron de repente, al escuchar un sonido del otro lado de la pared, desde la habitación de Juliette.

Pasos. ¿Quién estaba caminando adentro?

Intrigada, Kathleen se incorporó silenciosamente, dando cada paso con delicadeza mientras salía de la armería y regresaba al dormitorio de Juliette. Conteniendo la respiración, asomó la cabeza por la puerta y vio una figura familiar. Se relajó. Sólo era Rosalind, que tenía la nota en las manos.

—¿Qué *demonios* es esto? —preguntó ella.

De inmediato Kathleen volvió a ponerse tensa.

—Yo… pensé que las palabras se explicaban por sí mismas.

—No puedes estar hablando en serio —los ojos de Rosalind se posaron en los bolsillos de Kathleen. Identificó las siluetas de las armas, con la mirada afilada, inquisitiva—. No tendrás la intención de ir, ¿cierto?

Kathleen parpadeó.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Transcurrió un momento de silencio. Ese momento sería algo para recordar por siempre: la primera vez que Kathleen había mirado a Rosalind —que realmente la había mirado—, y había comprendido que no tenía idea de lo que podría estar pasando por la cabeza de su hermana. Y cuando Rosalind explotó, Kathleen sintió el impacto como unos fragmentos de la explosión atravesándole el estómago.

—¡Esto es *absurdo*! —gritó Rosalind de repente—. ¡No tenemos el derecho de ir matando secretarios generales a nuestro antojo! ¡Juliette no puede involucrarte en esto como se le antoje!

—Rosalind, déjalo —suplicó Kathleen, apresurándose a cerrar la puerta—. Ella no me está involucrando en nada.

—Entonces, ¿qué es esta nota? ¿Una mera sugerencia?

—Esto es *importante*. Se trata de detener la locura.

Los labios de Rosalind se tensaron. El volumen de su voz descendió, hasta que en lugar de ser alto se volvió frío, no un tono de rabia sino de acusación.

—Y yo que pensaba que eras la pacifista de la familia.

Pacifista. Kathleen por poco comienza a reír a carcajadas. De todas las palabras para describirla, pacifista no podría estar más lejos de la verdad. Sólo porque ella no tenía ningún interés en el derramamiento de sangre, de repente ahora se convertía en una venerable santa. Kathleen sería capaz de presionar un interruptor y acabar instantáneamente con toda la vida en esta ciudad si eso ayudaba a que su vida consiguiera un poco de paz y tranquilidad.

—En eso te equivocas—dijo Kathleen en un tono neutro—. En eso se equivocan todos.

Rosalind se cruzó de brazos. Si apretaba con más fuerza la nota, que ahora sostenía entre las manos, cavaría un agujero a través de las palabras.

—Supongo que a tus ojos Juliette es la única persona exenta de ser considerada una estúpida.

Kathleen se quedó, literalmente, boquiabierta.

—¿*Te das cuenta de* lo que estás diciendo? —preguntó. Quizá se había subido a una máquina que las había regresado a la época en que eran unas niñitas petulantes.

Pero a Rosalind no le importaba evaluarse. La amargura había aflorado a la superficie y ahora no podía dejar de desbordarse.

—Date cuenta de la manera tan casual con que Juliette ha abordado toda esta cuestión de la locura —dijo con la mandíbula tensa—. Mira cómo maneja todo el asunto como si fuera simplemente otra misión con la cual impresionar a sus padres…

—¡Basta ya! —las manos de Kathleen se cerraron alrededor del dobladillo de su blusa, los dedos sujetando con fuerza la gruesa tela—. No has estado presente la mayor parte del tiempo.

—¡*Vi* al monstruo!

—Esto no es *culpa* de Juliette. No es su culpa que tenga que tratarlo como si fuera su trabajo porque esto *es*…

—No lo entiendes —dijo entre dientes Rosalind, avanzando velozmente. Se detuvo justo frente a Kathleen y la tomó por los hombros—. Juliette nunca enfrentará las consecuencias de nada de lo que haga. Nosotras sí. Padeceremos cada maldita parte de esta ciudad cuando estalle en mil pedazos…

—Rosalind —suplicó Kathleen—, estás muy estresada en este momento —apartó las manos de su blusa y las extendió frente a ella. Fue tanto una acción para mantener a Rosalind a distancia como para aplacar a su hermana, a quien veía como un animal salvaje—. Lo entiendo, en verdad que sí, pero todos estamos en el mismo bando.

—¡Su apellido es Cai! —exclamó Rosalind—. ¿Cómo podemos estar en el mismo bando cuando ellos nunca caerán? Son invulnerables. ¡Nosotras *no lo somos*!

Kathleen no podía seguir escuchando estos argumentos. No tenía el tiempo. Las armas en su bolsillo se volvían más pesadas con cada segundo que transcurría. Se zafó de la mano de Rosalind aferrada fuertemente a uno de sus hombros, y ya sin decir palabra, se dio la media vuelta para salir.

Hasta que Rosalind dijo:

—Celia, por favor.

Kathleen se quedó helada. Se giró como un trompo hacia su hermana.

—No —siseó—. Hay oídos por doquier en esta casa. No me pongas en peligro sólo para reforzar tu súplica.

Rosalind apartó la mirada. Dejó escapar un largo suspiro, pareció recomponerse y susurró:

—Sólo intento cuidar de ti.

¡Ahora no es el momento de cuidarme!, hubiera querido estallar Kathleen. ¿Qué parte de eso era tan difícil de entender? Sacudió la cabeza. Se tragó las palabras y se obligó a suavizar el tono.

—El asunto es simple, Rosalind. ¿vas a ayudar o no?

Cuando Rosalind volvió a mirarla a los ojos, Kathleen sólo encontró apatía en la expresión de su hermana.

—No lo haré.

—Muy bien —dijo Kathleen—. Pero por favor no me detengas.

En esta ciudad proliferaban los monstruos en cada rincón. Ni por el demonio mismo iba a permitir a su hermana que le impidiera eliminar al menos a uno.

Kathleen abandonó la habitación.

Treinta y tres

Juliette se encontraba a la vuelta de la esquina del edificio de oficinas del *Labor Daily*, su cuerpo oculto entre las sombras de las paredes exteriores y unas tuberías que quedaban a la vista. Había elegido una pequeña franja de césped donde el edificio se curvaba un poco hacia dentro, cerca de la oxidada puerta trasera que parecía no haber sido limpiada en semanas. Una planta trepadora crecía en este rincón, volando a través de las paredes hasta quedar suspendida justo encima de la cabeza de la joven. Desde la distancia, Juliette podría haber sido confundida con una estatua que miraba hacia el frente con ojos apagados. No podía permitirse parpadear demasiado. Si lo hacía, podría colapsar en ese mismo instante, convertirse en una gemela de la Níobe de mármol que se encontraba en el Asentamiento Internacional, y luego de eso nunca volvería a levantarse.

—Juliette… *oh Dios*.

Juliette también se encontraba aquí porque había encontrado un cadáver. Una víctima de la locura: una mujer mayor con la garganta hecha jirones. Se había quedado ahí porque no sabía qué hacer, si era mejor dejar a la víctima a solas o hacer algo… o si matar a Zhang Gutai hoy sería suficiente para una jornada, con todo el peso que ya llevaba sobre sus hombros.

Juliette se dio la media vuelta y exhaló un suspiro al ver a su prima. Kathleen se cubrió la boca, horrorizada, agachándose bajo un sendero de enredaderas.

—Antes de que preguntes —dijo Juliette—, la encontré así. ¿Trajiste silenciador?

—Aquí lo tengo —dijo Kathleen. Le pasó a Juliette una de las pistolas que llevaba en el bolsillo, con la mirada aún fija en la mujer muerta recargada contra la pared.

—¿Dónde está Rosalind? —preguntó Juliette. Se puso en puntitas para mirar por encima del hombro de Kathleen, como si esperara que Rosalind simplemente se acercara caminando un poco más lento que su hermana.

—No pudo venir —respondió Kathleen. Apartó la mirada del cadáver—. El club *burlesque* la necesita. Era demasiado sospechoso que se ausentara.

Juliette asintió. Hubiera preferido tener otro par de ojos y manos de confianza junto a ella, pero ya no había nada que hacer.

—¿Ahora me puedes decir qué está pasando? —preguntó Kathleen.

—Exactamente lo que decía mi nota —respondió Juliette—. La locura terminará hoy.

—Pero… —Kathleen se rascó la parte interior del codo, trazando rabiosas líneas sobre su piel—. Juliette, seguramente no querrás que nosotras dos solas asaltemos lo que es esencialmente un bastión comunista. Podrá ser también un lugar de trabajo, pero no tengo ninguna duda de que algunos de ellos portan armas.

Juliette hizo un gesto de inquietud.

—Hablando del tema… —vio tres figuras que se acercaban por la acera. Levantó la mano, buscando captar la atención de Roma—. Que no cunda el pánico. Te lo explicaré todo más tarde.

Kathleen se giró precipitadamente. Como siempre, cuando alguien le decía que no entrara en pánico, lo primero que hacía era entrar en pánico. De hecho retrocedió un par de pasos cuando Marshall Seo le dedicó un ademán de saludo y agitó la mano. Benedikt Montagov alzó su brazo y forzó al otro joven a bajar la mano.

Los Flores Blancas se agacharon bajo las enredaderas y con rapidez Roma arrojó algo en dirección de Juliette: algo suave y cuadrado, un ovillo apretado para que la tela pudiera volar por el aire y aterrizar en la palma de la mano de la joven. Era un pañuelo grande. El inesperado proyectil hizo que a Juliette le fuera fácil fingir que su jadeo ahogado se debía a la sorpresa de tener que atraparlo y no al hecho de que Roma se había acercado, casi rozando su hombro.

—Para que te cubras el rostro —explicó. Tenía otro entre sus manos, para el mismo propósito—. Dado que hoy somos los verdugos… *eh*.

Benedikt y Marshall se pusieron en alerta, ambos rígidos, anticipando una amenaza. Pero no había una, al menos no aquí. Roma

simplemente acababa de ver a la mujer muerta.

—¿Cómo llegó ella hasta aquí? —murmuró Benedikt.

—Seguro era una empleada —respondió Marshall, señalando con el pulgar las paredes brillantes del edificio de oficinas—. Lo mejor es que tengamos cuidado. Podría estar a punto de surgir un brote.

Roma emitió un ruido de disgusto desde el fondo de su garganta, pero no agregó nada más.

Quizás era un poco sádico de parte de Juliette, el reunirlos a todos aquí, a un metro de distancia de un cadáver. Pero era preciso que vieran esto antes de entrar. Era preciso que recordaran exactamente lo que estaba en juego.

Poner fin a una vida culpable a cambio de la de innumerables inocentes. Un solo sacrificio para salvar la ciudad entera.

Quizás ésta era la elección que debería haberse tomado cuatro años atrás. Si tan sólo Juliette hubiera cargado con más culpa en su alma en aquel entonces. Habría hecho que su muerte fuera digna.

Detente, se reprendió. Su pulso latía como una sinfonía en sus oídos. Temía un poco que los demás pudieran oírla. Se preguntó si cada vez que abría la boca, en efecto el sonido viajaría desde su pecho y a través de su garganta, abriéndose paso hacia el mundo exterior.

Hizo el esfuerzo de apartar sus nervios. Había conquistado oponentes mucho más feroces que un estridente latido del corazón.

Es ahora o nunca.

Juliette se aclaró la garganta.

—Así es como procederemos —comenzó—: Necesitamos guardias en la parte de atrás. La oficina de Zhang Gutai tiene una ventana desde la que él podría saltar.

Roma hizo un gesto con la cabeza a Benedikt y Marshall. Sin necesidad de intercambiar palabra, se apresuraron a ir a la parte trasera del edificio.

—Kathleen.

La joven adoptó posición de alerta.

—Necesito que provoquen algún tipo de evacuación en el primer piso. La suficiente conmoción para que nadie nos impida acercarnos al segundo nivel y entrar en la oficina de Zhang Gutai.

Kathleen sacó su pistola y la alistó con ambas manos. Una exhalación lenta. Un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Atenta a mi señal —dijo—. Espero que sepas lo que estás haciendo, Juliette.

Y salió de abajo de las enredaderas.

Bendito Dios, yo también lo espero.

—En cuanto a nosotros… —Juliette volteó hacia Roma. Ató el pañuelo alrededor de la mitad inferior de su rostro—. ¿Listo?

—Listo.

Un atronador disparo resonó en el edificio de oficinas. Siguieron tres estallidos más en veloz sucesión. Cristales rotos. Gritos de confusión.

—Vamos.

Se apresuraron hacia las puertas de la entrada, mezclándose con la conmoción sin ser notados. Kathleen no estaba por ningún lado, pero eso sólo significaba que salió rápidamente de allí. Había dejado atrás una escena de desconcierto general, pero sin pánico: la gente estaba demasiado preocupada murmurando sobre lo que debían hacer, como para notar que Roma y Juliette subían corriendo las escaleras. Ésta era más una simple misión de asesinato que una confrontación directa. Cuanto más rápido pudieran entrar y salir, mejor.

Desafortunadamente, también había gente en el segundo piso: dos hombres fuera de la puerta de la oficina de Zhang Gutai. Quizá se les había pedido que lo protegieran. Quizá Zhang Gutai sabía que se había ordenado su asesinato.

—No —masculló Roma antes de que Juliette pudiera avanzar hacia los hombres—. No podemos matarlos.

—¿Cuál es su línea de trabajo? ¿Motivo de la visita? —uno de los hombres de la puerta preguntó perezosamente.

—Se interponen *en nuestro camino* —balbuceó Juliette como respuesta.

Los hombres junto a la puerta ya estaban ahora en alerta. Si los pañuelos sobre el rostro de Roma y de Juliette no eran suficiente motivo para despertar sospechas, las pistolas en sus manos ciertamente lo serían. Los hombres empezaron a avanzar a su encuentro.

—Piernas —concilió Roma.

—Barriga.

—*¡Juliette!*

—¡Bieen!

Juliette apuntó y abrió agujeros en la parte superior de los muslos de los hombres. Sin piedad. Ambos gritaron, se derrumbaron en el suelo y ella arremetió hacia delante. Cuando golpeó con la palma de la mano la puerta de la oficina, ésta salió disparada con fuerza suficiente para hacer una abolladura en la pared.

—¡Cuidado!

Roma la apartó bruscamente, musitando una plegaria. Una bala al

rojo vivo impactó el marco de la puerta justo donde habría estado la cabeza de Juliette.

Zhang Gutai estaba detrás de su escritorio, apuntando su arma de nuevo. Su pulso era inestable. Por su rostro bajaban gotas de sudor; tenía los ojos como platos. Finalmente arrinconado.

—¿Que les he hecho? —exigió Zhang Gutai. Los reconoció. Por supuesto que lo hizo. Se necesitaba algo más que una tela endeble para disfrazar a Juliette Cai—. ¿Qué diablos los trae por aquí?

—El demonio de su locura —respondió Juliette, con voz atronadora.

—¡No sé de qué me habla! —bramó Zhang Gutai—. No tengo nada que ver con…

Juliette disparó. Zhang Gutai miró hacia abajo, miró la mancha roja que florecía en su camisa blanca.

—No lo haga —susurró. La pistola cayó de su débil mano. En lugar de intentar levantarla, su mano aterrizó sobre el escritorio. Cerró las palmas alrededor de una fotografía enmarcada de una anciana. Su madre—. No, ustedes no tienen que pelear conmigo.

—Albarraz nos lo contó todo —dijo Roma con firmeza. Sus ojos se posaron sobre la fotografía en las manos de Zhang Gutai—. Lamentamos que sea de esta manera. Pero debe hacerse.

—¿Albarraz? —Zhang Gutai jadeó. La pérdida de sangre lo hizo desmadejarse y estrellarse contra el suelo. Se balanceó, apenas aferrándose lo suficiente a la vida como para permanecer sentado—. ¿Ese… charlatán? ¿Qué tiene… *él* qué tiene que… decir…?

Juliette disparó nuevamente y el comunista se desplomó. Su sangre empapó por completo la fotografía debajo de su cuerpo, hasta que la expresión estoica de su madre se cubrió con una pátina roja.

Lentamente, Juliette se acercó y luego, con la punta del pie dio un leve empujón en el hombro para tenderlo de espaldas. Sus ojos ya estaban vidriosos. Juliette se giró y guardó la pistola en el bolsillo. Parecía que el momento necesitaba más ceremonia, tal vez un aire solemne, pero todo lo que se sentía en esta habitación era el hedor frío de la sangre, y Juliette quería alejarse de este aroma sin dilación.

Estaba dispuesta a ser una asesina despiadada mientras estuviera haciendo algo necesario. Poco más le importaba.

—Alguien viene —advirtió Roma. Tenía la cabeza inclinada hacia la puerta, escuchando el crujido de pasos que subían por la escalera—. Trepa por la ventana.

Juliette hizo lo que le pedía. Sacó una pierna fuera del cristal y gritó una advertencia a Marshall y Benedikt, quienes se sorprendieron

al verla aparecer, su cuello salpicado de motas rojas. Se alteraron aún más cuando ella dijo: "Marshall Seo, atrápame", y se dejó caer, apenas permitiéndole una fracción de segundo al susodicho para que abriera los brazos. Juliette aterrizó suavemente en su objetivo, rebotando apenas sobre aquellos brazos macizos.

—Gracias.

Una alarma comenzó a sonar escandalosamente desde el interior del edificio. En cuanto la escuchó, Roma fue descendiendo por la ventana hasta quedar colgando, aferrado a la cornisa. Cuando se soltó, logró aterrizar sobre la hierba con un impacto amortiguado.

—¿Lo hicieron? —Benedikt preguntó de inmediato—. ¿El monstruo está muerto?

Justo cuando Roma estaba a punto de asentir, Kathleen apareció abruptamente en la esquina, su respiración desbocada.

—¿Por qué no lo mataron? —preguntó—. ¡Los vi llegar al segundo piso!

Juliette parpadeó. Bajo el opaco resplandor del sol, sus manos todavía estaban manchadas con la evidencia de su crimen.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. Lo hice, está muerto.

Kathleen retrocedió. Maldijo en voz baja.

—Entonces no funcionó —suspiró—. La locura. *Escucha*.

Un grito corto y agudo. Un coro de alaridos ásperos. Disparos, en rápida sucesión.

—No —dijo Juliette—. Imposible.

Corrió hacia el frente. Alguien la llamó y alguien más la tomó por el codo, pero Juliette los rechazó, rodeó el edificio y regresó a la escena de su crimen. No tuvo que empujar las puertas de entrada, sólo apartarlas. A través del panel de vidrio que bajaba verticalmente, vio en el interior a tres obreros que se desgarraban la garganta, cayendo al suelo en absoluta sincronía.

—No —murmuró Juliette con horror—. No, no, *no*… —propinó una patada a la pared más cercana. Su zapato dejó una marca de suciedad sobre el blanco inmaculado.

No había funcionado.

—¡Juliette, vamos! —Kathleen la agarró por la muñeca y jaló de ella hacia atrás, una vez más la llevó a un lado del edificio, justo antes de que las puertas se abrieran de golpe y los que aún no estaban infectados corrieran en busca de refugio. Su prima debía tener la intención de que siguieran avanzando, pero Juliette no pudo hacerlo. Por el rabillo del ojo pudo ver que los Flores Blancas la estaban mirando, estaban observando para ver cómo reaccionaba, y a pesar de

ello no era capaz de reunir suficiente fortaleza. Sus rodillas menguaron. Se rindió a la fatiga y se dejó caer sobre la suave hierba, clavando los dedos en la tierra y estrujándola, hasta que el frío suelo se incrustó entre sus uñas.

—¡Oye!

Silbatos de la policía. Alguien debió alertarlos tras escuchar disparos. O un trabajador en el interior habría llamado a la estación más cercana pidiendo ayuda. Sin embargo, cuando los uniformados aparecieron, no fue una sorpresa que eligieran concentrar su atención en los cinco gánsteres que acechaban cerca del edificio y comenzaran a aproximarse a ellos.

En un día como aquel, mientras la revolución en ciernes se esparcía por toda la ciudad, la policía estaba ansiosa por hacer arrestos.

—Vamos —murmuró Roma en voz baja a Benedikt y Marshall—. Adéntrense en los callejones hasta que les pierdan el rastro. Nos volveremos a reunir en la azotea del Dragón de Jade.

Aquel restaurante, muy cercano a donde estaban, era por mucho el edificio más alto de su calle, constantemente repleto de comensales, habituales y primerizos. El caos que reinaba en los grandes restaurantes significaba que los gánsteres a menudo podían entrar y salir por sus altas escaleras cuando quisieran, subiendo a las azoteas y usándolas como puntos de vigilancia.

Benedikt y Marshall salieron disparados hacia el oeste.

—Juliette, vamos —exigió Kathleen, pero Juliette se negó.

—Tú también puedes irte, Kathleen. Sigue el mismo plan.

—¿Y tú qué…?

—A ti pueden arrestarte, a mí no. No se atreverían.

Kathleen se mordió el interior de las mejillas, mirando a Juliette con recelo, y en seguida a Roma, quien aún permanecía en su sitio, con los brazos cruzados.

—Tengan cuidado —susurró, antes de que tres policías se acercaran y ella se apresurara a alejarse, desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos.

—Bajo la jurisdicción de…

—Lárguense —interrumpió Roma en ruso. Los policías no lo entendieron. No era necesario. Sólo necesitaban escuchar el idioma y observar su atuendo para comprender que éste era el heredero de los Flores Blancas. Apretaron las mandíbulas, intercambiando miradas lacónicas. Luego se vieron obligados a retroceder enmudecidos, apresurándose en la dirección en la que habían corrido Benedikt y Marshall con la esperanza de que no se perdiera por completo la

oportunidad de concretar un arresto.

—Juliette —dijo Roma cuando los policías desaparecieron—. Tienes que levantarte.

No pudo. No lo haría. Había superado la ira y la rabia, y en su lugar experimentaba un entumecimiento. Había estado avivando una fragua en su pecho durante tanto tiempo que no cayó en cuenta de la intensidad con que había estado ardiendo, pero ahora la llama se había extinguido y descubrió que no quedaba nada allí excepto un espacio carbonizado, un vacío donde se suponía debía alojarse su corazón.

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó—. Albarraz nos engañó. Nos engañó para que hiciéramos su trabajo sucio.

Con un suspiro, Roma se puso en cuclillas, quedando al mismo nivel de la joven.

—Juliette…

—Zhang Gutai nunca fue el culpable, pero de todos modos yo lo ajusticié —prosiguió Juliette, a duras penas escuchando lo que Roma le decía—. ¿Qué logramos, entonces, sino derramar más sangre…?

—No te atrevas —dijo Roma—. No te atrevas a desmoronarte ahora, *dorogaya*.

La cabeza de Juliette se alzó bruscamente. Su respiración se le atascó en la garganta, dejándole un regusto amargo a lo largo del esófago. ¿Qué pensaba Roma que *hacía*? Ella ya estaba por los suelos y sin embargo parecía desear rematarla.

—Le disparé —dijo Juliette a Roma, como si él no lo hubiera presenciado—. A sangre fría. Incluso después de que rogó por su vida.

—Asumimos un riesgo calculado para salvar a millones. Disparaste por Alisa. Por la mínima esperanza de salvar una vida inocente. Recupera la cordura, *ahora mismo*.

Juliette inhaló. Inhaló, inhaló e inhaló. ¿Cuántas veces más podría hacer aquello? ¿Cuántos monstruos falsos más serían derribados con violencia inusitada en persecución del mal verdadero? ¿En qué se *diferenciaba* ella de los matones que rondaban por esta ciudad y a quienes buscaba detener?

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que las lágrimas humedecieron su mano. Ignoró que las lágrimas habían comenzado a rodar por su rostro más veloces que el ritmo de los rápidos latidos de su corazón hasta que la postura rígida de Roma se suavizó y su mirada de expresión dura reflejó preocupación.

El chico estiró su brazo hacia la joven.

—No —dijo Juliette, su respiración entrecortada, su mano erguida

para apartar los dedos de Roma—. Yo no… necesito tu compasión.

Lentamente, Roma se dejó caer al suelo hasta que él también se arrodilló.

—No es lástima lo que siento por ti —dijo—. Tomaste la decisión correcta, Juliette.

—Cazamos al monstruo para evitar que trajera devastación a esta ciudad —Juliette extendió sus manos ensangrentadas—. Pero esto… esto *es* una monstruosidad.

Roma estiró de nuevo su brazo hacia ella. Esta vez Juliette no lo detuvo. En esta ocasión el chico paseó los pulgares por las mejillas de la joven para enjugar sus lágrimas, entonces ella se inclinó hacia él, apoyando la cabeza en el pecho de Roma y con los brazos alrededor de él: de una manera familiar, extraña, *apropiada*.

—Un monstruo —dijo él hablando contra el cabello de la joven— no lamenta lo que ha hecho.

—¿Tú lo lamentaste? —preguntó Juliette, su voz apenas audible. No necesitaba aclarar lo que quería decir. Ambos lo revivieron en sus mentes: la explosión, el dolor, la sangre y las vidas, y el rojo ardiente, muy ardiente.

—Lo hice —dijo Roma con voz igual de suave—. Lo lamenté durante meses, durante años, afuera de las puertas del cementerio. Sin embargo, no me arrepiento de haberte elegido. No importa cuán cruel te consideres, tu corazón late por tu gente. Por eso le disparaste. Por eso te arriesgaste. No porque seas despiadada. Es porque albergas *esperanza*.

Juliette levantó la mirada. Si Roma volteara, incluso mínimamente, quedarían sus rostros casi juntos.

—Lamento que alguna vez me haya encontrado en la situación de tener que hacer una elección —continuó diciendo Roma. Sus palabras salieron débiles, apenas un susurro lanzado al mundo mientras las calles resonaban a causa de las sirenas, en el edificio contiguo bullía el caos y en todas las esquinas los policías se desgañitaban llamando al orden. Pero Juliette lo escuchó perfectamente—. Detesto que la guerra de clanes me haya obligado a hacerlo, pero no pude… hice lo que tenía que hacer y puedes pensar que soy monstruoso por ello. Esta guerra sigue cobrando vidas, hiriendo y asesinando y, aun así, no pude dejar de amarte, incluso cuando pensé odiarte.

Amor. Amada.

Odiada. Amor.

Juliette se apartó, pero sólo para mirar a Roma a los ojos, mientras su pulso latía in crescendo. Roma no se inmutó. Sostuvo su mirada,

firme, decididamente.

En ese momento, todo lo que Juliette pudo pensar fue: *Por favor, por favor, por favor.*

Por favor, no me vuelvas a romper.

—Así que tú —continuó Roma—, ya no puedes engañarme. Eres la misma chica indomable por la que hubiera dado mi vida para salvarla. Hice la elección de creer en ti… ahora tú debes hacer la tuya. ¿Seguirás luchando o te derrumbarás?

Juliette se había pasado la vida entera haciendo ambas cosas. Difícilmente podía distinguir la diferencia entre los momentos en que estaba luchando y los instantes en los que apenas había logrado mantenerse a flote, con trozos de sí misma que se desmoronaban, consiguiendo apenas avanzar tambaleante. Quizás esas dos cosas fueran una y la misma.

—Contéstame algo primero —dijo ella en un susurro.

Roma pareció estar preparándose. Él lo sabía. Sabía qué iba a preguntarle.

—¿Todavía me amas?

Los ojos de Roma se cerraron con fuerza. Pasó un largo segundo. Parecía que Juliette se había equivocado al hablar, se había encontrado con una brecha y había juzgado mal la distancia. Había saltado y caído, precipitándose más y más abajo por una interminable y oscura hendidura…

—¿No me escuchas cuando hablo? —respondió Roma temblorosamente, arqueando el labio—. Te amo. Siempre te he amado.

Juliette había pensado que su corazón estaba vacío, pero ahora estaba revestido de oro. Y parecía innegable entonces que seguía funcionando, porque ahora parecía a punto de estallar…

—Roma Montagov —dijo con fiereza.

El joven pareció sobresaltarse por aquel tono solemne. Sus ojos se abrieron de par en par, casi preocupados.

—¿Sí?

—Voy a besarte ahora.

Y en aquel parche de césped detrás de un bastión comunista, atestado de policías procedentes de todos los asentamientos, debajo de los entrecruzados cables telefónicos y las ventanas de cristales ensangrentados, Juliette se aproximó a Roma. Tomó el rostro del bello joven entre sus manos y se adelantó para encontrarse con sus labios. Lo besó con toda la intensidad de los años perdidos. Roma respondió con igual brío, su brazo rodeó la cintura de la joven y la abrazó,

ciñéndola como si fuera algo precioso, un hada mágica enganchada al viento mismo.

—Perdóname —suspiró Roma cuando se separaron—. Perdóname, Juliette.

Ella estaba cansada del odio, la sangre y la venganza. Todo lo que quería era esto.

Juliette entrelazó sus brazos alrededor de Roma y presionó la barbilla contra su hombro, abrazándolo de forma tan estrecha como se sentía capaz de hacerlo. Fue un reencuentro de reconocimiento, un regreso a casa. Era su mente murmurando: *Oh, al fin estamos aquí de nuevo*.

—Te perdono —dijo ella en voz baja—. Y cuando esto termine, cuando el monstruo esté muerto y esta ciudad vuelva a ser nuestra, vamos a tener una conversación adecuada.

Roma consiguió reír. Le plantó un suave beso en el cuello a Juliette.

—De acuerdo.

—Por ahora —Juliette lo soltó y extendió la mano—, supongo que tenemos un monstruo que encontrar.

Treinta y cuatro

Una lluvia ligera comienza a caer sobre la ciudad. Las personas en las calles corren en busca de refugio, apresurándose a mover sus puestos de bāozi fuera del pavimento. Les gritan a sus hijos que se apresuren, que se pongan bajo techo antes de que el cielo les caiga encima… y antes de que se escuche el eco de un sonido fragoroso proveniente del sur.

A estas alturas todo el mundo ha escuchado los rumores. Para hoy se planea una revuelta comunista en Nanshi. Inicialmente sería un levantamiento gradual, fábrica tras fábrica, una siguiendo el ejemplo de la anterior en un preciso efecto dominó. Ahora tienen prisa. Han oído hablar del asesinato de su secretario general. Les preocupa que haya un asesino siguiendo el rastro de la gente del Partido. Claman a gritos venganza y se proponen rebelarse de inmediato junto a los trabajadores de la ciudad, antes de que cualquier segmento aislado pueda ser cercenado.

La lluvia cae a goterones. En una azotea, uno de los pocos lugares tranquilos en esta ciudad, se encuentran cinco jóvenes gánsteres indiferentes a este tiempo gris. Se han ubicado en distintos puntos de las baldosas de concreto, dos de ellos están sentados uno al lado del otro en total concentración, otros dos muy cerca entre sí y el otro, una joven, oteando hacia la ciudad, su rostro girado hacia el viento, dejando que las gotas de agua le empapen el cabello.

Están sumidos en la tristeza. Es posible que sus intentos de salvar a una querida niña rubia en una cama de hospital hayan en realidad acelerado su deceso. Si el caos realmente estalla hoy, su muerte

sobrevendrá poco después.

Sólo pueden esperar que el rumor sea eso: un simple rumor. Sólo pueden aferrarse a su creencia de que las murmuraciones en esta ciudad mutan más aceleradamente que la enfermedad y esperan estar por una vez en lo cierto.

El viento sopla. Un pájaro grazna.

—Quizá deberíamos huir. La locura bien podría propagarse por todos los rincones de esta ciudad en algún momento.

—¿Adónde iríamos?

—La gente ha comenzado a llamar a Estados Unidos *la tierra de los sueños*.

Un bufido de incredulidad se eleva hacia las nubes. Es un sonido que surge de manera incongruente con el resto de la ansiedad que se filtra por las arterias de esta ciudad. Es el único sonido que representa la tierra en cuestión, de alguna manera a la vez encantadora y terrible, desdeñosa y aplastante. *La tierra de los sueños*. Donde hombres y mujeres con capuchas blancas deambulan por las calles para asesinar a personas negras. Donde leyes prohíben que los chinos arriben a sus costas. Donde los niños inmigrantes son separados de sus madres en Ellis Island, para nunca más volver a verse.

Incluso la tierra de los sueños necesita despertar de vez en cuando. Y sin embargo es posible encontrar belleza debajo de su centro podrido, aunque es grande, abierta y abundante, esconde a aquellos que quieren permanecer ocultos y brilla sobre aquellos que desean ser recordados.

—Aquí es donde pertenecemos, Roma. Aquí es donde siempre perteneceremos.

La voz tiembla incluso con la certeza de tales palabras. Se engañan. Estos herederos se creen reyes y reinas, sentados en un trono de oro y vigilando un imperio rico y reluciente.

No lo son. Son criminales: bandidos en la cima de un imperio de ladrones, traficantes de droga y proxenetas, que se preparan para heredar una cosa rota, terrible y derrotada que los contempla con tristeza.

Shanghái lo sabe. Siempre lo ha sabido.

Todo este maldito lugar está a punto de desmoronarse.

—Perdemos el tiempo escondiéndonos aquí —dijo Marshall. Estaba sentado con visible impaciencia, constantemente arrastrando los pies hacia delante o moviendo sus zapatos a lo largo de las líneas en el concreto.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Juliette, echando la cabeza hacia atrás. Se resistió a inclinarse directamente hacia Roma, aunque sólo fuera en respeto a Kathleen—. Si Albarraz tiene algún papel en todo esto, ha cambiado de ubicación desde nuestra última visita y ha borrado todo rastro de su existencia. Si Albarraz no tiene ningún papel en todo esto y nos mintió sobre la culpabilidad de Zhang Gutai sólo para que le diéramos muerte, entonces no hay nada qué hacer —Juliette extendió las manos—. Es un callejón sin salida.

—Eso es imposible —murmuró Kathleen entre dientes—. En una ciudad tan grande, ¿cómo es posible que nadie sepa nada más?

—No se trata de que alguien sepa más o menos —dijo Benedikt—. Es el tiempo que nos queda. No podemos retirar a Alisa de esas máquinas en el hospital sin ponerla en peligro. Tampoco podemos dejarla allí cuando la fábrica contigua se sume a la rebelión.

—Es posible que no se alcen durante semanas —dijo Marshall—. La cifra de asistencia a sus reuniones sigue siendo baja. Su fuerza todavía no es evidente.

Roma negó con la cabeza. El movimiento hizo temblar su cuerpo.

—Puede que su músculo no sea todavía patente —dijo—, pero todos los demás son débiles. Esta locura se ha llevado demasiados. Si no en cuerpo, sí en mente. Los que quedan con vida dejan de ser leales.

—Es cuestión de tiempo —repitió Kathleen.

Benedikt suspiró ferozmente.

—Nada de esto tiene *sentido*.

Marshall le murmuró algo en voz baja y él le masculló alguna cosa entre dientes. Juliette, al darse cuenta de que las conversaciones se habían dividido y de que Kathleen estaba sumida en sus propios pensamientos, giró la cabeza hacia Roma, chasqueando la lengua para llamar su atención.

—Lo resolveremos —dijo Juliette cuando Roma bajó la mirada—. A ella no la hemos perdido.

—Aún no —respondió en voz baja—. Pero la matarán. La degollarán mientras duerme. Morirá de la misma forma que mi madre.

Juliette parpadeó. Se enderezó y se giró para mirarlo directamente a los ojos.

—Tu madre murió de una enfermedad.

Una gota de lluvia aterrizó sobre la mejilla de Roma. Él la limpió, con un movimiento idéntico al que habría hecho para enjugarse una lágrima. Cuando sus miradas se encontraron, no hubo confusión por parte de Roma, ninguna perplejidad sobre por qué Juliette creería que

tal era el caso. Sólo un leve estremecimiento… una tristeza.

—¿No fue así? —preguntó Juliette. Por alguna razón, la parte interna de sus muñecas comenzó a sudar—. ¿Cómo es posible que tu madre muriera degollada por una enfermedad?

Roma negó con la cabeza. Dijo suavemente, como una caricia:

—Murió en un atentado Escarlata, *dorogaya*.

De repente Juliette no se sintió capaz de respirar. Su visión se vio invadida por terribles puntos violetas. Su cabeza pasó a ser liviana. Le tomó todo su esfuerzo permanecer inmóvil: que su aspecto exterior no pareciese turbado.

—Pero la guerra de clanes es la guerra de clanes. No pienses mucho en eso. No te mortifiques. No fue tu culpa.

—Pensé que había sido por una enfermedad —a duras penas logró decir Juliette—. Dijeron que había sido una enfermedad.

Lady Montagova había muerto dos semanas después de que Juliette partiera de Shanghái. Dos semanas posteriores al ataque a la casa Escarlata, en el cual habían fallecido todos sus sirvientes.

Oh Dios. Oh Dios, oh Dios, oh Dios…

—Los Flores Blancas sólo mantuvieron ese rumor para no perder credibilidad —dijo Roma—. La hallaron con una rosa roja en la mano.

—¡Espera!

La repentina exclamación surgió de Benedikt, y Juliette se puso en alerta e hizo un ademán de avanzar, atrayendo una extraña mirada de parte de Roma. El joven colocó una mano tranquilizadora en su espalda, todos los gestos de su pasado común regresaban sin necesidad de reintroducirlos nuevamente.

Pero Juliette apenas lo registró. Su mente trabajaba a toda marcha.

Tienes que decírselo a él.

Él tiene que saberlo.

Él nunca me perdonará.

Juliette sacudió la cabeza velozmente, tratando de aclarar sus pensamientos. Éste era un asunto que abordarían más tarde. No servía de nada pensar en ello ahora.

—¿Qué les dijo Albarraz? —exigió ahora Benedikt—. Díganmelo palabra por palabra.

—Benedikt, ya te lo dijimos antes…

—De nuevo —dijo él con brusquedad—. Hay algo muy familiar en esto.

Roma y Juliette intercambiaron una mirada de curiosidad.

—Dijo —respondió Roma—: "Zhang Gutai está transformándose él *mismo* en un monstruo. Yo formulo la vacuna usando la información

que *él* me proporciona".

La mano de Benedikt salió disparada y tomo del hombro a Marshall.

—¿Y antes de eso?

—Es un poco irrelevante —replicó Juliette, frunciendo la nariz.

—Si ya me lo dijiste antes, *dímelo de nuevo*.

—Él preguntó: "*¿Desean saber sobre mi negocio con Zhang Gutai?"* —Roma respondió—. Benedikt, ¿qué sucede?

El ceño de Benedikt se arrugaba cada vez más. Kathleen se acercó sigilosamente, como si ya no fuera suficiente que los cinco estuvieran dispersos por el pequeño tejado: tenían que apretarse más y más, formando un pequeño círculo para evitar que la información que pasaba entre ellos se escapara.

—Cuando estábamos vigilando el departamento de Zhang Gutai —dijo Benedikt lentamente—, vimos que un extranjero tras otro entraba para hablar con su asistente personal. Intentaban hablar de política, pero se marchaban en cuestión de minutos.

Una gruesa gota de lluvia cayó sobre su frente.

—¿Vas a hablar del francés al que perseguiste? —preguntó Marshall.

Benedikt asintió.

—Traté de amenazarlo si no me revelaba lo que estaba haciendo allí —dijo—, pero sólo insistió en que su negocio con Zhang Gutai no era de mi incumbencia. En ese momento no me pareció tan extraño, pero… —Benedikt hizo un gesto de desconcierto—. ¿Por qué iba a hablar sobre sus asuntos con Zhang Gutai tan específicamente si era su asistente con quien se estaba reuniendo?

Los hechos también comenzaron a organizarse en la cabeza de Juliette, uno por uno.

Quizás Albarraz obraba bajo una imagen falsa.

—El asistente personal de Zhang Gutai —dijo Juliette—. ¿Supongo que no será también el asistente profesional de Zhang Gutai en *Labor Daily*?

—Sí, sí lo es —respondió Kathleen con certidumbre—. Qi Ren. Es quien toma las notas en las reuniones de los comunistas. También debe ser su transcriptor en el trabajo.

El escritorio vacío con el memo para Zhang Gutai. Los dibujos del monstruo. La puerta trasera que aún se sacudía, como si alguien acabara de desocupar su escritorio sintiendo la inminencia de una transformación, saliendo a toda prisa para que nadie lo pudiera ver…

Recordó el intento de Qi Ren de presentarse como Zhang Gutai

cuando ella y Roma habían aparecido en su puerta. Recordó su respuesta fácil, como si estuviera acostumbrado a hacerlo, como si su trabajo fuera liderar las reuniones con las que Zhang Gutai no deseaba perder tiempo. Como si estuviera acostumbrado a hacerse pasar por su superior, a actuar en su nombre ante los extranjeros despistados que llegaban a la puerta solicitando una reunión.

—Quizás Albarraz no mintió —dijo Juliette quedamente—. Tal vez *pensó* que estaba diciendo la verdad al revelar que Zhang Gutai era el monstruo.

Lo que significaría que Zhang Gutai nunca fue el monstruo de Shanghái.

Que el monstruo era Qi Ren.

De un momento al siguiente sintieron que bajo sus pies el edificio se cimbraba con una fuerte sacudida. Los cinco dieron un brinco, preparándose para un ataque. No ocurrió nada en ese instante. Pero cuando empezaron a escuchar gritos provenientes de las calles cercanas y una sensación de calor hizo mella en el frescor de la lluvia, se dieron cuenta de que algo andaba muy, muy mal..

Su posición ventajosa en la azotea les permitía avizorar dos o tres calles en cada dirección. Hacia el oeste, ardía un fuego en el patio de una estación de policía. Se había producido una explosión: ése fue el impacto que sintieron debajo de sus pies. Había sacudido todos los desvencijados edificios vecinos, desprendiendo la capa externa de polvo y arena que había caído flotando hasta las aceras.

Y en medio de semejante polvareda, los *obreros* sublevados estaban precipitándose en la comisaría de policía como una colonia de hormigas, todos con trapos rojos atados alrededor de sus brazos derechos, brillantes como faros en la noche.

Éste no era el uniforme impecable de un ejército extranjero. Éstos eran los harapos de un pueblo sublevado.

—Está comenzando —murmuró Juliette con incredulidad—. Los levantamientos estallan en el corazón de la ciudad.

Era una idea genial. Habría demasiado desorden y confusión para pensar en frenar rápidamente las protestas urbanas. El caos en el interior de la ciudad impulsaría a aquellos que ocurrieran en la periferia, los incitaría a insubordinarse con una urgencia inaplazable y un tumulto atronador.

Ha comenzado.

—El hospital —balbuceó Roma—. Benedikt. Marshall. Vayan ya mismo al hospital. Protejan a Alisa.

Había que protegerla hasta que pudieran matar al monstruo.

—Vete a casa —le ordenaba Juliette a Kathleen en el mismo momento—. Reúne a todos los mensajeros. Que adviertan a los propietarios de las fábricas que deben huir de inmediato.

Indudablemente ya habían sido advertidos que tenían que ser cautelosos en la contingencia de un levantamiento, advertidos de la posibilidad de manifestaciones masivas clamando por poner fin al control de la mafia. Pero nadie podría haber sabido que comenzaría con tanta intensidad. Ninguno de ellos estaría esperando tal vigor. Bien podrían pagar con sus cabezas las previsiones erradas.

Kathleen, Benedikt y Marshall se apresuraron a marcharse, dispuestos a no perder ni un minuto. Sólo Roma y Juliette permanecieron un momento más en esa azotea, rodeados del fuego y el alboroto infernal.

—Aquí vamos de nuevo —exclamó Juliette, para después prometer —: Esta vez lo haremos bien.

Treinta y cinco

Roma y Juliette subieron como un rayo los escalones del departamento de Zhang Gutai, donde Qi Ren estaría esperando. En algún momento, Juliette notó que aún tenía sangre secándose entre sus dedos. De modo que en el pasamanos al que se aferraba iban quedando huellas de sus palmas con rastros de sangre a medida que subían tramos y tramos de escalera sin pausa.

Cuando alcanzaron el último piso, Juliette se detuvo justo antes de llegar a la puerta de Zhang Gutai.

—¿Cómo haremos esto? —preguntó.

—*Así.*

Roma derribó la puerta de una patada.

El departamento de Zhang Gutai estaba hecho un desastre. Cuando Roma y Juliette entraron con cautela, sus zapatos quedaron sumergidos en agua, lo que provocó un grito ahogado en Juliette y una maldición de parte de Roma. El piso de baldosas de madera se había inundado a causa de alguna fuga que, a juzgar por el sonido, provenía de la cocina. El agua ya llegaba hasta los tobillos y con cada segundo parecía seguir aumentando de nivel. Si no fuera por el alto reborde del marco de la puerta, habrían inundado el resto del edificio con sólo abrir la puerta del departamento.

Algo no le acababa de gustar a Juliette. Se puso en cuclillas y sumergió una mano en el líquido, frunciendo el ceño cuando el frío se filtró entre sus dedos. Aquel cuerpo de agua se arremolinaba, danzaba, se superponía. Le recordó el Huangpu, la forma en que la corriente siempre se movía en una docena de direcciones diferentes, arrastrando

consigo todo lo que flotaba en su marea, llevándose los cadáveres que colapsaban en su orilla. Los caídos en la guerra de gánsteres en los puertos. Los rusos en sus barcos.

Las primeras víctimas de cada ola de la locura… pensó de pronto Juliette*, ¿estaban todas junto al río Huangpu?*

—Juliette —llamó Roma en voz baja, captando su atención—. Parece que hubo una pelea.

La joven se incorporó de nuevo, sacudiendo el agua de su mano. En el interior del departamento había papeles esparcidos por todas partes: delgados folletos de propaganda y carpetas de cuentas más gruesas: números, letras y caracteres, todos diluyéndose en el agua. Mientras recorría el espacio, Juliette echó un vistazo a la barra de la cocina y encontró ollas y sartenes volcados, no sólo flotando en el lavabo desbordado por el agua, sino también abolladas sobre las mesas, como si alguien las hubiera levantado y golpeado repetidamente contra algún objeto.

—¿Dónde está? —musitó Juliette. El estado en que se encontraba el departamento no había hecho más que aumentar su confusión. ¿Por qué un anciano, el asistente de un comunista, se transformaría en un monstruo? ¿Por qué inundar el sitio y abollar todos los utensilios de cocina?

—Él no está aquí —dijo Roma. Sus ojos estaban fijos en algo por encima del hombro de su acompañante—. Pero sí hay alguien más.

Juliette miró hacia donde señalaba Roma y vio la figura desplomada en la esquina de la sala de estar. Roma y ella se habían sentado allí una vez mientras Qi Ren les servía té. Ahora las sillas estaban volcadas y la radio hecha añicos sobre la alfombra, donde otro joven yacía derrumbado. Tenía las piernas extendidas en una extraña posición de V bajo el agua, mientras su espalda estaba reclinada contra la pared. Su cuello estaba inclinado hacia delante de forma tan drástica que lo único visible era la parte superior de la cabeza: cabello rubio oscuro salpicado de sangre.

Los ojos de Juliette se abrieron de par en par.

—Dios mío. Es Paul Dexter.

—¿Paul Dexter? —repitió Roma—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Eso es lo que me gustaría saber —murmuró Juliette. Corrió hacia el frente, hundiendo las rodillas en el agua antes de sacudir vigorosamente el hombro de Paul. Había un profundo tajo en su frente y en su cuello lo que parecían cuatro marcas de garras que marcaban con surcos rojos su pálida piel.

Juliette lo sacudió ahora con vehemencia.

—Paul. Paul, despierta.

Lentamente, los párpados de Paul se agitaron. La tercera vez que Juliette lo llamó por su nombre, los ojos del joven finalmente se abrieron por completo y se enfocaron en ella. Su rostro se contorsionó en una mueca.

—¿Señorita Cai? —dijo con voz rasposa—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Responda eso usted primero —contestó Juliette con ironía.

Paul tosió. La tos salió como un silbido, con un sonido que indicaba que no le quedaba líquido en la garganta.

—Albarraz me envió —dijo entrecortadamente. Miró a su alrededor, explorando con las manos el espacio contiguo, y pareció relajarse cuando encontró su maletín, que había estado flotando en el agua.

—¿Qué hace tirado en el suelo? —preguntó Roma.

De repente Paul se puso rígido, como si su memoria estuviera regresando, fragmento a fragmento, activada por la pregunta. Apretando con fuerza los dientes, se las arregló para ajustar su posición e ir incorporándose a lo largo de la pared, hasta que estuvo sentado lo suficientemente erguido como para volver a colocar el maletín en su regazo.

—El monstruo… —exhaló Paul—. Me atacó.

—¿Lo atacó?, *¿aquí?* —preguntó Juliette. La joven se puso en pie y giró en círculo, salpicando agua mientras inspeccionaba la sala—. ¿Adónde fue?

—Yo… yo no lo sé —respondió Paul. Bajó los ojos mientras abría su maletín y examinaba el contenido. Se guardó algo en el bolsillo—. Demonios, todavía podría estar aquí. ¿Podría ayudar a levantarme, señorita Cai?

Con una mirada por encima de su hombro, observando el incremento en el nivel del agua, y todavía intuyendo que *algo* no encajaba en el relato de Paul Dexter, Juliette extendió una mano, reprimiendo una respuesta despectiva sobre lo inútil que era.

Fue culpa suya por subestimarlo. Mientras la mano del hombre se aferraba a la suya y se erguía, sacaba la punta de una jeringa con su otra mano. El brazo de Juliette se tensó en su esfuerzo por levantarlo… y un instante después ya Paul estaba hundiendo una aguja en las venas expuestas en la curva del antebrazo de la joven.

Juliette resolló; la aguja despidió un resplandor. Antes de que pudiera apartar su brazo, Paul estaba presionando la jeringa y vaciando el contenido de la ampolleta azul en su torrente sanguíneo.

Demasiado tarde Juliette se lanzó hacia atrás, oprimiéndose el codo. Roma logró atraparla en sus brazos antes de que cayera al agua de la impresión.

—¿Te lastimó? —le preguntó Roma.

—No —respondió Juliette. Lentamente retiró la mano de la parte interna del codo, encontrando en ese sitio un pinchazo rojo—. Me *vacunó*.

En ese momento Paul se enderezó en toda su altura, dejando caer al agua la jeringa utilizada y toda la ficción que había escenificado.

—Sólo estoy tratando de ayudarla, Juliette —dijo—. No quiero que muera. La amo.

Juliette soltó una carcajada.

—No, realmente no es así —dijo con voz ronca—. Eso no es amor.

El rostro de Paul tembló desencajado. Alzó el dedo agresivamente contra Roma, quien mantenía los brazos alrededor de Juliette.

—¿Y eso sí lo es? ¿Un amor manchado con la sangre de todos sus parientes enterrados?

La respiración de Juliette se atascó en su garganta. No fue por el insulto proferido por Paul, pues a duras penas había escuchado sus palabras. Fue por el gruñido grave en la voz de él y el súbito recuerdo de dónde lo había escuchado ya.

—¿Desea hablar de mis parientes muertos? —preguntó Juliette iracunda—. Entonces hablemos, *Albarraz*.

Roma respiró profundamente. Paul se limitó a sonreír. No intentó negarlo. En lugar de ello inclinó la cabeza de una manera fingidamente angelical y dijo:

—He estado deseoso de decírselo, Juliette. Debo admitir que cuando pensé que esta revelación saldría a la luz, imaginé que se mostraría más admirada de lo que parece estar ahora.

—¿Admirada? —repitió Juliette. Estaba, quizás, apenas a tres decibeles de soltar un alarido—. ¿Qué parte de todo esto le parece *admirable* a usted?

—¿La parte en la que tengo a toda la ciudad bailando con las cuerdas de mis marionetas? —aventuró Paul mientras metía la mano en el bolsillo de su abrigo; Juliette se preparó, deslizando las manos lentamente hacia su pistola, pero él sólo extraía otra ampolleta azul, para levantarla y ponerla a la vista. Pequeños reflejos de cristal se veían en las paredes beige del recinto, marcas de lapislázuli que bailaban en tándem unas con otras—. ¿La parte en la que descifré la solución al sufrimiento de mi padre? Dígame, Juliette, ¿no es el deseo de un niño que sus padres descansen lo más felices posible?

Juliette levantó su pistola. El temor y la indecisión se reflejaron en la expresión de Roma, y aunque Juliette era perfectamente consciente del peligro en provocar a Paul antes de que supieran qué más ocultaba bajo la manga, concentraba demasiada ira en su interior como para mantenerse moderada ante el actuar de Paul…

—Todos los gánsteres y comerciantes que fueron atacados a lo largo del río —dijo Juliette—. Pensé que había sido cosa de los comunistas. Pensé que habían sido ellos en sus esfuerzos por eliminar la amenaza capitalista —rio con amargura—. Pero era *usted* despejando el mercado para que su negocio prosperara. Fue usted borrando sus amenazas para que Albarraz no pudiera ser cuestionado.

Paul desplegó una sonrisa luminosa, sus blancos dientes centelleando.

—Brillante, ¿no? Y pensar que todo comenzó cuando encontré un diminuto insecto en Inglaterra.

—Imbécil —masculló Juliette—. Cómo se atreve…

—Comenzó como un *favor* para esta ciudad —la interrumpió Paul, al tiempo que sus ojos comenzaban a oscurecerse. Empezaba a sentirse ofendido por la ira de Juliette. Nunca antes había visto este lado iracundo de ella—. ¿No había leído usted los periódicos? ¿No había escuchado los rumores? Todo el mundo hablaba de cómo las empresas capitalistas en esta ciudad se verían amenazadas si la actividad política legítima entraba en Shanghái, y los comunistas se aprestaban a ser los más seguros contendientes. Yo iba a ayudar. Mi intención era matar comunistas. Ciertamente es algo que usted no desaprobaría.

Juliette lo desaprobaba ardientemente. Pero ése no era el momento de poner en palabras tal argumento.

—Usted quería infectar primero a Zhang Gutai —adivinó. Echó un vistazo a la sala de estar, a las sillas volcadas, su inspección del sitio cada vez más minuciosa. En lugar de una sola jeringa a los pies de Dexter, vio dos. ¿De dónde había salido esta segunda? Más importante aún, ¿para qué había sido utilizada?—. Usted ignoraba estar hablado con su asistente.

—Pero no importó, ¿verdad? —Paul dio un paso adelante; Roma y Juliette dieron un paso atrás—. Pensé que el primer insecto simplemente saltaría de un portador a otro y daría muerte a los comunistas de forma individual. ¡Imaginen mi *sorpresa* cuando el anciano se transformó en un *monstruo*! ¡Imaginen mi sorpresa cuando se convirtió en la madre portadora de la enfermedad y empezó a liberar *miles* de réplicas de insectos capaces de enloquecer a todos en esta ciudad!

En medio de la ira de Juliette su brazo comenzó a temblar. Roma apoyó una mano en el codo de la joven, pero no hizo nada para persuadirla de que bajara el arma.

—El agua —susurró Juliette, mitad pregunta, mitad respuesta. Agitó un pie, removiendo el líquido que seguía creciendo a su alrededor. Ahora ya llegaba a media altura de su pantorrilla. Paul había tenido la intención de matar a los comunistas, pero su plan evolucionó una vez que comprendió que el monstruo solamente aparecía a lo largo del río Huangpu. Ese río era el corazón palpitante de esta ciudad; una infección que comenzaba allí significaba que la locura se esparciría entre los gánsteres que trabajaban en los puertos, entre los comerciantes que allí se reunían.

Ni siquiera eran los verdaderos *objetivos*. Dio la casualidad de que eran los gánsteres y los comerciantes quienes pasaban más tiempo en las cercanías del río Huangpu, y era allí donde el monstruo se dirigía a liberar sus insectos.

Y con cada nueva oleada, de repente el negocio de Walter Dexter estaba otra vez en auge. De repente aparecía Albarraz con una vacuna que le generaba más dinero del que un comerciante ordinario podría siquiera imaginar. Una vacuna que los trabajadores no podían permitirse comprar pero que de todos modos lo harían. Una vacuna que otros comerciantes sí que *podrían* permitirse, sólo para que se les inoculara una simple solución salina que no habría de ofrecerles más que una falsa seguridad y luego su muerte, de modo que éstos iban cayendo como moscas al tiempo que despejaban el mercado para Walter Dexter.

—Agua —repitió Paul—. Qué suerte para la ciudad sobre el mar.

Juliette no pudo soportarlo más. Quitó el seguro de su pistola.

—Usted me da asco.

Paul dio otro paso adelante.

—Mi padre renunció a todo para labrar una fortuna en este país.

—Oh, su padre experimentó la profunda desgracia de ser un *poco* pobre —se burló Juliette—. ¿Valió la pena? ¿Valió la pena su éxito comerciante a cambio de la vida de todo mi pueblo?

Paul suspiró y se retorció las manos, como si finalmente estuviera sintiendo algo de culpa.

—Si realmente lo desea —dijo a la joven, como si por la bondad de su propio corazón estuviera dispuesto a hacer un gesto magnánimo—, produciré en masa la vacuna para la Pandilla Escarlata…

—No está entendiendo —interrumpió Juliette—. No quiero su vacuna. Quiero que la locura se detenga. Quiero al monstruo muerto.

Paul se quedó quieto, mientras desaparecía de su rostro la expresión de esperanza. Ya sin máscara, fue ahora quien siempre había sido.

—¿Se quejaría usted si la locura sólo estuviera matando a los Flores Blancas? —preguntó Paul con frialdad.

—¡Sí! —la respuesta brotó de la boca de Juliette con tal vehemencia que al tiempo salieron despedidas gotitas de saliva.—Lo dice por él, ¿verdad? —Paul señaló con la barbilla a Roma. Diez mil punzadas de odio se concentraron en aquel solo gesto—. Bueno, me disculpo, Juliette, pero no puede matar a Qi Ren. No lo permitiré.

—No puede detenerme —dijo Juliette—. Hombres más aptos que usted lo han intentado y fallado. Ahora, dígame, Paul ¿dónde está él?

Paul sonrió. Esa sonrisa era la condena de una ciudad, sembrando el rencor en sus distintas capas. Y Juliette… Juliette se sintió poseída por su terror, sintió la piel de gallina en cada centímetro de su ser, un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

El agua en el pasillo chapoteó silenciosamente. Alguien salía de uno de los dormitorios.

Roma y Juliette se giraron. Una inhalación temblorosa llenó la habitación. Una exhalación sin aliento.

Una criatura emergió a la luz del sol, zarandeándose a causa de su propio esfuerzo. Qi Ren estaba sumergido allí en alguna parte. Juliette podía verlo en el cansado encorvamiento de los hombros del monstruo y el constante entrecerrar de ojos, como si la vista del anciano se hubiera transferido a esta otra forma. Pero hasta allí llegaba el parecido. Porque los ojos de la bestia eran completamente opacos, con un lustre plateado, viscosos con la misma textura que las algas. De la cabeza a los pies estaba formado por músculos fibrosos de color azul verdoso, con escamas en todo el pecho y círculos de ventosa a lo largo de los brazos.

Con un silbido lastimero proveniente de sus labios flácidos y grises, el monstruo emitió un ruido que podría haber sido de dolor. Presionó una mano palmeada contra el estómago y se dobló, resollando en busca de aire. Los cuernos triangulares tachonados a lo largo de su columna se sacudieron vigorosamente. Segundos después desaparecieron todos, desvaneciéndose *dentro del* monstruo y dejando a su paso agujeros en forma de diamante.

Juliette sintió que Roma le tomaba la mano. Le dio un fuerte tirón, tratando de jalarla hacia atrás.

—No —dijo ella, su voz apenas audible—. No, el monstruo sólo libera los insectos en el río. Nunca antes los ha liberado fuera.

¿Cierto?

Paul resopló. Había escuchado la vacilación de la joven.

—El asunto aquí, Juliette —Paul se acomodó los puños de las mangas— es que resulta bastante enojoso que Qi Ren tenga que transformarse de nuevo en cuanto salen todos los insectos. Así que experimenté un poco aquí y allá. Hice algunas… alteraciones, por así decirlo.

La segunda jeringa.

Un insecto cayó desde la columna del monstruo. Luego otro. Lo hicieron lentamente, como el escurrir de una sola gota de agua que se arrastra por una pendiente de asfalto seco.

—¡Escapa! —ordenó Paul. Abrió las puertas corredizas que conducían al minibalcón, dejando entrar una ráfaga de viento y una onda de sonido, y sin perder un solo instante, el monstruo arremetió contra el balcón, estrellándose tan ferozmente que arrancó un trozo del panel de yeso y destrozó todas las macetas con plantas que allí se encontraban.

Y mientras oscilaba en el borde del balcón, preparándose para saltar, los insectos comenzaron a *llover*.

—¡No! —gritó Juliette, dando un salto al frente.

Era demasiado tarde. El monstruo brincó desde el balcón y se estrelló contra la calle; los insectos salieron a raudales, aterrizando en el suelo y dispersándose. Una infección como aquélla sería colosal. Si el monstruo salía corriendo por la ciudad, por entre la multitud —*por entre los huelguistas*— a esta hora del día, las bajas serían devastadoras.

Juliette apuntó con su arma y disparó —una y otra y otra vez con la esperanza de que pudiera matar al monstruo o, *al menos*, frenarlo—, pero las balas rebotaban en su espalda como si ésta fuera de acero. El monstruo comenzó a moverse, inició su pesado andar por la calle, con su velocidad constantemente en aumento.

—Es inútil, Juliette.

Con un grito, Juliette giró y disparó al interior del departamento. Alterada por la ira, erró en su objetivo; Paul dio un bandazo y se apartó bruscamente del camino. La bala simplemente le rozó el brazo, pero él hizo una mueca de dolor y retrocedió hacia la pared presionando la herida con los dedos.

—¿Cómo lo detenemos? —inquirió Roma. Cruzó la habitación de dos zancadas, agarró a Paul por el cuello de la camisa y le dio una sacudida—. *¿Cómo* lo detenemos?

—No pueden hacerlo —dijo Paul con voz ronca, sonriendo—. No pueden detener al monstruo. Y no pueden *detenerme a mí*.

En un instante sujetó el brazo de Roma, haciéndolo girar hasta que éste le soltó el cuello con un resoplido de sorpresa. Paul se agachó y, aunque Juliette apuntó y le disparó de nuevo, los movimientos del villano fueron sorprendentemente veloces.

Tres balas quedaron incrustadas en la pared en una línea recta. Paul Dexter sacó su maletín del agua, lo abrazó contra el pecho y escapó raudo por la puerta del departamento.

—Maldita sea —murmuró Roma—. Voy a perseguirlo.

—¡No! —Juliette escudriñó de nuevo el horizonte desde el balcón, y su respiración se aceleró—. El monstruo se dirige hacia el este. Creo que va de regreso al cauce del Huangpu.

Si el monstruo se encaminaba al río, primero tendría que atravesar toda la Concesión Francesa. Juliette difícilmente conseguía tragar saliva más allá del nudo que se formaba en su garganta, mientras una acidez iba creciendo detrás de su nariz y de sus ojos. El monstruo tendría que pasar frente a todos los negocios abiertos, frente a todos los niños que comían sus pasteles de frijoles rojos en los escalones de las tiendas. Tendría que mezclarse con el centro de la ciudad, con los grupos de estudiantes que salían de sus aulas para sumarse a las protestas, con los ancianos en medio de sus caminatas vespertinas habituales.

Juliette sujetó la cortina del balcón y la arrancó de su varilla.

—Corre, Roma —exclamó—. Llega al río antes que el monstruo. Asegúrate que las personas evacúen el área.

—¿Y tú?

Juliette retorció la cortina hasta que pasó a ser una cuerda sólida, hasta que fue una franja de tela lo suficientemente gruesa para soportar su peso. Los disturbios que azotaban la ciudad iban en aumento, dispersos a lo largo y ancho de diferentes áreas, independientemente de qué país fuera el dueño de las aceras por las que marchaban. Todas esas personas no se enterarían que el monstruo se acercaba hasta que los insectos estuvieran introduciéndose en lo más profundo de la piel de sus cráneos.

—Necesito advertir a todos en la ruta del monstruo que se pongan a buen resguardo de una maldita vez —dijo Juliette. Salió al balcón y sus zapatos crujieron sobre las macetas rotas. Miró por encima del hombro y le dijo a Roma—: Nos vemos en El Bund.

El joven asintió. Parecía que quería decir algo más, pero no podía perder un segundo, así que simplemente se conformó con una mirada que a Juliette le pareció un suave abrazo. Luego giró sobre sus talones y salió corriendo del departamento.

Juliette apretó los dientes.

—Está bien —dijo—. Hagamos esto.

Sus ojos se posaron en la tubería que corría por la pared exterior, junto al borde del balcón. Subió al pasamanos y se apoyó contra la pared para mantener el equilibrio, con su mirada recorriendo la calle cada par de segundos para poder seguir la trayectoria del monstruo que deambulaba en dirección al este. Desaparecería por la larga calle en cuestión de segundos. Tenía que darse prisa.

—Por favor, no te rompas —rezó, empujando un extremo de la cortina entre la tubería y la pared—. Por favor, por favor, por favor… —sacó la otra punta, y con ambos extremos de la cortina enrollados alrededor de la tubería, sostuvo la tela como si estuviera atando una corbata.

Saltó desde el balcón. La caída fue veloz y abrupta; para cuando aterrizó en las calles la cortina casi se había deshilachado en dos como resultado de la fricción, pero no importaba: comenzó a correr, con la pistola apuntando al cielo.

—¡Adentro, adentro! —gritaba, y disparaba, sorprendiendo con el sonido de las detonaciones a aquellos que no estaban lo suficientemente cerca para escuchar su llamado. Cuando echó a correr para alcanzar al monstruo, el caos ya había estallado a su paso, con miles de insectos que trepaban por los puestos callejeros y multitud de civiles que se desgarraban sus propias gargantas. Otros, los que no habían sido infectados, quedaban atónitos a un lado, incapaces de dar crédito a la visión de la que habían sido testigos a plena luz del día.

—¡Vamos! —Juliette gritó—. ¡A moverse!

Aquéllos que se habían quedado congelados con el grito de la joven salían de su sopor y regresaban corriendo al interior de las edificaciones.

Juliette seguía gritando, moviéndose sin pausa, con los pulmones ardiendo tanto a causa del esfuerzo como por lo fuerte que gritaba. Persistía sin tregua en su persecución, pero sin importar lo rápido que corriera no lograba dar alcance al bamboleante monstruo.

Con absoluto horror, lo vio entrar en la sección china de la ciudad. Lo vio abalanzarse sobre las multitudes que se congregaban en aquel sitio, lo vio penetrar entre los grupos de manifestantes tan velozmente que ninguno de ellos reparó en lo que estaba sucediendo hasta que los primeros infectados por los insectos comenzaron a retorcerse en el suelo. Sólo en ese momento los huelguistas dejaron de agitar los puños al aire. Luego echaron un vistazo a su alrededor, observaron en la periferia que Juliette se acercaba moviendo los brazos frenéticamente,

y si es que no era ya demasiado tarde, finalmente se dispersaban en busca de refugio.

Esta enorme sección parecía absorta en sí misma. Sin importar cuán alto gritara Juliette, las personas a una calle de distancia no eran conscientes del pánico hasta que los insectos ya estaban trepando por ellas, introduciéndose en sus cabezas. Sin importar cuán fuerte vociferara, las multitudes que levantaban sus trapos rojos no se interesaban por escuchar sus llamados hasta que el monstruo arremetía contra ellas y las manos al aire volaban ahora hacia las gargantas de sus dueños. Iban cayendo… uno por uno, uno tras otro. En ese momento luchaban por su derecho a vivir dignamente, pero esta ciudad ni siquiera les había prometido su derecho a *sobrevivir*.

Había *tantas* personas en las calles. ¡Maldita sea! ¡Eran tantas las multitudes que aquel día marchaban por esa sección!

—¡Por favor! —Juliette gritaba. Cruzó brevemente hacia la siguiente calle, y a punto estuvo de resbalarse sobre los rieles del tranvía—. ¡Adentro! ¡Éste no es el momento de estar afuera!

Los huelguistas no le prestaban atención. Los gánsteres ricos siempre intentarían disuadirlos, acallarlos, ¿por qué en esta ocasión sería diferente? ¿Por qué deberían molestarse en escucharla?

Juliette no podía culparlos. Y, sin embargo, aquello significaba la muerte. Aquello significaba que el pavimento se llenaría de cuerpos, de cadáveres apilados unos sobre otros, manchando de rojo toda la ciudad.

El monstruo desaparecía rápidamente por la siguiente calle. Si tan sólo dieran un vistazo, si tan sólo caminaran unos pocos pasos y *miraran*, los huelguistas verían el rastro de la destrucción, verían los cuerpos retorciéndose y los cuerpos frenéticos, los cuerpos que se alejaban a toda prisa pisando cuerpos colapsados.

Juliette apretó los puños, oprimió el arma con más firmeza. Reprimió las lágrimas de cólera que amenazaban con inundar sus ojos y se aclaró la garganta, obligándose a disipar la ronquera. Entonces volvió a disparar al aire y se precipitó nuevamente tras el monstruo.

Parecía una causa perdida.

Pero sin importar que así fuera, igualmente tenía que intentarlo.

Roma había robado un coche.

Para ser justos, realmente no le quedó otra opción. Y cuando el heredero de los Flores Blancas se encaminaba hacia ti, pistola en mano, exigiéndote que salieras de tu auto, no importaba lo importante que fuese tu cargo en el Consejo Administrativo de la ciudad: debías

bajar del auto sin rechistar.

—Más rápido —apremió al conductor del auto—. Lo digo muy en serio, lo más rápido que puedas, vamos…

—¿Quiere que pasemos por encima de la gente? —preguntó el conductor—. ¿Es eso lo que quiere?

Roma extendió el brazo. Hizo sonar la bocina y no la soltó. Los grupos de huelguistas que pasaban se vieron obligados a desperdigarse, para no ser atropellados.

—¡*Conduce*!

Atravesaron la Concesión, tomando una ruta lo más directa posible. Era difícil calcular cuánto tiempo transcurría, qué tan rápido avanzaban en comparación con el monstruo que corría sin detenerse. No sabía si Juliette aún continuaba en la persecución.

Pero el caos ya comenzaba.

Fuera de la ventanilla del automóvil se alcanzaban a ver, por una parte, grupos de trabajadores furiosos con trapos rojos atados alrededor del brazo y, por la otra, ciudadanos comunes que intentaban conseguir algo de comer antes de que los comunistas dejaran la ciudad patas arriba. Dondequiera que mirara, Roma veía personas moviéndose rápido hacia sus seres queridos para decirles que se dieran prisa, guiando a los niños hasta las esquinas y echando vistazos por encima de sus hombros, saboreando el áspero regusto del aire. La aspereza que advertía el desastre que se avecinaba.

—Allí, allí adelante —dijo Roma velozmente—. Justo en el límite de El Bund. Incorpórate al carril.

El auto se detuvo frente a un banco extranjero y Roma salió precipitadamente, buscando en los alrededores cualquier señal del monstruo. Todavía no estaba allí. Tampoco los manifestantes.

Bien.

Roma apuntó su pistola al cielo. Disparó tres balas seguidas.

—¡Evacúen! —gritaba cuando los trabajadores junto al agua levantaban la vista en su dirección, cuando los pescadores tiraban de sus sedales, cuando los hombres que chupaban mondadientes en el timón de sus barcos lo miraban—. Evacuen ahora si quieren vivir. ¡Diríjanse al norte!

—¡Hey, vamos, cállate de una buena vez! —dijo un Flor Blanca inclinándose sobre el pasamanos de su barco—. ¿Qué demonios…?

Roma apuntó con su arma, mientras su estómago se retorcía con fuerza. Disparó, y cuando la bala se clavó en el hombro del Flor Blanca, éste sólo pudo escupir el mondadientes mirando boquiabierto a Roma. Él nunca fallaba.

—Lo digo en serio —dijo con frialdad—. Vaya de una vez al hospital. Todos los demás, *dense prisa* o también tendrán que correr al hospital más cercano.

Obviamente se dieron prisa, pero Roma hubiera deseado que avanzaran aún más rápido. Hubiera deseado que no fuese necesaria la amenaza de violencia para incitarlos.

Un grito resonó por todo El Bund.

Roma se dio la vuelta y en el acto levantó su arma.

—¡Entren en los edificios! —rugió. Todas las damas que paseaban en aquel momento por aquel célebre distrito histórico, todos los extranjeros con sombrillas, se quedaban mirándolo con ojos muy abiertos y temerosos, pero no vacilaban en cumplir sus órdenes. Los gritos eran una señal de que se trataba de una amenaza real. La actitud de Roma era la confirmación de algo grave que se avecinaba. El gentío se abalanzaba al interior de las edificaciones, alejándose del agua, y Roma buscaba desesperadamente alguna señal de la aparición del monstruo, escudriñando las múltiples calles que desembocaban en El Bund.

—*¡Muévanse! ¡Muévanse!*

Juliette. Reconocería aquella voz en cualquier lugar. Y procedía de una calle aún lejana.

Roma salió corriendo y dirigiéndose al centro de la calle les indicó a los automóviles que retrocedieran. No le importaba que hicieran gemir sus bocinas y estuvieran a punto de atropellarlo. Agitaba su arma en el aire y los que estaban enfrente inmediatamente trataban de retroceder poniendo a rugir sus motores y creando un bloqueo cuando los autos que venían atrás intentaban seguir avanzando lentamente.

Constatando que había surtido efecto su intento de crear el embotellamiento, Roma dirigió su atención a otra parte. Sólo había un camino entre el río y la desembocadura de la calle que se cruzaba con aquella: una calle y un extenso muelle, dependiendo de la dirección en la que el monstruo quisiera correr, dependiendo de si se sumergía en los bajíos donde estaban atracados los barcos de los pescadores, o si avanzaba por el muelle hacia el fondo. Roma dio un paso atrás y se detuvo en la cabecera del muelle. Calle abajo, una mancha en movimiento surgió a lo largo de los rieles del tranvía, esparciendo puntos negros ahí por donde pasaba.

El monstruo.

—Muy bien —murmuró. Levantó su arma. Apuntó. Incluso si las balas no penetraban su espalda, su frente seguía teniendo la suavidad de los seres humanos—. Ya has causado suficientes estragos.

Roma apretó el gatillo.

La culata del arma retrocedió con fuerza… pero no detonó.

No le quedaban balas.

—*¡Maldita sea!*

Roma arrojó a un lado la pistola y buscó en su saco un arma de repuesto. Un destello de movimiento se produjo a su lado. Antes de que pudiera extraer cualquier cosa de su saco, Roma se giró justo a tiempo para ver a Paul Dexter, cañón en alto.

Por puro instinto, Roma se agachó raudamente, evitando apenas el impacto de una bala en la cabeza. Presionó las palmas de las manos contra el suelo duro, examinando todo lo que lo rodeaba.

—Ríndete —siseó Paul. En una mano sostenía su arma y en la otra un maletín.

Roma no cumplió su orden. Se abalanzó hacia el objeto más cercano, una caja de madera, y la arrojó, apuntando directamente al rostro de su oponente con ella. Soltando un grito, Paul se vio obligado a dejar caer su maletín y estuvo a punto de soltar la pistola. Para cuando se recuperó de la sorpresa, Roma ya había alcanzado el interior de su saco y había sacado su pistola de repuesto.

El dedo de Roma vaciló sobre el gatillo. Le habría disparado a Paul sin perder tiempo, si en ese mismo instante el suelo no hubiera empezado a temblar. Si el mundo que lo rodeaba no hubiera comenzado a rebosar de repente con una avalancha de motas mortales que se precipitaban en masa hacia él.

—No —susurró Roma.

El monstruo había llegado.

—¡Muévase! ¡Muévase!

Resoplando con fuerza Juliette empujó a la mujer hacia abajo, salvándola por poco del arco de insectos que se arrastraban hacia su carrito de comida. Un grupo de personas a menos de tres pasos se derrumbó al mismo tiempo. La mujer gimió con los ojos muy abiertos.

—Quédese ahí —le ordenó Juliette—. Manténgase agachada, mantenga los ojos en el suelo y *avance* cuando vea los insectos, ¿entendido?

La mujer asintió, con un gesto de cabeza irregular. Juliette se incorporó de un salto, buscando nuevamente a la bestia. Estaban bastante próximos al río Huangpu, próximos a la destrucción final que marcaría el término de un rastro sangriento y macabro: o al menos lo que Juliette esperaba que sería la destrucción final. El distrito histórico, El Bund, estaba justo enfrente, en la siguiente intersección.

—*No puede ser*.

Los ojos de Juliette se posaron en dos figuras junto al agua, dos figuras que luchaban entre sí. Sus ojos ubicaron al monstruo, ubicaron a los insectos que lo seguían, precipitándose como látigos en dirección a cualquier víctima que pudieran encontrar.

—¡Roma! —gritó la joven—. ¡Roma, agáchate!

El joven se dio la vuelta con los ojos muy abiertos. Actuó de inmediato, arrojándose lejos del monstruo que atronadoramente se dirigía el muelle, evadiendo a un montón de insectos que acababan de caer al suelo y corrían junto a los zapatos de Paul antes de dispersarse. Paul no necesitaba apartarse de su camino. Él era inmune.

Juliette supuso que por eso no se preocupó en absoluto cuando el monstruo se zambulló en el agua.

Un chapoteo atronador resonó a través del casi silencioso distrito histórico.

No debería haberle pedido a Roma que llegara al río primero. Debería haberle dicho que se encargara de la misión que ella había llevado a cabo.

—¡Roma, corre! —gritó, corriendo tan rápido como le era posible —. El monstruo se dirige hacia…

Una erupción. Justo en el momento en que Juliette llegaba finalmente al muelle, el agua estalló en manchas negras, disparándose tres metros en el aire antes de descender sobre los puertos. Los insectos se deslizaban por todas partes, buscando cualquier rincón donde refugiarse, cualquier superficie a la cual aferrarse. No había tiempo para ponerse a cubierto. Llovieron sobre Paul, sobre Juliette, sobre Roma.

Juliette nunca se había sentido tan asqueada en toda su vida. Cientos de patas se arrastraban sobre todo su cuerpo, enterrándose en las arrugas de su ropa y mordiendo sus poros mientras probaban dónde aterrizar. Su piel nunca le había molestado hasta tal extremo; nunca había experimentado tal sensación de repugnancia y tantos deseos de vomitar.

Pero los insectos, incluso los que aterrizaban sobre su piel, se deslizaban fuera de ella en cuestión de segundos. Lo mismo ocurría con Paul, ya que la vacuna circulaba por las venas de ambos, defendiéndolos del ataque.

Lo últimos residuos de aquella erupción cayeron al suelo. El aire se aclaró. Los insectos se esparcían sobre el pavimento.

Juliette, jadeando, bajó los brazos.

—*¡Roma!* —gritó en aquel instante.

Treinta y seis

Las manos de Roma se lanzaron hacia su propia garganta.

Treinta y siete

La infección no habría enloquecido tan rápidamente a las víctimas comunes, que por lo general recibían un solo insecto, que era el que comenzaba la infección. Con el tiempo ese único insecto se habría multiplicado en diez y esos diez en cien, hasta que fueran lo suficientemente numerosos dentro de la víctima para tomar el control del organismo. Pero Roma… Roma, los estaba recibiendo a todos al mismo tiempo, y de inmediato habían pasado a dominar sus nervios, instándolo a buscar sangre dentro de su propio cuerpo.

Juliette se sacudió furiosamente los pocos insectos pertinaces que seguían pegados a sus brazos y sujetó su pistola con firmeza. Sólo había una forma de salvar a Roma, sólo una forma de poner fin a todo aquello. Corrió hacia el final del muelle y buscó al monstruo, sin pensar en nada más que *encontrar* la maldita cosa y…

Debería haber prestado más atención al peligro que la acechaba a sus espaldas.

Su cabeza se estrelló contra las tablas de madera del muelle.

—Realmente no puedo dejarte hacer eso, Juliette —gruñó Paul—. ¿Por qué no simplemente…?

Antes de que ella pudiera orientarse, incluso antes de que pudiera pensar en volver a levantarse y apuntar de nuevo, Paul le asestó una vigorosa patada en el estómago. Juliette se cayó del muelle principal y su cuerpo fue a estrellarse contra una plataforma más pequeña que había debajo y que flotaba justo por encima del agua. Sus pulmones se agitaron. Con laborioso esfuerzo, trató de levantar su arma, intentó sobreponerse a la sensación de intenso mareo, pero en ese momento

Paul saltó, fue a aterrizar a su lado y la despojó del arma con un certero puntapié.

—Lo siento, Juliette.

Tomó un manojo del cabello de la joven y hundió su cabeza en el agua.

Juliette estuvo a punto de jadear, excepto que abrir la boca significaría tragar el agua sucia del río, por lo que tuvo que mantener los labios apretados con fuerza. Luchó por soltarse, obligándose a mantener los ojos abiertos incluso ante la horrenda visión del remolino negro de insectos que nadaban en el agua. Pero el agarre de Paul era mucho más fuerte de lo que su cuerpo larguirucho dejaba suponer. Aquellos dedos asidos a su cabeza eran una garra de acero.

—Esto es por tu propio bien —dijo. Juliette apenas podía oírlo, aunque estaba arrodillado junto a ella. Sus oídos estaban bloqueados por el agua, por los despiadados insectos—. No quiero lastimarte, pero no me has dejado otra opción. Intenté *salvarte*, Juliette. De verdad que lo intenté.

La joven forcejeaba y pateaba cada vez más fuerte, pero todo era en vano. Debería haberle disparado a Paul cuando tuvo la oportunidad. No sólo estaba tratando de matarla ahora mismo, sino que estaba tratando de matarla *lentamente*, para que ella falleciera sabiendo que Roma agonizaba. De esta manera, ella sabría que le había fallado. Roma era fuerte, pero no podría resistirse indefinidamente.

Quizá Roma había sucumbido, quizá sus dedos ya habían perforado el cuello. Quizá ya estaba muerto.

Su lucha era inútil.

La ampolleta azul de Paul la había salvado de caer víctima de la locura. Pero ahora él había decidido que de todos modos se desharía de ella, condenándola a aquella acuosa tumba.

La ampolleta azul, recordó Juliette de súbito. Paul la había sacado del bolsillo de su abrigo. ¿Existía la posibilidad de que guardara otra jeringa allí?

Juliette extendió la mano y buscó a tientas los bordes del abrigo de Paul. Fue casi risible la facilidad con que los encontró, la sencillez con la que metió la mano en la amplia abertura de aquel bolsillo.

Frenéticamente, con la última bocanada de aire que le quedaba en los pulmones, Juliette sacó la jeringa y clavó la aguja en la muñeca de Paul.

Con un rugido, la mano de Paul se flexionó de dolor y aflojó su agarre. Juliette se sentó rápidamente, aspirando aire a bocanadas. Sin

tiempo para recuperarse dirigió la mirada hacia el muelle y gritó al ver a Roma que luchaba contra sus propias manos que iban hundiéndose más y más profundamente en su garganta. Logró ponerse de rodillas, y se arrojó contra Paul antes de que éste pudiera sujetar su arma, lo aferró por la cintura y al darle un empujón cayeron ambos al agua.

Sintió que la recorría un estremecimiento en el momento de caer río, pero ahora era Juliette quien tenía el control. Era ella quien se encontraba por encima de Paul mientras se hundían más y más profundamente, con uno de sus brazos todavía enrollado alrededor de la cintura del joven, el otro asido firmemente a su muñeca. Cuando la espuma alrededor de ambos se despejó, los ojos de Paul se abrieron de golpe para encontrar que Juliette flotaba frente a él y como un vengativo semidiós le había arrebatado el arma de la mano.

No, por favor, gesticuló su boca silenciosamente. En su expresión se percibía un horror absoluto.

Juliette.

Ella le clavó una patada en el pecho; él se tambaleó hacia atrás. La joven sujetó con ambas manos la pistola, apuntó a la frente de Paul, y apenas a un par de centímetros de distancia de su objetivo, jaló del gatillo.

El agua amortiguó la mayor parte del sonido. El líquido marino no contuvo la salida de sangre.

Paul Dexter murió con tres ojos abiertos: el tercero, una herida de bala en plena frente. El agua se tiño de carmín y Juliette emergió a la superficie, tosiendo entrecortadamente, su mirada desorbitada mientras buscaba su próximo objetivo.

Encontró al monstruo de inmediato, ya que había regresado al muelle principal.

Sin embargo, ya no era un monstruo. Estaba transformándose de vuelta a su forma humana, aunque el proceso aún estaba incompleto. Su rostro estaba ahí, pero la mitad inferior de su cuerpo todavía aparecía extraña, transformada y verde, y cuando el anciano se arrodilló, parecía haberse rendido.

Juliette trepó a la plataforma más pequeña. Luego, con la pistola entre las manos, se arrastró hacia el muelle.

—¡Qi Ren! —lo llamó.

El monstruo involuntario de Shanghái volteó hacia ella. El horror distorsionaba los exhaustos rasgos del anciano, pero de un modo diferente a como había distorsionado el rostro de Paul en sus momentos finales. Aquello era un horror hacia sí mismo: hacia todo

aquello que le habían obligado a hacer y hacia todo aquello de lo que quería liberarse. Dirigió un gesto de asentimiento a Juliette. La joven levantó el arma. Le temblaban las manos.

—Lo siento —dijo.

Y una vez más, jaló del gatillo.

La bala perforó limpiamente su corazón. El sonido fue tan ruidoso como el estallido del fin del mundo.

Pero el suspiro de Qi Ren fue suave. Se llevó una mano al pecho con cautela, como si el proyectil no hubiera sido más que un tierno halago. Riachuelos de líquido rojizo manaban entre sus dedos y se encaminaban hacia el muelle, tiñendo su entorno de un color oscuro.

Juliette se acercó un poco más. Qi Ren se había quedado inmóvil, pero no se había derrumbado. Algo estaba sucediendo dentro de él. Algo se *movía*.

Un bulto apareció en su muñeca izquierda. Juliette lo vio migrar desde las venas entre el antebrazo del anciano hasta el estrecho espacio entre el cuello y el hombro. De repente, su manzana de Adán había crecido desmesuradamente, presionando contra la piel fina y llena de capilares.

La garganta de Qi Ren se partió por la mitad. Tal como si un cuchillo la hubiera cortado, los colgajos de su piel se abrieron y detonaron una mezcla de sangre de un tono entre negro y rojizo. Qi Ren colapsó de inmediato. De su garganta echó a volar un insecto tan grande como el puño de Juliette, alejándose de las venas y tendones de los que había estado viviendo.

La joven lanzó un grito y disparó una, dos, tres veces. Su mente entró en un pánico incontrolable, sus reflejos más elementales temblaban violentamente. Dos de sus proyectiles salieron desviados hacia un costado; otro rozó al insecto y lo envió en picada hacia el muelle. Por un instante, su cuerpo plano y circular se escurrió por la superficie de los paneles de madera en busca de algo —cualquier cosa — a la cual aferrarse: docenas de patas diminutas que parecían pelos microscópicos se esforzaban por encontrarse con un cuerpo. Luego el insecto se detuvo, y cuando por fin dejó de moverse espasmódicamente, también lo hicieron los otros insectos en el agua.

Juliette pudo sentir el cambio. Fue como si el sudario de la muerte se hubiera levantado de su ciudad.

—Se acabó —murmuró Juliette—. Realmente se acabó.

Se dio la vuelta con lentitud. Buscó vida al otro lado del muelle.

—¿Roma?

Tenía mucho miedo de no encontrar respuesta, pavor de que lo

único que recibieran sus palabras fuera silencio. Sentía angustia de no encontrarlo en absoluto, de que las aguas que habían vuelto roja esta ciudad se lo hubieran llevado largo tiempo atrás.

Pero entonces sus ojos se posaron en el lugar donde Roma se había acomodado, lo encontraron hecho un ovillo, acurrucado contra un automóvil estacionado en medio de la ancha, inmensa calle. Lentamente, el joven apartó las manos de su garganta. La sangre escurría por su cuello.

Juliette corrió hacia Roma, arrojando a un lado la pistola. Apenas conseguía respirar incluso cuando ya sus manos se habían posado sobre los hombros del joven. Las manos lo sujetaron con fuerza para asegurarse de que fuera real, de que lo que tenía ante ella era verdadero y no una desquiciada alucinación.

—Estoy bien —aseguró Roma con voz temblorosa.

A duras penas había llegado allí. Diez marcas de pinchazos salpicaban su cuello, lo suficientemente profundas para dejar a la vista el rojizo interior.

Pero estaba vivo.

Juliette lo atrajo hacia ella con fiereza, ciñéndolo en un impetuoso abrazo.

—El monstruo ha muerto —susurró.

Entonces, ¿por qué todavía se sentía vacía? ¿Por qué sentía que las intervenciones de ellos en este asunto no habían terminado?

—¿Paul te hizo daño? —preguntó Roma. Se apartó unos centímetros de ella y la recorrió con la mirada para comprobar si tenía heridas, como si no hubiera cuajos de sangre colgando de sus propias manos.

Juliette le dirigió un gesto de negación y Roma suspiró aliviado. Miró hacia el agua, donde el cuerpo de Paul flotaba sobre aquellas olas de color gris verdoso.

—Él pensó que te amaba.

—Eso no era amor —musitó Juliette.

Roma le plantó un beso en la sien, cerrando los ojos contra la humedad que se pegaba al cabello de la joven.

—Vamos —dijo—. Vayamos a despertar a Alisa.

Treinta y ocho

Uno a uno, los insectos se separaron de Alisa Montagova.

Se retorcían y chillaban mientras la madre portadora se desangraba, rechinando sus microscópicos dientes. Cuando el corazón que los alimentaba a todos dejó de latir, ellos también se vieron obligados a entrar en agonía, separándose de los tejidos que habían invadido y soltando sus mandíbulas del nervio conquistado. En sus últimos momentos empezaban a emerger del cuerpo. Mientras su único objetivo había sido enterrarse en un cuerpo, ahora los insectos intentaban desesperadamente salir, agitándose y revolcándose en una maraña de cabello rubio lacio, antes de finalmente morir y caer sobre la tela blanca de las sábanas de hospital.

Con un grito ahogado, Alisa se despertó. Se incorporó de súbito y resopló en busca de aire fresco, empezando a toser y toser hasta que consiguió retirarse de la garganta los tubos que había estado alimentándola. La niña se había incorporado lo suficiente para dispersar la docena de cuerpos de artrópodos que quedaban en la funda de la almohada, que ya empezaban a marchitarse faltos de vida. No se atrevió a hacer ningún otro movimiento. Inhaló profundamente y esta vez contuvo el aliento en sus pulmones, con sus ojos haciendo un esfuerzo desmesurado para mirar el cañón de la pistola que le apuntaba a la frente.

—Todo está bien, Alisa —resolló alguien desde un rincón de la habitación.

Alisa movió sus ojos levemente hacia la voz. Al hacerlo, en lugar de experimentar alivio, lo que hizo fue aumentar su pánico: encontró

a Benedikt, su primo, con las manos en alto, mientras dos pistolas le apuntaban a quemarropa; Marshall Seo se encontraba en un apuro similar cerca de la puerta.

—Bienvenida de vuelta al mundo, Alisa Montagova —dijo Tyler Cai, quien apretó el duro cañón de su arma contra la piel de la niña—. Lamento que tenga que ser así.

Las calles de la ciudad seguían en un estado de plena conmoción mientras Roma y Juliette se abrían paso. Dondequiera que mirara Juliette, veía los cadáveres de aquellos que habían estado en el camino de destrucción del monstruo. Presenció caos político: huelguistas que seguían resueltos a hacerse oír incluso mientras sus camaradas obreros yacían muertos en las zanjas. En su prisa por marcharse había perdido la cuenta de cuántas colisiones había estado a punto de tener con los manifestantes, de cuántas veces estuvo a punto de ser alcanzada por sus antorchas encendidas o estrellarse contra carteles que eran arrastrados por el viento.

Pero cuando Roma y Juliette alcanzaron la frontera de Nanshi, todo estaba en silencio.

—¿Tomamos la ruta equivocada? —masculló Juliette.

—No —dijo Roma—. Es el sitio correcto.

Las altas fábricas parecían encorvarse de una manera apacible y silenciosa. Las calles se veían desprovistas de conductores de *rickshaws*, vacías de vendedores, vacías del sonido de niños corriendo de un lado a otro.

Pero en ausencia de la rutina habitual, habían esperado el rugir de un pandemonio, no silencio absoluto.

—¿Aquí aún no han comenzado los disturbios?

—Supongo que es algo que nos beneficia —dijo Juliette dubitativamente—. ¿Dónde queda el hospital?

Roma señaló. Ambos corrieron a toda prisa. Cada pisada contundente de Juliette sobre el pavimento le producía oleadas de tensión en las piernas. Cuando subía atropelladamente los escalones del hospital las pantorrillas le latían de dolor y los dientes le castañeaban. La ansiedad que recorría sus extremidades ya no tenía otro lugar adonde ir.

—¿Hola? —llamó Roma, empujando las puertas dobles para abrirlas. No había nadie en el vestíbulo de recepción. No se veían enfermeras ni médicos.

—Escucha eso, Roma —musitó Juliette. Se quedaron inmóviles y en silencio bajo la pintura descascarada de un arco que conducía al

estrecho pasillo. El chirrido de un zapato. Un murmullo bajo.

Un grito de rabia.

—*Suélteme*…

—Ése es Marshall —dijo Roma—. Salió disparado en dirección del grito—. ¡Marshall!

—Espera, Roma —clamó Juliette—. ¡Roma!

Juliette corrió precipitadamente detrás de Roma, con las manos en la pistola y el dedo listo sobre el gatillo. Pero cuando lo alcanzó, con el arma extendida y lista para apuntar, ya era demasiado tarde para estar en control de la situación. Roma había entrado en la habitación, cayendo directamente en una emboscada, y había sido obligado a llevarse las manos sobre la cabeza mientras tres Escarlatas apuntaban armas en su dirección.

—¿Ver para creer? —dijo Tyler chasqueando la lengua. Alisa dejó escapar un gemido—. Todos los peces gordos van apareciendo al mismo tiempo.

—Tyler —dijo Juliette entre dientes.

Tyler sacudió la cabeza antes de que Juliette pudiera decir algo más. Cada movimiento procedente del joven era un pausado ademán de furia cuidadosamente contenida: excepto su brazo, firme e inflexible mientras mantenía el arma apuntando a Alisa.

—Dime, tángjiě. ¿A quién le apuntas ahora? —preguntó a su prima.

Juliette no lo sabía. Había levantado su arma como un acto reflejo, ante la previsión de que los eventos pudieran resultarle adversos, pero supuso que el escenario era mucho peor de lo esperado, algo que había ido pudriéndose largo tiempo en el pasado. Lentamente, Juliette bajó su arma con manos temblorosas.

Los Escarlatas dentro de la habitación la observaban con desdén. La joven comprendía la razón. Tyler había descubierto la verdad de su alianza con los Flores Blancas y ahora estaba listo para llevar a cabo su venganza. Había conseguido volver a los Escarlatas contra ella, detallando minuciosamente su traición. Los ojos de los Escarlatas se paseaban entre ella y Roma y en ese momento, con asombrosa claridad, Juliette comprendió su error. Era culpa suya el haber albergado esperanza.

Un amor como el de ellos jamás iba a sobrevivir en una ciudad dividida por el odio.

Ahí habrían de morir todos.

A menos que Juliette pudiera salvarlos.

Respira, se dijo. Ella no era simplemente la heredera que había

venido de Occidente, una caricatura adecuada sobre la cual hacer circular sus rumores, perfecta para ser descrita como alguien fácilmente persuadible, manipulable, con las fibras de su corazón listas para ser alteradas en cualquier momento.

Sonríe, se dijo. A su manera, ella también era un monstruo.

—¿Y ustedes qué piensan que están haciendo? —preguntó Juliette. Su voz sonó neutra, casi sosa.

—Redimiendo tu desastrosa falta de criterio. Nos has traicionado, Juliette. Nos hiciste retroceder en este conflicto —dijo Tyler sacudiendo airadamente la cabeza—. Yo volveré a dejar las cosas en su sitio. Tú no te preocupes.

Su dedo acarició el gatillo.

—*Detente* —gritó Juliette—. Eres un completo idiota. ¿Crees que los traicioné? ¿Crees que estás haciendo un favor a la familia al matar a todos los Montagov? *Es un espejismo*, Tyler. Todo lo que provocarás al darles muerte es una oleada de sangrientas represalias sobre nuestra familia.

Tyler rio estrepitosamente.

—No trates de librarte de esto con engaños…

—Estoy diciendo la *verdad*…

—Pero si siempre has sido una mentirosa.

Una repentina detonación atravesó la habitación, arrancando un grito de sorpresa de la garganta de Juliette. Sólo que no provenía del arma de Tyler. Provenía de la pistola que Marshall súbitamente le había arrebatado al Escarlata más cercano a él y había disparado contra su dueño. El Escarlata cayó al suelo. Marshall se lanzó hacia delante, con la esperanza de salvar a Alisa, con la esperanza de expulsar un disparo frenético que sacara a Tyler del camino.

Entonces Tyler levantó su pistola y disparó primero. Marshall se derrumbó en el suelo. Se llevó la mano a las costillas, donde floreció una mancha roja.

—¡Mars! —rugió Benedikt.

—No te atrevas —gritó en ese momento un Escarlata. Apretó su pistola con fuerza contra la sien de Benedikt. Esto detuvo al Flor Blanca en el acto, impedido de dar un solo paso hacia Marshall por temor a que le dispararan a él también. Los Escarlatas estaban dispuestos a detonar por cualquier motivo. Juliette lo sabía bien.

—Están todos locos —consiguió decir Marshall desde el suelo. Hizo una mueca de dolor. La sangre comenzaba a manar entre sus dedos y goteaba lentamente hacia el suelo dejándolo hecho un desastre—. Están todos condenados por una maldición. Los Montagov y los Cai

por igual. Hay una plaga en las casas malditas de las dos familias.

Tyler volvió a levantar su arma.

—Detente —exigió Juliette—. Detente…

Otro disparo. Éste proveniente de Roma. Había esquivado a uno de los hombres y alcanzó a disparar una vez en el tiempo que les tomó controlarlo de nuevo. Su bala simplemente rozó el hombro de Tyler, forzándolo a retroceder un paso, gruñendo de dolor.

—¡DETÉNGANSE!

La habitación se quedó en silencio. Armas apuntando a otras armas que a su vez disparaban a otras armas. Así sería siempre.

—¿Escuchan eso? —susurró Juliette. Levantó un dedo cerca de su oído, exigiendo que los hombres en la habitación *prestaran atención*. El bramido de una multitud. El estruendo de las masas que avanzaban con paso firme, entonando consignas, una multitud que venía de lejos y se acercaban cada vez más.

—Cuando lleguen aquí —les advirtió Juliette indignada—, nos matarán a todos. Flores Blancas o Escarlatas, les da igual. Tienen ametralladoras y machetes y ¿qué tenemos nosotros? *¿Dinero?*

Giró hacia su gente. El gánster Escarlata al que Marshall había disparado yacía muerto en el suelo. La bala se había incrustado en el cuello. Sus ojos vidriosos miraban en dirección al techo. Ella ni siquiera conocía su nombre.

El torso de Marshall también estaba goteando sangre. Tyler no permitiría que los Flores Blancas huyeran a tiempo para salvar a Marshall. Tyler no era tan magnánimo. Necesitaba que se produjera al menos un sacrificio para apaciguarlo, para dejar que los Flores Blancas escaparan. Para permitir que Alisa viviera.

Con la garganta seca, Juliette metió la mano en el bolsillo. Hubiera querido que como por arte de magia apareciera algo bajo su manga que distendiera la situación, pero ahí no había nada. Solo existía la guerra de clanes.

—Debemos marcharnos antes de que sea demasiado tarde —dijo.

—¿No tienes honor? —preguntó Tyler.

—¿Honor? —repitió Juliette con dureza. Su voz sonaba terrible en el silencio reverberante de aquel cuarto de hospital—. ¿A quién le importa el honor cuando terminaremos todos *muertos* si nos quedamos más tiempo?

—No seré el primero en salir de esta habitación, Juliette —dijo Tyler con frialdad—. No quiero que me disparen por la espalda.

—Entonces ellos salen primero —propuso Juliette, enderezando los hombros—. Lex talionis, Tyler. Ojo por ojo. Así es como funciona esta

guerra de clanes.

Señaló a Marshall con el dedo. Se obligó a no temblar.

—Olvídate de tu iluso plan de venganza. Sólo lo mataremos *a él*, en compensación por la pérdida Escarlata. Los demás pueden irse.

—No —gritaron Roma y Benedikt al unísono.

El estómago de Juliette se congeló cuando miró a Roma directamente a los ojos.

—Ahora no estás exactamente en una posición para negociar.

—No va a funcionar, Juliette —dijo Roma con firmeza—. Si Tyler quiere una pelea justa, tengamos una pelea justa. No mientas para que nos retiremos.

¿No comprendía que ella lo estaba salvando? ¿No se daba cuenta de que afuera ocurría un levantamiento armado: muchedumbres, hordas, que buscaban exterminar a todos aquellos que reconocieran como parte de la élite opresiva? ¿No entendía que cortar los lazos entre ellos dos era la única forma en que podrían ambos salir con vida de allí, que si Tyler sospechaba aunque fuera levemente que Juliette era la amante de Roma, entonces el heredero Montagov ya tendría medio pie en la tumba?

Él lo comprende, susurró una vocecita. *Él se queda por ti. No se alejará de tu lado. No una segunda vez. Él preferiría morir.*

Juliette supuso que era su turno de marcharse. El amante y el mentiroso, la mentirosa y la amante. Intercambiaban esos roles entre ellos como si se tratara de un juego.

—Estoy diciendo la verdad —insistió Juliette, su voz apenas audible. Cada palabra era una cuchilla que le atravesaba la lengua, cortándola el doble de profundo que el daño que ella le había causado al mundo—. Despierta. Todo este coqueteo entre nosotros fue sólo una forma de sacarte información.

—Juliette, no digas semejante…

—Mybergh Road —lo interrumpió Juliette.

Roma se detuvo. Simplemente… se detuvo en seco. Reconoció la dirección. Era la casa refugio de su madre. Aquella de la cual nadie tenía noticia.

La guerra de clanes es la guerra de clanes. No pienses mucho en eso. No le des muchas vueltas. No es tu culpa.

Oh, pero lo era.

Lo era.

Lady Montagova había muerto dos semanas después de que Juliette se marchara de Shanghái. Dos semanas tras el ataque a la casa Escarlata que había matado a toda la servidumbre.

Porque después del atentado, Juliette había perdido la cordura ante los dos guardias Escarlatas que la escoltaban al barco que la llevaría hasta Nueva York. Sus padres estaban demasiado ocupados para siquiera ir a despedirla al muelle. Los dos Escarlatas habían pensado que no era una tarea digna de ellos; uno le había dicho que guardara silencio, que ella era simplemente una niña que no sabía nada sobre esta ciudad, que no la necesitaban aquí.

Pero aquel día Juliette había protagonizado una rabieta, y en medio de su ataque de ira infantil, para demostrar su valía, les contó a los dos hombres Escarlata, sin tomar una sola pausa, todo lo que sabía sobre los Flores Blancas, incluida la ubicación de la casa refugio de Lady Montagova. Había conseguido la dirección por casualidad, una tarde que no tenía mucho por hacer y había ido al territorio de los Flores Blancas para sorprender a Roma. Sin que él lo supiera, lo escuchó hablar con su padre sobre el tema.

Los hombres Escarlata no le hicieron preguntas sobre cómo había obtenido esa información. Cambiaron rápidamente de tema y ella pensó que no la habían tomado en serio. Al pensar en lo que había revelado, se sintió mal del estómago una vez que ya estaba en el barco, pero se dijo que Roma la había traicionado *primero*. Que la Pandilla Escarlata podría hacer lo que quisiera con la información que ella les había proporcionado y que Roma lo tendría bien merecido.

Ella nunca habría podido imaginar que buscarían a la madre de Roma para darle muerte.

—Estaba al tanto —dijo Juliette—. Siempre lo estuve. La muerte de tu madre es obra mía.

Desde su cama, Alisa había comenzado a temblar. Miraba a Juliette con los ojos muy abiertos.

—No —con dificultad Roma pudo pronunciar esa palabra—. No lo hiciste.

Afuera, los sonidos de las protestas de los trabajadores se aproximaban con toda su estridencia. Se escucharon golpes metálicos contra las paredes del hospital en medio del frenesí de la revuelta.

Roma estaba teniendo problemas para respirar. De repente, no podía ver con claridad, sólo distinguir borrones de colores, vagas siluetas de formas, el fugaz centelleo de una persona que acababa de abrir la boca para decir:

—Me criaron en el odio, Roma. Nunca podría ser tu amante, sólo tu asesina.

Juliette Cai avanzó decidida y se plantó directamente frente a Marshall. Se arrodilló, sin ninguna piedad apartó de la herida la mano

de él y escrutó al joven como si no fuera más que un pedazo de basura arrojado a sus pies.

—Ojo por ojo —dijo, y le propinó a Marshall un fuerte golpe en el rostro. A causa del impacto el joven se derrumbó y su cuerpo fue a chocar contra el duro y frío suelo, mientras se rodeaba la cabeza con ambos brazos y colocaba una mano delante de la cara en un intento por protegerla. Sangre. Muchísima sangre alrededor de él.

Juliette empuñó con ambas manos su pistola. La giró velozmente, asegurando su agarre. Enseguida dijo:

—Una vida por otra vida.

Bang.

—¡No! —rugió Benedikt.

La cabeza de Marshall cayó hacia atrás. Quedó inmóvil. Completamente inmóvil.

Roma no podía respirar.

—Marshall, levántate —bramó Benedikt—. ¡Levántate!

Juliette hizo un gesto en dirección a los Escarlatas que tenían cautivo a Benedikt.

—Suéltenlo —dijo—. Que lo vea por sí mismo.

Y los Escarlatas la escucharon. Apartaron sus armas lo suficiente para que Benedikt pudiera apartarse unos pasos, pero en todo caso preparadas para disparar en caso de que a él se le ocurriera atacar. Juliette había vuelto a escalar a su posición en la pandilla. De nuevo estaba por encima de Tyler en la jerarquía, y allí permanecería, siempre y cuando se mostrara implacable.

Benedikt caminó hacia donde estaba Marshall. Con aspecto de estar total, absolutamente desolado, devastado, puso su mano en la garganta de Marshall y la mantuvo allí, esperando.

Un ruido espantoso salió de la garganta de su primo. Por siempre Roma habría de escuchar ese sonido en su cabeza.

—Despierta —exigió Benedikt con voz atronadora. Sacudió los hombros de Marshall. Éste no respondió. Era sólo un cadáver, flácido como una marioneta—. ¡Despiertaaaaaaaaa!

No lo haría.

Juliette no reaccionó ante la escena que tenía enfrente. Miró el cadáver y al doliente como si no significaran nada para ella… y Roma supuso que tal era el caso.

—Vete —dijo Juliette a Roma. Con su arma le apuntó a Alisa—. Largo antes de que los matemos a todos.

El joven no tenía opción. Se tambaleó hasta llegar junto a Alisa y le extendió la mano para que ella la tomara.

Y los Flores Blancas emprendieron la huida.

Juliette los miró mientras se marchaban. Quemó la imagen en su mente, ardió en el alivio que inundó sus venas y trajo a su lengua un sabor a dulzura. Se obligó a recordar este momento. Esto era lo que lograba la monstruosidad. Quizá Paul Dexter no estaba tan desencaminado después de todo. Quizá tenían su fruto el terror y las mentiras.

Una cacofonía de voces irrumpió en el hospital. Resonó en los largos pasillos, exhortando a los trabajadores a que se desplegaran y saquearan el lugar, a que provocaran la mayor destrucción posible.

—Yo me ocuparé de él —dijo Juliette, indicando con la cabeza el cadáver junto al que estaba arrodillada—. Márchate, Tyler. Llévate a tus hombres. Hay una puerta trasera.

Durante un largo momento, pareció que Tyler no iba a acceder. Luego, cuando un fuerte estrépito de metal contra metal resonó en el hospital, asintió y dirigió un ademán a sus hombres para que lo siguieran.

Sólo se quedó Juliette, reposando su mano sobre un cadáver que se enfriaba.

Sólo se quedó Juliette, viviendo con el peso de sus pecados.

Epílogo

—La huelga de trabajadores fue un fracaso —dijo la criada—, pero eso era de esperarse.

Juliette apretó la mandíbula, colocando los alimentos que había recogido de la cocina en la cesta que tenía dispuesta. El cielo ya estaba oscuro; durante largo tiempo había estado lavándose la sangre que le manchaba las manos, la sangre que le quedara como vestigio de los cruentos eventos de aquel día. Cuando regresó a casa, sus familiares ni siquiera sabían adónde había ido: del todo ignoraban que estuvo a punto de quedar atrapada en los disturbios que diezmaron Nanshi.

Las revueltas no perduraron mucho después de que Juliette se marchara del hospital. Tan pronto como llegaron las fuerzas policiales, ayudadas por los gánsteres en grandes números, no fue en absoluto un enfrentamiento parejo. Los trabajadores regresarían a sus trabajos en las fábricas la mañana siguiente. Aquéllos que habían matado a sus jefes recibirían una condena de cárcel.

Eso había sido todo.

Juliette, sin embargo, tenía la sensación de que los comunistas no se dejarían contener tan fácilmente. Éste era sólo el comienzo de su insurgencia.

—Por cierto —añadió la criada con cautela—, sus padres preguntan si acudirá la señorita a la cena. También buscan a la señorita Kathleen y a la señorita Rosalind.

Juliette negó con la cabeza.

—Tengo una diligencia que hacer. Regresaré dentro de una hora.

Por favor, díselo a mis padres.

La criada asintió.

—¿Y sus primas?

—Le encargué a Kathleen una tarea. Ella también debe ser disculpada de la cena.

Quizá Juliette lo había dicho en un tono que revelaba su confusión, o quizá las palabras en sí eran suficientes para incitar la curiosidad. La criada inclinó la cabeza y preguntó:

—¿Y la señorita Rosalind?

Juliette sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Kathleen dijo que no quería que Rosalind la acompañara, así que ella todavía está en su habitación. Podrías ir a preguntarle tú misma.

—Muy bien —asintió la criada y se apresuró a cumplir lo que se le había solicitado.

Juliette, suspirando, cerró cuidadosamente la cesta y partió también.

Kathleen arrugó la nariz, examinando el estado en que se encontraba El Bund. Le habían advertido sobre el cadáver, sobre los insectos que flotaban en el agua y los agujeros de bala en los lugares más peculiares, pero verlo por sí misma era otro asunto. Era un *desastre*.

Kathleen giró en un círculo lento, haciendo una mueca cuando su zapato se asentó sobre los insectos que yacían muertos en el pavimento.

—Juliette dijo que debería estar en el sitio donde está el muerto —dijo Kathleen, agitando el brazo en dirección del grupo de hombres Escarlata que Juliette había asignado para que le ayudaran—. Vayan a buscarlo.

¿La misión que se le había encomendado? Su prima quería un insecto del tamaño de un puño, uno que según dijo había quedado en un muelle a lo largo del río Huangpu. Por el bien de la ciencia, había afirmado Juliette. Kathleen se preguntó si no sería en realidad que su prima quería tener enfrente algo concreto, algo que confirmara que esta locura había terminado y que ella había hecho lo que debía hacerse, y qué bien había valido la pena.

—¿Deberíamos, eehhh… mover el cadáver primero?

Kathleen fijó una mueca de desagrado. Miró hacia el muelle, donde estaba desplomado Qi Ren, completamente humano ahora y decididamente muerto.

—Por ahora déjenlo donde está —dijo Kathleen en voz baja—. Empiecen a buscar.

Los hombres asintieron. Kathleen ayudaba a su manera, recorriendo el muelle y propinando puntapiés a algunos de los insectos más pequeños para arrojarlos al agua. Los insectos flotaban. Todos sus pequeños cadáveres y cascarones exteriores flotaban en pequeños montículos sobre el río, a la deriva en diferentes grupos, una disposición que recordaba al aceite encima de una sopa fría.

—Señorita Kathleen —llamó uno de los hombres—. ¿Está segura de que es este muelle?

Un insecto gigante no era algo que pareciera muy difícil de ubicar. Pero no se veía por sitio alguno.

—Ella dijo que era el que estaba junto al cadáver—respondió Kathleen—. No veo ningún otro cadáver en ningún otro muelle.

—¿Quizá la señorita Juliette se confundió? —preguntó otro Escarlata.

—¿Cómo iba a confundir un insecto gigante con cualquier otra cosa? —Kathleen murmuró, perpleja. Aun así, no tenía sentido seguir buscando si no estaba allí. Quizás el espécimen había sido aplastado por un pisotón, un pisotón tan vigoroso que no habían dejado más que motas de polvo, invisibles para quien quiera que estuviera buscándolo.

Kathleen suspiró.

—Bueno —dijo. Señaló el cadáver—. ¿Lo movemos?

Los hombres se apresuraron a cumplir la orden. Una vez que la dejaron sola, Kathleen hizo una última inspección de la escena, examinando las manchas de sangre donde comenzaba el muelle. Estuvo a punto de pasarlo por alto, pero debajo de una caja de madera volcada, vio un maletín que yacía encima de otro montoncito de insectos muertos.

—Vamos a echarte un vistazo —musitó Kathleen, liberando el maletín de la caja. Pensando en otra cosa, lo abrió, pero lo hizo en sentido contrario, y al instante todo el contenido se derramó. Los objetos que había dentro cayeron al suelo con un ruido sordo, provocando una exclamación preocupada de los Escarlatas que se encontraban más cercanos.

—¡No se preocupen! —los calmó Kathleen rápidamente. Se puso en cuclillas y se apresuró a recoger todo aquel desorden—. Soy un poco torpe.

Arrastró en su dirección los papeles, agarrándolos para que no fueran a volarse con el viento. Pero antes de que alcanzara a colocarlos de nuevo en el maletín, su mirada se fijó en la carta que estaba encima de todo, una que tenía el sello de COPIA, lo que indicaba que se trataba de un recibo de algo que Paul había enviado. En la

esquina superior, la dirección del destinatario indicaba que era alguien dentro de la Concesión Francesa.

Kathleen examinó el breve mensaje.

Y de inmediato, presa del más absoluto horror, dejó caer de nuevo todo en sus brazos.

Con la cesta colgando del brazo, Juliette llamó a la puerta de la casa refugio de los Escarlatas, echando un vistazo por encima del hombro. Se sentía bastante segura de que no la habían seguido —había estado comprobándolo cada tres pasos en su camino hacia aquí—, pero de todos modos… Volteó para mirar, para descartar la más mínima posibilidad.

Se escucharon unos pasos ruidosos desde el interior de la vivienda, que avanzaban hacia Juliette y no tardarían en llegar debido a lo pequeño del departamento.

—De prisa —apuró Juliette, golpeando la puerta de nuevo—. No tengo todo el día.

La puerta se abrió de par en par. Marshall Seo enarcó una ceja.

—¿De modo que no tienes todo el día?

—Soy una persona ocupada —dijo Juliette con firmeza. Le hizo un gesto al joven para que retrocediera y así poder entrar y cerrar la puerta firmemente detrás de ella. Se trataba de una casa refugio que rara vez se usaba, de hecho tan esporádicamente —dada su ubicación en una de las partes más pobres de la ciudad—, que no tenía agua corriente ni contaba con la menor de las comodidades salvo por un catre. No obstante, tenía cerradura en la puerta y una ventana convenientemente situada para salir de un salto si alguna vez se presentaba la ocasión. Brindaba un lugar donde no se le ocurriría a nadie asomarse.

—¿Me trajiste agua? —preguntó Marshall—. He tenido tanta sed, Juliette…

La chica sacó un enorme contenedor de agua, que arrojó sobre la mesa, donde fue a caer con tal estruendo, y Marshall ya no tuvo quejas. Se limitó a sonreír.

—También traje comida —añadió Juliette—. No me gustaría que murieras de hambre.

Marshall miró dentro de la cesta, inspeccionando las pequeñas bolsas.

—¿Sólo naranjas? Prefiero las manzanas.

Juliette suspiró.

—Para ser un hombre muerto —murmuró— sin duda eres exigente.

—Ya que mencionas el tema… —Marshall se alejó y al instante se dejó caer en una silla destartalada junto a la pared. Cruzó los brazos sobre el pecho, haciendo una mueca imperceptible cuando sintió el tirón de su herida reciente—. ¿Cuándo podré resucitar?

Había sido una apuesta de parte de Juliette. Una cuestión de encontrar el momento idóneo, una cuestión de confianza en que Marshall se diera cuenta de lo que ella estaba tratando que él hiciera, y también confianza en Lourens, en que el suero que ella había robado de su sitio realmente funcionaría como él había dicho. Había sido también una cuestión de utilizar una velocidad de manos como de prestidigitadora al sacar aquel frasco de su propio bolsillo, al retirar la mano de Marshall de su herida de bala y empujar en su palma el frasco ya destapado. Cuestión de golpearlo de tal manera que se derrumbara con los brazos sobre la cara, sin que fuera visto por los demás mientras bebía el contenido. Cuestión de sacar las balas de su propia pistola para que al disparar no estallara otra cosa más que sonido, evitando que el cañón empujara un segundo proyectil en el cuerpo de Marshall.

Ya luego había sido cuestión de suerte. Suerte que al salir Juliette corriendo a la oficina principal del hospital encontrara a una doctora que no había sido evacuada, que estaba revisando su archivador sin preocuparse de que los trabajadores estaban a punto de inundar los pasillos. Que Juliette convenciera a dicha doctora para que operara a Marshall a pesar de su falta de latidos cardíacos, arrastrando su cuerpo a la sala de cirugía justo antes de que los manifestantes pudieran divisarlos en el pasillo adyacente, y que cerrara esas puertas con cadenas hasta que los trabajadores se cansaron de insistir en abrirlas y abandonaron esa ala del hospital. La bala disparada por Tyler fue extraída —habiéndose incrustado superficialmente en la piel sobre las costillas de Marshall— y la doctora procedió a coserlo. Juliette le había prometido dinero para que guardara silencio sobre todo aquello, pero la doctora había arrugado la nariz, sin siquiera tener idea de quién le prometía tal cosa.

—Dame un poco de tiempo —le respondió Juliette a Marshall en voz baja—. Mantente aquí oculto hasta que yo pueda decidir qué hacer con Tyler. Hasta que él crea por completo que engañaba a Roma.

Marshall entrecerró los ojos.

—¿Cuánto de eso *fue* en efecto un engaño?

Juliette apartó la mirada.

—¿Es éste realmente el momento de defender a tu compañero de

armas?

Yo soy un hombre muerto, cariño. ¿Qué hay de malo en que respondas la pregunta?

¿En qué podía afectarla a ella? Solamente su dignidad.

—Nada en absoluto, Marshall Seo —dijo Juliette. Se secó rápidamente el ojo—. Yo no tenía por qué salvarte. Habría podido meterte una bala en la cabeza.

—Pero me salvaste —dijo Marshall—. Porque *lo* amas.

Juliette emitió un ruido de frustración que salió desde el fondo de su garganta.

—No lo digas sólo así…. Y menos en voz tan alta.

Marshall señaló a su alrededor, como para preguntar: *¿Y quién nos escucha?* Nadie. Nadie estaba escuchando. Nadie escucharía esta confesión de Juliette excepto un hombre ya muerto que no podría llevar la información a ninguna parte.

—Y lo amas lo suficiente para hacer que te odie.

—*Debería* odiarme —respondió Juliette con fatiga—. Maté a su madre.

—¿Personalmente? —preguntó Marshall, conociendo de antemano la respuesta.

—No —Juliette se miró las palmas. Había un rasguño en el costado de su muñeca. No tenía idea de cómo se había producido—. Pero ofrecí su ubicación con malicia. Bien podría haber empuñado el cuchillo.

Marshall la miró fijamente, sin pronunciar palabra durante largo rato. Había pesar en su mirada, pero Juliette descubrió que aquello realmente no le importaba. La lástima proveniente de Marshall Seo no era algo que la irritara. Tenía algo de cálido, algo de amable.

—Antes de que me dejes de nuevo —dijo Marshall después de una pausa—, con la misma prisa con que lo hiciste antes, cuando yo todavía estaba sangrando por mis vendajes, tengo una petición que hacerte.

Pudo sólo ser una impresión de Juliette, pero le pareció que la voz de aquel hombre sonaba un poco apagada. La joven frunció el ceño.

—Adelante.

La mirada de Marshall Seo se desvió.

—Benedikt.

—Imposible —respondió Juliette de inmediato, sabiendo cuál sería la solicitud de Marshall sin necesidad de escuchar los detalles. Después de todo, eso del cambio de tono no había sido fruto de su imaginación—. Con que una persona más esté al tanto del secreto,

haría todo cien veces más peligroso.

Juliette imaginó a Tyler enterándose de que Marshall estaba vivo. Se lo imaginó embarcándose en una cruzada para averiguar dónde estaba él, haciéndole daño a todos los que pudieran tener conocimiento de la ubicación si no se la daban. No creía que Benedikt la apreciara mucho a ella, pero ella no iba a permitir que Tyler le hiciera daño a él.

—Es posible que tenga que esconderme durante meses —dijo Marshall, rodeando su propia cintura con los brazos—. Durante *meses* él creerá que estoy muerto.

El corazón de Juliette se encogió.

—Lo siento —susurró—. Pero como un favor para mí, te pido que Benedikt Montagov así lo crea. Es necesario.

Las tablas del suelo chirriaron. Las paredes y el tejado crujieron, vibrando con el viento que aullaba afuera. Pareció que transcurría una pequeña eternidad con Juliette conteniendo la respiración antes de que Marshall finalmente asintiera, apretando los labios con todas sus fuerzas.

—No será demasiado tiempo —le aseguró Juliette, empujando la canasta de comida en su dirección—. Lo prometo.

Marshall asintió de nuevo, esta vez para indicar que contaba con esa promesa. Cuando Juliette salió, cerrando la puerta tras ella con un delicado clic, Marshall se quedó mirando fija y pensativamente más allá de la ventana, por una grieta en el entablado que cubría el cristal.

Juliette regresó a las calles, al ajetreo y al bullicio y a la ruidosa, muy ruidosa anarquía. El cielo estaba oscuro y el día había sido largo, pero el centro de la ciudad ya había vuelto a su actividad normal, con vendedores y comerciantes ofreciendo sus productos, como si un monstruo no hubiera dejado un rastro de desolación a su paso apenas unas horas antes.

Y ya habían vuelto los mafiosos. Gánsteres que acechaban en cada esquina, y que en aquel momento clavaban sus ojos en Juliette mientras pasaba.

—¡Señorita Cai! ¡Señorita Cai!

Con un gesto de molestia, Juliette se detuvo y volteó, encontrando al hacerlo a un mensajero que corría hacia ella. Le pareció vagamente familiar mientras se acercaba, pero no fue hasta que le entregó una nota con la letra de Kathleen, que lo reconoció como uno de los hombres que ella misma había enviado al muelle a acompañar a su prima.

—¿Encontraron lo que les pedí? —le preguntó.

—No había ningún insecto gigante —informó el mensajero—. Pero la señorita Kathleen me dijo que le trajera esto lo más rápido posible.

Frunciendo el ceño, Juliette tomó el mensaje y lo abrió. No era una nota de puño y letra de Kathleen, sino lo que parecía ser la copia de una carta, marcada como una correspondencia enviada por Paul Dexter y dirigida a algún lugar que Juliette no reconoció de inmediato, pero que en todo caso estaba situado dentro de la Concesión Francesa.

Juliette leyó aquellas palabras garabateadas en una sola línea y afinando la vista descifró la caligrafía larga y fina que se ajustaba perfectamente a Paul Dexter.

Casi deseó no haberla descifrado.

En caso de que yo muera, libérelos a todos.

El sudor frío que recorrió su cuerpo fue instantáneo. Desde la yema de los dedos hasta la columna vertebral, se sintió poseída por un terror que se le metía hasta el tuétano y la dejó completamente perpleja.

—¿Pero qué…? —preguntó Juliette—. ¿Qué demonios es esto?

El mensajero parpadeó, aturdido.

—La señorita Kathleen sólo me dijo que se la entregara…

Juliette devolvió la nota de un manotazo. El mensajero no reaccionó lo suficientemente rápido como para asirla antes de que el trozo de papel cayera al suelo, descendiendo sobre la grava como una mariposa que aterriza suavemente. Fue aplastada bajo los pies de Juliette en cuanto dio un paso al frente, respirando con dificultad y explorando desesperadamente su entorno, tratando de pensar, de pensar, de pensar…

—No puede ser—balbuceó con voz enronquecida—. No, no es posible que haya hecho esto.

Las campanas empezaron a sonar a lo largo de las calles, siete veces para indicar la hora.

Y en la distancia, un coro de alaridos atravesó la ciudad.

CONTINUARÁ…

Agradecimientos

Cuando era una lectora adolescente, casi nunca leía la sección de los agradecimientos, a menos que fuera para buscar el nombre de una persona famosa, y soy consciente que hay una gran cantidad de ustedes que piensan exactamente igual. Así que, antes de comenzar, sólo quiero declarar que yo no agradezco como los otros escritores, con lo cual quiero decir que mi forma de agradecer es más propia del resto de seres humanos, bueno, quizá sea un poco más repelente; así que tú que estás a punto de cerrar el libro, deberías leerme.

Gracias a Laura Crockett, por haber creído en este libro y en mí. Espero que sepas que después de cada intercambio de correos electrónicos entre nosotras, sin importar lo rutinarios que fueran, tenía que quedarme felizmente mirando hacia el espacio, durante un par de minutos, para poder sopesar el aprecio que siento por ti. Pudiste entender mi alocada idea de un Romeo y una Julieta cazando a un monstruo en la Shanghái de los años veintes dominada por pandillas, extrajiste la propuesta de tu pila de obras no solicitadas, y la defendiste con tal brillantez que me sentí segura en cada paso dado en el camino. Soy tan, tan afortunada de tenerte de mi lado. Gracias también a Uwe Stender, por encontrar la magia presente en Triada US, y doy también las gracias a Brent Taylor y a todo el equipo en la agencia por su maravilloso trabajo.

Gracias a Tricia Lin por su genio editorial ante el cual absolutamente me inclino. Desde la primera vez que hablamos por teléfono, supe que habías comprendido con exactitud adónde yo quería que fuera este libro, y tu visión y tu guía lo transformaron de

un diminuto y tierno capullo en un rosal completamente florecido. No podría estar más agradecida. Gracias también a Sarah McCabe por acogerme con tanto cuidado y entusiasmo. Gracias a Mara Anastas, y a todos en Simon Pulse por su pasión y duro trabajo: Chriscynethia Floyd, Sarah Creech, Katherine Devendorf, Elizabeth Mims, Sara Berko, Lauren Hoffman, Caitlin Sweeny, Alissa Nigro, Anna Jarzab, Emily Ritter, Annika Voss, Savannah Breckenridge, Christina Pecorale, y al resto del equipo de ventas de Simon & Schuster; Michele Leo y a su división de Educación y Biblioteca: Nicole Russo, Cassie Malmo, Jenny Lu e Ian Reilly. Mis agradecimientos para Billelis por ese hermoso arte de la portada, que después de verlo, tuve que acostarme en el suelo a reposar. Y el agradecimiento más enorme para Deborah Oliveira y a la editorial Tessera por su atenta lectura y notas.

Gracias a Màma y a Bàba por apoyarme de forma incondicional. En cada paso dado en la vida ambos me han alentado, tanto a ser la mejor persona que podría ser, y también me han brindado lo mejor de ustedes. Fue gracias a sus historias en el comedor, a sus fortuitas anécdotas durante nuestros largos paseos en auto, y a la forma en que me criaron, que sembraron mi amor por la ciudad sobre el mar. Me alegro de haber resultado de la mezcla de sus genes. Y sí, me arrepiento de haber abandonado mis lecciones de chino hace diez años. Gracias por no echarme demasiado en cara esto, y gracias por traducir los documentos históricos que les envié, por buscar cosas que no encontraba en portales angloparlantes, y por asegurarse que mi pinyin no estuviera fuera de tono. También le agradezco a mis compañeros con quienes comparto genes, Eugene y Oriana, quienes tuvieron que soportar mis más enloquecidas solicitudes a través del grupo familiar de WeChat.

Gracias a Hawa Lee, mi mejor amiga. Desde nuestros días como las traviesas chicas de séptimo grado cantando temas de Selena Gomez en el fondo del salón de clases hasta el día de hoy, siempre has sido mi hipermujer-número-uno, y te voy a adorar hasta el fin de los tiempos. Leíste la primerísima versión de este libro y me dijiste que mis palabras corrían en tu mente como si fuera una película: en ese instante esas palabras le dieron calor a mi corazón y hoy en día lo siguen haciendo. Agradezco también a Aniket Chawla, quien es también mi mejor amiga. Mientras escribo estas palabras, finalmente estás leyendo el manuscrito final después de que enviaras mis primeros borradores a la bandeja de *spam*, pero te perdonaré porque eres un alma noble que intentó enseñarme matemáticas en undécimo grado y también te voy a adorar hasta el fin de los tiempos. Gracias a

Sherry Zhang, a quien cariñosamente llamo Sherry Berry, por ofrecerme sus consejos más sabios en mis momentos de mayor pánico. Fuiste una completa santa mientras yo me paseaba por nuestra diminuta habitación de hotel en Wellington cuando intentaba averiguar qué pasaría con mi carrera profesional. Yo también te animaré siempre. Gracias a Emily Ting, un resplandor de sol, por emocionarse con lo que escribía desde el comienzo mismo (es decir, la clase de ciencias de noveno grado) incluso cuando yo no era más que una chiquilla pretenciosa.

Gracias al señor Randal por ser un excelente profesor de Lengua y Literatura, y por tener tanta pasión al enseñar Shakespeare. Le debo por completo mi amor por el idioma a esas clases en duodécimo y decimotercer grados en las cuales analizábamos metáforas, simbolismo e imágenes, y espero que todos sus futuros estudiantes comprendan lo afortunados que son por tenerlo a usted como maestro. También agradezco a la señora Black y a la señora Parkinson por darme tanto ánimo y apoyarme con mi pequeño club NaNoWriMo, y por ser tan maravillosas en el Departamento de Inglés.

Mis agradecimientos al profesor Chi-ming Yang por estar de acuerdo en supervisar mi proyecto de investigación a lo largo de este libro, por escuchar mis interminables pensamientos sobre la categoría editorial de Jóvenes Adultos, y por ayudarme a enfocarlo todo en un estudio productivo. También le agradezco a la profesora Josephine Park por ser la mejor cuando todos esos obstáculos estudiantiles empezaban a surgir, y por guiarme a través de todo el proceso de forma tan paciente.

Gracias a João Campos por leer con entusiasmo el primer y caótico borrador de este libro, y por sus notas y maravillosas sugerencias que hicieron que estos personajes fueran mucho mejores. Y también por ser el mejor abrazador. Gracias a Ryan Foo, por siempre pensar lo mejor de este libro y por brindarme alegría. Gracias por la promesa de que sería mi abogado defensor si alguna vez cometo un asesinato. Lo tendré muy en cuenta. Gracias a Andrew Noh, por proporcionarme té metafórico, por entretenerme cuando estaba muriendo durante el proceso de edición de este libro, y por revisar mi francés. Gracias también a Kushal Modi por revisar mi francés y asegurarse de que no sonara como un estudiante de quinto grado, y por brindarme su compañía todas las veces que me ocultaba en mi habitación para escribir. Y, por supuesto, gracias a Jackie Sussman, por escucharme siempre cuando ideaba tramas y por soportar que llenara nuestra habitación de cinta adhesiva con redes de personajes, y no saltar de

miedo cada vez que exclamaba en voz alta porque solucionaba un enredo. Gracias a Rebecca Jiang y a Ennie Gantulga, por ser amigas e increíbles compañeras de habitación, y por hacer de nuestro departamento un espacio para las risas. Gracias a Anastasia Shabalov por sus maravillosas notas sobre el primer borrador de este libro, por nuestras largas conversaciones sobre la industria editorial y también por revisar mi ruso para asegurarme de que nadie llamara rata a nadie por error mío.

Gracias a mis primeros lectores, también conocidos como los amigos que reuní de internet. A Rachel Kellis, una de mis personas favoritas. Nuestras charlas van desde comentarios tan hilarantes que literalmente no puedo respirar hasta comentarios serios sobre lo que escribimos, hasta corregir los correos electrónicos de los demás en busca del tono y la cantidad adecuada de signos de exclamación, y te agradezco, y a ellos, hasta los confines de la tierra. A Daisy Hsu, tú fuiste mi primera amiga de internet, lo cual es una locura ya que en realidad tenemos amigos mutuos en la vida real. Es debido a tus geniales sugerencias que dejé de soltar puñetazos y me entregué a describir la angustia de los personajes. A Tori Bovalino, la reina de las historias oscuras y mi persona favorita para quejarme de los libros malos. Disfruto mucho de nuestra amargura, y siempre puedo contar con que estarás tan asombrada como yo sobre las más… peculiares decisiones tomadas en internet. A Eunice Kim, la persona más amable del mundo y una maga al ayudarme a resumir las cosas. Sabes que soy la mayor admiradora de tus selecciones de GIF. A Miranda Sun, mi divertida compañera generación Z. No sé cómo constantemente tenemos tantas opiniones sobre todo, pero a este ritmo definitivamente hemos escrito el equivalente de diez novelas al menos, si sumamos los innumerables mensajes directos tan subidos de tono que nos enviamos. Brindo por un millón más. A Tashie Bhuiyan, con quien siempre estoy gritando de júbilo. No puedo creer que nos hicimos amigas porque vi a alguien que se parecía a Gansey y comencé a enviarte actualizaciones en vivo, pero es bastante representativo de nosotras. No sé qué haría si no te tuviera para enviarte todas mis capturas de pantalla de “qué-demonios-es-esta-cosa-nueva”. Agradecimientos para Alina Khawaja: estoy asombrada por el poder de tus memes y por la fuerza en la curaduría de tu colección de memes. La página web de memes de este libro está dirigida enteramente por tu poderosa determinación. Y cuando la voluntad se desvanezca, siempre existirá el anhelo. Gracias a Molly Chang, mi entusiasmo-convertido-en-mujer y quien siempre me anima

a canalizar mi Juliette interior (con lo que espero que te refieras a que debería ser más dura con el mundo, no a que debería salir y pelear a puñetazos). A Grace Li, por decir cosas tan bonitas sobre este libro e inspirarme con el hermoso dolor que causan tus palabras. Para Zoulfa Katouh, reina de las imágenes de reacción más divertidas que he visto, toda una monarca en hacer llorar a la gente y, en realidad, soberana de todo lo existente. A Meryn Lobb, literalmente podrías darme una bofetada en la cara (y metafóricamente, con tus comentarios) y te lo agradecería.

Gracias a las encantadoras personas de la industria editorial que son amables conmigo sin otro motivo que el de ser agradables. Gracias a Tasha Suri por responder las muchas, muchas preguntas en mis correos electrónicos. Gracias a Morgan Al-Moor por leer este libro y convertirme en la más apasionada de la estética que he visto en toda mi vida. Gracias a Faridah Àbíké-Íyímídé, por ser una persona maravillosa en general, y por organizar el programa de tutoría "Avengers of Color", el cual me llenó de tanta alegría. Gracias a todos en el grupo Debut de los Roaring Twenties, la comunidad más maravillosa. Estamos aquí para superar uno de los años de debut más difíciles, a todos ustedes.

Gracias a los blogueros que me promocionaron incluso antes de que hubiera algo disponible públicamente sobre este libro que no fuera una presentación en línea. Gracias a las personas que adoro en Twitter que me envían emoticones de caritas emocionadas. Gracias a aquellos que se desviven por incluirme. Gracias a CW y a todos los amigos de The Quiet Pond, Shealea, Danielle Cueco, Lily @ Sprinkles of Dreams, Noémie @ Tempest of Books, Karina @ Afire Pages, Tiffany @ Read de Tiffany, Laura @ Green Tea and Paperbacks, Kate @ Your Tita Kate, Fadwa @ Word Wonders, y a tantas más que sé que seguro me estoy olvidando de mencionar. Y porque puedo, gracias al álbum *Hopeless Fountain Kingdom* de Halsey, que se escuchaba repetidamente mientras escribía este libro.

Gracias a mis *primerísimos* lectores, que leyeron este libro (¡y técnicamente, su secuela!) cuando era un gran manuscrito publicado en línea por entregas. Ahora es casi irreconocible, excepto por los nombres de los personajes, pero sus comentarios fueron fundamentales para convertirlo en lo que es ahora. A Kelly Ge, fuiste la primera persona en enterarse de la concepción de este libro como una idea y que me animó a seguir adelante. Gracias a Paige Kubenka, tus comentarios me impulsaron a seguir adelante y significaron mucho para mí. También a Gabrielle, Kamilia, Clairene, Hala, Aubry, Ejay,

Tanvi… Ni siquiera conozco sus apellidos y no sé si saben que la historia que un día leyeron se publicó, pero si están ahí, en alguna parte, y resulta que retoman nuevamente este volumen, en verdad les agradezco. La razón por la que seguí escribiendo todos estos años fue porque sabía que había alguien que atesoraba mis palabras. Mientras crecía —no importa cuán inestable era mi oficio cuando comencé—, nunca dudé del valor de mis historias porque tuve lectores que disfrutaban y comentaban sobre ellas. Mientras tenga lectores, nunca dejaré de ser escritora. Sin ellos, no podría llamarme escritora.

Así que gracias, lector. Gracias por elegir este libro.

Nota de la autora

Shanghái, en la década de los años veintes, era un lugar vibrante y dividido. Y aunque muchas cosas que aparecen en *Placeres violentos* son producto de la ficción, la atmósfera es tan fiel a la Historia como me fue posible capturar. Ésta era una época de inestabilidad política y de facciones enfrentadas, los nacionalistas contra los comunistas, y toda la ciudad era una tensa cuerda que estaba a sólo unos segundos de trozarse. Y aunque no había guerra de clanes, Shanghái estaba realmente dividida: entre los extranjeros, quienes tomaron control a través de términos injustos después de que China perdió las Guerras del Opio; los franceses que tenían control de la Concesión Francesa; los británicos, los japoneses y los estadounidenses que se concentraban en el Asentamiento Internacional; y todas las injusticias que Juliette menciona fueron sacadas directamente de los libros de Historia. Los extranjeros construían parques y tenían prohibida la entrada de los nativos. Invirtieron mucho para apropiarse la ciudad, y aunque China nunca fue formalmente una colonia, esa práctica colonialista era precisamente lo que vivía Shanghái.

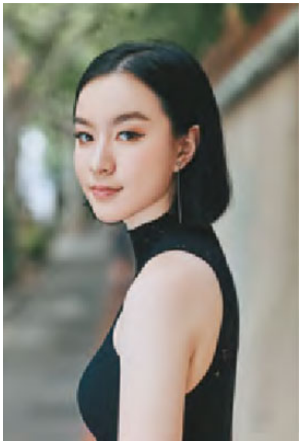
De modo que bajo este ambiente Shanghái se convirtió en una ciudad sin ley, realmente estaba gobernada por mafiosos. Debido a que cada territorio extranjero estaba controlado por el país a cargo, había diferentes leyes que operaban en diferentes partes de Shanghái. Sumando las reglas de extraterritorialidad concedida a los ciudadanos no-chinos —lo que significa que los extranjeros no podían ser perseguidos por la ley local, únicamente por las leyes de sus territorios de origen—, resultaba casi imposible gobernar Shanghái como una

sola ciudad. Si bien la Pandilla Escarlata no existía, los Escarlatas se basan en la muy real Pandilla Verde (青帮; Qīng Bāng), de quienes se decía que estaban involucrados en cualquier crimen que ocurriera en la ciudad. Eran extraoficialmente una fuerza gobernante y uno de los principales gánsteres, imaginen alguien de la estatura de Lord Cai, también trabajaba como detective en la policía de la concesión francesa. Los Flores Blancas tampoco existían, pero en dicha década la población rusa en Shanghái había crecido lo suficiente para constituir una gran parte de la población civil. Shanghái era un puerto libre, por lo que aquellos que huían de la Guerra civil rusa podían ingresar fácilmente a la ciudad, sin necesidad de visas ni permisos de trabajo. Fueron maltratados terriblemente por los europeos occidentales y eran apostados en las labores menos favorecidas, como el del acopio de la basura, o trabajos mal pagados, como bailarinas de clubes. En mi reinvención hay una razón por la cual la Pandilla Escarlata y los Flores Blancas están en igualdad de condiciones, luchando por el control de las partes indeseadas de la ciudad mientras que los extranjeros intentan devorarla por completo con grandes y despreocupados bocados.

Basta decir que los personajes que aparecen en *Placeres violentos* son producto de mi imaginación. Los verdaderos nacionalistas y los gánsteres colaboraron a menudo, es cierto, pero todas las personalidades y su nombres específicos son invenciones. De hecho, había un secretario general del Partido Comunista, pero Zhang Gutai no existió. Dicho esto, debido a la guerra civil posterior, existen enormes lagunas en los registros sobre quién ocupó el cargo de secretario general y otros roles importantes, entonces, ¿quién puede decir lo que *realmente* sucedió en este momento? Incluso la historia verdadera muchas veces no es transparente: los recuerdos se pierden, las pruebas se destruyen, los registros son borrados, adrede.

Lo cierto es que no hubo ningún monstruo que propagara una epidemia contagiosa que provocara que las personas se desgarraran la garganta a lo largo de Shanghái. Sin embargo, hubo hambruna y depreciación salarial y condiciones laborales infrahumanas, y en la china real eso fue suficiente para incitar continuas huelgas que involucraron a cientos de miles de trabajadores tan sólo en el año de 1926. Si me hubiera apegado a una línea de tiempo y hubiera incluido todas de las que se tienen registro histórico en lugar de sólo la que se desarrolla al final de este libro, hubiera tenido que interrumpir cada capítulo. En el mundo de *Placeres violentos* fueron las personas que caían muertas debido a la locura lo que intensificó la ira e incitó a la

revuelta. ¿En la realidad? Incluso sin un monstruo que todo lo arrasara, las condiciones eran tan precarias que los sindicatos se levantaban contra los extranjeros y los gánsteres por igual en un intento de cambiar la calidad de vida de los trabajadores. En cuanto a cómo sucedió todo a partir de ahí, lo dejaré para una nota al final de la secuela…



Chloe Gong ostenta una doble licenciatura en inglés y relaciones internacionales por la Universidad de Pennsylvania. Nacida en Shanghái y criada en Auckland, Nueva Zelanda, ahora vive en lo alto de una torre de marfil en ruinas en Filadelfia (también conocida como residencia de estudiantes).

Después de devorar toda la sección de literatura juvenil de su biblioteca local, comenzó a escribir sus propias novelas a los trece años de edad para divertirse y ha estado muy entretenida desde entonces. Se sabe que Chloe aparece misteriosamente cuando alguien dice tres veces frente al espejo: «*Romeo y Julieta* es una de las mejores obras de Shakespeare y no merece ser difamada por la cultura pop». *Placeres violentos* es su debut como escritora y la primera parte de una asombrosa bilogía.

thechloegong.com
thechloegong

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

PLACERES VIOLENTOS

Título original: *These Violent Delights*

© 2020, Chloe Gong

Publicado según acuerdo con Triada US Agencia Literaria, a través de IMC, Agencia Literaria

Traducción: Juan Fernando Merino

Diseño de portada: © 2020, Sarah Creech
Ilustración de portada: © 2021, Billelis

D.R. © 2022, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición en libro electrónico: febrero, 2022

eISBN: 9786075574721

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o trasmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

OCEANO GRANTRAVESÍA

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

www.facebook.com/oceanograntravesia

www.twitter.com/oceanoGTravesia

www.youtube.com/user/oceanotravesia

www.instagram.com/grantravesia

Índice

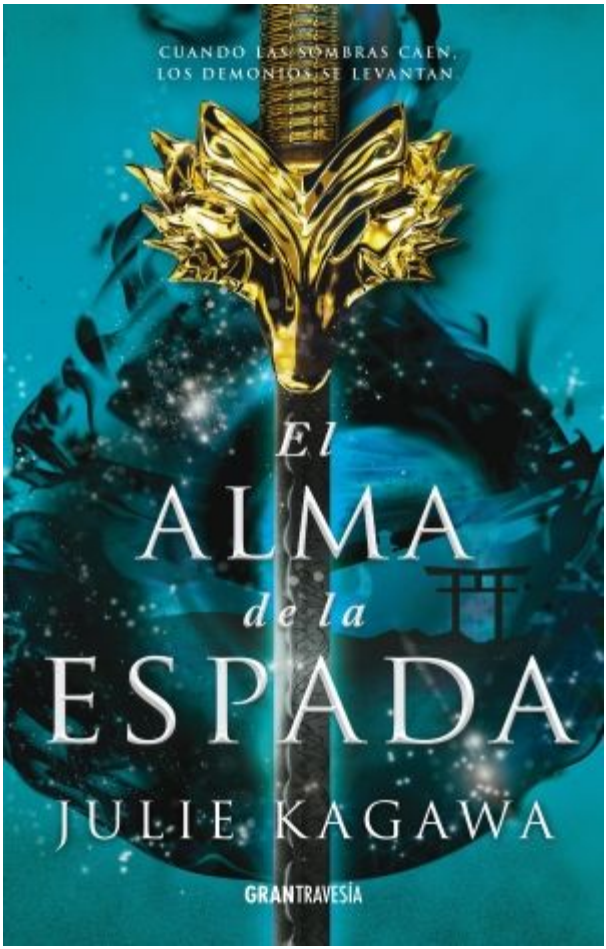
Portada
Página de título
Dedicatoria
Epígrafe

Prólogo
Uno. Septiembre de 1926
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco

Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Epílogo

Agradecimientos
Nota de la autora

Datos de la autora
Página de créditos


CUANDO LAS SOMBRAS CAEN,
LOS DEMONIOS SE LEVANTAN
El
ALMA
de la
ESPADA
JULIE KAGAWA
GRANTRAVESÍA

El alma de la espada

Kagawa, Julie
9786075570402
536 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Hace mil años se concedió un deseo, y con él se forjó una espada de ira y relámpago: Kamigoroshi, la Asesina de Dioses. Un arma lo suficientemente poderosa para confinar eternamente al temible ogro Hakaimono.

Pero ahora el demonio se ha liberado.

Yumeko, una chica mitad zorro *kitsune* con capacidad de urdir ilusiones, tiene una misión que cumplir: llevar su fragmento del antiguo y poderoso Pergamino de las Mil Oraciones al Templo de la Pluma de Acero, y así evitar la venida del Heraldo del Cambio, el Gran Dragón, que concederá un deseo al portador del pergamino. Pero ahora ella tiene un nuevo enemigo, más peligroso que cualquiera con quien se haya enfrentado. El demonio Hakaimono es libre por fin, y ha poseído a la persona en la que Yumeko confiaba su protección, Kage Tatsumi, el valeroso guerrero del Clan de la Sombra.

Hakaimono tiene un solo objetivo: romper la maldición de la espada, liberarse, y sumir al mundo en el caos y la destrucción. Pero para hacerlo necesitará el pergamino, y Yumeko es la única que se interpone en su camino.

"Kagawa utiliza elementos de la mitología japonesa y su folklore para desplegar una historia épica… Una aventura repleta de acción." *Kirkus Reviews*

"Este primer volumen de la nueva serie de Kagawa no decepciona. Es una experta en colocar personajes realistas dentro de mundos mágicos verosímiles. Los lectores no saldrán de casa hasta devorar el capítulo siguiente." *Booklist*

Cómpralo y empieza a leer

VICTORIA AVEYARD

LA REINA ROJA

EL PODER ES UN JUEGO PELIGROSO

GRANTRAVESÍA

La Reina Roja

Aveyard, Victoria
9786077357254
480 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una imaginativa novela de magia, fantasía e intriga dirigida a los jóvenes.

Aún antes de su aparición, los derechos cinematográficos de esta novela fueron comprados por los Estudios Universal.

Ambientada en un reino imaginario, esta novela nos muestra a una sociedad dividida por el color de la sangre. Por un lado está la gente común que tiene sangre roja; por el otro tenemos a aquellos que poseen sangre plateada y que tienen habilidades sobrenaturales. Estos últimos forman una élite cerrada y llena de privilegios. La protagonista es Mare, una chica de sangre roja que sobrevive en medio de la pobreza realizando pequeños robos. Cierto día, el azar la lleva a la corte. Allí demuestra tener poderes especiales, los cuales resultan insólitos para alguien del pueblo. Ello la convierte en una anomalía que llama la atención del mismísimo rey. Éste desea aprovechar en su beneficio los poderes de la joven y la hace pasar por una princesa, quien supuestamente se casará con uno de sus hijos. Una vez en la corte, Mare se convierte en parte del mundo de plata y, de manera secreta, ayuda a la Guardia Escarlata, un grupo que prepara una rebelión.

Cómpralo y empieza a leer

Número uno de *The New York Times*

VICTORIA AVEYARD

LA REINA ROJA

EL PODER ES UN JUEGO PELIGROSO

GRANTRAVESÍA

La Reina Roja

Aveyard, Victoria
9788494411083
480 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ambientada en un reino imaginario, esta novela nos muestra a una sociedad dividida por el color de la sangre. Por un lado está la gente común que tiene sangre roja; por el otro tenemos a aquellos que poseen sangre plateada y que tienen habilidades sobrenaturales. Estos últimos forman una élite cerrada y llena de privilegios. La protagonista es Mare, una chica de sangre roja que sobrevive en medio de la pobreza realizando pequeños robos. Cierto día, el azar la lleva a la corte. Allí demuestra tener poderes especiales, los cuales resultan insólitos para alguien del pueblo. Ello la convierte en una anomalía que llama la atención del mismísimo rey. Éste desea aprovechar en su beneficio los poderes de la joven y la hace pasar por una princesa, quien supuestamente se casará con uno de sus hijos. Una vez en la corte, Mare se convierte en parte del mundo de plata y, de manera secreta, ayuda a la Guardia Escarlata, un grupo que prepara una rebelión.

Cómpralo y empieza a leer

Almendra

Won-pyung Sohn

Premio Changbi de literatura juvenil

• • •

+600,000 ejemplares vendidos en Corea del Sur

GRANTRAVESÍA

Almendra

Sohn, Won-pyung
9786075573137
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Esta historia habla de un monstruo que se encuentra con otro monstruo. Uno de esos monstruos soy yo."

Yunjae nació con alexitimia, una enfermedad que le impide reconocer y expresar emociones, y que está asociada a un crecimiento inferior de la amígdala cerebral, generalmente del tamaño de una almendra. Su madre soltera y su abuela hacen todo lo posible por ayudarlo a relacionarse con los demás, si bien en la escuela se enfrenta a la intimidación y al rechazo de sus compañeros por su comportamiento indolente. Pero un día ocurre la tragedia: en la tarde de su decimosexto cumpleaños, la madre y la abuela de Yunjae son víctimas de un violento ataque callejero que termina con su abuela muerta y su madre postrada en cama en estado vegetativo. Yunjae tendrá entonces que vivir solo y encargarse de la librería de libros usados de su familia.

Es entonces cuando sucede el inesperado encuentro con Gon, un chico volátil, propenso al mal humor y a las peleas, que ha sufrido una infancia traumática. Ambos son polos opuestos, pero el rechazo que sufren —cada uno por diferentes razones— por una sociedad que no los entiende, hace que pasen de ser enemigos, a cultivar una peculiar amistad.

¿Podrá la relación con Gon, el encuentro con una chica llamada Dora que sólo sueña con correr, y su intervención en una situación de vida o muerte, despertar todas las emociones que Yunjae no había experimentado antes?
"Una obra audazmente original que explora las profundidades de la condición humana con un inesperado sentido del humor."
Entertainment Weekly
Premio de los libreros de Japón 2020.

Cómpralo y empieza a leer

Best seller #1 de The New York Times
VICTORIA AVEYARD
LA ESPADA DE CRISTAL
ARRODILLARSE O SANGRAR
GRANTRAVESÍA

La espada de cristal

Aveyard, Victoria
9786075270210
556 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Best seller #1 de *The New York Times*, con ediciones en 17 lenguas y 25 países.

El segundo libro de la apasionante trilogía La reina Roja, sigue las aventuras de Mare Barrow en su búsqueda de justicia.

La sangre de Mare Barrow es roja, del color de los empobrecidos, la gente común; sin embargo, su capacidad sobrehumana de controlar los relámpagos la ha puesto en la mira de la realeza. Es allí, entre el glamour y la buena vida de la corte, donde Mare carga con el estigma de la abominación, y donde conoce también una amarga traición.

Entre sábanas de seda, sin embargo, nuestra protagonista descubre otra cosa: ella no es la única Roja con habilidades especiales. Así, Mare deberá encontrar y unir bajo un solo estandarte a los de su clase, en contra de la opresión de los Plateados, pero, en su implacable búsqueda de venganza, ¿no está en riesgo de convertirse en aquello que combate?

"A veces, tal vez cada par de meses, en el vasto mundo de blogs y videoreseñas, existe un libro al que virtualmente todo mundo ama, y cuando digo todo mundo me refiero a TODOS. *La reina Roja*, es uno de ellos." *The Guardian*

Cómpralo y empieza a leer